Defensa Perfecta

Trilogía Odio en El Hielo #2



CLÉLIA K. M.

Defensa Perfecta

Trilogía Odio
en El Hielo #2

CLÉLIA K. M.

Copyright © 2026 Clélia Kruschinski Müller
Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro podrá ser reproducida o transmitida, cualquiera que sea el medio empleado (electrónico, mecánico, fotográfico, de grabación o cualquier otro), sin la autorización previa y por escrito de la autora.
En caso de que estés leyendo este libro fuera de Amazon, en cualquier caso, su reproducción se ha realizado de manera ilegal y sin mi autorización. Eso significa que estás leyendo un contenido pirateado que perjudica directamente mi trabajo.
Esta es una obra de ficción. Todo lo aquí retratado, incluidos los personajes, las organizaciones y los eventos, es fruto de la imaginación de la autora o se utiliza de forma ficticia.

Título
Defensa perfecta

Cubierta
Beatriz Cambraia

Traducción
Gustavo Henrique

Maquetación
Clélia K. M.

K. M., Clélia
[Recurso digital] Defensa perfecta / Clélia K. M. – 1.ª edición, 2026
1. Romance Contemporáneo; 2. Literatura Brasileña; 3. *New Adult*; 4. Ficción. I. Título.

Esta obra ha sido revisada conforme a la ortografía vigente de la RAE.

SUMARIO

SUMARIO
SINOPSIS
PLAYLIST
NOTAS DE LA AUTORA
Prólogo
1 Apoya a tu hermano menor ✓
2 Asiste a un entrenamiento de hockey ✓
3 Mantén tu vida bajo control ✓
4 Acompaña a una millonaria *casi* borracha en un lugar secreto ✓
5 No te abras con un jugador de hockey X
6 No duermas con un jugador de hockey X
7 Obsesiónate con una mujer que apenas conoces ✓
8 Ve a un partido de hockey y no te arrepientas ✓
9 No te involucres con un jugador de hockey X
10 Habla con el hermano de ella ✓
11 Acuérdate de alimentarla ✓
12 No te acerques a la cama de un jugador de hockey X
13 No te involucres con un jugador de hockey, *por favor* X
14 Sé sincero sobre tus propios sentimientos contigo mismo ✓
15 Sé sincero con ella también ✓
16 Quédate con sus bragas ✓
17 Mantén la cabeza en su sitio ✓
18 Ten autoconocimiento ✓
19 Nunca evites la verdad ✓
20 No olvides la sudadera (otra vez) X
21 Celebra el cumpleaños de tu no novio con él ✓

22 Acepta tu regalo de cumpleaños ✓
23 Destroza una prenda de lencería ✓
24 Habla sobre la vida con el tipo del que estás enamorada ✓
25 Habla con tus padres, viene bien ✓
26 Elabora un plan B para envenenar a tu propia abuela ✓
27 No pierdas la cabeza X
28 Prevé lo que puede pasar X
29 Encuentra a alguien que mienta tan bien como tú ✓
30 No te desmayes en situaciones de alta tensión ✓
31 Enamórate aún más ✓
32 Protege a tu hombre ✓
33 Que no te expulsen (por poco) ✓
34 Habla con tu mejor amigo ✓
35 Mata la nostalgia X
36 Invita a tu "lo-que-sea" a una celebración familiar. ✓
37 Conoce a tus suegros ✓
38 Sueña con una familia así ✓
39 Aprovecha la noche ✓
40 Descubre algo ✓
41 No planees tanto el futuro X
42 Ayuda a tu padre a resolver algunos asuntos pendientes ✓
43 Acepta los hechos X
44 Cruza los dedos para que tu padre se equivoque por primera vez en la vida ✓
45 Cumple los procedimientos ✓
46 Preocúpate por las consecuencias de una muerte ✓
47 Viaje en familia ✓
48 Piensa en los buenos recuerdos ✓

49 Pregúntate cómo vas a pagar las cuentas X
50 Pasa tiempo con la mujer que amas ✓
51 Empieza a lidiar con los problemas... Pero ignora uno de los mayores ✓
52 Descubre lo que es una familia rota ✓
53 Lidia bien con la situación X
54 Habla sobre tus planes ✓
55 Engáñate pensando que algunas cosas son posibles ✓
56 Sigue ilusionándote... Por última vez ✓
57 Protégete de tu mayor enemiga X
58 No le rompas el corazón X
59 Prevé todos los escenarios ✓
60 ~~No estaba en la lista~~
61 Pasa por el despacho de la presidenta ✓
62 Deja las cosas claras ✓
63 Resuelve algunas cosas ✓
64 Cae en una trampa ✓
65 Haz realidad el deseo de cumpleaños ✓
Primer epílogo:
Firma el contrato ✓
Segundo epílogo:
Vive el sueño ✓
AGRADECIMIENTOS
SOBRE LA AUTORA
AGRADECIMIENTOS ESPECIALES
NOTAS Y LEYENDAS

SINOPSIS

Él puede perder su contrato por ella. Ella puede perder la presidencia de la empresa por él.

Nathan necesita mantenerse alejado de los problemas.

Elena quiere graduarse con honores, conquistar la presidencia de la multinacional familiar y, sobre todo, tener a su familia completa.

Involucrarse con una de las personas que representaba todo aquello a lo que ella más se oponía no entraba en sus planes.

Nathan era de mecha corta —demasiado, incluso—. Pero él era consciente de ello.

Sin embargo, aquello estaba resultando un reto mayor de lo esperado. Con un ultimátum del entrenador y ocultándoselo a todos sus compañeros de equipo, necesitaba cambiar la reputación que tenía y lo que transmitía para que no perdiera su contrato (ya no tan bueno) en cuanto se graduara. Para ello, la fórmula era simple: entrenar a un equipo infantil de hockey, mejorar su imagen personal, no meterse en peleas y, especialmente, mantener la excelencia dentro y fuera de las pistas.

Elena no tenía tiempo. Con la salud de su propio padre en una carrera contrarreloj, necesitaba demostrarle a su abuela que era digna de asumir la presidencia de la empresa antes de que él sucumbiera a la enfermedad, al mismo tiempo que su madre cuidaba de él y, automáticamente, necesitaba hacerse cargo de su hermano menor, que solo piensa en hockey y patines. Y en su ídolo universitario: Nathan Barlow.

Como si no bastara el contratiempo obvio de tener que acompañar a su hermano aun sin tiempo para ello, hay otro: Nathan —y todo el programa en el que está inscrito— forma parte de la universidad rival. Y ella tiene grandes objeciones a los jugadores de hockey en general, aún más a los de mecha corta.

Cuando Nate decide convertirla en su próxima conquista, en especial por el desafío que encontró, él no esperaba encontrar más que provocaciones, frialdad e indiferencia.

El gran problema es que ambos pueden necesitar apostar, el uno por el otro, lo que más les importa: sus propias carreras.

Y a nadie le gusta perder.

NOVELA ADULTA x HOCKEY UNIVERSITARIO x UNIVERSIDADES RIVALES x *GRUMPY & SUNSHINE* x HERMANO DEL MEJOR AMIGO x FAST BURN

ESTE ES EL SEGUNDO LIBRO DE LA TRILOGÍA "*ODIO EN EL HIELO*". TODOS LOS LIBROS SE PUEDEN LEER POR SEPARADO. Sin embargo, en caso de que te importen los pequeños *spoilers*, recomiendo la lectura en el orden de publicación.

PLAYLIST

¡Para leer acompañada de las canciones que escuché mientras escribía y que creo que combinan muchísimo con esta historia, solo tienes que acceder al código QR de abajo o al enlace!

NOTAS DE LA AUTORA

Holiii, soy yo otra vez (o no; depende de si es tu primera vez por aquí, JAJAJA). De todas formas, seas megabienvenida a un libro más que escribí con el corazón.

Antes de seguir con la historia, me gustaría hacer algunos comentarios, como siempre. El día que no introduzca un libro con notas, podéis preocuparos.

Debería haber empezado este libro en agosto. Hoy es tres de octubre; hoy lo empecé. En agosto, descubrí algunas cosas que me rompieron el corazón; fue un tipo de traición con la que, sinceramente, no sé si algún día voy a poder lidiar con eso. Por desgracia, la persona que causó esto ya no está entre nosotros y me pasé tres semanas dándole vueltas a todo, sin poder discutirlo, decir la verdad o esperar una explicación, porque no llegará. Me dije a mí misma que, después de la Bienal —que fue lo máximo y, ¡DIOS MÍO!, qué increíble fue conocer a algunas de vosotras; muchísimas gracias por todo el amor—, iba a trabajar de lleno en el libro, pero tardé un tiempo en volver a levantarme, un poco por mi culpa, un poco también por la ansiedad ante la preventa de mi primer libro físico de manera independiente —¡*Foxwood*!— y, bueno, aquí estamos.

Con el contratiempo de que me suspendieran la cuenta de *Amazon* a mitad de camino. *Jesús*, debo decir que fue demasiado durante la escritura de este libro.

Empecé las primeras escenas con mucho odio en el corazón, lo cual es bastante gracioso, teniendo en cuenta el título de la serie. Este libro es personal de maneras bastante interesantes y espero que se convierta en algo muy especial para vosotras también. Me siento cerca de Nathan de diversas maneras, pero hay algo en Elena... que no sé explicar; yo solo la entiendo y ella me entiende. Y estoy muy agradecida de que, como siempre, estos personajes me saquen de algún agujero extraño y oscuro en el que estoy antes de empezar el libro de verdad.

Este libro... fue diferente. Veréis que es distinto de las otras historias que escribí. La estructura narrativa cambió un poco y el

clímax quizá no sea algo que muchas personas consideren tan intenso y frenético, pero fue un libro que yo necesitaba y creo que más gente por ahí puede estar necesitando algo así. Y, sinceramente, era la forma en que Nate y Elena se me mostraban; no había otra manera de contar su historia. De ese modo, que no sé explicar, pero así fue como ellos vinieron a mí y no me dejaron cambiar; fui yo quien tuvo que adaptar todo para ellos. De verdad espero que os guste y, como Elena, incluso con miedo, estoy aquí.

Amo el universo de Northride y Scadelton, y espero que vosotras también os enamoréis de él. Pero, sobre todo, espero que os enamoréis de estos personajes. De esta historia. Tiene enormes diferencias con respecto a la primera pareja de la serie, al mismo tiempo que vais a sentir el gustillo de lo que hace de "*Odio en el Hielo*" la trilogía que es. Y me gustaría dejar claro, como dejé claro en el primer libro, que no pensé estas historias con grandes giros, secretos o problemas; quise dejarlas realistas y, al mismo tiempo, de una manera que me deja sin palabras. Solo quería compartir el amor en las diversas formas en las que surge, en cada pareja de los libros.

Y un aviso: no avalo **ninguna** de las escenas de racismo aquí descritas o mencionadas, directa o indirectamente. Fue un tema bastante sensible de abordar y espero haberlo hecho de la manera más respetuosa posible.

Una advertencia (y contextualización) sobre la cuestión es que, a pesar de que en Brasil el racismo se considera, por sí solo, un delito, en Estados Unidos se encuentra dentro de los delitos de odio, bajo el mismo paraguas que la homofobia, por ejemplo, y muchas veces las acciones legales iniciadas porque alguien ha cometido actos racistas se desestiman por la "libertad de expresión", garantizada por la Primera Enmienda de la Constitución del país, utilizada como escudo por gente que debería pagar por los delitos cometidos, pero que acaba saliendo impune.

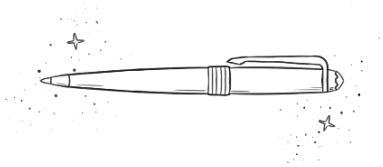
Antes de seguir, me gustaría advertir de los **posibles desencadenantes**: el libro está clasificado como +18 (adulto) y contiene escenas de sexo explícito, agresión física y verbal, racismo,

palabrotas, duelo, abuso de sustancias legales, tratamiento del cáncer y efectos secundarios en el paciente y en la familia, abuso y adicción a drogas ilícitas, entre otras cuestiones. Si alguno de estos temas es sensible para ti, recomiendo proceder con precaución.

¡Con eso, os deseo una estupenda lectura y espero, de todo corazón, que os divirtáis!

Para los lectores no brasileños, ¡gracias por creer en una autora nueva en este enorme mercado extranjero! ¡Espero que os enamoréis de ellos!

Con amor,
Clélia



A veces, creemos que las personas van a cambiar. Creemos que las cosas van a ser diferentes. Que vamos a conseguir cambiar la situación o que las cosas no son exactamente como parecen. Queremos creer que la persona es mejor o que puede mejorar. Queremos creer que no es tan malo.

Este libro es para nosotros, que sabemos que no: no siempre las personas cambian. Al menos no para mejor.

Y está bien dejarlas atrás. En el pasado, donde deben quedarse.

Quizá seas mi debilidad
O solo un caso pasajero
— On My Own (Darci)



Dicen que en la guerra y en el amor todo vale.

No entre rivales.

Hay algo peor que el resentimiento cuando la rivalidad entra en el campo.

O, en este caso, en las pistas.





Prólogo

Nathan

—No puedes hacer esto, entrenador.

El tal *entrenador*, en realidad, sí podía, pero yo estaba en mi último intento.

El entrenador Miller rió con ironía.

—No solo puedo, sino que lo *estoy haciendo*, Nathan. Es esto o se acabó. Es, literalmente, por tu bien. Si no eres capaz de ver eso, no te mereces una carrera en el hockey.

—No es eso, entrenador... —refunfuñé, molesto. Solo en su despacho, en algún rincón de aquella arena monstruosa que yo amaba, me sentía diminuto, pero era una sensación importante: no era nadie. Aún no. —¿No hay alguna manera mejor? No consigo verme entrenando a niños.

¿Quién sabe? ¿Ancianos? Niños no, por el amor de Dios...

—Ni los tipos de la NHL[1] ni los que quieren contratarte lo ven. Se te ve como alguien de mecha corta: pierdes el control con facilidad, cero autocontrol, un niño en la pista.

—Yo no...

—Así es como pareces, poco importa que lo *seas* —interrumpió—. Se te ve como el tipo que empieza peleas dentro y fuera de la pista y, en ambos casos, sin necesidad. Tienes que parar con las peleas, *definitivamente*, y aun así no sería suficiente para convencerlos porque los dos sabemos que nunca serías capaz de dejar de pelear en la pista. Por eso mismo, asumir el puesto de entrenador asistente en un equipo infantil de hockey sería perfecto: los niños generan un

vínculo importante con los medios y para los peces gordos —remarcó—. O lo tomas o lo dejas, Barlow. Es tu futuro, no el mío.

—¿Por qué ahora? ¿Por qué no después de todas las peleas de la temporada pasada?

—Porque me pasé toda la postemporada reflexionando sobre cómo sacaría tu *prometedora* carrera del agujero antes de que se hundiera por completo. Te di las vacaciones para que se te enfriara la cabeza, pero basta, Nathan. *Tienes que cambiar*. Definitivamente. Ningún equipo va a aceptar a un tipo descontrolado solo porque en el hielo está permitido soltar unos puñetazos.

Inspiré hondo, asintiendo con la cabeza y mirando los diversos trofeos, medallas y certificados que estaban detrás de él, sobre su mesa, contra la pared.

—¿Podemos mantener esto entre nosotros, entrenador?

—Treyton es el capitán, Nathan, tiene que saberlo.

—No quiero restregárselo en la cara, incluso con un contrato corro el riesgo de perderlo todo cuando él ni siquiera consiguió uno —dije bajito, sincero—. Sé que es el capitán, pero es mi amigo más cercano y sueno como un desagradecido cuando me paro a pensar que puedo perder el contrato solo por ser de mecha corta.

Porque es eso, ¿no? Incluso teniéndolo todo, corro el riesgo de perder mi futuro sin ni siquiera llegar allí. Un desagradecido hijo de puta que pierde la cabeza por cualquier cosa.

—No eres *solo* de mecha corta, pero vale. No se lo mencionaré; sin embargo, si llega a Treyton, no hay nada que yo pueda hacer, Barlow. Depende de ti.

—Lo sé. Me las arreglaré. Y evitaré peleas.

—No, *no vas* a pelear fuera de las pistas. No quiero enterarme de ni un arañazo causado por puños, pies o cualquier parte del cuerpo que los jóvenes de hoy estén usando para pegar. ¿Estamos entendidos?

—Sí.

—Genial, porque yo de verdad odiaría ver todo tu potencial y esfuerzo desperdiciados solo porque perdiste la cabeza.

—Una vez más —refunfuñé, sabiendo que eso era lo que él quería añadir—. Sé que tienes razón, entrenador, solo que no sé de dónde

viene.

Él rió con ironía.

—¿No sabes o no quieres admitir ante ti mismo que tienes cosas sin resolver rondándote por la cabeza? Tu rabia existe por buenos motivos, pero los ignoras y la descargas donde no deberías. Ocúpate de ello, respeta tu propio esfuerzo y asegúrate de que tus próximas temporadas sean lo que soñaste para ti mismo cuando decidiste seguir esa carrera. Aposté por ti cuando el comité dijo que era arriesgado; me jugué una beca. Haz que la apuesta valga la pena y disfruta de lo que conseguiste para alcanzar la carrera que tu talento y habilidad merecen, Nathan. No tires eso a la basura por culpa de un temperamento que ni siquiera deberías haber heredado.

Solté un suspiro tan fuerte que resonó por su despacho y vi su sonrisa.

—Y, solo para que conste, te sorprendería cuánto puedes llegar a disfrutar siendo entrenador. Quién sabe, quizá sea para lo que naciste.

Solté una risa al ver su sonrisa burlona. Estaba intentando provocarme para que yo entendiera adónde quería llegar. Si perdiera un contrato relativamente bueno como el que tendría en mis manos en cuanto me graduara, ser entrenador infantil sería todo lo que conseguiría. Nada en contra, pero yo era demasiado bueno para quedarme fuera de la liga.

Y veía el sufrimiento de Trey cada vez que él reflexionaba que eso podría ser *su* futuro.

—Eres un pésimo ser humano, entrenador.

Él se encogió de hombros.

—Solo a veces. He conseguido dar en la llaga, ¿no? Deja de hacer gilipolleces y muévete por tu propio futuro, Barlow. Nadie va a hacer eso por ti.



1

Apoya a tu hermano menor ✓

Elena

Si salgo de aquí en cinco minutos, consigo llegar a tiempo a la reunión y aún ir a la ponencia sobre gestión de inversiones electrónicas en la era de...

Moví los dedos con nerviosismo sobre los hombros de Easton, ajustándole el uniforme.

En la era de la alta tecnología y del desarrollo de métodos más eficientes de gestión en el área de la salud para facilitar procesos complejos y evitar la pérdida de vidas. Eso. Podía ser el futuro de la empresa *si me escucharan.*

Si simplemente utilizáramos la alta tecnología y la facilidad de implementación en el área de la salud, con los gestores adecuados y profesionales especializados, quién sabe...

—Papá siempre asiste a todos los entrenamientos, Lini —se quejó Easton mientras yo sacaba el equipo del asiento trasero. Me giré para mirarlo.

No era tan fácil de cargar.

—Pero, Easton, yo...

Lo juro por Dios, qué familia tan insoportable.

¿Los amaba? Sí, pero mi padre sabía *que yo estaba... ocupada.*

—Por favor —pidió, parpadeando—. No me dijo por qué ya no va a poder venir, pero sé que tú lo sabes. Está enfermo, ¿no? Oí a mamá hablar sobre un tratamiento y...

Tragué saliva, apretando los labios. Su rostro estaba rígido; los ojos pequeños y aún infantiles estaban marcados por las lágrimas que contenía.

—Easton no necesita saber la gravedad, Elena. Es mejor que entienda poco a poco que puede que su padre no vaya a... mejorar —la voz de mi madre resonó en mi cabeza como una gran advertencia.

Nuestro padre nunca había fumado. Siempre tuvo una salud de hierro y las únicas cosas que nunca dejaba de hacer a diario eran acompañar a sus hijos al colegio, ir a una reunión o a su entrenamiento diario. Desde que nací, él siempre tuvo una salud espectacular.

Y entonces ocurrió. La primera tos extraña.

La sangre...

Easton apenas había cumplido ocho años. Fue un accidente no planeado por mis padres —solo habían planeado tenerme a mí, pero amaban a Easton como si también hubiera sido planeado.

—Él solo... no está muy bien, Eton —bromeé con el nombre, como siempre hacíamos, pero se dio cuenta de que había algo mal —. Pero va a mejorar y va a poder volver a acompañarte.

La mentira salió tan natural que me revolvió el estómago. Odiaba ser parecida a ella.

—No lo sabes. Y déjalo, ya me las arreglo. Este año tenemos un entrenador nuevo, ¿sabías? Bueno, un segundo, algo así; trajeron a un universitario para ayudarnos, ¡ojalá sea de Northride! Pero Blake dijo que era de Boston, yo no quería que...

Apagué el cerebro mientras cogía el resto del equipo, intentando centrarme en lo que debía hacer aquel día. Tenía que estar en el campus temprano para ayudar a una novata a la que había apadrinado para mejorar mi currículum y, peor, justo después tendría una reunión en la empresa, que quedaba al otro lado de Boston. Mi padre estaba abriendo camino para que yo asumiera su lugar en la presidencia y *no podía* titubear, pero allí estaba yo, atrapada en un entrenamiento estúpido de hock...

No es estúpido. Es importante para Easton; debería ser importante para ti.

Tragué saliva al coger dos palos de hockey que, por desgracia, pasaban más tiempo sueltos por la casa que guardados y di un portazo al coche.

—Vale, creo que puedo arreglar algunas cosas y quedarme hasta llevarte a tu clase. Eso iba en contra de todo lo que mi cabeza gritaba, pero *joder*, era mi hermano menor. Mi padre sacaba tiempo para nosotros dirigiendo una empresa multinacional milmillonaria. Nunca faltó a un entrenamiento de mi hermano ni a ningún debate mío.

Tu padre no tuvo que demostrarse ante la señora Fitzroy; la voz maliciosa me pinchó en un rincón de mi cabeza. La enterré otra vez de donde había salido.

Y, al fin y al cabo, ¿quién *demonios* hacía que niños de ocho años entrenaran hockey a las siete de la mañana en días lectivos? Parecía una tortura.

No lo parecía, sin embargo, por la sonrisa de mi hermano. Entonces lo seguí al interior de la arena de los Boston Bruins, la *Warrior Ice Arena*, que al parecer tenía un programa infantil fenomenal y que abría en los pocos huecos libres que tenía, para que más niños de otros programas entrenaran.

Yo ya había estado allí una única vez, con nuestros padres y Easton, unos inviernos antes, cuando él empezó a interesarse por el hockey y mi padre decidió avivar aún más su interés, llevándolo a ver un partido de profesionales.

Lo odié todo. Los tipos eran un montón de adultos inconscientes que usaban cualquier cosa como excusa para intentar matarse, y todo el mundo se ponía contento. No tenía el menor sentido. Y la sangre... ¿Qué necesidad había? Al parecer, era el deporte más sanguinario del mundo —a excepción de los que tenían como objetivo hacer sangrar, como el boxeo.

Pero allí estaba yo, llevando a mi hermano de la mano —incluso con sus protestas— hacia el interior de esa misma arena.

—¿Has pensado en jugar al fútbol, Easton? —comenté, empujando una de las puertas de cristal blindado, mientras él se reía conmigo.

—No me gusta el fútbol, Lini.

—Te pagarían mejor —ofrecí con una sonrisa forzada, escuchando otra risa de mi hermano pequeño.

—El deporte de equipo más rápido del mundo es el hockey sobre hielo, ¿sabías? Por las cuchillas.

Ah, sí, como si no bastara la agresividad, mi hermano lleva cuchillas en los pies todos los días. Cero riesgo para la vida.

Algunos niños pasaron junto a nosotros allí dentro, ya con sus patines puestos, con protectores en las cuchillas y saludando a mi hermano, pero con los ojos en mí, dándose codazos como niños porque, al fin y al cabo, eso eran. "¡*Es tan guapa*!", oí el susurro nervioso de uno.

Sonreí a Easton, que parecía incómodo.

—¿Necesitas ayuda para cambiarte? —pregunté, incierta.

—No, me apaño. Me arrebató todo el equipo mientras refunfuñaba, pareciendo molesto, y se giró hacia un pasillo que parecía llevar a los vestuarios; desapareció por allí mismo, casi cayéndose por el peso de las bolsas.

Sonó exactamente como nuestro padre.

Tragué saliva, volviendo la vista hacia la puerta de salida y viendo a Dennis allí, serio con su pinganillo y gafas de sol, listo para seguirme si decidía hacer lo que dije que haría.

Milmillonarios y tal; por desgracia, la seguridad era necesaria. Yo había convencido a mi padre de mantener solo un guardia de seguridad para mí, pero no tener *ninguno* nunca fue una opción. Easton tenía dos, porque era un niño, y ellos ya se habían repartido por el lugar.

Yo hasta podía pasar desapercibida en la universidad —y gracias a Dios por eso—, ya que mis compañeros rara vez se daban cuenta de que el apellido del tipo blanco milmillonario que siempre daba conferencias era el mismo que el de la chica negra aplicada que apuntaba todo lo que el hombre decía; sin embargo, quien quiere hacer daño *siempre* encuentra un modo.

En realidad no necesitaba ir a las exposiciones, pero me gustaba, aunque ya hubiera oído a mi padre ensayar todas las conferencias que dio desde que nací.

Sonreí para mí misma, cogiendo el móvil y enviándole un mensaje a Tici, mi secretaria. El entrenamiento solía durar una hora, por la edad de los jugadores, y le pedí que aplazara mi agenda durante ese tiempo.

Mi padre haría lo mismo, y la señora Fitzroy no iba a dictar cómo me relacionaría con mi familia. Ya mandaba en demasiadas cosas.

Vi a Dennis moverse para evitar algo, pero fue demasiado tarde: una panda *irracional* de niños salió del vestuario carcajeándose y corriendo, gritando, riendo y empujándose mientras iban hacia el interior de la arena, casi tirándome al suelo como una manada. Mi hermano no estaba entre ellos, probablemente aún cambiándose, pero no me quitó el susto.

Dennis apartó la cara para ocultar una risa mientras yo solo esperaba a que el grupo letal pasara junto a mí y, entonces, llegó la parte más graciosa.

Un tío que, al parecer, tenía mi edad, vestido con ropa de entrenamiento de gimnasio, pero con patines, parecía aterrorizado mientras corría hacia fuera del vestuario con las manos en la cabeza y los ojos muy abiertos.

Apenas me vio. Gritaba a los críos que hicieran fila y entraran de forma respetuosa en la pista, sin empujarse. La voz le salió chillona. La desesperación le salía por los poros.

—¡Los niños no te van a respetar si les gritas! —dije en voz alta, llamando su atención antes de que desapareciera de verdad hacia el interior de la arena, mientras él me miraba sorprendido, parado en la puerta que, en días de partidos oficiales, tenía guardias de seguridad —. Solo lo comento. Necesitas encontrar otra forma de hacer que te escuchen.

El tío era alto y guapo; eso tenía que admitirlo. Debía de ser, como mínimo, diez centímetros más alto que yo, además de parecer enorme incluso a varios metros de distancia. A pesar del gesto hosco, nervioso y confuso, yo podía ver que tenía rasgos suaves, incluso con la barba sin afeitar.

Había algo inquietante en él, aun así. Como si fuera una caja bonita a punto de explotar.

Parpadeó, como si solo entonces se diera cuenta de mí allí, y frunció el ceño tan fuerte que vi tres pliegues aparecer en medio de su frente. Abrió y cerró la boca y, entonces, asintió.

—Es mi primer día.

Asentí como si fuera su reflejo.

—Se nota —no pude resistirme a picarle—. Vas a aprender a lidiar.

—O no —añadió, con un deje de nerviosismo estallándole en la voz.

—O no —confirmé.

Apretó los labios, como si viera su propia muerte ante la posibilidad de no ser capaz de lidiar con aquello.

Cuando se giró para seguir su camino, mi sonrisa murió.

Claro que sí.

Se giró para lanzarme una última mirada, pero enseguida recordó que tenía un pandemonio que resolver y desapareció tras las puertas de las gradas y la pista.

Debería haberme fijado antes en el toro enorme de la parte delantera de su camiseta, en lugar de preocuparme por analizarle la cara bonita. Los jugadores de hockey son un problema. Varias amigas mías tuvieron el corazón roto por ellos, por no hablar de todo lo mencionado antes. *Violentos, brutos, innecesariamente arrogantes.*

Podía no importarme el hockey, pero me importaba la rivalidad.

Enorme, estampado en su espalda, estaba "*University of Northride, Hockey Team*".

Y justo encima, un enorme "BARLOW".



2

Asiste a un entrenamiento de hockey ✓

Elena

Podría haber usado la presencia de Northride allí como un mal presagio para irme, pero yo rara vez huía de las cosas y no iba a empezar ahora. En especial, de un tío guapo con una camiseta de una universidad y *de su equipo de hockey*. Mi hermano necesitaba una presencia familiar; era importante para él, así que allí estaba yo, mirando a esos niños intentando matarse a medida que se deslizaban sobre el hielo como si sus vidas dependieran de ello, por culpa de un disco negro extraño que golpeaban con sus palos.

En serio, no tenía sentido.

Me obligué todo lo que pude a no coger el móvil y ponerme a resolver cosas durante el entrenamiento, porque sabía que Easton se quedaba mirándome, esperando verme animándolo como otros padres que estaban por allí.

Hacía frío allí dentro y me lo apunté mentalmente para acordarme de llevar un abrigo la próxima vez, abrazándome mientras seguía (o lo intentaba) el disco, que cortaba el hielo demasiado rápido.

—Este juego es terrible —declaró el tipo a mi lado, haciendo pucheros.

—¿Y tú por qué viniste, entonces? —pregunté, volviendo la vista hacia él.

Alexander me miró con desdén, los ojos verde avellana cortantes como siempre.

—¿Perderme verte retorcerte viendo un partido por culpa de tu hermano? —soltó una risa maliciosa—. Y tengo una reunión por aquí dentro de un rato, además de traerte el desayuno, ya que sé que, una vez más, se te olvidó comer.

Puse los ojos en blanco, pero picoteé el *brownie* a mordisquitos mientras volvía la vista al entrenamiento otra vez. Café negro solo. Luego, café mezclado con chocolate caliente. Todas las mañanas, me tomaba los dos. *Si me acordaba*.

El entrenador asistente —el tal Barlow— no consiguió lidiar él solo con los niños, y yo había visto al entrenador principal reírse de ello media hora antes, al entrar en la pista, tranquilizando a su nuevo empleado y calmando a los niños con una habilidad envidiable.

—¡Bruce, no puedes levantar el palo así! —gritó Barlow en la pista, patinando detrás del niño para enseñarle algo.

Lo bueno de todo aquello era ver a Easton en el hielo. Sonreía de oreja a oreja; incluso durante empujones y palabrotas, mi hermano era feliz de una forma pura en la pista, olvidándose de todo lo de fuera. Aunque él fuera el único niño negro en el hielo.

Odiaba darme cuenta de eso, no porque lo notara, sino porque existía. El hockey ni siquiera era tan elitista como otros deportes, pero aun así tenía su dosis de racismo.

Aunque el entrenador asistente no tuviera mucha habilidad con los niños, en el hielo en sí era... absurdo. Apenas lo veía mover los pies y ya estaba al otro lado de la pista. Les enseñaba a esos chicos a jugar como si jugar y respirar fueran lo mismo. Era bonito. Y mi hermano estaba deslumbrado con él.

Mientras los niños llevaban casco, los entrenadores ni siquiera tenían protección. ¿No era peligroso? De todas formas, eso me permitía ver a quién miraban los entrenadores y podía ver que se preocupaban por Easton de una forma *diferente*. Ya que Easton era realmente bueno. Porque tenía futuro. Y los entrenadores notan eso.

Solo entonces me di cuenta de la sonrisa satisfecha en mi cara, pero no dejé de sonreír. Podía no estar a favor del hockey, pero me alegraba de que Easton fuera genial en lo que hacía.

—Eh, Jack, ¿por qué no cambias con Blake? Vamos a ver cómo te va en el ataque y... —declaraba el entrenador, vestido con una

sudadera gruesa, pero con pantalones de nailon, mientras movía a los niños por el hielo como si no pesaran nada.

—Por favor, termina de comértelo todo —me llamó la atención Alex, besándome la mejilla mientras se acomodaba para levantarse —. Tengo que irme —dijo, al guardarse el móvil en el bolsillo y mirarme más serio.

—¿Qué pasa? —pregunté cuando no se movió, tal y como sus palabras indicaban que iba a hacer.

Dos décadas de amistad y yo sabía que se estaba conteniendo para decir algo.

—Él va a estar bien, Lena.

Volví la vista a la pista.

—El médico dirá hoy si tienes razón.

—Va *a estar bien* —insistió, apretándome la mano sobre los pantalones de vestir que llevaba.

O no. Y si no está bien, no sé qué hacer. No sé cómo voy a sobrevivir si mi padre no tiene ni siquiera una Navidad más con nosotros y...

Asentí sin mirarlo, con los ojos fijos en el juego y la garganta trabada por el miedo.

Octubre. Quedan dos meses para Navidad. Va a tener por lo menos ese tiempo... ¿no? Easton ni siquiera tiene diez años, es demasiado pequeño para perder a su padre y...

Alex me dio un último apretón firme en la mano antes de levantarse, besarme la coronilla y bajar las gradas dando saltitos, corriendo hacia sabe Dios a qué reunión tenía que asistir. Su padre estaba en precampaña para la reelección, y los guardaespaldas siguieron a mi amigo hacia fuera de allí.

Hijo mayor del gobernador de Massachusetts, Charles Bernard-Rothon. Teníamos una amistad de larga data, porque nuestros padres eran amigos y nada más natural que nosotros también lo fuéramos. Mejor amigo de años. Mi mayor confidente. El único tío que nunca insistiría en acostarse conmigo —o, peor, en salir conmigo — porque yo sabía demasiado sobre sus folladas y él sobre las mías, y con detalles sórdidos.

Una de sus guardaespaldas saludó a Dennis con un gesto y una sonrisa mientras seguían a mi amigo hacia fuera, y esbocé una sonrisa débil por eso.

Que murió en cuanto recordé nuestra conversación de una hora antes en el coche.

—¡Así se hace, Easton! ¡Bien! —la voz de uno de los entrenadores resonó por el ambiente amplio. Sabía que debería estar prestando atención al hielo, pero mi cabeza estaba lejos en ese momento.

Ella había intentado comprarlo de nuevo. Un soborno obvio y directo para que mi guardia de seguridad traicionara mi confianza e informara de todos los lugares a los que iba, de las personas con las que tenía contacto y... lo que fuera que ella quisiera saber.

—La lealtad no se puede comprar, señorita Fitzroy —fue todo lo que me dijo cuando le pregunté por qué no aceptó tres millones de dólares más de sueldo.

No eran tres mil dólares, ni trescientos mil. Y se negó.

Volví la vista a la pista.

Me asusté al ver al tal Barlow mirándome, pero apartó la mirada en cuanto se dio cuenta, como sorprendido de que él mismo me estuviera mirando. Frunció el ceño y volvió a prestar atención a lo que debía estar haciendo: ayudar a los chicos en la pista.

Mi hermano patinaba animado por el hielo, dando saltitos por haber hecho algo que me perdí en esos segundos de desenfoque, y entonces se giró y me miró, sonriéndome. Le devolví la sonrisa, por supuesto.

Y me bebí todo mi café negro de un trago, intentando quitarme lo que fuera que me estuviera bloqueando la garganta y, al mismo tiempo, intentando entrar un poco en calor.



Cuando salieron de la pista y se fueron corriendo a los vestuarios, me tomé mi tiempo para terminar mi segundo vaso de café y seguir hacia la entrada de la arena, esperando a Easton allí.

El tal Barlow apareció antes que mi hermano, acompañando a dos niños hasta sus respectivas madres. Las mujeres le sonrieron con cierta sorpresa mientras las saludaba, pero en cuanto se dieron la vuelta, posó los ojos en mí.

—Tú eres de Scadelton, ¿no? —preguntó, cruzando el vestíbulo de entrada con sofás, mostradores de dulces y un montón de cosas más, deteniéndose a una distancia respetuosa.

—Sí. —Fruncí el ceño al responder—. ¿Cómo lo sabes?

—Una corazonada —se encogió de hombros—. Soy Nathan. Y me tendió la mano.

Se la estreché, insegura ante el acercamiento, antes de ver aparecer una sonrisa *dócil* en sus labios. No le pegaba.

—¿Aquel era tu novio? —preguntó, curioso.

Fruncí el ceño.

—¿Quién?

—El hijo del gobernador —explicó.

—¿Conoces a Alex? —pregunté sin responderle.

Rió, negándolo.

—No, solo por fotos. Me gusta seguir la política del estado. ¿Y qué?

Entrecerré los ojos.

—¿Por qué importa?

—Porque quiero saber si voy a pelearme con el hijo del gobernador para invitarte a salir. Pero debo adelantarte que siempre gano las peleas en las que me meto. Sobre todo cuando estoy peleando por una mujer deslumbrante.

Ni siquiera son las diez de la mañana, tío. Apenas las nueve, en realidad...

—¿Deslumbrante? —me reí—. Podías haberte quedado solo con guapa, habría sonado más natural.

—No eres solo guapa.

Eso me congeló la sonrisa, y vi que acababa de caer en su coqueteo *descaradamente* pasado de la raya. El corazón me dio un

brinco por la sorpresa y el halago al mismo tiempo. Nadie nunca me había dicho que yo era *deslumbrante*. ¿Bonita? Sí. "Deslumbrante" era nuevo.

—Alex y yo solo somos amigos. Y no tienes que preocuparte por pelearte con nadie por una mujer *deslumbrante*. No tengo planes de tener citas en los próximos años.

—Guau —parecía genuinamente sorprendido—. ¿Años? ¿Y qué vas a hacer entonces: besar, follar, salir?

—Guau —le devolví, por lo directo que había sido—. No necesito eso para vivir.

—No, pero lo necesitas para disfrutar de la vida que estás viviendo —alegó, frunciendo el ceño—. ¿Por qué hemos acabado en una discusión sobre la vida?

—Porque no voy a salir contigo.

—Vale, entonces salgo contigo.

Solté una carcajada. Tenía narices.

—Señor Barlow, no tengo tiemp...

—¡LINI! ¡NO TE LO VAS A CREER! Y, para mi profundo horror, mi hermano me tiró de golpe la mitad de su equipo encima, casi llevándome al suelo si Nathan no me hubiera sujetado el brazo y una de las bolsas al mismo tiempo.

Y entonces mi hermano se quedó helado, al notar que no estábamos solos.

—Es... —Easton balanceó los pies, cohibido, al mirar a Nathan con los ojos como platos, como si estuviera viendo a la persona más importante de su vida—. Es... guay... ¿no...?

Sus ojos empezaron a abrirse cada vez más, los dedos apretándose unos contra los otros, lo que hizo que Nathan se riera de inmediato mientras se aseguraba de que yo podía sostenerme sola y se colgaba una de las bolsas de mi hermano al hombro.

—¡Eres buenísimo, tío! ¡Me encantó tu último gol! —declaró Nathan.

Mi hermano abrió y cerró la boca como un pez.

Ahhhhhhhhh. ¿*Es* este *Nathan*?

—A mi hermano le gustas much... —Me llevé un nada amable puñetazo en el estómago. De mi hermano, haciéndome toser, tanto

de sorpresa como de dolor.

¿Ya era así de fuerte? Nunca habíamos peleado de verdad para que yo lo descubriera.

—Me gusta ver tus partidos. —Le tembló tanto la voz que era *obvio* que Nathan era su ídolo.

—¿De verdad? —Nathan parecía divertirse con la escena, y me sonrió antes de mirar a Easton—. ¿Por qué no ves mi próximo partido con tu hermana?

No iba a rendirse, ¿verdad? Nathan Barlow quería salir conmigo e iba a encontrar la manera. No es que fuéramos a hablar mucho con él dentro de una pista intentando noquear a los rivales.

—¡SÍ! —respondió mi hermano más rápido de lo que yo conseguiría explicar que difícilmente sería posible que yo fuera.

Yo ya iba aún más tarde a esas alturas, así que acepté que mi hermano también llegaría tarde al colegio.

—Es el jueves por la noche —le declaró Nathan a Easton, agachándose para mirarlo—. Tienes que verlo con tus padres, a ver si podrás ir. Si es así, le dejo las entradas a tu hermana.

Puse los ojos en blanco, lo que no pasó desapercibido para él.

—Puedo venir a recogerlas —dijo Easton, animado por la posibilidad de cualquier interacción con Nathan.

Recordé vagamente un póster con la foto de Nathan en el cuarto de Easton, al pensarlo. Debería haber prestado más atención, pero teniendo en cuenta la cantidad de jugadores de hockey en las paredes del cuarto de Eton, era difícil recordar *cualquier* cosa, en mi defensa.

—¿Y quién te va a llevar a recogerlas, eh? —dije, irónica, y él resopló hacia mí—. Primero tienes que ver el horario y tu toque de queda, mocoso.

—Pero... —Se le llenaron los ojos de lágrimas.

—No quiero saberlo, Easton. El viernes por la mañana tienes entrenamiento y estás teniendo dificultades en matemáticas. Habla con nuestra madre.

Puso morritos, pero asintió, y entonces miró a Nathan.

—Por favor, guárdame las entradas —pidió, con la voz temblándole otra vez.

—Cuenta con ello, jefe —Nathan sonrió de lado a mi hermano, como si Easton fuera lo único que importara en ese instante, y tengo que admitir que eso me conquistó un poquito. Sí que sabía tratar con niños. Solo necesitaba que fueran de uno en uno.

La imagen del pánico me volvió a estallar en la cabeza, y tuve que contener una risa. Nathan debería probar una noche de pijamada en nuestra casa, con todos los amigos de Easton en la sala de cine jugando a videojuegos; le daría un síncope.

En cuanto mi hermano fue acompañado por sus guardaespaldas hasta el coche, Nathan se giró hacia mí con una sonrisa que no tenía nada que ver con la que le había dado a mi hermano.

Ah, no. Esa sonrisa era la de un hombre consciente de que había encontrado un nuevo objetivo que conquistar.

Solté un suspiro, negando con la cabeza.

—¿Cuál es tu número? Te mando un mensaje si Easton puede ir.

Negó.

—No, pásame el tuyo —dijo mientras desbloqueaba su móvil y me lo tendía—. No voy a correr el riesgo de perder la oportunidad de tener tu número.

—Claro que sí —refunfuñé, devolviéndole el móvil después de teclear mis datos de contacto—. El teléfono de mi secretaria también está ahí, por si hubiera alguna emergencia con Easton en los entrenamientos y yo no estuviera cerca.

Nathan parpadeó ante eso, sorprendido.

—¿Tu *secretaria*? —refunfuñó con una mezcla de asombro y gruñido.

—Mi tiempo es caro, Barlow —bromeé, pero no pude evitar sonreír—. Haz que valga la pena.

Y, con una sonrisa ladeada, me aparté mientras lo veía darse cuenta de la existencia de Dennis; entonces se le dibujó en la boca una sonrisa de canalla de primera.

—¿Eso fue un desafío?

Solté una risita ahogada, saliendo de la arena yendo tras mi hermano.

Nathan no iba a ganar nada. De verdad no tenía tiempo y no estaba interesada, pero la conquista era... divertida. Al menos

parecía que mi corazón latía.



3

Mantén tu vida bajo control ✓

Nathan

Treyton todavía iba a matarme con esa mierda de venganza suya. Ya ni sabía en qué punto estaba con aquello, de lo enredado que se había puesto. *Como dije, iba a quedar así*.

Decidí ignorar ese problema hasta la mañana siguiente, ya que no creía que mi mejor amigo pudiera hacer ninguna mierda durmiendo.

Acababa de volver de mi carrera nocturna y estaba agotado, pero quería hablar con alguien antes de ducharme e irme a dormir. Me quité las zapatillas de una patada, sentado en el borde de la cama, respirando hondo para recuperar el aliento.

Marqué el número del despacho porque, aunque eran casi las diez de la noche, estaba seguro de que mi padre seguiría allí. Probablemente en alguna reunión, ya que no había respondido a mi mensaje.

—Despacho del gobernador Charles Bernard-Rothon, ¿en qué puedo ayudarle?

Contestó una voz distinta, y fruncí el ceño en respuesta.

—Hola, ¿está el señor Bernard? —pregunté, inseguro. No era Eliza, su secretaria, la que sabía quién era yo. La única persona además de él, por cierto. Y el médico que atendió el parto y el control prenatal de mi madre, claro.

—¿De parte de quién? —preguntó ella.

—Él sabe quién soy, necesito hablar con él —gruñí, molesto—. ¿Eliza no le informó de nada?

—Eliza tuvo que cogerse una baja esta semana por algunas cuestiones familiares.

Vaya, mi padre debía de estar a punto de darle un patatús por eso. Eliza lo hacía todo y más por él.

—Bueno, entonces páseme con el señor Bernard —dije, empezando a impacientarme.

—Señor, no puedo...

—Solo hable con él; él sabrá quién soy —declaré, cortando de un plumazo toda la retahíla que me soltaría sobre que, sencillamente, no podía pasar la llamada a personas sin identificarse.

Un suspiro frustrado resonó al otro lado.

—No puedo hacer eso, señor...

—Solo hágalo, señora... —repliqué porque tampoco sabía su nombre—. Mire, en serio, solo necesito hablar con Charles.

Ella suspiró de nuevo al otro lado, haciendo un ruido sordo en la línea.

—Espere un momento.

Y la línea se quedó muda. Ha sido modesta, porque tardó unos buenos diez minutos en retomar la llamada.

—No se rinde, ¿verdad? —refunfuñó—. Está en una reunión.

—¿Le ha dicho que hay alguien que quiere hablar con él?

—Claro que no. Está ocupado en una reunión; cuando salga, le devolverá la llamada, si es que *sabe* quién es usted.

—Dígale que soy yo. Confíe en mí cuando le digo que no querrá que vaya allí a hablar con él.

—No puedo confiar en alguien de quien no sé el nombre.

—Es recíproco —bufé, cabreado de cojones a estas alturas—. ¡Solo quiero hablar con él!

Ella bufó, pero la línea dio una sacudida y pareció recibir golpes, y la voz cambió.

—Buenas noches, ¿quién es? —Su voz surgió al otro lado.

—Hola, soy yo.

—Ah. Ahora mismo te llamo al móvil. —Y colgó.

Finalmente.

Me devolvió la llamada rápidamente, a diferencia del "momento" de la secretaria.

—¿Ha pasado algo, hijo?

La voz salió mucho más calmada que la de después de la reunión, instantes antes. Sonó más como el tipo que bromeaba conmigo en sus escapadas de las responsabilidades, después de la jornada. Del tipo que me llevaba a parques infantiles en algunas ciudades cercanas antes de hacerse demasiado conocido como político. Del tipo que se quedó al teléfono conmigo mientras yo elegía un coche y le pareció mal que optara por uno muy barato.

—Solo quería que te enteraras por mí —dije, más incómodo—. ¿Has salido ya de la reunión?

—Terminó ahora mismo. Aún tengo otra. Cuéntame, entonces. Evité mirar el reloj, porque sabía que ya pasaban de las diez.

—Yo... la he cagado hace unos meses.

Una carcajada resonó al otro lado. Sin ironía ni maldad, simplemente se rió.

—Claro que sí, eres mi hijo, Nathan. ¿Qué ha pasado?

—Bueno, el entrenador dijo que si no me las apañaba para dejar de pelear por mi cuenta, mi contrato estaba jodido.

—Tu entrenador tiene razón, he estado estudiando un poco sobre eso. Eliza me ayudó —admitió—. Tu situación no es buena si quieres asegurar la firma del contrato para la NHL[2].

—Sí. Es por eso mismo que me puso a entrenar a un equipo infantil. Niños de siete a nueve años: son geniales, empecé hoy temprano. Tenía miedo de que todo saliera mal, pero estuvo muy bien, la verdad.

—Me alegra oír eso, Nate. Pero hay un "*pero*" en tu tono.

—El entrenador dijo que, por culpa de mi actitud, puede que la facultad tome alguna medida disciplinaria para reducir mi beca, algo por el estilo. Habló conmigo hoy en el entrenamiento y dijo que, incluso intentando evitarlo, puede pasar.

En ese momento yo recibía el 50% de la beca; mi padre cubría todos mis gastos de matrícula, vida en la facultad, vida *fuera* de la facultad, coche, comida, salidas, en fin, todo y más. Todo esto de

manera muy cuidadosa para que el dinero nunca llegara a manos de su esposa.

Porque yo fui una aventura de una noche del gobernador. El error. Charles ya había hablado conmigo sobre eso; admitió que fue un error, pero uno que él asumiría por el resto de su vida, garantizando mi educación, mi salud, mi bienestar.

Solo que no la verdad. Él no podía cargar con la verdad, porque además de costarle a su familia, le costaría también su electorado —y, en consecuencia, también su vida—.

—Bueno, eso es una mierda, pero nada que no podamos resolver —comentó.

—¿Seguro?

Y yo, Nathan, no era un error para él. A pesar de la aventura de una noche, de la traición, del embarazo, de que él le hubiera suplicado a mi madre que abortara, en el momento en que supo que eso no ocurriría y que yo nacería, fui amado de cojones. Al menos por él. Mi madre era otra historia.

—Claro. Pero deja de pelear, Nate. Necesitas dejar de permitir que el temperamento te controle; ya hablamos de eso. ¿El gimnasio no está ayudando? ¿Y el boxeo?

—Me está ayudando a romperles la cara a las otras personas aún más.

Él rió, incrédulo, pero pareciendo divertirse al mismo tiempo.

—Deberías intentar ir a la psicóloga que te indiqué, hijo. No hay nada de malo en buscar ayuda.

Me mordí la boca por dentro, y suspiré con frustración acto seguido. No, no íbamos a hablar de eso.

—Vi a Alex hoy. Creo que es amigo de la hermana de un niño que estoy entrenando —cambié de tema tan abruptamente que mi padre tardó un segundo en reaccionar, en vez de las habituales cinco centésimas, bien entrenado por culpa de la carrera política.

—Elena —informó—. Un amor de chica. Ya intenté convencer a Alex de que invirtiera en ella.

Puse los ojos en blanco. ¿Alex? Aquel tipo metía la polla en cualquier cosa que se moviera, respirara y tuviera al menos dos neuronas.

—¿Y cómo te fue con eso?

—Alex no tiene interés en ella, son solo amigos.

—¿Ya comprobaste si él no es gay? —pregunté.

Porque, seamos honestos, la mujer era... *deslumbrante*. Para babear. Como un maldito perro. El tipo de mujer por la que yo movería montañas para meterla en mi cama. Y era lo que yo pretendía hacer. ¿La piel de ella sabría a fresa, igual que olía?

—Ya —Charles rió—. Y no, no lo es. Por desgracia, Eliza ya tuvo que lidiar con muchos contratos de confidencialidad con mujeres para que no me quedara ninguna duda. Y pruebas de embarazo.

Hice un mohín.

—Por lo menos no necesitas preocuparte por eso conmigo —bromeé.

—Nate...

—Es verdad, lo sabes. Y me gusta. —De no tener a un guardaespaldas pegado al culo. De que nadie tenga que firmar contratos porque se ha acostado conmigo. De no tener a ningún chalado queriendo matarme todo el día—. Pero hay una cosa más que recordé ahora. Recibí unos correos extraños, se los reenvié a Eliza ya, pero la secretaria sustituta irritante me informó de que ella tuvo que cogerse la baja, así que todavía no debe haberlo visto. Parece que hay gente intentando conseguir pruebas de mi vínculo contigo.

—¿Respondiste algo?

—No, tal como instruiste.

Asintió al otro lado.

—Mejor así.

Silencio.

—¿Te gustaría haber respondido, Nathan?

—No. No me importa ser un secreto, papá.

Un destello de los guardaespaldas de Alex me vino a la cabeza, igual que Elena y el matón con ella. La gente rica e influyente tiene más problemas de los que me gustaría, y yo no quería lidiar con los medios encima de mí por culpa de mi padre. Ya bastaba con las situaciones con la prensa cuando estábamos en la pista, o con lo que aún iría a empeorar cuando yo estuviera en la liga.

Porque yo estaría. Yo no podía perder la *única cosa* que era solo mía.

—¿Y cómo está la campaña? —pregunté, cambiando de tema. *Precampaña*, porque la carrera solo empezaría el año que viene, pero una campaña comienza mucho antes de ser anunciada. Él mismo me había enseñado eso.

Una risa desdeñosa surgió del otro lado.

—Una mierda, pero vamos a darle la vuelta al partido. La reelección es mía, cueste lo que cueste.

Sonreí de lado ante ese tono.

Me enorgullecía haber heredado su terquedad para conquistar mis sueños. Todo lo demás negativo podía haber venido de mi madre y del caos que dejé atrás, pero eso no. Y me gustaba.

Cuando colgó, casi media hora después y llegando tarde a la reunión, yo me sentía mucho mejor. Pero, al mismo tiempo, inquieto, irritado, frustrado porque, a pesar de todo lo bueno a mi alrededor, todavía no era suficiente, porque tenía innumerables mensajes de Emery, una de mis hermanas más nuevas, implorando que yo ayudara porque mamá estaba teniendo una sobredosis. De nuevo.

Era como si me retorcieran un pulmón, me arrancaran el aire porque había una mano contra mi cuello y otra hundiéndose en mi estómago, como en las innumerables palizas que recibí.

"¡Eres un mierdecilla con aires de rico, Nathan! ¡Vete a vivir con tu padre, entonces! ¡Ponte el apellido pijo y olvida que existo!", resonó en mi cabeza como si ella estuviera justo a mi lado.

Y, además, algunas llamadas perdidas y zillones de otros mensajes de otros hermanos. Tenía un audio de la pequeña, Audrey, balbuceando que mamá se había golpeado la cabeza, pero enviado desde el número de James.

Si James estaba allí, estaba resuelto.

Si me estuvieran dando una paliza en la pista, dolería menos.

Tuve que volver a ponerme las zapatillas y salir de casa. Si me quedaba más de un minuto en un sitio cerrado, iba a explotar. Charles se había dado por vencido con mi madre en el momento en que me mudé a la universidad. Lo intentamos durante años: grupos

de apoyo, clínicas de rehabilitación y... no sé, tantas cosas. Pero incluso en las clínicas, los traficantes venían a cobrarnos.

Tuve que aprender a pelear en algún momento. Tuve que hacerlo porque intentaron llevarse a James un día, como pago.

—No pasas de ser un niñato mimado que sabe que tiene todo garantizado porque papá es rico. —Ojalá esas frases las hubiese dicho mi propia madre; no sería la primera vez. Pero fue James, mi hermano diez meses más joven y para quien yo siempre intenté ser un ejemplo.

Hasta que me rendí. De todos ellos. De toda aquella vida.

Corrí tan rápido en aquel momento que solo me di cuenta de que estaba al otro lado de la ciudad cuando los músculos me fallaron y casi caí de cara al suelo, respirando con dificultad y sintiendo el sudor escurrir por todo mi cuerpo, apoyando las manos en las rodillas mientras intentaba hacer que mi corazón volviera a latir con ritmo.

Tomé aire y lo solté otra vez, sacudiendo la cabeza para intentar pensar bien.

—¡Mi hermano va a ser un jugador de hockey famoso! —La voz de Audrey rompió el malestar, pero aun así me revolvió el estómago. De vacío y de ansiedad.

¿Y si ella muere esta vez? Audrey va a necesitar ir a un centro de acogida, todos ellos van... Pero antes los asistentes sociales van a hablar conmigo o con James para que asumamos la custodia, y voy a tener que escoger entre cuidar de ellos o seguir con mi carrera en el hockey y...

Tosí, casi vomitando el vacío en el estómago.

Ya ni recordaba cuándo había comido por última vez, y miré alrededor, sin tener claro dónde estaba, hasta reconocer los edificios gastados en una de las divisiones entre barrios, en la línea imaginaria que cortaba la frontera entre el territorio de la *University of Northride* y el de la *Scadelton University.*

Bajé la mirada, viendo el sudor gotear sobre el asfalto aún caliente del día, aunque ya pasaban de las once de la noche, por lo que veía en el reloj. Unos chavales mal encarados pasaron por mi

lado, analizando si debían probar suerte y asaltarme, pero reconsideraron la idea. Buen análisis por su parte.

—... no voy a ceder a los caprichos de un blanco mediocre que cree que la cuenta bancaria importa más que el tamaño de la polla.

Parpadeé al oír aquello, intentando evitar toser de nuevo porque, *joder*.

Levanté el rostro, mirando alrededor para buscar la voz, y no *podía creerme aquello*.

Le había mandado un mensaje antes; me lo había ignorado al momento —porque vio el mensaje dos horas después y la respuesta nunca llegó—, pero no me había dado por vencido. Ah, yo solo haría eso cuando conociera el sabor de aquella mujer.

Sin embargo, allí estaba ella. Caminando de un lado para otro en zapatillas de estar por casa (¿¿zapatillas?? ¿En la calle?) del mismo color que el trajecito de vestir amarillo claro, hablando por el móvil y gesticulando con la otra mano.

El pelo castaño oscuro liso, casi en un tono negro, estaba recogido en un moño deshecho, y su escolta llevaba sus tacones justo detrás de ella, además de su bolso, como si fuera su secretario y no un matón que, claramente, estaba armado y era más que capaz de matar a alguien con apenas una mano libre (como estaba en aquel momento).

—No voy a salir con él solo porque aquella viej... —se tragó la palabra—. Solo porque mi abuela quiere.

Guau. Drama familiar a tope hoy.

—¡Ya sé que ella es insoportable y pesada! —chilló—. Arréglalo, Tici. Yo no voy. Que él se quede bebiendo solo en ese maldito bar. Por lo menos una vez en la vida tiene que llevarse un chasco. Ojalá se atragante, se ahogue y se quite de mi puto camino.

Y colgó con rabia, fulminando la pantalla del móvil con la misma ira que tenían sus palabras.

—*Vieja insoportable de los cojones* —siseó, creyendo que estaba sola, y entonces se giró para mirar a la calle, pero me encontró allí, mirándola. —¡Joder! —soltó de nuevo, llevándose la mano con el móvil al corazón y tomando aire.

—No fuiste tan malhablada en la Arena —comenté, indiferente—. Pero si quieres una polla más grande que la cuenta bancaria, podemos apañarnos con eso... —añadí, acercándome.

Ella bufó, poniendo los ojos en blanco, pero vi a su escolta girar la cara y contener una risa.

—¿Qué haces aquí? —preguntó al volver a mirarme, analizando mi ropa empapada de sudor, además del pelo, como si acabara de salir de la ducha.

—Yo podría preguntar lo mismo. —Sonreí de lado, analizando sus ojos.

No tenía la misma rabia. Punto para mi equipo.

Entrecerró los ojos, analizó todo el ambiente a su alrededor, me miró de pies a cabeza otra vez y entonces soltó el aire y dejó caer los hombros.

—Vine a comer sola. Mis amigos no pudieron venir, pero no cancelo planes.

Asentí, serio.

—Me alegro de saberlo.

Me analizó de arriba abajo por tercera vez.

—Bueno, buenas noches, Nathan.

—¿Qué vas a comer?

Se detuvo antes de entrar en lo que yo noté como un edificio cualquiera, sin ninguna información de qué era y de si era, de hecho, un restaurante, y me miró de reojo otra vez.

—Lo decidiré en el momento.

—¿Entonces eso no lo tienes planeado con tu secretaria? —provoqué.

—¿Quieres acostarte conmigo o hacer que te odie? —me devolvió, alzando la barbilla en desafío.

—El sexo con rabia sabe mejor.

Ella siseó de nuevo y, siendo muy honesto, era un sonido delicioso.

—No voy a acostarme contigo.

—Hoy.

—Buenas noches, Barlow.

—La noche solo está comenzando...

Negó con la cabeza, girándose y entrando en el edificio. Analicé el culo rebotando bajo el tejido bien cortado de un pantalón de sastrería, probablemente hecho a medida para ella.

En vez de seguir mi camino de vuelta, la seguí.

Elena lo notó, obviamente, pero no se molestó en decir nada: solo pasó por la puerta que su escolta le abrió, y él me la cerró en la cara un segundo después, a nada de romperme la nariz con el golpe de la madera.

Abrí la puerta aun con el aviso, encontrando algo... diferente.

Había un sonido apagado, como de conversaciones, pero no sabía decir de dónde venía. El ambiente era todo oscuro y sofocante, caliente como si no hubiera ventilación, y tuve que sacudirme la camiseta, ya húmeda, contra el cuerpo por el mismo motivo.

Había una escalera hacia abajo y otra hacia arriba, pero ninguna puerta en la planta baja. Elena ya bajaba, y si mi agonía de antes me había hecho salir corriendo de casa, en aquel momento lo único que quería era meterme en un espacio cerrado y descubrir qué diablos estaba tramando aquella mujer en un edificio sin ninguna identificación.

—¡Señora Braddock! ¡Qué placer verla aquí hoy! —Casi choqué con ella sin querer mientras bajaba las escaleras, y me encontré de frente con un hombre esbelto y analítico que me miró al verme, pero que se echó a reír al verla a ella.

¿Se inventó el apellido para mí? *No*, Easton también se apellidaba Fitzroy, ¿entonces quién diablos era Braddock?

—El placer es todo mío, Matthias. Voy a querer un reservado, por favor.

¡¿Un reservado?!

—Claro. ¿Él está con la señora?

Ella me lanzó una mirada ardiente que *adoré*, y asintió.

—Sí, lo está —refunfuñó.

—Perfecto. Señor Thompson, ¿le gustaría acompañarnos desde la sala de seguridad?

—Voy a echar un vistazo por ahí antes —respondió su escolta, completamente indiferente a la existencia del tal Matthias.

Thompson entró primero, el asistente desapareció por una puertecita diferente y Elena se volvió hacia mí.

—No iba a hacerte pasar vergüenza, pero, por favor, no hagas que me arrepienta de eso, Nathan.

—Yo jamás haría que te arrepintieras de nada, señorita *Bravita*.

Ella bufó y puso los ojos en blanco, girándose en un único movimiento y quedándose de espaldas a mí, esperando a que su escolta volviera.

—¿*Bravita*? —refunfuñó, irritada y *bravita*.

—Como dije... Y no te vas a arrepentir de nada de lo que hagas conmigo.

Elena bufó otra vez, y mi sonrisa se ensanchó.



4

Acompaña a una millonaria *casi* borracha en un lugar secreto ✓

Nathan

Ella ni siquiera me miraba al hablar:

—Estoy segura de que si cometo un homicidio esta noche, Dennis ayuda a esconder el cuerpo.

—Si es del señor Barlow, no. Él me divierte. —El guardaespaldas, Dennis, apareció por la puerta, hablando ya. No me importó demasiado entender cómo sabía quién era yo: era su trabajo. —De momento —añadió mientras me analizaba de los pies a la cabeza, como una advertencia clara—. Está todo libre. Voy a vigilar desde la sala de seguridad hasta el cambio de turno; nos vemos mañana, señorita Fitzroy.

Ella le sonrió a Dennis mientras cogía su bolso; le dejó los tacones a él.

—Gracias, Dennis.

Él asintió a modo de saludo antes de seguir por la misma puerta por la que había pasado el empleado, y Elena siguió por la otra, conmigo pisándole los talones.

Ah, joder.

El ambiente cambió por completo. Luces azules y rojas se mezclaban y, donde se encontraban, creaban un tono morado

bonito. Lámparas de araña a media luz daban la idea de un ambiente rústico y caro, pero de una forma que yo no sabía explicar.

Había una barra central en medio del ambiente, con un grupo de tipos con traje en una de las esquinas, conversando y riendo en un tono amable, satisfechos. Había un grupo de mujeres con bolsos parecidos a los que la esposa de Charles usaba.

Había una mujer fumando un puro que yo dudaba que fuera legal en Estados Unidos. Había tres tíos que parecían moteros riendo y chocando vasos de cerveza, hablando de motores.

Conocía todas aquellas caras de algún sitio. Nadie me resultaba extraño. Y mirando al fondo del ambiente, reconocí a uno de los putos entrenadores de los Boston Bruins. El esposo de la vicegobernadora estaba allí también, y tuve que contener una exclamación audible. ¿Mi padre frecuentaba ese lugar?

—¿Qué lugar es este? —refunfuñé mientras corría para alcanzar a Elena, que avanzaba por el ambiente hacia el fondo a la izquierda, esquivando dos plantas altas que ocultaban otro acceso.

Ella ignoró mi pregunta, pasando por la puerta mientras abría su bolso. Me asusté al seguirla y ver un ascensor con las puertas ya abiertas para ella, una sala cerrada a la izquierda —que supuse que era la cocina— y un arco a la derecha, mostrando un pasillo hacia los baños.

Subimos solo un piso, llegando a la planta baja. Las puertas se abrieron, revelando un pasillo extenso con dos salas a cada lado. Elena siguió hasta la última a la derecha, que parecía ser la más grande, y pasó una tarjeta por la cerradura electrónica, entrando de golpe.

Había cuadros en las paredes del pasillo, repartidos de una forma cómoda. Yo no entendía de cuadros, pero algo en mí *sabía* que eran caros.

Tragué saliva al entrar en la sala. Había puertas correderas de cristal en la mitad del espacio, junto con una pared entera de cristal, que llevaban a un dormitorio completamente amueblado y habitable, pero estaba a media luz, como todo el ambiente.

Toda la sala estaba en tonos sobrios, principalmente en negro y marrón oscuro, luces en lugares específicos con una especie de foco

en la parte de la entrada, donde estábamos, y había un televisor que, definitivamente, tenía más pulgadas de las que yo creía posible que existieran.

No había ninguna ventana, *salvo* por el hecho de que sí la había. Era una ilusión óptica que la propia Elena reveló al coger un mando de la mesa y pulsarlo, dejando ver toda la ciudad frente a nosotros en la pared de enfrente, totalmente acristalada.

Ella observó la vista por un instante antes de cambiar la imagen de las ventanas por otra ilusión óptica; eran montañas cubiertas de nieve en algún lugar que yo nunca vi en la vida.

—Es la vista de mi habitación en nuestra casa en Suiza —informó como si supiera lo que yo iba a preguntar.

Elena entonces se quitó las zapatillas, se sentó en un sillón orientado hacia la vista falsa y accionó un botón al lado, en la mesita entre los dos sillones de ese lado, hablándole al botón:

—Quiero un Dewar[3] de 37 años, triple. Dos cubitos de hielo. Traed la botella. También quiero un *rösti*[4] en una hora. Una ración de patatas fritas con queso de entrante.

Y me miró. ¡¿*Qué demonios es* rösti?!

—No he traído dinero —declaré, apretando los bolsillos vacíos para probar que ni mi móvil estaba por allí; solo el reloj inteligente en la muñeca.

Ella puso los ojos en blanco.

—¿Y?

—¿Tienen hamburguesas? —pregunté, inseguro.

Ella sonrió.

—Y una australiana triple con beicon extra, por favor. Ni siquiera sabía lo que me gustaba, pero fue una apuesta segura.

—Y un zumo natural de naranja —pedí.

—Y un zumo natural de naranja —repitió al puntito negro.

Y lo pulsó otra vez, mirándome con las cejas levantadas.

—¿Aún no has entendido qué lugar es este?

—¿Además del hecho de que es el tipo de sitio en el que te gastas cinco mil en una noche? —sugerí, viendo su sonrisa.

Sus ojos decían: "*más, yo gasto más*".

—Es donde gente como yo viene a esconderse. En mi caso, por lo general, soy la persona más rica de aquí y aquí no es distinto. Mi madre fue quien fundó este lugar; mi padre siempre se sintió asfixiado en algunos ambientes y a ella se le ocurrió la idea. Yo la puse en práctica.

—¿Este... este lugar es *tuyo*? —pregunté, se me salió la voz un poco más alta.

—No te quedes tan en shock. Media ciudad es de mi familia.

Y la otra mitad es de mi padre.

—No lo estoy —mentí, viendo cómo su sonrisa aumentaba.

Ella se acomodó en el sillón, pulsando en el lateral y estirándolo como si fuera una cama, cruzando los tobillos y manteniendo los ojos cerrados al hacer todo eso, respirando hondo y soltando el aire en una bocanada fuerte.

—¿Qué pasó, Elena? —La respiración pesada era obvia.

Ella negó aún con los ojos cerrados.

—Si no lo digo en voz alta, no es verdad.

Hice una mueca, entendiendo un poco la lógica, y sentándome en el sillón frente al de ella. Había cuatro allí, alrededor de una mesa de centro acristalada con patas oscuras.

—El cambio de turno de seguridad es hoy a medianoche —informó—. Si quieres irte, ahora es el momento. No confío en Liam.

—¿No confías en tu propio guardaespaldas?

—No.

Levanté las cejas, pero ella seguía con los ojos cerrados.

—¿Y por qué necesito irme antes de que llegue él?

—Porque tu existencia no puede ser conocida por otras personas. Me importa lo suficiente la vida humana como para garantizar que no seas otra víctima de ella.

—¿*De ella*? ¿De la humanidad?

Ella se rió.

—No. Sé que has entendido lo que quería decir.

Sonreí de lado.

—¿Una víctima de tu abuela? —uní los puntos.

Vamos, tonto no soy. Era estudiante de Ingeniería, para empezar.

Sus ojos por fin se abrieron y me miraron, serios.

—Yo debo dormir aquí, Nathan. Liam se va a quedar en la sala de seguridad hasta que yo me vaya, y se quedará pendiente de la cámara de la puerta de mi habitación. En el momento en que tú pases por la puerta y él te vea, ella lo va a saber. Me importa la vida humana lo suficiente como para que... nadie sea una víctima de ella.

—Parece que vamos a dormir juntos hoy, entonces. —Sonreí de lado, viéndola poner los ojos en blanco.

Pero la expresión dura murió y, antes de que pudiera preguntar qué estaba pasando, tres golpes en la puerta revelaron a un camarero llevando un carrito con su pedido. La bebida que ella pidió era whisky; por fin lo entendí.

Sirvió el vaso delante de ella, abriendo la botella allí también, y empezó a servir el segundo vaso antes de que yo pudiera decir algo para impedírselo. Puso la ración de patatas fritas en la mesa de centro y nos dejó solos de nuevo.

—Siéntete como en casa —declaró sin rodeos, cogiendo el vaso de whisky y bebiéndoselo de una sola vez, mirando a la nada de una manera mórbida al hacerlo.

Me estiré, cogiendo una patatita y metiéndomela en la boca. Ni de coña iba a meter alcohol en el cuerpo con el estómago vacío de esa manera.

La observé servirse el segundo vaso y bebérselo de un trago otra vez, viendo una marca entre sus cejas bien marcadas. Elena llevaba maquillaje, parecía natural, pero aun así maquillada, y el pintalabios claro no se corrió ni siquiera con la bebida humedeciéndole los labios.

Me estiré hacia mi vaso, pero, en lugar de cogerlo, observé la botella. La graduación alcohólica era absurda.

—Te vas a encontrar mal a este ritmo —advertí.

Ella negó, soltando una risa malvada.

—Tengo una resistencia altísima al alcohol. Bebo desde los trece.

Tragué saliva al soltar la botella y miré a Elena de nuevo.

—¿Debo preguntar qué te hizo beber por primera vez? —Sus ojos se encontraron con los míos cuando cogió dos patatitas de una sola vez, viniendo juntas por el queso derretido.

—Depende, tú ya sabes la respuesta.

—Tienes un drama familiar de la hostia entre manos, ¿eh? Era culpa de la abuela, aparentemente. Por lo que yo entendía de las cosas, todo era culpa de esa... *señora*.

Ella abrió una sonrisa de lado al dejar el vaso a un lado y levantarse, yendo hasta el televisor y abriendo el mueble debajo del aparato, sacando un micrófono conectado a un aparato allí, y solté una risa.

—Entonces la gente rica también va al karaoke —me reí al decirlo.

Ella sonreía al encender el aparato y conectarlo al televisor.

—Todavía puedes irte; a partir de ahora seré 100% tristeza y no me responsabilizo de eso.

Sonreí ante la sinceridad.

—Creo que me voy a quedar.

Ella negó con la cabeza, escogiendo una canción de *OneRepublic* de la lista, sorprendiéndome. Cuando tecleó "*One*", esperé "*Direction*".

—Y mi hamburguesa aún no ha llegado —añadí mientras ella cantaba la primera línea, lo que la hizo reír por encima del micrófono, resonando por la habitación.

Mi sonrisa aumentó al ver su mirada graciosilla, que negaba con la cabeza al volver a leer la letra en el televisor:

— I know things are looking up // But soon they'll take us down // Before anybody's knowing our name[5] — resonó a nuestro alrededor, dejándome la garganta seca.

Su voz era genial y preciosa, pero... había un dolor profundo ahí.

Un pesar de quien había tenido el corazón roto irreversiblemente, y de quien *no quería* que la arreglaran.

Su voz se quebró de inmediato, y la vi limpiarse la cara con algunas lágrimas que cayeron.

Tenía razón: todo el ambiente se quedó mucho más triste. Lo que solo me hacía tener aún más ganas de quedarme allí. Si ella quisiera estar sola, habría impedido mi entrada minutos antes. Necesitaba a alguien esa noche.

Quizá no a mí, pero era a mí a quien tendría.



5

No te abras con un jugador de hockey X

Elena

Rika no podría venir, porque tenía un maldito jugador de hockey que era más importante que yo —y no pasa nada; yo no dije por teléfono que el asunto era, sí, más importante que Andrew Montclair, pero, siendo sincera, *cualquier cosa* es más importante que un gilipollas que cree que es el rey del mundo. Sin embargo, Rika tenía un cuelgue descomunal, del tamaño de un acantilado, por él, así que no podía exigir mucho.

Alex tampoco podría venir, pero en su caso era porque estaba viajando a Washington D. C. con su padre aquella noche. Debían de estar embarcando en ese momento.

Así que fui sola. Esperaba seguir sola, pero no era exactamente eso lo que estaba pasando.

Terminé *Apologize*, otra de *OneRepublic*, y sentí una mano en el codo, sobresaltándome y alzando la vista hacia Nathan Barlow, el número 34 que jugaba en la defensa de los *Northride Bulls*[6], el equipo de hockey de la universidad rival a la mía. Sabía un poco de él —a cuenta de Easton, pero aun así.

—¿Ha sido un tío? —preguntó, con dulzura.

Solté una risa, aprovechando para beberme todo el whisky de su vaso intacto, ya que se iba a calentar, y seleccioné la siguiente canción mientras él daba un paso atrás.

—Ningún tío me haría sentir mal, Nathan. No soy ese tipo de mujer —remarqué antes de girarme y mirar la pantalla mientras empezaba el ritmo de *Mercy*, de Shawn Mendes—. Al menos no un tío cualquiera —añadí, notando que, en realidad, mi padre era un "tío".

El único que me hizo entender lo que yo quería en una relación. Aquel hombre movió *montañas* para estar con mi madre. Él destruyó parte del conglomerado de la familia Fitzroy solo porque no apoyaron su matrimonio, hace tres décadas. Así de simple: deshizo una alianza de casi un siglo, para disgusto de mi abuela.

Y él se estaba muriendo.

Sollozé, dejando de cantar e intentando volver, quebrándome la voz mientras me empeñaba en cantar el estribillo*. Por favor, ten misericordia de mí.*

Veía mi móvil sonando descontroladamente al lado de mi vaso vacío, el nombre de mi madre allí, pero ella ya sabía dónde estaba; yo la había avisado. Ella sabía que yo necesitaba estar sola.

Porque no vamos a pasar la Navidad con mi padre.

No va a durar dos meses.

—Tienes que ser fuerte, Elena. Por tu madre y por tu hermano. Yo ya no voy a estar aquí para dirigir a la familia, y eso será tu responsabilidad.

Quería que regatear con Dios fuera como negociar con los inversores de la empresa. Quería que, de algún modo, yo pudiera ganar aquella guerra. Que yo pudiera darle parte de mi pulmón, o el entero, para que mi padre pudiera salir de esta.

Pero el cáncer ya no estaba solo en el pulmón y el destino decidió que mi padre iba a morir antes de Año Nuevo. Y la vida...

Me limpié la cara cuando la canción terminó y oí otro comentario:

—Tu voz es sorprendentemente estable para quien quiere llorar el pulmón fuera del cuerpo.

Eso me arrancó una risa estrangulada y tecleé la siguiente canción. Intenté algo menos triste, pero no estaba muy segura de haberlo conseguido.

All The Things She Said, de *t.A.t.U.*, pero en la versión rusa. Yo necesitaba practicar mi ruso, sobre todo porque un gran socio

nuestro era ruso.

Cuando terminé esa, me aparté del panel y del micrófono, tomando aire con dificultad e intentando mantener la expresión neutra, sentándome en el sillón de nuevo y bebiendo otro vaso lleno de whisky.

—Hablas ruso con fluidez.

No fue una pregunta, pero asentí a la vez que alzaba ligeramente el vaso, bajándolo y soltándolo a mi lado, mirando al techo.

Los golpes en la puerta no me asustaron, pero parecieron sorprender a Nathan cuando llegaron con su hamburguesa y su zumo. El camarero, Phil, me sonrió al dejar la cajetilla de cigarrillos al lado de mi vaso, junto con un mechero, y salió.

Mi madre debía de haber llamado para que me echaran un ojo.

Phil era un fumador habitual desde hacía muchos años y, aunque yo fingiera que nunca me había llevado un cigarrillo a la boca, sí lo había hecho, y siempre con él. Él me tenía vigilada, pero sabía que las cosas estaban caóticas y que fumar podría ayudarme, al menos momentáneamente. Incluso con el peligro inminente y la hipocresía del asunto.

Dejé *Swimming Pools*, de Kendrick, sonando sin mí en el micrófono, cogiendo unas patatas fritas y masticándolas lentamente antes de volver la vista a mi reloj.

—Puedes comer e irte, todavía da tiempo.

—No voy a dejarte en este estado aquí, Elena —le salió la voz apagada y extraña porque acababa de morder un pedazo enorme de hamburguesa, pero no dejó de hablar con la boca llena.

Esperé a que Nathan tragara, ya que parecía querer añadir algo.

—Y yo siempre puedo darle una paliza a tu guardaespaldas.

Sonreí de lado al abrir la cajetilla de cigarrillos y sacar uno de dentro, viendo cómo sus ojos seguían mi movimiento. *No, tú no puedes.*

—Solo dime si dentro de un rato va a aparecer una raya de cocaína. En ese caso me voy a preocupar un poco más.

Eso me arrancó una risa dolorida.

—Jamás. No voy a ser una niñata rica típica que lo arruina todo por un polvo blanco.

—Al menos en eso eres consciente —señaló mientras miraba el cigarrillo con desdén.

Me encogí de hombros, pero mis manos vacilaban mientras intentaba encenderlo. La llama apareció y se apagó de lo mucho que temblaba. Nate dio un sorbo a su zumo, pero siguió observando mis movimientos doloridos.

No conseguí encender el mechero, mis manos temblaban más que nunca, y lo lancé al otro lado del habitación-salón, frustrada mientras me frotaba la cara con la otra mano, tirando el cigarrillo lejos también.

—Ahora sería un buen momento para que me digas por qué pareces tan jodida de la cabeza —añadió en un tono calmado, despreocupado.

—La noticia estará en los periódicos al amanecer, puedes esperar seis horas —desdeñé, viendo aparecer su sonrisa maliciosa. Los periódicos solían llegar a los quioscos a las seis de la mañana; en ese momento ya debían de estar imprimiéndose con la portada de la noticia.

Aunque no quisiéramos, era responsabilidad de la familia informar a los inversores y a los interesados de que la empresa estaría pasando por un período de inestabilidad.

Teníamos seis horas hasta que las acciones se desplomaran.

EXCLUSIVO: Henry Fitzroy, presidente y accionista mayoritario del conglomerado Fitzroy, anuncia su retirada permanente de la presidencia

Las fuentes informan de que Henry Fitzroy recibió un informe médico ayer por la tarde (01), declarando que tiene menos de dos meses de esperanza de vida por un cáncer de pulmón agresivo contra el que viene luchando desde hace un año.

El mayor conglomerado norteamericano de tecnología "ya está previendo un choque en sus negocios con la noticia, pero nada con lo que no puedan lidiar", declara Robert Westbrook, jefe de relaciones públicas.

Fuentes internas declararon que, además de la inestabilidad prevista por la gerencia, hay una guerra interna a punto de iniciarse

entre Elena Fitzroy, la heredera directa del señor Fitzroy, y Hunter Bradford, la mano derecha de Eloise Fitzroy, la matriarca de los Fitzroy y abuela de Elena.

Se sabe que la situación familiar era crítica desde principios de año, cuando el entonces presidente empezó a ir acompañado por su hija en todos los eventos oficiales y no oficiales, causando incomodidad en la matriarca Fitzroy.

La noticia era mucho mayor que eso, pero era un buen resumen.

—Quiero oírlo de la fuente, ¿no puedo? Y, sinceramente, nunca busqué tu nombre. Ni siquiera sé dónde comprar un periódico —añadió Nathan.

Yo tampoco lo sabía; mi padre mandaba entregarlo en casa todos los días. Todos los periódicos más grandes del país se entregaban puntualmente a las 6:20 en nuestro portón y, a las 6:40, estaban sobre su mesa en el despacho privado.

—Las empresas Fitzroy son un conglomerado de tecnología y derivados —expliqué. —Competimos con grandes empresas, con *muchas* empresas, en diversos ámbitos. Somos la más tradicional del sector y nuestro mantra es no vender *nunca* nada fuera de la familia, lo que significa que el negocio se ha ido transmitiendo de generación en generación desde hace siglos.

—¿La tecnología no es algo reciente de la Segunda Guerra? —preguntó Nate, sincero. —Dijiste que ocurre desde "hace siglos", pero...

—Otras tecnologías existían antes y nosotros estábamos allí. Es todo lo que necesitas saber de la lógica del asunto. —Moví la mano al decirlo, viendo aparecer su sonrisa. —Mi padre es el CEO, dirige algunas de las mayores empresas del conglomerado y me ha estado preparando desde principios de año para asumir su lugar.

—Tiene sentido, ya que Easton es bastante joven y tiene otros objetivos —comentó, intentando entender mi lógica. —Pero ¿tu padre ya es así de mayor? Para traspasar la gestión y todo lo que conlleva, no entiendo muy bien de gestión de empresas —admitió con una sonrisa sincera.

Negué, observando la vista helada detrás de él.

—El médico lo confirmó antes. Mi padre lo sospechaba desde el año pasado, empezó a investigar y ya sabía que tenía cáncer en el pulmón cuando empezó a entrenarme, sin que yo lo supiera. Me lo contó en mayo. Él y mi madre creían que tendríamos más tiempo, no que sería tan agresivo o algo como... esto.

—¿Qué confirmó el médico, Elena?

—Que mi padre no estará entre nosotros para celebrar la Navidad —declaré.

Quería que Dios fuera un ser palpable. Quería darle un puñetazo. No tenía derecho a arrancarme a mi padre.

Nathan se quedó en silencio unos segundos, procesando lo que eso significaba.

—Joder, ¿dos meses de vida?

Asentí, cogiendo la botella de whisky de golpe y bebiendo del cuello, apenas quemaba.

—Es un tipo de cáncer común, de células no pequeñas. La subcategoría es cáncer de células grandes, lo que parece repetitivo para el nombre genérico, pero es un tipo de cáncer de pulmón que se extiende muy rápido. Muy rápido, de *verdad* —remarqué.

Nathan tragó saliva, asintiendo.

—Claramente —añadió, suave.

Asentí, mirando a la nada.

—Mi abuela quiere romper la tradición.

Nathan frunció el ceño.

—¿La de mantenerlo en la familia? —ató cabos.

—Sí. No quiere a ningún "negro sucio" dirigiendo su empresa.

Mis palabras pesaron en la sala más que mis lágrimas, que cayeron de mi barbilla al blazer del trajecito.

Nathan me miraba con la boca abierta, claramente en shock.

—¿Tu abuela dijo eso de... ti? —preguntó, balbuceando las palabras.

—Ya ha dicho cosas peores. —Me encogí de hombros. —La cuestión es que yo creía que tendría más tiempo —bromeé. —Para demostrarle que ser racista no la va a llevar a ninguna parte y que yo soy su nieta. Soy la única nieta mujer que tiene. Y Easton es el único nieto hombre.

—Y ninguno de vosotros es una opción para ella —concluyó Nathan. —Joder, qué vieja gilipollas. Con todo el respeto —añadió, acomodándose en el sillón y mordiendo su hamburguesa.

—La única forma de que me acepte es si le paso el mando a Hunter Bradford, su mano derecha. Ya que nacer blanca no va a funcionar más y tal.

—¿Por casualidad es el tipo con el que quería que fueras a una cita?

—Precisamente. Quiere que le pase el mando a él y viva como un ama de casa apacible. Dejó claro hace semanas que es la única forma de no impugnarme como accionista y CEO en cuanto mi padre muera, y se asegurará de plantear una votación sobre la presidencia en cuanto enterremos a mi padre, cuestionando mi capacidad, integridad, inteligencia y estabilidad emocional, además de mi color de manera indirecta.

—Joder, tu abuela es una gilipollas hija de puta —protestó con la boca llena, haciéndome sonreír.

—¿Nadie te enseñó nunca que es feo hablar con la boca llena?

—¿Nadie te enseñó nunca que es feo criticar los modales de los demás?

Levanté las manos en defensa, pero eso me arrancó una sonrisa sincera. Nathan sonrió de vuelta.

—¿Y tu madre? —preguntó Nathan cuando terminó de tragar, los ojos en mí de nuevo.

—Ella hace lo mejor que puede, pero solo fue... parcialmente aceptada por mi abuela por haber suprimido su potencial y haber evitado estar en el foco de atención. Ella es solo la "esposa ama de casa", aunque mi padre y yo sepamos que ella es mucho más que eso y es parte del éxito que tiene hoy el conglomerado.

—Y Hunter no permitiría que tú tuvieras ese mismo papel.

—Yo no me permitiría tener ese papel —corregí. —No nací para estar como un trofeo al lado de un hombre. Mis padres me educaron mejor que eso. Y Hunter mandaría a un asesino a acabar conmigo antes de que lográramos completar un año de casados —desdeñé.

—Por eso no me gusta la gente con dinero —alegó, señalándome. —¿Quién se cree que es ese Hunter?

—Alguien que tiene una polla tan grande como la cuenta bancaria —me burlé mientras oía los golpes en la puerta, levantándome y viendo llegar mi plato al mismo tiempo, sonriéndole a Phil. —Gracias, Phil. ¿Liam ya llegó?

—Acaba de relevar a Dennis. No lo va a saber —prometió, con la mirada pasando de Nathan a mí.

—Gracias. —Sonreí, cogiendo el plato de sus manos.

En cuanto se fue, fui hasta la mesa de la esquina de la sala, puesta allí precisamente para las comidas.

—Vaya, ahora me siento un hombre de las cavernas —comentó Nathan, risueño, señalándose la cara y las manos grasientas, casi demasiado torcido sobre la mesa de centro para comer, mientras yo preparaba los cubiertos con una sonrisa en la cara.

Tragué saliva al detener el cubierto, notando que me estaba gustando su compañía. Se suponía que él iba a ser un capullo y solo un mujeriego. No *esto*.

¿Todos los jugadores de hockey universitario eran como él o solo él era así?

Me metí un buen bocado de la comida en la boca, cerrando los ojos y masticando con ganas, sintiendo el sabor de un plato bien preparado invadir mis sentidos.

—No siempre el tamaño lo es todo. Ayuda, es verdad, pero no sirve de nada si el tipo es pésimo en lo que hace —declaró Nathan al continuar el asunto.

Hunter nunca me pondría un dedo encima. Prefería morir a involucrarme con ese tipo de hombre.

—Mi madre fue el lío de una noche de mi padre —la voz estaba demasiado cerca y el tono cambió. Abrí los ojos solo para ver a Nathan sentándose en la silla frente a mí con su hamburguesa, sosteniendo el plato de las patatas con la otra mano—. El asunto, ¿sabes? Soy su sucio secretito incluso ante su esposa, que no tiene ni idea —bromeó, pero hablaba en serio—. No sé lo que es tener una familia cariñosa y estructurada. Todos mis hermanos son medio hermanos; ninguno es del mismo padre. Bueno, excepto los del lado de mi padre e historias así —rió.

Sonreí ante eso, observando su cara y apoyándome en la silla.

—Mi madre tuvo una sobredosis. Otra, antes —añadió más bajo, tragando saliva con dificultad. —Desactivé mis notificaciones mientras corría, así que todavía no sé si está viva o muerta esta vez.

Joder.

—Esta vez —recalqué.

Él asintió.

—¿Eres el mayor?

—Sí —confirmó.

—Lo siento —dije, esbozando una sonrisa débil. Él reflejó la sonrisa, asintiendo.

—Mi hermana más pequeña, la benjamina, apenas tiene tres años. Quería ayudar a sacarla de esto, ¿sabes? Pero... apenas consigo salir yo mismo. Mis otros hermanos ya estaban perdidos, para ser justos. Yo renuncié a *ella*. A ellos. Pero Audrey... lo último que me dijo cuando vine este semestre a la universidad fue que su hermano iba a ser un jugador de hockey famoso.

—Ya lo eres —alegué.

Una sonrisa maliciosa se le extendió por la cara casi por completo.

—¿Me has estado *stalkeando*, Elena Braddock?

Tomé aire, sorprendida de que hubiera atado cabos sobre mi apellido, pero él solo se encogió de hombros.

—Si el sitio es de tu madre y te llamaron por tu apellido... —sonrió al decirlo. —Pero no te vayas por las ramas. —Me señaló con el dedo grasiento.

—No —respondí, sincera. —Pero sé mucho sobre ti por mi hermano. De verdad te idolatra.

Él sonrió, asintiendo.

—Easton es un gran chico. Él no lo sabe, ¿verdad?

—¿Sobre qué, exactamente? Sobre por qué nuestra abuela es una gilipollas racista, de eso obviamente ya se dio cuenta. Ahora, sobre nuestro padre y el infierno que serán nuestras vidas en cuanto él muera, no, no tiene ni idea.

Nathan asintió.

—Audrey tampoco sabía lo que era una sobredosis. Lo descubrió hoy.

Tragué saliva, volviendo la vista a mi plato.

—Deberías aprovechar para beber también —bromeé.

Él soltó una risa nasal.

—Estoy tentado, pero no bebo en temporada. No... así. No quiero volverme alcohólico o adicto a cualquier cosa en general.

—Como ella —concluí.

Él se comió el último bocado de su hamburguesa sin responderme, pero vi el asentimiento en sus ojos.

—No eres lo que pensé que serías —admití, dejando los cubiertos al lado del plato, terminando de comer con un único bocado. —Sabes, conozco a tipos como tú. Muchos. Jugadores de hockey, fútbol, lacrosse, baloncesto, voleibol, nadadores, tenistas, políticos, *influencers*, músicos, actores...

—Vale, para ya con la puta lista interminable —protestó, irritándose, lo que me hizo reír alto.

—¡Yo no me acosté con todos ellos! —me defendí, viendo la mirada incómoda. —¿Quién es el susceptible aquí ahora? —provoqué, y por eso se le formó una sonrisa en la comisura de la boca.

—Tipos como yo... —me animó cuando la satisfacción aumentó en su cara y ya no consiguió esconderlo.

—Varias amigas mías terminan enamoradas de tipos como tú. De *ti*, Nathan, incluso. Ya he oído tu nombre. —Él abrió una sonrisa que rozaba lo chulesco, pero se contuvo. —Exactamente por lo que estoy viendo. Y no consigo verme haciendo eso, en primer lugar. En segundo lugar, yo no tengo tiempo para lo que sea que los jugadores de hockey quieran en las folladas habituales. En tercer lugar, el juego es agresivo y *tú* también.

Él tragó saliva solo por el tercer motivo. Porque los otros podía ignorarlos, pero ese claramente era un problema incluso para él.

—Yo nunca haría daño a una mujer —refunfuñó.

—No es de eso de lo que hablo —alegué. —Y tú lo sabes. Es la agresividad en general.

Él asintió, sin mirarme a los ojos.

—Lo sé —dijo, taciturno, como si él mismo se diera cuenta de lo peligroso que era. —Estoy intentando mejorar —añadió.

Asentí, tranquila.

—La mayoría de la gente lo está. No hay ningún problema.

—¿Y tú?

—¿Y yo qué? —pregunté, confundida.

—¿Qué estás intentando tú? ¿Qué quieres?

Respiré hondo, observando el plato casi lleno de comida, salvo por el único bocado.

—Quería poder dormir esta noche sabiendo que mi padre me verá dirigir la empresa como él me enseñó. Que él podrá llevarme al altar en algún momento de mi vida. Que él podrá ver todos los partidos de Easton cuando vaya a la universidad, si todavía quiere jugar al hockey.

—Son cosas que quieres para tu padre, Elena. ¿Y para ti? —la voz le salió dulce, pero me arrinconó con la pregunta, sin ni siquiera darse cuenta.

Fruncí el ceño.

—Quiero demostrar que... —me detuve. También era por otras personas. —No voy a decir que quiero paz; soy empresaria, los empresarios no tienen paz —añadí, arrancándole una risa y sonriendo en respuesta. —Pero sería divertido poder estar en paz a veces.

Él sonreía tanto que solo entonces noté la trampa.

—Como aquí, conmigo.

Maldito astuto.



6

No duermas con un jugador de hockey X

Elena

—¿Y tú qué quieres? —pregunté mientras él mantenía los ojos en mí.

—Depende. ¿Ahora? A ti. ¿Mañana? Entrenar como un maldito. ¿Para el año? Ganar el *Frozen Four*[7] y, antes de que digas que es solo para el año que viene, considera el "año" como la temporada de hockey —corrigió rápidamente, aunque yo no iba a decir nada—. ¿Para la vida? Ganar la *Stanley Cup*[8] al menos unas tres veces antes de retirarme.

Voy a tener que investigar qué nombres son esos.

—Lo tienes todo muy bien planeado.

—Querer no es planear; tú más que nadie deberías saberlo, empresaria. —Resoplé al ver otra sonrisa serpentear por sus labios.

—Admito que me gustaría ser la portada de *Forbes* como la mujer más influyente —declaré mientras desviaba la mirada para observar la vista falsa de las ventanas.

—Ahí está. Algo por ti.

Asentí sin mirarlo, apreciando la sensación de estar de vacaciones con mi familia. Si hubiera sabido que nuestra última Navidad también sería la *última* con mi padre, habría pasado menos tiempo estudiando y en reuniones, y más tiempo con ellos esquiando.

Easton decía que nuestro padre había tirado a mamá algunas veces esquiando, a propósito, porque no conseguía aceptar que ella era mejor que él. Y yo los amaba por eso, pero quería haberlo *visto*. Debía haberlo hecho.

—Lo siento, Elena. Lo siento de verdad —dijo con voz tibia.

Asentí.

—Creo que yo también —admití—. No estoy acostumbrada a estar en una guerra que sé que voy a perder.

Yo debía haber hecho *tantas* cosas distintas. Y no sabía cómo cambiar eso ahora, en el presente, para evitar cometer esos mismos errores. Me sentía bloqueada en esa pelea empresarial contra mi abuela y, al mismo tiempo, perdiendo la batalla por mi padre.

—Joder, tía —gruñó—. No debería ser así.

—Ahí está algo en lo que ambos estamos de acuerdo.

—Estamos de acuerdo en muchas cosas, *bravita*.

Puse los ojos en blanco, conteniendo una sonrisa al levantarme.

—¿Ya has terminado? —exclamó, en shock, al notar que yo ya no iba a comer más.

—Sí, estoy llena.

—De aire, ¿no, joder? —dijo, sorprendido, gesticulando hacia el plato—. ¡Está lleno! Apenas lo has tocado.

Me encogí de hombros.

—No suelo comer mucho.

—Eso no es mucho, Braddock. Eso es *nada*.

Hice un mohín; no había nada que decir. Fui hacia la zona del dormitorio y abrí el armario, saqué uno de mis pijamas de ahí y fui al baño. Minutos después, ya estaba usando el desmaquillante, lavándome la cara y girándome solo para ver a Nathan en la puerta del baño, mirándome fijamente.

—¿Quieres compañía en la ducha? —bromeó, pero no había maldad; solo me pidió sitio para lavarse las manos.

Me sequé la cara mientras negaba con la cabeza, esperando que saliera, pero Nathan no lo hizo; solo se giró y me miró, frente a frente.

Sus ojos eran profundos de un modo que me revolvía el estómago. Era unos buenos centímetros más alto que yo cuando

estaba sin tacones, como en ese momento. El pelo castaño claro estaba seco de un modo despeinado y *muy* tentador, tras el sudor. La boca enrojecida era tentadora de un modo que debía ser un crimen.

—¿Qué? —pregunté cuando el silencio se volvió incómodo y él solo buscaba algo en mi cara.

—Nada. No hay nada que no sea deslumbrante; es una locura.

Solté una risa, pero me pilló con la guardia baja, y empujé su hombro para que saliera del baño, viendo una sonrisa juguetona aparecer en sus labios.

Nathan me sujetó la muñeca, atrayendo mi cuerpo hacia el suyo y mirándome a los ojos. Mi piel ardía donde su mano me agarró. Nathan nunca me conquistaría con belleza, pero ¿con la personalidad? Era un camino peligroso.

—Vivo cerca de *John's & John's Bakers*; es una casa grande de dos plantas, de ladrillo, con paredes blancas y azul claro, con basamento de ladrillo, con estilo y cara. Sabrás cuál es si algún día necesitas tranquilidad por allí.

Resoplé.

—Yo no voy...

—No digas lo que no sabes —advirtió, alzando las cejas mientras yo tragaba saliva, sintiendo su aliento contra mi cara—. Y, de todos modos, el baño de mi fraternidad es más acogedor que este.

Contuve otra risa, observando sus ojos. Eran de un verde familiar y me hacían sentir cómoda. Había un fondo castaño, pero era lo inverso de lo mío, que tenía el castaño siempre intentando imponerse al verde.

Él olía a loción de afeitar. Y nada más. El olor me erizaba la piel.

Sentí sus dedos bajar de mi muñeca a mi mano, entrelazándolos con los míos y subiendo mi mano hasta su boca, besándola allí.

—Hoy voy a ser solo la almohada que vas a abrazar para dormir. Mañana puedo ser eso otra vez. Pero *algún día*, Elena Braddock, te arrepentirás de no haber cruzado la línea antes.

Sonreí de lado.

—Es Elena Braddock-Fitzroy, por si te da curiosidad. No valgo el dolor de cabeza que involucrarte conmigo te va a causar, Nathan.

—Yo aguanto el golpe, *bravita*.

Suspiré, intentando deshacer nuestras manos, pero él negó.

—Ve al partido. Prometo portarme bien y que no va a haber pelea.

Solté una risa.

—¿Has visto alguna vez un partido de hockey? —me burlé, juguetona.

Se rió a carcajadas con eso y, aún sonriendo, me sujetó la cara con la mano libre, acariciándome la piel de la mejilla.

Creo que no estaba respirando.

—Ve al partido, Braddock.



—Por favor, por favor, *por favorrrrrrrr*. —Mi hermano saltaba a mi lado mientras caminábamos por la entrada de la sede de la empresa, donde también estaba la oficina principal de mi padre, en pleno corazón de Boston. El mármol del suelo hacía eco de los pasos que daba con los tacones. —¿Ya ha enviado la entrada? —siguió Easton, dando saltitos a mi lado mientras pasábamos por el reconocimiento facial de los torniquetes.

—¿Quién? —pregunté, fingiendo no saber mientras íbamos hacia los ascensores.

¿Te refieres a Nathan Barlow? ¿El tipo que realmente era una gran almohada? ¿Una almohada muy peligrosa que se despertó con una erección que despertaría envidia a cualquier hombre del mundo?

—*Afffffff* —resonó, resoplando por todo el ascensor mientras yo fingía no saber de quién estaba hablando.

—¿Vas a estar paseándote por la habitación con ese pantaloncito de los cojones? Qué crueldad, Braddock.

—Aún no la ha mandado —respondí a mi hermano, mirando nuestro reflejo en el espejo de cristal que formaban las puertas cerradas.

—Tú estás sin camiseta.

—Podemos dejarte sin la camiseta también...

—Pero va a ir, ¿no?

—Sí, señor Ansiedad —bromeé, y él se rió, saltó y lo celebró, todo eso mientras ignoraba el apodo—. ¡Y el partido es solo mañana! ¡Calma!

—Dime que llevas algo debajo de la camiseta, por favor.

—No.

—¡Pero voy a ver a Nathan jugar! —aulló, emocionado, haciéndome sonreír.

—Joder.

Mientras tanto, subimos directamente por los pisos de en medio, del veinte al cincuenta. En el cincuenta y nueve, el ascensor redujo la velocidad y se paró en el sesenta.

—Tú sabes muy bien lo que estás haciendo, ¿verdad? Provocarme así es crueldad. De la peor, Elena. —Su tono era tan agradable que yo quería seguir oyéndolo quejarse.

Las puertas se abrieron y mi sonrisa murió. El corazón dio un vuelco tan fuerte que ella podría adivinar fácilmente que yo había dormido en los brazos de un jugador de hockey.

—Ah, ¡por fin! —declaró Eloise Fitzroy—. Estaba considerando ir sin ti, Elena. Tu padre ya sabe que tu almuerzo fue cancelado; vienes conmigo.

—Vale —confirmé, viendo a Hunter justo al lado de ella y de otros dos hombres.

Todos de traje negro.

—Hola, abuela —dijo Easton, incómodo, pero, visiblemente, se acercó a mí y casi se escondió detrás de mi brazo.

—Easton, tu padre ya te está esperando desde hace veinte minutos —declaró ella, simple.

—Es que había mucho trán...

—Puedes ir. —Ella gesticuló para que siguiera por el pasillo, y reuní *todo* el autocontrol que me quedaba para no reaccionar a eso.

Como si él fuera solo un animalito.

Easton me miró, cohibido, mientras yo le sonreí e hice un gesto con la mano. Cogió la mochila que había dejado en el suelo del ascensor —cosa que Eloise notó— y salió disparado por el pasillo que ambos conocíamos bien.

Entré en modo automático después de eso. Di gracias a Dios por no haber comido nada aún, porque el estómago se me revolvió con la idea de pasar una hora con Eloise.

Estaban hablando de negocios, así que seguí la conversación. Algo sobre el desarrollo de un *chip* que era del interés de la empresa que representaban esos dos hombres. Hunter seguía la conversación, pero yo veía que grababa discretamente en su móvil, para notas futuras. Mi abuela, mientras tanto, llevaba las riendas de las cosas.

Podíamos llevarnos mal, pero ella era una empresaria... *asesina*. Ella siempre conseguía lo que quería y, si no era el caso, se ocuparía de ello. De un modo u otro. Allí, ella quería ampliar el abanico de empresas bajo nuestro negocio, y esos dos hombres representaban una excelente relación coste-beneficio de inversión.

El *chip* estaba en fase de desarrollo, pero aún no había entrado en la etapa final de pruebas. Yo ya podía oír a todos los científicos quejándose de antemano porque mi abuela exigía que fueran más rápido para cumplir los plazos ridículos que ella daba al cerrar acuerdos.

Liam nos llevó a Hunter y a mí en mi coche, porque mi abuela siguió su conversación en su coche con los dos hombres, dejando claro, por cómo se repartieron los coches, una pequeña cosa: *ella* era quien decidía las cosas. Si fuera yo, estaría en el coche con los hombres.

—Vaya movida, ¿eh? —comentó Hunter, examinándose las cutículas de las uñas.

—¿Qué? —pregunté, observando la vista.

Su perfume era de *Dior*. El tradicional, *Homme*. Robert Pattinson protagonizaba la campaña. Era un perfume bueno, caro; decía mucho de las cosas que le gustaban a mi abuela y era un olor agradable para una señora mayor a la que querías impresionar.

Todo en Hunter estaba medido al milímetro, incluso el hecho de que eligiera un conjunto totalmente negro para el día, por el anuncio sobre la salud de mi padre. Hunter prefería corbatas rosa claro, el color favorito de mi abuela, pero la de ese día era negra.

—Tu padre. Es una pena que haya sido tan repentino.

Asentí, obligándome a seguir mirando la calle para pasar menos tiempo mirándolo a él.

—Sí, lo es.

No llores. Tuviste tiempo suficiente para llorar esta noche.

Nathan solo fue mi almohada porque tuvo que abrazarme cuando me tumbé en la cama a su lado. Solo con un pantalón de mi padre, después de darse cuenta de que la habitación era de mi familia y de que, obviamente, no había ropa masculina aparte de la de mi padre.

De tanto que lloré. Por eso me abrazó. Lloré a sollozos, hasta el punto de no poder respirar y de haber amanecido con la cara completamente hinchada. Temblaba tanto que él acabó preguntando si no necesitaba un tranquilizante.

—Bueno, pasa, ¿no? Es la vida —el comentario sonó tan indiferente como yo sabía que era él.

—Sí.

Él gruñó.

—Joder, Elena, estoy intentando sacar conversación.

—¿Cómo van las acciones? —cambié de tema inmediatamente, lanzándole una mirada de soslayo que dejó claro que estaba intentando que él hiciera lo mismo a cambio.

No soportaba al tipo, pero, al fin y al cabo, aún trabajábamos juntos.

—Mejor de lo que el equipo pensó que estarían. Caímos solo un 3,5% en bolsa, considerando que la expectativa era de un 9,38%...

Asentí, por fin volviendo los ojos hacia él.

—Sé cuáles eran las expectativas, Hunter.

También sé cómo amaneció la bolsa, pero en fin...

—No lo parece. ¿Por qué no fuiste a la cena ayer? Tu abuela se puso hecha una furia.

—Estaba ocupada.

—¿Por tu prometido?

—Ya tuvimos esta conversación. Tú y yo no vamos a casarnos.

—Hasta ayer, yo habría confirmado eso. Las cosas cambiaron ayer por la tarde, Fitzroy —constató—. Tu padre va a morir antes que tu abuela. Y sí, tú puedes incluso heredar la mayoría de las acciones, pero la influencia es toda de ella y tú lo sabes. La que manda es ella.

Intentó alcanzar mi mano derecha, pero la retiré hacia mí, apartando la mirada de él y volviendo a mirar la calle.

—Algún día vas a tener que aceptar que la única forma de tener la empresa es a través de mí, Elena. Tu abuela ya ha elegido.

No tienes ni idea de dónde te estás metiendo y crees que sabes moverte en el tablero en el que yo crecí jugando.

—Eligió mal. Se dará cuenta. No eres más que un imbécil que va de rico y cree que le tocó la lotería, Hunter. No te pongas demasiado cómodo.

Y volví a mirarlo.

Tenía las aletas de la nariz dilatadas y me miraba con irritación.

Siempre se ofendía cuando yo dejaba implícito que era un cazarrecompensas, pero era exactamente eso. Era medianamente competente, pero era un gran lacayo de mi abuela, lo cual le bastaba a ella, con tal de que él siguiera al tanto de los asuntos, entendiendo su lógica de gestión y cómo seguir con los negocios cuando ella ya no estuviera aquí.

Y era blanco como un papel A4 recién salido de fábrica.

—Algún día, Henry ya no estará aquí para protegerte, Elena. Deberías seguir el camino más fácil ahora, en vez de ponerte las cosas difíciles para ti más adelante —declaró fríamente.

Henry es solo para los íntimos. Mi padre se pondría hecho una furia oyendo su nombre salir de su boca así.

—¿Bianca sabe que estás prometido? —pregunté, tan indiferente como él.

—Ni se te *ocurra* tocar su nombre.

—¿Sabe que es la amante?

—Cierra la puta boca.

—¿Y que la vas a cambiar por un coño que tu jefa ordenó?

La bofetada vino con tanta fuerza que mi cuerpo golpeó contra la puerta del coche, y tomé aire, levantando la cara para mirarlo; él me

miraba como si no pudiera creer que él mismo hubiera hecho eso.

No era la primera vez. No entendía por qué aún fingía sorpresa.

No era tan habitual. Le gustaba ser pasivo-agresivo, pero también le gustaba bastante perder la paciencia.

—No necesito esperar a que mi padre muera para saber el desenlace si me caso contigo, Bradford —escupí—. Liam seguía delante como si un compañero de trabajo no acabara de agredirme.

Dennis ya le habría separado el alma del cuerpo a Hunter.

—*No vuelvas* a tocar su nombre.

—Supongo que Bianca no lo sabe, entonces.

Se rió, incrédulo, y clavó la mano en mi brazo, pegando nuestros rostros.

—No veo la hora de que tu padre muera, joder.

Volví la vista al asiento del conductor delante de mí.

—No veo la hora de que te mueras envenenado por tu propio ego.

—Apuesto a que tu padre va antes —gruñó en mi oreja, frío.

—¿Qué pasa si te despido? —susurré, girando la cara hacia él, ojo a ojo. Apenas había un centímetro entre nosotros. Él podía sentir cada nota del perfume que yo solía usar, el *Liis Lucienne*, mezclado con la crema corporal de fresa que yo usaba.

Y yo sentía el estómago revolverse con la proximidad.

—¿Qué pasa si tu abuela me mantiene como su mano derecha? —susurró de vuelta—. Tú no eres mi jefa, Elena. Ni mi superiora. En realidad, tú eres lo *opuesto* —escupió entre dientes, apretándome más el brazo, y yo rechiné los dientes—. ¿Quién crees que manda dentro de este coche?

Quería devolverle una bofetada. Quería hacer que se arrepintiera amargamente de cada palabra usada, cada movimiento hecho, de cada trozo de su piel que me había tocado.

Pero no sería ese día.

El edificio donde estaba el restaurante se acercaba, y él también lo notó, porque suspiró, ajustándose la corbata.

—Se te marcó la base. Voy a inventar una explicación para tu retraso. Resuélvelo.

Liam se quedó dentro del coche mientras yo me retocaba el maquillaje sobre la marca de la mano, aprovechando los minutos para calmar mis pensamientos y riéndome para mí misma porque podía apostar que a cierto jugador de hockey no le iba a gustar lo que vería si yo me quitara el maquillaje hoy delante de él.

Yo solo estaba deslumbrante ayer porque Hunter no había estado cerca en los últimos días. Y yo ya había intentado lidiar con eso. Se lo informé directamente a mi abuela, pero ella solo se rio y dijo: "*¿Crees que mi madre no recibía golpes también? Tu abuelo era una excepción, Elena*".

Quizá por eso eres tan deslenguada y prepotente, era lo que yo quería decir. Si pegar arreglara las cosas, ella, desde luego, habría aprendido a base de una paliza.

Liam me acompañó por el restaurante, y sonreí al sentarme en la mesa, intentando contener la parte que me envenenaba la mente mientras veía a Hunter sonreírme enamoradamente.

—Ahí está ella, expliqué que nos emocionamos en el coche, amor —me sonrió al besar el dorso de mi mano, entrelazando nuestros dedos.

Mostré una sonrisa a los hombres, asintiendo mientras sentía toda la garganta trabada.

Mi abuela tenía una expresión radiante como si viera un sueño hacerse realidad, como nunca me había sonreído antes.

Apagué la parte de mi mente que me recordaba que la mano de Hunter estaba en la mía y me obligué a prestar atención a los negocios. Él no hizo nada abiertamente violento allí, pero era obvio lo que podía hacer en privado.

No tenía *miedo* de Hunter. Pero sabía lo que representaba. Lo que era para mi abuela, y había comprendido que compartir ese problema con ella no llevaría a nada.

Y no conseguía hablar de eso con mi padre. No después de saber de la enfermedad; en concreto porque Hunter solo se volvió agresivo después de saber de la enfermedad también. El maldito sabía lo que eso significaba. Y solo empeoraría con el paso del tiempo.

Mientras tanto, prefería no plantearle ese asunto a mi madre tampoco. Yo era consciente de que ella perdería los papeles. Sabía

que pediría cuentas al propio Hunter, o peor, a mi abuela.

En el fondo, quería resolverlo yo sola, porque era mi responsabilidad. No Bradford exactamente, pero era mi deber convertirme en alguien tan fuerte como mi padre se había convertido como presidente.

Aunque el estómago se me revolviera con la mera intención de enfrentarme al hombre a mi lado.

Comí un bocado de la ensalada para no quedar mal, pero no tenía hambre. Y, de todos modos, el estómago se me revolvió aún más conforme la conversación avanzaba. Saliendo de los negocios, pasó a lo personal, y yo odiaba esa parte: que se interesaran por algo que no involucraba las relaciones comerciales. Mi vida era privada, pero la de Elena Fitzroy, la heredera, aparentemente no.

—Nos hemos enterado de que Hunter y tú vais a casaros, Elena —sonrió el empresario de más edad—. Es una unión estupenda, y tiene mucho sentido que quieras dedicarte a la familia y a la casa. Dirigir una empresa es demasiado estresante para una mujer.

Sonreí a eso, sintiendo toda la ensalada revolverse en mi estómago. Los empresarios conseguían completar la lista de machismo fácil, fácil. Todos los días me demostraban que mi padre era una gran excepción en medio.

—¡Enhorabuena por el compromiso, querida! —declaró el otro, más joven—. Tus padres deben de estar radiantes; es una pena que tu padre esté en una situación tan delicada. —Había sinceridad en sus palabras, pero, honestamente... no me importaba.

—Gracias. —Sonreí, contenida. Mi abuela exhibía cada vez más felicidad, porque ella sabía perfectamente que lo había armado todo. Yo nunca negaría algo así delante de posibles clientes porque la inversión valía más la pena que los daños personales.

Ella me había emboscado para que eso fuera noticia al día siguiente.

Hunter ni siquiera soñaba con cómo funcionaba la mente de esa mujer. Si lo supiera, sabría que él no era más que una marioneta que ella se las apañaría para controlar incluso después de muerta.

Los dos hombres se fueron primero, así que mi abuela nos dejó con una mirada clara de que era para que nos quedáramos y

termináramos el almuerzo, lo que me delató fue que había alguien contratado por ella haciendo fotos. Definitivamente iba a salir en las noticias.

Hunter y yo nos quedamos en silencio mientras él terminaba su comida, un plato de pasta, ya que el restaurante era italiano, y yo sorbí mi zumo. Yo nunca bebería en público; solo cumpliría veintiún años en enero.

Mi padre no celebraría mi cumpleaños.

Me vendrían bien unos tragos más de ese whisky, pero es que, más o menos, me había terminado la botella yo sola anoche, lo que explicaba el dolor de cabeza y el llanto descontrolado.

—Está bien. Está bien... —La voz calmada y reconfortante surgió en mi cabeza mientras tragaba el zumo.

No es momento de que aparezcas ahora. Eres un buen recuerdo y no voy a mezclar los recuerdos malos con la sensación que me traes.

—Con permiso, voy rapidito al baño —declaré a Hunter, que asintió, mientras yo ni siquiera esperaba eso; solo seguí mi camino hasta allí.

Y lo vomité todo en el primer cubículo libre que encontré, arrodillándome de una manera nada respetuosa en el suelo para hacerlo.

Hunter me esperaba a la salida del baño.

—No me digas que estás embarazada. O mejor, dímelo. Así tendremos que casarnos con aún más urgencia.

—Ojalá un día te atragantes con tu propia polla.

Él sonrió, malvado, al oír eso.

—No aprendes, ¿verdad? No puedo esperar a que la silla de la presidencia quede vacante.

No, Nathan, no va a estar todo bien.



7

Obsesiónate con una mujer que apenas conoces ✓

Nathan

Me llevé un empujón doloroso que me mandó al hielo de inmediato, sin caer de bruces porque ya no era un mocoso sin entrenamiento, pero *dolió*, joder.

Joder, Elena. ¿Hasta en el hielo?

Treyton me miró de reojo, irritándose por mi falta de concentración.

—¿Qué pasa, joder? —me quejé, levantándome sin su ayuda.

—Estás raro.

¿No bastaba con que me hubiera retrasado porque me había perdido en los recuerdos de la noche pasada? No podía ser más obvio.

—Cosas de tu cabeza. Solo estoy preocupado por unas asignaturas de este semestre. Mucho más cálculo del que esperaba —me fui por las ramas.

Entrecerró los ojos y me miró, pero asintió, aceptando que yo no mentiría sobre lo que me estuviera preocupando, pero la realidad es que, mientras mi mejor amigo me había contado lo de su hermana asesinada, su búsqueda de venganza usando a la hermana menor del asesino (*spoiler*: ya estaba saliendo mal) y... Joder, todo, él ni siquiera sabía quién era mi padre o que yo estaba sufriendo con

diversas cuestiones que implicaban mi carácter irritable cada vez que me daban un empujón o me echaban una mala mirada.

¿El problema? No era nada de eso lo que tenía en la cabeza. Era Elena.

Se durmió de agotamiento en mis brazos, y solo conseguí conciliar el sueño después de las dos de la mañana. Solo tuve el valor de activar las notificaciones del reloj cuando ella se durmió, y había un mensaje de James: "*Está viva; no es que te importe*".

Fue suficiente para que me relajara. Sin embargo, no era exactamente eso lo que tenía en la cabeza.

¿Habrá comido? No se tomó el desayuno que mandó entregar en la habitación. Apenas dijo nada mientras se maquillaba y cogía otro conjunto de ropa, aquel día, de negro. También estuvo al teléfono unos minutos con la tal secretaria. Hablaron un poco sobre una reunión con una constructora suiza.

Todo esto mientras yo solo observaba, sentado en la cama con una erección obvia y tratando de no mirar demasiado las curvas marcadas en el traje, porque entonces tendría que masturbarme en el baño tan pronto como saliera.

Elena cuidaba de todo el mundo, y yo sospechaba que quien cuidaba de ella era su padre. Lo que significaba que estaba a punto de perder el suelo bajo los pies en el momento en que aquel hombre fuera enterrado. O, yo qué sé, incinerado. En fin, cuando el corazón del tipo dejara de latir.

Al menos eso fue lo que me dijo su llanto.

Negué con la cabeza y volví a preocuparme por mi entrenamiento. Ella sabía cuidarse. Aunque sus hábitos terribles de alimentación, sueño y bebida me dijeran lo contrario.

Estábamos mucho mejor que el año anterior. Nos enfrentaríamos a Scadelton al día siguiente y yo quería mucho, muchísimo, machacar a aquellos niñatos pijos en la pista, pero, en concreto, a Aaron. Desde que Trey me contó lo que él le hizo a Tracey...

Ella estaba muerta porque Aaron la había asesinado, y seguía por ahí tan campante, impune y sin ni siquiera ser un sospechoso. Sin embargo, Aurora no tenía nada que ver con lo que había hecho su

hermano y el vacío que Trey estaba recibiendo por parte de ella era merecido.

—¡BARLOW, PRESTA ATENCIÓN, JODER! —bufó el asistente del entrenador cuando casi perdí el disco que pasó volando a mi lado y eché a correr para evitar que llegara a Josh en la portería, con Brian mirándome como si yo estuviera loco.

—¡PERDÓN! —grité cuando ya había corregido mi error y le devolví el *puck*[9] a Brian, que atacó con Trey.

Negué con la cabeza mientras el entrenador Miller me insultaba desde su posición en la esquina del hielo.

—¡Sigue así y mañana te vas al banquillo, Nathan! —criticó.

—¡No voy a ir, no! —protesté, parpadeando un par de veces y volviendo a morder el protector bucal, concentrándome en el partido otra vez. *Joder, necesito sacármela de la cabeza.*

Cuando salí del entrenamiento y, ya duchado, sintiéndome mejor conmigo mismo por haberme concentrado más después de las innumerables broncas, cogí el móvil, abrí la conversación con ella y vi el mensaje ignorado.

Me la saqué de la cabeza durante el entrenamiento, en mi defensa.

¿Vas a ir? <

Esta vez, ella respondió.

> ¿Tienes entradas?

Dos, como prometí. ¿O Thompson también las necesita? No sé cómo funciona. <

> Será el turno de Liam.

> Solo dos entradas; los guardaespaldas no cuentan como aficionados.

Mierda. Prefería a Dennis; así podría hablar con ella.

—Eh, ¿me prestas tu coche más tarde? —pidió Trey mientras se ponía los pantalones, observándome.

—Claro, no voy a hacer nada. ¿Vas a salir con Aurora?

Puso los ojos en blanco.

—Eres buenísimo guardando secretos —y señaló, irónico, el hecho de que el vestuario estaba lleno de tíos curiosos, incluido Brian, que nos observaba con los ojos entornados mientras se ponía su camiseta de la universidad, casi su uniforme diario.

Creo que tenía una para cada día.

Thomas parloteaba mandándole un audio a Lily, obviamente. Siempre estaba hablando con ella.

Me encogí de hombros, esbozando una sonrisa maliciosa mientras Trey resoplaba.

—Solo llévame hasta clase y luego es tuyo —declaré, y él asintió.

Volví la vista al móvil, respondiéndole.

¿Cuándo vas a conocer mi habitación? Me encantó la noche. <

> La pasé llorando, no hay forma de que te haya encantado.
> Y respondiendo: nunca.

Decidí otro enfoque, ya que ahora me estaba respondiendo:

¿Cómo van las cosas por ahí? <
¿Tu padre está bien? <

Podía sentir sus ojos analizándome, aunque probablemente estuviera al otro lado de la ciudad, ya que eran las seis de la tarde y ella tenía una empresa que gestionar.

¿Qué hacía allí, al fin y al cabo? ¿Además de mandar a un montón de pijos engominados?

Y creo que te interesará saber que los chicos del equipo van a hacer una fiesta el martes. <
Yo voy a estar allí, en cualquier caso. <
Y si ganamos mañana, vamos a hacer otra también. Estaré allí. <

¿Me parecía muy interesante montar fiestas entre semana? No. Era un error. Pero un error *muy* delicioso.

> ¿Se suponía que era una broma?

Borde. *No*.

> No voy a la fiesta ni a tu habitación, Nathan.
> Mi padre está bien. Aún no he podido verlo hoy.

Fruncí el ceño por eso, pero me sobresalté cuando Trey me llamó la atención con la mano.

—¿Vas a quedarte sentado con el móvil? Vas a llegar tarde a clase.

Asentí, lanzándole la llave.

—Conduce tú.

Él sonrió, animado, mientras cogíamos nuestras bolsas de entrenamiento y seguíamos nuestro camino. Él también había venido conmigo, así que su moto estaba en casa.

Intenté llamar, pero ella no me contestó, como imaginaba.

Dejé el móvil a un lado, charlando con Trey mientras tanto, porque, se lo tenía *merecido*: se estaba enamorando de Aurora en vez de poder usarla en su venganza. Siempre sale mal, yo avisé.

En realidad, él ya estaba enamorado. Pero Aurora le estaba haciendo el vacío porque él la cagó, así que yo estaba de su lado. Punto final.

Conseguí concentrarme en clase, al menos.

Porque *necesitaba* concentrarme; "Mecánica Elemental de Fluidos[10]", pero entre nosotros solo Mecánica de Fluidos, no era fácil ni para el mejor de los genios, y la semana siguiente empezaríamos a pasar más tiempo en el laboratorio. Prefería evitar que explotara algo. Al menos yo había sido monitor de Física 7 el año pasado, así que una buena parte de los cálculos estaba fresca.

Solo cogí el móvil cuando salí de clase y solo después de pasar por el comedor, comprando un sándwich natural y sentándome en uno de los bancos de la calle, comiendo con el aire fresco del inicio del otoño, disfrutando de la buena sensación de la noche fresca.

> Gracias por escucharme anoche, Nathan. Pero fue solo eso. Mi vida es demasiado complicada y hasta una aventura de una noche te traería más problemas de los que puedes manejar ahora mismo. Así que, gracias por ser un hombro en el que apoyarme; fue un placer.

Solté una risita. ¿Quién se creía que yo era? *Por favor...*
Mastiqué el sándwich con aún más ganas, animado.

¿Dónde estás ahora? <

> Ocupada.

¿Y dónde queda eso? ¿Está cerca de Boston? <

> Por el amor de Dios, Nathan. Estoy saliendo de una reunión. Liam y Giulia acaban de cambiar de turno.

¿Cuántos guardaespaldas tienes? <

> Cuatro. Boz es el suplente. Por favor, da por suficiente la aventura del club secreto.

Sé hasta dónde aguanto, Braddock. Y solo estoy empezando.
¿Giulia es maja? <

Ella hizo un gesto de negación con la mano, haciéndome resoplar, frustrado. Qué mierda.

> Podrías rendirte. Sería más fácil.

¿Para quién? <
Para mí, desde luego que no. Me gustó tu compañía. Y no estoy bromeando cuando digo que eres deslumbrante, *bravita*. <

¿Los labios? Joder, los quería rodeando mi polla, pero era lo suficientemente paciente como para no decírselo. Todavía.

Tampoco estoy bromeando cuando pienso en tu boca <
Ni en tu sabor <

O en tu olor <
O si vas a gritar mi nombre conmigo dentro de ti, como lo haces cuando te pillo por sorpresa <

> Por el amor de Dios

Solté una carcajada alta, que resonó por el jardín de la entrada del edificio de Ingenierías de Northride.

> Estoy prometida, Nathan.

Mi sonrisa se murió.
¿Qué mierda es esto?

¿De qué mierda estás hablando? <

> Creo que mi abuela va a aguantar la noticia hasta que mi padre muera, pero va a empezar a comprar espacio en los periódicos y revistas ahora.

Había *tantas* cosas que estaban mal en aquellas palabras.

¿Es con ese hijo de puta? <

> Sí.
> El próximo turno de Dennis es solo el viernes. Necesito irme.

Vi el "*en línea*" desaparecer de nuestra conversación de inmediato, dejándome mirando la pantalla del teléfono como un idiota. Su foto por fin apareció, lo que significaba que solo entonces había guardado mi contacto, probablemente. Era ella sonriendo en un *selfi*, simple, pero preciosa. La piel oscura brillaba tanto como los ojos, y la foto parecía de pura felicidad, una sonrisa sincera, aunque respetuosa.

Al menos ahora ella había registrado mi número. Punto para mí.

Miré el sándwich con disgusto, con ganas de escupir todo lo que estaba masticando.

Y tecleé Hunter Fatford en la caja de búsqueda. Yo qué sé qué mierda de apellido era el suyo, pero cuando añadí el nombre de la empresa, él apareció.

Blanquito prepotente, pijo engominado. Los dientes perfectamente alineados empeoraban aún más su situación. Gilipollitas.

¿Y ese pelo pegado? Me daba escalofríos con solo recordar que uno de mis hermanos por parte de padre también llevaba el pelo así: Peter, el más joven. Valerie era la del medio.

Había varias fotos de él al lado de Elena en eventos. Ella, como siempre, estaba espectacular. Vestidos largos, vestidos cortos, pelo recogido, pelo suelto, siempre liso. Pendientes enormes, pendientes pequeños. El maquillaje invariablemente perfecto y resaltando lo guapa que era, además de bien hecho para su tono. Uñas en todos los casos pintadas. Solo había una foto de Hunter con ella y la familia, pero Easton estaba entre ella y él, lo que me hizo sonreír. El chico era de los míos.

Tecleé el nombre de Elena en la caja de búsqueda por primera vez.

Sonreí débil al ver la foto de perfil que apareció, un estilo 3x4 oficial que estaba en la página de la empresa, sobre la familia y el mando de Fitzroy.

Elena Fitzroy, la heredera del conglomerado tecnológico multimillonario. Veinte años. A diferencia de su padre, decidió no estudiar en Harvard y fue a estudiar en el alma máter *de su madre, Scadelton. Actualmente está en el tercer año de Administración. Es conocida por ser el brazo derecho de Henry Fitzroy (haz clic aquí para más información sobre el presidente del conglomerado Fitzroy), así como una pupila de su abuela paterna, Eloise Fitzroy.*

Hice una mueca. La información no era exactamente verídica, sobre todo porque no era de la web oficial de la empresa.

—¡Hola, Nate! —una voz femenina me hizo levantar los ojos de la pantalla del móvil y de la foto de Elena junto a los datos disponibles para todo el mundo, encontrándome con Lily y una amiga suya.

Lily, igual que su novio, Thomas, era de primero y era una de las personas más animadas que he conocido en la vida*. Y con la lengua*

afilada. Sonreí hacia ella.

—¿Qué tal, Lily? ¿Todo bien?

Ella asintió, y la amiga me sonrió cada vez más.

—Vamos a encontrarnos con el equipo en el bar, ¿no quieres venir? Pensaba que estarías por allí —comentó, frunciendo el ceño.

Negué con la cabeza, sorprendido al ver que nuestro grupo estaba a tope y yo había ignorado las notificaciones.

—Joder, ni me di cuenta de que los tíos habían quedado para ir allí. Claro, ¿puedo ir con vosotras?

Ellas asintieron, la morena al lado de Lily sonriéndome de manera *nada* discreta.

Mi móvil vibró, y corrí a ver la notificación, pero no era de Elena. Era de uno de mis hermanos:

> Mamá va a quedarse en el hospital hasta el viernes. Si quieres visitarla.

¿Quién va a pagar la puta cuenta?

Negué con la cabeza, me levanté y tiré el papel del sándwich, siguiendo al dúo de amigas.

Me pasé la mitad del tiempo en el móvil investigando más sobre aquella familia, y la otra intentando mantener una conversación natural con los tíos. Quería entender más sobre lo que estaba pasando en su vida.

Yo estaba intentando entender por qué Elena me había dicho que nunca se casaría con el tipo y al mismo tiempo admitió que estaba prometida. Sabía que aquello tenía mano de Eloise —la vieja tenía pinta de mala, debo añadir; la odié en la primera foto y eso no cambió en las siguientes—, pero, al mismo tiempo... Ella podía haber dicho que no. ¿*No*?

De todas formas, no me gustaba el resultado. Odié eso. En todos los cálculos mentales que hice, Elena terminaba casada con el hijo de puta. Y yo era *muy* bueno en los cálculos, debo advertir.

¿Cómo iba a conquistarla si estaba a punto de casarse? Eso jodía mis planes. Y al mismo tiempo yo *quería* acabar con aquella farsa de

mierda y ponerla en mi cama. Yo era muchísimo mejor que aquel desgraciado.

Aun así, ella no estaba conmigo. Yo era un hombre soltero y sin ningún lazo personal para el sexo. Y necesitaba dejar de pensar en ella; de lo contrario, tendría que asumir que me estaba gustando más de lo que me interesaba, lo cual no era el caso.

¿Me acosté con la amiga de Lily? Sí. ¿Fingí que era otra persona? También.

¿Era cosa de capullo? Por supuesto.

Pero, al final, Elena era solo una conquista, no mi futuro.



8

Ve a un partido de hockey y no te arrepientas ✓

Elena

Me llevé un susto con el hostiazo contra el cristal separador entre la pista y las gradas, pero no Easton. Saltaba y gritaba, animado y vestido de pies a cabeza en rojo y azul, haciendo incluso que Liam se riera, cerca de donde estábamos, pero más al fondo.

Volví la vista hacia el hielo. Nathan iba y venía del banquillo, de vez en cuando recibiendo empujones feos, pero, por lo demás, estaba genial. No entendía mucho de hockey y todo el rato abría el móvil para buscar las reglas o le preguntaba a Easton, pero poco a poco iba entendiendo la lógica.

El sonido era extraño. Más alto, más *fuerte*. No sabía explicarlo, pero el sonido de los discos y de las cuchillas sobre el hielo parecía más alto que en el entrenamiento de los niños. Y esos chicos... Eran universitarios como yo, pero desde luego había un *aura* diferente. Era como si fueran dioses ahí dentro.

Eran tan rápidos como uno, eso debía admitirlo. Ni siquiera podía seguir aquel disco negro a veces.

Nathan era un tío agradable. Él, obviamente, solo quería llevarme a la cama, nada fuera de lo normal en hombres de nuestra edad, y no había nada malo en ello; yo simplemente no tenía interés. No con la cabeza en otros sitios en ese momento.

También sentía que podía confiar en él. Por algún motivo, sabía que, aunque su interés sexual fuera solo eso, él era fiable. Se me da muy bien juzgar a la gente y no iba a ser diferente con un universitario de mi edad, pero no era suficiente para quitarme de la cabeza mis obligaciones... y preocupaciones.

—¡NOOOO! —gritó Easton cuando Scadelton le robó el disco a Northride, y yo solo seguí el movimiento con la mirada, intentando fingir indiferencia.

¿Dolía que mi universidad estuviera perdiendo? Sí. Pero me alegraba que Nathan pareciera tan... feliz. Se notaba cuánto se esforzaba, aunque no hubiéramos hablado en ningún momento sobre su entrenamiento.

Estaba el capitán del equipo, un tal Treyton, del que varias chicas comentaban detrás de nosotros, pero yo no sabía cuál era su número ni su apellido, así que no sabía decir cuándo estaba sobre el hielo. Algunas comentaban sobre Nathan y otros jugadores con nombres al azar. Mi hermano no parecía notarlo, embelesado mientras miraba el partido, concentrado.

Sonreí ante la imagen de Easton, enganchado a algo que amaba. Era tan puro que era difícil ignorarlo. Parecía listo para saltar al hielo él mismo y jugar, a pesar de que obviamente tenía mucha menos experiencia que aquellos universitarios. Lo destrozarían sobre el hielo si entrara allí aquel día, pero en el futuro...

Quería que nuestro padre pudiera verlo cuando Easton se pusiera unos patines y un uniforme universitario.

Observé a Nathan sentado en lo que descubrí que se llamaba caja de penalización —la cagó contra otro jugador, no entendí qué fue—, sin el casco y echándose el pelo hacia atrás, respirando con dificultad mientras observaba el partido con ojos afilados.

Era guapo. Estaba buenísimo. Absurdamente peligroso con las palabras. Tenía cualidades que yo buscaba en un hombre: sabía apoyar a una persona y, al mismo tiempo, tenía una lengua sucia que me hacía estremecer. Yo también podía confiar en él. Y ese tipo de rasgo era... la base de todo. Sabía ser un *amigo* antes de ser algo más, y eso era lo que me gustaría encontrar en alguien en el futuro.

Pero no sería con él. Quizá fuera lo típico de "conocer a la persona correcta en el momento equivocado". Él solo quería ser una estrella del hockey, y estaba bien. Yo solo quería librarme de Hunter y lograr asumir la presidencia con el apoyo de mi abuela.

Nuestras vidas estaban en etapas y tenían objetivos bastante distintos en ese instante, por eso aproveché para observar el rostro bonito una última vez. Tenía bastante barba para su edad, en comparación con otros compañeros. El rostro estaba tenso por el partido.

Tenía los labios fruncidos mientras observaba a su equipo sufrir con algo que dijeron que era un "*power play*"[11] para Scadelton. Algo sobre menos jugadores en el hielo, lo que tenía sentido, porque solo él estaba en esa caja de cristal.

Iba a llegar a la NHL. Puede que yo no supiera mucho de hockey, pero entendía de negocios, y los deportes también son un negocio—tanto que mi padre era accionista de algunas arenas, por cierto—, y Nathan definitivamente era una gran apuesta.

Le sonreí antes de volver a prestar atención al partido. No planeaba volver a verlo. No iba a alimentar las esperanzas de Nathan ni robarle tiempo porque ni siquiera yo tenía tiempo, ni corazón para jugar. Sin contar... No sabía lo que mi abuela haría si yo me involucrara con alguien que ella no aprobara. Y yo sabía muy bien que ella no aprobaría a nadie que no fuera Hunter. No en ese momento.

Momentos distintos, como ya dije.

Ella tomó su propia decisión y yo necesitaba hacerle cambiar de idea. En eso debía centrarme, no en un tío.

Los *Northride Bulls* ganaron aquel partido, y sonreí desde el asiento mientras Easton saltaba de emoción con los otros aficionados, celebrando la victoria del equipo rival de *mi* universidad y de la universidad de nuestra madre. Mi universidad, que, por cierto, acababa de perder, y Aaron y Andrew, las estrellas, hijos del astro del hockey, no parecían satisfechos con ello.

Easton me sacudió como si yo fuera un juguete, haciéndome reír, y se lanzó sobre mí, y yo lo abracé.

—¿Y te gustó? —pregunté, y él me aplastó debajo de él, asintiendo.

—¡Me encantó! ¿Puedo venir más veces?

Le revolví el pelo ya caótico, los rizos negros y encrespados quedando aún más fuera de sitio.

—Claro, pero no sé si podré venir contigo, Eton —admití, sonriéndole—. Papá me está dejando todo a mí...

Puso morritos, asintió y se levantó, pero aún me sujetaba una de las manos.

—¿Es verdad que la abuela no quiere que asumas?

Asentí. El sonido ensordecedor a nuestro alrededor pareció desaparecer mientras sus ojos infantiles e inocentes me observaban.

—Sí. —No tenía por qué mentir.

Suspiró, asintió con la cabeza y poco a poco fue calmando su emoción. En pocos minutos, ya íbamos hacia fuera de la arena, con él dando saltitos delante de mí, entre sus guardaespaldas. Quería haber ganado un disco de los jugadores, pero estaba satisfecho por haber visto el partido.

Cuando llegamos a la calle, fruncí el ceño al ver a un chico con un paquete de reparto acercarse.

—¿Elena Braddock? —preguntó el chico, mirando del móvil a mí, con un paquete enorme de una hamburguesería.

Liam se puso tenso a mi lado, y yo asentí con la cabeza, confundida. Yo no había pedido nada.

—Has sido tú la que pidió dos australianos triples con beicon extra, ¿no? —preguntó, preocupado al ver mi cara de confusión; el pedido me hizo caer en la cuenta—. Me quedé esperando a que terminara el partido con el pedido, solo unos diez minutos, así que aún está caliente, pero dime que está bien, por favor; mi jefe va a despedirme si me equi...

—No, no, ¡fui yo! —sonreí, incómoda, cogiendo el paquete.

Tragué saliva, forzando una expresión tranquilizadora.

—Uf —rió el chico, tenso—. Vale, entonces voy a actualizarlo en la aplicación. Por favor, ponme una buena nota.

Asentí, medio rígida, con Liam mirándome con sorpresa.

—¿Tú? ¿Pidiendo hamburguesas?

—Pensé que Easton tendría hambre —admití, escudándome en una mentira descarada.

Soltó una carcajada, y, hablando del pequeño demonio de Tasmania...

—¿HAMBURGUESA? —Easton se metió en el SUV a nuestro lado, tal y como le hice un gesto para que lo hiciera, y me reí al abrir el paquete y entregarle una, encontrando un papel doblado dentro.

El cliente pidió que escribiera:
"Apuesto a que hoy no has comido bien.
El gilipollas y tú no pegáis.
No se puede comer con cubiertos, ¿vale? Vas a tener que mancharte. Y comértelo todo.
34."

Devolví el papel al paquete y le pasé las patatas a Easton también, que ya devoraba la hamburguesa, manchándose la parte delantera de su camiseta del equipo con grasa y haciendo un ruido de masticación evidente y sonoro.

34 era el número de *su* camiseta.

Me recosté en el asiento, observando a Easton comer de perfil mientras uno de sus guardias maniobraba el coche para salir del aparcamiento, con Liam en el asiento del copiloto.

—¿No vas a comerte la tuya? —preguntó Easton con la boca llena, y negué con la cabeza con una sonrisa.

—Cuando llegue a casa —respondí, tranquila.

Fuimos directos allí, sobre todo porque ya era tarde para los horarios de Easton, y mi madre esperaba ayudarle con la rutina antes de que se metiera en la cama, pero yo no.

Ella me besó la mejilla, apretándomela y observando mi cara. La sonrisa se le congeló al ver algo, pero solo me lanzó una mirada de soslayo antes de seguir a mi hermano por las escaleras, por donde él ya salía disparado, animado y hablando sin parar de lo mucho que Nathan Barlow era el mejor defensa del mundo.

Me paré en la puerta del salón, con la televisión encendida, encontrándome a mi padre allí. La piel clara y llena de vida tenía un

tono gris verdoso. El pelo castaño, en un tono de arena de playa mojada, estaba sin brillo. Los ojos verdes—de los que mis ojos heredaron la mezcla con el castaño de mi madre—al menos seguían vivos y brillantes. Seguía siendo mi padre. Seguía allí.

—Hola. —Le sonreí, viéndolo levantar la vista del *iPad* y sonreírme de vuelta—. ¿Cómo estamos?

Iba a responder, pero tosió y tuvo que recolocarse en el sofá, tosiendo aún más mientras alcanzaba un pañuelo.

Los brazos estaban más finos. Siempre se preocupó por la apariencia y los músculos, y parte de su piel estaba flácida bajo los bíceps. Mi padre ya no podía entrenar; como mucho, darse un paseo matinal de media hora, con la luz más suave del día.

Tragué saliva al notar que se ponía aún más pálido y gris, escupiendo sangre. Mi padre estaba intentando la quimioterapia, aunque las probabilidades fueran inferiores al 1 %, pero eso estaba acabando con él.

Cuando su ataque de tos terminó, noté que dobló el pañuelo para impedir que yo viera cuánta sangre había expulsado, y entonces me sonrió, levantando la mano en un gesto de pulgar arriba.

—Geniales. ¿Cómo fue el partido? Northride ganó, por tu cara.

Puse los ojos en blanco al verlo esbozar una sonrisita prepotente. Tenía un poco de sangre en los labios.

—A Easton le encantó. Pidió venir más veces.

—Claro que lo pidió —respondió, riendo y tosiendo de nuevo. Mis labios estaban en una línea fina mientras la enfermera por fin aparecía, sentándolo y dándole un pañuelo limpio al mismo tiempo que buscaba la máquina de oxígeno en la esquina de la sala.

Podíamos comprar las entradas, por supuesto, pero el caso es que el partido significó muchísimo para Easton porque fue *Nathan* quien se las dio. Era su ídolo.

Ayudé a mi padre con las mantas para que pudiera sentarse bien, porque tenía mucho frío por la fiebre, incluso cuando estaba controlada, y ayudé a colocar el equipo, observando a la enfermera conectar el oxígeno para ver si conseguíamos algún resultado con la tos.

Se colocó el equipo alrededor de la boca y la nariz, volviéndome a mirar.

—¿Cómo van las cosas en la empresa?

Me encogí de hombros, fingiendo indiferencia.

—Normales como siempre.

—¿Tu abuela está ayudando?

—Tú sabes cómo es —me fui por las ramas, juguetona—. Está preocupada por que sea demasiado para mí. Era una verdad a medias.

Me observó, analítico, y suspiró, pero eso le provocó otra tos y tuvo que quitarse el respirador, sin alcanzar el pañuelo a tiempo de toser sangre en su propia mano.

—Vale, señor Fitzroy, tiene que tumbarse —pidió la enfermera—. Vamos a la habitación, ¿qué le parece?

—Pero todavía no he terminado las noticias de hoy, Mira... ¡Lo estoy intentando desde la mañana!

Eso me oprimió la garganta. Estaba empeorando muy rápido. Parecía que me estuvieran metiendo hierro al rojo vivo por la boca y quemándome toda la garganta por dentro.

—Puede leer más mañana. ¿No es así, señorita Fitzroy?

—Eso mismo. Hazle caso a la enfermera, papá —asentí, esforzándome por evitar que se me llenaran los ojos de lágrimas.

Sonreí al besarle la frente y ayudarle a levantarse, por el mareo provocado por los medicamentos. Suspiró al ser ayudado por la enfermera, mientras lo llevaban hasta el ascensor en la esquina de la sala.

Cuando las puertas se cerraron, me agaché, quedándome en cuclillas en medio del salón e intentando respirar entre las piernas. ¿*Qué pesadilla es esta, joder*?

Se me escapó un sollozo, pero no cayó ninguna lágrima. *No tiene que ser así. No puede ser así. Tiene que ser una pesadilla.*

Mi móvil empezó a vibrar dentro del bolsillo del traje y lo saqué de allí, frunciendo el ceño al ver que Eloise llamaba.

Siempre me pareció extraño que su nombre fuera tan *único* para alguien tan común y previsible. "Eloise" era demasiado bonito para una persona como ella.

Pero allí estaba, sonando "COO[12] Eloise Fitzroy". También era la CFO[13].

—Elena Fitzroy —contesté.

—Hunter me comentó antes que te has mostrado poco receptiva a sus intentos románticos. Has rechazado otra cena hoy.

—Ya tenía planes con Easton —comenté, recolocándome, apoyada de lado en la parte trasera del sofá, moviendo los dedos por la tela blanca del respaldo.

—¿No podrías haberlos cambiado?

—No.

Dejé de mover el dedo, esperando.

—Tienes que definir tus prioridades.

—Y tú tienes que esperar a que tu hijo se muera antes de exigir ciertas cosas —repliqué.

—*Cuida el tono* —escupió.

—Cuida el respeto. Te lo dije, no me casaré con Hunter. Punto final, Eloise.

—¿Prefieres perder la empresa?

—No voy a perder la empresa. No la diriges desde hace muchos años.

Desde que mi abuelo falleció por causas naturales, por la edad. Mi padre asumió inmediatamente, habiendo sido entrenado durante décadas por su propio padre, como debería pasar conmigo.

Se rió al otro lado.

—El poder es más fuerte que las acciones, Elena. Lo sabes tan bien como yo.

—Las acciones siguen ganando en el consejo de administración. Puede que no te guste, pero no lo haré. Yo respeto tu opinión. Escucho tus consejos. Sigo tus órdenes. Pero te pasaste. No voy a casarme con ese hombre.

Silencio. Del tipo sepulcral.

—Te voy a dar un tiempo para pensar. No sirves para la presidencia, y tu terquedad es solo una prueba más de ello. Con suerte, tus hijos heredarán los genes superiores de Hunter, y entonces sí verás a tu prole —escupió en un tono suave que solo ella

sabía usar, mientras todo mi cuerpo se calentaba por la rabia que subía— *dirigiendo la empresa que tú destruirías.*

Tenía toda la cara rígida mientras mis uñas cortaban la tela del sofá, atravesando el acolchado por la fuerza que hacía. Una de ellas se rompió y me quemó la carne.

Tenía los ojos llenos de lágrimas; quería gritar un enorme "¿Quién te crees que eres, hija de puta desgraciada?", sintiendo todo el cuerpo temblar mientras oía aquello.

Abrí la boca, pero no conseguí que me saliera nada. *Serías una gran amiga de varios dictadores que fueron asesinados (o se suicidaron).*

—Agradezco la preocupación —me salió más como un gruñido que como palabras.

—Puedes contar conmigo, querida —sonó tan cínico como la sonrisa que le noté en la voz—. *Pero recuerda que tu tiempo se está acabando. Algún día será demasiado tarde para optar por la mejor elección.*

Y colgó.

Me encorvé, gritando contra el acolchado recién rasgado, casi mordiendo el material por la fuerza que hacía para no perder la cabeza.



9

No te involucres con un jugador de hockey X

Elena

Tecleé un mensaje a Alex, viendo varias notificaciones más en mi móvil. Algunos secretarios tenían cosas pendientes que tenía que resolver hoy. El subdirector financiero necesitaba mi ayuda con la contabilidad, por unos gastos extraños del departamento de *marketing*. Tici estaba preocupada por una reunión secreta de la que oyó comentarios, entre mi abuela y unas personas de las que la fuente del cotilleo no supo decir quiénes eran. Le pedí que estuviera atenta, ignorando los otros mensajes durante unos minutos.

Como Alexander no me respondió ni me llamó —que fue lo que le pedí en el mensaje—, llamé a Rika.

—*¿Qué pasó?* —contestó de inmediato, ya preguntando.

—Solo quería oír la voz de alguien que me quiere —susurré. Se me quebró la voz, muy lejos de la seguridad con la que suelo hablar.

—*Amiga*... —su voz se volvió más débil, llorosa—. *¿Qué hizo esta vez?*

Negué con la cabeza, aunque no pudiera verme, y solo entonces noté el paquete de hamburguesas caído en el respaldo del sofá; lo cogí y me limpié la cara a la vez, yendo hacia el pasillo principal y subiendo las escaleras.

—¿Quieres que me ponga a parlotear? —añadió Rika, conforme mi silencio se alargaba.

—Por favor —pedí, con la voz saliéndome ronca.

Un maullido resonó al fondo de la llamada; sonreí por eso.

—Tía, hoy fue un coñazo. Te lo juro. No sé por qué decidí estudiar Economía. El punto álgido de mi día fue conseguir acertar una pregunta de la lista. ¿Sabes cuántas preguntas tiene?

—No —sonreí, subiendo el segundo tramo de escaleras—. ¿Cuántas?

—Sesenta. Fallé las otras dieciocho que ya hice. Esto del cálculo de variables no es para mí. Al menos Wesley no me dio más sustos, al menos no hoy.

El otro día, el gato le había cagado en el lavabo. Se despertó con toda la habitación apestando. Días antes, se había escapado y solo lo encontraron porque la de primero a la que apadriné se dio cuenta de que era el mismo del anuncio en el grupo de la universidad. Aurora era un encanto, aunque no tuviéramos mucho contacto.

—¿Y cómo está? ¿Mejoró aquella alergia?

—Sí, gracias a Dios. Solo me costó la mitad del sueldo.

Solté una risita por eso, entrando en mi habitación y cerrando la puerta con el pie.

—¿Te comenté que Andrew está raro?

—No podría importarme menos lo de los Montclair, Rika.

—Ya, ya lo sé, pero eres la madrina de su hermana pequeña —alegó, como si quisiera demostrar algo.

—Sí, para mi currículum. Suéltalo ya.

Aurora parecía una chica genial; yo simplemente no tenía mucho tiempo libre para ser una madrina genial. Solo buena.

—Yo qué sé. Todavía folla como un dios. Desgraciadamente. El hijo de puta es bueno en la cama, joder. Pero yo qué sé, antes charlaba, ¿sabes? Veíamos pelis juntos o me enseñaba un cóctel nuevo con alcohol; le gusta eso. Pero no... Él solo se apaga. No sé si está entrenando mucho o si solo está fingiendo para no hablar conmigo.

—¿Ronca?

—A veces.

—Entonces no está fingiendo. Rika, pasa página, por el amor de Dios. Te está dando largas desde hace dos años.

—Él folla bien...

—¿Y...? —repliqué, riéndome y dejándome caer en la cama, mirando la lámpara del techo.

Un suspiro dramático sonó al otro lado.

—Te odio.

Eso me hizo sonreír aún más.

—Sabes que tengo razón. Él no tiene futuro.

Tragué saliva al decir eso. No porque estuviera preocupada por la llamada de mi abuela o por Hunter. Por un momento, me pregunté: *¿y si pierdo la empresa? ¿Qué tiene de malo? ¿Cuál es el futuro sin la empresa?*

Era una locura, lo sabía. La empresa era el sudor de mi padre. El sudor de generaciones antes que la mía.

Y, al mismo tiempo, no era yo. Yo sabía que muchos empleados me respetaban, que a varios les caía bien, y la propia Tici admitió que las cosas cambiaron cuando asumí más responsabilidades, pero a otros muchos... yo no les gustaba. No le daban una oportunidad a mi capacidad, igual que mi abuela. Y nunca fue un motivo para rendirme, no lo era. Que les den a lo que pensaran de mí o a cuánto el color de mi piel influía en sus opiniones.

La cuestión es que llega un punto en el que yo no estaba segura de si vender mi alma valía la pena. No iba a ceder y casarme con Hunter; no iba a abrazar al diablo por eso.

Y eso podría, sí, costarme la empresa. Su dirección. Desde que tuve conciencia suficiente para pensar, yo sabía que algún día sería yo la que estaría en el enorme sillón de mi padre.

Ahora... quizá no.

El sabor de la derrota era amargo. Por estar perdiendo a mi padre. Por la guerra contra mi abuela. Yo sabía que me estaba yendo mal en esa batalla y, aunque ella estuviera en desventaja en ese momento, yo sabía que cuando llegara la hora, usaría todas sus cartas bajo la manga.

—... *¿Elena? ¿Elenaaaaaaa?* —oí el eco, sobresaltándome.

—Perdona, me quedé ida.

—*Claramente* —soltó una risita—. *¿Quieres salir a hacer algo? Puedo apañármelas aquí.*

—No, está todo bien. Solo necesitaba oír algo trivial. Menos racista y tal.

—Odio a esa vaca desgraciada. Cada día me despierto deseando que se quede tiesa. Solo... "Puft", ¿sabes? Le haría un favor a la humanidad.

Solté una carcajada.

—Por desgracia, no puedo discrepar.

—Ya —refunfuñó*—. Me enteré de que hoy perdimos contra Northride. Tu hermano debe de estar eufórico* —desdeñó.

Sonreí por eso.

—No te haces una idea. Quizá Andrew hasta vaya ahí para que lo consuelen.

Se rió fuerte.

—Jamás. Seguro que fue a por otra. No le gusta repetir en la misma semana.

—Deja esa obsesión, Rika.

—¿Y quitarte tu entretenimiento? Jamás.

Sonreí de lado por eso.

—Gracias, amiga. Voy a arreglarme para dormir.

Después de resolver algunas otras cosas de la empresa, pero, al final, iba a dormir. Ya había echado un vistazo a mi portátil dejado en el escritorio, aunque hubiera un ordenador en mi despacho en la planta baja de la casa.

—¿Seguro? Puedo ir hasta ahí, si quieres.

—No hace falta, estoy mejor. Gracias.

—Siempre que lo necesites. Me encanta lo cómoda que es mi vida al lado de la tuya.

—No hace falta que me hieras —me quejé, oyendo su risa mientras nos despedíamos.

Solté un suspiro al dejar el móvil a mi lado, girando la cara y encontrando el paquete con la comida que, desde luego, ya estaba fría.

> Perdona, Lena. En medio del lío del partido. Bss.

Borré la notificación del mensaje de Alex y vi otras justo debajo. Había mensajes de otros amigos, de clubes en los que participaba en la universidad, como el de Lógica y Debate, además de un trabajo en grupo que estaba haciendo en una asignatura sobre Liderazgo en el Siglo XXI: Principios Avanzados. También había mensajes de mi madre preguntando cuándo iba a denunciar a Hunter. Y de mi abuela.

Las madres siempre lo saben.

Dennis me había reenviado algunos documentos que le solicité sobre algunas personas, como siempre le pedía que investigara.

Y también había otros mensajes de gente aleatoria. Uno no tan aleatorio.

> Promete que comiste.

> Easton parecía feliz después del partido.

> No creo que me ignoraras sin ver los mensajes, así que creo que te dormiste. Eres de las que lo ven y lo ignoran para que la persona tenga el 100 % de certeza de que está siendo ignorada.

Esbocé una sonrisa ladeada al leer el último mensaje. Tenía razón.

Era lo que yo solía hacer con Hunter o con una de las secretarias de mi abuela.

Gracias por la comida. Easton se puso contento. <

Estaba ocupada. <

> ¿Cuándo NO estás ocupada, *bravita*?

> ¿Comiste?

Suspiré, salté de la cama, di una patada a las zapatillas que me había cambiado para el partido porque no quería aparecer con tacones en la arena, y fui hacia el ascensor solo en calcetines.

Llegué a la cocina a oscuras segundos después, sentándome en la isla central y viendo parte de la comida que Tamara, nuestra gobernanta, ya había separado para la preparación de mañana.

Miré el microondas mientras sacaba la hamburguesa del paquete, pero no me levanté para calentarla, dándole el primer mordisco a la

comida fría.

> Estás comiendo ahora para no tener que mentirme, ¿no?

Apareció la notificación, haciéndome poner los ojos en blanco.

> Ojalá fuera una mosca ahora mismo.
> En serio.

Me atraganté con la comida, sorprendida por la risa que me salió.

Tienes que parar con esto, 34 <

> ¿Leíste todo el papel?

Fruncí el ceño al mismo tiempo que una llamada suya apareció en la pantalla, y suspiré, contestando.

—*Por fin, ¿eh?* —provocó.

—¿Qué? —gruñí con la boca llena.

—*¿Y los modales?* —canturreó.

—Que te jodan.

—*Solo si es contigo.*

Puse morritos. Previsible.

—*Lee el papelito. ¿Por favor?* —sugirió, casi *ronroneando*.

Metí la mano dentro del paquete, topándome con las patatas fritas y, justo después, con el papel.

Cogí el papel, vi el mensaje de antes y le di la vuelta, entendiendo.

Era una dirección.

—¿Es de tu casa?

—*Del equipo. Sí. Consideré ir a por ti, pero respeto lo que dijiste sobre tu seguridad. Así que no te hagas la difícil y ven a mí, ¿por favor?* —remarcó.

Había música de fondo, amortiguada, pero la había. La fiesta que dijo que tendrían si ganaban, claro.

—No me estoy haciendo la difícil. Solo...

Fruncí el ceño, mirando a la nada mientras todo mi día me pasaba por la cabeza, quedándose congelado como un episodio fallido de televisión en la escena con mi abuela.

—*Solo*... —me animó.

—Ayer le dije algo a Hunter. Sobre su novia.

—¿Tu prometido tiene una novia? Eso se llama "amante", ya lo sabes.

Solté una risita por eso.

—Con eso fue con lo que lo provoqué. Y no dejo de pensar en lo que va a pasar. No voy a casarme con él. Me da igual ese desgraciado. Pero lo necesito, porque él es una china en el zapato. Y aunque Bianca, la novia —expliqué rápido—, sea "la amante", no quiero poner a alguien en una posición parecida. No quiero entrar en una relación con alguien estando atada, de alguna manera, a Bradford.

—Para hacer eso, primero tendrías que admitir que me quieres muy dentro de ti.

—Nathan... —refunfuñé. Él era *demasiado* explícito a veces.

Y bastante visual.

—Es verdad. Porque tú quieres, ¿a que sí? Desde el momento en que me viste corriendo detrás de los colegas de tu hermano.

—En realidad, no. Cuando vi el logo en tu camiseta, te consideré un problema en toda regla.

—Un problema completamente delicioso.

—¡Para con eso! —chisté.

—Me encanta cuando hablas así.

Bufé, frustrada.

—Sigue comiendo, bravita. No te olvides de la comida.

Pinché la hamburguesa, molesta, pero me rugió el estómago. Era la primera vez. Yo nunca tenía hambre.

—Olvida la empresa por un momento. Y a tu... y a la vieja pesada —eso me hizo reír con la boca llena—. También olvida a tu padre, por favor —dijo, más dulce y amable—. ¿Qué harías ahora? Aparte de dormir, porque sé que te quedas frita como una piedra.

Tragué la hamburguesa.

Menos de cuarenta y ocho horas antes, yo me preguntaba qué haría distinto en ese momento para evitar arrepentimientos como los que ya tenía por no haber aprovechado buenos momentos en familia, sabiendo que podrían haber sido los últimos. Que lo serían. Mi padre ya no podía viajar.

—No lo uses contra mí —pedí.

—*Jamás* —canturreó, pero yo *sabía* que estaba mintiendo.

—¿Olvidando a los guardias también? Porque Liam está pendiente de las cámaras de la mansión ahora.

—*Definitivamente. Dime lo que creo que vas a decir* —susurró.

—No sabes lo que es.

—*Ah, yo estoy apostando. Suéltalo ya.*

Miré las puertas acristaladas que llevaban al comedor vacío. El arco abierto que llevaba al salón y las puertas cerradas de la terraza. El corazón me latía, medio enloquecido, en el pecho.

No por ser algo malo, sino porque era únicamente *por mí*. Dado que yo estaba siendo completamente egoísta e ignorando todas mis responsabilidades, obligaciones, miedos y preocupaciones.

Entonces me apoyé en la encimera.

—Tengo un conjunto de *lencería* rojo. —Oí su maldición al otro lado, sorprendido. —Es mi favorita. Me la pondría, me pondría también el *babydoll* negro y te haría suplicar para poder quitármela.

—*¿Aquí o allí?* —su voz sonó ronca.

—Depende. ¿Estás haciendo promesas de boquilla o eres realmente capaz de cumplir?

—*Juegas sucio, cabrona. ¿Quién diría que sabes decir guarradas?*

Solté una risita divertida.

—Sé muchas cosas de las que no tienes ni idea, Nathan. La cuestión es que no puedo olvidar nada de lo que me pediste.

—*Sí puedes. Y tú* quieres*. Sabes dónde vivo.*

Me pasé el dedo por los labios, pensativa.

—Te estás metiendo en un lugar del que te vas a arrepentir, Nate.

—*No mientras me llames así* —solo entonces noté que lo había llamado por el apodo—. *Mi cama siempre va a estar vacía para ti, Braddock. Lo prometo. Ahora, termina la puta comida.*

Negué con la cabeza por eso.

—Buenas noches para ti también, *Nathan* —remarqué, maliciosa.

—Estoy deseando por poder oírte gemir ese nombre al oído.

Colgué, solté el aire y me levanté para coger un vaso de agua. *¿Qué estaba haciendo?*

Ni tú lo sabes, pero te está encantando; no sabía si esa voz mental era mía o de mis amigos, pero sabía que, si estuviéramos en una votación, Alex y Rika votarían para que yo me lanzara de cabeza.

Quizá hasta yo misma votaría por eso.

Aun así, le mandé un mensaje a Rika.

¿Hasta qué punto es una mala idea involucrarme con un rival? <

> ¿Rival de qué?

> TE GUSTÓ ALGÚN JUGADOR DE HOCKEY HOY, ¿NO, VAGABUNDA?

> ¿Puedo apostar por quién es??

Puse los ojos en blanco. Iba a apostar de todas formas.

> ¿Brian? Es graciosillo, necesitas reírte más.

¿Quién es Brian? <

No es él, obviamente. <

Pero es un jugador de hockey. <

> Deja de escribir tan perfecto.

> Y para preguntarme eso, ya estás involucrada.

>A por ello. Pero no te pongas el azul y rojo ridículo de ellos. El negro y dorado pega más.

>Te mereces escaparte un poco de esta vida loca, amiga. Diviértete.

>Sé que ya lo sabes; eres demasiado inteligente como para no saberlo. Pero, por favor, deja de pensar en esa vieja loca. Disfruta de tu vida; solo tienes una.



10

Habla con el hermano de ella ✓

Nathan

Ella estaba en el entrenamiento aquella mañana. La tal Giulia, su guardaespaldas, estaba con ella. Me daban ganas de darle mi abrigo, porque la mujer era terca como una mula y claramente se le había olvidado; igual que no llevaba ningún café con ella, a diferencia del martes, cuando sí iba con café y con Alexander.

Y el azul de mi sudadera le quedaba bien. Solo lo comento.

Me pilló mirando; alzó las cejas, cínica.

Era más fácil convencer al diablo que a ella. Lo peor es que ella quería lo mismo que yo, así que no sabía muy bien cómo hacerla ceder.

Los chicos estaban particularmente irritados en el hielo aquel día y eso me estresaba. No podía gritarles como hacía nuestro entrenador —a los padres no les gusta mucho cuando les gritas a sus hijos—, y tampoco podía soltarle un buen empujón a un capullito engreído que se creía el centro del mundo cada vez que se ponía los patines.

No sirvo para cuidar de niños. Quizá salvo Easton, que era bastante fácil de tratar. Cuando no tenía el disco, porque con el disco parecía más terco que la hermana y no lo soltaba por nada, ni para facilitar un gol y ser solo el apoyo.

Su entrenamiento transcurrió sin ningún contratiempo y, mientras los chicos iban encaminándose al vestuario, aproveché su distracción

(y la de su entrenador y la de mi jefe) para correr hasta la entrada del edificio, donde la cafetería abría todo el día por los entrenamientos de patinadores, skaters y entrenadores que iban de aquí para allá, sin contar con los empleados de la arena y otros pequeños eventos que ocurrían de vez en cuando. Dejé bien claro para quién era el pedido y que debían llamarla cuando Elena se parara a esperar a Easton allí.

Y eché a correr de vuelta al vestuario de los chicos para que no me pillaran, apretándome el puente de la nariz porque, igual que el martes, había salido de la pista con dolor de cabeza. Niños... Eran difíciles.

—Lo estás haciendo bien, Nathan —decía el entrenador mientras nos cambiábamos rápido, quitándonos los patines en la sala contigua, oyendo a los niños gritar en la ducha y picarse. Aquello hizo que me latiera aún más la cabeza—. Aún tienes mucho que aprender, pero poco a poco le vas pillando el truco.

—Gracias, entrenador —agradecí, de manual.

—¿La universidad ya ha dicho algo sobre alguna medida disciplinaria? ¿O administrativa? —preguntó, curioso—. Puedo intentar hablar con ellos para demostrar tu rendimiento. De algo tiene que servir.

—Aún no, pero si lo necesito, hablaré con usted, sí. —Estaba seguro de que lo necesitaría. Toda ayuda era necesaria.

Ya estaba acompañando a los chicos a la salida cuando mi móvil vibró con un mensaje nuevo y sonreí al ver el nombre en la pantalla.

> No hacía falta.
> Pero por si algún día te lo preguntas, es café solo. *Sin* azúcar.

Mierda. Me equivoqué.

> No te preocupes. Era bebible.

Menos mal <
¿Planes para esta noche? <
¿Mi cama, por ejemplo? <

Juro que oí una risa sorprendida resonar por el pasillo, pero podía ser cosa de mi cabeza.

> Sí, tengo planes.
> Ninguno te incluye.

No voy a desistir. <

> Deberías.

Te gusta. <

La falta de respuesta *era una respuesta*.

Sonreí, convencido por eso, y me topé con una mirada analítica.

—¿Le estás tirando los tejos a mi hermana? —preguntó Easton, mirándome a los ojos, mostrándome su equipo porque necesitaba ayuda con el cordón que se le enredó.

Entrecerré los ojos ante él. *Joder*, ¿esa familia tenía algún sexto sentido?

—¿Te gustaría? —pregunté, desconfiado.

—Sí —se encogió de hombros mientras yo cogía los patines, ayudándole a deshacer el lazo del cordón—. Lini es la niña más guay que conozco. Y tú eres el niño más guay que conozco. Ella te sonrió en el partido de ayer.

Eton y Lini. Tenían sus propios apodos.

—¿Ah, sí? —pregunté, convencido.

—Ajá. Pero solo te ayudaré si prometes que no vas a usarla.

—¿Cómo que usarla, Easton? —pregunté, genuinamente curioso, porque el vocabulario de un niño de su edad *no* debería tener esos conceptos. Vi crecer a todos mis hermanos más pequeños y no eran capaces de tener esa lógica. Claro que tenían otras cosas en la cabeza, pero era distinto.

Aquel chico había visto muchas cosas que no debería. *O las había oído.*

—Hay varios tíos que quieren salir con ella para hacerse novios —*yo no quiero exactamente convertirme en su novio*—. A Elena hasta le gustaron algunos, pero eran unos pesados y solo querían nuestro

dinero. Se pasaban hablando de compromiso y un montón de cosas raras. ¿Compromiso no es tener una hora fijada en algún sitio? Como mamá cuando va a la peluquería.

Terminé de deshacer el nudo del cordón, devolviéndole los patines. Evité responder a la pregunta.

—¿Y cómo sabes todo eso, pequeñín?

—Papá tiene miedo de haberle puesto demasiadas responsabilidades cuando era demasiado joven —dijo, cortado—. Le oí hablar con mi madre una vez. Creo que dijo esas palabras, pero no estoy seguro.

Y se retorció los dedos, incómodo. Otros chicos pasaron por nuestro lado y lo saludaron, chocándole la mano, cada uno con saludos exclusivos. El chico era popular.

No creo que la culpa sea de vuestro padre.

—Vamos a hacer una cosa... —comenté, acomodándome en el banco delante de él, quedando un poco más bajo que él por la postura—. Deja la conversación de adultos entre tus padres y ella. Es cosa de ellos.

—Lo sé, pero quería ayudarla —protestó con voz ansiosa—. Elena siempre hace un montón de cosas por mí. El año pasado suspendió un examen porque se pasó toda la noche ayudándome con un proyecto de ciencias. ¡No consiguió despertarse a tiempo y "sacó un cero"! —hizo comillas como si la palabra estuviera mal.

—Eso es una sorpresa. No conseguía imaginarme a esa mujer incumpliendo un compromiso.

Se rió.

—No tanto. Pero la abuela... —dejó de hablar, poniéndosele la cara más seria—. No le gustamos. Elena cree que va a hacerla cambiar de idea. Yo no lo creo. A la abuela no le gusta mi madre, y quien no quiera a mi madre está equivocado.

Solté una risita.

—En eso tienes razón. Pero voy a pensar en tu caso, ¿vale? Ahora, tira, que tu hermana ya debe de estar preocupada.

Señalé la puerta solo para ver a la susodicha allí, de brazos cruzados, mirando a su hermano. Puse una mueca, porque Easton y

yo fuimos pillados in fraganti, pero ella no movió ni un músculo para mirarme.

—¿Vendiéndome a otro tío que te gusta, Easton?

—¡¿PERO QUÉ?! —protestó—. ¡¿Cómo lo sabías?! —protestó, casi gritando.

Tuve que contener la risa, y ella se echó a reír a carcajadas, sin poder evitarlo.

—Siempre haces esto, Eton —me miró—. No te creas exclusivo, en serio; lo hace con todos los hombres de mi edad.

Me puse la mano en el corazón, fingiendo estar dolido mientras miraba al niño.

—¿No fui el único?

Hizo una mueca.

—Bueno, es... Fue genial hablar contigo —declaró *igualito* que su hermana, cogiendo su equipo de un tirón y saliendo casi volando del vestuario prácticamente vacío. Solo el otro asistente del entrenador aún estaba al fondo y soltó una risita al notar la escena.

Elena me miraba con las cejas levantadas.

—Y tú le diste cuerda.

—Claro, estoy interesado en su hermana —repliqué, sonriendo de lado.

Negó con la cabeza. Había un brillo distinto en sus ojos.

—Los jugadores de hockey son peligrosos... —canturreó, dándose la vuelta.

—¿Qué quiere decir eso? —gruñí, molesto por lo genérico que era. *Claro* que lo éramos.

Una risa pícara resonó por el vestuario, pero ella ya se había ido.



11

Acuérdate de alimentarla ✓

Nathan

Estaba ignorando el hecho de que Trey me dijo que adoptaría un perro de sopetón a la mañana siguiente. De "sopetón" para el equipo, en este caso. Lo había rescatado con Aurora y usaría todo a su favor para *recuperarla*, pero también le gustaba el perro. Así que me avisó por respeto a que éramos mejores amigos —lo que solo me dejaba aún más en la mierda, porque le estaba ocultando *muchas* cosas—, pero era para que yo fingiera que no sabía nada.

—¿Estás intentando acostarte con todos los jugadores del equipo? —bromeé con Chloe, que me sonrió al pasar por la cocina llevando puesta la camiseta de Brian. Yo sabía que los dos tenían un lío ocasional que ocultaban a la gente porque Brian se lo pidió, pero a veces ella lo dejaba muy evidente.

—Solo me acosté con Brian y Patrick —se defendió, genuinamente ofendida, buscando una botella de agua en la nevera y encontrándola rápidamente. —Y sabes que es mi favorito, Nate —canturreó.

Solté una risa, negando con la cabeza. Aun así, consideré la idea.

No. Chloe estaba fuera de los límites. Era más de amiga que de follar.

—¿Cómo está Aurora? —pregunté, curioso. Ella se encogió de hombros.

—Necesito ir a casa por eso. Voy a pasarme por su apartamento. Esa familia loca suya todavía va a obligarme a dejar de tener el expediente limpio. En fin... —Sacó el móvil del elástico del bóxer (de Brian) que llevaba, mirando la hora y poniendo una mueca—. Sí, y necesito irme *ya*. Siempre es un placer, Nate.

—El placer es todo mío —observé su culo mientras ella subía las escaleras.

Chloe era preciosa. Sin duda, una de las mujeres más bonitas que conocería en mi vida. No en vano tenía una carrera prometedora como actriz, si conseguía las oportunidades adecuadas.

Y también ocurría que era diabólicamente protectora con su mejor amiga y con quien le importaba. Treyton había sido amenazado por ella recientemente y yo, desde luego, estaba de su lado y del de Aurora.

Yo era del equipo Aurora, pero quería que perdonara a Trey pronto. Encajaban.

Volví la vista a mi móvil, haciendo morritos. Ella no vendría. Avisé de que la puerta lateral de la cocina quedaba abierta hasta las 00:00, cuando el último de los chicos comprobaba si estaba cerrada y todo el mundo se iba a dormir.

Chloe se despidió de Brian en la puerta principal unos minutos después, y él siguió canturreando por la cocina detrás de su propia botellita, con la imagen de un delicioso postpolvo.

—Me cae bien. No tenemos ninguna química emocional, pero en la cama… —inspiró, moviendo la cabeza con un escalofrío evidente mientras se bebía el líquido de un trago—. ¿Y tú? ¿Por qué estás sentado aquí en la cocina como un perdedor a estas horas?

—No des la lata, Brian —me quejé, y él se rio.

—Relájate. ¿Cómo está tu madre?

Me encogí de hombros; Trey y él sabían que mi madre era adicta a muchas sustancias, lícitas e ilícitas, y les comenté lo de la casi sobredosis (y mentí sobre haber dormido fuera usando eso como pretexto).

—Le dieron el alta hoy temprano. No sé cómo va a pagar la cuenta, pero imagino que hará lo de siempre —constaté. Vender el cuerpo por unas monedas a unos traficantes.

Me entregó una botellita en un gesto claro de preocupación.

James me había mandado un mensaje pidiéndome dinero prestado. Dolía admitirlo, pero se lo mandé. Necesitaban comprar comida. Audrey necesitaba unas zapatillas nuevas para la guardería, que estaba empezando.

Suspiré al beberme la mitad del agua, encogiéndome de hombros.

—Ya me he rendido, tío.

Sonó medio falso, porque en realidad era una mentira. Me importaba y no quería que me importara. No al revés.

Negó, serio y sin ni un solo rastro del Brian bromista que la mayoría de la gente conocía.

—Eso no es lo que dicen tus ojos, Nate. Y está bien. Es tu madre.

Mi suspiro salió pesado.

—Ya lo sé —gruñí, intentando cortar el tema. Él asintió, notándolo y dándome una palmada en el hombro, cogiendo otra botella para sí antes de salir de la cocina y subir las escaleras.

Tenía muchos ahorros guardados. Mi padre siempre enviaba más dinero del que yo necesitaba y lo sabía; tanto que me ayudaba a invertirlo en las mejores carteras para traer más rentabilidad.

Solo estábamos Brian, Trey y yo en casa. Él, por estar centrado en no suspender nada en su último año. Trey, por estar intentando demostrar ser un hombre fiel a una relación que (todavía) no existía, y yo... Bueno, yo quería ver girar ese pestillo.

Suspiré al ver que ya eran las 00:28, terminando la botellita, lavándola y llenándola de nuevo, volviéndola a meter en la nevera.

Me asusté al sentir unas manos tapándome la vista cuando cerré la puerta de acero inoxidable; estuve a punto de girarme con demasiada agresividad, pero noté el perfume fuerte a fresa un segundo antes de hacerlo.

—Una oportunidad para acertar quién soy. —dijo con voz juguetona—. Me dio miedo que la puerta ya estuviera cerrada.

Sonreí tanto que pensé que se me iba a salir la sonrisa de la cara, girándome y mirando a Elena.

—Pensé que estabas ocupada.

Ella se encogió de hombros, y vi a Thompson en la puerta, detrás de ella, saludándome con un gesto de cabeza.

—Lo estoy. Contigo.

—No fue eso lo que dijiste en el mensaje —la provoqué, observando su cara sin maquillaje. Había una marca allí, y vi que su cuerpo se tensó mientras yo miraba su piel.

Era muy sutil. Solo se notaba porque pasé demasiado tiempo los últimos días memorizando algunas de esas líneas.

Alguien la había tocado*. La había herido.*

Dennis se aclaró la garganta, y Elena sonrió, girando el rostro hacia él.

—Quiere saber quién está en la casa y si puede echar un vistazo —declaró mientras volvía a mirarme.

—Trey y Brian. Una amiga nuestra acaba de irse; solo están ellos dos —informé, y él asintió, moviendo la cabeza como si me pidiera autorización para entrar, y yo hice un gesto con la mano en respuesta—. Claro, como en tu casa.

Cerró la puerta de la cocina y recorrió el lugar como una sombra, disipando mi preocupación de que nos oyeran.

—¿Quién te hizo eso, Elena? —dije, bajo, pero firme. Mi voz salió definitivamente más dura de lo planeado. Porque estaba tenso. Cabreado de rabia por haberla tocado.

Elena volvió la mirada hacia mí.

—Fue él. La marca. No hay por qué mentir.

Me llevó un segundo entender lo que quería decir y otro controlar la voz, como me enseñaron mi padre y mi profesor de boxeo.

—¿Hunter te pega? —pregunté. Salió estable. Pero el tono estaba mal. Fue como un gruñido.

Ella asintió.

—A veces.

Me rasqué la nariz.

—¿Va con seguridad? ¿Y cuáles son sus horarios de trabajo? Estoy seguro de que puedo moler a ese hijo de puta a golpes.

Mi mano ya estaba cerrada en un puño, lista para eso.

Ella puso los ojos en blanco.

—Sí. Y no: no vas a pegarle como represalia. Lo suyo está anotado. Yo misma me voy a asegurar de eso.

Mis ganas eran de... Me tembló el pecho con el aire que solté, y ella lo notó claramente. Yo ya había peleado con tíos tres veces más grandes que yo cuando era solo un adolescente. ¿Un tipo como Hunter? Por favor, lo dejaría K. O. de un puñetazo. Odiaba a los matones. ¿Pero matones con mujeres? Joder...

Yo *sabía* lo que era que una mujer retrocediera por culpa de un hombre imbécil. Lo había visto pasar con mi madre. Decenas de veces. No conseguía imaginar a Elena haciendo lo mismo y, al mismo tiempo, ahí estaba ella.

Murmuré cualquier palabrota que se me vino a la cabeza, y ella sonrió, dando un paso y metiéndose en un espacio personal bastante peligroso para ella.

¿Cómo podía estar tan en paz sabiendo que ese maldito hijo de puta del "prometido" le hacía eso? ¿Qué coño tenía esa mujer en la cabeza?

Joder, ¿y si yo simplemente...?

Solté el aire en otra bocanada, intentando recordar alguna de las tácticas de autocontrol que me estaba enseñando el entrenador de boxeo, pero lo único que conseguía era pensar en mis manos en el cuello de Hunter Fatford.

Elena buscó mis ojos, mirándome como si estuviera buscando algo.

Llevaba unas sandalias planas negras. Y un abrigo enorme que abrazaba su cuerpo, además del pelo liso recogido, tirante desde los laterales de la cabeza, con una pinza plateada en la parte de atrás. Deslumbrante.

Bajé el rostro, casi encontrando mi boca con la suya, pero sentí su mano en mi pecho. Ese toque solo hizo que mi cuerpo se calentara aún más.

Acerqué mi rostro aún más, viendo su sonrisa mientras sus ojos se cerraban, su nariz rozando la mía en una caricia.

Joder, su olor era casi un nuevo tipo de estupefaciente. Delicioso.

—No llevo *lencería* roja aquí debajo, Nate —susurró—. He venido por otro motivo.

Fruncí el ceño, confuso.

—No te enfades. La miré de inmediato, viendo su mirada incierta. —Hice algunas averiguaciones y até algunos cabos. Todo hoy, después del entrenamiento con Easton. Como no dijiste nada de gastos de funeral, imaginé que tu madre estaba ingresada. Hice una donación para... —Se aclaró la garganta—. El ala de recuperación del hospital.

No necesité ni un segundo para procesar lo que quería decir.

—Pagaste toda su estancia.

Ella asintió.

—La suya y la de otras muchas personas necesitadas —corrigió—. Sé cómo iba a conseguir dinero, y ninguna mujer debería tener que pasar por eso para tener lo básico; en este caso, para tener acceso a la salud.

—¿Por eso has venido? —pregunté, sintiendo la saliva amarga—. ¿Para decir que la ayudaste sin preguntarme siquiera?

Negó con la cabeza, observándome.

—No. Vine para preguntarte cómo estás y decirte que, si es algo que te molesta, no volveré a hacerlo. Pero no podía cerrar los ojos ante la situación obvia que sabía que te iba a doler. Por eso, *Nate*, vine. Te importa, aunque te mientas a ti mismo diciendo que no.

—Tienes eso... —dije, sorprendido—. Intentas ayudar a todo el mundo, ¿no? Ese es tu gran defecto. Incluso cuando eso te cuesta algo.

Ella se encogió de hombros.

Como fingir que todo estaba bien porque un desgraciado arrogante la había tocado, pero mover montañas para ayudar a la madre de un tío al que apenas conocía.

Yo ni siquiera estaba irritado. Un poco dolido porque ni me preguntó y se metió en algo tan personal, pero... Al final, yo sabía que ella estaba recibiendo golpes del falso prometido que ni siquiera era eso para ella. Estábamos... en paz.

Nah, ni de lejos. Hunter iba a recibir una paliza. Preferiblemente, una que lo dejara sin ganas de volver a acercarse. Dennis, desde luego, me ayudaría a encubrir el crimen; confiaba en el tipo.

—¿Defecto o virtud? —corrigió—. Pero, vamos, *otra vez*. Riñe conmigo, si no te gustó. Sé sincero. Enfádate. Monta un numerito. Di

que crucé un límite.

—Lo cruzaste —advertí, y ella lo confirmó, dando un paso atrás.

Negué, tirando de ella de vuelta hacia mí, apretándole la cintura.

—Mi madre no es una buena persona.

—Sigue siendo tu madre —advirtió, mirándome con cautela—. Y prefiero que te siente mal que haya evitado que volviera a repetir errores, antes que ver tu corazón hecho pedazos sabiendo lo que tu madre necesita hacer para sobrevivir.

Sus ojos marrón verdosos me miraban, serios.

—Me lo planteé todo el día —añadió—. Consideré dejarte atrás también. Olvidar este pequeño lío que no era nada.

—¿Y por qué cambiaste de idea?

—Porque no tienes ni idea de lo peligroso que es.

Fruncí el ceño. ¿Otra vez con ese rollo de peligroso?

—¿El qué?

—Ya lo dije. Los jugadores de hockey son peligrosos —sus uñas recorrieron mi cuello, haciendo que toda la zona se volviera sensible, con la piel reaccionando al contacto—. No sé si puedo lidiar con ese tipo de peligro, pero noté que estaba dispuesta a intentarlo.

—¿Solo porque tu hermano te vendió? —provoqué, siguiendo con la mirada su boca a cada palabra y a cada respiración.

Ella negó.

—Va a sonar ridículo —se rió, incómoda.

—Jamás —la provoqué.

—Fue la hamburguesa, ayer.

Volví a fruncir el ceño.

—¿La que mandé?

Ella asintió.

—Hiciste que me lo comiera todo. Sé que no lo hiciste *literalmente*, pero te aseguraste de que lo hiciera. Me entraron ganas de comer por primera vez; siempre se me olvida o lo dejo porque hay algo más importante. —Apartó la mirada, por primera vez mostrándome una debilidad. Una debilidad en esa fortaleza—. Dije que iba a sonar ridículo.

Negué.

Joder, la he cagado. Estaba jodido.

—No es nada ridículo. Tiene sentido. ¿Podía notarse mi voz atragantada?

Ella me miró.

—¿Ah, sí? —Las cejas se le alzaron. Sonreí, pasando las manos por su cintura y levantándola de un tirón, sentándola en la encimera y dejándola a mi altura. Ella no era exactamente *alta* sin los tacones.

Hizo un mohín delicioso con el movimiento, pero solo paseé el dedo por sus labios, apartándolo cuando intentó morderme, arrancándome una risa.

—Voy a hacer un pedido ahora mismo. ¿Cuándo fue la última vez que comiste?

Me miró con una expresión casi *culpable*, como si solo se diera cuenta en ese momento, a pesar de que la conversación iba sobre comida desde hacía un rato.

—Pedid tres. Yo también tengo hambre. —La voz de Dennis cortó nuestra mirada, y Elena dio un respingo entre mis manos, con los ojos muy abiertos al mirar a su propia seguridad, que tenía una sonrisa burlona en la cara—. Todo despejado. Voy a esperar en el coche. ¿Piensa dormir aquí, señorita Fitzroy?

—Sí, piensa.

Sonreí muchísimo al decirlo; él puso los ojos en blanco, pero solo se fue después de que ella hiciera un gesto.

Elena entonces escondió el rostro en el hueco de mi cuello, conteniendo una risa.

—Sabes que Brian y Trey pueden venir aquí y verte, ¿no? —gruñí —. ¿Quieres conocer mi cuarto?

—¿Por qué siento que esta es la señal para el *matadero*?

—¿Matadero? —rugí, ofendido, apartando mi cara de la suya y poniéndome la mano en el corazón—. Jamás, Braddock.

Ella puso los ojos en blanco.

—¿Todo jugador de hockey es así de cínico?

—Solo los mejores.



12

No te acerques a la cama de un jugador de hockey X

Elena

Solo lo sabría si lo intentara. Y él me gustaba.

Él quería un polvo, y yo quería una aventura.

Sabía que meterme en la familia de alguien era peligroso, pero solo el lado paterno de mi familia nació con dinero. Perdí a una tía por las drogas. A otro tío, por la sífilis. La primera, porque no quiso ayuda y se hundió a propósito después de que uno de mis primos fuera ejecutado por una pandilla. El segundo, porque mi familia no tenía dinero para pagar el tratamiento.

Cuando mi padre descubrió el pasado de la familia de mi madre, se aseguró de que no les faltara de nada, pero ellos optaron por no mudarse al otro lado de la ciudad. Y yo sabía perfectamente lo que pasaba en la *zona* en la que Nathan creció. Nate tuvo suerte en comparación con otros niños que crecieron por allí, y yo sabía que él era consciente de ello.

Yo también sabía que los hijos de mi tío habrían querido que alguien hubiera donado dinero para el tratamiento. Nathan podía odiarme, pero sus hermanos pequeños quizá tuvieran algunos años más... O meses, con ella.

Fue difícil mover el dinero. No es que él necesitara saberlo, pero tuve que usar medios bastante sospechosos para que mi abuela no

pudiera rastrear nada. Tardé tres horas en lidiar con todo, y yo estaba segura de que Tici tuvo que hacer algo ilegal para solucionarlo antes de que Roanne Barlow recibiera el alta y enloqueciera con los costes.

Nathan se reía mientras yo iba de un lado a otro en su habitación, con la hamburguesa en una mano y palpando la estantería con la otra repleta de libros de ingeniería. Había uno que otro libro de ficción, mayoritariamente de aventura, pero la mayoría era de cálculo o de estudio de dibujo. *Cálculo I, Cálculo II, Cálculo III, Cálculo Avanzado en Ingeniería Civil – Construyendo desde Cero. Cálculo IV. Análisis de ambientes. Dibujo Complejo Aplicado a la Ingeniería.*

—¿Por qué ingeniería? —pregunté.

—Yo qué sé. Siempre me han gustado mucho las matemáticas.

Lo miré con desdén, pero no lo cuestioné.

Había una silla orientada hacia la ventana con un *jersey*[14] colgado del respaldo, delante de un escritorio con dos pilas de libros y cuadernos. Al lado, una pizarra con un cálculo de derivada hecho con el rotulador negro, además de equipamiento de hockey esparcido por todas partes.

Había una foto de Nathan con una niñita, casi una recién nacida. Él parecía un poco más joven, y supuse, por la información que tenía, que esa era Audrey justo antes de que él se fuera de casa para ir a la universidad. Estaba ridículamente mal pegada con cinta en la esquina de la pizarra de cálculos.

—Mis padres hablaron con Easton antes —informé—. Él lo sabe ahora. No sé cuánto comprendió la gravedad, pero sabe que nuestro padre está muy enfermo y que no va a vivir mucho, aunque no estoy segura de que entienda el concepto de lo que significa "mucho" en términos de tiempo.

—¿Y cómo está? —preguntó, con una preocupación sincera en la mirada.

Mal. Terriblemente mal.

—Me quedé un rato con él hasta que se quedó dormido; nuestra madre tuvo que ir con mi padre al hospital.

Él frunció el ceño al mirarme y yo negué con la cabeza, volviendo la vista hacia la ventana.

—Tiene problemas para respirar desde la comida. Puede que el medicamento nuevo haya causado alguna complicación, y mi madre y la enfermera no creyeron que fuera buena idea dejar pasar la noche.

Nathan asintió mientras yo volvía la vista hacia él, sonriendo al verlo tirar una camisa negra arrugada dentro del armario grande. También tenía un sofá en la esquina de la habitación, pero me senté en su cama y él hizo lo mismo, dándome una patata frita de su propio pedido, metiéndomela en la boca.

Puse los ojos en blanco al morder y tragarlo todo, mordiendo mi hamburguesa justo después.

—¿Easton se quedó solo?

Negué, tranquila.

—Tiene una niñera. Y tenemos a nuestra gobernanta, además de sus guardias de seguridad.

Nathan soltó una risa.

—Claro.

Sonreí débilmente, volviendo la vista hacia él.

—Sé que crees que Hunter merece morir, y a veces pienso igual. Sobre todo cuando es agresivo de manera directa o solo pasivo-agresivo. Pero lo entiendo.

Yo entendía la desesperación. El miedo. El pánico de ver que todo salía mal.

Nate frunció el entrecejo, mirándome como si yo estuviera loca, y no era la primera vez de la noche.

—Te *pega*, Elena.

Solté una risa que salió más irónica de lo planeado.

—Soy bastante consciente de eso. Y no es una excusa, pero va a sonar como tal: no es tan común como parece. Pero él también está desesperado, Nate. Piensa: todo su futuro está en manos de una mujer que, si no firma un contrato prenupcial, va a joderle la vida. Esa misma mujer a la que él detesta, porque represento muchas cosas que desaprueba, odia o, peor, querría tener, como el control de la empresa o la cuenta bancaria.

—No deberías tener empatía con un hijo de puta como él —se quejó—. Entiendo intentar lidiar con tu abuela; al fin y al cabo, es familia, pero incluso ella está equivocada. ¿Él? Que busque otro árbol para mear, joder.

—Joder, compararme con un árbol fue terrible —me quejé, fingiendo irritación y viendo cómo se le extendía la sonrisa por la cara.

—El árbol más bonito y deslumbrante que existe —bromeó, y yo me reí.

Volví a dar un bocado a la hamburguesa, masticando despacio mientras saboreaba. Nathan ya había terminado la suya hacía unos buenos minutos, pero me esperaba pacientemente, metiéndose unas patatitas en la boca, de vez en cuando.

—Yo solo entiendo la desesperación, ¿sabes? —comenté—. Imagina tener la oportunidad de tener miles de millones de dólares en la mano solo con la firma de un documento... Mucha gente vendería su propia alma.

Suspiró, pero tuvo que estar de acuerdo.

—Y creo que está captando que yo soy un callejón sin salida. Si tuviéramos un contrato prenupcial, creo que se arriesgaría a asesinarme ahora.

—Lo dices con una tranquilidad absurda...

—Sabes que es un hecho. No naciste ayer, Nate.

—Pero es tu vida.

—Sí. Lo es —asentí, volviendo la vista y llevando una de mis manos a su boca, limpiando la suciedad imaginaria de allí solo porque quería tocarlo—. Por eso vine hasta aquí. Y porque Alex me mandó vivir de una vez antes de que él mismo empezara a buscarme citas —reí, recordando sus mensajes después de que le contara por encima lo que estaba haciendo.

Nathan sonrió, pero había algo diferente en su mirada.

Lo disimuló enseguida y dijo:

—Ese Alex... ¿No es alguien más *importante*? —¿Eran celos? No... Él reaccionaba diferente con Hunter.

Era otra cosa.

—Bueno, crecimos juntos. Claro, él es cinco años mayor, un coñazo a veces, pero yo lo veo solo como un hermano.

Nathan hizo una mueca, asintiendo con la cabeza.

—¿Y él te ve así? ¿Como a una hermana?

Me encogí de hombros.

—Creo que sí. Charles, su padre y tal —expliqué—, el gobernador... —Nathan se rió, porque ya sabía todo eso, claramente —, intentó juntarnos algunas veces.

Nathan levantó las cejas.

Pero él ya sabía eso. *¿Cómo lo sabía?*

Según hablaba, se me daba muy bien leer a la gente. Fruncí el ceño, desconfiada.

—No funcionó, claro —concluí encogiéndome de hombros—. ¿Y por qué parece que sabes algo que yo no sé?

Él sonrió.

—Porque lo sé. Todo el mundo guarda secretos, y sé que tú tienes los tuyos.

Entrecerré los ojos, pero él se rió al acercar su rostro al mío, apartando la hamburguesa de mí porque casi la empotré contra mi abrigo sin querer.

—¿Por qué llevas un abrigo, *bravita*? No hace tanto frío.

Sonreí débilmente, haciendo pucheros mientras casi chocaba mi rostro con el suyo al morder la comida de nuevo. Me encogí de hombros.

—Tenía frío —me escabullí, pero mi voz salió tan provocadora que era obvio que escondía algo.

—No juegues conmigo, Elena —gruñó—. Por favor, termina ya de comer.

—¿Y perder la oportunidad de provocarte? —reí bajito, hablando con la boca llena y llevándome la mano delante al darme cuenta, viendo su sonrisa aparecer otra vez.

—*Vaya, vaya...* —bromeó con un tono malicioso.

Giré el rostro lejos del suyo, oyendo cómo soltaba una risita, hasta sentir sus dedos en mi barbilla, devolviendo mi rostro al suyo otra vez.

—Tengo una apuesta sobre ti.

Fruncí el ceño por las palabras y también por la voz ronca.

—¿Cuál? —pregunté, dando otro mordisco a la hamburguesa, aunque sus dedos aún estaban cerca.

—No eres solo deslumbrante, guapa, inteligente, astuta...

—Son cumplidos muy buenos —confirmé, sonriendo tímidamente y limpiándome la comisura de la boca con el dedo. Él siguió el movimiento con los ojos.

—Eres la perdición de cualquier hombre. Y tú lo sabes. Vas a ser mía.

Tragué saliva al oír aquello, acercando aún más mi rostro al suyo a propósito, casi pegando nuestros labios.

Me sorprendió el fuerte agarre en el pelo de la nuca, estremeciéndome y sintiendo mi respiración vacilar.

—¿Por qué? —pregunté finalmente, con la voz más baja—. ¿Por qué vas a perderte dentro de mí? —provoqué, pero *sabía* que la connotación era otra.

Él entrecerró los ojos verdes, que bajo aquella luz parecían de un tono musgo.

—Sabes precisamente de lo que estoy hablando, Braddock.

Apreté los labios, observando su rostro. Dibujado, bien marcado. La barba estaba más larga que ayer, en el partido. Tenía señales de que andaba durmiendo poco, así como ojeras más marcadas. La fiesta, claro.

Él respiró muy hondo, pareciendo querer inspirar todo el oxígeno de su propia habitación, y sus labios se acercaron hasta el punto de rozar los míos, que se abrieron para él.

—Dije que eras peligroso, Nate —susurré, cerrando los ojos y acariciando su labio superior con el mío.

Había tanta tensión en el aire que creo que era capaz de explotar en cualquier segundo.

—Y yo necesito saber cuál es tu sabor, Braddock —susurró a su vez—. ¿Por favor? —añadió, y abrí los ojos solo para encontrar una sonrisa tan canalla que era puro descaro.

—No pareces el tipo de tío que pide por favor —incité, apartando nuestros rostros.

Aquel jueguecito era delicioso. Mordí la hamburguesa de nuevo. Un mordisco más y se acababa.

Él observó el movimiento y mis labios, pasándose la lengua por los suyos y respirando hondo.

—No lo pido —convino, con los ojos en mi boca—. Estoy haciendo algunas cosas un poco diferentes de las que suelo hacer.

—¿Y por qué sería eso?

Se encogió de hombros, hablando en serio, pero aún de una manera que debería ser un crimen:

—Porque *tú* eres diferente. Y me parece bien.

La habitación parecía aún más estrecha, y yo empezaba a sudar bajo el abrigo.

Giré el rostro, analizándolo de lado y clavando la mirada en los rasgos marcados de un hombre casi hecho.

—Tú también eres diferente, diferente de lo que esperaba, de las personas que suelo conocer. Diferente de... No se me ocurre nada. Tú solo eres diferente. De una forma muy peligrosa.

—Peligroso por aquí, peligroso por allá... —instigó, y sentí su mano apretar mi cintura, tensando mi cuerpo y arrancándome una sonrisa mientras me atraía más cerca, mi rodilla chocando con su muslo—. No soy ni un poco peligroso para ti.

—Estás *muy* equivocado —provoqué a mi vez, soltando el último trozo de la hamburguesa junto con el paquete de las patatitas y empujando su pecho hacia atrás lo justo para poder pasar una pierna por encima de Nathan, sentándome en su cintura, para su asombro.

Nate podía estar sorprendido, pero también me agarró la cintura inmediatamente, apretándola con fuerza.

—¿Por qué demonios iba a ser peligroso para ti, Elena?

Solté una risa.

—Esta vez, sí que te vas a reír y lo vas a encontrar ridículo.

—Difícilmente —dijo, con los ojos en mi boca.

—Eres el hombre adecuado en el momento equivocado. Tienes la mayoría de las cualidades que busco en un hombre.

Me besó la mejilla, casi haciéndome derretirme allí mismo, rozando la barba contra ella justo después.

—¿Sí? —sonrió, presuntuoso, mirándome de lado y acercando el rostro al mío de nuevo, rozando nuestros labios otra vez, haciéndome estremecer—. ¿Y eso es malo?

—Terrible.

—No creo que esa sea el momento equivocado. La vida tiene estas cosas. Creo que soy un gran reto para ti.

Sonreí, apretándole la nuca y mirándolo a los ojos. El pelo era largo allí, y también suave, hasta el punto de que empecé a jugar con los mechones.

—¿Por qué? ¿Eres mi reto y yo, tu perdición?

—Dije que eras inteligente —gruñó, sin apartar los ojos de mi boca—. Ahora, bésame, estoy harto de esta mierda de jueguecito.

Mi sonrisa se ensanchó aún más, pero hice lo que dijo, acercando nuestras bocas. Él se acercó más, pero me aparté de sus labios, soltando una risita antes de sentir sus dedos enredarse en mi pelo, notando su frente apoyarse contra la mía mientras él negaba con la cabeza.

—Dije que eras mi perdición.

Solté una risita, acercando la boca a su oreja y susurrando allí:

—No tienes ni idea.

Solté un grito fuerte cuando me levantó, dándonos la vuelta en la cama y esparciendo las patatitas por todas partes mientras se colocaba entre mis piernas, pegando su boca a la mía en aquel instante y tirando de mi labio de inmediato, apenas dándome tiempo a reaccionar.

Jadeé por la sorpresa, pero su boca tomó la mía de golpe, abriéndose paso con la lengua y llevándoselo todo a su paso, mientras sus manos encontraban las mías y entrelazaban nuestros dedos a los lados de mi cabeza. Él profundizó tanto el beso que me robó el aire en segundos, presionando todo su cuerpo contra el mío.

Enlacé las piernas a su cintura, sintiendo algo reverberar en su pecho con el movimiento.

No todos los jugadores de hockey eran peligrosos. Era ese en particular.



13

No te involucres con un jugador de hockey, *por favor* X

Elena

Nathan podría haber dejado claro que estaba loco por follarme, pero no tenía ni *idea* de lo que provocaba en mí. Y estaba a punto de descubrirlo.

Oí caer una de mis sandalias con un golpe extraño sobre el suelo de madera al resbalarse de mi pie, y pateé la otra, apretando mis muslos contra su cintura y sintiendo cómo me mordía el labio inferior y tiraba otra vez. Una de sus manos soltó la mía, bajó hasta mi cuello y apretó ahí, haciéndome jadear con esa sensación durante el beso.

A Nathan le gustaba jugar, provocar, porque claramente le importaba una mierda cualquier otra cosa en ese momento. Su mano apretó la mía con fuerza, los dedos entrelazados en una *promesa* de lo que vendría, haciéndome temblar debajo de él.

Besó la comisura de mi boca y luego fue bajando por la mandíbula hasta el cuello, abriéndose paso con la mano, que bajó por delante y empezó a desabrochar los botones del abrigo.

Le agarré el pelo, alzándole la cara hacia mí y volviendo a besarlo, enganchando una de mis piernas a su alrededor y dándonos la vuelta con la otra, sentándome sobre él de nuevo antes de volver a bajar el cuerpo, acompañada por él, con nuestras bocas aún

pegadas. Sabía a hamburguesa, de una forma que debería ser asquerosa, pero no lo era.

La barba rascaba. Me hacía la piel picar y quemar. Sus labios aplastaban los míos como si intentara fundir nuestros cuerpos por allí.

Su lengua me decía que planeaba besarme toda la noche, y sus manos trabajaban más rápido, casi al final del recorrido de exactamente ocho botones.

La otra mano se metió bajo la tela, y lo oí gemir cuando notó algo demasiado fino entre los dedos, apretándome la cintura con fuerza mientras me chupaba la lengua.

Dejé caer el abrigo, manteniendo su boca contra la mía, aunque soltó una palabrota ahogada porque claramente quería ver lo que yo estaba escondiendo. Sentí sus vaqueros demasiado duros debajo de mí, intentando no gemir con la presión contra la parte baja de mi vientre, sabiendo que aquello era solo una muestra, teniendo en cuenta que ya había *visto* cómo era su erección.

Aunque había fingido no darme cuenta, días antes.

Sus manos se posaron en mi culo, apretando mi cuerpo contra el suyo y subiendo por debajo de la tela fina, llevándosela consigo mientras me arañaba la piel e intentaba descubrir qué faltaba, pues sabía que había algo diferente ahí.

Se quedó rígido durante el beso, rompiéndolo de golpe y mirándome y luego a mi cuerpo, sobre el suyo.

—Joder, Braddock —gruñó, apoderándose de mi boca al segundo siguiente al ver *solo* una bata de encaje negro transparente. Sin sujetador. Sin bragas.

Me chupó el labio con tanta fuerza que noté la sangre, pero sus manos subiendo por mi espalda me hicieron perder la concentración, y sus labios bajando ayudaron a olvidar cualquier otra cosa.

Una de sus manos me apretó un pecho con fuerza, haciéndome jadear mientras notaba la tela entre nuestras pieles, y sus labios se cerraron sobre el otro sin importarle la tela fina de por medio, chupando con ganas, mordisqueando el puntito hinchado. Retorció el pezón derecho entre los dedos y el izquierdo recibió un mordisco

suave que me hizo aferrarme a su cuello con fuerza, sintiendo en el aire su risa rebotar contra mi piel.

Sentí su mano bajar hasta mi culo y, sujetándome ahí, me sentó en la cama, subiendo con los labios por mi cuello y chupando con fuerza. Bajé la boca, besando el ángulo de su cara, siguiendo la línea de la barba hasta el cuello, viendo cómo la piel reaccionaba en pequeños espasmos mientras movía mis labios.

Mordí ahí, sin contenerme, y oí una risa contra mi piel, sintiendo cómo todo reverberaba.

—Yo fui quien dijo que quería sentir tu sabor, *bravita* —murmuró, tirando de mi cara para que lo mirara.

Me encogí de hombros, la viva imagen de la inocencia.

—Nunca dije todo lo que quería hacerte —refunfuñé a mi vez, acercando nuestras caras y enrollando entre mis dedos la punta del pelo de su nuca, viendo su mirada pasar de bromista a algo *muy* rico.

—¿Y por dónde quieres empezar? —susurró, mordiéndome el labio.

Le levanté la camiseta, viendo su sonrisa al ayudarme a quitársela, arrancándosela de una vez por la nuca.

Inspiré hondo al mirar la definición en su cuerpo. Abdomen marcado. Músculos en los brazos del grosor de mis muslos. Hombros tan anchos que me preguntaba cómo cabríamos juntos en la cama de matrimonio.

No es que me molestara. No. Más *bien* al contrario.

Me pasó la mano por la boca, levantando el dedo.

—Es para que la baba no se te caiga —provocó.

—Que te jodan —me reí al oírlo, acercando mis labios a los suyos y empujándolo para que se tumbara otra vez, viéndolo negarse con una sonrisa pícara.

—No es exactamente eso lo que voy a hacer, no.

Y me agarró la cara por la nuca y la mejilla, arrancándome otro beso mientras me subía la bata, abriéndome las piernas sobre él y apretando el pantalón contra mí, arrancándome un gemido en cuanto noté la erección. ¿Cómo seguía la cremallera del pantalón en su sitio? Él mismo gimió cuando notó mi piel contra la tela.

Moví la cintura contra él mientras sus dedos buscaban el lazo de la bata, encontrándolo con facilidad y tirando de él, revelando un hueco enorme entre mis pechos y en el vientre.

Me impulsó hacia arriba, empujando su propio cuerpo contra el mío mientras yo sentía los pezones apretarse contra su pecho, y sus manos me agarraron la cintura en un abrazo, y mi cuerpo cayó hacia atrás, empujado con fuerza por el suyo, que se colocó sobre mí y bajó la boca por mi cuello, luego por el camino entre los pechos, besando cada uno de los pezones duros y continuando bajando.

Me quité la pinza del pelo, molesta con ella, tirándola lejos mientras mi pelo se extendía por el borde de la cama. Intenté levantar la cara, pero una de las manos de Nathan se hundió en mi cuello mientras él bajaba por mi vientre, recorriendo todo el camino que la bata abierta había dejado expuesto.

Jadeé cuando llegó a mi ombligo, la barba rascando y dejando un rastro aún más caliente en mi piel, lamiendo ahí y doblándome una de las piernas, apoyando la mano libre allí y soltándome el cuello, mirándome desde abajo.

Hostia. Sus ojos verdosos estaban más oscuros, quizá por la iluminación. La mirada era la de un hombre hambriento. Que sabía exactamente lo que quería, cómo lo quería y cómo haría para conseguirlo. Todo mi cuerpo se contrajo por la ansiedad de lo que venía, de lo que yo sabía que iba a hacer.

Sentí sus dedos juguetear por los laterales de mi muslo, acariciando sobre mi piel mientras yo tragaba saliva, viendo su boca entreabierta curvarse en una sonrisa canalla antes de que los dedos encontraran mi coño.

Dos de sus dedos recorrieron mi sexo, abriéndome y arrancándome un jadeo alto que se escapó de mis labios mientras golpeaba la cabeza contra el colchón, y sentí su boca contra mis muslos mientras bajaba hasta mi entrada, como si jugara a frotar la barba en la parte interior de ellos, haciéndome estremecer y retorcerme con cada contacto. Pasó el dedo áspero por todo mi sexo, jugando conmigo sin tocar el clítoris ni mi entrada.

Y acarició mi clítoris, arrancándome un gemido nervioso.

—¿Aquí? —dijo en un tono ronco y susurrado contra mi muslo, besándome ahí y, al mismo tiempo, haciendo un movimiento circular delicioso contra mí. *Sabe exactamente dónde está*... Otro gemido mío resonó por la habitación.

Creo que voy a desmayarme.

—Ajá —me salió áspero, atrapado en mi garganta y solo porque conseguí entreabrir un poco los labios para eso.

—No te he oído. —Mordió la parte interior de mis muslos, haciéndome gemir de nuevo.

—Sí —asentí en un jadeo más desesperado. —Justo ahí.

—Pero ya estás *tan mojada* —gruñó, besándome el otro muslo, demasiado cerca.

—Sí, sí... —refunfuñé cualquier cosa, intentando concentrarme en la habitación incluso con su boca tan cerca de donde quería *suplicarle* que chupara.

El dedo se movió más, manteniendo un ritmo lento y circular mientras él doblaba la otra pierna, besando demasiado cerca de la ingle y chupando ahí. La barba raspó contra mi coño. Fuera a propósito o no, estaba a punto de saltarle encima.

—Nathan... —Mi voz sonó estrangulada.

Sentí su sonrisa cuando besó mi entrada, colocándose por completo entre mis piernas, y lo oí respirar hondo, como si estuviera saboreando el momento antes de besarme el coño otra vez, arrancándome un siseo.

El dedo apretó más fuerte, y le hundí la cabeza contra mí, estirando los brazos al máximo para tenerlo contra mí, sintiendo la risa reverberar mientras le agarraba del pelo, pero me devoró como si dijera "por fin".

Una patata frita, una puta patata frita, me pinchó la mejilla, pero no podría importarme menos.

Mi gemido resonó por la habitación en cuanto su lengua alcanzó mi clítoris, y entonces chupó con fuerza, solo para que yo sintiera el dedo de antes en mi entrada, hundiéndose en mí en el segundo en que su lengua presionó el punto sensible de mi coño, moviéndose en círculos que eran casi desesperados para *él*.

Moví la cintura, pero la mano libre de Nathan la hundió con fuerza contra el colchón al mismo tiempo que mis muslos se apretaban contra su cabeza; su dedo se curvó dentro de mí, arrancándome un gemido que se sumó al siseo que lo llamaba, y sentí a Nate gemir contra mí.

Me apreté uno de los pechos, intentando respirar y, simultáneamente, aumentar las sensaciones que me consumían, en el mismo momento en que otro dedo suyo se unió al primero, y el movimiento de ida y vuelta aumentó la velocidad dentro de mí mientras mi espalda se arqueaba y sus dedos se curvaban ahí dentro, su lengua jugando conmigo conforme subía y bajaba, luego rodeando mi clítoris y chupando con fuerza.

Me mordí el dorso de la mano mientras sentía que todo mi cuerpo intentaba doblarse, empezaba a quemar justo donde me chupaba e intentaba consumirme de una vez. Sentí su mano arañarme la piel en la cintura, hundiéndose con tanta fuerza que dolía de una forma deliciosa.

La barba parecía casi cortarme la piel de lo sensible que estaba, y juro que solo lo hacía aún mejor.

Los dedos llegaron tan hondo que solté un grito contra mi propia mano, abriéndome en un movimiento de tijera que hizo estallar todo dentro de mí, haciéndome gemir y estremecerme contra él, mi cuerpo reaccionando con pequeños espasmos.

Parecía que mi cuerpo acababa de perder el alma. Separados por el movimiento de los dedos dentro de mí.

Pero Nathan no había terminado. Me tiró de la cintura para acercarme más con el brazo que antes me sujetaba, apoyándolo debajo de mi culo, chupando más y más mientras mi orgasmo se alargaba y yo le cerraba las piernas contra el cuello, mordiéndome la mano para no despertar a toda la casa.

—¡Nathan! —gemí, siseé y me quejé a la vez, intentando respirar y suplicarle que *nunca* dejara de hacer eso con la misma intensidad. El orgasmo parecía haberse llevado al máximo por la posición *y por la lengua, claro.*

Se apartó un instante después, solo lo suficiente para apartar la boca de mí y darme la vuelta, sorprendiéndome al levantarme el

culo y chuparme por detrás y por debajo, conmigo intentando no gritar contra el colchón, jadeando mientras mis manos agarraban las sábanas y él *me comía.*

Nathan aún no estaba satisfecho. Jadeé cuando sentí sus dedos contra mi pelo, confusa con *dónde* diablos estaba, hasta que sentí su polla en mi entrada.

—Condón —jadeé, casi desesperada. ¿*Por qué parece que esto es un orgasmo continuo*? Mi cuerpo aún temblaba con cada movimiento suyo y, por primera vez, sentía que mi alma de verdad iba a abandonar mi cuerpo durante un polvo.

—Lo sé —gruñó, tirándome del pelo con más fuerza, y oí el sonido del plástico rasgándose, hasta que lo sentí rozar mi coño. —Joder, estás chorreando.

Y la metió con fuerza.

Mi grito se quedó atascado en la garganta mientras los dedos de mi mano se curvaban y volvían a agarrar la sábana, y Nathan se movió sin piedad alguna, hundiéndose en mí otra vez, tirando de mi cuerpo contra el suyo al mismo tiempo que yo sentía los vaqueros golpearme la parte de atrás de los muslos. *Joder, no consiguió quitarse la ropa*. *Pero yo aún llevaba la bata;* la constatación me sorprendió.

Me giró la cara y me levantó en el mismo movimiento, follándome de rodillas mientras una de sus manos me agarraba la cintura y la otra el pelo, apoderándose de mis labios a medida que yo apenas conseguía mantener firmes las rodillas para sostener mi cuerpo. Creo que solo estaba en pie por él.

—Mírame —susurró entre nuestros labios, y yo tragué saliva al abrir los ojos, sintiéndolo moverse despacio, jugando conmigo y con lo sensible que estaba todo mi cuerpo.

Jadeé cuando sentí su mano bajar de mi cintura y apretarme el clítoris.

Hundió el dedo contra mí, haciéndome jadear otra vez en su cara y hacerme menear el culo, intentando que volviera a moverse más rápido, apoyando la nariz en su mejilla mientras sentía que me dolía la cintura por la postura.

Embistió más fuerte, gimiendo en mi oído mientras yo temblaba, sintiendo cómo mi excitación, sumada al orgasmo, chorreaba por mí.

—Eres deliciosa —gruñó contra mi piel. —La mujer más deslumbrante y más buena que he probado.

Gimoteé contra sus labios cuando sentí que todo ardía otra vez, pero el orgasmo no quería llegar; aún era demasiado pronto.

—Y tú sabes... —jadeé cuando apartó la cintura de mí apenas un centímetro más de lo normal y su polla se hundió aún más hondo cuando volvió con fuerza*. No puedo pensar, puta mierda*. Arquejé con el movimiento, viendo la sonrisa de un hijo de puta que sabía lo que hacía con una mujer. —Y tú sabes lo que me haces.

Conseguí terminar, oyendo la risa canalla que debería ser *inmoral* que existiera.

Me bajó el cuerpo de un tirón, hasta que entendí lo que iba a hacer. Me apoyé en los codos el tiempo suficiente para que me levantara el culo otra vez, apoyándose detrás de mí y hundiendo la polla de una vez, haciéndome poner los ojos en blanco.

—¡La puta madre! —gimió con la voz ronca. —Córrete para mí, Braddock. Déjame ver tu coño chorrear, *por favor.*

Ay, Dios mío.

Gemí mientras mis pies se retorcían, y sentí su mano agarrarme el culo, arañándolo todo mientras me mordía la espalda, llevándome hacia delante de un empujón con la nueva embestida. Y otra vez.

—¡La puta madre! —siseé, sabiendo que difícilmente podría olvidar aquel polvo. No, Nathan se estaba encargando de grabarlo de forma inolvidable en mi mente y en mi cuerpo. —Nate...

Embistió aún más fuerte cuando oyó el apodo, y gimoteé en un ahogo, sintiendo todo mi cuerpo temblar, casi una sensación... Hostia. *Nunca había sentido aquello*. Joder, ¿*me iba a desmayar con aquel orgasmo*? Era posible, teniendo en cuenta lo perfe...

Llegó con un grito esta vez, haciéndome perder el pensamiento anterior, con la siguiente embestida dejándome sin suelo, su mano agarrándome los mechones de la nuca y tirándome hacia él otra vez, mientras él me miraba a la cara y su otra mano jugaba con mi clítoris, elevando el orgasmo aún más al mismo tiempo que yo

intentaba mantenerme en pie, su boca contra la mía mientras sentía mi respiración frenética contra sus labios.

Embistió aún más fuerte, y más, y más, hasta que yo gimoteaba con el orgasmo alargado, *ese sí que era alargado*, y él gruñó, agarrándome la cintura con fuerza y embistiendo otras dos veces antes de relajarse, y yo sentí el condón demasiado caliente dentro de mí.

El corazón me latía tan fuerte en el pecho que sabía que él podía notarlo cuando sus manos resbalaron de mi cintura a mis pechos, acariciándolos aún, con su cuerpo sobre el mío, dentro de mí y con la boca contra mi piel.

—*Creo que tenemos un problema* —susurró con los labios en mi hombro.

Asentí con la cabeza, intentando respirar.

—*Estoy de acuerdo* —declaré en voz baja.

Nathan tenía absolutamente todo lo que me gustaba en un hombre. ¿Pero la guinda del pastel?

Me giró la cara hacia él y me besó, embistiendo *una vez más* y casi haciéndome ver estrellas por la sensibilidad. Ninguno de los dos parecía *querer* moverse.

—Me atrevería a decir que somos una reacción química peligrosa juntos, pero no entiendo una puta mierda de química —soltó las palabras entre nuestros labios, haciéndome sonreír y abrir los ojos, solo un poquito, para mirar la cara de un hombre satisfecho.

Esa era la guinda del pastel. Él entero.



14

Sé sincero sobre tus propios sentimientos contigo mismo ✓

Nathan

—Creo que la próxima vez deberíamos intentar quitarnos la ropa antes —declaró la mujer más deliciosa del mundo mientras se deshacía de la bata, medio entera, medio rasgada en partes que yo sospechaba que no debía estar así.

La imagen de la satisfacción. Pero yo aún no había terminado —ni había terminado con ella. Tenía la boca hinchada, el pelo deliciosamente revuelto. La piel oscura brillaba con una fina capa de sudor.

Quería más.

—Ajá. —Observé los pechos ligeramente marcados, erguidos y listos para mi boca, alzando la vista hacia las marcas que se extendían por su rostro.

Sutiles, pero visibles para mí, porque había grabado a fuego cada curva de esa mujer en mi mente. Solo necesitaba un vistazo, y era suficiente, pero esperaba tener mucho más que eso durante mi vida.

Mejillas que marcaban el rostro a veces arrogante, a pesar de que nunca había dirigido esa arrogancia hacia mí. Labios ligeramente carnosos, lo suficiente para deleitarme en ellos. Ojos de una hija de puta buenísima que sabía que iba a ser mi perdición.

La atraje encima de mi cuerpo otra vez, sintiendo resonar un gemido en el fondo de su garganta cuando la hice sentarse sobre mi polla, que volvía a endurecerse solo con verla. Ella jadeó, pero no se quejó, al pegar sus labios a los míos.

—Ahora no —susurró antes de besarme, profundizando el beso que me decía: "¡Sí! ¡Ahora!". Bajé las manos por su culo, encontrándolo empapado y extendiendo aún más su propio lubricante sobre ella, sintiéndola moverse conmigo dentro de sí. —Me voy a desmayar si tengo otro orgasmo, Nate —susurró contra mis labios.

—Para mí son todo victorias —ronroneé, sintiéndola sonreír. Que Elena se durmiera de agotamiento possexo era algo que me encantaría conseguir.

Pero la aparté de encima de mi cintura, sintiendo que su cuerpo parecía contraerse ante la idea, viendo todo su líquido a mi alrededor.

La puta madre. Como si no bastara con que la mujer en sí fuera deslumbrante, el polvo era... De otro mundo.

Estaba *tan* en la mierda.

Respiré hondo, intentando no pensar en ese coño, porque estaba justo a mi lado y mi polla ya estaba queriendo más, y volví la mirada hacia ella. Elena, desnuda, a mi lado en mi cama. *Y si le devoro ese pecho de...*

—No pensaba ser *tan* irrespetuoso —corté el hilo de mis pensamientos.

—¿Con qué? —preguntó, tranquila. —Puedes hacerlo peor.

Me dejé caer tumbado en la cama, escondiéndome la cara con el antebrazo.

—Joder, Braddock. No quiero enamorarme de ti.

Oí su risa resonar por la habitación.

—Querer es distinto de conseguir —canturreó. —Y de todos modos, ¿no fuiste tú quien dijo que era el momento adecuado? A ver si también lo es para ti.

Volví la mirada hacia ella, negando con la cabeza.

¿Y qué pasa si te enamoras? Ella, como mucho, te va a dejar por ese... Joder, ¿por ese capullo que va de rico? Ni de coña.

—Joder, ¿sabes qué? A la mierda —y me giré, poniéndome encima de ella otra vez, apoderándome de su boca—. Solo me quedan cuatro condones más. Vamos a usar los cuatro y aprovechar cada uno de ellos.

Ella asintió mientras yo le sujetaba el cuello, con la boca entreabierta mientras respiraba con dificultad, intentando alcanzar la mía, pero sin poder moverse por culpa del nuevo collar en su cuello. Mi mano, mi favorita actual. *Definitivamente* la usaría muchas más veces.

Ojos entornados. Boca entreabierta. Piel caliente. La habitación oliendo a sexo. Una mujer deslumbrante e inteligente. La vida era demasiado buena, joder.

—Y joder, voy a despertarme enterrado en ti.

—*Por favor* —susurró, maliciosa, a su vez.

Soltó un gruñido cuando me hundí en ella allí, en ese mismo segundo, sin ningún condón, y sentí sus uñas cortarme el hombro mientras ella jadeaba justo después, con las piernas dobladas por mis manos mientras yo me apoyaba en ella.

—Pásame el condón, por favor —gruñí contra sus labios, intentando respirar mientras ella palpaba la mesilla de noche a su lado, encontrando los paquetes. —Debería haber comprado más —me quejé.

Ella abrió la boca y la cerró, como si intentara respirar mientras yo salía de dentro de ella, pero ella misma desenrolló el condón alrededor de mi polla y se movió contra ella mientras volvía a metérmela dentro. Joder, estaba palpitando. Iba a volverme loco si seguía mirando a Elena. ¿Pero cómo *no* mirarla?

Cada curva de ese cuerpo había sido hecha para acabar conmigo.

—*Deberías, desde luego* —gimió contra mi piel, aferrándose a mí y al cabecero de la cama con la otra mano.

Gracias a Dios no estudiábamos en la misma universidad. Tenía absoluta... Embestí con fuerza, viendo sus ojos ponerse en blanco de placer, la boca haciendo un puchero entreabierto y desesperado... Certeza... Otra vez...

¿Y si estuviéramos en la misma mierda de campus? Joder...

Joder, tenía la absoluta certeza de que estaba completamente perdido. No iba a conseguir quitarle las manos de encima en mucho tiempo.

Tal vez nunca.



Elena soltó un refunfuño triste cuando salí de dentro de ella al amanecer. No follamos toda la noche, pero gran parte de ella sí. Parecíamos dos putos conejos; la diferencia es que *aún* no estábamos satisfechos, pero yo acababa de usar el último condón para despertarla.

Se me encogió el corazón con la imagen *deslumbrante*. Elena debajo de mí, piernas dobladas, el pelo esparcido a su alrededor, los ojos entreabiertos de agotamiento y satisfacción a la vez, el coño pringado.

La puta madre.

Alcé el cuerpo, besándola mientras ella se aferraba a mí, enroscando las piernas y los brazos en mi espalda.

—¿Entrenas los sábados? —susurró contra mis labios.

Asentí antes de iniciar otro beso, recorriéndole la cintura con los dedos hasta los pechos, sintiéndola moverse debajo de mí como si el cuerpo ya no estuviera agotado —por culpa mía.

—¿Trabajas los sábados?

Ella también asintió, soltando el aire de golpe mientras abría los ojos y me acariciaba el pelo.

—Siempre estoy trabajando. Necesito volver a casa, también necesito comprobar cómo está mi padre. Mi hermano tiene la escuelita de hockey hoy, todos los sábados, y tengo que llevarlo antes de una reunión.

Suspiré, apoyando la frente en la suya. La respiración me salió pesada, lo que delataba que, incluso para mí, un atleta de alto rendimiento, el polvo había sido deliciosamente *peligroso*. Ella tenía razón.

—Esta burbuja... —dijo en voz baja—. Es perfecta. Todo aquí. Tenías razón con lo de la paz.

Sonreí, prepotente, viendo una sonrisita asomarle en los labios.

—Ella no puede saber nada de ti, Nate. Nunca.

Asentí, acomodándole el pelo sobre la cara y los hombros. Sabía de quién estábamos hablando.

—Lo sé —confirmé. —Y está bien. Te tengo a ti; no quiero nada más.

Soltó un gemido ahogado cuando le chupé el cuello, besándola justo después, y me aparté.

—¿Ducha? —ofrecí, sentándome y tirando de ella conmigo.

Elena entrecerró los ojos, pero no se negó. Sabía perfectamente que me las apañaría para que lo hiciéramos *una* vez más solo con mi mirada. Aunque yo mismo ya estuviera agotado. Podía con una más. Teniendo en cuenta el tiempo que estaría sin verla.

Joder, que Dios bendiga la salud de Thompson y de su familia. Que él nunca necesitara cogerse una baja ni pedir vacaciones.

Cuando Elena se fue, veinticuatro minutos después, con un vaso desechable de café y un *dónut* de ayer en la mano, *además* de llevar solo el abrigo, parecía que se me había quedado un vacío. *¿Cómo era posible?*

Incluso con el beso lento en la puerta de la cocina. Además de su mano apretándome por encima del pantalón corto que me puse para no bajar solo en calzoncillos para acompañarla. Sin contar que me susurró contra mis labios que se las apañaría para que nos viéramos de nuevo, y pronto. Cuando le pregunté cuándo era ese "pronto", sonrió de una forma que me revolvió el estómago. La desgraciada era astuta.

Como dije, estaba en la mierda. Lo sabía. Estaba jodido.

De vuelta al cuarto, tenía que vestirme, arreglarlo todo para el entrenamiento e ir a correr, porque sabía que Treyton se las apañaría para meter a Toby dentro de casa antes de nuestro

entrenamiento, dentro de dos horas, y los tíos empezarían a llegar —lo que significaba que Elena se había ido a la hora justa.

Sin embargo, mis ojos se fijaron solo en la bata que había dejado atrás, medio sudada y húmeda, pero impregnada de su olor.

Y en mi cama, en mi almohada, en *mí*. Joder, si lo hubiera sabido, ni me habría duchado. El olor a fresa estaba por todas partes, y su pinza también estaba en un rincón oscuro de mi cuarto, al lado de un par de patines viejos míos.

Apoyé las manos en las puertas del armario de madera antigua, respirando hondo mientras miraba el suelo, negando con la cabeza.

Ya está. Ni aunque quisiera, conseguiría pensar en otra mujer. Tendría que conformarme con Elena hasta hartarme.

Y si no me hartaba... Tragué saliva. Iba a tener que encontrar la manera de conseguirla. No es que ella fuera un problema, ni ese capullo pijo engominado —caería con un solo puñetazo y entendería el mensaje. Pero el resto de su vida sí era un impedimento para nosotros. Sobre todo esa *vieja* desgraciada.

Nosotros. Nunca tuve una novia. Siempre lo evité porque, con la familia en la mierda y los problemas, teniendo que dar explicaciones, ya me bastaba con los que tenía. Pero la palabra no salió tan amarga como yo esperaba que saliera.

Nosotros. Con esa mujer sonaba tangible. Una posibilidad viable de algo que no me planteaba con los polvos habituales. No molestó. No fastidió. No era un impasse.

Elena de verdad se había buscado un problema, porque si yo seguía pensando en ella así, a ese ritmo... movería montañas para tenerla conmigo. Aunque tuviera que comprarme una guerra con su abuela.

¿Me ayudaría Dennis a esconder *ese* cuerpo?

Solté un gemido frustrado al girarme y mirar el cuarto vacío, observando todo lo desordenado por mí y por ella, sonriendo para mí mismo. Aún había un leve olor *caliente* por ahí.

Me acordé de sacar el móvil del bolsillo, escribiendo un mensaje.

No te olvides del *dónut* en el coche. Cómetelo. ¿Te acuerdas? <

Me mandó una carita poniendo los ojos en blanco, pero como no se quejó, significaba que sí, se le había olvidado. Se me ensanchó la sonrisa.

Me pasé la lengua por los labios, considerando mandar algo menos caballeroso, pero respiré hondo y solté el móvil, negando con la cabeza y yendo a calzarme las zapatillas. *Calma, joder, acaba de salir de tu cama.*

Podría haber continuado..., sugirió el diablillo malvado en mi hombro, y estábamos de acuerdo. Pero como no siempre tenemos todo lo que queremos, iba a tener que conformarme con esperar por ella (y por Dennis, lo que lo convertía en mi tercera persona favorita del mundo).

¿La segunda? Treyton intentando explicarles a los otros siete tíos del piso por qué parecía una idea genial tener un perro como mascota. No hizo falta mucho, pero admito que me divirtió mucho verlo esquivar la explicación obvia: estaba claro que era por una mujer; la cuestión es que, igual que yo, él necesitaba esconderla por su seguridad.

Si lo hubiéramos acordado, no habríamos conseguido meternos en relaciones tan complicadas así. No es que él supiera lo que yo estaba haciendo, pero ni yo lo sabía.

Hasta la noche anterior, quería a Elena en mi cama. Solo eso. Pero después del polvo...

No, no. No fue el polvo. Fue el respeto, antes. Cuando se dio cuenta de que yo estaba escondiendo algo y aun así no me presionó, *aunque* tuviera todas las razones del mundo para hacerlo. Y lo admito, porque se metió y trató de ayudar a mi familia, aunque fuera contradictorio.

Creo que Elena me había conquistado en el momento en que me provocó en mi primer día como asistente del entrenador; me di cuenta en ese momento. Siempre supe que ella sería diferente.

¿Audrey se molestaría si supiera que estaba casi compartiendo el primer puesto? Elena estaba más o menos en 1,75 en la clasificación. Pronto subiría a 1,50, y entonces...

La puta madre. Salí de casa y me fui a correr como si mi vida dependiera de ello. Una vez más acabé al otro lado de la ciudad,

pero esta vez no había ninguna buenorra *bravita* y triste para hacerme compañía, solo mis pies fallando, obligándome a volver a casa.

Y estaba bien. Usé como motivación el hecho de que tendría que volver allí. Entrenar. Vivir mi vida. Mantenerme un ser humano funcional y no solo pensando en un polvo delicioso con una mujer deslumbrante y de personalidad adictiva.

¿Cómo está funcionando eso, eh? ¿Consiguiendo no pensar en ella?

Ni me molesté en buscar explicaciones. Comprendía lo que era aquello. Más que un calentón, menos que amor. Unos peldaños más y estaría sumergiéndome en una pasión que podría destruirme. Adictiva, porque incluso con las advertencias obvias, decidí que seguiría subiendo.

Elena era complicada como cualquier persona. Sabía que habría capas difíciles de manejar. Igual que pasaría conmigo, si ella estuviera interesada. La cuestión es que ella ya no era *cualquier persona*.

Me pregunté qué pasaba al llegar a la cima de los peldaños, pero ni siquiera mis amigos más cercanos sabrían decirlo. Tendría que lidiar con esa nueva adicción yo solo. Tal vez la única saludable del mundo, Elena Braddock-Fitzroy.

O nada saludable, pero me importaba una mierda.



15

Sé sincero con ella también ✓

Nathan

Odiaba las clases por la noche. Odiaba aún más cuando tenía reuniones en la pista de hielo de los Boston Bruins, porque necesitábamos arreglar algunas cosas con esos chicos.

Yo animaba a ese equipo. Nacido y criado en Boston, sería una traición no hacerlo, pero el contrato que tenía previsto no era con ellos. Tendría que mudarme a la costa oeste, lejos de allí, si todo salía bien. Me gustaba su estadio y soñaba con jugar algún día para ellos; por eso dolía. Tal vez nunca lo consiguiera.

Lo peor para mí era el hecho de que estábamos al lado de Scadelton, lo que significaba que incluso me había cruzado con algunos tíos de su equipo de hockey. Ese gilipollas de Michael iba a acabar haciéndome perder la cabeza en mitad de la calle. No diría que él fuera peor que los Montclair, porque Andrew y Aaron eran pura basura humana, pero se acercaba.

De todas formas, aproveché que estaba a mitad de camino y me paré en el café en el que trabajaba Chloe, el *Coffee & Cats*, después de que la reunión terminara. Yo adoraba a la chica, más aún porque charlaba y me impedía estudiar como un loco siempre que no estaba atendiendo a nadie, pero ella no estaba por allí.

Y los exámenes se acercaban; necesitaba realmente afianzar la materia.

Otro tío estaba atendiendo, pero todos los camareros conocían al equipo y ya se tenían prácticamente memorizados nuestros pedidos. Me comí mi sándwich natural, que era siempre mi merienda y/o cena, sorbeteando el batido de frutas, porque estaba intentando no tomar café después de las 19 h, y leyendo los apuntes. Una compañera me saludó, sacando conversación sobre el examen al final de la semana —para el que yo me estaba preparando, en mi caso—, y casi no vi pasar la hora mientras resolvía algunas otras cuestiones.

Las matemáticas siempre fueron un *hobby*, igual que, más o menos, lo era el grado, una especie de medio para un fin divertido, porque mi carrera sería el hockey. Punto final.

Mi móvil vibró junto a mi brazo, y levanté el rostro de los cuadernos. Al poner la pantalla boca arriba, vi un mensaje de Elena y sonreí por eso.

> ¿Qué estás haciendo ahora?

Estudiando para un examen jodido. <

> Mmmmm...
> Estoy terminando mi última tutoría.

Es verdad. Yo recordaba el comentario superficial sobre las clases extra que ella daba, porque la tutoría la ayudaba a mantener algunos temas frescos y también a mejorar su currículum. Como si no fuera un fruto directo del nepotismo, pero yo entendía el motivo. *Mi niñita de papá, heredera favorita*, debo añadir, no era una crítica.

> ¿Estás en Northride?

Nop, estoy en *Coffee & Cats*. <

Respiré hondo, encogiéndome de hombros. Yo necesitaba saberlo antes de hacer alguna mierda. *Estamos cerca,* si está en Scadelton. Cinco minutos, como mucho unos ocho, en coche, me dejarían cara a cara con ella.

No es Dennis, ¿no? <

> No. Es Boz. Giulia tuvo hoy la boda de su hermana.

Fruncí el ceño, recordando que era el segurata de reemplazo. Ella no había hablado mucho sobre eso. Y entonces llegó. El mensaje con un *emoji* de pulgar arriba que iluminó mi noche.

Joder.

JODER. Ni de coña. ¿Teníamos a otro de nuestro lado?

¿Nuestro, eh? Ignoré al angelito irónico susurrando en el rincón de mi cerebro. Lo consideré una buena señal: que lo sugiriera él, y no el diablillo.

> Hablé con él. Fue recomendación de Dennis y, en fin, muchos detalles. Si pudieras venir aquí, sería perfecto. No sé dónde está ese café, pero sé que es bastante concurrido. No sé si quiero estar en público contigo.

Puse los ojos en blanco, porque habría sonado malintencionado y egocéntrico, pero yo sabía que el tono no era ese.

¿Algún plan en particular? <

¿Algo como cometer un atentado contra el pudor en la tutoría de mi universidad rival y sufrir sanción administrativa en MI universidad si me pillan? <

> No te van a pillar.

> Pero el resto sí que está en los planes.

> Y seamos sinceros: sería épico que pillaran a un jugador de hockey de Northride follándose a una veterana en la sala de tutorías de Scadelton.

Sonreí de oreja a oreja.

Exhibicionista. <

> Jamás.

> Pero...

Negué con la cabeza ante eso, empezando a recoger mis cosas y a meterlas en la mochila. Yo podía *oír* su risa resonando en mi cabeza. ¿Hasta qué punto tenía que estar en la mierda para que eso ocurriera?

Lo sería de verdad. <

> Es en el edificio de Administración. Ala C. Segunda planta, sala 23.

Solo lo visualicé: ir hasta el mostrador, hacer un nuevo pedido, esperarlo y salir hacia mi coche con todo empaquetado, satisfecho.

Casi iba dando saltitos de felicidad. El día había sido mediano, pero ¿eso de ahí? Joder, era la doble cobertura de chocolate que mi padre pedía en mi tarta de cumpleaños. La mejor.

La cafetería quedaba un poco después del límite hacia Northride, en nuestro territorio, pero no estaba tan "lejos" como si yo estuviera en nuestra pista, por ejemplo. Y cuando aparqué en el sitio casi vacío como un cementerio, porque ya pasaban de las diez de la noche, respiré la brisa fresca del otoño.

Tuve que ponerme un abrigo aquella noche y entré con él, el pedido y mis llaves en el edificio de la facultad de Administración y Economía, con una arquitectura antigua que se mezclaba con la moderna de una forma diferente a la que teníamos en Northride. El emblema de Scadelton estaba por todas partes, igual que fotos y más fotos de gente importante que había puesto un pie en aquellos pasillos.

Subí las escaleras mirando alrededor, porque nunca había pisado allí, curioso por las aulas oscuras y otras al azar aquí y allá. Había un conserje encerando la planta baja, y pocas luces encendidas podían verse desde la calle, pero encontré la sala de tutorías con facilidad.

Fruncí el ceño al mirar por el cristal de la puerta y no ver a nadie, pese a la luz encendida. La abrí sin problemas y entré, oyéndola golpear, hasta que un rostro apareció por una abertura lateral de aquella sala de entrada llena de mesas redondas y me sonrió.

—Te dije que encontraría la manera —declaró—. Sé que nos vamos a ver en el entrenamiento de mi hermano mañana, pero Liam va a estar conmigo.

Estaba aún más guapa de lo que yo recordaba.

Asentí, levantando la bolsa con el pedido que había hecho para ella, y ella negó con la cabeza, pero sonrió, viniendo hasta mí y cerrando la puerta por dentro; entonces pasó las manos por mi cuello, mirándome a los ojos.

—Te he echado de menos. Y te he añorado. Más de lo que debería. Solo fueron dos días —dijo, sincera—. También consideré no admitirlo.

Joder, lo entiendo.

Acerqué mi boca a la suya, juntando nuestros labios y besándola con ganas, pasando las manos por su cintura y pegando nuestros cuerpos de la misma forma.

Gimió contra mí, estremeciéndose en mis brazos mientras yo sentía que despertaba para ella por completo.

—Te he echado de menos desde que me besaste por última vez el sábado —susurré contra su piel—. Eso lo vuelve todo mucho más *peligroso*.

Sus ojos se abrieron, encontrándose con los míos. Aquel día, ella llevaba un vestido azul claro de corte recto, lo cual era arriesgado de cojones, porque estaba buenísima —aún más, si es que era posible —, y solo la conciencia de que ya había estado por ahí paseándose, luciendo el culo marcado para cualquier otro hijo de puta que...

Respiré hondo, subiendo la mirada de su cuerpo a sus ojos.

—No es solo una diversión para mí, Nate —dijo bajito, cortada—. Sé que no es lo que esperabas, pero ayer me descubrí pensando en llamar solo para que habláramos y...

—Deberías haberlo hecho —corregí, viendo la mirada incierta y sorprendida—. No es solo una follada para mí, *bravita*.

Se apretó los labios y negó con la cabeza, pareciendo preocupada.

—Estoy *prometida* con otro tipo, Nathan —susurró.

—No *de verdad* —repliqué—. Y él también tiene una amante —me defendí—.

Soltó una risa que resonó demasiado alto, incluso por el pasillo, tapándose la boca.

—Por el amor de Dios. ¿Cómo iba a ser eso solo diversión?

Sus ojos volvieron a mirarme, y brillaban más, sin la incertidumbre de antes. Yo entendía a Elena. La pregunta. La incertidumbre. Entendía el brillo.

Simplemente era bueno. Era demasiado bueno como para ignorarlo. Yo no sabía explicarlo y, aun así, no me importaba. No me importaba que tuviera o no sentido, cuando yo *sentía* que lo tenía.

—Yo tampoco lo sé. Siempre supe que tú serías diferente.

Ella respiró hondo, observando mis ojos.

—Una semana. Hoy hace siete días que nos conocemos.

—Dios hizo el mundo en seis días —provoqué, oyendo la risa resonar por el ambiente, junto con la sonrisa—. Bromas aparte, me importa una mierda que esto vaya demasiado rápido. No me importa que sea un tren desbocado, Elena.

Sus ojos estaban pegados a los míos, las cejas levantadas.

—¿Entonces estamos en el mismo tren? —preguntó, usando mi metáfora.

—¿Tú tampoco dejas de pensar en mí, como yo no dejo de pensar en ti?

—El *también* fue una gran elección de palabras —sonrió, asintiendo con la mirada antes de asentir con la cabeza.

—Es suficiente para mí —confirmé.

Por ahora.

—Persona adecuada, quizá.

—Sin el "quizá" —gruñí, uniendo nuestras bocas otra vez y empujándola contra la pared, sintiéndola gemir contra mis labios—. Hora adecuada también. —Ella jadeó cuando le subí el vestido; tanteé hasta encontrar las bragas y me colé por ellas. Un gemido se me escapó de los labios; ya estaba mojada.

Tiré de las bragas con fuerza, agachándome con ella y oyéndola jadear bajito cuando me arrodillé frente a ella, poniendo una de sus rodillas sobre mis hombros.

—Voy a comerte primero, pero después vas a comerte, sí, lo que he traído.

—Uhum —salió nervioso de sus labios mientras se mordía la mano, intentando quedarse callada conforme me observaba de rodillas entre sus piernas, mirándola desde abajo.

Besé su muslo, rozando mi boca contra su olor y respirando hondo, sintiendo el olor a fresa junto al de su coño, y mi polla endureciéndose de inmediato.

No era una preocupación mía que me correspondieran o no; nunca tuve problemas con eso y, por lo general, era justo lo contrario lo que pasaba, pero oír lo que ella dijo me quitó un peso enorme de encima. Ni sabía que lo era.

Ella estaba en la misma posición que yo, y me aseguraría de mantenerla ahí conmigo.

Si no estuviéramos solos, el gemido siguiente delataría a cualquier despistado en el mundo lo que estábamos haciendo en aquella sala. Y joder, que lo oyeran.

Aquella mujer era mía. Tal vez aún no lo supiera. Pero era ella. Yo solo sabía eso. *Es ella.*



16

Quédate con sus bragas ✓

Nathan

Si no lo hubiera sospechado antes, lo habría tenido claro al ver su cara aparecer en aquella sala. Era todo lo que tenía que decir sobre el asunto en ese momento.

¿Tiene sentido? Surgió un diablillo hijo de puta, queriendo provocarme.

Claro que no lo tiene, gilipollas. Solo te gusta ella. No tiene una mierda de más en eso. Y no tiene lógica, intervino en mi defensa el angelito nada querido.

Ah, que se jodan los dos. Le chupé la piel con ganas, sintiendo todo deslizarse por mis labios mientras alcanzaba el clítoris de nuevo y succionaba.

Ella gimoteó de ese modo delicioso que tenía, mi lengua chupándole el clítoris sin necesitar ni siquiera buscarlo, sintiendo sus manos apoyarse en mi pelo mientras las piernas no parecían tan firmes y mis manos le sujetaban los muslos.

Elena lo ponía todo patas arriba mientras la pierna apoyada en el suelo parecía flaquear y le chupé el punto sensible con *demasiadas* ganas, sintiéndola contraerse con la sensación mientras yo me movía, intentando encajar mejor debajo de ella, permitiendo que se restregara contra mi cara, lo que ella enseguida empezó a hacer. De un modo casi desesperado para quien me había visto dos días antes.

Oí la llave del coche caer de mi bolsillo por culpa de la postura, justo al lado de las bragas en el suelo, pero eso no era un gran problema para mí en ese momento. Mis manos subieron al culo de Elena, levantándole aún más el vestido ceñido que me estaba matando por lo difícil que era apartarlo.

Apreté cada una de sus nalgas duritas —¿cuándo entrenaba ella? Considerando que la mujer apenas tenía tiempo para dormir, era una gran pregunta—, lamiéndola entera desde el clítoris hasta su entrada, volviendo y besándolo todo, restregando mi cara contra ella porque sabía que a la desgraciada le gustaba la sensación con la barba.

Subí los dedos por su cintura, bajándolos arañándole toda la piel, intentando quedarme con un poquito de aquello para mí, sintiéndola estremecerse contra mi boca, *casi ahí.*

Mi lengua jugó con su entrada y oí a Elena jadear, sus dedos llevándose consigo algunos mechones de mi pelo. Oí el golpe del zapato de tacón al caer, su pierna presionándome la espalda con mucha más fuerza, y subí con la boca, chupándola todavía más.

—*No*. —El susurro reverberó por el ambiente y me paré, sorprendido, al alzar los ojos hacia Elena, con ella negándome con la cabeza. ¡¿*No quiere*?! —No, te quiero dentro de mí. No quiero correrme sola.

Joder...

—Después. Pero antes de que yo pudiera volver a divertirme en el paraíso, ella me tiró del pelo y quitó la pierna de mi hombro, dándome tiempo solo para meter sus bragas en mi bolsillo y subiéndome el rostro hacia el suyo, pegando nuestras bocas.

Ella tenía razón en una cosa: su boca era una invitación de cojones, y mi mano bajó para encontrar su coño, preparado para mí.

—Joder —gruñí contra sus labios cuando sentí una de sus piernas subir por mi cintura y subí la otra, dándole una patada a su zapato de tacón sin querer antes de entrar por la puerta abierta por la que ella había pasado minutos antes, uno de mis brazos en su cintura y el otro sujetándole la rodilla derecha.

Rompí nuestro beso solo para encontrar una cocinita; sería allí mismo donde nos quedaríamos. Una mesita minúscula con dos sillas

que parecían frágiles, pero tendrían que servir. Era lo que teníamos.

Me giré y me dejé caer de golpe, sentándome en la silla demasiado pequeña con ella encima de mí y forzando el tirante grueso del vestido hacia abajo, sintiéndola tirar de mi abrigo y dejando que me lo arrancara mientras yo liberaba la teta izquierda y me la metía en la boca. Ella palpaba mi cuerpo, apartándose de mí solo lo suficiente para arrancarme la camisa.

El otro zapato de tacón cayó allí.

Tiré del otro tirante, chupando la teta que hasta entonces había quedado de lado, mordisqueando aquella puntita dura y deliciosa y sintiéndola restregarse contra mi polla, jugando conmigo por encima del pantalón. La piel era tan suave que me hacía querer lamerle el cuerpo de los pies a la cabeza, y el chistido que soltó cuando le chupé el pezón era para hacer que cualquiera perdiera la cabeza.

La sujeté por el vestido retorcido en mitad del vientre, marcando la velocidad con la que ella jugaba conmigo y sintiéndola jadear contra mi pelo mientras mis besos subían y yo le dejaba una marca justo por encima de la aréola del pecho, chupando tan fuerte que ella me agarró la nuca, intentando apartarme.

Subí con los labios, marcándolo todo a mi paso y dejando un beso largo en su clavícula, por fin alzando los ojos para encontrarme con los suyos.

—No me importa lo que tengamos, no *sé* qué es esto, pero no quiero parar —susurró, para mi sorpresa, y joder, podría haber sido yo quien dijera eso.

Me adueñé de su boca, sintiéndola abrirme el pantalón, empujar mis calzoncillos y liberarme la polla.

Tuve que romper el beso, en el que los dos luchábamos por el control, porque la hija de puta apretó la punta de mi polla con tantas ganas que me hizo dar con la cabeza, *arriba*, contra la pared, soltando un gemido dolorido.

—Joder, Braddock —gruñí, tirando de su cara contra la mía de nuevo y acariciando nuestros labios uno contra otro mientras ella se movía por toda mi longitud con una sola mano, palpando mi pantalón en busca de algo. Le mordí el labio, succionándoselo

mientras ella jadeaba contra mi boca, poniéndome aún más duro solo con ese sonido.

Levanté un poco la cintura, yendo a su encuentro para coger uno de los condones del bolsillo trasero, sospechando que era eso lo que ella buscaba.

Elena siseó cuando le di un azote flojo en el culo, pero el beso se volvió aún más sediento contra mis labios, mientras las manos se movían más rápido, mi polla palpitando tanto que un poco más y me correría allí mismo. Ella sabía qué hacer, lo cual era delicioso.

Ella me puso el condón de nuevo, pareciendo ser algo que le gustaba hacer, y se sentó con ganas sobre mí, arrancando un gemido que resonó por toda la sala, de los dos, mientras yo podía jurar que aquella era la *marca* de mi polla en su bajo vientre.

Ella subió y bajó, y joder, lo era. Mi polla entrando y saliendo me hizo apartar los ojos del movimiento y besarle las tetas, una cada vez, justo delante de mí.

Ella se contoneó contra mí, apoyando las manos en mis hombros mientras yo le agarraba la cintura, dándole apoyo. Despacio, ella se fue abriendo más para mí, metiéndose un poquito más en cada contoneo dolorosamente lento.

Besé el hombro desnudo, bajando por su brazo hasta tirar de su mano hacia mí, chupándole dos dedos y sintiéndola contraerse al intentar contonearse más rápido.

Eso iba a acabar conmigo. Mi polla me estaba doliendo dentro de ella, joder, de lo despacio que ella me estaba cabalgando a propósito.

—Estás siendo buenecito —susurró, viendo en mis ojos que yo estaba siendo cuidadoso—. ¿Dónde está el hijo de puta del sábado?

Solté una risa sarcástica, agarrándola por el culo y levantándome, apretándola contra la pared en un solo movimiento, lo que hizo que Elena soltara un gran jadeo contra mi boca, que se apoderó de la suya de inmediato, follándola allí, por el coño, mientras yo marcaba los dos movimientos, chupándole la lengua y hundiendo la polla.

—¿Quieres un hijo de puta?

—Uhum —gimió contra mí, yendo al encuentro de mi polla en cuanto embestí la primera vez.

—Solo yo te follo así, ¿no? —gruñí contra su piel, sintiéndola estremecerse mientras se contoneaba contra mi polla, y me hundí en ella de nuevo, oyendo el golpe de su espalda contra la pared. Debía doler, pero lo pidió ella.

—Sí —chistó, pareciendo irritada y satisfecha por la constatación.

—Perfecto —declaré, firme.

Salí de dentro de ella, sorprendiéndola mientras le sujetaba el cuello, mirándola a los ojos al bajarla de mi cintura.

No a todo el mundo le gusta cuando un tío llega tan hondo. O que meta rápido. Hay mujeres a las que les *encanta* la tortura lenta. El tradicional "mamá y papá" que me daría el mismo orgasmo, pero sin el corazón frenético que yo sentía con Elena.

—Entonces date la vuelta —susurré, viéndola tragar en seco. Se dio la vuelta, apoyándose contra la pared y empinando el culo para mí, de puntillas.

Apoyé la cabeza en su hombro, besándola allí y acariciándole el coño por detrás, sintiéndola apretar el cuerpo contra mí, escurriéndose la excitación por mis dedos. Empujé una de sus piernas, sintiéndola gemir contra la pared, cerrando los ojos con la mera insinuación de la penetración con el dedo.

Me coloqué la polla, tirando de su cintura y hundiéndosela en ella. Embestí con fuerza de nuevo, oyendo el gemido desesperado mientras ella venía a mi encuentro.

¿Estaba enamorado? No.

Elena me alcanzó la nuca por detrás mientras yo le agarraba el cuello, mi respiración rozándole la piel mientras el gemido resonaba bajo en mi oreja.

¿La amaba? No.

Embestí fuerte de nuevo, sintiendo que todo mi cuerpo exigía que me dejara llevar y me corriera, pero no, aquella mujer iba a deshacerse contra mí primero.

¿Quería su sensación conmigo, follando o no, todo el tiempo? Sí.

Yo iba a sentir ese coño delicioso exprimiendo mi semen, no al revés.

Y estaba dispuesto a correr riesgos por ella y para ella.

Le apreté la cintura con fuerza, hundiéndola contra mi polla, lo que la hizo soltar un chistido de desesperación y un gruñido al mismo tiempo, agarrando con su mano libre mi cintura, como si intentara hacerme ir más rápido.

Lo cual era un indicio peligroso para las dos primeras preguntas.

Y de nuevo, me hundí en ella, oyéndola maldecir mi nombre.

Alcancé su boca, besándola mientras embestía de nuevo, sintiéndola gemir contra mis labios en cuanto todo su cuerpo se puso tenso, llegando al orgasmo en espasmos contra mi mano y con un apretón jodidamente bueno alrededor de mi polla, arrancándome toda la fuerza mientras mis huevos ardían, bombeando dentro del condón.

Tuve que sujetarle la cintura con más fuerza, porque una de sus rodillas claramente cedió con el orgasmo.

Ella respiraba con dificultad cuando aparté un poco la cara y bajé mi mano de su cuello a su cintura, apoyando la cabeza en su espalda antes de que ella se girara, sacándome de dentro de ella y mirándome.

Acaricié mis labios contra los suyos, de una forma que yo nunca hacía con nadie, simplemente porque ni sabía que aquel gesto podía ser tan bueno. Era como sentirla ahí, para mí, pero no solo por el polvo. Aquel gesto de casi alcanzar sus labios, pero sin nada más que eso, traducía mucho de cómo me sentía.

—Quería que solo tu personalidad o solo tu polvo fueran buenos, no ambos. Aparentemente Elena también conseguía traducir cómo me sentía.

Solté una risa, bajando la cara al cuello desnudo y olfateando allí antes de besar.

—Digo lo mismo, una vez más. No quiero parar con nada de est...

Unos golpes en la puerta nos hicieron dar un salto. En la puerta de la sala principal, gracias a Dios, pero aun así escondí su cuerpo detrás del mío, girando la cara hacia la sala de estudio.

—Señorita Fitzroy, ¿está ahí? —resonó una voz desconocida para mí en la sala, amortiguada.

Elena tenía los ojos muy abiertos y parecía que el corazón le iba a saltar por la boca cuando la miré.

La boca se abrió y se cerró por un instante antes de que ella aspirara todo el aire, respirara hondo para eso y lo exhalara lejos de mi cara.

—¡Sí, Donald! ¿Qué pasa? —Y, mirándome, susurró: —*Es uno de los guardias de mi abuela.*

Creo que el shock y la preocupación fueron obvios en mi cara, porque ella asintió.

—Su abuela dijo que lleva unos minutos intentando hablar con usted, y es urgente. Tiene que ir a la fábrica de Albany todavía esta noche. Ha ocurrido un problema en la línea de producción.

Ella aspiró aire, intentando calmarse.

Elena *no* parecía calmada.

—Ah, de acuerdo. ¡Ya voy!

—Vale... ¿Todo bien? La puerta está cerrada con llave.

Gracias a Dios por eso.

—¡Sí! No lo sabía...

La mentira sonó bastante sincera, tanto que me sorprendió, y ella me lanzó una mirada fría por mi expresión.

—*No me mires así; es obvio que miento bien* —espetó en un susurro, mirando nuestros cuerpos.

La ayudé a colocarse bien el vestido, los dos nerviosos mientras ella se ponía los zapatos de tacón e iba hasta la puerta, arreglándose el pelo. La tiré de vuelta, limpiándole la comisura de los labios porque tenía *algo* ahí: podía ser sudor, la marca de mis labios o incluso corrida. Ella respiró hondo y se giró, pasando por la puerta y quedando a la vista del guardia.

Me subí los pantalones inmediatamente, aunque a regañadientes.

—Estaba estudiando y me he terminado quedando dormida, Donald. Ya voy. ¿Puedes llamar a Boz?

—Claro, señorita Fitzroy —al menos no había ninguna desconfianza ni preocupación en su voz—. Creo que algún alumno se ha dejado el paquete de comida, ¿no?

Mierda, la comida.

—Sí, fue un tutor; dijo que comiera, que no iba a volver solo para buscar esto.

Otra mentira descarada; salió limpia, limpia.

Cuando volvió a la cocinita, tenía los ojos inertes y me miró.

Inertes. Joder, era... Era la misma imagen de varias fotos que vi de ella con la abuela. Elena apenas estaba presente, en cuerpo, en ese momento, de lo automática que parecía. Un reflejo del trauma, tal vez. Yo no era psicólogo, joder, pero era obvio que era porque las cosas estaban mal. Y no entre nosotros.

—Solo sal de aquí después de unos quince minutos, ¿vale? —susurró, preocupada—. Dios mío, si ella... —La fachada falsa e inerte de sus ojos se rompió, mostrándome a una mujer asustada.

De nuevo vi tras la fortaleza. Muy rápido, pero estaba ahí.

—No va a descubrir ni ver nada —afirmé—. Sé cuidarme.

Elena me miraba, aun así claramente preocupada.

—No contra ella, Nathan. En el momento en que entres en su radar, no sé de lo que sería capaz.

—No voy a entrar en su radar —prometí.

Me preguntaba hasta qué punto estaba en contra de pegar a señoras mayores a esas alturas. No es que *fuera* a hacerlo, pero se me cruzó por la mente muy rápido.

Ella respiró hondo y asintió, mirándome de los pies a la cabeza. Yo había tenido el buen sentido de guardar la polla, pero, por lo demás, yo obviamente parecía un tío feliz de la vida después de follar. Al menos Donald no estropeó eso.

—Necesito mis bragas —declaró, señalando la puntita de tela negra que asomaba de mi bolsillo, pero yo solo me reí por lo bajo.

—Ya no son tuyas.

Ella negó con la cabeza, pero no parecía sorprendida; solo hizo un pucherito pensativo, que en instantes cambió a una sonrisa tímida.

—No voy a poder comer contigo.

—Llévate la comida, cómetela en el coche —pedí, arreglándole el pelo como si ella no lo hubiera hecho ya. Le acaricié las mejillas también, pero eso solo porque me daba la gana.

Ella tenía una mirada graciosa en la cara, como si yo fuera inocente.

—No voy en coche. Casi tres horas de tráfico no me llevarían de vuelta a Boston a tiempo para mi agenda de mañana.

Puse los ojos en blanco, pero no por maldad, sino por broma.

—Claro que sí. Pues come en el helicóptero, *bravita*.

Ella asintió, dándome un beso suave, que yo me aseguré de calentar hasta algo mucho más profundo.

—Ha sido un polvo rápido que podemos mejorar —susurré contra sus labios, viendo la mirada curiosa—. Es otra promesa que te hago.

Ella tragó saliva con *esa* promesa, asintió y se giró, pero le tiré de la mano de vuelta y entrelacé nuestros dedos.

Me quité lo que fuera que me cerraba la garganta para hablar:

—Ten cuidado, ¿vale? Odio volar. Helicópteros, aviones, etc. Me muero de miedo con los accidentes aéreos —admití, viendo su sonrisa al asentir.

Ella me arregló el pelo esa vez, bajando luego la mano hasta la barba.

—No te preocupes. El piloto del helicóptero de la empresa era de la Fuerza Aérea, por si te deja más tranquilo. Exmilitar.

Negué. Ni un poco.

—No. Avísame cuando despegues, cuando aterrices y cuando vayas a volver también.

Ella me miró, como si la constatación de lo obvio de mi preocupación no fuera clara.

—Este juego... —Ella gesticuló hacia mí y hacia ella—. Esta cosa... Es peligrosa, Nate.

—Soy consciente de eso.

Ella suspiró, con los ojos todavía en mí.

—Eres peligroso de cojones, desgraciado —murmuró, girándose y yendo hacia la sala principal, cogiendo su bolso que yo ya la había visto usar y un segundo bolso, nuevo para mí, más grande, y saliendo con ambos sin siquiera mirar en mi dirección, como si yo no estuviera allí.

Para Donald, desde luego, no debía estar.

Y tú eres una trampa viva para cualquier corazón desprevenido.

Yo estaba ansioso. Ansioso por enamorarme de ella.

Pero no tan ansioso por la posibilidad —y la probabilidad— del corazón roto.

Elena también era un callejón sin salida para mí. Y yo necesitaba una solución para cambiar eso.



17

Mantén la cabeza en su sitio ✓

Elena

No era tan cómodo ir sin bragas en un vuelo de helicóptero pospolvo cuando aún me sentía toda pringada. Pero era lo que había.

Boz me observaba por el retrovisor con preocupación, porque sabía que Nathan había entrado, pero, como no lo vio salir, no sabía qué podía haber pasado; y mi abuela, a mi lado en el coche, no se lo ponía fácil para que él preguntara si tenía que hacer algo por mí mientras yo estaría fuera media madrugada, ya que el número de guardias de seguridad que iba en el helicóptero no lo incluía a él.

Y cuando yo volviera, sería Liam quien me estaría esperando. Boz se quedaría a oscuras.

Nathan sabe cuidarse: era lo que me repetía a mí misma. Y, por la forma de ser de Eloise, ella no había sospechado nada ni había dejado a nadie atrás para averiguar la situación, incluso con mi explicación endeble a Donald de que otro tutor iba a recoger sus cosas; por eso lo dejé todo abierto.

Me dejé la comida en el coche y solo me di cuenta de ello cuando estábamos casi aterrizando y me rugió el estómago. Y no, no habría nadie esperándonos para una cena en condiciones pasada la una de la madrugada. El hambre tendría que esperar, e incluso me olvidé de ella.

Eran casi las cinco de la mañana cuando volvimos a Boston, después de una infinidad de dolores de cabeza y aún más problemas que resolver en mi escritorio cuando llegara al trabajo ese día. Tici ya había sido informada, pero mi secretaria también necesitaba dormir, así que todavía no sabía lo de la fábrica, ni siquiera que yo había tenido el viaje de última hora con Eloise.

Paré en el bar, quedándome sola para comer en la habitación, pidiendo a los camareros que batieran de nuevo el batido de fresa que Nathan había pedido, y que calentaran el *cruasán*. Eran buenas elecciones, pero el pedido parecía *pasado* después de tanto tiempo sin que yo lo hubiera tocado. Podría haber pedido algo fresco, pero... No quería. Prefería ese pedido.

Alex llegó casi a las seis de la mañana, después de ver mi mensaje, trayendo consigo una botella de whisky y señalando el pedido en medio de la sala, mientras yo caminaba en albornoz y con la toalla en la cabeza por la habitación, buscando los pendientes donde debía haberlos dejado minutos antes.

Yo me sentía distante de Alex. De Rika. De mis padres. Sentía que los últimos meses con la empresa me habían alejado de todos, incluso con mis esfuerzos por mantener el contacto, estar presente para mi familia, seguir siendo la alumna ejemplar... Sentía incluso que nuestras noches de karaoke se habían reducido, y sospechaba que no era la única con ese sentimiento.

Y ni siquiera mis amigos lo sabían todo. Alex no soportaba a Hunter, pero no sabía que él había empeorado, volviéndose más agresivo, olvidándose de la parte *pasiva*. Rika estaba a oscuras respecto a todas las peleas de poder dentro de la empresa, a pesar de saber que la situación podía ser mala. Yo *quería* hablar con ellos, pero parecía que nunca tenía tiempo, nunca tenía una oportunidad, nunca conseguía *hablar*.

Y sabía que eso no era culpa del tiempo; era culpa de otra cosa que me atragantaba y me impedía hablar. *Miedo*, miedo de no conseguir alcanzar el sillón de la presidencia, de que no entendieran que la relación con Hunter era más complicada que simplemente despedirlo... *Miedo* de no poder ya lidiar con nada de aquello.

Encontré las joyas enseguida, poniéndome los pendientes y mirando a mi mejor amigo. Podíamos seguir por un camino seguro, que no me jodiera la cabeza cuando estaba a punto de enfrentarme a otro día de trabajo, problemas y, lo peor, Eloise.

No puedo romperme. Me necesitan. Mis padres me necesitan. Easton me necesita. Fitzroy me necesita.

—¿Tiene sentido que me esté gustando demasiado un tío cuando lo conocí hace una semana? Quiero decir, solo hablamos un poco, nada del otro mundo. No sé mucho de él, ni él de mí; el polvo es buenísimo —lo solté de golpe, más que nada porque no tenía mucho tiempo.

Y necesitaba dejar de pensar en las *otras* cuestiones. Una no anulaba la importancia de la otra.

Tendría que ir a casa enseguida, recoger a Easton, comprobar el estado de mi padre, explicarle a mi madre lo del problema en la fábrica, para que ella se lo comentara a él cuando estuviera más cómodo durante el día y, entonces, ir a la arena de los Bruins.

Yo no dormí. Tal vez por eso estuviera un poco confusa con algunas cosas. Podía ser solo cansancio. O no.

Pero *Nathan* tampoco parecía haber dormido, porque respondió a todos mis mensajes cuando le informé de aterrizar, despegar y todo lo demás de aquel viaje rápido. Yo estaba acostumbrada a hacer eso muchas veces al mes, en especial desde que el médico de mi padre le prohibió viajar.

Un mensaje en mi móvil cortó la respuesta de Alex, mostrándome un correo de Tici. Bueno, ella tampoco iba a dormir mucho hoy.

Turmann quería una reunión conmigo a la hora del almuerzo, mi único rato libre del día. Era el vicepresidente, la mano derecha de mi padre, y en teoría sería la mía, ya que era el cargo más alto que asumía alguien que no fuera de la familia en la empresa; pero Turmann era consciente de la guerra que ya se estaba desarrollando incluso antes de la muerte de mi padre.

De la muerte de mi padre.

Aparté ese pensamiento lejos, volviendo la mirada a Alex, que me sonreía con malicia.

—¿Quién es, al final?

Yo solo le había preguntado qué pensaba de la situación y de los riesgos que yo correría; no le di información tan *profunda* el viernes.

—Un jugador de hockey —puse los ojos en blanco, viendo la expresión de shock y *juzgona*—. Y *no*, no vas a provocarme con eso: tú ya te has follado a la mitad de Northride. Incluso a las chicas que apenas salieron del instituto, no te atrevas.

—Solo iba a decir que siempre has hablado mal del hockey. De lo agresivo que es —susurró la última parte con maldad—. *Y de que es de la universidad rival*. Es como si yo me acostara con una alumna de Cornell.

—Y tú siempre has hablado mal de las animadoras, pero te has follado a una al mes en los últimos años, *incluso* a las de Cornell —devolví en el mismo tono.

Se encogió de hombros.

—Soy consciente de que soy hipócrita, soy hijo de un político.

Eso me arrancó una risa.

—Vale, pero... Respondiendo a tu pregunta... —se puso más serio al hablar—. Las relaciones distintas tienen ritmos distintos. Hay parejas que se conocen durante años antes de empezar a *salir*. Hay gente que en un año ya está casada. Y eso no es una medida para decir que el matrimonio de un año va a acabarse en dos y que la relación de diez años va a derivar en un matrimonio largo y feliz. No funciona así.

—No he hablado de matrimonio, Alex.

Asintió, encogiéndose de hombros.

—Solo lo usé como ejemplo —desdeñó, dejándose caer en uno de los sillones y trasteando con el mando, cambiando los fondos repetidas veces hasta parar en una imagen de desierto—. Al menos no estás pasando una sequía. —Y señaló la imagen, arrancándome un resoplido.

—Sabes que eso no era un problema.

—Sí, lo sé. Pero me gusta ver esa mirada divertida y brillante. Eres muy seria todo el tiempo.

—Sabes por qué.

Fitzroy. Mis padres. La enfermedad. La empresa. La gestión del negocio. Easton. Mi facultad. Las acciones que podrían desplomarse

con un solo error... Cometido por mí.

—Con él no vas muy seria, claramente —comentó—. Me gusta eso. Me hace feliz. Pero...

Solo esa palabra pesó. Yo ya sabía lo que venía por delante.

—Sé que ya has considerado todas las posibilidades y *probabilidades*, así que cuéntame, ¿qué crees que va a pasar? —declaró, abriendo la botella de whisky que trajo consigo y llenando un vaso de zumo hasta el borde, en vez de usar el vaso de whisky que había justo al lado.

—Que va a ser una gran aventura y una gran diversión, pero que tarde o temprano me va a romper el corazón —afirmé—. Sin embargo, sé que apartarme ahora sería injusto conmigo. Con la idea de vivir, de divertirme. Y eso es una trampa, porque tarde o temprano voy a tener que dejarlo atrás. Y me voy a apegar. Ya me estoy apegando.

Le dije la verdad. En todo momento. Me estaba conquistando.

—Si a tu abuela no le da un infarto pronto, sí, desde luego vas a tener que hacerlo. Pero si le da un infarto... —sugirió, encogiéndose de hombros—. Hay algunos medicamentos que ayudan para eso, aumentan la frecuencia cardíaca y tal.

Le sonreí.

—No voy a asesinarla, Alex.

—Ella lo haría contigo si tuviera la oportunidad —replicó, serio.

Tragué saliva, mirando al vacío.

—Me gusta creer que no lo haría.

Una pequeña parte infantil de mí lo deseaba. Esperaba que esa ingenuidad fuera verdad. Pero tal y como iban las cosas me decía que ella haría cualquier cosa para garantizar que la empresa no acabara en mis manos, incluso entregársela a alguien sin vínculo familiar.

—Pero sabes que es una ilusión —remarcó—. Tu abuela no va a mejorar, cambiar o evolucionar como ser humano para eso, Lena. Ella es lo que es, una racista con el palo metido en el culo, una hija de puta que no acepta que su nieta sea una mujer brillante y fenomenal y que, además, nació con el tono de piel de la madre.

Suspiré, cogiendo la botella y bebiendo del gollete.

—Solo lo ofrezco. Sé de casos de muerte de los que se ocupó mi padre, por si necesitas algunos consejos —sugirió con una sonrisa tranquila—. Nadie sospecha.

Hice un gesto de desdén con la mano libre, aún dándole tragos grandes al líquido ámbar. Al menos me quitaba ese peso de encima.

—¿Y cómo es? —preguntó por fin, y eso me hizo dejar de tragar whisky como si fuera agua, lo que parecía ser su plan.

—Amable. Buena gente. Inteligente. ¿Qué tipo de tío tiene un cálculo de derivada en la pared del dormitorio? —pregunté, genuinamente curiosa.

—Yo no, desde luego —se burló, irónico—. Sigue.

—Él es... cuidadoso y un hijo de puta al mismo tiempo —lo cual era una *delicia* por su parte—. Y siempre está intentando hacer que coma.

—Bueno, entonces él también es mi mejor amigo —rió Alex, señalando la comida, que ya se estaba enfriando otra vez entre los dos—. Por favor —pidió.

Asentí al sentarme y darle el primer mordisco al *cruasán*, observando a mi mejor amigo.

—Él era solo una diversión cuando tomé la primera decisión. Porque es majo, ¿sabes? Me sorprendió. Se mostró un ser humano decente.

Hizo una mueca.

—Eso sí que es una novedad para la gente a nuestro alrededor.

Le señalé con la mano.

—Exactamente —dije, riendo y con la boca llena. Abrí mucho los ojos al darme cuenta, pero Alex no entendió; solo me miró con confusión.

Negué con la cabeza en un gesto de "déjalo", suspirando.

—Él... A él también le gusto, ¿sabes? No porque sea milmillonaria. No porque sea la imagen de la mayor empresa de tecnología de América del Norte. Creo que ni se ha dado cuenta de que Fitzroy es eso. Odia a Hunter...

—Definitivamente somos mejores amigos —confirmó Alex, pero me dejó continuar.

—Y *sabe* lo de Hunter, ¿entiendes? Se preocupa, cuando él podría simplemente aprovechar la diversión que le *pedí* que fuera un secreto. ¿No es eso lo mejor que un tío podría soñar? ¿Que una mujer solo quiera un buen polvo y en secreto?

Alex hizo un puchero, asintiendo a medias con cara de pocos amigos.

—Sí. Literalmente me encanta cuando eso pasa.

—Precisamente —hice un gesto hacia él—. Pero con Nate... No parece aprovecharse de eso. Es honesto. Y caramba, eso es... —*Raro para mí.*

Alex me sonrió.

—Sí, vosotros dos estáis jodidos con esto. Pero al menos estáis jodidos juntos; míralo por el lado positivo.

Solté una risa, asintiendo.

—Comida, Elena —me recordó de nuevo—. Noté que había soltado el *cruasán* otra vez, olvidándome de él. —Yo, por desgracia, no sé si puedo ayudarte en algo para resolver tu situación familiar. Es un momento de mierda para ti y no consigo imaginar una buena salida. Tu abuela lo dejó todo bien atado para que tengas problemas en todos los sectores y sentidos.

Considerando que ella tenía aliados en todas las ramas de la empresa matriz —por ser un conglomerado— y también en todas las empresas subsidiarias más importantes, era difícil pensar en gestionar todo aquello sin su apoyo. Al mismo tiempo, casarme con Hunter sería un problema enorme y me impediría, de hecho, gestionar cualquier cosa. Y iniciar una relación cualquiera no le facilitaría en nada la vida al tipo —fuese Nathan o no—. No necesitaba añadir una nueva variable a una ecuación que ya no conseguía resolver.

Por no hablar de que mi abuela era querida por todo el consejo de accionistas. A mi padre lo querían: era el jefe, todo el mundo lo respetaba. Yo aún no había ganado nada de eso, ni el cariño ni el respeto. Era una batalla perdida si llegábamos al punto de una guerra declarada.

Di otro trago largo a la botella de whisky.

—¿Y cómo está Henry? —preguntó.

Suspiré.

—Empeorando. El cáncer le está invadiendo todo el cuerpo. Es cuestión de pocos meses, pocas *semanas* —corregí, tragando con dificultad, aunque tuviera la saliva más líquida por el alcohol puro.

Tosí, dejando la botella porque no quería emborracharme; fui al batido y me lo bebí todo como si fuera agua también. Estaba buenísimo.

Me quedé mirando el logotipo del vaso, pensando en pasarme por allí un día, ya que de vez en cuando pasaba cerca de la dirección que venía en la bolsa del pedido. Parecía un sitio guay.

—¿Y cómo está Easton en el entrenamiento, Lena? Hoy tiene entrenamiento, ¿no?

—Sí. Puedes ir. Verás a Nathan por allí.

—Definitivamente voy. Quiero echarle un buen vistazo al tío que te está follando bien.

—¡No hables así! ¡Es asqueroso! —protesté—. Puaj.

Me estaba follando bien; Alex simplemente no tenía por qué decirlo así.

—¿Pero es mentira? —replicó, irónico.

—Joder, de verdad que me pareces insoportable a veces.

—El secreto está en el "a veces" —provocó, risueño, con esos ojos verdes expresivos—. Cuéntame, ¿y las clases?

—¿Cómo va tu doctorado? —pregunté en vez de responder, ya que sacó el tema.

Me gustaba saber más de mis amigos. Oír a Rika divagar sobre su vida, a Alex contando los cotilleos de políticos o quejándose de sus hermanos pequeños. Todo eso me calmaba, y la compañía de ambos me hacía bien.

—Genial, en realidad. —Alex se graduó en Ciencias Políticas, con máster y doctorado en marcha en su *alma mater*, Harvard. Era donde mi abuela quería que yo fuera a estudiar, como lo había hecho toda la generación de Fitzroy.

El caso es que yo también era una Braddock, y mi madre fue la primera de su familia en ir a estudiar a una universidad de renombre. Scadelton.

—¿Solo eso? —animé.

Rió.

—Estamos haciendo una investigación sobre movimientos políticos en América Latina, por si te da curiosidad. Está siendo muy interesante seguir los ecos políticos de la extrema derecha y sus resultados por todo el mundo, pero en especial en los casos más extremos de nuestros amigos latinos.

Asentí, más satisfecha.

—En la universidad también va todo bien, Alex. Sigo siendo la mejor de la clase.

Me había llegado la nota de un examen en el sistema de la facultad el fin de semana. Saqué la nota máxima, lo cual no era novedad.

—Ah, eso no era una duda —rio—. Solo quería saber cómo iban las cosas, me gusta verte hablando de las clases.

Sonreí al oír eso, viendo su sonrisa también. Él sabía que hablar de teorías, cálculos y análisis de problemas de gestión me quitaba un poco de las preocupaciones existentes con mi vida, y eso fue lo que hice.

Le comenté un estudio de caso que estábamos analizando en Teorías de la Administración III sobre una empresa milmillonaria —como la de mi familia— que quebró con un año de mala gestión y tuvo que venderlo todo aun habiéndose declarado en quiebra, en menos de cinco años tras agravarse los problemas financieros.

Conseguí comer mientras tanto; me arreglé también mientras hablábamos, hasta que, cuando ya terminábamos de arreglarnos y los dos acabábamos los cafés que pedimos, Alex comentó algo inesperado:

—Ayer oí a mi padre hablando con su secretaria —susurró—. Creo que tiene una segunda familia, Elena.

Detuve el movimiento hacia mi bolso y devolví la mirada a Alex, dejando los brazos caer a los lados de mi cuerpo, sobre el trajecito naranja que llevaba. Me gustaba el color y, aunque atrevido, sentía que me quedaba bien.

Charles estaba enamorado de la madre de Alex, Violet. Siempre lo estuvo. Los dos eran uña y carne, pero la mirada de Alex me decía

una cosa: añadió la palabra "creo" por respeto, porque estaba seguro.

—¿Cómo que? —solté una risa nerviosa—. Tu padre sabe que, aunque no estuviera locamente enamorado de tu madre, no podría hacer algo así. Es el gobernador, Alex. Sabe que eso podría destruir su reputación política y, en consecuencia, su carrera.

—Le oí hablar de pagarle la universidad a un hijo, de que los costes podían subir más y por eso tendría que tener más cuidado en casa al mover el dinero. No usó muchos códigos, no fue difícil de interpretar.

—¿No podría haber sido de alguno de tus hermanos? ¿O incluso tu doctorado? —sugerí, confusa.

—No hablaría de tener problemas para mover el dinero, ¿verdad? —desdeñó—. Está escondiendo algo, Elena. Y... Joder...

La voz se apagó.

Alex era mujeriego. Era diferente de su propio padre, a quien yo siempre consideré uno de los hombres más fieles y respetuosos en nuestro entorno, solo por detrás de mi padre. Y él miraba a su padre como un ejemplo a seguir. Alex no entraba en relaciones justamente porque sabía que no estaba listo para ser fiel, para ser un hombre de una sola mujer, "*como lo es mi padre*".

Joder, Alex planeaba entrar en política para *seguir los pasos de su propio padre*. Eso sería un golpe tremendo en su corazón, si fuera verdad.

Tragué saliva.

—Seguro que lo entendiste mal, Alex —dije, con una sonrisa débil y manteniendo la voz estable, encontrándome con los ojos que buscaban los míos—. Charles no es ese tipo de tío. Y, de todas formas, no podría esconderlo durante mucho tiempo, ¿no? Los hijos generan gastos —bromeé.

Pero si el hijo existía y estaba en la universidad, lo había escondido durante al menos dieciocho años...

Rió, aunque no sonó nada verdadero.

—Si esto es verdad, va a destrozar a mi madre, Lena.

Suspiré, sentándome en el reposabrazos de su sillón y besándole la cabeza. No solo iba a destrozar a su madre.

—Lo sé. Pero no es verdad. Seguro que fue un malentendido, medias palabras que oíste mal, ¿vale?

Asintió, apretándome la mano sobre mi pierna.

—Y, si es verdad, tu padre se merece buenos puñetazos —añadí, riendo, mientras hacía un gesto para que fuéramos hacia la puerta, oyendo su risa.

—Yo mismo me voy a asegurar de eso —rió también—. Ahora vámonos ya, porque conociendo a Easton, ya está listo.

Apenas eran las seis y media, pero tenía razón.

—Y no es como si tú quisieras ver quién es ese tal Nathan... —provoqué, riendo, con él empujándome fuera de la habitación y llevándose mis bolsas.

El café se me atragantó aun así. Alex siempre olía las mentiras desde lejos. Creció con un político, al fin y al cabo. Y los políticos mienten mucho más que los empresarios.



18

Ten autoconocimiento ✓

Nathan

No tuve una noche tan honorable. Quería tener el valor de hablar con Trey sobre mi situación, desahogarme porque estaba, sí, preocupado porque me tomaran por gilipollas. Por enamorarme y no ser correspondido. Por verla casarse con un abusador. Pero no tuve el valor de mencionarla. O cualquiera de mis otras preocupaciones.

Joder, yo estaba muy en la mierda.

Bebí de cojones, por cierto. *En plena temporada.*

Hasta el punto de que, a la mañana siguiente, le di al poste con fuerza, pero marqué el gol.

—Es así, chicos —expliqué, girándome sobre el hielo y sonriendo a los críos. *Dejad de mirar a las gradas.*

Pero ella está deslumbrante...

Elena estaba ahí, con Alex, mi puto hermano, que me analizaba. Ella debía haberle dicho quién era yo, teniendo en cuenta lo cercanos que eran los dos.

Me dolía la cabeza.

En algún momento, él había salido y vuelto con el blazer —negro — del conjunto formal naranja de ella, así como con dos vasos de café y algo de comida, lo que me dejaba más tranquilo. Ella también había dejado de frotarse los brazos por el frío, por fin.

El color hacía que ella pareciera aún más deslumbrante de lo que ya era normalmente. La mujer parecía *divina*.

El entrenamiento siguió sin incidencias, pero pronto los chicos tendrían un partido contra otro equipo infantil y estaban inquietos por eso, lo cual era difícil de gestionar. En general, era más fácil lidiar con ellos, pero los días antes de partidos siempre eran más complicados y pesados, incluso para universitarios —o profesionales, por cierto—.

Cuando se fueron, incluido Easton con su hermana, el entrenador llamó al equipo para una charla rápida, despidiendo a todos e indicándome con la cabeza, sonriendo levemente.

—Has sido una grata sorpresa, Nathan. Ha sido una semana interesante de ver, y es fenomenal ver a estos chicos mirándote, buscando un ejemplo de profesionalidad. La mitad quiere ser como tú y la otra mitad está cabreada por no serlo todavía.

Sonreí por eso, asintiendo y sintiendo su mano en mi hombro.

Ahí viene.

—Pero no estropees las cosas, chico. Tu entrenador sigue preocupado y sé que la universidad no está en la mejor situación contigo. Por favor, no arruines tu futuro solo porque quieres pelearte un poco en la pista o, peor, fuera.

Asentí, más incómodo. Enseguida me dejó ir, sin esperar muchas palabras por mi parte, ya que estaba aprendiendo que quedarme callado en esas situaciones era mi mejor opción, y volví al piso que compartía con otros siete jugadores de hockey.

Casi todos jugaban en el equipo que solía salir de titular[15], pero cada uno de los jugadores entrenaba a diario, y cuando entré en nuestra casa, el caos era obvio.

Toby sonreía, feliz de la vida, en medio de la locura, persiguiendo a quienquiera que fuera su nueva víctima. El chucho de color caramelo movía la cola mientras los jugadores de hockey iban de un lado para otro, cargando equipo, tirándose comida unos a otros porque alguien se había despertado tarde y alguno de mis amigos se había olvidado de hacer algo, pero Trey dirigía la orquesta como nadie.

El tío nació para ser capitán de hockey. Para jugar, ya ni hablemos.

—Tengo sitio para cuatro, ¡así que no lleguéis tarde! —me quejé mientras subía las escaleras, sabiendo que teníamos que estar en media hora en la arena de Northride y yo ni siquiera había tomado café hasta entonces, porque lo tomaba cuando volvía del entrenamiento de los chicos.

Dejé mi equipo ya preparado junto a la puerta, fui al baño que compartía con los tíos y aproveché para lavarme la cara otra vez, mirando mi reflejo antes de coger el móvil y ver que tenía una *llamada* perdida de Elena, lo que me hizo sonreír. Había un mensaje justo después:

> ¿Está todo bien? Parecías una mierda, con todo respeto.

Sonreí aún más por eso, secándome la barbilla, que tenía algunas gotas de agua que se habían quedado, y negué con la cabeza, intentando mantenerme en pie porque, de verdad, estaba hecho una mierda.

No dormí bien, pero estoy ok <

> Ok no es estar bien. Tengo una reunión en dos minutos, cuídate. Por favor.

Sonreí de lado, mirando el mensaje.

Negué con la cabeza, cambiándome de ropa porque aquella ya apestaba a sudor; me di una ducha rápida para eso y cogí algunas cosas más que iba a necesitar. El entrenador había advertido que el hielo sería solo el principio del día, porque tendríamos que levantar pesas y nadie iba a salir a comer. La nutricionista del equipo había mandado un correo informando del *menú* del equipo para todo el mundo antes.

Sería uno de esos días.

Iba a tener que salir corriendo a clase y cogí mi mochila a última hora al acordarme de eso, bajando las escaleras y aceptando un batido de alguien de buena gana, bebiéndomelo todo al mismo tiempo que agarraba un sándwich mal hecho de atún de en medio de la mesa de centro del salón, la misma que Toby rodeaba como si

se estuviera planteando si robaba o no uno de los sándwiches para él.

Estaba casi seguro de que vi a Thomas dándole un sándwich a escondidas al perro.

Cuando llegamos y fuimos a la reunión de estrategia y a algunas conversaciones con el entrenador, mi corazón ya no latía tan acelerado, pero no me atreví a sacar el móvil del bolsillo para contestarle.

Ya pasaban de las once cuando fuimos a la pista, donde el final de la mañana y la hora de la comida serían dolorosamente largos. Me dolían un poco los pies en ese momento, porque ya llevaba dos horas en el hielo, pero no era un problema. Me encantaba estar allí, en especial con los patines puestos y en la pista, probando estrategias con el equipo mientras hacíamos un día de goles. Los porteros, tanto Josh como nuestro suplente, estaban preparados para recibir una lluvia de discos. Y eso fue lo que hicimos.

No es que estuvieran contentos con eso, pero Josh estaba absurdamente mejor que la temporada pasada, habiendo tenido en cuenta algunos consejos del entrenador Miller y habiéndose pasado todas sus vacaciones entrenando en su ciudad natal.

—Tío, ¿podemos hablar un momento? —Thomas me tiró del codo, apartando su atención de los discos que pasaban a toda velocidad delante de nosotros, mientras esperábamos nuestro turno de atacar, aunque yo fuera defensa.

Yo también metía goles; nada más justo que entrenarlos.

—Claro, ¿qué pasa? ¿Está todo bien? —pregunté con el ceño fruncido. Trey era el capitán, Brian el vicecapitán. No tenía sentido que me llamaran para hablar, no de aquella manera seria y en la pista.

Yo, probablemente, asumiría el puesto de vicecapitán el año que viene, si el entrenador me consideraba apto para ello y el equipo estaba de acuerdo, pero Brian era nuestro veterano, casi a punto de graduarse; no tenía nada que hacer frente a eso.

—Entonces, solo quería saber si está todo bien o si hay algo en lo que pueda ayudarte, tío. Una amiga de Lily dijo que te vio varias veces en la arena de los Bruins la semana pasada, y también que te

vio en Scadelton, además. No estarás pensando en trasladarte, ¿no? Quiero decir, sé que el entrenador Miller te echó una bronca porque pierdes los papeles muy rápido, pero no...

Solté una risa. ¿Así que era eso?

Negué con la cabeza, viendo que se interrumpía por mi reacción.

—Está todo bien, Thomas. No te preocupes, en serio. Solo tengo que resolver algunas cosas y... —Fruncí el ceño, rascándome la nuca con la mano que no sostenía el palo, sintiendo la aspereza del guante—. Scadelton no tiene nada que me interese, salvo una mujer —dejé claro, viendo aparecer una sonrisa enorme en su cara.

—*Ni de coña,* ¿quién es?

Negué con la cabeza, serio. *Jodidamente en serio, en realidad.*

—No. Ni siquiera se lo he dicho a Trey todavía; no voy a darte explicaciones a un novato.

Resopló, pero se llevó un empujón para espabilar cuando tomé impulso y patiné hasta un disco solitario, lanzándolo directo a la red, para más rabia de Josh.

¿Y qué le diría, al final? ¿Que me estaba acostando con una mujer? Eso no era ninguna novedad en una fraternidad de estrellas del hockey universitario.

Sabía que lo mío con Trey era más que eso; no éramos solo compañeros de equipo durante esos cuatro años, pero no sabría muy bien qué decirle sobre Elena.

Al final, un buen resumen era que me estaba dando largas, pero no era *exactamente* eso. No habíamos hablado de lo que queríamos, aparte de la diversión, el sexo de puta madre y la compañía jodidamente buena. Porque ella y yo sabíamos que su situación era incierta. Y yo no la jodería de esa manera.

Y, al fin y al cabo, ni siquiera sabía lo que quería, solo que la deseaba. Elena Braddock-Fitzroy, con los ojos castaños verdosos, boca carnosa, nariz de rica estirada, cuenta bancaria milmillonaria y el peso de medio mundo a la espalda. Cada vez que pensaba en ella, tenía más certeza de que *era ella.* Lo cual me incomodaba un poco, desde luego, pero esa misma certeza estaba ahí cuando mi corazón se calentaba por ella.

Sonreí para mí mismo cuando recordé su celebración de antes, cuando Easton marcó un gol. Ella empezaba a entender más de hockey, lo que me hinchaba el pecho de orgullo. Esa mujer acabaría siendo mía.

Joder, iba a ponerse una camiseta con mi nombre. Podía visualizarlo igual de claro que veía a esos tíos en la pista en ese momento conmigo.

Un empujón de Trey me llamó la atención, y mi amigo me sujetó antes de que yo chocara contra el cristal. Giró la cabeza, evaluándome.

—Cuando quieras hablar —dijo, y noté que el empujón había sido sin querer ahí. Treyton me estaba dando espacio, lo que me hacía sentir aún más culpa—, estoy aquí, Nate. Sé que hay algo pasando, pero no voy a exigirte que hables.

El hijo de puta era inteligente (en la mayoría de las cosas), pero me sonrió, dándome un golpecito en el casco.

—Ahora muévete, porque estás muy lento para el "mejor defensor de la conferencia[16]" —desdeñó, lo que me hizo reír, echando a patinar detrás de él, que se reía mientras huía de mí, deslizándose por el hielo.

Y yo estaba en una lucha feroz por el título. Andrew Montclair era mi mayor enemigo en ese sentido. Y el hijo de puta era bueno.

Trey y yo chocamos en un encontronazo, los dos yendo contra el cristal separador y casi tirándolo abajo, para la irritación del entrenador, pero empezamos a pelearnos por un disco, lo que le hizo entender que estábamos intentando marcar un gol a nuestra manera.

Cuando Trey marcó, venciéndome por ser un atacante nato, solté una risa, dándole una palmada en la espalda, mirándolo.

—Eres mucho más valiente que yo —declaré, sincero, viendo su mirada curiosa—. Tú puedes admitir la verdad y lidiar con las consecuencias. Yo no.

Él me observaba, como si analizara la situación, y en ese momento yo no me estaba refiriendo a Elena. Cuando tuviera algo

más claro con ella o cuando termináramos lo que fuera aquello, se lo contaría.

Me estaba refiriendo a mi padre, en un reflejo claro de algo que me hacía aún más hijo de él. Yo no tenía valor para contar la verdad sobre aquello, igual que él. Ni siquiera a mi amigo más cercano.

Trey me sonrió, entonces.

—Sí que puedes. Pero claramente estás protegiendo a alguien que no puede. Y está bien, tío. Estoy aquí para ti, el tiempo que necesites para digerir las cosas. Solo... Joder, no me mates de curiosidad, ¿vale? Te conté todo sobre Aurora, joder.

Me reí de eso, empujándolo.

—¿Y no lo sé? Hablando de eso, ¿cómo está ella?

Él me miró de reojo, desconfiado.

—Bien.

—¿Entonces estáis hablando? —provoqué, oyéndolo resoplar.

—Sí, estamos. —Abrió una sonrisa capaz de iluminar aquella arena de noche—. Pero... Ah, ¿sabes qué? No te lo voy a contar.

Me reí más por eso, viendo su sonrisa.

—Sé que es ella —dijo, sincero, con los ojos en los míos—. Es con ella con quien quiero compartir mi vida, Nate. Incluso con las dificultades, incluso con esa puta familia suya. Por Dios, yo destrozaría a Aaron ahora mismo. ¿Y su padre? *Joder*... —gimió, frustrado—. Renunciaría a mi contrato por ella, tío. A un contrato que ni siquiera tengo —refunfuñó.

Solté una risa por eso, asintiendo con la cabeza y mirándolo.

Eso era él diciéndome que Aurora Montclair era más que un capricho. Joder, el tío había adoptado un perro por ella, cuando a duras penas se las apañaba para pagar todas las facturas. ¿Decir que renunciaría a la carrera? *Joder*. Era otro nivel.

—¿Y cómo lo sabes? —pregunté.

Suspiró.

—¿Cómo he llegado a esa conclusión? ¿Además de todo el proceso de mentir, engañarla, etc.? —Se encogió de hombros.

—Te lo advertí... —canturreé, malicioso.

—Vete a tomar por culo... —replicó en el mismo tono—. Para mí, son los ojos. La mirada de confianza. El hecho de que ella sabe que

estamos juntos en esto. El hecho de que ella confía en mí, cuando lo más difícil del mundo para ella es confiar.

Asentí, tragando saliva.

—Tío...

Se encogió de hombros.

—Estoy haciendo de todo para reconquistarla, y sé que estoy casi ahí. Creo que ya lo conseguí, pero siento que tengo que hacer *más*, porque ella se lo merece. Voy a seguir haciendo eso el resto de mi vida, y no me importa. No cuando lo hago por ella.

Así que eso era enamorarse. Mover montañas para tener a alguien a tu lado, compartiendo su vida contigo. Con confianza. Respeto. Sinceridad.

Y claramente amor, porque eso era lo que había en el tono de voz de Trey.

Qué mierda. Había alguien bastante interesante rondándome la cabeza, y no me gustaba el rumbo de las cosas. Y aun así me *gustaba* el rumbo que estaban tomando.

El autoconocimiento, a veces, es una mierda.



19

Nunca evites la verdad ✓

Elena

La grabación de mi propia voz leyendo el resumen de la materia para el examen que tendría a última hora de la tarde se detuvo y el móvil empezó a vibrar en el soporte de la cinta; el tono predeterminado resonó en mis auriculares.

Cogí el aparato y miré el nombre en la pantalla. *BARLOW, Nathan.*

Acepté la llamada, manteniendo el ritmo en la cinta.

—¿Qué tal, *bravita*? —parecía sorprendido de que yo hubiera contestado.

—Buenas tardes, Nathan —sonreí al hablar; mi voz salió más grave de lo normal.

—¿Tú también estás entrenando? —rió, y solo entonces me di cuenta de que había sonidos de fondo en su llamada que, al principio, creí que eran por estar yo en el gimnasio de la empresa. Eran voces masculinas y pesas cayendo al suelo con fuerza.

—Sí —confirmé, tomando aire—. ¿Qué pasa?

—Solo quería oír tu voz —declaró.

Un coro altísimo de provocaciones surgió del otro lado, lo que me hizo reír.

—Estás entrenando con tu equipo.

—Sí, por desgracia sí —confirmó, con un tono de disgusto evidente*—. Esos hijos de puta no han visto a una mujer en su vida y necesitan meterse conmigo por la mía.*

Casi me caí de cara contra la cinta, agarrándome con firmeza al soporte.

Por la mía.

—Nathan...

—Ni se te ocurra decir que es mentira —advirtió.

—Sabes que no es exactamente así —volví a correr mientras hablaba, pero bajé la velocidad, prevenida ante más sorpresas—. Y no... No hemos tenido ninguna conversación en ese sentido.

Tartamudeé. ¡Joder, ¿yo tartamudeé?! *Elena Braddock-Fitzroy...*

—Ellos no saben con quién estoy hablando. Y no te estoy pidiendo una definición clara ni que asumas nada en público. Ni quiero eso ahora mismo.

Solté el aire, más tranquila, y pude sentir su sonrisa cuando continuó:

—Pero nosotros sabemos la verdad, bravita.

—Entonces dime, Nathan, ¿qué vas a hacer el 14 de noviembre? —pregunté.

Aún faltaban poco más de tres semanas, pero no podía perder la oportunidad.

Si él iba a hacer que casi me diera de cara contra la puta cinta delante de empleados de la empresa, yo haría lo mismo a cambio. Se merecía probar el gustillo de la sorpresa.

—No lo sé. Puede que tenga partido. ¿Qué día de la semana cae? ¿Y por qué?

Sonreí por eso.

—Voy a dar una conferencia ese día. Es jueves. Pensé que a *mi hombre* le gustaría asistir.

—Joder, no me llames así —refunfuñó, medio amortiguado—. *Se me va a poner la polla dura delante de mis amigos.*

Casi me atraganté con una carcajada, satisfecha. *Quien la hace la paga.*

—Genial. Ese era el objetivo —no exactamente la polla dura, sino la sorpresa—. Pero estaría bien que estuvieras allí. Estoy sustituyendo a mi padre en todos los eventos más técnicos y esta va a ser la primera gran conferencia que voy a dar. Es en Harvard.

—Joder, buenorra, inteligente, brillante... ¿Qué más?

—¿Buena en la cama? —sugerí.

—No solo en la cama —refunfuñó—. *Joder, tengo que ir; se desperdigó el material. Pero...*

Quedó en el aire y sonreí para mí misma, aumentando de nuevo la velocidad de la cinta.

Yo también te echo de menos.

—Lo sé —confirmé.

Era una conversación tonta. Podía esperar. No la necesitábamos; ni siquiera estábamos obligados a parar nuestro día por ella.

Pero ahí estábamos. Y eso decía mucho.

Mi mujer, mi hombre... Aquello era un juego peligrosísimo. Y los dos nos estábamos lanzando de cabeza, intentando ganar una partida que quizá nunca fuera nuestra.

—Joder, tengo que ir —y colgó, haciéndome sonreír. Sin "hasta luego", sin "chao, un beso", sin "cuídate, te veo luego".

Y fue tan... *bueno*. Daba por hecho que hablaríamos más después. Que nos veríamos más veces. Que estaríamos juntos pronto, muy pronto.

Pero no sería el caso.

Aunque dos de mis cuatro guardias de seguridad fueran aliados en ese momento —Dennis y Boz—, solo Dennis estaba en el turno fijo, lo que significaba que solo podría ver a Nathan en ese tercio del tiempo; y, teniendo en cuenta que yo trabajaba, iba de un lado para otro con mi hermano y era una universitaria *realmente* atareada, no quedaba mucho tiempo en la agenda. Sin contar las visitas que yo hacía, acompañando a mi padre de vez en cuando al hospital, por preocupación.

Y estaban mi abuela y Hunter. Ella no había desistido, ni Hunter cedería. Había runrún en los medios sobre una boda que implicaba a alguien importante dentro de Fitzroy.

Los rumores apuntaban a mí, en meras sospechas, pero se preguntaban quién sería el "afortunado".

Boz y yo habíamos hablado el día anterior, poco antes de que yo fuera a la tutoría. Él estaba de mi lado, por innumerables motivos. Y tenía incluso una prima que le gustaría recomendar —para sustituir a Giulia o a Liam—, pero ella no conseguía completar el curso que

exigía la empresa que contratábamos porque tenía un niño pequeño que cuidar y el marido también necesitaba trabajar. Y Boz era una recomendación de Dennis, que era una de las personas en las que más confiaba en ese momento.

Aun así, no era suficiente.

Aquella noche, cuando llegué a casa, mi padre ya estaba en su habitación, y sonreí, apoyada en la puerta, mirándolo acomodarse entre dos almohadas, con la ayuda de mi madre. Él señaló, risueño, la pantalla de la televisión delante de él.

—¿Has oído hablar de esta serie, querida? Voy por la tercera temporada —dijo, animado.

Mi madre puso los ojos en blanco.

—¿Desde cuándo ves series? —me acerqué, sentándome al otro lado de la cama y mirándolo, con él encogiéndose de hombros, indiferente.

Su piel estaba cada vez más grisácea. El pelo parecía quebradizo. Su cuerpo luchaba, pero ya no era suficiente. Las ojeras profundas lo decían todo. Él nunca tuvo ojeras, ni siquiera con el ritmo absurdo que Fitzroy exigía.

—El médico dijo que sería bueno usar mi tiempo libre para algo más que leer libros teóricos, preocuparme por mis hijos, mi esposa y, principalmente, por la empresa. Confío en ti para gestionar las cosas, pero sabes que siempre me preocupo y...

Tosió.

Vi claramente a mi madre contener la respiración, pero él consiguió recomponerse rápido. Sin sangre, al menos.

—Tu abuela no facilita las cosas, y no me escucha —declaró, acortando el tema que claramente quería alargar—. Dicho eso, estoy siguiendo su consejo y viendo esta serie. *Outlander*: ¡muy buena! Me encanta cómo la historia se mezcla con la ficción.

No era ningún secreto para mí o para mi madre que, si pudiera seguir cualquier profesión, quizá habría sido historiador, no ingeniero con varios posgrados en gestión.

—¿Sí? ¿Y de qué va? —yo estaba casi segura de que Rika ya había comentado la serie en algún momento de nuestras vidas, pero

a ella le gustaban esas cosas; yo no tenía mucho tiempo para ver la televisión.

En realidad, el único momento en que había encendido la televisión para ver algo había sido para ver partidos de hockey *universitario*. No tenía por qué mentir; no a mí misma.

—Bueno, ella viaja en el tiempo —explicó él—. La protagonista, Claire. Me recuerda a tu madre, ¿sabes? Y tiene dos maridos. Mira, cuando ella acepta que está bien dejar atrás al primer marido y que puede quedarse en el pasado, es muy bueno.

Mi madre resopló.

—Solo hablas de esa parte. ¿Te has olvidado de todo lo terrible que ella pasó en la Escocia del pasado solo porque decidió olvidarse del primer marido?

—Cariño...

—Sé lo que estás haciendo, Henry.

Puse una mueca, captando hacia dónde iba a llevar aquella conversación y levantándome de la cama. Ya había presenciado otras discusiones y una cosa era un hecho: las mujeres Braddock siempre ganan.

—No voy a dejarte atrás. Juré que tú serías mi único amor y *lo serás* —afirmó ella.

—Amor, sabes que no hay problema si...

—¿Ves? —mi madre lo señaló al mirarme—. La cuestión no es la serie.

Él suspiró, pero me miró como si esperara apoyo. Negué con la cabeza, seria.

—Mamá tiene razón, papá. Estás aquí. Nadie va a seguir adelante porque no hay nada que dejar atrás; estáis casados y sois felices, punto final.

—El pronóstico no es bueno.

—Los milagros ocurren. Mientras hay vida, hay esperanza —recitó mi madre como si leyera la Biblia, lanzándole una mirada fría—. Ni se te *ocurra* sugerir que debo seguir adelante, y menos aún con otro, Henry Fitzroy.

Él asintió como un perro, aceptándolo y rindiéndose, dedicándome una sonrisa amarilla.

—Pero la serie es muy buena de verdad; la recomiendo —dijo, tranquilo.

Mi madre sonreía en ese punto, asintiendo.

—Desde luego. Un episodio más y tienes que tomarte la medicación, ¿qué te parece?

—Me parece perfecto —y la tiró encima de él, arrancándole una risa a mi madre, que con cuidado se colocó de lado en la cama, saliendo de encima de las piernas cubiertas de mi padre, la cara iluminándose para él.

Sonreí por eso, queriendo poder congelar el tiempo en ese momento. Mi madre también parecía querer tener ese superpoder.

Quería que mi padre viviera para siempre. Que ella también viviera para siempre.

Los ojos claros de él contrastaban con los castaños de ella. La piel clara contra la oscura se entrelazaba en las manos, los dedos en una mezcla bonita, la alianza dorada con una gota de diamante, junto con el anillo acompañante, apretándole los dedos a mi padre. Sus uñas bien hechas; las de él, quebradizas...

Me aclaré la garganta, intentando que no se me llenaran los ojos de lágrimas al mirarlos.

—Bueno, me voy a mi habitación.

—Hay comida en la cocina —advirtió mi madre—. No te olvides —pidió, más dulce, con los ojos en los míos.

—Lo intentaré. —sonreí al lanzar un beso al aire para cada uno de ellos, cerrando la puerta y siguiendo por el pasillo, soltando el aire con fuerza, sintiéndolo vacilar al salir de mis pulmones.

Cada momento con mi padre podía ser el *último*, pero me aterrorizaba cuándo llegaría "el" último. Ese último instante en que dejaría de hablar. En que ya no reaccionaría a la medicación. En que ya no respondería a ningún estímulo. Y entonces los órganos empezarían a rendirse, y no importaba cuánto él quisiera quedarse: el corazón no iba a aguantar.

Así es como iba a ser. El médico me lo había contado.

Lloré sola en la cocina aquella noche, precisamente por eso. Porque iba a perder a mi padre. No al jefe de una empresa, no al hombre que me protegía de la arpía que era mi abuela. No al tipo

que yo había visto innumerables veces delante de una tarima en conferencias o incluso apoyando al amigo en campañas políticas.

No, solo al hombre que corría conmigo a hombros fingiendo que yo podía volar, hasta que se veía obligado a soltarme porque yo casi vomitaba de tantas vueltas. El hombre que me trenzaba el pelo cuando yo era pequeña, antes de alisármelo químicamente. El hombre que me dijo que no importaba lo que dijeran de mí, de mi capacidad o, peor, de mi color de piel: yo era hija suya y, por ser hija suya, yo podía hacer lo que quisiera con cualquiera de esos "niñatos ricos mimados que se creen sentados en un trono de oro".

"Pero el trono de oro es *tuyo* para gobernar".

Mi padre. Él era mucho más que todas aquellas fotos elegantes en revistas, pompa en eventos e inteligencia en conferencias. Él era el "papá". *Mi padre*. Y nuestro tiempo juntos se estaba acabando.

Me limpié la cara después de una cucharada de la cazuela, sin conseguir tragar nada más y dejándolo todo a un lado, subiendo las escaleras y yendo a estudiar; necesitaba prepararme para un seminario, revisar la parte que ya había escrito de él y todavía estudiar para un examen de otra asignatura, Retórica Empresarial[17]. Aún tenía que responder algunos correos más y organizar los puntos de la reunión que Tici había mandado horas antes, a los que todavía no había podido llegar en mi bandeja de entrada.

Así que me encogí de hombros e hice lo que tenía que hacer. Y, en esa ecuación, por desgracia, Nathan no tenía mucho espacio, aunque nuestra última conversación hubiera dejado claro que nos *gustaría* que él tuviera más espacio pronto.



20

No olvides la sudadera (otra vez) X

Elena

Por desgracia, los días siguientes fueron absurdamente caóticos. Ni siquiera conseguí ir al entrenamiento de Easton con él el viernes, por culpa de más problemas en la empresa. Por no hablar de la cantidad absurda de reuniones que tenía que sacar adelante entre mis clases, exámenes, seminarios, alumnos de la tutoría y Aurora, la novata a la que ayudaba.

Nathan se preocupó por mi ausencia, pero le pareció bien que mi madre hubiera ido a cubrirme y que Easton no se quedara solo, lo que significa que la conoció. En cambio, mi padre tuvo un colapso ese mismo día, lo que la hizo sentirse culpable todo el fin de semana, por no estar en ese momento con él, sino una enfermera.

No era culpa suya, pero mi padre era un tercio de su mundo. No conseguía ponerme en su lugar y no me correspondía juzgar cómo se estaba sintiendo por aquella situación. Intenté explicarle que nadie la culpaba, en concreto mi padre, pero no pareció suficiente.

Lo que yo sabía era que ella había llamado a mi abuela una noche y había llorado durante toda la llamada. Oí su voz desde la ventana de mi habitación; estaba en la terraza de la mansión, intentando pasar desapercibida ante la familia.

—No sé qué voy a hacer sin él, mamá.

Somos dos, *mamá*. Mi padre era la base de todo. Mi madre podía ser el tejado, las paredes, podía protegernos como la leona que era,

pero él era quien nos mantenía en pie.

Rika y yo salimos a cenar el sábado por la noche; era día de partido de Northride, y admito que sugerí volver pronto a casa porque quería ver el partido. Me había suscrito al canal de deportes que emitía las competiciones de hockey universitario, no voy a mentir.

Ella parecía animada por verme centrarme en algo que no fuera el trabajo o la universidad, pero mis amigos, tanto ella como Alex, *sabían* lo que venía por delante. Y eso me revolvía el estómago. Era como tener una bomba de relojería en el regazo, pero sin saber cuál era su cuenta atrás.

Podríamos durar meses, pero yo nunca me atrevería a decir años.

Y eso dolía solo de pensarlo.

La peor parte es que esa semana lo demostró. Nathan estaba estresado. Perdieron el partido. Salió a beber con algunos amigos y volvió claramente alterado, porque me llamó toda la madrugada del domingo, pero yo estaba volando; había dejado a Rika en casa y me había ido al aeropuerto por un evento en Seattle al que Turmann y yo fuimos para representar a Fitzroy.

> T exo d menos d cojones
> Keria t conmigo
> Dennis sta cmo ttu?
> Perdimso
> Putos d bostno
> Qro vte

Y solo empeoró, hasta que se volvió insostenible intentar traducir lo que quería decir.

Cuando respondí, lo vio solo horas después.

Estoy viajando por trabajo. <
¿Cómo va la resaca? <
Yo también te echo de menos. <

Y no respondió.

Solo volví el martes y llamé a Nate antes del entrenamiento, pero ya debía de estar en la arena preparando todo para los niños, porque no vio ningún mensaje ni me atendió.

Escribí un mensaje mientras acompañaba a Easton hacia dentro de la arena, y él enseguida desapareció porque encontró a un amigo y se fueron juntos a cambiarse.

Me estaban matando los pies por llevar días seguidos usando tacones de aguja. Esos hijos de puta hacían daño; daba igual la marca, aunque fueran preciosos.

Estoy hasta arriba de cosas hoy y necesito resolver algunas cuestiones. <

Pero necesito saber cómo estás. <

Porque, claramente, en esa semana que pasó había algo frío entre nosotros. Los mensajes disminuyeron. No tuvimos llamadas, sobre todo después de su partido perdido.

Podía ser solo porque era semana de exámenes para él (y para mí) y el tío era un atleta de alto rendimiento, pero se notaba ese *frío* en el calor habitual.

Era Boz quien estaba conmigo aquella mañana. Después de nuestra conversación de la semana anterior, estaba sopesando sustituir a Giulia por él. Él era mucho más fiable, y aunque a Giulia no le hizo ninguna gracia con la conversación que tuvimos, entendió mis motivos, aunque yo no hubiera dicho nada.

Ella era consciente de que yo no confiaba en ella. Y yo sabía que mi abuela también le pagaba para pasarle información.

Boz no se dejaría comprar tan fácilmente. No solo porque yo leía bien a las personas, sino porque nuestra conversación fue bastante esclarecedora. Venía de la misma zona que mi madre, conocía a mi familia materna. Y "ninguna zorra blanca va a comprarme" fue un mensaje muy claro; obviamente Dennis ya le había dado un *briefing*. Y me pareció bastante sincero por su parte llamar a la abuela de la jefa "zorra" a la cara.

No iba a hacerme la pelota solo porque yo fuera quien era, y eso era una cualidad enorme para mí.

Y él iba y venía por la arena; tenía una forma de actuar parecida a la de Dennis, al contrario que Giulia, que se quedaba como una sombra al fondo, o Liam, que se quedaba al lado de la puerta como si planeara hacerle un mataleón al primer sospechoso que apareciera. Eso me... calmaba. El hecho de que fingiera pasear, mirar alrededor, de vez en cuando sentarse cerca o simplemente entablar conversación como si fuera un aficionado viendo un entrenamiento.

Me asusté cuando Nathan salió de la pista y vino hacia mí, como en cámara lenta, mientras caminaba con cuidado por el suelo que parecía algo resbaladizo para aquellas cuchillas —¿*podía* andar con esas cuchillas sobre ese hormigón?— quitándose su propia sudadera y tendiéndomela. Bueno, se quedó con la mano extendida delante de mí, mientras yo miraba el objeto con los ojos muy abiertos.

Creo que se me cayó la mandíbula.

Se rió de mi reacción, bajando la cara hacia mí y mirándome a la misma altura. Yo estaba en la segunda fila de la grada, al lado de Boz (que se había sentado poco antes a mi lado, después de una ronda tranquila) y de dos vasos de café, y su sonrisa creció.

—Deja de olvidarte de la sudadera y no tendré que hacer esto —me provocó, lanzándome la sudadera por encima, ya que tenía que volver a la pista.

—¿No vas a pasar frí...? —La pregunta murió en cuanto él ya volvía a la pista, solo con una camiseta negra de manga larga, patinando lejos sin mirar atrás.

Easton tenía una sonrisa pícara en los labios mientras patinaba sin mirar al hielo, como si dijera: "¡AJÁ!".

Mi hermano iba a darme por saco el resto del día.

Me puse la sudadera, inmediatamente satisfecha por el calor que emanó de ella, pero aún más por el olor a loción de afeitar. Nathan no parecía ponerse perfume, lo que lo hacía aún más... Nathan.

Me arrebujé en la sudadera, que tenía el doble de mi talla y el logo de la empresa de entrenamiento con la que Nathan trabajaba como voluntario en ese momento.

Parecía que era él quien me estaba abrazando, no la sudadera. Y, joder, también me calentó el corazón.

—Parece un buen chico —analizó Boz a mi lado, observando a Nathan—. Dispuesto a correr riesgos por ti —añadió.

Negué con la cabeza.

—Él no necesita hacer eso. Y yo no estoy dispuesta a correr esos riesgos.

Boz asintió con un suspiro.

—Y vosotros pegáis —añadió, bromista—. Solo lo comento.

Sonreí por eso, observando a Nathan.

A él le iría fatal como marido de alguien como yo. Y eso solo lo hacía aún más perfecto.

Tosí, atragantada con mi propio aire, sorprendida por lo que cortó mis pensamientos. Boz me dio una palmada fuerte en la espalda, creyendo que me estaba encontrando mal, pero negué con la cabeza, restándole importancia al gesto y bebiendo la mitad del café, que me quemó la garganta.

Claro que pegamos, joder, no hay manera de que no *peguemos. Es, literalmente, el tío de mis sueños, aunque yo nunca haya soñado con eso.*

Nathan me lanzó una mirada rápida y todo aquel calor volvió a emanar entre nosotros. Una mísera mirada y parecía que aquella semana extraña había sido solo un delirio raro.

Gracias a Dios.

Ya estaba en el coche, poco más de una hora después, cuando llegó su respuesta:

> Yo también lo necesito.

> Pensé que había pasado algo, parecías distante estos últimos días.

Suspiré, notando que él debía haberse quedado con la misma impresión y por eso no nos comunicamos bien el uno con el otro. Íbamos a tener que hablar.

Tenemos que trabajar la comunicación en esto. <

> O también puedes aparecer por mi casa para comer tarta conmigo

> Hoy cumplo veintiuno

—¿Y TÚ SOLO ME CUENTAS ESO HOY, JODER? —grité a la pantalla del móvil, asustando a todo el mundo en el coche, incluida yo misma, poniéndome la mano en el corazón.

Abrí y cerré la boca al mirar a Easton, que me miraba como si su hermana mayor se hubiera vuelto loca.

Nathan me había hecho perder la compostura. Era la primera vez, porque sabía mantener la expresión neutra en las peores crisis.

Nada de neutralidad en tu grito al móvil, bravita.

Boz frunció el ceño y levantó una ceja, pero decidió ignorarlo al ver mi mirada avergonzada.

—Mamá dijo que decir palabrotas no es bonito —comentó Easton, comiéndose su sándwich mientras ya íbamos de camino a su colegio.

Lo miré con desdén.

—Entonces voy a empezar a grabar tus entrenamientos y mandárselos a ella.

El crío era una fábrica de palabrotas en la pista.

—Y yo voy a contar que estás saliendo con mi entrenador —amenazó a su vez, sacándome la lengua.

Resoplé, cruzándome de brazos y mirándolo, viéndolo repetir el mismo gesto.

—No estoy saliendo con tu entrenador.

—¿De quién es la sudadera? —preguntó con la misma ironía que, por desgracia, había aprendido de mí.

Yo aún llevaba la sudadera, es verdad. No me la quité. Era mía ahora. Si Nathan no podía serlo, al menos la sudadera lo sería.

Resoplé, mirando por la ventana. No iba a explicarle nada sexual a mi hermanito; esa conversación era cosa de mis padres. Y... joder, no iba de ser sexual. Porque no era solo eso.

¿Y pensaste que era buena idea contármelo solo hoy? <

> Consideré no contarlo
> Pero imaginé que te dejaría aún más cabreada

> No suelo celebrar mi cumpleaños, pero mi padre siempre se empeña en mandarme una tarta
> Y es la mejor tarta de la faz de la Tierra, por cierto

Fruncí el ceño por eso, notando que él nunca había mencionado a su padre, pero era una conversación para después. Entonces hice un puchero, pensativa.

¿Y no vas a salir con tus amigos? <

> Sí, voy. Pero si dices que vienes aquí, vuelvo antes.

Sonreí de lado.
Joder, yo estaba muy jodida.
Y me estaba encantando.



21

Celebra el cumpleaños de tu no novio con él ✓

Elena

—Que tú cumplieras años el 23 de octubre no entraba en mis planes —bromeé al pasar por la puerta trasera de la cocina, viéndolo sonreírme, apoyado en la encimera como si ya supiera que estaba allí.

Porque le avisé de que estaba llegando, claro.

—Y yo tener a una buenorra en mis brazos en mi cumpleaños tampoco entraba en los míos —provocó, tirando de mí y pegando nuestros cuerpos, apretándome contra él con ganas, como quien intentaba traducir cada centésima parte de lo que sentía a través del apretón del abrazo, que le devolví.

El beso me derritió, sin embargo. Se adueñó de mi boca de golpe, casi curvándome el cuerpo hacia atrás mientras marcaba el ritmo, bajando las manos hasta por debajo de mi cintura, en la parte alta del culo y acariciándome allí.

—Soy fan número uno de las conversaciones, pero en mi dormitorio —susurró entre el beso—. Los tíos deben empezar a llegar dentro de poco.

Asentí, acariciándole los labios con los míos, y entonces lo sentí moverse y coger algo, enseñándome una botella de whisky.

—No iba a gastarme la pasta que cuesta la que bebes siempre, pero me pareció una buena celebración del hecho de que ahora ya puedo beber legalmente —bromeó, haciéndome sonreír.

—Este está genial, cumpleañero —asentí, viendo crecer su sonrisa —. Felicidades, Nate —susurré, pasándole las manos por el cuello y acariciándolo allí—. Y feliz cumpleaños.

Sonrió cada vez más, encogiéndose de hombros.

—Creo que puedo empezar a disfrutar de la fecha si repetimos algo así el año que viene —instigó—. Y no voy a aceptar que tú predigas que el año que viene no será posible. No hoy. Hoy voy a desear todo lo que *quiero*.

Intenté quitarme la sonrisa de la cara, pero no pude.

Si me mintiera a mí misma, no sería yo. Y me encantó saber que él había pensado en algo *más*. Que su cabeza también se había ido lejos. Que consideró cómo sería algo más... serio. Aunque nunca hubiéramos hablado de ello. Aunque él supiera que yo no podía.

Poder y querer son verbos distintos y, joder, cómo *quería* yo.

—Eres terrible —alegué.

—Y a ti te gusta. —Se encogió de hombros, haciéndome soltar un gritito al instante siguiente, porque me cogió en brazos y fue hacia el salón, caminando como si yo no pesara nada.

Entonces se detuvo, suspirando y respirando en mi cuello, negando con la cabeza contra mi piel y dándome un beso allí antes de soltarme.

—Me dejé la tarta en la nevera —refunfuñó a regañadientes, apartándose y arrancándome una risa al darme la botella. Era de una marca que yo no conocía, pero parecía buena.

Volví la mirada al salón, ya que no había tenido mucho tiempo para analizar el ambiente, y me topé con algo nuevo y más allá de lo esperado en una sala de estar.

Nate volvió trayendo una tarta de chocolate en una bandeja elegante, protegida por un plástico transparente, igual que los cubiertos y dos platos, que cogí para ayudarle a llevarlos.

—¿Eso es un perro? —susurré hacia el animal color caramelo que dormía en el sofá, oyendo la risita de Nathan.

—Sí. —Señaló una camita, cuencos y un saco enorme de pienso al lado del mueble de la tele.

—¿Qué…? —volví la mirada hacia él; la pregunta parecía, obviamente, estampada en mi rostro.

—No preguntes —declaró mientras se reía por lo bajo—. Aurora rescató a Toby y Trey pensó que era buena idea adoptarlo después de que el perro se recuperara.

—¿Mi novata? —pregunté—. ¿Aurora Montclair? —especifiqué.

—Esa misma. Pero tú no sabes nada —susurró, notando que había hablado de más—. Están escondiendo lo que tienen por culpa de los hermanos de ella.

—Por mí, perfecto. Me crucé con Aaron. Gilipollas de cojones —declaré, para la sorpresa de Nathan, y me encogí de hombros—. No vale la pena. Qué bien que ella esté intentando vivir incluso con ellos encima. Andrew tiene un lío con una amiga mía —añadí.

Me había cruzado con Aurora y Aaron mientras transcribía una reunión unos días antes, en la sala de convivencia del edificio de Administración. Él había montado una escenita innecesaria en la entrada del edificio. Aaron era un gilipollas de primera.

—¿Entonces solo tú no te acostabas con jugadores de hockey? —provocó Nate, juguetón, y me besó la frente con una sonrisa en la cara.

Se me curvaron los labios hacia arriba por eso, manteniéndose así cuando le miré a los ojos.

—Yo no me acuesto con jugadores de hockey. Yo me acuesto contigo —remarqué.

Se encogió de hombros, pero era la imagen de la satisfacción.

—¿Y Trey decidió que estaba bien meter a un perro en la fraternidad con otros siete tíos? —bromeé, señalando con la cabeza a Toby, pero, sinceramente, era un gesto precioso.

—Nos lo preguntó. Lo de Toby y tal. Nos vamos turnando para sacarlo a pasear. Y los gastos los paga Trey, ya que el perro es suyo. Yo creo que lo paga Aurora, porque Trey está pelado de cojones, pero no me lo admitió.

Asentí, aún sonriendo incluso cuando entramos en el dormitorio de Nathan.

Aurora parecía una chica estupenda. Se merecía ser feliz, por lo que yo conocía de ella y había visto de su familia —sin contar la fama de los hermanos en el campus—. Y Toby era monísimo.

—Mis hermanos me mandaron un vale de treinta dólares que juntaron para que yo comprara algo hoy —comentó mientras colocaba la tarta en el escritorio, empujando unos cuadernos a un lado—. Audrey mandó un vídeo todo tembloroso. —Le brillaban los ojos de alegría al volver la cara hacia mí.

—Ella parece adorable.

—Lo es —confirmó—. Ojalá las cosas fueran diferentes. Quiero mucho poder cambiar su condición de vida cuando entre en la NHL.

—Lo vas a conseguir —confirmé—. Y un partido malo no significa nada cuando ya te han drafteado, ¿no?

Tenía una sonrisa juguetona en los labios cuando se acercó, pasándome las manos por la cintura.

—¿Has estado estudiando hockey, Braddock?

Puse los ojos en blanco.

—Un poco. —Hice un puchero, girando la cara hacia la esquina del cuarto solo por drama, oyendo su risita—. Y también necesito saberlo para cuando le toque a Easton —añadí, porque era verdad.

—Tiene futuro de cojones —comentó, tranquilo.

—Creo que sí. —Le pasé los dedos por la barba rala, acariciando la piel que insistía en pinchar, pero que, de algún modo, me reconfortaba.

—Yo... —Tragó con dificultad al hablar, llamándome la atención—. Mi situación con la liga es mala, Elena.

Fruncí el ceño, desconfiada. Yo sabía por encima que las cosas estaban complicadas, pero no había presionado para saber más. Cuando fuera el momento, él me lo contaría.

—Cuando nos seleccionan en el draft, no significa necesariamente que nos vayan a llamar, ¿sabes? Pueden llamarnos, cedernos a otro equipo o no mover ficha y dejarnos en la universidad, por ejemplo. Puedo ser seleccionado por un equipo grande, pero acabar jugando en la AHL[18] para mejorar mis habilidades. La AHL es otra liga —explicó por encima, ya que las siglas eran nuevas.

—Vale... —asentí, mirándolo con curiosidad, sintiendo sus manos acariciarme la cintura sin que él se diera cuenta del gesto, concentrado en lo que decía.

—Me draftearon, pero prefirieron que no me llamaran de inmediato, por eso estoy en la universidad. Solo los grandes prodigios van directos a la liga, lo que no es mi caso ni el de los tíos que tú conoces en la pista. Incluso tíos como Trey, que son genios en el hielo, no siempre son llamados. Son excepciones los que acaban yendo a jugar con diecisiete o dieciocho años. La mayoría de nosotros acaba yendo después de la facultad.

Claro que había más, porque siguió:

—Tengo problemas para controlar mi ira —explicó más bajo, casi en un susurro tímido—. Llevo tiempo trabajando en eso, pero ha sido difícil. Soy muy reactivo cuando pierdo los papeles, sobre todo con cosas que me importan. Hockey, mis amigos... —Posó los ojos en mí—. Mi mujer... —añadió, y una de sus manos se detuvo en mi mejilla, acariciándome allí.

Tragué saliva, pero aún tenía más que decir, y dejé que soltara todo:

—Entreno boxeo en un intento de controlar la ira, igual que corro de cojones, sobre todo cuando estoy mal. El día que me encontré contigo antes del karaoke, que dormimos juntos, fue uno de esos días. —Asentí; me acordaba de lo destrozado que estaba después de correr tanto—. Pero nada de eso es una prueba para la liga de que yo pueda ser un profesional de verdad. Necesitan garantías de que puedo ser un defensor controlado, al menos lo suficiente para un jugador de hockey.

—Por eso estás entrenando al equipo de mi hermano —até cabos con la poca información que ya tenía—. Parecías aterrorizado con los niños el día que nos conocimos.

—Fue mi primer día —alegó, pero sonrió, asintiendo—. Y sí. Soy pésimo con los niños, sobre todo en plural. Pero no fue lo único. La universidad está analizando mi rendimiento y puede que me recorten la beca como una especie de aviso por mala conducta. Puede que recorten solo un semestre o... No sé. Están analizando mi

situación, pero el entrenador Miller ha conseguido mantener a los tíos a raya y evitarme algunos problemas.

—Qué mierda... —murmuré—. ¿Pueden hacer eso sin quejas de otros alumnos?

—Ah, hay quejas de otros alumnos. —Sonrió con orgullo al decirlo, lo que me hizo bufar, dándole un puñetazo flojo en el pecho —. ¿Pero qué, joder? Es obvio que me he pegado con algunos hijos de puta, incluso con algunos tíos de tu universidad —alegó, divirtiéndose con mi cara—. Claro que iban a quejarse formalmente, y más conociendo a la gente con la que me gusta pelearme.

—Vale... ¿Y en qué posición te deja eso?

—En que tengo mucha presión —explicó—. Esa es la verdad. Y por eso estaba desquiciándome esa semana. El partido fue pésimo. Nos peleamos en la pista...

—Lo sé —confirmé, sabiendo perfectamente que el corte cerca de su ceja lo había causado el puño de un jugador del equipo rival.

No necesitábamos hablar de cómo casi se me paró el corazón cuando vi el puño mandando su casco lejos. Nate, desde luego, no tenía por qué saber eso.

Él frunció el ceño, pero yo solo me encogí de hombros.

—Tengo mis medios —provoqué.

Soltó algo que sonó como un gruñido, pero asintió, desconfiado.

—Y a todo eso, además de que estaba preocupado por ti y echándote de menos, obviamente, me llevó al límite. Sin contar que descubrí que James, mi hermano, el mayor después de mí... —explicó—. Va a ser padre.

Y, con eso, se le dibujó una sonrisa de oreja a oreja.

Fruncí el ceño, sorprendida.

—¿Eso... es bueno? —pregunté.

Negó con la cabeza.

—Nada bueno. Está haciendo chapuzas aquí y allá, dejó embarazada a la novia del instituto; están juntos desde tercero de instituto, van a hacer tres años.

—Entonces él tiene... ¿diecinueve? —pregunté mientras hacía cuentas, preocupada.

Asintió, tragando saliva.

—Suma todo eso y tienes los motivos por los que bebí de cojones pospartido, además de haber sido estúpido por no hablar tanto contigo. Completamente reactivo y, al mismo tiempo, con miedo a ser reactivo contigo.

Sonreí por eso, tranquila.

—No creo que yo tenga que preocuparme por mi seguridad contigo. Sé que no me harías daño.

Asintió, como si lo supiera y, a la vez, solo se diera cuenta de eso en ese momento.

—Nunca te haría daño, de verdad. Ni físicamente ni emocionalmente. No está en los planes.

—Entonces está resuelto. Cuando lo necesites, habla conmigo. Y sé que es culpa mía que eso no siempre sea posible —añadí, incómoda e intentando apartarme, pero él me atrajo más cerca—. Pero lo estoy intentando.

—Sé cuál es tu situación, Elena. No puedo exigirte nada más porque sería injusto. Tú fuiste sincera sobre no haber tenido tiempo para salir en años, y aun así te tengo para mí. Ya salgo ganando.

Suspiré, frustrada con eso, pero negó al ver mi mirada, otra vez pareciendo intentar transmitir confianza con esos ojos verdes con un fondo de castaño curioso.

—Pero hay una cosa que quiero preguntarte —dijo más bajo—. Joder, la respuesta me va a doler de cojones, según lo que me digas, pero necesito saberlo.

Fruncí el ceño, curiosa.

—¿Qué?

—¿Estás saliendo con alguien más? Durmiendo o... solo divirtiéndote.

Una sonrisa se me extendió por la cara, y negué con la cabeza.

—¿Eso era? —pregunté, y su cabeza asintió, preocupada—. No, Nate. Ni siquiera tengo tiempo para eso. Apenas consigo verte.

Y no tendría motivos para ver a otra persona. Él ya era todo lo que yo quería.

Soltó una risa que sonó casi aliviada, asintiendo.

—Sin embargo, entiendo si no es lo mismo para ti —añadí, más seria. Me salió tan amargo que parecía que me estaba comiendo

espinacas, y yo odiaba las espinacas—. No puedo exigirte que...

—Joder, Braddock, vete a tomar por culo —se quejó, sujetándome la cara y mirándome a los ojos—. ¿Tú crees que si yo pudiera pensar en cualquier otra persona desde que te puse los ojos encima, estaríamos teniendo tantas conversaciones e intentando hacer que esto funcione? Te quiero a ti. Solo a ti. Y no creo que vaya a cansarme de esto nunca en mi vida.

Tragué saliva.

—Y que se joda todo lo demás —añadió, manteniendo los ojos en los míos—. Eres mía; ningún conglomerado milmillonario puede cambiar eso, no cuando me miras así.

Me mordí el labio, curiosa.

—¿Así cómo?

—Como si supieras que yo también soy tuyo.



22

Acepta tu regalo de cumpleaños ✓

Nathan

—¿Ya has considerado seguir una carrera en la literatura? Hablas bonito —me provocó, todavía con esos ojos expresivos en mí, pero se restregó la cara contra mi mano.

Joder, quería besar cada centímetro de su piel.

—No. Esa parte de mí es solo tuya —dije con sinceridad, viendo cómo se le iluminaban los ojos cada vez más.

Besé la punta de su nariz respingona y brillante por el maquillaje. Luego la mejilla oscura, con un colorete que la hacía *brillar* aún más, si es que era posible. Luego la barbilla, la mandíbula, el cuello, la otra mejilla, la oreja, y me paré ahí.

—Puedes seguir dándome largas, *bravita* —susurré contra su piel, sintiendo el metal del pendiente pequeño contra mis labios—. Los dos sabemos en quién piensas cuando apoyas la cabeza en la almohada.

Ella me giró el rostro hacia el suyo, sujetándome la barbilla con la punta de los dedos.

—No pienso en ti solo cuando estoy en la cama —declaró—. A veces me descubro pensando en ti en mitad de una reunión. En clase. Y nunca he hecho esto, Nathan. No soy el tipo de persona que se deja llevar por las emociones; somos completos opuestos en ese sentido.

Sonreí, acercando nuestros labios y dándole un beso suave.

—Eso solo lo hace aún mejor —*mejor de cojones*—. ¿Quieres cortar la tarta?

Y me aparté, yendo hacia la tarta, sorprendiéndola y arrancándole una risa deliciosa.

—El cumpleañero es quien corta la tarta —declaró, acercándose.

—Ya soy el cumpleañero más afortunado del mundo; no necesito cortar la tarta también.

Tenía una sonrisa traviesa en la cara al sacar algo del bolso que llevaba colgado del hombro, abrirlo y empezar a sacar de ahí dentro infinitas velitas pequeñas, como si las contara una por una. Todas eran blancas con detalles plateados.

—Ni de coña —refunfuñé—. ¿Has comprado veintiuna velas de cumpleaños?

Ella se encogió de hombros, cogiendo la última y parándose a mi lado, quitando la tapa de la tarta y colocándolas una a una en la cobertura, como si calculase mentalmente el espacio necesario entre ellas para cubrir toda la parte de arriba de la tarta, concentrada.

Y entonces sacó un mechero del bolso, encendiéndolas una a una y mirándome.

—No voy a cantarte el cumpleaños feliz, sería ridículo cantándolo yo sola, pero... —Me besó la mejilla, prendiéndome fuego por donde me rozaron sus labios—. Pide un deseo, Nathan Barlow.

Sonreí ante eso, inclinándome y soplándolo todo.

Le besé la coronilla mientras ella empezaba a quitar vela por vela, deshaciendo su propio trabajo con agilidad y luego pasando el dedo por una esquina de la cobertura, lamiendo el chocolate y sonriendo.

—Está bueno de verdad —declaró, saciando la curiosidad.

Yo sonreía como un gilipollas, solo observando la escena.

—¿No vas a preguntarme qué pedí? —pregunté, ansioso.

Ella negó, seria como nunca.

—Da mala suerte. Cuando pase, me lo cuentas.

Mi sonrisa creció. Claro *que voy a asegurarme de contártelo*.

—Cuenta con ello, entonces.

Si ella supiera...

Ella entrecerró los ojos, pero decidió dejarlo pasar enseguida, entregándome el cuchillo y casi me dio un infarto al pegar un grito

cuando empecé a cortar la tarta.

—¡NO! ¡NO! —gritó y me apartó la mano, pareciendo irritadísima, asustándome—. Está de arriba abajo. El primer trozo tiene que ser de abajo arriba.

La miré con total confusión.

—¿Qué demonios? —siseé, como hacía ella.

—Es en serio. Es un símbolo para que subas en la vida.

—No pensaba que fueras supersticiosa.

Tuvo la osadía de resoplar y poner los ojos en blanco.

—No lo soy. Solo no me gusta tentar a la suerte.

—*Ajá*, sí —desdeñé, recibiendo una mirada dura—. Vale, lo cortaré como has dicho.

Para su satisfacción, por cierto, porque enseguida se animó más. Claro que sí. Cualquiera de mis amigos me vacilaría hasta la muerte si viera aquella escena, pero, sinceramente, a la *mierda.*

Le di el primer trozo, corté otro para mí y me senté en el borde de la cama mientras ella se adueñaba de la silla del escritorio, comiendo con tranquilidad mientras yo ya iba por la mitad de mi trozo.

Al principio me dio miedo el silencio. Después, solo fue cómodo. Elena, de vez en cuando, echaba un vistazo a mis apuntes de clase, comía dos bocados y entonces yo le recordaba que necesitaba comer más. Eran los únicos sonidos.

Podía convivir con eso. Su presencia era suficiente y había una calma reconfortante en estar simplemente ahí, juntos.

Se comió dos trozos, por cierto. Era casi una satisfacción personal verla comer.

Abrí la botella de whisky y di el primer trago, tosiendo por el sabor fuerte y oyendo su risa divertida al instante.

—El tuyo es mejor —advertí cuando me quitó la botella de la mano, inclinando el gollete y dando tragos largos, siempre como si fuera agua—. Por el amor de Dios, Braddock —protesté cuando ya se había bebido casi un tercio del líquido.

Ella se encogió de hombros al dejar la botella en el escritorio y mirarme.

—No está malo.

Solté una risa al tirarle de la mano hacia mí, sacándola de la silla y llevándomela a la cama.

Yo ya había notado el abrigo que se había puesto la primera vez que estuvo allí y sospechaba lo que me esperaba debajo de la tela, pero teníamos tiempo.

Se sentó sobre mí, con una rodilla a cada lado, antes de enlazar las manos en mi nuca, mirándome a los ojos.

—Mi abuelo se pasó unos días en casa para hacerle compañía a mi padre —comentó, tranquila, mientras me acariciaba la nuca—. Deberías conocerlo; es igual de graciosillo.

Solté una risa por eso, mirándole la cara como si no tuviera ya cada línea grabada en mi mente.

—¿El padre de tu madre? —pregunté, y ella lo confirmó.

—Mi abuelo paterno falleció hace ya unos cuantos años. Mi padre asumió la empresa desde entonces, yo era muy pequeña. Easton ni siquiera *existía*.

—Entiendo... —comenté, analizando a la mujer deslumbrante que tenía en mis brazos. *Joder, ¿se puede tener más suerte que esto?*

—Es bastante tranquilo. Mi abuela materna es como mi madre. Amenazó a mi padre y todo antes de la boda —soltó una risita.

—¿En serio? —pregunté, divertido.

No conseguía imaginarme a una señora amenazando a un milmillonario estirado con traje.

No, sí que podía. Si Elena había heredado solo un 5 % de su abuela materna, podía imaginarlo.

—Sí —rió—. Sabía cómo iba a ser la suegra de mi madre, el lado Fitzroy y tal. Hizo que mi padre prometiera un montón de cosas a mi madre y a la familia que construiría.

Sonreí de lado, mirándola.

—¿Y las cumplió?

Elena sonrió, encogiéndose de hombros.

—No lo sé. Nunca me dijeron cuáles fueron las promesas que él le hizo a mi abuela, pero apuesto a que sí, que las cumplió. Creo que, a estas alturas, ella ya lo habría despellejado vivo si no fuera el caso.

Mi sonrisa creció aún más, asintiendo.

—¿Tienes mucho trato con el lado materno de la familia?

Ella asintió, tranquila.

—Solemos pasar la Navidad con ellos —explicó—. Son tres eventos familiares al año con los que tenemos un compromiso: *Halloween* implica un evento benéfico para la empresa —*mierda, me jodió*—, Acción de Gracias es solo nuestra, mis padres, Easton y yo. Y luego tenemos la Navidad, cuando vamos a casa de mi abuela materna. Mi padre aprendió a cocinar por eso, ya que mi abuela exige que las comidas sean caseras y no compradas y, ya sabes, él es un producto del nepotismo, como yo.

Solté una carcajada, asintiendo.

—¿Y tú? ¿Sabes cocinar?

Me miró como si estuviera ofendida.

—Fue una de las primeras cosas que mi madre me hizo aprender cuando tuve edad suficiente para ello. Ahora está enseñando a Easton. Es una regla de los Braddock: tienes que poder presumir en Navidad de tu comida.

Joder, parecía de verdad una familia, y eso me enternecía y, a la vez, me encogía el corazón. Sería increíble tener algo así. En realidad, sería *perfecto*.

Yo solía ir a casa de mi madre en Navidad, por mis hermanos pequeños, y mi padre solía hacer una videollamada entre Navidad y Año Nuevo, cuando no estaba con *su* familia y sacaba un rato.

—¿Y tu Año Nuevo? —pregunté, curioso.

Se encogió de hombros.

—Solemos viajar. El año pasado fuimos a esquiar a Suiza —explicó —. Tenemos una casa allí.

—Claro que la tenéis —me reí, irónico, y ella me miró con soberbia, maliciosa.

—Ya sabes… —entrecerré los ojos por el tono—. Sería un sitio que te gustaría mucho. Tenemos un lago natural que se congela en esa época del año. Easton suele patinar en él.

—Joder, ni de coña —solté, sorprendido. Parecía increíble, nunca había patinado en lagos congelados.

Se encogió de hombros, risueña.

—Solo lo comento: no desprecies algo que te gustaría.

Le saqué la lengua, pero se acercó, me besó y cortó la rabieta provocadora.

El beso enseguida empezó a calentarse, y fue por culpa de los dos: su boca contra la mía cada vez con más voracidad. Pero ella lo cortó poco después, respirando con dificultad y abriendo los ojos, encontrándose con los míos ya mirándola.

—¿Y tú? —insistió.

Me removí, más incómodo, viendo su mirada de halcón.

—Suelo pasar la Navidad con mi madre. En las vacaciones de verano prefiero quedarme por aquí, entrenando en la pista de Northride cuando consigo algún hueco con el entrenador. Este verano fui a visitar a Trey también. Así me mantengo ocupado.

—¿Y Año Nuevo? —preguntó, curiosa—. ¿Acción de Gracias?

—A veces me adopta la familia de algún amigo. El año pasado lo pasé con Trey. Acción de Gracias, Año Nuevo, Navidad. Creo que su madre quería echarme.

Ella se rió de eso, asintiendo. Audrey me echó de menos, pero era demasiado pequeña para darse cuenta de los problemas reales. El resto de mis hermanos me mandaron mensajes maliciosos, como de costumbre.

—¿Por qué hacéis el evento benéfico en *Halloween*? —pregunté —. ¿No da más dinero cuando es en Acción de Gracias?

Elena me miró como si se preguntara cómo lo sabía, y tenía razón. Yo solo lo sabía porque mi padre también hacía ese tipo de cosas. Y participaba en los eventos de Fitzroy, aunque antes no importara porque yo no me estaba enamorando de la imagen de la empresa.

O quizá ya me estuviera enamorando.

No importaba; lo que me interesaba era que ella estaba allí, en mis brazos, riéndose.

—Acción de Gracias lo hace todo el mundo. Es un cliché. Descubrimos que hacerlo antes que todos, en un evento que los ricachones pueden usar como excusa para gastarse más en su ropa que en las donaciones, es perfecto. Y créeme: se gastan *mucho* más en donaciones con nosotros que en cualquier otro evento. Usamos eso en las fundaciones que tenemos o que apoyamos. Todos ganan.

—¿Y qué te vas a poner este año? —pregunté, curioso—. El disfraz.

Ella se rió.

—No vamos disfrazados, Nate —parecía divertirse con la expresión ofendida de mi cara—. Debo ir con un vestido formal largo. Tici todavía no me ha mandado las opciones que la estilista está seleccionando.

Joder, ¿estilista?

Elena sonrió aún más por algo en mi cara, besándome la comisura de los labios.

—¿Y tú? ¿Cuáles son tus planes para *Halloween*?

—Teniendo en cuenta que es en ocho días, tengo que decir que me da pena no poder invitarte. Vamos a hacer una fiesta aquí. Aún no sé qué me voy a poner, pero quiero que nuestra fiesta le plante cara a cualquiera de Scadelton.

Ella se rió, asintiendo.

—Rika comentó que está pensando a qué fiesta ir. Parece que el equipo de hockey de Scadelton también está organizando una.

—¿Contra quién crees que estamos compitiendo? —piqué, orgulloso, lo que la hizo resoplar y reírse a la vez.

—Pero no sé si va a ir. Incluso consideró venir conmigo a mi evento de "viejos", como lo llama, porque Andrew confirmó públicamente en un bar que este año no va.

—Ah, ¿ella es la amiga a la que le gusta él? —pregunté, intentando entender.

Ella asintió, suspirando.

—Él está jugando con ella y, como está enamorada, ella se deja llevar, pero...

Asentí, besándole el hombro cubierto.

—Solo me gusta un Montclair y es la más joven de ellos —dejé claro.

Ella se rió, asintió y me subió la cara hacia la suya, acariciándome los labios con los dedos. Calmo, cómodo, pacífico. Así me sentía, así parecía sentirse ella también.

—Podría pasarme la vida entera así —susurré, apretándola contra mí y dejando que las palabras se quedaran a nuestro alrededor.

Ella sonrió, acercando su cara a la mía y besándome despacio, iniciando algo distinto. Había cierta pasión, necesidad, deseo, pero no solo eso. Había comprensión. Apoyo. *Desesperación*.

Le apreté la cintura contra mí, enredando los dedos en su pelo y deslizándolos por él, encerrándola contra mí.

La vida entera así. Con ella en mis brazos, contra mis labios, el calor de su cuerpo en contacto con mi piel.

Ella me chupó la lengua; yo le atraje el labio inferior hacia mí. Mis labios bajaron de los suyos a su mandíbula y luego a la barbilla, succionándole la piel ahí y bajando un rastro de besos por su cuello, encontrándome con un collar fino con un colgante dorado, besándolo por encima.

Elena se abrió el abrigo, sorprendiéndome porque no noté que lo estaba abriendo, revelando lo que yo imaginaba que vería.

Pero la realidad era mucho mejor que mi imaginación.

—Joder... —dije en voz alta lo que me retumbó en la cabeza.

El *babydoll* negro era completamente transparente, como la bata que se había puesto la primera vez. Una única pieza negra de una tela fina que me recordaba a la seda. Se deslizaba por su piel. Uno de los tirantes se había deslizado y, aunque no hubiera sido así, yo podía ver claramente la lencería roja.

Con todo lo que debía tener, incluido el liguero.

Oí a algunos tíos por el pasillo, riéndose y picándose, creyendo que yo iba a dormir fuera porque era lo que había dicho. Oí a Brian y a Thomas riéndose y empujándose, además de los pasos de Toby siguiendo a Trey hasta la habitación de al lado de la mía, la única suite de la casa.

Josh hablaba con una voz femenina, y su risa llenó la otra habitación más cercana.

—¿La puerta está cerrada con llave? —preguntó Elena, respirando con dificultad mientras mis labios bajaban por encima de la tela oscura, besando toda la piel cubierta. No estaría cubierta por mucho tiempo.

Lo confirmé con un gruñido, subiéndole la prenda oscura de una sola vez y arrancándosela, dándome la visión exclusiva de la lencería en un tono rojo oscuro.

El sujetador estaba delante de mi cara, junto con el hecho de que no había nada escondiendo sus pezones, solo la tela fina transparente. La cintura estaba cubierta, igual, por casi nada de tela, pero conectada al puto liguero, que le llegaba poco por encima de la mitad de los muslos.

Acaricié la zona, negando con la cabeza al meter un dedo a cada lado, por dentro de la tira fina en sus muslos, alzando la mirada hacia Elena.

—Vas a acabar conmigo si sigues viniendo así, envuelta como el puto regalo, cada vez.

Ella sonrió abiertamente, una sonrisa que rozaba la malicia.

—Ese es el objetivo. Tú ya estás acabando conmigo.

Elena bajó la cara hacia la mía, me besó y me arrancó la sudadera y la camiseta juntas, tirándolas lejos sin ninguna preocupación. Sentí sus manos abrirme los vaqueros, su boca jugando con la mía sin empezar el beso que estaba provocando, y pateé mis zapatillas lejos, intentando ponérselo fácil.

Ella me bajó los calzoncillos, tirando de todo y agarrándome la polla, empezando a acariciármela mientras sus labios bajaban por mi cuello, chupando al mismo tiempo que me apretaba, traicionera.

Le hundí las manos en el culo, sintiéndola jadear contra mi piel, pero siguió besando y bajando por mi pecho, jugando con mi piel mientras se movía a lo largo de toda mi polla, acariciándome la cabeza y extendiendo cualquier pequeño rastro de excitación sobre mí.

Mis dedos se metieron por sus bragas, apretándole el culo de abajo arriba y separándole una nalga a cada lado, jugando con su piel antes de bajar la cara, encontrar la suya e iniciar un beso, sintiendo sus dedos vacilar contra mí.

Ella aceleró el beso al mismo tiempo que empezó un vaivén con las manos, haciéndome chuparle los labios y casi haciéndonos girar en la cama, si no fuera porque estaba muy cómoda jugando con mi polla y me tenía en sus manos.

Se me contrajo el vientre con la sensación de ella entera contra mi cuerpo, las manos apretadas, los labios en los míos, los pechos contra mí.

Moví una de mis manos, sintiendo cómo aumentaba la presión y movía los dedos por mi polla, hasta el punto de que yo ya estaba duro contra ella. Mis dedos llegaron a la parte delantera de las bragas, metiéndose por la tela transparente, y Elena rompió el beso al sentir que la acariciaba, jugando con su coño.

Ella jadeó, chistando bajito mientras movía el cuerpo junto al mío, aumentando la presión de sus dedos antes de volver a besarme, intentando domar mi boca.

Conmigo no, bravita.

Pero me sorprendió, apartándose y levantándose, obligándome a quitarle las manos de encima.

Y se arrodilló.

¡La madre que me parió!

—Al fin y al cabo, es tu cumpleaños —declaró antes de metérsela entera en la boca, sin *pestañear* siquiera cuando me sentí en el fondo de su garganta.

Joder, mi gemido resonó por toda la habitación mientras la sentía a mi alrededor de una forma completamente nueva.

—Hija de puta —el insulto me salió tan natural que sentí su risa reverberar contra mi polla, y se lo chupó todo, apartando la boca de mí solo para que yo viera el líquido preseminal entre sus labios, con las cejas alzadas.

—Tú nunca pides *por favor*, no vas a empezar ahora, ¿no?



23

Destroza una prenda de lencería ✓

Nathan

Gruñí cuando sentí su boca a mi alrededor de nuevo, con ella de rodillas frente a mí, mientras sus ojos me analizaban, tomándome por completo otra vez, con esa puta lencería y pareciendo un maldito regalo.

Se movió a mi alrededor, sacándomela entonces de la boca y lamiéndome la polla hasta la base, donde acarició mis bolas.

—De verdad vas a ser mi perdición —gruñí mientras ella acariciaba la base de mi polla con una mano, la otra en mis bolas y la boca en la cabeza de mi miembro, chupando el líquido preseminal antes de volvérmela a meter en la boca, apretándome la base y haciéndome gemir, agarrándole el pelo.

Ella misma hundió la boca contra mí, y moví la cintura, follándole la boca despacio, con cuidado, pero ella misma movió la cara más rápido, yendo al encuentro de mi polla.

—Braddock, me voy a correr, si no te gusta que...

Ella chupó con más fuerza y sentí que me ardían las bolas mientras llegaba el primer espasmo y embestí contra ella con más fuerza, sintiendo el *gemido* de la desgraciada. Le gustaba. Joder, creo que de verdad iba a acabar conmigo, en el sentido literal de la palabra.

Le agarré el pelo con más fuerza, embistiendo por segunda vez, más firme, y sintiendo cómo me apretaba el miembro con los labios,

chupándomelo y arrancándome el orgasmo del todo. No consiguió tragarse todo el semen; se le escurrió un poco por la comisura de la boca en cuanto se apartó, como si se llevara consigo toda la nube de placer que me había arrancado. Se limpió la boca con el dorso de la mano, tranquila, como si lo que hubiera hecho no fuera nada del otro mundo.

La tiré con fuerza hacia arriba, empujándola contra la cama y girándonos, apartando de una patada mis pantalones y calzoncillos y bajando de inmediato mis besos por sus rodillas, subiendo, besándola y acariciándolo todo, llegando a su coño y encontrando la tela aún más oscura por la humedad, besando la parte mojada.

Abrió más las piernas para mí, y solté una risita al chupar la tela, sintiendo su olor mezclado con el de fresa, oyendo el siseo y apretando mi barba contra cada centímetro de su piel.

Subí mis labios por su cintura, besando desde el ombligo hasta el hueco entre sus pechos, tirando del liguero con la mano con la que no me apoyaba en el colchón y soltándolo con fuerza contra su piel, oyendo el chasquido.

—Desgraciado... —le callé la boca con la mía, apoderándome de su boca otra vez mientras la mano subía del liguero a las bragas, y tiré de todo de un tirón, rasgando la tela y oyéndola jadear debajo de mi cuerpo.

La tela casi se deshizo entre mis dedos, de lo fina que era, y la solté en algún sitio, yendo de inmediato a lo que me interesaba. Su boca y su coño.

Mi beso era bastante diferente del anterior. La quería. Estaba hambriento y me importaba una mierda haberme corrido. Elena conseguía despertar cualquier cosa en mí.

Todo su cuerpo se estremeció contra el mío cuando alcancé su coño, acariciándolo y sintiendo la suavidad resbalar contra mis dedos por su excitación.

—Si quisieras un misionero de manual, no te habrías puesto esto para mí —refunfuñé contra sus labios, sintiendo cómo su pierna se enlazaba en mi cintura, atrapándome cerca de ella—. ¿O es que lo quieres?

Abrí los ojos para encontrarme con los suyos, casi desorbitados, mientras mi dedo alcanzaba su clítoris; lo apreté solo porque sabía que vería sus ojos abrirse aún más, además del mordisco que se dio en los labios, como si deseara que fueran *mis* dientes ahí.

Sentí la punta de sus uñas clavarse en mi hombro en cuanto moví mi índice en un círculo sobre su clítoris, y su boca soltó una respiración nerviosa.

—No. Podemos probarlo uno de estos días, pero no va a ser hoy —susurró, alcanzando mis labios y comenzando un beso lento que parecía usar para conocer mi boca.

—De acuerdo —gemí contra Elena cuando la sentí cimbrearse contra mi dedo, una de sus manos alcanzando mi polla, que volvía a endurecerse, y acariciándola.

Le metí dos dedos de golpe, oyéndola jadear en un gemido junto a mi nombre, y se los hundí, entrando, abriéndolos como unas tijeras y volviendo, preparándola para mí al mismo tiempo que la hacía retorcerse bajo mi cuerpo.

Los doblé dentro de ella, oyéndola gemiquear mientras yo prácticamente resbalaba al moverlos, y entró un tercero.

—Nathan... —salió en un susurro casi cantado contra mi oreja y me besó allí mientras se aferraba a mí.

Joder, sí.

Bajé mi boca de su oreja, chupándola y yendo directamente a cada pezón hinchado de sus pechos, arrancándole de golpe ese puto sujetador y succionando el primero, mordisqueándolo, jugando con el otro con los dedos, apoyado solo con el codo sobre ella. La otra mano se movió por su coño, disfrutando de su piel mientras sentía a *mi mujer* retorcerse debajo de mí.

Putos veintiún años. Quería celebrar cumpleaños una vez por semana.

Apreté el pezón marcado con la mano, sintiendo cómo susurraba mi nombre otra vez, el coño contrayéndose contra mis dedos que entraron de nuevo, y alcé la vista, encontrándola con los ojos cerrados, la mano en el cuello y en el pelo, como si intentara respirar.

El paraíso, definitivamente, la tenía como pieza principal.

Saqué mis dedos de ella, sorprendiéndola mientras me los llevaba a la boca, chupando uno por uno los tres que habían estado dentro de ella y sintiendo el sabor delicioso de Elena Braddock-Fitzroy en mis labios.

—Móntate en mí, Braddock —declaré mientras besaba un poco por debajo del collar.

Me arranqué los calcetines un segundo antes de que ella me empujara contra la cama y desenrollara el condón sobre mi polla —que ella misma cogió de donde ya sabía que estaban, en la mesilla de noche—.

Y se sentó con ganas, arrancándonos un gemido a ambos mientras se cimbreaba contra mí y yo me colocaba debajo de ella, incorporándome y embistiendo desde abajo, sintiendo sus paredes apretarme, exigiendo que yo hiciera más. Mis dedos se apretaron en su cintura, en un intento de control, pero dejé que ella mandara un poco.

Me tumbé, con la cabeza casi colgando fuera de la cama porque estábamos de lado, y alcé la cintura al encuentro de la suya, una de sus manos apoyada en mi muslo, el cuerpo ligeramente hacia atrás, la otra al lado de mi ombligo, cimbreándose con ganas.

Mi polla se perdía dentro de ella. Era delicioso verlo y, por un segundo, me perdí en la imagen de la mujer de mi vida montada en mí, engullendo mi polla y controlando la velocidad de los movimientos como ella quería.

Empujé la cintura con más fuerza y un gemido suyo, alto, resonó por la habitación. El coño se contrajo contra mí, casi como si intentara ordeñarme. *Hostia puta*, quería esa imagen grabada en mi cerebro.

Josh golpeó la pared, dos puñetazos pesados que reverberaron al otro lado del cuarto, ya que la pared contra la que estaba mi cama daba al baño de Trey.

—¡NATHAN BARLOW, CIERRA LA PUTA BOCA! ¡NI SIQUIERA SABÍA QUE ESTABAS EN CASA, HIJO DE PUTA! —bramó.

Elena abrió los ojos de par en par y se tapó la boca, lo que me hizo soltar una carcajada.

—¡BÚSCATE A ALGUIEN Y NO VAS A TENER QUE PREOCUPARTE POR MÍ! —grité de vuelta, para horror de Elena, y empujé la cintura al encuentro de la suya, lo que la hizo estremecerse contra mí y casi caer encima de mí, perdiendo la compostura mientras mis manos le agarraban la cintura con ganas.

Ella estaba en un estado de puro shock, lo que me hizo reír aún más. Pero no íbamos a parar por culpa de ese hijo de puta.

La sujeté por el muslo, girándonos y arrancando el puto liguero que se había quedado colgando, doblándole la pierna a Elena debajo de mí y metiéndosela hasta el fondo.

—Puedes gemir, bravita. Nadie sabe quién eres, pero saben que eres mía.

¿Y no va y gime de verdad? Resonó por la habitación al segundo siguiente, cuando entré hondo de nuevo, embistiendo con fuerza mientras sus uñas se hundían en mi espalda, y ella se cimbreó contra mi polla, jadeando mientras yo embestía y me apartaba un poco, y entonces me perdía en ella otra vez.

Lamí el hilo de sudor que le resbaló por el cuello, gruñendo contra su piel al segundo siguiente, porque ella alzó la cintura para encontrarse con la mía y, *la hostia*, entré más hondo.

Ella siseó *mi nombre* al oído esta vez, a pesar de eso. Un *Nathan* irritado mientras me apretaba la polla dentro de ella, arrancándome allí mi segundo orgasmo de la noche, con el sudor deslizándose por mi pecho mientras yo le lamía el cuello otra vez, sintiendo allí su sabor. Me hundí de nuevo, sintiéndola tartamudear algo debajo de mí antes de besarme, pegando los labios a los míos con desesperación mientras se corría sobre mí, apretando mi polla con deliciosos espasmos, y yo llenaba el condón.

Caí a su lado con dificultad, respirando con pesadez mientras ella también intentaba acompasar la respiración, hasta que oímos el cabecero de la cama de Josh golpear contra la pared.

—¿Ves? —señalé con la mano hacia el lado opuesto de donde estábamos en el cuarto, intentando calmar la respiración—. No es un santo.

Ella rió, escondiendo la cara en mi cuello.

—Ay, Dios mío. Qué vergüenza, Nathan.

—Todo el mundo folla, bravita. Y yo follo muy bien.

—No se puede negar —confirmó, besándome el hombro y mirándome, risueña—. Pero podría ser más silenciosa.

Negué con la cabeza, tranquilo.

—Aún no has oído a Aurora. Buena suerte intentando competir con *ella*.

Ella me miró, horrorizada, y me encogí de hombros.

—Ya he tenido que dormir con tapones en los oídos. No vamos a hablar de eso.

Ella rió, pero parecía más cómoda, asintiendo con la cabeza al acurrucarse en mí, haciéndome sonreír al depositar un beso en su sien.

Podía dejar de hablar, podía no comentarlo, pero jamás me haría eso a mí mismo y no era el tipo que se contenía, claramente. No era lo mío.

—Estoy enamorado, Elena —dije bajito—. Me enamoré de ti, bravita. Por todas las partes que ya me has permitido conocer.

No se tensó en mis brazos. Ni se preocupó. No parecía importarle el momento cliché para decir eso; solo levantó el rostro y me miró de nuevo, desde abajo, esos ojos expresivos mirándome entre el sudor que nos pegaba la piel.

Los pechos contra mí también me provocaban una sensación extra que me iba directa a la polla, debo decir. Solo cinco minutos más y estaría listo para otra.

—Yo también estoy enamorada, Nathan. Lo que nos convierte oficialmente en un *gran* problema.

Solté una carcajada y el "*toc, toc, toc*" contra la pared se hizo aún más fuerte, lo que hizo que Elena riera al bajar la cara, respirando directamente contra mi pezón.

—Ni siquiera es viernes —se quejó, incrédula ante la vida sexual de mis compañeros de equipo—. No puedo imaginarme esto en una fiesta.

Solté una risa, llevando su cara a la mía y besándola.

Deslumbrante.

—Deberías sonreír más. No tengo un elogio mejor que "deslumbrante" para eso, pero es exactamente en lo que te

conviertes cuando sonríes. Indescriptiblemente hermosa —le besé la mejilla—. Deliciosa —otro beso, del otro lado— y mía. Y tomé su boca otra vez.

Que le jodan a Josh; yo iba a disfrutar de mi cumpleaños con mi mujer.

Y ella claramente estaba de acuerdo.



24

Habla sobre la vida con el tipo del que estás enamorada ✓

Elena

Me desperecé mientras él mantenía los labios contra los míos, acariciándolos en un *despertar* lento y perezoso.

—Buenos días —declaró, *perezoso*.

Como si no acabara de despertarme de otra manera.

Giré el rostro, acariciándole el pelo caído sobre la cara y la barba que necesitaba afeitarse, recorriéndole la piel con los dedos.

Sentí que se movía, oyendo el ruido del condón al retirarlo y atarlo, antes de acomodarse de nuevo, pasando una de mis piernas por su cintura y tirando de mí hacia él.

—Buenos días —salió mi voz, ronca y cansada de una manera deliciosa.

—¿Cómo estás? —preguntó, como si despertara lentamente.

—Dolorida —admití, risueña.

Sonrió, besándome la comisura de los labios y apretándome contra él; justo después, me besó el hombro.

—Creo que hoy no voy a conseguir ni levantar una pierna para entrenar —susurró contra mi piel, y mi sonrisa se ensanchó—. De verdad me has dejado hecho polvo.

Le besé el pelo, pasándole las manos por encima también, enredándonos aún más entre brazos y piernas. Me dolieron los

pechos cuando me apretó, pero no me quejé. Lo entendía.

—¿Por qué no te gusta celebrar tu cumpleaños? —pregunté mientras se acomodaba, con una mano colocándome el pelo para apartarlo de encima de su almohada y de la mía, empujándolo hacia atrás, detrás de mí, en la cama.

Se encogió de hombros, mirándome.

—Nunca tuve muchos motivos para celebrarlo. Tenía tartas de cumpleaños y algunas personas a nuestro alrededor que aparecían a celebrar, como el jefe del tráfico de la zona, que aprovechaba para follarse a mi madre.

Tragué saliva, viendo su sonrisa triste.

—Es lo que hay, Braddock. Mi padre no es un padre presente, ni va a recibir el premio a padre del año, pero lo intenta. Tiene sus problemas. Solo tuve un cumpleaños siendo hija única; claro que no lo recuerdo bien. En el segundo, James ya estaba con nosotros y tuve que ayudar a cuidarlo.

—Tenías *dos años.* ¿Cómo ibas a poder cuidar de un niño?

Hizo un gesto tenso con los labios, como si tuviera la mandíbula apretada, y miró hacia otro lado.

—No lo sé. Tengo pocos recuerdos. Creo que mi mente entendió que no me gusta volver a esa época, pero recuerdo muchas colillas de cigarrillos, restos de cocaína y ampollas de heroína. Mi madre es una mujer de gustos caros —dijo con una sonrisa falsa.

—Joder, Nate... —susurré. No podía imaginar a un niño pasando por eso—. ¿Y tu madre...? Ella nunca intentó buscar ayuda de verdad, ¿verdad?

Negó.

Heroína. Joder, la cocaína ya era lo bastante mala.

—Mi padre intentó ayudarla durante mucho tiempo. Hasta que me fui de casa. Hizo lo posible y lo imposible por ella, pero se rindió, y yo también acabé rindiéndome.

—¿Y tus hermanos pequeños?

—Cada uno siguió su camino. Algunos decidieron meterse en el tráfico —tragó saliva al decirlo. *¿Cómo podían unos niños seguir su propio camino*?—. James va a ser padre, como ya sabes. Audrey empezó en la guardería pública hace unos días. Otros de mis

hermanos... No tienen futuro. Es frustrante no tener nada que hacer, pero es lo que hay. Era una responsabilidad de ella y de los innumerables padres diferentes de cada niño. Y fallaron.

—¿Y cómo está ella, después de la sobredosis?

—No lo sé muy bien. Una mierda, seguro, pero apenas hablo con ella.

Asentí, paseando los dedos por las líneas de su pecho, de un lado al otro, y viendo una sonrisa perezosa extenderse por sus labios.

Aún estaba oscuro en la calle y, según indicaba el reloj inteligente en mi muñeca, eran las cinco y once de la mañana. Y yo estaba cómoda en los brazos del único hombre del que me había enamorado.

—¿Cuántos hermanos tienes? —pregunté, insegura.

—Por parte de mi padre, tres —dijo, incómodo—. No saben de mí. Ni su esposa.

Tragué saliva, sorprendida.

—Tu... Tú fuiste un...

Él asintió, risueño.

—¿El lío secreto de una noche de mi padre? —sugirió, divirtiéndose con lo que fuera que veía en mi cara—. Sí. Por eso solo la tarta, sin su presencia. El año pasado, lo pasó conmigo, se comió un trozo y tal antes de tener que irse, pero este año no pudo.

Asentí, soltando el aire.

—Qué bien que yo esté aquí, entonces. —Él sonrió, asintiendo al besarme la comisura de la boca. *Así no te quedas solo.*

No es que lo necesitara; sus amigos estaban justo al lado.

—Y por parte de mi madre, que yo sepa, somos yo y cinco más —continuó—. Pero recuerdo algunas conversaciones cuando era pequeño, con algunos tipos raros. Creo que tengo dos hermanos mayores que los padres acabaron llevándose o... No sé. Tal vez murieron. Tal vez estén trabajando en cosas ilegales por la zona y yo no lo sepa.

Dios mío.

Me quedé mirando la pared detrás de él, la misma en la que estaba la puerta del cuarto con una de las dos estanterías que tenía por allí, llena de libros o premios de hockey. Al lado, medallas y más

medallas colgando en un rinconcito de la estantería, sin espacio libre para ellas.

—Tu padre lo paga todo —añadí, y él lo confirmó—. Qué mierda, Nate.

Y, igual que lo era para su padre, él también era un secreto para mí.

Eso estaba tan mal. *Tan* mal. No podía hacerle eso. Nate no se merecía eso cuando ya tenía tan poco de su propia familia. No se merecía ser el secreto de nadie.

El beso en la comisura de mi boca me sacó de mi propia cabeza.

—Sé exactamente lo que estás pensando y, si me importara, lo sabrías.

—A *mí* me importa, Nathan.

Me miraba con el ceño fruncido, negando con la cabeza.

—¿Quieres tener esa conversación? ¿Sobre una relación, sobre el futuro, sobre lo que debemos esperar de lo que tenemos? —dijo, directo y firme—. Porque sé que no puedes darme ninguna respuesta sobre nada de eso; por eso nunca pregunté.

Tragué saliva, intentando apartarme, pero él lo impidió, manteniéndome en sus brazos.

—*Por ahora*, estoy bien siendo un secreto y que me estés mareando con esto que tenemos —dijo, y yo bufé—. Y ni se te ocurra decir que no puede ser así, porque entonces estarías intentando controlar cómo me siento y así no es como funcionan las cosas, Braddock*. A mí me va bien así*, aunque me encante la idea de poder llevarte por ahí como el trofeo más bonito del mundo, presumiendo de ti.

Bufé, pero no pude mantener la cara seria ante el halago, viendo aparecer su sonrisa también.

—Solo... No te mereces ser el secreto de nadie, Nate. Mío, de tu padre... Y, joder, ya tienes tantas cosas en las que pensar, y aquí estoy yo, pudiéndote causar un problema más por culpa de *mi* familia.

—No. Por culpa de tu abuela —corrigió—. Y esa vieja quizá se muera mañana, ¿y qué? Podemos estar juntos.

Y se encogió de hombros, como si fuera lo más simple del mundo, haciéndome sonreír.

Creo que... Que... Dios mío. El pecho se me ensanchó, consciente de mis sentimientos por él. No podía ser algo así de serio. Era demasiado rápido.

—Y deja de intentar preverlo y controlarlo todo, *bravita* —añadió, paseándome la punta de los dedos por la cara, bajando hasta el cuello y jugando con el colgante de mi collar—. Mientras yo sepa que eres mía, estamos bien. ¿Qué tal si tú piensas así a cambio?

Suspiré, acurrucándome en él.

—No debería ser tan cómodo estar en tus brazos —dije por fin, acomodándome contra él y oyendo su risita.

—Es cómodo porque es lo correcto, Braddock.

Le besé la piel, cerrando los ojos y apreciando el momento.

—¿Cómo puedes estar tan tranquilo con tantas incertidumbres?

Soltó una risa baja.

—¿Lo de los *mommy issues* no es suficiente? ¿Quieres que mencione los *daddy issues* también? —bromeó, arrancándome una carcajada contra su pecho.

¿Cómo no iba a enamorarme de ese tío?

—Nunca preguntaste qué equipo me *drafteó* —comentó, con los labios jugando con mi pelo.

Me encogí de hombros.

—Solo sé que está en la costa oeste y que está lejos. Para mí, eso es suficiente.

Él soltó una risa baja.

—Conferencia Oeste, División del Pacífico. Voy a los Golden Knights, si todavía me quieren al final del curso. Es en Las Vegas. Un equipo fuerte, conocido por tomar decisiones acertadas, así que supongo que creen en mí, pero no lo suficiente como para cumplir la promesa si sigo peleándome tanto.

Sonreí contra su piel, asintiendo apenas.

—Las Vegas es una ciudad bonita —comenté.

—Y lejos —refunfuñó—. Mi familia está toda aquí. Mis amigos. Tú —añadió la última parte con cuidado, con las manos acariciándome la espalda desnuda.

Podíamos resolver esa parte, pero yo no quería crear esperanzas de que fuéramos a durar. Por mí misma.

Creo que el dolor de un corazón roto... No era viable para mí. No sintiendo lo que sentía por él en ese momento. No quería perder a Nathan y, al mismo tiempo, me parecía inevitable.

—Tenemos una casa en Las Vegas —informé.

Él se rió.

—Claro que tenéis. ¿Dónde *no tenéis* casas?

Me encogí de hombros.

—En muchos lugares del mundo.

Alcé la cara, mirándolo con una sonrisa en el rostro y viendo la suya en respuesta, asintiendo.

—Querías quedarte aquí por Audrey, ¿no? —deduje, y él suspiró y asintió con la cabeza.

—Sí, no solo por ella, sino sobre todo por ella. No sé si podría conseguir su custodia para llevármela conmigo a Vegas. Y no voy a tener tiempo para criar a una niña yo solo, ¿sabes? Y criarla con niñeras y lejos de todo lo que conoce... Parece una crueldad.

—Un paso cada vez, Barlow. Se te ocurrirá algo.

Él asintió, a pesar de la tensión en los hombros y en la cara.

—Quería jugar para los Bruins. Soy fan de ellos. Y sería la hostia jugar con Trey también. Él también es fan de los Bruins, pero no lo *draftearon*.

—¿A Treyton no lo *draftearon*? —la sorpresa era obvia en mi voz. A pesar de recordar conversaciones casuales sobre el tema, estaba segura de que su futuro era cierto. ¿Cómo...?—. Lo he visto jugar; él es...

—¿Increíble? —sugirió, bromista—. Todo el mundo tiene la misma reacción. Espero que algún equipo lo llame cuando se gradúe, pero su situación es bastante compleja. Por eso no le hablé de *la mía*. Yo estoy en el paraíso, cerca de él.

Suspiré, entendiendo, pero aun así lo analicé.

—Es tu amigo más cercano, Nate. Los amigos hablan. Él también puede ayudarte, no tienes por qué estar solo en esto.

Deberías seguir tu consejo en tu propia vida, Elena, me reprochó el cerebro, sabiendo que yo evitaba hablar de muchos asuntos con

las personas a las que les importaba. *¿Ves?* Volvió a pinchar.

—No estoy solo —bromeó, apretándome con firmeza la cintura, haciendo que cosas mías latieran cuando no deberían hacerlo en una conversación seria.

—Entendiste lo que quería decir —dije, risueña, y él me dio un beso leve y agradable en respuesta, acariciándome la piel mientras tanto. Apreté los mechones en su nuca, subiendo los dedos por ella y respiré hondo en cuanto separé nuestro beso.

La conciencia de que él estaría en Las Vegas en dos años, el hecho de que mi trabajo exigía que mi residencia fija estuviera donde la empresa estuviera domiciliada fiscalmente —en ese caso, en Boston—, el hecho de que yo tenía el problema con mi abuela y él necesitaba centrarse en los partidos y en garantizar que al menos una de sus hermanas, Audrey, pudiera crecer mejor que los demás...

—Prométeme una cosa —pedí, sincera, mirándolo.

—Claro. Lo prometo.

—No prometas antes de saber qué es —siseé, arrancándole una risa, y él asintió, serio.

—¿Qué es entonces, Braddock?

—Si ya no puedes más, prométeme que me lo vas a decir. Si no quieres nada de esto, prométeme que vas a ser sincero y... que no vas a dejar de hablar para evitar romperme el corazón.

Él negó, serio.

—No puedo prometer eso.

Tragué saliva, insegura.

—¿Por qué? —me salió en un susurro.

—Siempre voy a ser sincero contigo, Elena. Sé que es algo importante para ti, más aún... con todo esto. —Era inteligente; era algo que me encantaba de él—. Pero no existe una circunstancia en el mundo que me hiciera *dejar de quererte*. Eres **mía** y eso **no es una variable.**

—¿Y por eso no vas a prometerme que me lo dirás si ya no puedes más? —reí, insegura, con la voz fallándome.

—Exactamente. Soy un atleta de alto rendimiento, *bravita*. Si fuera a rendirme cuando las cosas se pusieran difíciles, me haría ingeniero.

Mi sonrisa se extendió por toda la cara, y él besó cada comisura de mi boca.

—Yo tampoco planeo rendirme contigo, Nate, pero me preocupa que estemos en...

—Es una posición difícil, no una vida difícil. Eres inteligente, vas a conseguir esquivar a tu abuela.

Bufé, molesta.

—Crees demasiado en mí porque no la conoces.

—No necesito conocerla para saber que eres mejor que ella, Braddock. Y, ya que estamos hablando de sinceridad, ¿*cómo* sabes que me peleé en el partido? No he ido contándolo por ahí.

Me encogí de hombros, aunque me alegré del cambio de tema. Nathan sabía lo que hacía.

—Me suscribí al canal universitario. Tuve que pedirle ayuda a Alex para descubrir cuál era.

Ahora sonreía con malicia.

—¿O sea que estás viendo partidos universitarios ahora?

Puse los ojos en blanco.

—Solo los de hockey sobre hielo en los que juega Northride.

—Pero tú estudias en Scadelton... —provocó, malicioso, girándonos y subiéndose encima de mí, arrancándome una risa. Sabía adónde iba, y me encantaba aun así. Quizá me encantaba todavía más por eso.

—No me interesan los jugadores de Scadelton —dije.

—¿Ah, sí? —insistió, besándome los labios y subiendo las manos hasta mis pechos, apretándolos con ganas y arrancándome un jadeo —. ¿Entonces por qué? ¿Para opinar sobre el partido del ídolo de tu hermano?

—Y para asegurarme de que haya salido entero de los partidos —añadí entre nuestros labios, jugueteando al pasar los dedos por su pecho y su barriga, sintiendo cómo se contraía donde mis dedos llegaban—. Y animarle.

—Joder, todavía voy a hacer que te pongas mi camiseta. Apunta lo que te digo.

—No voy a ponerme el *ridículo* azul y rojo de Northride —chillé.

Él se rió contra mis labios.

—Ahora mismo sí que te la vas a poner.



25

Habla con tus padres, viene bien ✓

Elena

Me removí en la silla, incómoda.

—¿Estás bien, cariño? —inquirió mi madre mientras intentábamos hacer una cena los cuatro, ya que ese jueves era mi última noche libre hasta *Halloween*, al parecer. Tenía un rato libre después de un evento que tendría la noche siguiente, pero pensaba llamar a Nathan para que comiéramos algo.

Nathan.

Me *dolió* la cintura. Otra parte de mí *palpitó*. Porque Nathan y yo habíamos... follado demasiado. Él mismo admitió que ya no aguantaba más a partir de cierto punto, y era incómodo estar sentada. Se llevó un buen... regalito de cumpleaños.

¿Lo haría otra vez? Sin duda. Pero no ese día. Hostia puta.

—Estoy, estoy —me aclaré la garganta, pasando la servilleta de tela por las comisuras de la boca, viendo la mirada atenta de mi padre—. Solo estoy pensando en muchas cosas.

No era mentira, pero incluso si lo fuera, difícilmente lo notarían. Quizá con la excepción de mi padre, que sabía cuáles eran mis artimañas.

—Cuéntanos, entonces —me animó él, todavía desconfiado.

Sonreí ante eso, asintiendo. Tenía de qué hablar, porque todo era verdad.

—Eloise sigue queriendo que me case con Hunter —informé. No había por qué esconderlo—. Volvió a amenazar con arrebatármelo de las manos. La realidad es que, según los planes de mi abuela, me lo quitará de todas formas. Sea por influencia o por ese matrimonio estúpido.

Directa o indirectamente, había vuelto a recalcar todo eso esa semana. Solo que no necesitaba contárselo a Nate; no le haría bien a nadie.

—No te vas a casar con ese hombre —declaró mi madre, con la voz fría.

—De acuerdo —confirmó mi padre antes de girar la cara, tosiendo suavemente, pero con la mano dolorosamente apretada contra la mesa, intentando mantenerse estable.

—Yo tampoco lo planeo —alegué—. Pero ella... tiene sus medios. Lo sabéis.

—¿Y qué? La abuela no manda sobre ti —comentó Easton, enfadado y con el ceño fruncido por el tema.

—Mi niña no se casa con un hombre como él —dijo mi padre, serio, como si midiera sus palabras por mi hermano, que lo escuchaba todo atentamente—. No va a pasar, Elena. Esté yo aquí o no.

Tragué saliva, masticando el arroz como si fuera arena.

—Y puede que ahora tenga influencia en la junta de accionistas, pero esto es cuestión de darle la vuelta a la situación, y eres más que capaz de eso, cariño —añadió mi madre—. Ya te has ganado a varios ingenieros de las fábricas, en especial a los gerentes. Bastan unas buenas conversaciones, saber manejar los negocios y la política, y te apañarás. Y sabemos que tienes todo eso en la manga. Tú eres la heredera, no esa...

Se interrumpió, sonriendo débilmente porque iba a decir algún taco delante de Easton, que la miraba con una sonrisa enorme en la cara.

—¿Vieja? —sugirió, como si fuera el peor mote que pudiera ponerle a nuestra abuela.

Nuestro padre soltó una risa floja, que no llegó a los labios, pero estaba en la mirada.

—También. Vuestra abuela es muchas cosas; la principal de ellas es racista —declaró, más frío—. No lo olvides nunca, hijo. No siempre la familia es quien más nos va a apoyar.

Mi hermano no parecía muy afectado por ese hecho.

—A veces lo son nuestros entrenadores. —Se encogió de hombros —. ¡El entrenador cree que vamos a ganar la temporada entre las escuelitas de Boston! —dijo, entusiasmado, sin darle mucha importancia a la gravedad de la situación con nuestra abuela.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo vais? —preguntó mamá.

Sonrió, presuntuoso como otro jugador que yo conocía.

—De put... Caramba.

Mi madre entornó los ojos al mirarlo, y esbozó una sonrisa forzada.

—¡Yo no lo dije! —protestó, con la voz subiéndole varios tonos—. ¡Me corregí! No dije ningún taco.

Mi padre se rió, acompañado de una tos más fuerte, que silenció toda la mesa mientras lo veíamos enderezarse y agarrar deprisa la servilleta, intentando conseguir que, al menos, Easton no notara la sangre que lo manchó todo.

Él sabía que pasaba algo, pero creo que no vio lo que salió junto con la tos de nuestro padre. Mi madre se levantó para coger otra servilleta de tela del cajón, se la entregó a nuestro padre y le acarició el hombro, preocupada.

—Nate dijo que tengo que mejorar mi defensa y mi ataque por el lado izquierdo, porque me concentro mucho en atacar por la derecha, por ser diestro —explicó, concentrado, cuando la mesa parecía estar bien de nuevo—. Pero soy rápido, un atacante nato. —Hinchó el pecho con el término que debía de haber oído por primera vez hacía poco.

—¿Nathan Barlow? ¿Ese jugador que te gusta y que os está entrenando? —recordó mi padre, mientras yo daba un sorbo al vino.

—Sí, el entrenador asistente. También es el novio de Elena.

Escupí todo en mi plato, tosiendo. Me ardió la garganta.

—Él *no es* mi novio —advertí, medio ronca.

¿Creo? ¿Quizá? No habíamos definido nada. Yo *prefería no ponerle* una etiqueta.

Easton me miró con ironía, malicioso.

—Entonces, ¿por qué sigues saliendo a verlo?

—¿Cuándo fue eso? —Mi madre nos miraba a los dos.

—Pues anoche —soltó el chivato—. No durmió en casa.

Mi padre me miró con malicia.

—Vaya, vaya, señorita Braddock-Fitzroy. ¿Y cuándo voy a conocerlo?

Hice un puchero, moviendo el tenedor por el plato lleno de salpicaduras de vino, fingiendo no haber oído.

—Cuando sea mi novio —declaré, jugueteando con las verduras.

Mi madre se rió, analizándome.

—Pesada —bufó Easton—. Nate está loquísimo por ti —imitó el meme, pero de una manera mucho más provocadora, si es que era posible.

—Y tú tienes que dejar de usar tanto el móvil —advertí.

Me sacó la lengua, y yo se la devolví.

—Elena, tu hermano tiene ocho años. Tú, veinte —me recordó mi madre, y yo bufé.

—Nathan y yo no tenemos nada serio —informé, mirándolos—. A pesar de que *Easton* intentó venderme a él.

Mi padre se rió, incrédulo, bebiendo agua justo después.

—Aparentemente funcionó —provocó mi madre. *Vaya, vaya*, ¿de quién habría sacado Easton la provocación?

Puse mala cara, cortando el filete con fuerza y oyendo la risita de mi padre.

—Quiero conocerlo, Elena —anunció.

Suspiré, rindiéndome.

—Vale, pensaré en algo. Pero... no tenemos nada serio. No quiero ponerlo en el punto de mira de Eloise.

—Estamos de acuerdo —confirmó mi padre—. No necesitas esa preocupación en este momento, pero me gustaría conocer a mi yerno.

—¡No somos novios! —repetí, frustrada, oyendo la risa de mi madre.

—¿Cómo es, Elena? —preguntó, dulce.

Gracias a Dios mi abuelo se había ido aquella tarde; de lo contrario tendríamos a toda la familia enterándose de que yo estaba teniendo un lío con un jugador de hockey.

Por fin me limpié la boca, usando la servilleta para limpiar la suciedad alrededor del plato, meneando el puchero que tenía en la boca de un lado a otro.

—La rabieta no te pega —advirtió—. Habla de una vez.

—Es majo —informé, encogiéndome de hombros—. Respetuoso —*fuera de la cama*—, entiende que estoy ocupada. No se salta mis límites. Vivía en el mismo barrio que la abuela —comenté, sonriéndole a mi madre—. Y...

Easton lo oía todo atentamente, obviamente para intentar contárselo a su ídolo.

Solté una risita por eso.

—¿No se te ha pasado ya la hora de dormir, crío?

—Estoy comiendo —protestó, haciendo que todos en la mesa sonrieran.

Mi madre aceptó eso como respuesta, al menos por ahora.

Más tarde, cuando la niñera de mi hermano fue a ayudarle a prepararse y mi madre fue a ayudar a mi padre antes de que la enfermera revisara algunas cosas, yo recogía las cosas en la cocina, metiendo los platos en el lavavajillas y guardando los recipientes con las sobras.

Tenía algunos mensajes de Nathan en el móvil, y sonreí de inmediato al leer cada uno.

Uno era una foto suya de ver una sola vez. Él, después del entrenamiento, sudado como después de follar, sonriendo a la cámara con el pelo hacia atrás.

> Pensé que también debías ver esto.

Después, algunas actualizaciones sobre su día, incluso el hecho de que había sacado un pleno en un examen lleno de operaciones matemáticas complejas.

Saqué una foto en respuesta, de la cocina que estaba recogiendo, con la leyenda:

Cené con mis padres y Easton. <
Él comentó sobre ti. <
Y yo. <

> Me cae muy bien

Claro que sí. Tuve que poner los ojos en blanco por eso.

Mi padre quiere conocerte. <
Sé que no hablamos sobre algo así. <

Escribí y borré varias veces, incómoda; no sabía qué esperar de aquello.

Estoy enamorada de él. Y él de mí. ¿Dónde nos deja eso?

Me gustas. Sé que puede ser raro y que no lo hablamos. No tienes que hacer esto. Mi padre solo está siendo él, no te preocupes. No...

Escribí y borré tantas cosas que ni siquiera me di cuenta de que *él* estaba escribiendo y me mandó algo:

> No me importa. Soy mejor que el imbécil pijo.

Solté una risita por eso, teniendo que estar de acuerdo. *Mucho* mejor.

¿Cómo sabía qué decir para calmarme?

No le gusta Hunter. <

> Somos dos

Mi madre se aclaró la garganta a mi lado, sonriendo como quien sabía cosas, y me entregó el último plato, satisfecha por pillarme in fraganti, consciente de que yo hablaba con Nathan —y ahora que conocía su existencia, podría descubrir más sobre él—.

—Creo que tenemos que hablar sobre algunas cosas, Fitzroy —bromeó, mientras yo cerraba el lavavajillas y lo ponía en marcha—. Empezando por la parte en la que me lo cuentas todo sobre ese chico.

Solté una risa. Claro que no iba a renunciar a saber más sobre Nate.

—Mamá...

—¡En serio! —dijo, animada—. Nunca te vi sonreír así. Siempre tuviste esa preocupación por tu abuela. Nathan parece quitarte ese peso, así que me gustaría conocer a quien consiguió esa hazaña.

Me encogí de hombros, cortada.

—Me sienta bien. Juega al hockey en Northride, como ya sabes por Easton. Me tiró los tejos; yo pensaba darle largas. —Mi madre me lanzó una mirada obvia, como quien ya se lo esperaba—. Resultó que nos encontramos por casualidad una noche. La noche que... después de aquella consulta en la que el doctor Philip confirmó el estado de papá.

Asintió, apretando los labios.

—Él solo se quedó conmigo. Hablamos mucho. Me dejó llorar hasta dormirme, ¿sabes? Y ahí vi que no era solo un jugador de hockey con un futuro guay. Creo que, hasta ese momento, solo quería estar conmigo para llevarme a la cama; ya sabes cómo son esos tíos. Pero después... no sé, creo que la sinceridad cambió lo que él quería. Y yo también. Y se preocupa por mí. Le importa lo suficiente como para asegurarse de que no me olvido de comer, de si el helicóptero que voy a coger es realmente seguro, porque se muere de miedo a volar, de si estoy durmiendo bien, de cómo va el tratamiento de papá, de si Hunter me está molestando —fui cuidadosa con la elección de palabras; no necesitaba saberlo todo—, de si Eloise dijo alguna mierda otra vez... Simplemente parece normal, ¿entiendes? Y, al mismo tiempo, es algo que solo tengo con él. Algo como *nuestro* normal.

Ella sonreía cada vez más.

—Estás enamorada. Y aparentemente él también.

Asentí.

—Los dos lo sabemos. Y, sinceramente, si no fuera por todo este problema familiar con la empresa, creo que yo... yo lo haría oficial, ¿sabes? Iría con la mente abierta a ser novia de Nathan, el jugador de hockey calentito de la universidad rival. Aunque se vaya a la puta mierda cuando se gradúe, porque el equipo que lo seleccionó en el *draft* está al otro lado del país y, aunque no entienda muchas cosas de eso, no me importa. No me importa nada de eso, mamá. Lo que me importa es que, si *ella* lo descubre, si sabe de su existencia...

Podíamos arreglar casi todo. Yo confiaba en eso, creía en ello, pero Eloise Fitzroy... no había manera de arreglarlo. Ella representaba el gran problema de lo que Nathan y yo teníamos.

Mi madre sonreía, amable, al sujetarme la cara y mirarme a los ojos.

—Vamos a encontrar una manera de que no tengas que renunciar a lo que te hace feliz para seguir la carrera que sueñas, ¿vale? Una cosa no anula la otra. Puedes tener las dos. Amor y éxito.



26

Elabora un plan B para envenenar a tu propia abuela ✓

Elena

Tragué saliva, mirando a mi madre.

—¿Y si no puedo? Ya sabes los rumores. ¿Tienes conocimiento de los supuestos accidentes de fábrica o en el tráfico, domésticos, dolencias repentinas...?

—Tu abuela ya intentó envenenarme y estoy vivita delante de ti —comentó, tranquila.

—¿Ella... qué?! —susurré.

Ella se rió, encogiéndose de hombros.

—Yo soy más lista que ella y no lo acepta —comentó, encogiéndose de hombros. ¿¡Cómo que!?—. Y tú eres mi hija, no vas a renunciar a lo que quieres solo porque esa vieja gruñona cree que vales menos por ser negra. Tú. Eres. Mi. Hija. Y del mismo modo que me casé con el amor de mi vida y no permití que Eloise destruyera mi vida, no voy a dejar que destruya la tuya. Aunque, al fin y al cabo, Nathan no sea "el" tipo, no voy a permitir que dejes de intentarlo por culpa de esa mujer. Vamos a encontrar la manera.

Solté un suspiro, insegura.

—Ella tiene el control de todo en sus manos, mamá. Puede hacer insostenible dirigir la empresa.

—Y entonces lo destruyes todo desde dentro hacia fuera y vuelves a empezar como hizo tu *tatatatatatarabuelo*.

—No fue hace tantas generaciones —sonreí.

Ella se rió conmigo, negando con la cabeza porque lo había tomado en sentido literal.

—Sabes que esto puede costarme más que la empresa, mamá. No sé qué pasó para que pudieras casarte con mi padre, pero...

¿Y si ella va demasiado lejos? ¿Y si hace algo mucho más serio que las cosas que ya viene haciendo? ¿Y si ella... le hace daño?

Solo la idea me daba ganas de vomitar.

—Ofreció diez *millones* de dólares a mis padres —me informó de un hecho completamente desconocido para mí hasta entonces—. Como no aceptaron, hizo que la librería de mi padre cerrara, compró la hamburguesería en la que mi madre hacía turnos extra para pagar parte de la universidad y ayudarme, y consiguió que me rechazaran en todas las entrevistas de trabajo cuando me gradué.

Tragué saliva.

—Y trató de envenenarte.

—Más de una vez —se encogió de hombros—. También me provocó un accidente de coche. Mandó que le dieran una paliza a tu tío, Linc.

—El tío Linc se llevó una...

No sé qué me revolvía más el estómago.

—No —se rió—. Él les metió una paliza a los tipos; ¿tú crees de *verdad* que se dejaría pegar por alguien? Pero entendimos el mensaje.

—¿Y entonces? ¿Por qué no desististe?

Ella sonrió de lado.

—Desistí, cariño. Hablé con tu padre al hacerlo y él lo entendió.

Fruncí el ceño, confusa.

—Pero estáis casados, felices, tenéis...

—Tu padre le anunció a todos los medios que se casaría conmigo, y quiero dejar claro que yo tampoco sabía que se iba a casar conmigo —eso me hizo sonreír; era muy propio de él—. Y aclaró que, si el matrimonio no ocurría dentro de un año, vendería todas las acciones que estaban a su nombre y al de la familia Fitzroy,

abriendo el capital a inversores externos y *sacando* la empresa de manos de la familia. Tu abuelo enloqueció, tu abuela también, pero para entonces él ya tenía un treinta por ciento, porque tu abuelo ya le había entregado la vicepresidencia y él es hijo único. El *único* heredero. Ellos sabían que aún podían mantener el control de la empresa, pero perderían eso en cuanto tu padre saliera de la sucesión, y fue lo que él dijo: que cortaría lazos con la familia.

—Las acciones de la empresa se desplomaron y los medios entendieron el mensaje —supuse—. Que había un problema interno en la familia —completé.

Ella asintió.

—Tu abuela tuvo que aceptarme para mantener a tu padre en el poder. Fueron años trabajando con la prensa para que la empresa volviera al auge mediático que tenía. Y aquí estamos. Siempre hay una manera.

—¿Y por qué la abuela amenazó a papá? A tu madre, en este caso.

Ella sonrió de lado.

—Eso es entre ellos. Mi madre estaba preocupada por que mi vida se convirtiera en una jaula de oro, ¿entiendes? Porque me quedara atrapada en la vida de madre y ama de casa de un multimillonario, pero que él, con el tiempo, me cambiara por una mujer más joven, "más bonita". Ella movió sus hilos para evitarlo.

Fruncí el ceño otra vez ante la mujer frente a mí; sin embargo, ella se encogió de hombros, con la clara expresión de quien se las sabía todas.

—El caso es diferente esta vez, mamá.

—Intentaron tener un hijo tardío —comentó—. Tu abuela y tu abuelo. No lo lograron. Cuando me quedé embarazada, desearon que el bebé naciera más blanco, más cercano al tono de Henry y no al mío.

Sonreí ante eso, analizando mi piel.

—Está acorralada, Elena. Los animales acorralados atacan y ella va a seguir atacando hasta que tú contraataques o cedas. No hay término medio para ganar en esto, pero así fue como la vencí yo.

—¿Ya has considerado envenenarla también?

—En múltiples momentos de mi vida. Incluso en mi propia boda. Tu padre sugirió que probáramos para ver si ella conseguiría sobrevivir a su propio veneno.

—Mi padre...

Ella se encogió de hombros.

—Sé que todo esto puede ser un shock para ti, pero pretendía decírtelo solo cuando supieras que existen cosas más importantes que la empresa. Creo que es un buen momento. El amor no se encuentra en la calle todos los días. Y *sí, es* más importante que la empresa. El amor es raro. Ese sentimiento sincero, honesto, puro... Es amor.

No tan puro, gracias a Dios.

—Me topé con Nathan en la calle, en teoría —bromeé.

—¿Ves? —señaló mi cara—. Tú no eres así normalmente. Tú no haces bromitas, Elena. Tú eres gruñona, cariño —puse mala cara de inmediato, arrancándole una risa—. ¿Te has visto en una reunión? ¡Eres terrible! —bufé—. Si él es más importante para ti que la empresa, vas a encontrar una manera de vencer a Eloise. Hasta entonces, mantenedlo entre vosotros.

Suspiré, analizándola.

—¿Y si no hay otra forma?

—Pues la envenenamos, ea. Ya está haciendo horas extra en la Tierra de todos modos.

Una risa floja y distinta resonó por la cocina y ambas miramos a mi padre, apoyado con dificultad contra el marco de la puerta.

Y no parecía ni un poco sorprendido de ver a mi madre proponiendo envenenar a su propia suegra, lo cual, por su mirada, debía de ser una broma interna de los dos.

—A mi madre no se le da bien pelear —declaró—. Es un caso complicado, no lo voy a negar, Elena. Ella tiene la influencia y el poder. Estás en desventaja con Nathan porque ella, definitivamente, va a usar eso para conseguir lo que quiere. Pero Eloise Fitzroy retrocede cuando las cosas se complican hasta el punto de salirse de la familia. Ella creció sabiendo que se casaría con mi padre, estudiando la importancia de que el negocio siguiera en la familia. Que ella quiera el control de la empresa en manos de Hunter ya es

una gran sorpresa, pero *fíjate bien,* Elena... Solo con el matrimonio. Ella no permite que él controle nada ahora. Eso dice algo.

Observé las ventanas que daban al jardín iluminado, pensativa.

—Tampoco tengo claro cuál sería una solución para que tu abuela ceda y retroceda —advirtió—. Pero sé que renunciar a tu felicidad no es la solución, hija.

Tragué saliva, dándome cuenta de que, por primera vez, sí podía existir algo que mereciera la pena como para renunciar a ser la Presidenta Elena Braddock-Fitzroy.

Mi nombre combinaba con el título. Yo estudiaba y trabajaba todos los días para conquistarlo, para hacer valer que yo era mucho más que la heredera del conglomerado junto con Easton. Pero sacrificarlo *todo* por eso parecía demasiado en ese momento, aunque un mes antes yo habría dicho que sí, que lo sacrificaría todo.

Nos conocíamos desde hacía menos de tres semanas. Debía de haber algo mal. No era posible que en tan poco tiempo me enamorara de alguien y considerara tantas cosas así.

Pero, al mismo tiempo, Alex tenía razón. Las cosas pasan en tiempos distintos para personas distintas. Sin embargo, calcular tanto... Era quien yo era.

Yo estaba perdiendo la cabeza. Por fuera, estaba calmada, tranquila, hablando con mis padres, pero por dentro mis neuronas corrían, peleándose entre sí e intentando encontrar una solución que tuviera sentido para lo que podría ocurrir y, al mismo tiempo, intentaban explicarse unas a otras para entender por qué yo sentía *tanto* por Nathan de forma *tan* rápida.

—Parece demasiado serio. ¿Y si Nathan solo es algo pasajero? —sugerí, mirándolos.

—Depende, ¿qué te dice el cacharro que bombea sangre en tu pecho? —bromeó mi padre, arrancándole a mi madre que pusiera los ojos en blanco.

Que no quiero perderlo.

—Que puedo infartarme de preocupación —avisé, arrancándoles una sonrisa a ambos—. Hace un mes solo quería asegurarme de que tu enfermedad no fuera grave, papá.

—Pero lo es —remarcó—. Me estoy muriendo, cariño. Y ya no tenemos tanto tiempo juntos. Hace un mes, tú no conocías a ese chico, ¿y hoy? ¿Qué te parece?

Apreté los labios, insegura.

—Que deberías vivir más tiempo para que yo descubra con calma en qué me he metido antes de tomar una decisión.

—La vida no ocurre así —comentó mi madre—. Quieras o no, Nathan surgió en el momento en que debía aparecer para ti.

El tipo correcto a la hora... correcta. ¿Será?

—No puedo renunciar a la empresa por un hombre. Es una estupidez. ¿Y no va en contra de gran parte de lo que defiende el feminismo? —me quejé, mientras mi madre bufaba.

—No tiene nada que ver con el feminismo, Elena —alegó—. Tiene que ver con que tu abuela es una bruja racista. Vas a tener que forzarla al límite en algún momento u otro. Puede que no estés preparada ahora, pero si de verdad quieres dirigir esa empresa y ser feliz, con el tiempo vas a tener que hacerlo. Y correr riesgos por ello.

—Y antes de todo eso, me gustaría conocerlo —remarcó mi padre —. Necesito mirarle a los ojos y asegurarme de que él es "el tipo" correcto para mi hija.

Sonreí débilmente.

—Yo nunca he traído a un novio a casa —comenté, dándome cuenta.

—Lo sabemos —se rió mi madre, besándome la sien—. A veces el primero *es el único*. Piensa en todo eso. No necesitas tomar una decisión hoy, ni mañana, ni la semana que viene. Cuando sea el momento, vas a saber qué hacer. Eres una Braddock, al fin y al cabo.

—Y Fitzroy —añadió mi padre, ofendido.

Eso me hizo sonreír, yendo hacia él y dándole un beso en la mejilla.

—Deberías irte a dormir, papá.

—Aún voy a ver dos episodios de la serie —declaró, orgulloso—. Estaba esperando a tu madre, pero ha desaparecido.

Ella agitó la mano, desdeñosa, y fue hacia él. Él se apoyó en ella, pasándole las manos por la cintura y besándole la frente.

Ambos me miraron, juguetones.

—De no ser por tu abuela, esta familia nunca habría existido, hija —dijo mi padre—. Me aseguré de dejar claro que ella no controla *nada*, aunque insista en creer que sí.

Asentí.

—Solo necesito descubrir cómo hacer eso —completé.

Ellos asintieron.

—Estamos aquí para ayudar —remarcó mi madre.

—*Después* de conocerlo —alegó mi padre.

—Papá... —gemí de frustración, pero él negó con la cabeza.

—De ninguna manera. Te estás acostando con el tipo y ni se te ocurra mentirme a mí, así que voy a conocer a quien corre el riesgo de dejar embarazada a mi hija.

—¡PAPÁ! —protesté, y mi madre también le lanzó una mirada fea.

—¿Qué? —dijo, sincero—. ¿He mentido, acaso?

Aunque no usáramos condón, yo tenía un DIU. Solo quería provocarme.

—Por el amor de Dios, papá, vete a ver tu serie, por favor —pedí, viendo la sonrisa graciosilla que Easton había heredado, y ambos siguieron hacia su dormitorio en el ascensor, deseándome una muy buena noche.

Mi corazón ya no estaba tan tranquilo por esa conversación. ¿Y mi cabeza, entonces? Empezaba a dolerme.

Saqué el móvil del bolsillo del pantalón de vestir, tensa al ver que había más mensajes suyos:

> ¿Cómo están las cosas?
> ¿Mejoró el malestar?
> ¿Braddock?
> ¿Todo bien?
> ¿Sigues en la cena con tus padres?
> No dejes nada en el plato.

Creo que estoy loca. Tragué saliva mientras abría su perfil, viendo fotos y más fotos suyas, con amigos, en la universidad, en partidos. Tenía dos *stories* publicados hoy, de él entrenando sobre el hielo —

no sabía si eran de ese día o no— y en una mesa de cocina que yo conocía, en la fraternidad que no era exactamente una fraternidad, preparando la cena. Algunos compañeros suyos estaban etiquetados en la foto.

Después, una foto suya de traje, llegando al partido que había terminado hacía una hora y que habían perdido. Solo eso, ningún comentario sobre perder.

Estoy realmente loca si estoy considerando pasar el resto de mi vida con un tipo que apenas conozco. Tres semanas. No es nada al lado de una vida entera.

¿Y si no fuera recíproco? Una cosa era decir que está enamorado y otra es que todo cambie de la noche a la mañana a algo tan extremo.

¿De la noche a la mañana, de verdad? ¿O has olvidado que llevas casi tres semanas completamente involucrada con él?

Esto SÍ es de la noche a la mañana, joder.

Me saltaron algunas notificaciones:

> Estoy viendo que lo has visto y no me has respondido, *bravita*
> Y tú no sueles ignorarme a propósito
> Voy a preguntar otra vez
> ¿Todo bien?

No. Creo que estoy perdiendo la cabeza.

Me quedé paralizada mirando la pantalla de mi móvil, en shock ante la posibilidad de que, sí, si pasaba, tal vez elegiría a Nathan.

¿Pero él me elegiría a mí? ¿Si tuviera que elegir entre el hockey y yo?

Más valía que no. Era todo lo que él soñaba, lo que él *tenía*. Quién podía ser. Cómo podía mejorar de vida. Asegurar que su hermanita saliera de esa situación terrible con la madre de ambos.

Solo estoy pensando en muchas cosas; todo bien. <
Mi padre realmente quiere conocerte. <
Tuvimos una charla seria sobre el futuro, aún estoy un poco nerviosa. <

> ¿Quieres hablar de eso?

Solté el aire.

Yo, definitivamente, renunciaría a muchas cosas por aquel hombre. Y eso no debería ser normal, ¿no? No debería ser así. No tan rápido. Nada pasaba tan rápido en mi vida. Se suponía que debía estar bien planificado. Calculado. Previsto.

Y yo nunca previ que Nathan llegaría.

¿Qué tal si salimos mañana por la noche? <

Va a ser un poco tarde; tengo un evento, pero Dennis va a estar conmigo. <

Quiero hablar contigo, pero también quiero saber cómo estás. <

> Joder, Braddock

> Claro que sí

> ¿A qué hora? Tengo reunión con el equipo para estrategias de prepartido

Sonreí débilmente. Lo sé.

¿Después de las diez es lo bastante tarde? <

> Es perfecto

> Y por si estás pensando mucho en algunas cosas que no deberías

> Por haber hablado con tus padres

> Estoy igual de enamorado, Elena

> Hablé en serio antes

> Muchísimo

Tragué saliva. ¿Cómo sabía siempre las cosas?

Tengo miedo de que vayamos demasiado rápido, Nate. <

Soy de las que planifican, ajustan, ejecutan, corrigen errores, rehacen los planes... <

> Te dije que era el tipo correcto en el momento correcto.

> Y tú eres la mujer de mi vida. No necesito tres años de relación para saberlo.

Solté el aire, tensa. No quería tener esa conversación por teléfono, pero creía que la tendríamos.

Se quedó un rato escribiendo antes de parar.

Y llegó un audio, con un tono de voz serio, pero lleno de cariño. Ronco y cansado, pero preocupado por mí:

—No te rayes demasiado con esto. No ha pasado nada. Estamos bien. Estoy bien con nuestra situación. Me encanta que estés enamorada de mí. Me encanta que esta mañana te hayas despertado en mis brazos. Me encanta verte sonreír, saber que has comido, verte con mi sudadera y podemos probar con mi camisa la próxima vez. Me encanta todo eso y mucho más. Pero sé que la situación es complicada para ti. Y puedo esperar a que la resuelvas. Si quieres, puedo ayudarte a resolverla, si me lo permites. Eres mía, bravita. Lo hayas entendido o no, voy a dejar eso claro todas las veces, incluso después de que ya lo hayas entendido. Mi mujer, ¿lo olvidaste?

Cerré los ojos y lo volví a reproducir.

—Esto es una locura, Nate —le envié otro—. Son solo dos semanas y media. No tiene el menor sentido. Fue en un segundo audio.

—Tiene sentido de cojones cuando estamos juntos, ¿no crees? Yo, en particular, le veo un sentido de cojones. Y me alegra ya estar a cuatro patas por ti. Ahorra muchos dolores de cabeza, miedo, preocupación y dudas. Sé lo que quiero, Braddock, y voy a asegurarme de ir hasta el final para conseguirlo.

Sonreí flojito, sintiendo que se me aliviaba el pecho, incluso con tantas preocupaciones.

—Estoy acostumbrado a trabajar en equipo y lo somos desde hace bastante tiempo. Considerando el tiempo que nos conocemos —añadió tan rápido que era obvio que sabía que yo rebatiría—*, considerando todo lo que ya sé de ti y lo que tú sabes de mí. Quiero conocer mucho más,* todo*, si me lo permites. Y sé que tú sientes lo mismo. Está en tus ojos cada vez que nos vemos.*

Mi boca seguía curvada en una expresión de pura felicidad, y le llamé en vídeo.

—Creo que es más fácil que varios audios —aclaré en cuanto contestó, viéndolo tumbado en su propia cama, sin camiseta y pareciendo el pecado en persona.

—De acuerdo —parecía cansado; tenía los ojos entrecerrados, pero su sonrisa me decía mucho más—. *¿Más tranquila?*

—Solo preocupada por cómo voy a protegerte cuando ella lo descubra —admití—. Fue eso.

Él negó con la cabeza, tranquilo.

—Confía en mí, Braddock. Yo también tengo mis ases en la manga. Ni siquiera una vieja multimillonaria sería capaz de impedirme estar contigo.

Suspiré, insegura.

—¿Y si te equivocas?

Él se rió, malicioso, dándose la vuelta en la cama y mirándome de lado en la almohada, bostezando.

—Yo de verdad te amo.

Me quedé helada, sorprendida por lo despreocupado que le salió, tragando saliva.

Mi corazón dio una voltereta en el pecho, sumergiéndose en caída libre hacia mi estómago.

¿Había oído bien?

—¿Nathan? —pregunté, notando que sus ojos estaban más cerrados que abiertos.

—¿Sí, Elena? —susurró, soñoliento.

Mi nombre salió tan... cariñoso. Nathan, que tiraba a otros tíos con un puñetazo en la pista, que parecía el odio en persona al enfadarse —porque yo ya lo había visto en los partidos—, dijo aquello con tanta ternura que parecía otra locura.

—El amor es algo serio —susurré de vuelta.

—Lo sé.

—Estar enamorado no es lo mismo.

—También lo sé.

—¿Te has dado cuenta de lo que has dicho?

—Perfectamente.

—Son solo tres semanas, Nathan.

—De toda una vida en la que creo que voy a tener que convencerte de que no vamos demasiado rápido, por lo visto — refunfuñó, arrancándome una sonrisa y viendo la suya reflejar la mía.

—¿Pero y si es demasiado rápido?

—Entonces nos estrellamos a 200 km/h contra un muro bien hormigonado y nos morimos. Me parece bien que se me rompa el corazón por ti, si pasa. Vale la pena. Y después voy a hacer que tú recojas los pedacitos.

—¿Por qué lo dijiste por teléfono? —me quejé, dolida; quería poder besarlo—. Deberías haberlo dicho en persona.

La risa de él resonó por mi móvil.

—Joder, Braddock. ¿Ves cómo es imposible no caer por ti? Joder, es que, claro que iba a enamorarme de ti. Claro que todo esto iba a pasar. Y yo mismo me lo hice cuando te invité a salir. Solo sé que estoy seguro de todo esto, y estoy bien con el hecho de que tú necesites tiempo para digerirlo. Yo ya lo digerí.

Suspiré, mirando su cara tranquila y la de un hombre casi dormido.

—Deberías descansar, pareces agotado.

—Lo estoy. Pero no podía dejar que te fueras a dormir perdiendo la cabeza. No es demasiado rápido, Elena. Es en el tiempo que necesitábamos.

Respiré hondo y asentí.

—Vale. Te veo mañana.

—Seguro. —Tenía una sonrisa de lado al decirlo—. *Buenas noches, Braddock.*

—Buenas noches, Barlow.

Él abrió los ojos, como si acabara de despertarse de golpe, pero relajó el cuerpo justo después, mirándome con una sonrisa tranquila, y colgó la llamada guiñándome un ojo.

"Yo de verdad te amo".

Y yo no se lo devolví. Aunque lo amara hasta el punto de considerar...

Me reí para mí misma. Claro. El amor no es racional. Por eso la gente comete locuras por él. Locuras que yo parecía dispuesta a cometer por Nathan.

Lo peor es que yo no haría nada distinto.



27

No pierdas la cabeza X

Nathan

La puerta solo estaba sin cerrar con llave porque Dennis me vio llegar, seguro. La abrí, sobresaltándome al encontrar a Elena dormitando con una *tablet* en una mano y un bolígrafo en la otra, colgando hacia el suelo. Me metí en el asiento trasero del SUV blindado y cerré la puerta sin hacer ruido, viendo que estaba revisando anotaciones de lo que parecía una reunión, porque llevaba auriculares que reproducían una grabación de audio.

Sonreí por eso, pulsé el botón de pausa y le quité todo con suavidad de las manos. Le había dicho que dejara de esperarme; pasaban ya de las once cuando salimos de la arena, el análisis de las estrategias se había alargado y aún tuve que acercar a algunos de los chicos a casa.

—Has llegado —gruñó, estirándose y revelando que llevaba algo que debería estar prohibido mientras se quitaba los auriculares inalámbricos. Un vestido corto rojo, sin grandes escotes, con tirantes finos que vi rápido antes de que se recolocara el abrigo negro que era más largo que el propio vestido.

Había un pequeño corte en la tela del muslo, que dejaba ver algo que quería que solo *yo* pudiera ver, y besé la comisura de su boca, viendo cómo se le dibujaba la sonrisa allí.

—No hacía falta que me esperaras —dije.

Se rió bajito, y el coche empezó a moverse.

—Pero yo quería —comentó, aún somnolienta y soltando un bostezo—. Siento mucho que perdierais ayer. Sé que duele.

Y se acomodó contra mi pecho, abrazándome por encima de la sudadera del equipo que llevaba, e inmediatamente inhalé hondo, dejando que su olor me invadiera. Reconfortante.

En ese momento, sentí algo más fuerte que el olor a fresa. Sabía que su perfume no era solo de fresa, pero... ¿O era su pelo? En cualquier caso, era incluso mejor. El olor me abrazó, dejando claro cuánto me había hecho falta. *Joder*.

—Está bien. Un partido perdido no es la temporada. Solo tenemos que trabajar aún más —declaré, medio cabreado, medio sonriente.

Esos hijos de puta aún iban a...

—Dudo que ayer estuvieras tan tranquilo en la arena —se rió bajito—. No vi ese; estaba cenando con mis padres.

Apreté los dientes. En el hielo, claro. Fuera no. No tenía tanta rabia; era rivalidad en las pistas y solo allí.

—Lo sé —susurré contra su pelo, inhalando hondo, intentando impregnarme de su olor—. Y mejor así; fue un baño de sangre.

Ella se rió otra vez, vibrando contra mi pecho. Fue realmente triste. Perdimos por goleada. Josh aún se estaba martirizando por eso, pero la culpa era del equipo entero, no del portero.

—Sé que estás nerviosa por lo que te dije —comenté, sonriendo —. No tienes que decírmelo ahora, Elena. Todo a tu ritmo.

Resopló contra mí.

—No es tan simple. Y si fuera a mi ritmo, desde luego no estaría yendo tan rápido.

Tuve que reírme, porque era verdad. ¿A *quién* le parecería mal estar metida en un romance *correspondido* tan rápido con un tío? A ella, al parecer.

Terquísima, *claro*.

—No entiendo por qué te preocupa tanto esto —me reí mientras veía a Dennis tomar una de las avenidas que entraba rápidamente en territorio de Scadelton antes de girar el volante en un cambio de sentido—. Te estás rayando con algo con lo que no hace falta rayarse. Estoy aquí, aunque sea un secretito —bromeé— y sin que me las hayas dicho.

—Por eso mismo me estoy rayando —se rió, nerviosa—. Porque, al mismo tiempo que siento *todo* esto por ti, tengo miedo de lo que vaya a pasar.

Eso fue *casi* lo que me habría gustado oír.

—¿Has pensado en hablar con un psicólogo sobre la ansiedad? —comenté, mientras ella se recolocaba y apoyaba el codo en el respaldo detrás de nosotros, girándose para mirarme.

Le subí las piernas encima de las mías, acariciándole la piel y apoyando la mano en su muslo. El maquillaje era evidente; le marcaba aún más los rasgos bonitos. Llevaba pendientes largos dorados, además de anillos, pulseras y un collar distinto.

Deslumbrante. Cada día más. Era para quitar el aliento. Y nunca me cansaría de esa visión.

—Sí. Tengo un psicólogo. Estoy acostumbrada a tomar decisiones y a preocuparme. Es natural.

—Y te estoy diciendo que está todo bien y que no necesito oírlo ahora —remarqué—. Quiero que sea natural para ti como lo fue para mí.

Sonreía de oreja a oreja, negando con la cabeza con esos ojos castaño verdosos expresivos.

—Eres terriblemente enamorador.

Me sobresalté al oír el sonido de una ventanilla cerrándose, solo para ver cómo una mampara subía desde los asientos delanteros y nos separaba de Dennis, que tenía una expresión de asco en la cara al apretar el botón del panel junto a la radio.

Solté una risita por eso, oyendo también la de Elena.

—Me cae bien —comenté, y ella sonrió.

—A mí también. —Aún le brillaba la cara por la emoción, o quizá era felicidad—. Es sincero. Valoro muchísimo eso.

Y confianza.

Asentí, satisfecho porque a mí también me gustaba eso.

—No fuiste al entrenamiento de Easton hoy otra vez. Solo estaba su seguridad; parecía triste —comenté, arreglándole el pelo ondulado, porque parecía que se había hecho un peinado esa noche.

Elena asintió, suspirando al mirar sus propias piernas sobre las mías.

—Tengo que asumir todas las tareas de mi padre, lidiar con el cambio obvio en la gestión, esquivar enfrentamientos con mi abuela y encima aguantar a Hunter todo el día, y el tipo es *insoportable*. Tuve que escoger entre ir al entrenamiento o hacer una reunión sobre una fábrica que estamos estudiando abrir en China.

¿¡China?!

—¿Por qué en China?

—Subsidios del gobierno de allí. Les gustó la idea de la inversión, pero al gobierno de aquí no le hizo mucha gracia —explicó, haciendo una mueca—. Es un dolor de cabeza absurdo. Ganancias y pérdidas. Pero hay que analizarlo y toda la directiva está agobiada con eso.

—Entiendo. ¿Y eso es más importante que Easton?

Suspiró, negando.

—No. Pero era en el huso horario de China.

Asentí, besándole la frente.

—Vas a poder con eso. ¿Y tu madre? ¿No puede ir al entrenamiento?

—Mi padre tenía unas pruebas que hacerse hoy —explicó—. Ella siempre lo acompaña, aunque él también vaya con los escoltas y con el asistente personal. No le gusta dejarlo solo, y menos teniendo en cuenta que cada día está más debilitado.

Asentí, inseguro.

—Y él quiere conocerme.

Joder... Era el padre de Elena. Parecía buena gente, pero a la vez... Ella valoraba muchísimo su opinión. ¿Y si el tío me odiaba? Podía pasar.

—Sí. Y rápido, además —se rió—. No va a desistir, pero podemos esperar un poco.

Asentí, sonriendo de lado.

—Parece un tipo majo.

—Lo es. Y es el hombre más íntegro que he conocido, pero como hija no soy imparcial para decirlo. —Soltó una risita—. Él me enseñó a valorar quién soy. Aunque en nuestro mundo me vean como inferior, sobre todo mi abuela.

Sonreí por eso, viendo el orgullo en sus ojos, además del respeto por su propio padre.

No comprendía cómo Elena conseguía soportar convivir con aquella mujer, pero a la vez entendía que era necesario para sobrevivir. Aun así, tenía que haber alguna forma de resolverlo. Como, por ejemplo, hacer que respondiera penalmente por racismo.

No es que fuera fácil, pero tenía que haber una manera de... Infierno. Eso me ponía de mala hostia.

—Se nota —asentí, volviendo al tema antes de perderme en el rencor obviamente ya desarrollado hacia la vieja insoportable—. Tú, claramente, te reflejas mucho en él.

—Es un ejemplo en los negocios —confirmó—. Lo quiero por mucho más que eso, pero me encanta cómo supo gestionar durante décadas la empresa y no hizo más que crecer; nunca tuvo que afrontar una crisis que él mismo provocara, y eso es raro.

No entendía mucho de empresas, pero sonaba de la hostia.

La apreté entre mis brazos, casi metiéndola en mi regazo mientras Dennis aparcaba el coche.

—¿Y tu madre? —pregunté.

—Ella también quiere conocerte —declaró, creyendo que era eso lo que yo quería saber—. Siempre ha sido mi mayor apoyo, en cualquier cosa que yo quisiera ser. Cuando era pequeña, pensó que me metería en política. Gané innumerables debates escolares y, hasta el año pasado, competía en la universidad también. Tenemos varias copas doradas gracias a mí. Ganamos una nacional y todo.

—¿En serio? —pregunté, sorprendido.

Ella asintió, orgullosa.

—No eres el único que tiene medallas en la pared del dormitorio. Bueno, las mías están en mi despacho en casa, pero ya me entiendes.

Siempre tan literal.

Asentí a Elena con una sonrisa en la cara, y Dennis empezó a bajar la mampara, mirándonos de reojo, desconfiado.

—Hemos llegado. Voy a comprobar la zona y entrar para asegurarme de que no les vea quien no debe. Espere aquí, señorita Fitzroy, por favor.

Ella asintió, sonriendo suave por pura amabilidad mientras él salía y se iba andando por el aparcamiento, inspeccionando la zona.

Elena se acurrucó en mí, pero instantes después miró por las ventanillas del coche, asintiendo para sí misma antes de apartarse, yendo hacia la puerta.

—Ha dicho que esperes —advertí mientras ella cogía su propio bolso del asiento.

—Y no hay nadie en el aparcamiento. Ya debe de estar volviendo.

—Elena...

—Relájate. No hay nadie. Si lo hubiera, ya habría vuelto y nos habría hecho entrar con él.

Suspiré, pero también tenía razón. Y ya se bajaba del coche, sin darme otra opción que abrir la puerta de mi lado y bajar también, siguiéndola.

—¿Ves? —se rió mientras yo rodeaba el coche y le cogía la mano, caminando a su lado por el aparcamiento y tirando de ella hacia mí. Ni siquiera llevaba medias, y debía de hacer unos diez grados. Le apreté la cintura con una mano; la otra la tenía dentro de mi sudadera.

Con los tacones, su cara me llegaba al hombro y fue justo ahí donde apoyó la mejilla.

La tiré hacia atrás al segundo siguiente, de un tirón y aun así manteniéndola en pie gracias a los tacones, colocándola detrás de mí cuando dos tíos aparecieron delante de nosotros, a mitad de camino de la puerta del edificio.

Su mano se aferró tanto a mi antebrazo que noté las uñas cortándome la piel.

—¿Qué pasa, tío? —saludó el tipo más cercano a mí, analizando el coche del que habíamos salido, mi ropa y la de Elena—. Queríamos saber cómo hacemos para entrar en el clubcito.

Y señaló con la mano la puerta a unos metros detrás de él y de su amigo.

Había un tercer tipo y nos flanqueaba por la derecha. Miré alrededor, pero eran solo ellos tres, nadie más.

Uno era más alto que yo. Otro debía de tener una altura parecida. Los tres tenían menos músculo y parecían nerviosos.

Elena casi se pegó a mi espalda.

—Lo siento, tío —dije, intentando analizar la situación. Podía partirles la cara a los tres fácilmente, pero Elena estaba conmigo, y los tres hijos de puta tenían los ojos en sus piernas, no en mí.

¿De dónde habían salido esos desgraciados? Dennis los habría visto si hubieran estado allí un minuto antes.

—¿Y dónde has conseguido a esta preciosidad? —preguntó el segundo, acercándose *demasiado* y gesticulando con la mano hacia Elena, pero casi tocándome el brazo, que le aparté para quedarme entre los dos.

Su mano ahora sudaba contra mi antebrazo. *Dennis, ¿dónde estás, tío? Sería muy interesante que salieras del bar ahora.*

Solo negué con la cabeza, manteniendo el gesto serio. *Cierra la puta boca y quítate de mi vista*; la sangre ya me bombeaba demasiado rápido y sentía todo el cuerpo tenso, preparándose para atacar.

—No todos los días conocemos a una prostituta de lujo negrita, ¿es tan buena en la cama como dicen que lo son? —preguntó el tercero, ronroneando.

Joder, ni de coña.

—¿Qué has dicho? —gruñí, clavando la mirada en él.

Él se rió.

—Pues dicen que son mejores para follar. Ya sabes, hacen de todo para mantener al cliente porque no son tan... *Rosaditas*.

La sangre me corría tan rápido que me sorprendió haber podido quedarme en mi sitio y no haberme lanzado directo a su cuello.

—Nate.... Déjalo —el susurro bajo surgió detrás de mí, pero joder, ni de coña habían dicho aquello. —Son tres contra dos.

Contra uno, ya que no pensaba dejar que ella tocara a ninguno de ellos y Dennis aún no había vuelto.

Ni de coña iban a hablar de mi mujer delante de mí. A mis espaldas ya tendrían problemas.

¿En mi cara? Estaban muertos.

—Tenéis un segundo para desaparecer de mi vista —declaré, serio.

Uno.

—Se acabó —gruñí.

Y todo se volvió rojo.



28

Prevé lo que puede pasar X

Elena

En un segundo, yo le estaba sujetando el antebrazo.

Al siguiente, se había lanzado a por uno de los tipos, tirándolo al suelo con dos puñetazos y noqueándolo antes de que el segundo y el tercero se le echaran encima al mismo tiempo.

Uno, dos: el puño ni siquiera vaciló; el primer tipo cayó.

El segundo le soltó un puñetazo que le dio en la oreja a Nathan, haciéndolo tambalearse hacia la izquierda mientras yo daba un paso atrás, casi cayéndome por el movimiento, con los ojos muy abiertos y tapándome la boca por el shock.

Mi corazón estaba dividido entre gritarle a Nathan que parara y, al mismo tiempo, querer simplemente gritarle a él; ¡no tenía por qué pelear! Nate no...

Nathan ni siquiera parpadeó ante el golpe que se llevó, le dio un puñetazo al tercer tipo y se giró, recibiendo el puñetazo del segundo. El tercero intentó sujetarlo para que el segundo le pegara, y tanteé mi bolso, saqué el móvil de dentro y pulsé el número de emergencia automático, llamando directamente a Dennis.

Yo no era estúpida; sabía que meterme solo haría que me llevara un puñetazo. Y separar a Nathan en ese estado no iba a ser posible. Estaba claramente consumido por la rabia.

Nathan volcó al tercero por encima de sí, tirándolo de un sacudón al suelo antes de darle una patada fuerte en los huevos, haciendo

que el tipo aullara de dolor.

—¿Rosadito igual, no? —escupió, perdido en su propia rabia.

Tragué saliva al ver aquello. Realmente perdía la paciencia enseguida.

Me había avisado, es verdad. Pero daba miedo verlo, porque, además de estar claramente ciego de odio, tenía su sangre encima. Ya había manchado la sudadera.

Se me cerró la garganta por el pánico. ¿Y si esos tipos llevaban un cuchillo? Peor, ¿un arma de fuego?

Dennis simplemente colgó, ni siquiera me atendió, porque ya debía imaginar que yo estaba en problemas en el aparcamiento.

—¡Cuidado! —siseé cuando el primero se lanzó de la nada, despertándose, y tiró a Nate al suelo, estampándolo con fuerza contra el asfalto apisonado y soltándole tantos puñetazos que perdí la cuenta. No es que Nate se hubiera quedado quieto, pero el tipo estaba encima.

Y entonces vi a Dennis.

Le arrancó al tipo de encima de Nathan y lo lanzó lejos, como si fuera un saco de patatas vacío. El segundo intentó lanzarse a por mi guardaespaldas, pero él le dio un empujón, haciendo que el tipo cayera de culo y rodara hacia atrás.

—Fuera de aquí, niñatos de mierda —gruñó Dennis.

—¡Voy a demandar a ese hijo de puta! ¡Sabemos quién eres, Northride! —escupió el tercero.

Ah, no, por encima de mi cadáver.

—¿Qué has dicho? —gruñí, yendo a por él.

—Por el amor de Dios... —Dennis me tiró hacia atrás por el cuello del abrigo, como si fuera un perro, separándome del tipo, al que yo ya iba a echarme al cuello, agarrándolo por el cuello de la sudadera que llevaba, pero no solté, enzarzándome con él mientras Dennis mantenía el brazo entre nosotros, intentando protegerme.

—Y yo voy a *acabar contigo en los tribunales por racismo, acoso sexual y difamación* —rugí contra su cara, pero él me escupió.

Le escupí también, justo a tiempo de verlo salir volando, de un empujón, porque Nathan se lanzó a por él otra vez.

—La puta madre —murmuró Dennis antes de separar a los dos otra vez.

Me limpié la cara con el dorso de la mano, y Dennis por fin consiguió apartar a los dos, con uno de los tipos ya desaparecido y el otro dudando si atacaba o no.

—Vale, amenaza a mi clienta otra vez y vas a amanecer en un hospital esposado a la camilla —amenazó Dennis, señalándole con el dedo a la cara del listillo—. Y Barlow, para con esta mierda. Está resuelto.

Nate gruñó e intentó atacar de nuevo, pero Dennis lo empujó hacia atrás, más suavemente de lo que había hecho con el otro tipo.

—¡Corta ya, joder! —rugió Dennis a la cara de Nate, lo que lo hizo retroceder, aunque aun así lo miró irritado.

Me zumbaba la cabeza. Un infarto no era, porque te deja el cuerpo dormido, del lado por el que el cuerpo deja de responder. *Creo*.

Quizá era una migraña causada por la *preocupación*, ¡maldito hombre!

El tipo escupió en el suelo entre él y Nathan, lanzándome una mirada fría y maliciosa a la vez antes de darse la vuelta y seguir al amigo. A los dos les goteaba sangre.

Y a Nathan también.

Nate solo les quitó la vista de encima cuando se perdieron a lo lejos por la calle, girando en una esquina, y dejó que la sangre goteara al suelo, limpiándose la cara, que también estaba ensangrentada. El corte leve del partido de días antes se había reabierto y tenía otros varios mucho más profundos, algunos no solo en la cara, sino en el dorso de las manos.

—*No* puedes actuar así delante de ella —rugió Dennis antes de que yo siquiera pudiera abrir la boca, clavándole el dedo en el pecho a Nathan, haciéndome apartar la mirada de las heridas y volver la atención hacia los dos—. ¿Con qué crees que tendría que lidiar si hubiera algún periodista cerca, Barlow?

Resopló, girando la cara, pero no respondió de inmediato.

Tendría que empezar llamando al de RR. PP. de la empresa[19]*. Sería un coñazo*... Westbrook era un tío majo, pero a nadie le gusta que lo llamen para resolver un escándalo un viernes y casi a medianoche.

—No sabes lo que han dicho —murmuró Nathan, aún irritado, escupiendo sangre otra vez.

—Me lo imagino. Entiendo tu rabia. Pero reaccionar así no te va a llevar a ninguna parte, salvo al hospital.

Resopló, riéndose con ironía y mirando a mi guardaespaldas antes de volver la mirada hacia mí.

Suspiré, acercándome y examinándole la cara.

—No ha sido culpa tuya —gruñó en voz baja.

Sin disculpas. No es que tuviera que disculparse; yo ni siquiera lo esperaba. Nathan había dado cada puñetazo *con gusto*. Porque quería. Disculparse sería mentirme.

Yo sabía que no había sido culpa mía. El aparcamiento estaba vacío; Dennis mismo lo había garantizado. Probablemente estaban escondidos, esperando a alguien más *fácil* que mi guardaespaldas al que abordar.

—Ni la tuya —añadí—. Aun así, no hacía falta que liaras la pelea —siseé, dejando clara la irritación en mi voz—. Fueron unos gilipollas misóginos y racistas porque quisieron. La demanda que podrían comerse también vendría porque yo quisiera.

No es que fuera a demandar; era un dolor de cabeza, pero aun así era un buen punto. Las demandas por racismo normalmente se perdían en ese tipo de casos. A los racistas les encanta la Primera Enmienda[20] por un muy buen motivo.

—Casi te *tocó* —rugió, intentando mantener la voz estable, y luego retrocediendo cuando mi dedo alcanzó la esquina de su cara, donde empezaba a ponerse cada vez más rojo. Iba a ponerse morado.

Nathan hizo una mueca, claramente con dolor ahí.

Suspiré, siendo más cuidadosa al examinar sus heridas, y él lo permitió mientras yo veía sangre y más sangre correr por los cortes, sin parar.

Dios, iba a estar aún más feo al día siguiente...

—El secreto está en el "casi" —recalqué, seria—. Nathan... —suspiré, preocupada mientras le examinaba el cuerpo—. *No puedes* permitirte una pelea ahora, ¿lo has olvidado?

Se rió, irónico.

—Sí. Dije que protejo lo que es mío. Que se joda el resto. Se merecían mucho más —se quejó, con el tono obvio.

Me buscó la mano, entrelazando los dedos, y suspiré, negando con la cabeza. *Protejo lo que es mío.*

—Por Dios... —Bajé la cabeza, apoyándola en su pecho. Me besó el pelo con cuidado, y yo lo noté tenso por las heridas.

Leí alguna regla de que en el hockey solo pueden darse puñetazos y no pueden pelear sucio, como con patadas o cosas así, aunque la pelea esté "legalizada". Allí fue completamente sucio. Y aun así casi les dio una paliza a los tres él solo.

Nathan era peligroso, pero no me asustaba. En realidad, yo estaba más preocupada *por él* que por lo que pudiera pasarme a mí.

Dios mío. Debería ir al hospital, a ver si no tenía una conmoción cerebral o algo más grave...

—Bueno, eso me ahorra mostrar todas las pruebas que conseguí contra ti, Fitzroy.

Me giré de inmediato, poniéndome en posición defensiva al oír aquella voz tan conocida.

Hunter Bradford.

Pero el propio Dennis se había puesto delante de Nathan y de mí, y tenía la mano abierta hacia mí, asegurándose de que yo siguiera detrás de él.

No. No, no, no.

No. De ninguna manera estaba pasando aquello. Era una pesadilla retorcida con hechos reales. Yo estaba desmayada en el bar con Nate porque había bebido demasiado, era eso. Solo una pesadilla...

Sonrió, prepotente, por encima del hombro de Dennis, que mantenía los ojos fijos en él, atento.

Era real. Ese hijo de puta lo había descubierto.

Miré alrededor, buscándola, pero no había nadie más aparte de su guardaespaldas, que miraba a Dennis con arrogancia. *Ja*, claro,

Dennis.

Si ella no estaba allí, iba a usar la existencia de Nathan como moneda de cambio para conseguir algo. Y usaría esa ventaja contra mí, manipulándome para que no se lo contara a Eloise.

—Parece que llevas un secretito curioso, ¿no, Elena? ¿Te importa presentarle a tu amante a tu prometido? —ronroneó Hunter, malicioso.

Sentí una ráfaga de aire golpearme el pelo. *Nate se rió.*

¿Se había vuelto loco? Quizá de verdad había sufrido una conmoción cerebral.

—Creo que tenemos un problema aquí, Fatford —declaró el hombre detrás de mí.

—Bradford —corrigió Hunter a Nathan, que soltó una risita maliciosa.

No, Nathan estaba completamente cuerdo. Ese sonido era él por completo.

—Bueno, *Hunter*, no habría manera de que yo fuera su amante. —Por el amor de Dios, Nate... *Cállate*. —No lo has entendido, ¿verdad? No puede casarse contigo porque ya está casada. Conmigo.



29

Encuentra a alguien que mienta tan bien como tú ✓

Elena

Si antes estaba en shock porque Hunter estuviera allí, en ese punto estaba atónita y completamente sin palabras. *¿Me perdí alguna parte de mi propia historia?*

Le di gracias a Dios por tener una cara de póquer estupenda. Porque, en ese momento, Nathan *realmente* me pilló por sorpresa.

Volví la vista hacia él, viendo la sonrisa juguetona de quien sabía que estaba contando una mentira y, al mismo tiempo, iba a hacer de todo para sostenerla. Solo para meterse en la cabeza de Hunter.

Pero eso le iba a llegar a mi abuela, joder, qué clase de... ¿En qué estaba *pensando*?

Hunter rió, malicioso, mirando a Dennis, presuntuoso y esnob, antes de dar un paso a un lado y mirarnos de frente otra vez, sin mi guardaespaldas entre nosotros.

—Cuenta otra. He estudiado todo sobre ti y sobre ella. Os conocisteis hace tres semanas, Nathan Barlow. Por Easton, su hermanito. ¿Me equivoco? Camiseta 34 de los *Northride Bulls...* Defensa. Contrato prometedor listo para ser firmado, si te portas bien...

Apreté la mano de Nathan y la solté, en un gesto claro de que debía dejarme lidiar con aquello, mirando a Hunter al ponerme al

lado de Dennis y cruzarme de brazos.

—¿Y quién te dijo eso? —pregunté, alzando el mentón.

Como Nathan ya había mentido, solo me quedaba sostenerlo. Estábamos juntos en eso, literal y metafóricamente.

—El investigador que contraté —respondió—. Ya que tu abuela está convencida de que los guardias de seguridad lo están soltando todo. Al parecer, se equivocó contigo. Eres una zorra mentirosa, y de las buenas.

—Yo tendría *mucho* cuidado con la elección de palabras. No me importa mancharme con tu sangre —el gruñido sonó muy cerca de mí; Nathan, casi pegado a mi espalda, se acercó de nuevo.

Hunter puso los ojos en blanco, pero había cierta preocupación en su mirada al ver la sangre en Nate. *Mi nov... No estaba mintiendo.* No con respecto a eso.

—Tu investigador está equivocado —afirmé, continuando la mentira para hacerla lo más verosímil posible—. Deberías buscar uno mejor. Y no, Hunter, no soy tu prometida. Ya hemos tenido esta conversación al menos cinco veces, si no he perdido ya la cuenta.

Él dio un paso hacia mí, y Dennis levantó las cejas a mi lado como quien decía "ponme a prueba", lo que hizo que Hunter detuviera su avance.

—Entonces, ¿por qué no se lo cuentas simplemente a tu *abuelita*? —susurró, malicioso, haciéndose oír a pesar de la distancia que nos separaba.

—¿Y por qué no buscas simplemente otro árbol para mear? —rugió Nathan, cabreado. ¿Otra vez esa mierda metafórica? —Deberías estar feliz de que aún no te haya molido a hostias.

Me dio otro pinchazo en la cabeza, y todo lo que quería era un buen cigarro y una botella entera de whisky. Quizá un vaso de agua, porque estaba un poco mareada.

—Sí, muy civilizado tú —desdeñó Hunter, observando la sangre que yo misma tenía en las manos, por culpa de Nathan.

Seguía siendo un secreto lo que dijo Nate. Tenía sus planes, obviamente.

Tuve que evitar una sonrisa, porque aquel hombre estaba *loco*. Y lo amaba aun así.

Dios mío, ¿cómo resolvía aquello?

Hice una lista mental rápidamente, organizando todo lo que sabía sobre Hunter, lo que no sabía, lo que él quería y lo que yo podía darle, y descruzando los brazos, suspiré.

—¿Qué quieres para que te calles?

Vamos a los negocios.

—Eso cambia un poco mis planes, no lo voy a negar —hizo un gesto hacia la mano de Nathan sobre mi cintura, a la defensiva y listo para atacar a Hunter—. Necesito pensar un poco.

Lo miré con puro desdén.

—Los buenos empresarios saben cómo lidiar con las crisis cuando sus planes se van por el desagüe. Decide de una vez o decido yo por ti. Que eres una mierda, todo el mundo aquí lo sabe.

Se rió.

—La que está en desventaja eres tú, Elena.

Fui yo la que acorté la distancia entre él y yo, deteniéndome frente a frente con él y mirándolo a los ojos.

No iba a caer fácilmente en la mentira. Yo necesitaría sostenerla durante semanas, quizá meses, antes de relajarme. Pero si había empezado aquello, también lo terminaría.

—¿Estás seguro, Hunter? —susurré muy cerca de su cara—. Porque hice desaparecer la única cosa que mi abuela tenía para usar contra mí*. Una alianza comercial a través de un matrimonio*. Perdiste. Pero no, no quiero que lo descubra todavía, estamos en el periodo de luna de miel y, sinceramente, es un coñazo lidiar con ella.

Bufó, incrédulo.

El gran secreto de una buena mentira es decir la mayor cantidad de verdad posible dentro de ella.

—Y no olvides que *soy la heredera del conglomerado Fitzroy* —dije pausadamente, fría—. *Soy* milmillonaria. *Yo* dirijo el negocio. —Di un paso, casi pegando nuestros cuerpos—. *Y si te quiero en la calle ahora mismo, estás fuera de este juego.*

Dio un paso atrás, retrocediendo.

—Tu abuela nunca lo permitiría.

—Eres prescindible a partir del momento en que ella descubra que estoy casada. —Sonreí, inocente—. Solo hay que sumar,

Bradford.

Y, en ese momento, se dio cuenta de quién tenía la ventaja allí.

Nathan era un genio.

Un poco imprevisible y peligroso al decir ese tipo de cosas, pero aun así un genio.

Los certificados de matrimonio, a diferencia de los de nacimiento, solo pueden ser solicitados por los contrayentes o por representantes legales. Mi abuela nunca podría encontrar mi certificado de matrimonio, aunque existiera.

—Fitzroy... —gruñó—. Tú...

Me encogí de hombros, tranquila.

—¿Hemos terminado? Como quieres mantener tu empleo, puedo mantenerte un tiempecito en la empresa, sin problema. Haces un trabajo mediano, pero debería ser tiempo suficiente para que encuentres otra cosa. Quién sabe, otra familia para intentar un matrimonio concertado.

Bufó, incrédulo.

—Tú no harías eso...

De verdad me estaba divirtiendo en ese punto. Había algunos fallos en la negociación, pero quizá Hunter no los notara. Era un gran farol de Nathan, al fin y al cabo.

—Puedo hacerlo ahora mismo. Quédate callado, búscate otro empleo y desaparece de mi vida. Haz algo distinto y te destruyo.

Giró el rostro, analizando mi expresión, y entonces sonrió débilmente.

Mierda. Pilló el fallo.

—¿Qué le haría ella a *él* —hizo un gesto con la cabeza hacia Nathan, cuya presencia sentía justo detrás de mí, pero no me atreví a girarme— si descubriera lo de ese matrimonio?

¿Por qué no era así de inteligente para la empresa? ¿Por qué solo usaba el cerebro para chanchullos, manipulación y mentiras?

Entrecerré los ojos al mirarlo, pero me mantuve en silencio.

—No... No voy a dimitir. —Prepotente. Soberbio. Malicioso. Calculador. Podía seguir con la lista—. Y tú vas a *garantizar* que yo asuma el mando de uno de los brazos importantes de la empresa matriz, *Fitzroy Inc.* —aun lo explicitó, asegurándose de que yo no

prometiera algo para otra subsidiaria del conglomerado; el desgraciado sabía cómo yo negociaba—. O la señora Fitzroy va a descubrir que te has casado en secreto. Y oí decir que ella es muy buena saboteando coches. ¿No?

—¿Cómo *te atreves* a amenazar a mi esp...?

Agarré a Nathan del brazo, manteniendo los ojos en Hunter y rechinando los dientes. Nate no sabía todo lo que estaba en juego allí. Si lo supiera, podría negociar.

—¿Qué cargo? —gruñí.

—Jefe del departamento de inversiones —dijo Hunter, animado—. En el momento en que asumas la presidencia, lo quiero.

Apreté los dientes.

—Departamento de manufactura.

—*Inversiones* —remarcó.

—Marketing.

—Inversiones, Fitzroy.

Bufé, sintiendo la sangre caliente, lista para saltarle al cuello.

—Hecho.

Hijo de puta arrogante, haciéndose el ricachón...

—Enhorabuena por el matrimonio —sonreía de oreja a oreja, alzando la mano y estrechando la mía, aunque aún hubiera sangre húmeda en ella—. Espero que sea largo mientras dure.

La solté al segundo siguiente, incómoda con el contacto.

—Parece que me ha tocado la lotería de regalo, y yo ni siquiera me he casado —rió, divirtiéndose al saludar con la mano y darse la vuelta, habiendo conseguido lo que quería.

Mi sonrisa falsa se borró, y Nathan se giró para mirarme, irritado.

—¿Por qué cediste? Tu abuela no...

Volví la vista hacia él, sonriendo, pero no me llegó a los ojos.

—Sí, te mataría. Por eso no puedo hacer oficial lo nuestro.

Él miró de mí a Dennis, que desvió la mirada, asintiendo implícitamente conmigo.

—De verdad podría darle un infarto fulminante mañana, sería el *momento* perfecto —refunfuñó Nathan, molesto—. Pero lo entendí —añadió, y entonces parecía cabreado.

Me crucé de brazos, girando todo mi cuerpo hacia él y el rostro también, alzando las cejas.

Había *tantas* cosas de las que necesitábamos hablar después de todo lo que había ocurrido en los últimos minutos. *Pero ¿por qué lo primero que dije fue sobre la mentira que nos salvó?*

—Si eso fue una petición de matrimonio, lo sient...

Él sonrió ante eso, a pesar de la rabia aún en el fondo de sus ojos.

—Jamás —cortó mis palabras—. Yo nunca haría algo tan terrible como propuesta. Pero seamos sinceros: fue una gran idea.

Dennis bufó, pero cuando volví la vista hacia mi guardaespaldas, tenía una sonrisa débil en el rostro.

—Lo fue —tuve que confirmar, incómoda—. Nos conseguiste unos meses de secreto. Al menos por su parte —hice un gesto con la cabeza en la dirección en la que Hunter había seguido—. Voy a tener que ajustar algunas cosas de nuestra historia para que siga creyéndolo, pero estamos seguros en ese sentido.

Él sonrió, apretando los labios al pasar las manos por mi cintura, pareciendo preocupado. Me pellizqué el puente de la nariz, sintiendo que me latía la cabeza mientras fruncía el ceño.

—Necesitas ir al médico, Nathan —dije, seria, impidiéndole decir lo que fuera que pretendiera decir—. Hospital, ahora —remarqué.

Negó, tranquilo.

—Ni siquiera me rompieron los dientes. Ya pasé por cosas peores en el ring.

Pero ni por encima de mi cadáver...

—Nathan... —refunfuñé, inmediatamente irritada—. Estás hecho polvo. Claro que tienes que ir al hospital, para comprobar si necesitas unos puntos o...

Negó de nuevo, serio.

—No voy al hospital, Braddock. Punto final. No vamos a discutir esto.

Solté una risa incrédula.

—Pero claro que sí, estás herido, aún te está escurriendo sangre, claramente necesitas puntos, puede que hayas sufrido una

conmoción, necesitas asegurarte de que no te has fisurado ningún hueso, sin contar con que puede haber algo que no vimos y tú...

Pegó sus labios a los míos, haciéndome dejar de hablar, pero no correspondí, fría.

Cuando se apartó, incómodo con mi falta de reacción, continué:

—Estás herido. Vas al hospital.

No iba a dejar que me distrajera con un beso. Y menos con el sabor a sangre que invadió mis labios.

—Prefiero la idea de entrar y que cantes esas canciones depresivas —ronroneó, intentando convencerme.

Me reí, incrédula.

—De ninguna manera. Hospital.

Me sostuvo el rostro con las dos manos, cambiando la postura y poniéndose serio, probablemente manchándolo todo de sangre... o no. La cabeza me lanzaba pinchazos en ese punto.

—Estoy bien.

—No pareces estar bien —siseé.

Suspiró, acariciándome las mejillas.

—Entonces vamos a mi casa. Tenemos un botiquín de primeros auxilios bastante completo en la cocina, de los buenos. Tú limpias las heridas, te aseguras de que dejen de sangrar... Te quedas conmigo en posición de cucharita en la cama. Todo perfecto.

Puse los ojos en blanco, irritada.

—Elena, no voy al hospital. No es negociable —remarcó.

Expulsé el aire con fuerza, aún más cabreada.

—¿Y si ha pasado algo serio? Eres un puto atleta.

—Soy bastante consciente de eso.

—Nathan... —protesté, pero mi voz ya admitía la derrota. Se veía en sus ojos que aquella era una batalla perdida para mí.

—Casa o bar. Nada de hospital —zanjó el asunto.

Por Dios, ¿cómo encontré a un hombre tan terco? De entre tantos en el mundo...

Suspiré, bufando, pero fruncí el ceño enseguida, sintiendo que mi móvil vibraba con demasiada insistencia, aún en mi mano apretada con fuerza alrededor del aparato.

Miré la pantalla, viendo el contacto del asistente personal de mi padre y sintiendo que se me cerraba la garganta, contestando de inmediato.

—Señorita Fitzroy —la voz estaba temblorosa*—. A su padre se lo acaba de llevar la ambulancia. La situación... es urgente.*



30

No te desmayes en situaciones de alta tensión ✓

Elena

—*Su estado está... complicado* —titubeaba tanto que me revolvía el estómago. Nicholas estaba siendo cuidadoso precisamente conmigo, y sabía que yo odiaba eso. Era grave—. *Tu madre me pidió que te informara.*

—¿Qué pasó? —Mi voz salió casi en un susurro. Nathan buscaba mi mirada, intentando descubrir qué estaba pasando.

—*No conseguía respirar. La enfermera Kirk logró mantenerlo respirando con dificultad hasta que llegaron los paramédicos, pero tuvo que ser...*

Levanté la vista, mirando alrededor y clavando los ojos en Dennis con el móvil en la mano, que apartó la mirada del aparato para mirarme. Los guardias de seguridad ya sabían que la familia estaba en una situación de emergencia.

Mi padre podía morir en los próximos minutos.

—*... trasladado a toda prisa, para evitar una parada cardiorrespiratoria.*

Nathan me sujetó del codo, notando, un segundo antes que Dennis, que mi cuerpo había flaqueado.

—¿En qué hospital? —conseguí preguntar—. ¿Y Easton? ¿Está en casa?

—*Lo trasladaron al* Massachusetts General Hospital*, y sí, tu hermano está en casa y durmiendo. Estoy en casa hasta que llegue la niñera.*

Colgué, sin conseguir decir una sola palabra más, mirando alrededor.

—Yo... —Fruncí el ceño, sintiendo ganas de vomitar.

Mi padre podía estar muriéndose en ese segundo.

—Una recaída no quiere decir que vaya a pasar por algo más grave que esto, Elena —dijo Dennis, apareciendo frente a mí—. Solo tuvo que ser trasladado por seguridad, solo eso.

Tragué en seco, sintiendo la saliva espesa.

—¿Qué está pasando? ¿Qué pasó? —preguntó Nathan, confundido.

—Mi padre... Lo están llevando al Massachusetts General. Al hospital —me agarró el antebrazo con más fuerza, como si yo fuera a caer redonda allí—. Necesito dejarte en casa e ir a ver cómo está...

Empecé a moverme, pero Nathan me sujetó con firmeza, manteniéndome en sus brazos.

—Elena, estás pálida de la hostia; eres tú la que va a necesitar el hospital dentro de poco, *bravita* —el apodo sonó tan cariñoso que por fin lo miré.

El rostro estaba destrozado; la sangre se veía extraña, en una costra dura y húmeda al mismo tiempo. La mitad del rostro estaba hinchada. Y sus manos me sujetaban como si yo fuera lo único que importaba.

—Dennis va a comprar agua y luego vamos al hospital —informó, y yo tragué en seco, confusa, pero Dennis ya había seguido la indicación de Nathan y se alejaba a pasos rápidos hacia el interior del edificio.

Parecía que todo estaba a cámara lenta, a diferencia de instantes antes, cuando todo ocurría demasiado rápido. Eso me retorció el estómago.

Volví la mirada hacia Nathan.

—No puede morir, Nate —susurré lo que, obviamente, me pasaba por la cabeza.

Negó con la cabeza.

—No va a hacerlo. Tu padre es un cabezota. Aguantará y habrá sido solo un susto.

Se me cerró la garganta del todo, y él entrelazó nuestras manos, besando cada uno de los nudillos de mis dedos.

—No puedes venir conmigo; no podemos ser vistos juntos en el hospital... —recordé, negando con la cabeza y sintiendo que las ganas de vomitar volvían con todo—. Mi abuela... Debe de estar yendo también...

Si se está muriendo, va a querer ser la primera en saberlo... Mi madre debía de estar con él en la ambulancia. Había llevado los documentos; seguro que había...

Su médico necesitaba ser informado y...

Dennis apareció de nuevo, demasiado rápido para haber ido al bar, pero sin muchas explicaciones, mientras abría la botella y me la entregaba. Di tragos largos, intentando respirar al mismo tiempo y cerrando los ojos, reabriéndolos solo para mirar a Nathan.

—Y yo necesito... Tú necesitas cuidar de eso —me salió en un siseo ronco y nervioso, con los ojos puestos en la sangre sobre su piel.

—Una cosa a la vez, Braddock —dijo, serio, tirando de mí hacia el coche con cuidado, como si supiera que yo quería ir ya, pero no conseguía encontrar fuerzas para mover las piernas.

¿Y si cuando llegara al hospital él ya...? No podía morir. Mi padre no podía morir.

Quería a Nathan conmigo. Quería que estuviera allí conmigo si... Si aquel día fuera el último de mi padre.

Y no podía. Nathan no podía quedarse conmigo.

—Dennis me va a llevar hasta casa, me va a dejar allí y voy a cuidar mis heridas, lo prometo —declaró mientras abría la puerta del coche y yo entraba. Y continuó cuando ya se estaba poniendo su propio cinturón, el coche empezando a moverse mientras yo recordaba abrochar el mío: —Tú vas al hospital, vas a ver que solo fue un susto e incluso vas a charlar un rato con tu padre. Seguro que el viejo solo quiso darle un susto a la familia.

Esbocé una sonrisa triste, pero él negó con la cabeza, tirando de mí hacia él, serio, mientras se soltaba su propio cinturón y me

escondía en su abrazo, apretándome contra él.

—Está bien. Ya verás. *Es solo un susto, Braddock. Solo eso* —recalcó, acariciándome el pelo con cuidado, pasando los dedos por los mechones.

—Solo un susto —confirmé, intentando meterme eso en la cabeza y, al mismo tiempo, mantener en el estómago lo que fuera que hubiera comido en las últimas horas—. Yo... Necesito verte bien después. Por favor, cuida de las heridas —fue todo lo que conseguí pensar en decir.

Dennis estaba conduciendo demasiado rápido, pero con el mismo cuidado.

Nate sonrió, moviendo la cabeza.

—Prometo que voy a cuidarme. Manténme informado.

—Lo haré... Creo que mi madre va a pasar la noche y... —Parecía otra persona hablando. No parecía yo—. No lo sé...

—Elena, voy a estar despierto y voy a esperarte o a que me mandes un mensaje diciendo que vas a quedarte con tu padre, ¿te parece? —decidió, quitándome esa preocupación.

—Y si no voy, te vas a hacer un *selfie* de la cara para que yo vea las heridas —ordené en voz baja, lo que lo hizo reír, apretándome más en sus brazos.

—Cuenta con ello, Braddock. *Selfie* en alta definición.

—Vale. —Solté el aire contra su cuello, tragando en seco y apretándolo contra mí.

—Es solo un susto, lo prometo —susurró.

—No puedes prometer eso.

—Claro que puedo. Todavía no he conocido a mi suegro. Necesito su aprobación para seguir adelante con la boda.

Eso me hizo sonreír contra la curva de su cuello.

—Futuro suegro. No estamos casados.

Resopló, apartando la cara y mirándome, incrédulo.

—¿Cómo que *no estamos casados*? Hunter cree que lo estamos y yo estaría encantado de que lo estuviéramos.

—Nate... —refunfuñé, viendo que su sonrisa se ensanchaba y, en consecuencia, aparecía más sangre—. Por el amor de Dios...

Él simplemente contuvo el sangrado con la sudadera de Northride, tiñendo de rojo el azul de la sudadera, lo que, en cierto modo, era gracioso, porque eran los colores de la universidad.

Qué día... De mal gusto.

—Mi *futuro* suegro es un hueso duro de roer. Confío en que sea solo un susto —aseguró, cambiando las palabras.

Sonreí ante eso, acariciando la piel de su cuello, el único lugar que no tenía tantos cortes. Solo algún que otro pequeño roce.

—No sé qué voy a hacer si se va, Nathan. No sé qué voy a hacer sin él.

Mi madre debía de ser un caos de nervios. ¿Y si mis abuelos y mis tíos ya lo sabían? Tío Linc estaría corriendo al hospital si lo supiera; era un gran amigo de mi padre...

—Pase lo que pase, estoy aquí —confirmó Nate, acariciándome la rodilla y apretándome la cintura con la otra mano, al mismo tiempo que me besaba la frente con cuidado—. Para lo que venga. Para lo bueno y para lo malo.

—En la alegría y en la tristeza —conseguí bromear.

Él se rió contra mi piel, confirmando.

—Tengo que irme, tú tienes que ir al hospital.

Y solo entonces noté que el coche se había detenido en el bordillo, frente a su fraternidad, y asentí.

Me dio un beso suave en los labios, acariciándome la barbilla y obligándome a mirar aquellos ojos verdes expresivos:

—Para lo que venga. Llámame a cualquier hora, sea cual sea el motivo. Me quedaré despierto hasta que me digas que todo está bien.

—O no. —Tragué en seco.

—*Se va a poner bien* —afirmó, firme y sin dejar lugar a dudas, apretándome la mano y depositando un beso en mi frente—. Pero si no se pone bien, vamos a lidiar con eso juntos.

Asentí y, así de simple, me guiñó un ojo, abrió la puerta y corrió por el sendero frente a la fraternidad, entrando por la puerta principal sin siquiera sacar la llave; la puerta seguía abierta.

Cerré los ojos, intentando mantenerlo en mi mente. *Se va a poner bien. Estoy aquí.*

Yo podía lidiar con muchas cosas. Pero noté en ese instante que no estaba preparada para lidiar con la pérdida de las personas que amaba. Mi padre. Mi madre. Easton. Rika. Alex. La abuela Dana Clarissa. Tío Linc...

Nathan.



31

Enamórate aún más ✓

Nathan

Trey refunfuñaba mientras me ayudaba a subir las escaleras, apoyando mi brazo sobre sus hombros.

Conseguí mantener la compostura delante de ella, pero joder, yo estaba hecho polvo. Mis costillas aullaban de dolor. Mi cabeza parecía que iba a explotar. Todo me palpitaba. Los hijos de puta iban a perder igualmente, pero me llevé unos buenos golpes.

—Joder, Nate. ¿Qué mierda tienes en la cabeza? —soltó mientras me dejaba caer en la cama, irritado—. *Sabes* que estás en el punto de mira del entrenador. ¿Qué ha sido eso, eh? ¿Decidiste pelear por diversión?

Resoplé, irritado.

—Claro que no. Unos imbéciles racistas dijeron mierdas. Solo eso.

Alzó las cejas.

—¿Y desde cuándo te metes en peleas por eso?

—No me toques los cojones, joder. Solo consígueme el botiquín.

Treyton negó con la cabeza al darse la vuelta y salir del cuarto, Dios quiera que fuera a por el botiquín.

Volvió enseguida, más rápido de lo que esperaba, entregándome un analgésico, la caja con los suministros médicos y una compresa fría, con mala cara mientras yo apartaba mis zapatillas de una patada.

Me coloqué la compresa en la cara de inmediato, sintiendo el dolor agradable del hielo contra la piel palpitante.

—Sabes que vas a quedarte en el banquillo. Contra Scadelton, además. ¿Qué *mierda* te...?

—No me toques los cojones, joder. Ya lo he dicho, dijeron mierdas.

Trey resopló, con los brazos cruzados y una expresión dura y fría. Ese era mi capitán.

—¿Y te interesa explicarme más sobre la situación para que pueda ayudarte cuando el entrenador te mande al banquillo?

Cerré los ojos, intentando que me dejara de doler la cabeza después de tragarme el analgésico en seco.

—No.

—Cuando quieras explicarlo, ya sabes dónde encontrarme, entonces. Sé que debes tener tus motivos, Nathan, pero *joder*, tío, *piensa* en lo que estás haciendo. Vas a quedarte en el banquillo en un clásico contra Scadelton.

En un partido que a todos, incluso a los tipos de la NHL, les gustaba seguir. Lo sé. Y lo haría todo de nuevo por *ella*.

Asentí, tragando con dificultad mientras apretaba la compresa contra mi propia cara.

—Lo sé, tío.

Podía haberme jodido esa noche. Un golpe mal dado en la pierna y habría tenido que estar semanas de baja para recuperarme. Y, joder, lo repetiría todo. Por ella.

—No sé qué mierda estás pasando, pero me gustaría saberlo, ¿vale? Cuando quieras contarlo, estoy en la habitación de al lado —gruñó, fastidiado, y ahí estaba mi mejor amigo.

Suspiré, aún con los ojos cerrados, sintiendo cómo el dolor físico se encontraba con el emocional. Yo debería ser honesto con él. Debería explicar por qué siempre perdía la cabeza tan fácilmente.

Empezaba en un ambiente hostil, donde quien pegaba más fuerte siempre ganaba. En el que perder la paciencia era la regla. Con una madre sin autoridad, pero que también sabía muy bien pegar. Comenzaba con el hecho de que nunca me enseñaron que descontrolarse estaba mal, porque crecí con mi madre haciendo eso.

Descontrolándose conmigo, con mis hermanos, con los amantes, con los traficantes, con la policía, con las asistentes sociales. Descontrolándose consigo misma.

Abrí los ojos, sintiendo el dolor venir en una punzada, pero Trey ya se había ido, dejándome solo con esos demonios otra vez.

Mi padre había intentado, todo lo que pudo, alejarme de aquello. Pero para intervenir, para realmente poder cambiar esa situación, tendría que poner su nombre en mi certificado de nacimiento.

Y él no iba a llegar tan lejos por mí.

Me quedé dormido con ese sabor amargo en la boca, sabiendo que *nadie* iba a llegar tan lejos por mí. Lo que era otro motivo de mi rabia. Si nadie lo haría por mí, me encargaría yo.



—...sí, está bien. Creo que está despertando. Gracias, Dennis. Puedes estar tranquilo, me las arreglaré con el turno.

Sacudí la cabeza, confuso, y entonces vi a una Elena cabreada delante de mí, de pie al lado de la cama y con los brazos cruzados.

Ya no tenía sangre en la cara por mi culpa, pero sus manos aún tenían marcas claras. El pelo también tenía alguna que otra marquita aquí y allá, y parecía haber perdido las ondas del peinado, volviendo a su liso habitual.

Entonces bajó los brazos y suspiró, negando con la cabeza hacia mí.

—¿Estoy flipando por el analgésico o estás aquí de verdad? —pregunté, aturdido.

Y le saqué una sonrisa, lo cual ya era un punto más cerca de la victoria, teniendo en cuenta que la mujer parecía *cabreada de cojones.*

Entonces resopló, dándose cuenta de que debía estar enfadada.

—Me preocupé. No enviaste ningún mensaje.

—¿Y tu padre? —gruñí por el dolor en las costillas cuando me recolocé en la cama, ya que me había resbalado y me había quedado medio caído de lado por haber dormido sentado.

—Está bien. Solo fue un susto —dijo en voz baja, observándome.

Sonreí de lado ante eso, satisfecho.

—Te dije que no estaba mintiendo.

—Va a quedarse ingresado, por lo menos, hoy. Mi madre está con él. Cuando me escabullí, había un grupo de periodistas en el vestíbulo esperando noticias. Uno de mis tíos se quedó conmigo y con mi madre también. Ahora mismo está sedado, para que la medicación haga efecto, pero consideraron intubarlo.

Asentí, viendo en sus ojos que, si lo intubaban, significaba que era el final.

Estuve a punto de mentir.

Suspiró, se acercó y me ayudó a sentarme contra el cabecero de la cama, y luego me ayudó a quitarme la sudadera ensangrentada.

Me dolió de la hostia.

Observó mi cuerpo con cuidado: la camiseta negra, uno u otro moratón en los brazos, las manos con sangre, igual que lo que yo imaginaba que tendría en la cara, sobre todo porque la compresa de hielo —ya derretida— estaba llena de sangre.

—Por Dios, Nathan... —susurró, mirándome la cara.

La atraje hacia mí, casi tirándola encima de mí, hasta que se acomodó en el borde de la cama, se quitó el abrigo y lo lanzó al otro lado de la cama, analizándome con atención.

—Ni siquiera sé por dónde empiezo —gruñó, preocupada—. Al menos te tomaste algo.

Suspiré, incómodo con mi propio cuerpo.

—Me llevé unas buenas hostias, no lo voy a negar.

La mirada que me lanzó fue suficiente para que decidiera no volver a tocar el tema. Estaba realmente cabreada.

Los otros tipos debían de estar peor. Y, como ya dejé claro, lo haría de nuevo. Nadie dice ese tipo de cosas de mi mujer. Nadie dice *nada* de Elena Braddock-Fitzroy. Hunter tuvo suerte ese día, porque todavía respiraba.

—¿Y tu padre? ¿Qué fue exactamente lo que causó eso? —pregunté, sintiendo cómo me levantaba la camiseta mientras me revisaba la barriga y las costillas, pero no encontró nada aparte de algún enrojecimiento aquí o allí. Dolía, pero no iba a doler tanto tiempo como mi cara.

—Complicaciones de la enfermedad —explicó—. Su médico le cambió algunos medicamentos y está probando algunos enfoques diferentes.

Asentí, buscando sus ojos, pero ella no me miró.

—¿Y...? —insistí.

Suspiró, cediendo, y levantó la mirada.

—Es lo que ya sabíamos. A finales de octubre... El plazo es antes de Navidad. Es absurdo pensar que mi padre tiene una especie de fecha de caducidad, pero eso es lo que el susto de hoy nos mostró. Un día, Nate, no será un susto —le salió más bajito y la voz se le quebró.

Acerqué mi cara a la suya, besándole la frente.

—Y voy a estar aquí para aguantar el tipo por ti.

Negó, incluso entre mis brazos.

—No. Tienes que *cuidarte*. Priorizarte. Lo que hiciste hoy puede joderte toda la vida. No creas que no sé lo grave que fue. En cuanto tu entrenador se entere, estás en el banquillo, si no, peor. No puedes hacer eso por mí.

—Pero lo hice y lo haría de nuevo —recalqué, irritado.

—¡No deberías! —replicó, levantándose de la cama, pero le agarré la muñeca a tiempo, apretándola y tirando de ella de vuelta hacia mí, casi haciéndola tropezar con el movimiento brusco.

—Lo haría las veces que hiciera falta —dejé claro, mirándola a los ojos, apretándole la piel entre los dedos. Ella giró la cara, pero le sujeté la nuca con la otra mano, obligándola a mirarme—. No estaba dormido cuando dije que te quiero. Y te quiero, Braddock. Que te cagas.

Ella resopló, *aún más cabreada*. ¿Quién demonios se *cabreaba* al oír un "te amo"?

—¡Precisamente por eso no puedes hacer eso! ¡No puedo ver a otra persona que amo con la vida destruida! Mi padre se está

muriendo. Mi abuela se *desharía* de ti en un abrir y cerrar de ojos. Y, Nathan Barlow, yo también te quiero que te cagas, hasta el punto de haberme replanteado mi cordura, porque si esa mujer se *atreve* a ponerte un dedo encima, *destruyo a los Fitzroy* por eso. ¿Tienes idea de que...?

Tiré de su cara hacia la mía, hundiendo sus labios contra los míos, pese a la sangre, incluso con el dolor que me atravesó todo el cuerpo y con su gemido irritado.

Yo también te quiero que te cagas. Mi mente procesó muy bien esa información.

—¡Esto no debería ser normal! —cortó el beso y, ya empujándome, todavía más irritada. Por Dios, esa era la mujer de mi vida. Definitivamente. Conclusivamente. Iba a arreglármelas para casarme con ella—. ¡Tres semanas, Nate!

Solté una risa incrédula.

—Aún sigues con eso.

—¡Claro! —gruñó, irritada—. Y has *vuelto* a abrirte las heridas, joder.

A esas alturas sonreía de oreja a oreja.

—Y lo haría de nuevo —dije, solo para provocarla, lo que hizo que me lanzara una mirada fulminante.

—Cero sentido de autopreservación, qué coñazo —se quejó, de mal humor mientras se levantaba y miraba alrededor.

—¿Qué estás buscando?

—Algo para limpiar toda esta sangre. ¡Qué infierno, Nate!

Solté una risa, tirando de ella hacia mí otra vez y tumbándola encima de mí, oyendo otra palabrota a modo de queja.

—¡Para con eso! —siseó—. Necesito limpiar esta porquería y toda esta sangre. ¿Qué tal una ducha?

—¿Contigo? Siempre —confirmé, viéndola cerrar los ojos y negar con la cabeza, apretándose el puente de la nariz, como si le doliera. *Espera*. Lo noté un segundo después: —Tienes migraña.

La constatación me hizo darme cuenta de que iba lento para algunas cosas. Desde temprano ella estaba poniendo pequeñas muecas y encogiéndose ante sonidos más fuertes, ya fuera en el coche o en el aparcamiento.

Sus ojos se abrieron, encontrándose con los míos mientras resoplaba.

—¡Claro que tengo migraña, Nathan! Mira todo lo que...

Ya la tenía antes.

—¿Cuándo fue la última vez que comiste?

—Nathan... —protestó, lo que debería sonar bonito, pero yo estaba realmente preocupado—. No me acuerdo —admitió.

—Claro que vas a tener migraña, Braddock. Eres un ser humano, necesitas comer.

Suspiró, fastidiada, pero no lo negó.

—No ahora, ¿vale? Primero quiero asegurarme de que no hay nada *tan* mal contigo, aparte de tu locura por querer pelearte contra tres tíos a la vez tú solo.

Sonreí de lado ante eso, pero estaba calculando todo lo que debía de haber en nuestra nevera en ese momento, porque necesitaba que comiera.

—En serio, Nate, no hagas eso —pidió, pero claramente irritada con el tema—. Lo sé, tú me amas, yo te amo, toda la historia es un poco autodestructiva si te paras a pensarlo, pero no te metas en causas perdidas. Hay gente racista en todas partes. ¿Machista, entonces? Por Dios, eres un jugador de hockey, sabes que los deportes son un antro de machismo. No deberías dejar que eso te afecte, y menos porque... —siguió hablando, analizando todas mis heridas, revisándome el cuerpo, comprobando lo que tenía a su disposición en el botiquín, revisando la compresa fría, ya no helada, pero lo único que yo podía hacer era mirar a la mujer deslumbrante que tenía delante.

Ella estaba riñéndome, pero yo apenas podía prestar atención, porque joder, esa mujer era mía. Y había una persona en el mundo que creía que estábamos casados.

¿Y si cambiábamos eso? ¿Y si fuera *todo el mundo?*

Su suspiro me sacó de mi propia cabeza.

—¿Qué pasa? ¿Has prestado atención a lo que he dicho?

—Más o menos. Estaba ocupado enamorándome un poquito más.

—Nathan... —siseó, frustrada. Pero se le cayeron los hombros y cedió de inmediato. *Bueno... ¿Quién lo diría?* —De verdad que te

amo —soltó, risueña, mirándome la cara.

Sonreí de lado ante eso, con una idea.

—Entonces ponte mi camiseta.

Su sonrisa se apagó.

—*No voy a* ponerme esa cosa horrenda roja y azul. El rojo y el azul *no pegan juntos,* y mucho menos en mi piel.

—Discrepo. Estás guapa con cualquier cosa. Sin nada, aún más.

—Nathan Barlow —advirtió, fría.

—¿Qué? —ronroneé.

—Me cago en la puta —se quejó, pero mi sonrisa fue creciendo, y se hizo aún mayor cuando se giró y miró alrededor, revelando la espalda desnuda, con solo un hilito sujetando cada lado del vestido para mantenerlo en su sitio por delante.

Joder, ¿llevaba eso puesto todo el tiempo? ¿Cómo *no* me fijé en esa tela que me llevaba directamente al mal camino?

—¿Dónde tienes una camiseta tuya?

Señalé el armario, y yo, sinceramente, parecía un perro viendo llegar a su dueño con una pelota nueva, mientras ella abría las puertas del armario y cogía uno de los *jerséis*.

—Joder, con el vestido debajo no tiene sentido, Elena. Voy a ir ahí y te lo arrancaré yo mismo —advertí, mientras ya me acomodaba para levantarme, viéndola subir la camiseta por la cabeza, todavía con el vestido rojo que la hacía parecer lo más parecido posible a una diosa griega.

Dejó de vestirse, se quitó la camiseta por la cabeza y me miró como si estuviera considerando tirármela a la cara.

—Bien dicen que entre el amor y el odio hay una línea fina —gruñó, irritada, mientras se desataba algo en la espalda.

—No me creo que vaya a llevarme un *striptease* —ronroneé, ignorando el odio.

Ella abrió y cerró la boca, entrecerró los ojos y luego bufó tan *fuerte* que pude oírla desde donde estaba, y eso que estaba al otro lado de la habitación.

Pero el vestido cayó.

Mi nuez de Adán subió y bajó mientras yo miraba lo que, definitivamente, era una diosa griega.

—Deja de mirarme así —siseó del modo que a mí me encantaba. Solo en bragas para mí, mientras estiraba los brazos y se ponía la camiseta del equipo, con mi nombre en su espalda.

Y con tacones. No se quitó los tacones de suela roja que parecían gustarle tanto.

—¿Satisfecho? —El tono gruñón era obvio y solo me hizo sonreír aún más.

—Más que eso, solo si estuviera dentro de ti.

—*Ja* —chilló, alzando la voz, al acercarse y sentarse cara a cara conmigo, apuntándome con el dedo a la cara—. Hoy no, jugador. No creo que aguantes ni siquiera mover el brazo para hacértela.

Ella tenía su parte de razón.

Pasé los dedos por el cuello expuesto, con el collar asomando por dentro, bajando el índice por el hueco de sus pechos, viéndola ponerse la camiseta de Northride a pesar de ser una Scadelton. El rojo y el azul le quedaban demasiado bien.

—Ahora, solo falta usar esa camiseta en un partido —provoqué, viendo su mirada fría encima de mí.

Mi mano cayó sobre su pierna y sonreí débilmente al mirarla, pero la mujer no iba a ceder.

Lo iba a conseguir. Ella iría, sí, a un partido, como mi mujer y llevando mi camiseta. O si no, que no me llamo Nathan Barlow.

Suspiré, medio contrariado, pero cedí mientras ella se apartaba y volvía con una toalla limpia y húmeda del baño de la casa, empezando a limpiarme la cara. Cada vez que yo me echaba hacia atrás, la mujer me lanzaba una mirada fulminante, más que obvia.

—Odio que te hayas hecho daño por mí —admitió por fin, en un momento dado.

—Yo no.

—Lo sé, lo harías de nuevo —gruñó, concentrada mientras pasaba una gasa por mi piel, limpiándola con suero—. Necesitas ducharte ahora, y entonces sí podré hacerte las curas.

—Sí, señora, esposa —confirmé, y ahí, joder, ahí mismo, vi cómo su sonrisa llenaba la habitación.

Una mano en ella, la otra sujetándome la barriga, y la mujer de mi vida intentando contener la sonrisa mientras parecía poseída de

rabia porque me había hecho daño.

Se le extendió por la cara, lo que me hizo devolverle la misma expresión, acariciándole la mejilla.

—Primero voy a hacerte algo de comer. Así me miras ducharme desde el palco y con la barriga llena.

Parecía lista para discutir, pero desistió cuando vio mi mirada impasible.

Antes de que pudiera levantarme, para hacer exactamente lo que había dicho que haría, entrelazó nuestros dedos y me miró, manteniendo los ojos en los míos.

—Gracias —dijo, sincera—. Por haberme quitado esa decisión de las manos antes. No sabía qué hacer y había que hacer algo. Estoy acostumbrada a tomar decisiones, pero cuando se trata de mi familia... Gracias. Soy la persona que cuida de los demás, y sé que tú ya lo sabes: eres demasiado listo como para no haberlo notado. —Sonrió de lado al ver la misma sonrisa en mi cara, confirmándolo —. Gracias por cuidar de mí.

Yo estaba abriendo la boca, pero ella me puso dos dedos en los labios, impidiéndome hablar.

—Pero, por favor, Nathan, déjame cuidarte. Déjame hacer algo por ti cuando todo lo que puedo darte es tan poco.

—Es suficiente —protesté.

—No. No lo es. No para mí. No para ti, aunque no lo admitas. Y mientras yo no pueda darlo todo, al menos permíteme hacer todo lo que puedo. Esto solo va a funcionar si los dos sentimos que nos estamos apoyando al máximo el uno al otro y apoyar no es solo animar en un partido o ir a una conferencia. Es ayudarte a levantarte cuando estás caído.

—No estoy caído.

—Y yo no estoy siendo literal. Te amo, Nate, déjame cuidarte a ti también.

Tragué saliva, sorprendido por su percepción, pero asentí.

Era difícil admitir que ser cuidado era algo... posible. Que existía. Y aun así... era bueno. Pero solo porque era ella.

—Solo voy a dejarlo porque yo también te amo —afirmé, serio, lo que la hizo reír.

—Joder, ¿tenías que ser así de terco?
La miré con completa perplejidad.
—¿Te has mirado al espejo hoy?


BLUE BBLE
2024
UNIVERSITY OF NORTHRIDE



32

Protege a tu hombre ✓

Elena

Nate estaba medio grogui, además de confundido, pero me hizo *tres* sándwiches, como si yo fuera a comérmelos todos. Además, cogió leche y dos frutas... Sin contar los sándwiches que se hizo para él y los remedios que buscó en los armarios.

Todo eso, charlando tranquilamente, como si no fueran casi las cuatro de la mañana del sábado.

Le ayudé a organizar la comida; él sacó dos taburetes y me obligó a comerme un sándwich allí mismo mientras iba de un lado para otro, y yo me tomaba un isotónico mientras tanto.

Se dio una ducha, intentó limpiar mejor las heridas y después le hice algunas curas, aunque no funcionaran en la mayoría de las heridas de la cara. Al menos, las manos ya tenían mejor aspecto, considerando el color que tenían por la cantidad de puñetazos.

Eché una cabezadita en la cama con él, pero antes de las siete ya estábamos en pie. Podía llamar a un coche, pero insistió en llevarme con seguridad hasta el hospital, donde yo tendría que engañar a Liam.

Dennis estaba preocupado cuando salí del hospital a escondidas para comprobar cómo estaba Nate, pero yo no iba a poder quedarme en paz sin verle a él también. Tuve que apañármelas.

Y Liam no podía saberlo, así que hice lo mejor que pude y mandé a Dennis a casa, ya que su turno ya había acabado.

Nathan me dejó en el aparcamiento del hospital, con un ojo hinchado al máximo, mientras los cortes parecían debatirse entre cerrarse o volver a abrirse.

—Tu entrenador se va a poner como una puta furia, Nate.

—Lo sé, no me importa. Fue por un buen motivo.

Negué con la cabeza, besándole la sien mientras él besaba mis nudillos, parpadeando el ojo que mejor podía mover.

Suspiré al cerrarme el abrigo y abrir la puerta del coche, pero Nathan me puso la mano en la pierna y me miró, serio.

—Ponme al día luego sobre su situación.

Asentí, mirándole a los ojos y sonriendo débilmente.

—Cuenta con ello.

—Y come. Si no, voy a empezar a mandarte mensajes cada tres horas para recordártelo.

Solté una risa al mismo tiempo que sentí que se me iluminaban los ojos de felicidad.

—No sería tan malo así —bromeé.

Él sonrió a cambio; uno de los cortes se reabrió y me hizo resoplar. Nate solo se encogió de hombros, como si no fuera nada.

—Relájate, *bravita*. Cuídate. Y te amo —guiñó un ojo.

Apreté los labios, conteniendo una sonrisa que delataría toda mi felicidad.

—Nada más de peleas, Barlow.

—No puedo prometerlo, y aun así me amas —se jactó, orgulloso.

Bufé, pero negué con la cabeza al salir del coche.

—Te amo de verdad, pero deja ya esto —y di un portazo, girándome y yendo hacia dentro del hospital por la parte de atrás, aun así escuchando su risa.



Liam estaba confundido por cómo no me había visto durante horas dentro del hospital, pero como no había entrado en la habitación de mi padre en el ala VIP, no podía imaginar que yo no había dormido en la cama de acompañante pegada a mi madre.

Tío Linc tenía *muchas* preguntas en la mirada, pero solo comprobé cómo estaba mi padre, hablé con mi madre y recibí un gesto positivo de mi padre al salir, un poco más consciente, pero aún más o menos igual. En otro momento hablaría con él sobre Nate. Algún día. En el futuro.

Parecía mejor, pero ya no era el hombre lleno de vida que me había criado. Estaba empezando a empeorar cada vez más rápido. Y yo no sabía si tenía corazón para ver eso.

Me fui a casa, llevé a Easton a su entrenamiento de hockey en la escuelita y fui a la empresa justo después. Había algo que necesitaba resolver.

Con nombre y apellidos y un despacho que quedaba cerca del mío en uno de los últimos pisos de la torre Fitzroy, en el corazón de Boston.

No llamé a la puerta del despacho de Hunter al entrar, sobre todo porque el edificio entero era mío, pero él observó mi ropa con desdén, recostándose en el sillón de cuero y soltando el bolígrafo que tenía en la mano, con una sonrisa maliciosa.

—¿Está ella aquí? —pregunté mientras cerraba la puerta, echando la llave por dentro. Hunter negó.

—No. Todavía no ha llegado. Vendrá más tarde; fue a visitar a su padre al hospital ahora mismo.

Genial. Un problema menos.

—Perfecto. Entonces tenemos tiempo.

—Sí, empezamos por la parte en la que te informo de que no me tragué una puta mierda de lo que tu juguetito dijo anoche y solo fingí porque sabía que aparecerías ahora mismo en mi despacho. Pero sigo queriendo la gestión de inversiones.

Solté una risa, incrédula.

—¿Tú te crees que pasé la noche en el hospital, Bradford?

Él observó mi cara, mi ropa, mis pies doloridos porque yo solo me había quitado el tacón para dormir un poquito con Nate, antes de

volver a la rutina.

—No estás casada. Ni siquiera pareces tener el "puto anillo".

—Claro que no tengo el "puto anillo" —espeté—. Mi abuela lo descubriría, gilipollas. El anillo está muy bien guardado y se utilizará cuando podamos asumirlo todo. Hasta entonces, vas a mantener la boca cerrada.

Él puso los ojos en blanco, pero me analizó.

—¿Y cómo os conocisteis? Y ni se te ocurra mentirme. Sabes que lo voy a descubrir.

Sí, cuando llegue al infierno, quizá lo descubra.

Me encogí de hombros, sacando mi móvil del bolsillo del abrigo y dejándolo, junto con mi bolso, encima de la mesa. Hunter no era lo bastante inteligente como para saber que yo lo estaba grabando todo.

—Fue el año pasado, Hunter. Poco antes de que descubriéramos lo de la enfermedad de mi padre, y mucho antes de que él me lo contara a mí. Pensé que podría convencer a mi abuela para que desistiera de ese brote loco de casarme contigo, pero no cedió, y cuando Nate descubrió que yo estaba cada día más cerca de terminar con el gilipollas abusivo que eres, le pareció justo impedirlo. Y acepté.

Una gran mentira incrustada de verdades.

—¿Entonces cambiaste un acuerdo favorable por algo incierto, por un crío que no entiende una puta mierda de dónde se ha metido, solo para no terminar conmigo? —se rió.

Me encogí de hombros.

—Aprendí que es mucho más fácil querer y amar a Nathan que quererte y amarte a ti. —mentí, porque a pesar de que eso *era* verdad, yo ya le amaba incluso antes de un matrimonio, antes de que algo falso saliera de sus labios para protegerme—. Y él es mucho más mi marido de lo que tú podrías siquiera pensar en ser algún día. Por eso, quiero dejar *muy* claro, Bradford, que necesitas empezar a preparar tu colchón para desaparecer de mi vida en el momento en que ya no seas útil. Sí, mi padre va a fallecer pronto, y tú vas a asumir la dirección de inversiones, pero no pienses, ni por un segundo, que eso será permanente.

—No lo pensé —declaró, mirándome a los ojos—. Pero también sé que tú cumples tu palabra más que tu abuela. Puedo vivir con eso.

—Perfecto. Hemos hablado.

—No, no hemos hablado.

—No era una pregunta, Hunter —sonreí, tiesa, fría.

—Si algún día decides engañarme —dijo en voz baja, frío, por lo menos él estaba hablando en el futuro; yo, en el presente, ya le estaba engañando—. Si te atreves a traicionar nuestro acuerdo... Me aseguraré de que denuncien a su madre ante los servicios sociales por cómo trata y cría a sus hijos y, *al mismo tiempo*, yo mismo compraré cocaína suficiente para que tenga tres sobredosis. Puede que no amenace la vida de nadie como sé que tu abuela sería capaz de hacerlo, Elena, *pero no juegues conmigo*, porque voy a acabar con tu vida y con la de él.

Sonreí, tranquila.

—Dale un abrazo a Bianca. Estoy segura de que está ansiosa por una boda que nunca va a ocurrir.

Él bufó mientras yo me levantaba, cogiendo todo y saliendo de su despacho, sintiendo que se me trababa la garganta.

Necesitaba mandarle el audio a Nathan para que se asegurara de que nuestra mentira encajara con lo que yo le había dicho a Hunter, pero consideré cortar del audio las últimas palabras de la mano derecha de mi abuela

Sin embargo, no lo hice. No iba a esconderle nada a Nathan y envié el audio completo, rezando para que no perdiera la cabeza una vez más al ver a su familia amenazada por un hijo de puta como Bradford.

Y, al fin y al cabo, él sabía que estaba en desventaja, pero no acorralado, y era exactamente eso lo que yo necesitaba de él.

Ahora, yo necesitaba lidiar con otras cosas: mi abuela, la salud de mi padre, ayudar a mi hermano con sus tareas y, por último, asegurarme de que Nathan siguiera entero.

> Mientes tan bien que es absurdo.

> Haces que parezca que los agentes de inteligencia de este país son malos.

> Nuestro primer encuentro fue en un restaurante cerca de tu empresa. Te voy a mandar la dirección. Si él pregunta, comiste un plato raro de patatas.

Su respuesta llegó horas después, pero fue suficiente para que yo supiera que estábamos bien. Y me hizo sonreír.

¿Entero? <

Él lo ignoró, lo que me hizo reír para mí misma. Pero, en el fondo, sabía que él tenía razón. Necesitaba encontrar una forma de cambiar mis hábitos alimenticios; de lo contrario, eso podría perjudicarme aún más en el futuro. Yo no era tan tonta como para creer que los mareos ocasionales, la migraña y las náuseas no tenían una causa obvia.

Yo, honestamente, solo me olvidaba de comer.

Pasé esa noche con Nate también, usando la misma coartada que usé la noche anterior, pero de cara a Giulia, saliendo por las puertas traseras y yendo a escondidas a la fraternidad de los *Northride Bulls*. Me pegué una buena ducha en el baño compartido por siete tíos distintos, aprendiendo de una vez por todas que, por desgracia, los hombres —en conjunto, como un todo, formando un equipo— no consiguen organizarse. Ni son muy limpios. Había ropa sucia por todas partes.

Fue cuando me topé por primera vez con Aurora, y no fue en Scadelton.

Por un segundo, al verla en la cocina en la que yo había estado la madrugada anterior, deshilachando una pechuga de pollo —¿a las tres de la mañana?—, con los ojos azules muy abiertos mientras la pillaban in fraganti, igual que a mí, solté el aire, pensando que por fin iban a descubrirme.

Pero entonces sonrió. Me dijo dónde estaba el botiquín que Nathan había guardado y ambas seguimos guardándonos el secreto la una a la otra. Así de simple. Ella se estaba escondiendo de sus hermanos y, aunque no sabía qué me hacía esconder a Nathan de la gente, simplemente prometió guardar el secreto.

—*¿Sabes qué?* Nunca nos vimos.

Sonreí de oreja a oreja.

—De acuerdo, por favor —confirmé.

Pero lo que me gustó aún más de ella fue el hecho de que miró la compresa sucia en mis dedos e inmediatamente se preocupó por Nathan.

Entré en su cuarto con una compresa de hielo nueva y el botiquín repuesto, alzando las cejas mientras él se revolvía en la cama, la cara todavía peor que el día anterior, pero sonriendo como un gilipollas porque yo, otra vez, llevaba su camisa.

Era cómoda; ¿qué podía hacer si no tenía ropa mía por allí? Solo conseguí meter unas bragas limpias en mi bolso esta mañana sin levantar sospechas.

—Aurora me vio. Creo que más o menos lo sabe —admití, sentándome delante de él y empezando a limpiarlo todo después de su ducha.

Él sonrió, asintiendo.

—Trey también lo está pillando ya. Creo que, con el tiempo, voy a tener que decírselo.

—¿Confías en él?

Nathan me miró, serio, y asintió con la cabeza, acariciándome la rodilla desnuda.

—Con mi vida, sin exagerar nada. Ese tipo podría ser mi hermano en otra vida.

Sonreí por eso, asintiendo a cambio.

—Entonces yo también confío —guiñé un ojo, empezando a extender un poco de la pomada, intentando acelerar la cicatrización y disminuir el dolor que debía de sentir—. ¿Qué pasó con el equipo y el entrenador?

Él suspiró, soltando un resoplido fastidiado.

—El entrenador me puso en el banquillo para los próximos partidos. Solo me sacará si es estrictamente necesario, por ser el mejor defensa. Y tuvo que informar a la universidad, porque ya tenía órdenes al respecto y no pudo encubrirme.

—¿Qué significa eso?

—Que he recibido un correo electrónico hoy, a última hora de la tarde, solicitando una reunión con el consejo deportivo y con el rector el lunes.

—Nate... —dije, preocupada.

—No va a pasar nada.

—No lo sabes.

—No va a pasar. Me niego a joderme cuando sé que hice lo correcto al defenderte. Y si llega a eso, voy a alegar legítima defensa.

Suspiré, fastidiada por eso, pero él negó con la cabeza, tirando de mí encima de él y dándonos la vuelta, haciendo que le manchara el cuello con la pomada mientras él se colocaba encima de mí en la cama, jugando con el bajo de su propia camisa, que me quedaba enorme.

Sus manos me apretaron la cintura; el contacto directo en la piel me puso la carne de gallina, jugando con que sabía que, aparte de aquella prenda, yo solo llevaba unas bragas, pero no intentó nada sexual: solo bajó la cara hacia la mía y juntó nuestras frentes, respirando hondo.

Le acaricié la nuca, cerrando los ojos y aprovechando el momento.

—Me las apañaré con la universidad. Pero creo que voy a poner las cartas sobre la mesa con Trey; se merece saberlo. Sobre más cosas, además de tu existencia.

Abrí los ojos, mirándolo con curiosidad, pero él me sonrió.

—Amigos antes de va...

Hundí mi rodilla en su muslo, casi en sus pelotas, lo que le hizo sisear, pero se rió justo después.

—Sabía que te ibas a cabrear. Quiero hablar con él de todo antes de hablarte más de mí a ti. Hay algunas cosas que no he ido contando, y siento que, en el futuro, pueden ser un problema entre nosotros. Quiero evitarlo.

Asentí, más satisfecha, observándolo.

—No puedo exigir mucha sinceridad sobre todo cuando estoy mintiendo *sobre* ti.

Él tenía una sonrisa débil en los labios, negando con la cabeza.

—No es eso. Solo son cosas difíciles de decir. Secretos que no son enteramente míos, pero que me afectan y que pueden afectarte a ti también.

Asentí, cada vez más curiosa.

—¿Quieres ver una serie conmigo? Vas a querer matarme, pero es sobre hockey —añadió.

Solté una risa por el cambio de tema, pero yo le amaba aún más por eso.

—Depende. ¿Vas a explicarme quién es quién, cuál es el conflicto detrás de todo?

—Definitivamente —dijo, animándose y saltando de la cama.

—Entonces espera a que termine el puto vendaje, Nathan —me quejé, siguiéndole fuera de la cama, pero él se rió, pasándome las manos por la cintura y sentándome en su escritorio, mi culo apretándose contra los libros gruesos.

—Voy a hacer palomitas también —declaró—. Y quién sabe, igual me gano el postre —me dio un beso suave en los labios, haciéndome sonreír.

—Solo si te portas bien.

Él gruñó contra mis labios.

—Pero a ti te gusta que yo *no me* porte bien.

Sonreí contra sus labios, acariciándolos y subiendo mis dedos por su pelo, satisfecha con el hecho de que estábamos allí, juntos, y nada más.

—No, no me gusta. Lo amo.



33

Que no te expulsen (por poco) ✓

Nathan

No tuve tiempo de hablar con Trey sobre todos mis problemas antes de la reunión con el consejo, pero él ya sabía lo de Elena. Aurora, por supuesto, había hablado. No podía ocultarle nada al tipo, y no tenía por qué ocultarle que *yo* le estaba escondiendo a Elena, ¿no? Así que tuve que explicarme rápidamente sobre eso, pero no tuvimos mucho tiempo juntos y a solas para hablarle de todo lo demás.

Y, sinceramente, estaba más preocupado por los encorbatados de la mesa larga y de esquinas redondeadas a mi alrededor, todos con cara de *cabreados* mientras miraban fijamente mi rostro.

Siendo sincero, mi cara no tenía muy buena pinta.

¿Estaba preocupado el entrenador Miller, además de enfadado conmigo? Sí, pero definitivamente le inquietaba la posibilidad de perder a su mejor defensor.

Lo entendía. Yo también tenía miedo de perder mi plaza en el equipo.

Joder... No podía pensar en eso. No ocurriría. Punto final. No sería así como acabarían las cosas.

—Bien, señor Barlow, imagino que ya sabe por qué estamos aquí hoy —comentó el responsable de becas de la universidad, tamborileando con los dedos sobre la mesa, cerca de la cabecera. El

jefe del comité deportivo estaba allí. El vicerrector también; el rector tenía algo más urgente en su agenda.

Había demasiada gente importante allí.

—Sí, lo sé, señor —gruñí, sin muchas ganas de abrir la boca. Mi padre me había recomendado que dijera el menor número de palabras posible, y yo estaba de acuerdo.

No es que mi padre estuviera muy contento con lo que hice, pero le expliqué un poco la situación y entendió un poco mejor las cosas. Dijo que, algún día, le gustaría conocer a la mujer que me hizo arriesgarme tanto por ella.

Ya la conocía, pero no necesitábamos ir tan lejos en esa conversación.

—¿Y tiene algo que decir en su defensa? —preguntó con cinismo el jefe del comité—. Su situación no es nada favorable. Pelea tras pelea fuera de la pista no va a llevarle a ninguna parte, señor Barlow. En realidad, existe una altísima posibilidad de que le retiren la beca de forma permanente si continúa con esa actitud.

Mmm... La situación es bastante mala. Pero al menos sabía lo que estaba sobre la mesa.

—No me peleé porque quisiera pelearme —dije la verdad entre mentiras, del mismo modo que Elena también lo hacía tan bien—. Estaba con mi... amiga en ese momento —gruñí, incómodo con el término—. Ella es negra, y dijeron cosas por el color de su piel que no voy a repetir aquí delante de ustedes. Me negué a permitir que aquellos hombres dijeran esas cosas sobre una persona.

—Y decidió que era una buena idea pelearse por eso —declaró otro de los hombres allí. Creo que era el abogado de la universidad. Prefería no conocerlo, para empezar, así que no me molesté en aprenderme su nombre.

Gruñí algo. Pelearme no era exactamente la mejor opción, lo sabía, pero me parecía la solución más obvia. Dudaba que aquellos hijos de puta fueran a repetir lo que hicieron con Elena.

Si lo repetían, podíamos volver a hablar.

El entrenador me lanzó una mirada fría de reojo, como si quisiera que me defendiera, pero eso era precisamente lo que estaba haciendo. Yo había decidido que sí, que era una buena idea darles

una paliza a tres gilipollas. La decisión fue un poco... irreflexiva, no lo voy a negar, pero era correcta.

No me arrepentía, independientemente de lo que se decidiera allí. Y nunca permitiría que la tocaran.

—¿Y cómo va su desempeño con el equipo infantil? —preguntó otro de los hombres. Creo que era el director del Departamento de Ingeniería. Hacía poco que había cambiado la jefatura.

—Excelente. Los entrenadores y el equipo solo han dado elogios, según el informe que envié antes —respondió el entrenador Miller, ya que yo no tenía acceso a ese tipo de información—. A pesar de las dificultades iniciales para tratar con los niños, Barlow ha evolucionado rápidamente y se ha convertido en un gran instructor. Los chicos ganaron el último partido, además de que varios equipos infantiles parecen interesados en invitarlos a seguir desarrollando sus habilidades. Sin contar que los chicos lo idolatran y lo ven como un ejemplo.

—Lo cual es una pésima idea —murmuró el abogado.

—No estamos aquí para emitir juicios de valor —lo interrumpió el entrenador Miller—. No es ningún secreto que Nathan tiene dificultades para controlar su temperamento, pero puedo afirmar que se ha estado esforzando en ello.

Ah, la voz de Elena gritó en mi cabeza. ¿Dónde estaba el tipo que dos días antes me estaba gritando en la cara hasta el punto de que todo el equipo oyera desde el pasillo que yo era un "gilipollas arrogante que solo sabía pelear"?

Tenía que reconocerle el mérito al entrenador: sabía proteger a su equipo, porque la *paliza mental* que me dio dos días antes fue absurda.

El vicerrector se limitaba a seguirlo todo, sin expresar ni una sola opinión. El jefe del comité murmuró algo, pensativo, analizándome.

—De acuerdo. ¿Cuánto tiempo estará suspendido de los partidos el señor Barlow? —inquirió de inmediato, apartando la vista de mí para dirigirla al entrenador, que se encogió de hombros.

—Tres semanas sin jugar. Pero, si es necesario para no perder el partido, lo pondré a jugar de inmediato. Barlow sigue siendo nuestro

mejor defensor, señor. No voy a arriesgarme a perder un partido solo porque haya cometido un error.

El abogado tenía el ceño fruncido, pero se quedó callado, tomando notas.

Tres semanas era una putada. Iba a perderme casi la mitad de los partidos de noviembre.

Pero siempre me necesitaban, lo que me daba esperanzas de que el entrenador acabara flexibilizando la norma y me pusiera sobre el hielo cuanto antes.

—Seguiremos vigilándolo, Barlow. Ahora se encuentra en una situación aún peor, pero sabemos que retirarle la beca estaría mal visto, teniendo en cuenta la ética y los valores de la *University of Northride*, lo que significa que, si sigue así, será expulsado de una vez por todas —declaró el jefe del comité, revolviéndome el estómago al mismo tiempo que sentía que mi corbata se me apretaba en el cuello, como si intentara estrangularme.

Joder. ¿¡Expulsión!?

Yo, definitivamente, no era consciente de todo lo que estaba en juego. Joder, expulsión... Nunca habían hablado de eso.

—Legalmente, su beca está garantizada hasta el final del semestre —explicó el abogado, escueto al ver mi mirada preocupada —. Pero su plaza puede ser... revocada. En especial si sigue teniendo actitudes que van en contra de los valores de la universidad, algo que se ha vuelto bastante común. Tuvo suerte de que nadie presentara una queja formal por esa última pelea.

Apreté los dientes con tanta fuerza para quedarme callado que sentí que me dolía la mandíbula.

Solo asentí con la cabeza, intentando tragarme ese hecho en seco. Sin suspensión. Sin retirada de la beca. Solo...

—Si hace algo malo en las vacaciones de invierno, hablaremos de una suspensión —añadió el abogado—. Son cosas diferentes. No haga nada malo hasta el final del semestre, y quizá tenga la suerte de ver el nombre de Northride en su diploma de Ingeniería Civil.

—Y una carrera —remató el entrenador Miller, frío, mientras daban por terminada la reunión como si en cinco minutos no pudieran haber destruido todo mi futuro.

¿En parte por culpa mía? Sí, pero aun así eran ellos quienes firmaban mi expulsión.

Joder, estaba metido en la mierda. Iba a tener que andarme con pies de plomo *de verdad* o todo aquello por lo que había luchado durante años se acabaría. Elena tenía razón cuando dijo que no valía la pena arriesgarse.

Lo que me cabreaba era que no cambiaría nada de lo que había hecho, y eso era lo que me preocupaba: lo haría de nuevo si fuera necesario, y eso podría costarme aún más caro. Un precio que no estaba dispuesto a pagar, acorralado en aquella situación por mis propias decisiones.

Ciegas, pero aun así tomadas por mí. Aquello era un ultimátum, y todos en la sala lo sabían, incluyéndome a mí.

Mierda. Solo por eso quería darle un puñetazo a alguien. Iban a ser meses largos.



34

Habla con tu mejor amigo ✓

Nathan

Era tarde por la noche cuando llamé a la puerta de la habitación de Trey y entré, encontrándomelo estudiando algo, con una gata dormida sobre la muñeca izquierda, apoyada en la mesa, que ni siquiera movía mientras tomaba apuntes en un libro de Derecho más grueso que mi bíceps. Joder, podría entrenar levantamiento de pesas con eso.

La gata había sido *cosa* de Aurora, por supuesto. Aurora había rescatado a la gatita en la madrugada del sábado al domingo, por eso se había encontrado con Elena en la cocina: le pidió ayuda a Trey, y allí estaba la gatita diminuta que se llamaba Aussie. La segunda hija de la pareja, por lo visto.

Era monísima. Yo entendía a Aurora.

—¿Qué pasa? —preguntó, serio, mientras el lápiz seguía moviéndose.

—Creo que sería buena idea contarle todo lo que está pasando a mi mejor amigo —admití—. Y capitán —añadí, incómodo.

Trey dejó el lápiz de inmediato y volvió la cara hacia mí, a pesar de mantener el brazo inmóvil.

—Tardó un poco —advirtió, frío. Pero entonces sonrió de medio lado, asintiendo con la cabeza mientras atraía a la gata a su regazo y se giraba en la silla con ruedas.

La foto de su hermana, Tracey, quedó a la vista en cuanto dejó espacio, junto a él. Ambos en la pista, él con su uniforme del instituto en el equipo de hockey de su ciudad natal, y ella con ropa ligera tras un entrenamiento en el hielo, como patinadora artística.

Aaron Montclair tenía que pagar.

Desvié la mirada de la foto, mirando a mi amigo.

Me hizo un gesto hacia la cama, donde me senté de un solo movimiento, tumbándome enseguida y mirando al techo.

Ya pasaban de las once. Sabía que él ya había hecho la llamada nocturna con Aurora porque le había oído reír comentando algo con su novia, y solté un suspiro sonoro.

—Soy hijo bastardo del gobernador de Massachusetts.

Silencio absoluto. Hasta la gata parecía sorpresa.

Me senté, aceptando lo que fuera que viniera, mirando a Trey y encontrándome con sus ojos muy abiertos, la mandíbula caída.

Abrió y cerró la boca, miró a Aussie como preguntándose si había oído lo mismo, pero la gata solo bostezó y se acomodó sobre sus piernas. Entonces volvió a mirarme.

—¿Carajo...? —afirmó y preguntó al mismo tiempo, en shock.

—Es más complicado de lo que parece —advertí, aunque creo que ya parecía lo bastante complicado—. Él nunca me reconoció, o habrían llegado hasta mí enseguida, y aun así ya han venido varios periodistas, pero sé cómo lidiar con eso.

Trey arqueó las cejas, intentando entender de dónde había salido todo aquello, ya que nunca había comentado nada de eso y ya nos conocíamos desde hacía casi tres años.

—De todas formas... Mi madre es adicta a la cocaína y a la heroína, como sabes. Ha consumido todo tipo de drogas que puedas imaginar, pero esas dos son sus adicciones favoritas. Crecí en una familia rota, Trey. Jodidamente rota. Envidio a la tuya por eso —confesé—. Cuando mi padre todavía no era tan importante en política, aún era posible salir juntos y él cuidaba mejor de mí, a su manera, pero podía hacerlo. Solo que, en cuanto asumió la alcaldía de Boston, y luego la gobernación del estado... Las cosas se complicaron más. Y mi madre nunca ayudó ni facilitó nada. En

realidad, creo que, en determinados momentos, prefería cambiar a sus hijos por una raya de coca.

Él tragó saliva, asintiendo, porque la mayor parte de aquellos hechos más o menos ya los sabía, yo solo nunca había hablado tanto de la situación.

—Aprendí a pegarle a la gente para proteger a mis hermanos. Aprendí que quien pega más fuerte gana. Que quien grita más alto permanece a salvo. Después, aprendí a pegar en la pista, porque mi padre me metió allí para ver si reducía la agresividad. Funcionó durante un tiempo, pero no lo suficiente.

—Por eso también entrenas boxeo, en vez de pasarte el tiempo corriendo por ahí como un loco —añadió. Hice una mueca. —¿Crees que no me he dado cuenta de que hay días en que sales a correr cinco o seis veces, Nate? Soy tu amigo y capitán, claro que me he dado cuenta. ¿El boxeo no te ha ayudado?

Había cierta comprensión en su mirada, un mejor entendimiento de las cosas, pero yo no sabía cómo me sentía con respecto a eso. Estaba acostumbrado a ser yo contra el mundo. Incluso con Elena apoyando algunas cosas... Era diferente. Era extraño tener apoyo. Tener a alguien de tu lado.

Recibir sus mensajes diciendo que encontraríamos una forma de resolver el ultimátum de la universidad ya me había revuelto el estómago. Como un equipo, estaba acostumbrado a trabajar en la pista. ¿Fuera de ella? Siempre había sido yo mismo cubriéndome las espaldas y protegiendo mis sueños.

Admito que era bueno no estar solo. Pero era una sensación nueva con la que todavía estaba aprendiendo a lidiar poco a poco.

—Un poco —respondí—. Pero no lo suficiente. Mi padre dice que necesito arreglar las cosas con mi madre, matar a ese demonio personal de una vez, pero ¿cómo voy a resolver mis cosas con una persona como ella? Todas las veces que la vi, no estaba en sus cabales. Solo se mantuvo limpia durante el embarazo de Audrey porque los servicios sociales casi le quitaron a todos mis hermanos, y ella no quería porque los usa como escudo para protegerse de los traficantes.

Ese dato era nuevo para Trey, porque vi cómo su nuez subía y bajaba, sorprendido.

Las imágenes borrosas de mi infancia se volvían intensas siempre que recordaba los gritos. Empujones. Peleas. Traficantes con armas apuntando a la cabeza de niños inocentes.

Negué con la cabeza.

—Y mi padre no puede reconocerme, entre otras cosas porque ni siquiera su esposa sabe de mí. Es él quien paga todo, supongo que a estas alturas ya te resulta bastante obvio. Solo así consigo mantenerme en la universidad y en el programa de hockey, igual que solo por eso tengo un coche, ropa limpia, comida en la mesa... Él puede cubrir los costes en caso de que la universidad me quite la beca, pero no puede hacer nada si me expulsan, y eso es lo que me advirtieron: que va a pasar si sigo con esta actitud, tío. Esa es la situación.

Trey se pasó la mano por el pelo, sorprendido mientras miraba a la nada, como intentando pensar en algo. Aussie le agarró la muñeca libre, como ronroneando mientras pensaba que era un osito de peluche.

—Joder, eres tu peor enemigo —murmuró, lo que me hizo reír con desdén.

—Sí. Eso ya lo he notado. Pero nada de lo que he estado haciendo me ha ayudado, así que decidí sincerarme contigo. No quería que te sintieras mal por eso, pero... Corro el riesgo de perder también mi plaza en la NHL.

Una plaza garantizada que yo tenía, a diferencia de él, que ni siquiera había conseguido una y... *Carajo*, yo era idiota.

—Joder, tío... —gruñó, sorprendido—. ¿Qué dijeron los tipos?

—Que, si sigo con esta actitud, si sigo así, no van a firmar conmigo. Eso es peor que ser un *free agent*[21]. Porque significaba que yo, además de tener un contrato, había sido *apartado* por el equipo por no ser lo bastante bueno. Nadie querría contratarme. Los chicos problemáticos en el hockey también tienen un límite.

Suspiró, asintiendo.

—Entiendo tu miedo. No entiendo por qué no me lo dijiste, pero comprendo el miedo. No va a pasar.

—No lo dije porque lo tengo todo en la palma de la mano y lo estoy tirando por la borda, mientras tú te estás dejando la piel y no consigues que nadie se interese —aclaré, oyendo su risa.

También era amargo admitir eso. Parecía que no tenía ningún tipo de gratitud por todo lo que habían hecho por mí para que llegara donde estaba. Incluso el dinero que mi padre había gastado en mí, aunque más o menos fuera su obligación.

—Una cosa no tiene nada que ver con la otra. Entiendo tu situación, Nate. Nunca te juzgaría por ella. ¿Los de la NHL hablaron contigo?

—No. Solo le transmitieron la información al entrenador Miller, lo que deja bastante claro que están molestos. Fue así como conocí a Elena... —continué, pero dejé de hablar de inmediato porque la pregunta era evidente en su rostro.

—Joder, es demasiada información. No hace ni un mes que empezaste a ponerte raro con esas salidas secretas que tampoco me has explicado todavía —declaró mi amigo, intentando encajar las piezas.

Sonreí por eso.

—Estoy entrenando a un equipo infantil. —Me miró con una mezcla de shock y diversión, como si no consiguiera visualizarme haciendo eso, y, siendo justos, yo tampoco lo habría conseguido un mes antes—. Fue así como conocí a Elena. Su hermano pequeño está en el equipo, Easton Fitzroy. El chico tiene un futuro de la hostia. Ella lo lleva a los entrenamientos y lo acompaña.

Se apoyó en la silla con ruedas, analizándome y ladeando la cara.

—Y estás jodidamente enamorado de la mujer que te está dando largas.

Puse los ojos en blanco, pero él levantó la mano con la que sujetaba a la gata para que no se deslizara por sus piernas.

—¡Palabras tuyas, *ayer* mismo me dijiste que ella te estaba dando largas!

Solté una risa por eso, asintiendo.

—Sí. Es más complicado que eso. Y es una historia que se mezcla con la larga historia que todos mis problemas han ido provocando.

Se encogió de hombros.

—Puedo hacer unas palomitas para escucharte. ¿Qué te parece?

—Vete a la mierda —murmuré.

Él esbozó una sonrisa maliciosa, pero se encogió de hombros, haciéndome un gesto con la cabeza para que hablara.

—Cuéntame toda la mierda, y encontraremos una forma de arreglar todo esto.

—Tal vez debería empezar por la parte en la que te informo de que estoy considerando casarme con ella. No es que no le haya dicho ya a alguien que estamos casados...

Parpadeó varias veces, frunció el ceño, respiró hondo y soltó:

—¿Por qué considerarías casarte tan pronto con ella? —optó por esa pregunta, una que parecía segura, pero mi respuesta claramente lo pilló desprevenido:

—Porque, si no es con ella, no será con nadie más, tío —admití—. Es ella. Como Aurora es para ti.

Primero sonrió apenas, luego la sonrisa fue creciendo hasta extenderse por toda su cara.

—Bueno, entonces me parece que voy a ser padrino.

Bufé.

—No te he invitado. Ni le he pedido matrimonio. Ni *podemos* casarnos. Joder, hay demasiadas cosas en esta historia. Ni siquiera sé por dónde empezar.

—Bueno... —Cogió a Aussie de sus piernas, besó la cabecita manchada de la gatita al levantarse y la dejó en la silla con cuidado —. Creo que voy a preparar unas palomitas —dijo el gilipollas—. Mientras tanto, cuéntame más sobre todo lo que quieras. Vamos a encontrar una forma de arreglarlo y resolverlo todo, Nate. Somos un equipo y también somos amigos. Tú me estás ayudando a vengarme de Aaron; nada más justo que yo te ayude a no perder tu futuro por no saber controlarte.

Las palomitas desde luego eran más seguras que las cervezas que siempre teníamos almacenadas, ya que la temporada estaba en

marcha y nadie quería acabar borracho perdido antes de un entrenamiento.

—Y también a ayudarme a encontrar una forma de joderle la vida a una vieja gilipollas —añadí, serio.

Me lanzó una mirada desconfiada de reojo, pero negó con la cabeza.

—Joder, esta historia es confusa de cojones. Cuéntala de una vez, tío.

Solté una risa, que salió medio histérica y aliviada al mismo tiempo. Joder, era estupendo hablar de todo con mi amigo. Con la única persona que, durante décadas, sentí que de verdad era un hermano.

Y empecé. Todo. Desde mis hermanos de sangre, el hecho de que sería tío en unos meses. La certeza de que mi padre no iba a recibir el premio a padre del año, pero aun así no era del todo malo. Hablé de mi madre y de los malos recuerdos que tenía. Hablé de Elena, de cómo sabía que era *mía* para toda la vida. Hablé de Hunter, de Eloise, del estado de salud del padre de Elena. De su empresa.

Y Treyton se limitó a escucharme, comentando de vez en cuando alguna cosa. Sin juzgar. Apoyándome. Y lanzándome alguna que otra palomita a la cara a veces también.

Al final de todo, ya pasaba de la una de la madrugada, los dos nos estábamos cayendo de sueño mientras hablábamos, y él acabó diciendo una sola cosa:

—Si ese Hunter vuelve a tocarla, todo el equipo acaba con él. Solo tienes que llamar. No vas a necesitar levantar un dedo esta vez.

Sonreí por eso, asintiendo mientras me acomodaba para salir de su habitación, pero añadió otra cosa:

—Y preséntasela a los chicos, joder. Ninguno de ellos la delataría ante su familia. Mira cómo protegen a Aurora. Elena es tan parte del equipo como cualquiera de nosotros. Y dile eso también a ella: cuando esté lista para hacerlo público, aquí estamos. Los equipos se protegen. Punto final.

Asentí con la cabeza, sintiendo que se me cerraba la garganta. Aquellos tíos eran más mi familia que mi propia sangre. Y joder, yo iría hasta el infierno por ellos.



35

Mata la nostalgia X

Nathan

Los días siguientes fueron una tortura.

Elena y yo no conseguimos volver a vernos, puesto que, además de que su padre seguía en el hospital, ella necesitaba ocuparse de la empresa por diversas cuestiones que yo no entendía muy bien, pero sabía que requerían su atención.

Mis entrenamientos eran dolorosos, ya que realmente estaba lesionado, y creo que era una tortura personal del entrenador ponerme a entrenar cada vez que salíamos al hielo, precisamente para que yo viera cuánto dolía lidiar con las consecuencias de mis propios actos. Además, la cantidad de trabajos que tenía que entregar y, peor aún, las exposiciones que tuve que hacer aquellos días eran una crueldad.

Por lo menos me estaba yendo bien. Algunos de los tíos con los que formé grupo eran estupendos. Otros me estresaron. Un equilibrio que puso a prueba mi paciencia. Mi profesor de boxeo estaba cabreado porque perdí la paciencia, pero, después de que le contara el motivo, me pidió que le describiera a los chavales. Aparentemente, no todo el mundo traga con gente gilipollas.

Sin contar que Elena tenía la fiesta de *Halloween*, a la que yo quería muchísimo que no fuera, pero, además de que no podía, eso le estaba quitando bastante tiempo, porque era Elena quien la organizaba —y necesitaba decidir su propio atuendo, lo que hizo que

yo recibiera *innumerables fotos* de una mujer deslumbrante probándose ropa y pidiéndome opinión. Elegí la que menos enseñaba. Si yo no iba a verlo, nadie iba a ver nada tampoco.

Y teníamos *nuestra* fiesta. Ni siquiera tuve que pensar en un disfraz; bastaba con aparecer con la cara destrozada y era suficiente. Y eso era lo que haría.

Los chicos ya estaban empezando a desconfiar de algunas cosas raras que hacía, sobre todo porque ya debían de haberse dado cuenta de que estaba pasando algo, teniendo en cuenta que nadie era idiota, pero no presionaron, a pesar de varias pullas aquí y allá. Sin contar que sabían que yo tenía a alguien; la cuestión era que no conseguían encajar el puzle y descubrir *quién*.

Y debo decir que el problema era ser jugador de hockey; la parte de ser fiel estaba siendo muy fácil. Nunca rechacé a tantas mujeres en una fiesta como en *Halloween*. Aurora, de vez en cuando, me lanzaba miradas de reojo como si intentara averiguar si le estaba siendo infiel a Elena solo para delatarme.

¡Ni siquiera eran amigas! Y yo no iba a serle infiel a mi mujer.

Solo... Fue incómodo. Más aún porque quería que viniera después de la fiesta, pero se fue al hospital para quedarse con su padre, y yo no podía exigir nada más que eso, ni siquiera por mucho que la echara de menos, porque Elena iba a sustituir a su madre para que la señora Braddock-Fitzroy pudiera descansar. Algunos familiares por parte materna ayudaban, teniendo en cuenta que su madre no quería contratar a nadie para quedarse con él allí, ya que él se quedaría solo sin la supervisión de alguien que se preocupara de verdad por él —y no por el dinero, según palabras de la propia Elena —, pero su madre estaba exhausta, y ella necesitaba ayudar.

No sabía exactamente si me dolía la cabeza por los golpes, por estar metido entre libros, por dormir poco o simplemente por entrenar demasiado, pero me dolía. Tal vez fuera la añoranza.

Y, por todo eso, dormí solo durante una semana entera, muriéndome de añoranza por ella, hablando por mensajes, entre clases y entrenamientos, llamadas y, rara vez, videollamadas, lo cual era ridículo, porque estábamos en la misma puta ciudad. Ella llamó

dos veces en particular para revisar los golpes, y bastante rápido, porque siempre iba corriendo.

Yo solo la echaba de menos, y eso se traducía en todos los ámbitos de mi vida.

Me desperté con resaca después de *Halloween*, con innumerables mensajes en mi *Instagram* preguntando qué le había pasado a Nathan Barlow, que antes se acostaba con cualquier mujer interesada.

Trey y yo teníamos dos cosas en común en aquel momento: antes nos acostábamos con cualquier mujer mínimamente interesante, y ahora estábamos en relaciones ocultas. *Joder*, vaya combinación de mal gusto.

Por lo menos, mereció la pena recibir una foto suya de la fiesta. Era un *selfi*, además de la foto oficial del evento que me había mandado. Sonreía de manera carismática a la cámara, como solía salir en las fotos, pero, al mismo tiempo, había un brillo en el fondo de sus ojos que era solo para mí. Era mi nuevo fondo de pantalla del móvil.

No es que yo fuera un santo; ella había recibido tantas fotos *impropias* que, a esas alturas, debía de tener un álbum mío. No todas eran prohibidas para menores de edad, pero no voy a negar que la mayoría tenían su propósito.

Caminaba de un lado a otro, tenso, antes de dejar el móvil para el partido. Estaba en el banquillo, pero completamente equipado por si era necesario, y Elena había dicho que llamaría antes del partido, pero faltaban cinco minutos para que saliéramos y ni rastro de ella.

Negué con la cabeza, oyendo a los chicos gritar y hablar junto con la música que sonaba por el pasillo donde esperábamos. Me escabullí hacia un rincón que daba al cuarto de limpieza, donde unos tipos estaban hablando y doblando toallas limpias para nosotros.

El móvil vibró, y apenas vi su nombre y su foto antes de contestar, llevándomelo a la oreja y tapándome la otra, intentando oírla en medio del ruido ensordecedor a mi alrededor por culpa de mis compañeros de equipo y del propio pabellón.

—*¡Quiero desearte buena suerte!* —Aun así, su voz salió baja, pero conseguí oírla—. *¡Easton y yo vamos a verlo juntos!*

—¡VAS A ARRASAR, NATE! —oí el grito infantil, lo que me hizo reír —. *¡PÁRTELES LA PUTA CARA!*

—¡EASTON! —El bramido me hizo reír todavía más—*. Rika también ha venido a verlo. Me gustaría poder estar ahí, pero no voy a poder. También necesito ir a quedarme con mi padre esta noche. Parece que mañana le darán el alta. Puede volver a casa.*

—Joder, Braddock, eso es increíble. —Silbé, animado—. Entonces está mejorando.

—*Sí*. —Podía sentir su sonrisa, y la semana infernal que había pasado desapareció de mi cabeza—. *Te echo de menos.* —Un *"ewwwww, ¡qué asco!"* de Easton resonó de fondo—. *Espero poder verte pronto.*

—Yo también —canturreé, viendo al entrenador hacerme señas para que me reuniera con los demás—. Tengo que irme. Te quiero. No te asustes si me peleo en la pista.

—¿No estás en el banquillo?

Esbocé una sonrisa traviesa ante su tono confuso.

—No te enfades. Te quiero.

Y colgué, entregándole el móvil al asistente del entrenador porque no tendría tiempo de volver al vestuario. *"Man of the Year"* estallaba por los altavoces, y las voces de mis compañeros provocaban un eco doloroso.

—Este partido es un clásico —declaraba Trey por encima del resto del ruido, señalándonos—. La mitad de la gente aquí quiere vernos perder. La otra quiere vernos ganar. No vamos a decepcionar al segundo grupo, ¿verdad? ¡Porque sí, vamos a llegar al *Frozen Four* y vamos a llevarnos la puta copa a casa! ¡PERO HASTA ENTONCES...! —rugió por encima de los gritos animados—. ¡VAMOS A MACHACAR VIVOS A ESOS HIJOS DE PUTA DE SCADELTON, JODER!

Y yo sabía que para él era algo personal, lo que no hacía más que intensificar la amenaza. Para mí también era personal. Los Montclair tenían que llevarse una paliza, de un modo u otro.

Los aullidos y empujones resonaron por todo el pasillo hasta que el sonido del pabellón fue más alto que nuestros rugidos, y ya estábamos sobre el hielo.

Era esa sensación.

Las cuchillas deslizándose sobre el hielo. Las gradas gritando. Los discos chocando contra el hielo mientras nos deslizábamos para calentar antes del partido. Las banderas ondeando por encima de nuestras cabezas. El mar de rojo y azul frente al dorado y negro de Scadelton.

Estábamos en su territorio, pero aquel partido era nuestro.

Oí que coreaban mi nombre y mi número, oí las presentaciones, oí varias cosas, pero lo único que pensaba era que iba a empezar aquel partido en el banquillo. Me negaba a terminarlo allí.

Cuando Scadelton marcó el primer gol, el entrenador me puso inmediatamente sobre el hielo. *Por fin.*

—¡Acaba con ellos! —gritó mientras yo patinaba hacia la zona defensiva, apartaba de un empujón a uno de los tíos del otro equipo y le robaba el disco de inmediato, pasándoselo a Thomas, que salió al ataque.

El partido siempre era un borrón en mi mente: lo registraba todo y, al mismo tiempo, estaba tan concentrado que lo único que importaba eran mis compañeros de equipo, el disco y el gol que marcaríamos.

Josh estaba atento en la portería después de encajar un gol, pero encajó un segundo.

Las cosas se estaban calentando demasiado y no me importaba: quería borrar aquella sonrisa arrogante de la cara de Aaron, y choqué con él varias veces. Con el otro Montclair también.

Pero el punto culminante de todo aquello fue cuando tocaron a Josh[22].

Aquello... no podía pasar.

Empujé a Michael, uno de sus tíos, con tanta fuerza contra el cristal de la pista que reverberó y casi se rompió; me abalancé de inmediato sobre él y sobre Andrew, mientras veía a Trey abalanzarse sobre Aaron, que era el culpable de la paliza que recibió Josh.

Di tantos puñetazos que me perdí. Ni siquiera sabía con quién estaba peleándome; sé que estuve cara a cara con Andrew, y ambos sabíamos lo que estábamos haciendo.

Aurora podía ser una chica estupenda, pero a su hermano sí que le pegaron, y yo sabía que ella estaba de mi parte.

Trey consiguió marcar un gol, pero perdimos por tres a uno. Perdimos. No ganamos. Perdimos en su casa, con la humillación de que nos metieran tres goles y con el hecho de que, incluso ganando varias peleas y dando muchos puñetazos, aun así seguíamos sin tener la capacidad suficiente para vencer a nuestro mayor rival sobre el hielo.

El sabor era más amargo que cualquier otra cosa en el mundo.

Me dolía todo, me ardían los pies, los muslos exigían que no volviera a pisar una pista nunca más y los brazos parecían gelatina. Lancé el casco a mi zona del vestuario, resoplando mientras el sudor me corría por la piel como agua, viendo el calor emanar de mi cuerpo en contraste con el frío del pabellón.

Escupí el protector bucal al segundo siguiente; todo el vestuario estaba *cabreadísimo* mientras nos arrancábamos las protecciones y nos sentábamos para quitarnos los patines. Nadie dijo nada. El silencio sepulcral era un contraste terrible con cómo eran nuestras celebraciones después de una victoria. Igual de ensordecedor, aun así.

—Un mal partido no define el resultado de toda una temporada, pero nos enseña en qué mejorar. —El entrenador entró al segundo siguiente, mientras el asistente nos lanzaba toallas y más toallas, que enseguida nos pasábamos por la cara y el cuello, intentando dejar de chorrear sudor—. Scadelton es fuerte, pero ha demostrado que tiene puntos débiles que antes no tenía. Podemos cambiar el rumbo de la temporada, darle la vuelta a esta situación, y el momento de aprender de los errores es ahora, no en el *Frozen Four.*

Bufé, poniéndoles a los patines los protectores de goma de las cuchillas y sacudiendo el pelo empapado de sudor.

Todo el mundo tenía mala cara. Trey incluso parecía pensar en qué decir al equipo, pero no pareció considerar que fuera buena idea decirlo allí, en aquel momento, con los ánimos calientes. Parecía cabreadísimo, de un modo en que rara vez se ponía, y yo sabía que era porque se culpaba como capitán o, peor, sentía que nuestro

equipo no era lo bastante fuerte como para levantar la copa aquella temporada.

Eso era lo que más me frustraba. Un partido perdido podía no ser nada, igual que podía definir una temporada entera. Y yo me negaba a aceptar no ganar aquella temporada.

Después de la ducha, yo seguía cabreado. Quería machacar vivos a esos hijos de puta, pero la realidad era que sabía cuál era el objeto de mi odio.

Yo mismo. Por no ser capaz de ganar aquel partido. Por haber fallado como equipo. Por no haber conseguido ganar un partido importante como aquel, un clásico de Boston entre universidades rivales. Por no haber sido lo bastante bueno defendiendo nuestra zona y evitando que el disco llegara hasta Josh.

Josh, sin embargo, parecía el que peor estaba. Se le habían colado tres goles. Había parado veinte disparos, pero se le escaparon tres de los veintitrés que hicieron los *Scadelton Eagles*. Y eso era suficiente para joderle la cabeza a un portero durante días. Semanas, a veces. Una temporada entera, en algunos casos.

Solo entonces cogí el móvil, colocándome bien la corbata del traje que me había puesto para entrar en el pabellón, ya que el entrenador exigía que nos vistiéramos bien y, al mismo tiempo, nadie allí quería ser visto como nada menos que un profesional, aunque todavía no estuviéramos *tan* cerca de serlo.

> Juro que algún día vas a matarme de un infarto con esta mierda de peleas en la pista. Prométeme que no vas a pelearte.

Entonces, tres minutos después:

> Ah, genial, ya estás en el pabellón y no has visto mi mensaje. PERFECTO.

Podía visualizar la sonrisa sarcástica y sentí que se me elevaba la comisura de la boca.

Los mensajes siguientes eran de minutos antes:

> Tengo muchísimas ganas de matarte por las peleas.

> Espero que estés bien, todavía ni siquiera te has recuperado del todo de la pelea con los gilipollas; por favor, dame noticias, Nate. Estoy preocupada.

Y, segundos antes:

> Sé que a nadie le gusta perder, y menos aún en el deporte, pero perder también es una forma de hacerse más fuerte, 34. Habéis estado increíbles. Ellos venían mejor preparados. La próxima vez, sabréis sacar partido de esta derrota para machacarles en la pista, y no precisamente de una forma placentera. Confío en ti, confío en el equipo que ya he visto jugar otras veces. Sé que soy de Scadelton y que debería alegrarme de que hayamos ganado nosotros, pero me importas más tú que un equipo que, en realidad, no significa gran cosa para mí.

> Vais a darle la vuelta y a llevaros el *Frozen Four*. Se llama así, ¿no? Voy a verte levantar esa copa, aunque tampoco estoy segura de que haya una copa. Easton dijo que hay algo parecido.

Sonreí por el segundo mensaje, que llegó mientras leía el primero. Se estaba esforzando y había pasado horas delante de la televisión viendo un partido que perdimos, solo porque... me amaba.

Joder.

Te quiero un puto montón <

> Entonces deja de pelearte en la pista. Cada vez que veo que te empujan se me para el corazón. ¿Y cuando te peleas? Estoy lista para ir directa al hospital de lo mal que me pongo. O para salir corriendo e invadir el pabellón. Todavía no me he decidido.

Sonreí de oreja a oreja por el mensaje, feliz de la vida, incluso con el hecho de que perdimos.

Si nos llevamos el *Frozen Four* esta temporada, me casaré contigo el año que viene <

O antes.

Su respuesta no llegó. Solo lo leyó.

Entrecerré los ojos, desconfiado, y Trey golpeó mi bolsa con su stick, llamando mi atención.

—¿Vas a tardar mucho más? Hoy voy contigo, no quería quedarme esperando demasiado.

Puse los ojos en blanco. *Iba conmigo*, el coche era mío.

—¿Puede la madame esperar cinco minutos? —solté, malicioso, viendo aparecer su sonrisa en respuesta.

—Claro, mi amor, habla antes con tu mujer.

Bufé hacia él, pero era obvio que estaba hablando con Elena.

Y ella me había respondido:

> Fingiendo que no tenemos ningún otro problema en nuestro camino y que eso de verdad sea posible...

> Tendrías que marcar un gol antes para que yo dijera que sí.

Sonreí de lado, satisfecho.

Ahora solo necesitaba librarme de Eloise Fitzroy. Ojalá le diera un infarto cuando yo mintiera diciendo que estaba casado con su nieta. Me ahorraría muchísimo trabajo.

Y, siendo justos, era una mentira que podía hacerse realidad. Entonces no era *exactamente* una mentira.

Deseando poder llamarte mi esposa <

> Ni siquiera hace cinco semanas que nos conocemos.

¿De verdad, cuando cumplamos un año de casados, vas a seguir contando las semanas? Tienes que aceptar que con nosotros funciona así, *bravita* <

> Te odio.

Qué va, no me odias. <

No gemirías mi nombre de esa manera cabalgando mi polla si me odiaras <

¿O necesito pasarme por ahí y recordártelo? <

Y recibí un *emoji* del dedo medio.

> Pero no sería mala idea.

Bufé, irritado con el rumbo que yo mismo le había dado a nuestra conversación porque, sí, estaba de acuerdo en pasarme por allí, pero ya sabía cuál de los guardaespaldas estaba con Elena. Y no era Dennis ni Boz. Y ella necesitaba ir al hospital.

> Date una ducha fría. Mañana es un nuevo día. Vais a remontar.
> Y deja de pensar en follar. Hoy no va a pasar.

Mañana es un nuevo día... <

Juro que podía visualizar su sonrisa, porque yo también sonreía.

¿Hasta qué punto estaba loco por pensar en casarme tan joven?

Creo que solo sería una locura si no estuviera seguro, y, si había algo que yo tenía, era la certeza. Elena Fitzroy me esperaba. Iba a marcar el gol y a pedirle matrimonio, y nadie se interpondría en nuestro camino para eso.

Solo faltaba el anillo.



36

Invita a tu "lo-que-sea" a una celebración familiar. ✓

Elena

Él se acordó de la conferencia en Harvard.

Desde el escenario, con el micrófono en la mano y gesticulando hacia la pantalla gigante detrás de mí, con un grupo enorme de alumnos delante, vi a Nathan entrar a hurtadillas por la parte trasera del auditorio, poniéndose un blazer encima de la sudadera del equipo de Northride, tras haber salido corriendo de un entrenamiento para llegar a tiempo.

Seguí con la presentación como hacía siempre, pero vi al propio Dennis esbozar una sonrisita desde una de las esquinas del auditorio, con Boz en otra, porque en los eventos siempre iban dos guardaespaldas.

Introduje estrategias de gestión, de negocio y de inversión, expuse todo eso y un poco más, cosas que los estudiantes de mi carrera todavía no sabían, pero que yo sí, por la *experiencia* de mi familia. Expliqué tácticas de nuestro negocio. Cómo hacer que una dinastía se mantenga en el poder durante tanto tiempo. Todo eso y un poco más.

Sin el secreto que nos convertía en la dinastía que éramos, pero aun así lo bastante para hacer que algunos alumnos casi *babearan*. Había muchos alumnos de máster y doctorado allí. Ni siquiera

necesitaba estudiar mucho para una conferencia de ese tipo, pero aun así había perdido horas de sueño repasando diversos temas.

Varios alumnos me plantearon sus dudas. Hicieron preguntas aquí y allá. Cuando terminé, muchos me pidieron fotos. Algunos le desearon mejoría a mi padre.

Y, por fin, mientras recogía mis cosas y cogía mi bolso con el portátil y algunas notas, Nathan subió al escenario del auditorio, ya prácticamente vacío.

—Joder, eres la puta hostia —admitió, dándome un beso suave en los labios—. Ya sabía que eras la hostia, pero verte así... No vi ni pasar el tiempo. Fue divertido, y odio las cosas de gestión.

Sonreí por eso, viendo que ya pasaban de las diez de la noche, arreglándole el pelo erizado de después del entrenamiento, mientras él mismo cogía mi bolso y caminaba a mi lado hacia la salida del auditorio.

—Es mi trabajo —bromeé—. No solo eso, aunque también.

Él sonrió, asintiendo.

—¿Piensas hacer un máster cuando te gradúes? Sé que te queda este año y otro más, pero me dio curiosidad tu conferencia.

Asentí, pensativa.

—Algunos ingenieros de la empresa dijeron que también debería graduarme en Ingeniería, precisamente para entender la producción además del negocio, como hace mi padre. Mi padre mantuvo la empresa en una época dorada durante décadas, y quiero seguir su ejemplo, así que estoy considerando una segunda carrera. Así puedo intentar seguir sus pasos y evitar problemas como algunos de los que tuvimos con la gestión de mi abuelo.

—Joder, Braddock —soltó, sorprendido—. ¿Otra carrera? Si de verdad es Ingeniería, seguro que puedo ayudarte —provocó, pero hablaba en serio—. ¿Y entonces harías igualmente un máster?

Asentí, considerando la idea.

—Posiblemente. Aún no estoy segura, pero siento que hay mucho más que necesito aprender para estar a la altura de mi padre, y eso es lo que voy a hacer. A él también le parece interesante la idea de que tenga una segunda carrera. En cuanto al máster, todavía no

tengo claro en qué me especializaría, creo que voy a esperar un poco más antes de decidir.

Antes quería empezar Ingeniería para, quién sabe, estudiar algo que uniera esos dos mundos: el desarrollo de tecnologías junto con su gestión.

Él asintió, pasando la mano por mi cintura y apretándome contra sí. Aunque hubiera algunos alumnos por el pasillo, nadie más nos dio importancia. Allí yo parecía solo una alumna más, no la mujer que acababa de dar una conferencia que llenó el auditorio.

—¿Y cómo está tu padre? No has hablado mucho de eso estas últimas semanas.

Nos habíamos visto varias veces, entre horarios apretados o solo para dormir juntos. O disfrutar de la vida de otras formas en la cama. Sin embargo, en general, al igual que yo, él tenía diversas tareas de la universidad, además de tener que mantenerse cada vez más activo en el hockey y con las estrategias que, según había comentado, el equipo estaba preparando y estudiando para vencer a Scadelton, sin contar los partidos y la necesidad de mejorar su actitud.

Sin contar los entrenamientos con el equipo de mi hermano, a los que yo seguía yendo, aun estando llena de cosas por hacer. Estaba siendo complicado compaginar una relación —o lo que fuese que fuéramos— llevada en secreto.

Además de las clases. Aquel semestre estaba siendo pesado de cojones.

—Está bien. Estable. Aunque se nota que no está mejorando. Por desgracia... es cuestión de tiempo —confesé, tragando saliva—. Hemos estado hablando, pasando tiempo juntos. En parte por eso no pasaba tantas noches con Nathan. Nos quedábamos en casa, los cuatro, haciendo planes familiares.

Nathan me besó la cabeza, asintiendo en silencio.

—Me ha estado dando consejos, opiniones. Incluso dio su opinión sobre esta conferencia. Está feliz de que me esté yendo bien con las cosas, pero no es la situación ideal. Y, siendo sincera, la propia junta directiva duda de que alguien tan joven pueda asumir la empresa.

De que una *mujer* tan joven pueda asumirla, porque mi padre se hizo cargo de ella con esta misma edad.

Él bufó, comprendiendo, mientras el aire frío de la noche nos golpeaba la cara en cuanto salimos del edificio, las puertas cerrándose a nuestras espaldas, dejando atrás el edificio de la *Harvard Business School.*

—Y mi abuela ha estado haciendo sus manipulaciones y sus tejemanejes. Es obvio que está intentando perjudicar mi candidatura ante la junta directiva como presidenta. Aunque la mayoría de los ingenieros parece estar de mi lado, los gestores no. Es como ver aparecer una grieta en la empresa, y eso me ha preocupado —admití—. He estado pensando en soluciones, hablé con el equipo administrativo, tuve reuniones, tenemos varias encuestas de clima laboral en marcha, y aun así siento que en el momento en que mi padre...

Me quedé bloqueada, sin conseguir hablar.

—Siento que la empresa puede tener problemas serios con su pérdida —acabé diciendo por fin, después de un buen rato con el sabor amargo en la boca. Nate se mantuvo en silencio todo el tiempo, dándome tiempo para reunir valor y soltarlo todo, y confieso que eso hizo que lo amara un poquito más—. Siento que no va a ser como cuando mi abuelo murió, sobre todo porque la transición ya estaba casi finalizada. Esto puede hundir a Fitzroy.

De un modo arriesgado y peligroso, aquella grieta podía significar el *fin* del conglomerado. Era peligrosa, y mi abuela sabía que yo valoraba más una buena gestión que ser yo la presidenta, lo que sin duda podía ser otra estrategia suya para hacer que renunciara al poder, precisamente por eso. Me estaba acorralando para que, en el momento en que mi padre... yo renunciara.

—No lo hará. Vas a conseguir encontrar una solución para mantenerlo todo en pie —confirmó, más confiado de lo que yo me sentía.

Nate me abrió la puerta del SUV y entró después; mientras Boz y Dennis ocupaban los asientos delanteros, me atrajo a su regazo, apretándome entre sus brazos mientras me besaba el cuello, respirando hondo allí.

Espero que tengas razón. Tan seguro como que ahora estoy entre tus brazos. Porque nada indicaba que fuera a ganar aquella guerra. Estaba trabajando tres veces más de lo que solía el mes anterior, y aun así no era suficiente. Eloise siempre estaba tres pasos por delante.

—Hay algo que quería preguntarte —comenté, pasando los dedos por su nuca, con el pelo todavía medio húmedo por el sudor. Era un poco asqueroso pensar que ni siquiera se había duchado después del entrenamiento, pero al menos consiguió llegar a tiempo.

—Pregunta —pidió, curioso, buscando mis ojos.

—¿Tienes planes para Acción de Gracias? —Mi corazón parecía un caballo de carreras, pero, teniendo en cuenta que faltaban dos semanas, ya era hora de invitarlo.

Frunció el ceño, haciendo un puchero.

—James se ofreció a llevarme con ellos —informó—. Dijo que mi madre prometió que estaría limpia, pero no quiero ir. Trey dijo que sería bien recibido, pero sé que está intentando presentar a Aurora a su familia y se está agobiando porque creo que ella tendrá que volver a Weston para pasarlo con sus padres.

Observé su rostro, asintiendo.

—¿Y qué te parece pasar Acción de Gracias con mi familia? —ofrecí—. No has dicho nada de tu padre, así que supongo que esa no es una opción...

Tragó saliva, apartando la mirada rápidamente. Había algo ahí, y asintió, como si estuviera considerando algo.

Nathan nunca hablaba de su padre, pero el hombre *existía*, estaba *presente* y claramente era alguien que formaba parte de su vida. Eso no hacía más que aumentar mi desconfianza sobre lo que podía estar escondiendo, y al mismo tiempo yo no sabría decir qué estaba omitiendo.

—No paso este tipo de celebraciones con mi padre —aclaró. Parecía que intentaba centrarse en otra cosa que no fuera él. Aquello estaba empezando a incomodarme cada vez más, definitivamente—. ¿Estás segura de esto, Elena? Acción de Gracias es algo más familiar... —dijo, incómodo.

—Mi padre quiere conocerte —admití—. Y, como no le queda mucho tiempo, él mismo propuso ese festivo.

Suspiró, pero asintió.

—¿Puedo pensármelo un poco?

Sonreí ante eso, divirtiéndome.

—¿No eras tú quien dijo que no íbamos demasiado rápido? —provoqué, risueña.

Él se rio de eso, asintiendo.

—Estoy de acuerdo. Pero nunca he conocido a un suegro, nunca he tenido uno de verdad. Y menos aún al de la mujer con la que pretendo casarme. Tengo miedo de estropearlo todo.

Solté una risa suave.

—No lo harás. Mis padres son tranquilos. Easton te adora. Solo quiere conocerte antes de que...

No conseguí hablar otra vez, y él asintió, acariciándome la cara con cariño, apartándome el pelo que me habían arreglado en la peluquería unas horas antes.

—Lo sé —susurró.

— S olemos celebrarlo solo nosotros, ya que la Navidad es con la familia de mi madre y todo lo demás —comenté, acordándome de algo—. Pero esta vez un amigo de toda la vida de mi padre propuso que la hiciéramos juntos. Todo en mi casa, ya que es más cómodo para mi padre. Ellos solo llegarán más tarde, tú y mis padres tendréis mucho tiempo para conoceros antes de que llegue el resto, pero creo que es justo avisarte.

—Claro. —Se encogió de hombros. —Es importante que tu padre lo haya aceptado; no veo ningún problema. ¿Quién es?

Hice un puchero.

—Es la familia de Alex —expliqué—. Alex estaba encantado con la idea, no paraba de hablar de planes y platos y de lo que podríamos hacer durante la cena... Y Rika estaba un poco celosa, pero iba a pasar Acción de Gracias con sus padres también, así que no podía decir mucho. El gobernador, los Bernard-Rothon. Suelen hacer eventos en esta época del año, pero esta vez aplazó el suyo por mi padre. Dijo que el amigo es más importante, ya que no sabemos

cuáles serán los últimos eventos en los que mi padre estará realmente bien.

Nathan se tensó debajo de mí, pero no dijo nada, asintiendo en silencio y besándome el hombro.

—No veo el problema —murmuró, arreglando el trajecito negro que yo llevaba puesto—. Pero necesito confirmarlo con mi familia, ¿vale?

Había algo mal allí, pero asentí, insegura.

—Si no te sientes cómodo, lo entiendo... —aclaré, cada vez más insegura.

—¡No! No es eso —dijo, serio, sujetándome la cara—. Quiero, te juro que quiero. Cualquier minuto más contigo es perfecto, y joder, conocer tu casa, tu habitación, sabiendo que puedo estar allí... Sabes que ya te he pedido varios vídeos para saber más sobre ti.

Sonreí por eso, asintiendo, con él besándome la frente.

—Pero de verdad necesito comprobar algunas cosas antes de confirmarlo —añadió, besándome la nariz—. Eso no quita el hecho de que tengo muchísimas ganas de conocer a tu padre, a tu madre, tu rinconcito, donde duermes, quién sabe, comerte en esa misma cama...

Y me besó los labios, arrancándome una risa mezclada con un gemido.

Aun así, tenía el estómago revuelto. Hasta entonces, parecía una idea estupenda, pero ¿por qué algo en Nathan me decía que había algo mal? ¿Que no era una buena idea?



37

Conoce a tus suegros ✓

Nathan

Me cago en la puta. Me cago en la puta. Me cago en la puta.

Me cago en la puta.

Joder. Joder. Joder.

Mierda...

Mi padre me dijo que todo estaba bien, que no había ningún problema. Bastaba con fingir que nos estábamos conociendo por primera vez y nadie sospecharía. Teníamos ciertas semejanzas, pero nada lo bastante grande como para llamar la atención, a no ser que alguien ya lo supiera.

Trey dijo lo mismo: que, si para mi padre no había problemas, ¿por qué debería haberlos para mí?

Pero, joder, iba a pasar mi primera Acción de Gracias con mi padre, con la mujer que amo, con mi suegro (moribundo, lo que me destrozaba de rebote, porque eso claramente le estaba robando la felicidad a Elena)... Y ella no sabía que aquel era mi padre. No sabía que Charles Bernard-Rothon, el gobernador del estado en el que nos encontrábamos en ese momento, era mi padre. Y yo iba a tener que mentirle a la cara porque me acojoné con eso durante casi dos semanas.

No conseguí decírselo. Tuve muchas oportunidades. Y no fui capaz de decírselo. No sabía por qué. No comprendía por qué era

tan difícil. No entendía por qué fui capaz de decírselo de una vez a Trey, pero a Elena... simplemente no me salió.

Sí que lo sabes. Porque, si se lo dijera, tendría que ocultárselo a su mejor amigo. Elena me hablaba bastante de Alex, sobre todo cuando el amigo —y mi medio hermano— participaba en eventos y cosas que, para ella, eran guays. Le gustaba la política, no tanto como a mi padre o a mi medio hermano, pero definitivamente le iba el tema, entre otras cosas porque creció metida en ese ambiente.

Ella y Alex, igual que mis otros medio hermanos, crecieron juntos. Eran casi una familia —una de la que yo no formaba parte—, y yo no podía exigirle que mantuviera algo en secreto cuando aquel era su mejor amigo, el tío con el que había compartido toda su vida hasta ese momento. El tío que, literalmente, le mandaba mensajes de vez en cuando para recordarle que comiera solo porque se preocupaba por ella. Él solo dejó de mandar algunos mensajes porque sabía que ella estaba conmigo y "*confía en ti para hacerme comer*", según sus palabras.

Mierda, ¿cómo le decía eso?

Mi padre parecía un poco en shock porque Elena fuera la mujer a la que yo defendí, pero, pasado el shock, había entendido mejor toda la historia —y se aseguró de que yo se la contara—.

Carajo. Qué mierda, joder, no quiero ponerla en esa posición. Nunca le pediría a Elena que le mintiera a Alex, pero ella tendría que hacerlo por el bien de su familia, ya que eso posiblemente haría añicos a los Bernard-Rothon. Joder. *Infierno*.

Consideré echarme atrás. Ir con Trey. O irme a casa. Pero les dije a los chicos que me quedaría en la fraternidad, sobre todo porque solo estaría ese día en casa de Elena para pasar la noche, ya que teníamos entrenamiento dentro de unos días y yo no tenía muchos sitios adonde ir.

Sudaba hasta el punto de parecer que había visto un fantasma, pálido como si yo mismo fuera el puto espectro, cuando una señora me abrió la puerta de la *mansión*, mientras Boz se iba a aparcar el coche en algún sitio, después de haber ido a recogerme. Las cámaras las estaba controlando Dennis aquella noche, porque Elena

le había dado el día libre a Giulia, cuya hermana acababa de casarse.

Mi padre aún no estaba allí. Sin problema. No tenía que mentir. Todavía no.

Trey dijo que debía decir la verdad, pero ¿cuándo, joder? ¡Ya no había tiempo! Yo era un puto cobarde.

Aquello me había jodido durante semanas. Apenas conseguí prestar atención en clase. Me obligué a seguir siendo el monstruo que era en la pista, pero en clase, mientras hacía los cálculos, estudiaba las teorías o intentaba seguir la lógica de algún profesor, me entraban sudores fríos solo de pensarlo. Mis carreras diarias estuvieron acompañadas por el miedo, por el retortijón en el estómago entre seguir mintiéndole o hacer que tuviera que ocultárselo a su mejor amigo.

Y allí estaba yo.

Había una pequeña rotonda delante de las puertas dobles de cristal de la entrada de la casa, con un porche en la fachada que cubría las puertas, permitiendo así que la gente saliera del coche allí sin mojarse en un día de lluvia. Era cosa de gente rica.

—Bienvenido, señor Barlow. —La señora, que imaginé que era el ama de llaves, sonrió y me abrió paso para que entrara.

Cogió mi mochila y mi abrigo, llevándose ambas cosas a algún sitio, mientras yo miraba a mi alrededor por el recibidor de la casa, cuya altura hasta el techo debía de ser de unos seis metros, según mis cálculos, ya que era de doble altura. La arquitectura presentaba rasgos típicos de Boston, con un aire medio victoriano, al mismo tiempo que mostraba otros patrones de...

—Estás analizando demasiado mi casa, futuro ingeniero. —El murmullo surgió a mi lado, y sonreí al volver la vista hacia Elena, que llevaba un vestido largo blanco, contrastando de forma deslumbrante con su piel oscura, haciéndome querer lamer cada centímetro suyo que quedaba a la vista... o lo que estaba cubierto. Modernidad... Los rasgos eran modernos. Me perdí en lo que estaba pensando.

Joder.

Yo iba mal vestido, para empezar, pero el taco no fue por eso.

Deslumbrante. Absurdamente guapa. De quitar el aliento.

—Tú... joder, ¿hay alguna palabra por encima de deslumbrante? —declaré, embobado.

El vestido parecía medio perlado, no exactamente blanco, si me paraba a analizarlo bien. Largo hasta esconder la punta de sus tacones, suelto y con una caída vaporosa. Había un escote enorme que llegaba hasta un poco por encima de su ombligo. Parecía una jodida diosa, *una vez más*. Mierda...

Ella se rio, pasando las manos por mi cuello y besándome, profundizando el beso de inmediato, con sabor a whisky, lo que significaba que había empezado la noche temprano.

Olía a fresa, como siempre. Y como mi Elena.

Pasé las manos por su cintura, apretándola contra mí y casi levantándola del suelo, satisfecho por tenerla entre mis brazos y, de inmediato, más tranquilo con todos aquellos problemas. Iba a buscar la forma de contárselo todo, sincerarme sobre mi padre, como el propio Trey me había dicho que debía hacer.

Yo le había aconsejado que hiciera eso con Aurora, pero no conseguía seguir mi propio consejo. Era hipócrita de cojones, y necesitaba parar con aquello si quería construir una vida con aquella mujer.

—Sí la hay —susurró contra mis labios—. *Te quiero*. Me gusta oírte decirlo.

—Bueno, yo te quiero —susurré de vuelta, satisfecho.

Alguien tosió a nuestro lado, un poco demasiado alto para no ser a propósito, e inmediatamente me aparté, oyendo una risita proveniente de la mujer que tenía entre los brazos.

Era su padre, claro. Levantó una mano en un gesto de espera mientras, con la otra, se tapaba la boca con un pañuelo. Parecía *bien*, teniendo en cuenta la enfermedad, pero ya no era el mismo hombre de las fotos que yo había visto por internet, al investigar sobre la familia y la empresa. Elena tenía razón al comentar que tenía miedo de ver a su padre consumirse, porque eso ya estaba ocurriendo delante de ella.

Henry Fitzroy tenía el pelo castaño claro, que parecía apagado. Un poco más claro que el de mi padre, además de unos ojos verdes

cansados. Blanco, como lo habían sido todos los Fitzroy antes de Elena y Easton, y como *Eloise* parecía preferir que siguieran siendo.

Problema suyo.

Su imagen me pesó en el corazón, más aún con el sonido insistente y claro de que había algo mal en su cuerpo. Henry Fitzroy se estaba muriendo.

Cuando la tos se calmó, la misma mujer que me había atendido ya venía con un vaso de agua, y él bebió la mitad, y se lo devolvió dándole las gracias. Luego me sonrió, tranquilo.

—Tú debes de ser Nathan Barlow, el hombre que mi hija no quiere hacer oficial.

Hice una mueca.

—Es una manera de decirlo, señor.

Soltó una risita, que sonó bastante parecida a la que soltaba su hija, encogiéndome aún más el corazón. Tenían mucho en común, por lo que yo sabía. Ni siquiera conseguía imaginar cómo se sentía Elena.

—Henry Drake Guhlard-Fitzroy. —Tendió la mano al saludar, sorprendiéndome con el nombre inesperado. Elena sonreía mientras me apretaba la mano izquierda con la derecha—. No pongas cara de susto por el nombre, siempre mantenemos el Fitzroy en la familia, pero toda la familia viene de dinastías. Yo fui quien rompió el patrón con la madre de Elena. Y ella, contigo.

Parpadeé, aturdido por el hecho.

—¿Sorprendido porque mis abuelos y antepasados vinieran de matrimonios concertados? —bromeó ella, y fue entonces cuando caí en que debería haberlo previsto, teniendo en cuenta que la gente rica tiene la costumbre de hacer ese tipo de cosas.

—Un poco. —Me aclaré la garganta—. Es un placer, señor.

—El placer es todo mío, Nathan, pero, por favor, solo Henry. Sin "señor".

Asentí con la cabeza, limitándome a aceptarlo. Su casa, sus reglas.

Ni siquiera tenía sesenta años, pero parecía un hombre de ochenta con el mundo a cuestas por culpa de la enfermedad. Aquello me destrozó, y apenas acababa de conocerlo.

—¡NATHAN! —Easton bajó la escalera más cercana tan rápido que no sé cómo no tropezó con sus propios pies, echando a correr e inmediatamente chocando su mano con la mía en un saludo raro que yo había aprendido a hacer con aquellos niños—. ¡POR FIN! Lini estuvo nerviosa toda la tarde.

Por lo menos los dos llevábamos vaqueros y sudadera. El padre de Elena iba de traje, formal como la hija.

—¿Ah, sí? —Volví los ojos hacia Elena, que bufó.

—Solo un poco. Me dio miedo que te acojonaras, pero mi padre es buena gente.

Es por mi *padre por lo que me acobardé, bravita.*

—Sí, mientras no le rompas el corazón a mi hija, soy el suegro perfecto. —Henry sonrió, tranquilo, con el tono amenazante que debía de usar en las reuniones de negocios.

Joder. Entendía cómo ese tío había sobrevivido en un ambiente tan hostil como el de la tecnología. Y también veía por qué Elena era increíble conmigo, pero cerrada y dura siempre que la oía por teléfono resolviendo cosas del negocio. Necesitaban ser así para mantener la empresa funcionando.

—No tienes forma de saber que eres perfecto, ya que es la primera vez que tienes un yerno. —La madre de Elena apareció en el salón, saliendo del mismo lugar del que yo imaginaba que habían salido el padre y Elena, sonriéndome cálidamente, con un vestido igualmente formal y largo, pero rojo vino—. Es un placer, Nathan. Soy Taelyn.

Fruncí el ceño por el nombre diferente, dándome cuenta de que, siempre que había pensado en ella, la habían mencionado como la señora Braddock-Fitzroy, y su sonrisa se amplió.

—Un poco diferente, lo sé. A mi madre le gusta salirse un poco de lo habitual, pero no demasiado. Por favor, dime que no bebes tanto como mi hija, porque, de lo contrario, vamos a quedarnos sin alcohol esta noche.

Mi mujer bufó a mi lado, poniendo los ojos en blanco hacia su madre, mientras yo negaba con la cabeza, confirmando que no bebía mucho.

—Yo no bebo tanto —alegó Elena.

—Sí, sí, claro que no —se burló Easton, malicioso, sacándole la lengua. Elena entrecerró los ojos—. Nate, ¿quieres ver mi pista de hockey?

No sé por qué me sorprendía el hecho de que el niño tuviera una pista de hockey en casa.

—Easton, acaba de llegar y ya estamos sirviendo los aperitivos; después, ¿vale? —sugirió mi *suegra* al hijo, que murmuró algo, pero acató la petición de su madre—. ¿Qué tal si me ayudas con el plato? Ya que estás tan ansioso por hacer algo...

—Mamá... —suspiró, pero ella simplemente le hizo un gesto para que siguiera delante hacia lo que imaginé que era la cocina. Y él fue, claro. El niño de mamá, era obvio.

Elena y su padre sonreían ante la escena, y noté que yo también lo hacía, al igual que la gobernanta, que los siguió para ayudar en lo que hiciera falta.

—Me parece que nos quedamos solo nosotros —bromeó Henry—. Vamos, Nathan, quiero enseñarte algo.

—No le vas a enseñar el álbum de fotos, papá. —Elena me tiró de la mano para seguir a su padre, que sonreía mientras caminaba tranquilamente hacia la sala de estar de la izquierda.

Nevaba muy poco en la calle, casi tímidamente, pero las puertas que daban a un jardín estaban abiertas, justo al lado de una chimenea que ardía con toda su fuerza, mientras en la televisión retransmitían un partido de hockey en *redifusión*. Era el de los *LA Kings* contra los *Seattle Kraken* de unos días antes.

Noté una *tablet* justo al lado del mando y me pregunté si Henry no estaría tomando apuntes sobre el equipo para aprender más del tema por su hijo. Parecía el tipo de cosa que la propia Elena hacía, pero no me lo admitía. Ella estaba estudiando hockey, eso era un hecho.

—Claro que se lo voy a enseñar, pero no el tuyo —declaró el padre—. Esa humillación se la dejo a tu madre —canturreó, siguiendo hasta uno de los sofás del salón, donde se sentó y se cubrió las piernas con una manta, alcanzando un álbum de tapa blanca y con una especie de cierre en la esquina, grueso.

Elena sonrió al ver el álbum, mirándome con esa misma sonrisa.

—Es su álbum de boda.

La información me hizo sonreír, y Elena se sentó entre su padre y yo, sosteniendo el álbum y pasando página tras página mientras dejaba que su padre, lentamente y entre toses y carraspeos, contara la historia de cada foto.

De Taelyn arreglándose. De la madre de Taelyn en una foto señalando hacia la puerta para que una de las damas de honor "se largara de allí" porque iba a estropear la ceremonia con aquel vestido "horroroso", según las palabras de la propia Elena —por lo visto, era una de las damas de honor elegidas por nepotismo.

A la abuela materna de Elena, Dana Clarissa Braddock, según me informaron, no le gustaba mucho aquella idea, para empezar.

Fotos de Henry poniéndose la corbata equivocada y de uno de los hermanos de Taelyn teniendo que intervenir, porque estaba tan nervioso que no conseguía hacer el nudo.

—Éramos más jóvenes que vosotros —comentó, lanzándome una mirada fría—. No recomiendo casarse joven, pero fue lo mejor que hice.

Solté una risa por eso.

—¿Es un incentivo o una negativa?

La sonrisa que le apareció en la cara ante mi pregunta parecía inquietantemente divertida.

Henry Fitzroy me había leído muy bien, porque parecía tener en los ojos, como si la llevara escrita, la frase obvia: *sé exactamente lo que estás planeando con mi hija.*

No era precisamente un secreto, pero entendía de dónde había aprendido Elena a leer tan bien a la gente.



38

Sueña con una familia así ✓

Nathan

Henry saludó levantando la mano, aún con la sonrisa en el rostro, divirtiéndose con mis palabras y desdeñándolas al mismo tiempo.

—Es un "haced lo que queráis", pero si yo no estoy aquí, será Easton quien lleve a mi hija al altar. Es la regla.

—Easton no sería capaz de hacer eso ni aunque su vida dependiera de ello —alegó Elena, seria—. Y no será necesario. Quién sabe...

Quién sabe si estarías aquí durante muchos años, era lo que decían los ojos de Elena. Pero yo veía claramente que no sería el caso. Los médicos de Henry Fitzroy habían acertado con la esperanza de vida. Aquel hombre no vería llegar un nuevo año.

Y Elena tenía claras dificultades para aceptar eso, pero ¿quién podría culparla? Tener una familia como aquella, solo para que su padre se estuviera despidiendo de esa manera, era crueldad.

Henry sonrió a su hija, sujetándole la mano que estaba sobre el álbum y apretándosela, apartando la atención de las fotos y llevándolo al rostro de Elena.

—Me voy en paz, querida, y puede que mis últimos días sean difíciles, Lini, pero lo tengo todo arreglado como lo planeé y como lo quise. Estoy con la mujer que amo, con los hijos que crié con el máximo amor y cariño posibles, y estoy seguro de que tú y tu hermano tendréis vidas fenomenales. No necesito mucho más.

Estaría preocupado si la empresa no estuviera en buenas manos, *mi preciosa Fitzroy*, pero no es el caso. Eres mucho mejor de lo que soñé para una heredera. Nunca lo olvides. Ni siquiera aunque tu abuela intente hacerte creer que eres incapaz, no lo eres. Eres mi hija.

Ella asintió, y él le guiñó un ojo a su hija, pero vi los ojos de Elena llenos de lágrimas. Apreté su otra mano, entrelazando nuestros dedos. Ella no quería hablar de aquello con su padre, era obvio, pero él la estaba forzando justamente porque claramente no tenía mucho más tiempo.

—Y si mis hijos encuentran el amor, aún mejor. Sospecho que una ya lo encontró; solo falta Easton, pero a él le quedan buenos años antes de tener que preocuparse por eso.

Elena sonrió de lado ante eso, asintiendo.

—Me aseguraré de que encuentre a una buena persona —la voz le salió entrecortada y casi atragantada, pero consiguió hablar.

—Me alegra que no hayas dicho una buena "chica". Quién sabe si le gustan los chicos, ¿eh? —Sonrió, divirtiéndose. Y fue ahí cuando noté que no viviría lo suficiente como para saber mucho sobre su propio hijo.

Podía ver que a Elena le iría bien, pero no conocería ninguna relación de Easton. No lo vería graduarse en el instituto, en la universidad, firmar un contrato en la NHL, en caso de que el chico aún quisiera eso dentro de diez años.

Debía doler más que la propia enfermedad, que lo estaba matando lentamente.

Había cierta tristeza detrás de su sonrisa, y señalé otra foto del álbum.

—¿Y esta de aquí? ¿Por qué Eloise parece irritada? —Decidí volver a un tema más seguro. Nadie necesitaba llorar esa noche. No aquella.

Por desgracia, a esa familia aún le quedaban muchas lágrimas por delante.

—La madre de Elena acababa de dar un discurso —explicó Henry, pasando la página y mostrando a Taelyn con un micrófono en las

manos, sonriendo a Henry, que le besaba la mano—. Fue bastante cursi, pero juró que...

— Me quedaría contigo en la alegría y en la tristeza, en la salud y en la enfermedad y, sobre todo, que te seguiría incluso después de muerto, porque sin ti no tiene sentido —declaró mientras cargaba un tarro enorme de vidrio, seguida por Easton con algunos platos en sus brazos pequeños y por la mujer que yo presumía que era la gobernanta, llevando algunos cubiertos y una botella de champán.

Llevaba un chal sobre los hombros en ese momento, a juego con el tono del vestido de la hija, y, por la mirada de Elena, la madre había tomado la prenda *prestada*.

—No lo tiene, pero algunas cosas van a tener que tener sentido —sonrió Henry, en una indirecta suave para su esposa—. No siempre una relación es fácil. —Volví la mirada hacia él, topándome con la suya mirándome—. En realidad, las relaciones en general exigen sacrificios: renunciar a una cosa para que llegue otra. Dejar atrás un mal hábito que a tu pareja no le gusta, para que él también ceda en algo que a ti no te gusta. Por ejemplo, Nathan, absolutamente nunca dejes tus calcetines dentro de las zapatillas. Elena va a desquiciarse contigo.

Esbocé una sonrisa forzada.

—Ya lo descubrí. —Y recibí una palmada fuerte en la pierna justo después, que solo la delató aún más.

—Es asqueroso —alegó, defendiéndose—. Existe el cesto de la ropa sucia por un motivo, Barlow.

Mi *suegro* —joder, era difícil acostumbrarme al término; al fin y al cabo, Elena y yo ni siquiera éramos oficialmente novios— se rio, señalándonos como si demostrara su punto.

—Superando las diferencias de crianza y de personalidad, veréis que todo es muy fácil. Hablar es siempre el secreto del asunto. *O* aceptar que tu esposa siempre tiene razón. Es un talento que se conquista con el tiempo —me guiñó un ojo.

Taelyn ponía los ojos en blanco mientras colocaba el plato que había traído en el centro de la mesa. Era una cazuela, pero yo no sabría decir cuál era la base del plato; mi madre solía hacer una de

boniato, cuando conseguía mantenerse limpia. Y si teníamos dinero para comprar los ingredientes. Solo la hizo dos veces, en todo caso.

—¿Y si yo quisiera casarme con su hija el año que viene? —pregunté, volviendo a mirarlo.

Elena tosió a mi lado, atragantándose con su propio aire.

—¡Nathan! —siseó—. Nosotros no hemos hablado de verdad sobre...

—¡SÍ! —gritó Easton, respondiendo por su hermana, animado mientras se llenaba un vaso de zumo, bebiéndolo justo después de brindar él solo—. ¡NATHAN BARLOW ES MI CUÑADO! —Casi bailaba en círculos alrededor de su propio vaso—. Esa es la palabra, ¿no, Tami? —le preguntó a la gobernanta, que reía al asentir.

Henry sonrió a su hijo antes de mirarme.

—Depende. ¿Mi hija está embarazada?

Elena puso mala cara.

—Tengo un DIU.

—Hay casos...

—No lo estoy —cortó a su padre—. No es eso. A Nathan solo le gusta...

—Dijiste que si marco un gol y gano el *Frozen Four*, podemos casarnos —avisé.

Mi suegro miró a su hija con desdén, malicioso.

—¿Lo prometiste?

Ella puso los ojos en blanco.

—Fue en el calor del momento...

—Una promesa es una promesa —bromeó su madre, pero se sentó en un sillón solitario al lado de su marido, en diagonal hacia el televisor, y la mano de él buscó la suya de inmediato.

Taelyn me sonrió al continuar, tranquila:

—Depende, Nathan. Depende del tipo de persona que seas. Del tipo de hombre que seas, del tipo de compañero que seas. De lo comprensivo que seas con la carrera de nuestra hija. Al final, la respuesta de Elena es la que importa, y sé que es lo bastante inteligente como para saber la respuesta hoy, aunque solo le llegue dentro de diez años.

Elena le sonrió débilmente a su madre, que se encogió de hombros.

—Pero tengo que decir que sois demasiado jóvenes para casaros —advirtió Henry—. Nos casamos todavía en la universidad por cuestiones provocadas por mi lado de la familia, y espero que no sea vuestro caso. Quiero que mi hija se case solo porque quiere. Por querer organizar una boda, por tener interés en ponerse un anillo en el dedo... Y porque ama al futuro marido. Nada más que eso.

Asentí, satisfecho con eso, viendo la mirada de Elena sobre mí antes de mirar a sus padres. Había amor detrás de los hilos verdes dentro de los iris castaños.

Joder, esa era la mujer de mi vida. No podía perderla, ni dejar que Eloise ganara aquella pelea, y mucho menos permitir que Hunter usara cualquier cosa contra nosotros.

No podía dejar que se me escurriera entre los dedos como arena, no tan cerca de asegurar que pudiéramos estar juntos hasta el fin de nuestras vidas.

No entendía cómo sabía eso con tanta claridad. A mi padre le pareció extraño, incluso porque amaba a su esposa, pero nunca tuvo esa certeza —mi madre era la prueba—, pero parecía que el padre de Elena sí comprendía cómo me sentía, porque lo pillaba analizándome de vez en cuando, con pinta de estar pensativo.

O simplemente me odiaba, pero no iba a decir nada por el bien de su hija. Era una posibilidad.

—Bueno, creo que podemos comer el entrante, ¿no? Deberíais contar lo que hicisteis en la luna de miel; Nate se va a reír bastante —remató Elena, animada.

Me encantaba ver esa sonrisa en *toda la cara* de Elena. Los ojos radiantes, detrás del maquillaje ligero que le realzaba los pómulos. Los labios pintados de algún tono marrón que la hacían brillar por completo.

—Ay, no... —refunfuñó Taelyn, pero Henry sonrió de oreja a oreja.

—*Mi querido*... —se burló con ironía, gesticulando hacia mí con animación—. Taelyn nunca había ido a las Bahamas. Fuimos de luna de miel. Creyó que una pasada de protector solar a las siete de la mañana le resolvería todos los problemas por el resto del día.

Taelyn se escondió la cara, negando con la cabeza.

—Se achicharró todo el día, hasta el punto de que al día siguiente se quedó tumbada en la cama sin poder tocar la sábana —se reía Henry mientras delataba a su esposa—. Pero admito que me preocupé. —Le lanzó una mirada fea, y ella resopló.

—¿Qué puedo hacer? ¡Era una playa preciosa! Fuimos en barco, en jet ski, conocimos pequeñas zonas de reserva... ¡¿Iba yo a pensar en el protector solar?! Estaba más preocupada por verlo todo, por aprovechar...

Eso hizo que Elena se riera a carcajadas, apoyándose en mí.

Henry sonreía con tanto amor a su esposa que era bonito de ver.

—Y tú tuviste una intoxicación alimentaria —delató ella a su marido, que resopló, poniendo los ojos en blanco—. El estómago de rico no aguantó el perrito caliente de procedencia dudosa que compramos en un quiosco fuera del *resort*.

El resoplido de Henry fue tan fuerte que tuve que esconder la cara en el cuello de Elena, escondiendo la risa.

—Quiero pasar mi luna de miel en Suiza —declaró Easton, inflando el pecho—. Me encanta esquiar allí. Y los lagos naturales para patinar son per-fec-tos. —Al menos ya sabía deletrear muy bien.

Elena se rio.

—Para eso necesitas una esposa, y antes de eso, una novia.

Él puso los ojos en blanco.

—Ya tengo una novia. Elisabeth del noveno curso.

Toda la familia se quedó en silencio mientras miraba a Easton. Yo incluido, por cierto.

—Easton Fitzroy... —dijo su madre lentamente, enderezándose y mirando al chico—. ¿Qué historia es esa?

El niño se encogió de hombros.

—Pues, es guapa. Saca notas altas. Se parece a Madison Beer, ¡y es muy bonita! A todo el mundo en el colegio le gusta...

Si él tenía ocho años... Aún no estaba en noveno. Joder, ¿una chica mayor? El chico sabía aprovechar la vida. Ella solo... Era *demasiado* mayor para sus ocho años. Cinco (o seis) años de

diferencia era absurdo a esa edad. Primero, que *salir* con alguien a esa edad era absurdo...

—Eso es, te voy a sacar del hockey —declaró Henry, sacándome de mi propia cabeza—. Eres demasiado joven para saber algunas palabras que has estado diciendo, ¿y *tener novia*? ¡No! Fuera de cuestión.

Elena parpadeaba, completamente en shock, hacia su hermano pequeño.

—¿Qué hemos dicho ya sobre objetificar a las mujeres, Easton? Solo porque una famosa sea guapa no significa que... —siseó a su hermano, aunque la voz se le moría por la preocupación de qué palabras utilizaría.

No podía culparlo, pero preferí mantenerme del lado de Elena en ese asunto, si no me iba a tocar a mí.

No es que no supiera lo que yo hacía antes de centrarme en ella como mi próximo objetivo. Ella solo no... Hablaba. Sospechaba que era porque sabía lo que iba a descubrir. Era inteligente.

—Ni siquiera sé lo que significa esa palabra. ¿Qué es "objetificar"? —se quejó, molesto—. Pero Beth y yo somos novios y hasta vamos de la mano. ¡Me dio un beso en la mejilla antes de irse el jueves pasado!

Taelyn abrió y cerró la boca, frunció el ceño, soltó la copa de champán que se había servido momentos antes para sí misma y analizó a su hijo.

—Por hoy lo dejo pasar, pero tendremos una conversación sobre esto mañana, Fitzroy.

Él resopló, cruzándose de brazos al acomodarse en el otro sofá, solo y de morros.

—Vale. ¡Pero no tiene nada de malo! Elena también tiene novio y nadie dice nada.

Henry alzó las cejas hacia su hijo. No hizo falta decir nada.

—Perdón, mamá —murmuró—. Voy a esperar a que hablemos mañana. Pero no entiendo por qué Elena puede tener novio y yo no.

Elena resopló, negando con la cabeza ante aquello.

—Soy mayor. Y si sigues con esas comparaciones y secretitos, no voy a llevarte más al hockey —advirtió Elena.

¡¿Cómo que no?! ¡Uso eso para verte, joder!

—Mi chófer me lleva.

—No si yo se lo prohíbo —añadió.

—Tú no puedes prohibirlo, solo papá y mamá.

—Elena sí puede, si sigues con esa actitud —informó Taelyn—. Ahora, vas a ayudar a la señora Johnson a comprobar el pudín que está en la nevera y comprobar si está en su punto.

Easton se fue dando fuertes pisotones, manteniendo los brazos cruzados y yendo con la gobernanta a comprobar lo que su madre pidió.

Taelyn suspiró ante aquello, negando con la cabeza.

—Bien dicen que los jugadores de hockey son insufriblemente temperamentales. ¿No había otro deporte para que se interesara, Henry? —Taelyn miró a su marido, que se encogió de hombros.

El niño era un crío, claro que no iba a asimilar el problema, pero por eso era importante sentarse con él y hablar —cosa que se haría al día siguiente, pero claramente la paciencia no era el fuerte de aquel Fitzroy. Yo lo entendía.

Los niños de ocho años no salen con nadie. Y menos con una niña que ya iba años por delante y que, *definitivamente*, debía estar empezando a entender lo que era tener novio de verdad.

—Por desgracia, le gustó ese —respondió Henry—. Mejorará.

—O no —murmuró Elena, dándome un empujoncito en la barriga.

—Él... él mejorará —afirmé, medio para defenderme, medio en un intento de proteger la fama de nosotros, los jugadores de hockey.

Taelyn me analizó como si dudara, hasta el punto de que lo sentí en el alma. Tenía razón.

Quiero decir, ¡¿qué ejemplo era *yo*?! Joder, Easton debía haber buscado otro ídolo.

—Bueno, ¿quién quiere cazuelas? —declaró *mi* mujer, separándose de mi pecho y estirándose para servirse un trozo del plato como si nada hubiera pasado—. Y, por cierto, Nate, ¿dónde quieres que sea tu luna de miel?

Me encogí de hombros.

—Dondequiera que estés —salió, simple y sincero.

Mi suegro silbó.

—Vale, tenéis mi bendición. Esa respuesta fue una genialidad.

Taelyn se rio, negando con la cabeza hacia su marido.

—Eres un idiota, Henry.

—Aun así te casaste conmigo —canturreó, satisfecho.

Sonreí ante eso, notando de inmediato algunas similitudes con otra persona que yo conocía. Entendía exactamente cómo Elena se había convertido en esa mujer.

Y se me partía el corazón al pensar que Taelyn perdería a su amor en unos meses. Con fecha de caducidad, como Elena había comentado amargamente.

Elena sonreía al apoyarse en mí de nuevo, besándome la mejilla antes de empezar a dar bocados pequeños.

Estaba comiendo, por fin.

Le besé la cabeza, satisfecho con cómo de inmediato parecía que todo estaba bien y que esa familia me había aceptado, porque era exactamente eso. Tenía razón al decir que eran tranquilos.

—Cabo Verde es genial en esta época del año —comentó Taelyn —. Si os casáis a escondidas en Vegas, sería adonde yo iría a pasar la luna de miel. Pero, por favor, no os caséis a escondidas.

Elena y yo nos reímos y, joder, quería congelar ese momento para siempre. Esa familia fue todo lo que siempre quise. El momento tranquilo, sin nadie gritando, sin la preocupación de encontrar una aguja usada en el suelo. Solo... Una familia sana.

Me asusté cuando el tenedor apareció delante de mi cara, pero me comí el trozo que Elena me ofreció, apretándola contra mí.

Henry nos sonrió.

—Solo estoy feliz de ver a mi hija feliz, Nathan. Nada más. Claramente sois lo que el otro necesita, y es bonito de ver. No tengo nada más que decir. Le has hecho bien a mi hija y no podría pedir a alguien mejor. Pero espero que sepas hacer barbacoa, porque el lado de la familia de mi esposa te lo va a exigir.

Sonreí de oreja a oreja.

—Me las arreglaré, Henry.

Iba a tener que pedir ayuda a los chicos...

—Perfecto —Taelyn sonrió.



39

Aprovecha la noche ✓

Elena

Nathan observaba mi cuarto, deslumbrado, mientras entrábamos en la habitación, curioso por todo, y yo cerraba la puerta detrás de nosotros.

—Parece aún más grande que en las fotos —se rió, cogiendo impulso y tirándose en mi cama como un niño, haciéndome reír también.

Me gustaban los colores neutros y pastel, así que el cuarto estaba decorado en un tono de beige medio caramelo, con detalles en madera clara. Me dejaban en paz, aún más teniendo en cuenta la cantidad de información que yo veía todos los días. Tonos así calman el cerebro.

La cama *king size* era algo que yo amaba; la pared detrás de ella estaba llena de fotos y más fotos, en diferentes tamaños, de diversos momentos de mi vida: con mis padres, sola, con Easton. Yo, a los doce años, acariciando a Easton en la maternidad del hospital; mi madre con él en brazos y mi padre besándole la cabeza a ella.

—Siempre —dije, risueña. Tamara había dejado la mochila de él en el tocador y la llevé al vestidor; al volver, lo vi sentarse en la cama, haciéndome señas con las manos.

—Ven aquí —me coloqué entre sus piernas, apoyando mis manos en su nuca, mientras sus manos apretaban mi cintura, acariciándola y sonriéndome—. Quiero hablar contigo hoy de todo lo que vengo

evitando decirte por culpa de otras personas. Di largas durante mucho tiempo por miedo, pero voy a tragármelo y contarlo. No puedo mentir sobre algunas cosas y, en cierto modo, ya estoy mintiendo por omisión. Voy a dejarlo.

Sonreí, asintiendo.

—Está bien, Nate —acaricié su nuca—. Sé que no fue con mala intención. *Pero* admito que tengo curiosidad —añadí.

Mucho. Me estaba carcomiendo desde hacía un tiempo. Sin embargo, no le exigiría nada, sobre todo porque eso claramente parecía incomodarle. Tenía algunas suposiciones, pero no sabía explicar muy bien por qué sentía que todas estaban equivocadas. Había algún detalle de lo que ya sabía que me faltaba.

Se rió, asintiendo.

—Me lo imagino. He creado suficiente suspense. Pero voy a poner las cartas sobre la mesa. Y también me gustaría que, algún día, conocieras a mi familia por parte de madre. Siento que, a pesar de no ser una experiencia tan agradable, si te quiero como mi esposa, necesitas saber en qué te vas a meter.

Guau. No esperaba eso. Esperaba tener que pedirlo algún día. No es que él estuviera muy dispuesto a abrir algo así de difícil. Sabía lo suficiente de los Barlow para entender que ese era un paso enorme.

—Te has tomado esto del matrimonio muy en serio, ¿eh?

—Obvio.

Sonreí aún más, negando con la cabeza.

Yo era muy cautelosa, pero aquel hombre, con las manos sobre mí, me hacía lanzarme de cabeza a ello y creo que eso solo me hacía amarlo más. No había ni un resquicio de incertidumbre, de motivo para que yo tuviera miedo. Nate era Nate, mi Nathan.

El jugador de hockey temperamental que hacía que mi corazón se parara cada vez que soltaba el palo y se iba a por alguien sobre el hielo. Todo mío.

—Sabes que, probablemente, vamos a necesitar un contrato prenupcial, ¿verdad? Como titular de la Fitzroy, las cosas son un poco complicadas en el ámbito jurídico y monetario. Ninguno de mis abogados me permitiría casarme sin un acuerdo.

Se encogió de hombros.

—Soy consciente. Y si fuera para ser fácil, no seríamos nosotros.

Negué, poniendo un puchero.

—En realidad, *es fácil* entre nosotros, Nathan —aclaré—. Entre nosotros dos, simplemente funciona, y eso a veces me asusta —admití—. Pero... Creo que está destinado a ser así. Nosotros. Esto. La facilidad y la tranquilidad. Es difícil lidiar con las condiciones *externas*, pero esto aquí... Lo que tenemos, este momento, todos los demás, es fácil como respirar. Es natural.

Él sonreía cada vez más.

—Y tú, preocupada de que tres semanas fuera demasiado rápido para involucrarse. Te he esperado veintiún años, *bravita*. No voy a arriesgar ni un segundo de más.

Veinte, porque nos conocimos antes de tu cumpleaños. Sonreí, bajando el rostro y encontrándome con sus labios.

Entiendo el sentimiento.

Él subió el dobladillo del vestido, tumbándose y tirándome encima de él, acomodándome allí mientras profundizaba el beso.

—Todo se resuelve —susurré, sintiéndolo gruñir en señal de acuerdo.

—Con tal de que estemos juntos —completó con las palabras que parecían girar a nuestro alrededor.

Definitivamente.

—De acuerdo —confirmé, mordiéndole el labio y sintiendo sus manos apretarme el culo con fuerza, tirando de la piel por encima de la tela mientras mis uñas le arañaban la nuca, apretando los mechones de pelo que le salían por allí. Necesitaba cortarse el pelo.

La puerta se abrió de un tirón y oí resonar en el cuarto:

—¡YO SABÍA que iba a encontrar una mierda así, joder! —La voz de Alex resonó en la habitación, con Nathan dándonos la vuelta en la cama, dejándome debajo y girando el rostro para mirar a mi amigo, cabreado.

—¿No conoces eso de "llamar a la puerta", joder? —reclamó—. ¿Y si ella estuviera desnuda?

Alex puso los ojos en blanco, mirando a Nathan, encogiéndose de hombros.

—Por desgracia, sería una imagen que tendría que rezar para olvidar.

Nathan negó con la cabeza al acomodarse, sentándose en la cama y arrancándole una carcajada a Alex mientras me ayudaba a sentarme también.

—Alexander, tío. Un placer conocerte.

Nathan esbozó una sonrisa más contenida, asintiendo mientras estrechaba la mano de un Alex graciosillo al que yo quería darle un puñetazo. ¿Tenías que aparecer *justo* cuando la cosa estaba buena, Alexander?

—Nathan. Creo que ya hemos oído lo suficiente el uno del otro.

Puse una mueca, porque era verdad. Y por mi culpa.

Alex me besó en el pelo antes de apartarse, cruzándose de brazos.

—Bueno, ya que estamos todos aquí reunidos, tengo que decir que subí para avisar de que todo el mundo ha llegado. Mi padre tiene curiosidad por conocer al novio de Elena —explicó—. Toda nueva incorporación a la familia pone a todo el mundo nervioso.

Nate puso un puchero medio desconfiado, asintiendo con la cabeza mientras me guiñaba un ojo.

Aquel no era exactamente Nathan. Era una especie de espejo que reflejaba quién era él, pero Nate se había retraído de inmediato con la entrada de Alex.

Tenía la mosca detrás de la oreja. Había algo que no parecía cuadrar bien con Nathan y, aunque yo sabía que era algo que no me incumbía —si fuera el caso, sentía que él ya lo habría dicho—, al mismo tiempo me molestaba, porque si no era un problema entre nosotros, ¿qué sería?

Sabía que él lo iba a contar, pero mi cerebro estaba habituado a buscar respuestas y soluciones, y era muy difícil pararlo, así que allí estaba yo, calculándolo todo.

Era curioso: Nate y Alex se parecían en algunas cosas, viéndolos lado a lado, no solo en la personalidad protectora, sino que parecían igualmente... No sabía muy bien explicar la sensación que tenía. Me resultaban familiares, como si los estuviera conociendo por primera vez, pero en una especie de *déjà vu.*

Alex miró a Nate, ambos con los ojos verdes, y suspiró.

—No voy a bromear y decir que, si no la cuidas, te reviento a hostias —dijo mi mejor amigo—. Sé que lo sabes, pero sospecho que yo perdería.

Nathan se rió, asintiendo, y por fin le dedicó una sonrisa a Alex.

—Desde luego. Pero no tienes que preocuparte. Nunca le haría daño.

—Intencionadamente —advirtió Alex—. Procura no hacerle daño sin querer y estaremos bien. Puedo quedarme tranquilo con que pases estas fechas señaladas con nosotros si cuidas a mi hermanita.

Nathan asintió y pude ver la tensión en su cuello. Era diferente de cómo había estado con mi padre. Eso me estaba molestando. Parecía más tenso con *mi amigo* que con *mi padre*. Había algo que no iba bien.

—Ahora que ya habéis terminado de arreglaros, ¿podemos ir? —dije, dejándolo pasar y escuchando los asentimientos. No iba a comerme la cabeza con eso.

Nathan me besó en la mejilla al seguirme fuera de mi cuarto, pero ya no parecía tan animado como unos minutos antes.

Los Bernard-Rothon se integraban bien en la casa, igual que sus parejas. Peter y Valerie tenían a sus respectivos acompañantes, y todo el mundo parecía feliz y a gusto. El único soltero allí era Alex. Sin contar que Violet parecía deslumbrante, como la primera dama siempre parecía tener que estar.

Lo pesado de todo aquello era la cantidad de guardaespaldas, aunque ya estaba acostumbrada. La revisión que tenían que hacer. El tiempo que eso llevaba. Pero, fuera de eso, las cosas eran relativamente normales.

Nate se quedó bastante callado, a diferencia de unos momentos antes, cuando conversaba con mis padres y se reía. Allí se quedó más contenido y parecía más tímido, a pesar de haber sido respetuoso con los Bernard-Rothon.

Debía de ser extraño. Quizá por eso yo estaba desconfiada —para mí, yo estaba entre familia, pero Nathan no conocía a nadie allí aparte de mí y de Easton; acababa de conocer a mis padres—. Veía

que la novia de Peter parecía igual, algo torpe y, al mismo tiempo, intentando mantener conversaciones casuales.

Easton, sin embargo, hizo un trabajo estupendo poniendo a todo el mundo a hablar de temas banales. Era una copia del tío Linc en eso.

Hablaron principalmente sobre hockey, que era el tema favorito de Nathan, e inmediatamente lo hizo hablar de la temporada regular de la NHL. Toda la mesa se detuvo para escuchar, pero a él no pareció importarle; no con ese tema.

Por primera vez, me descubrí sonriendo todo el tiempo y no solo cuando se esperaba que sonriera, por costumbre. Él allí hacía que todo pareciera mejor.

—Así que estás saliendo con un futuro jugador de hockey profesional, Elena —bromeó Violet cuando el tema se fue apagando y solté una risa. Una que salió graciosilla y que Nathan claramente notó, porque sonrió al oírla. —¿Lista para dejar la Fitzroy y ser una *WAG*[23] a tiempo completo? —provocó, lo que hizo que hasta Nathan se riera.

—Solo si estoy loca —solté una risa—. Nate lo sabe.

Él asintió, besándome el hombro desnudo.

Estábamos uno al lado del otro en la mesa de más de veinte plazas en el comedor de eventos. La chimenea estaba encendida, igual que el calefactor, así que el ambiente estaba cómodo. Nathan incluso se había quitado la sudadera y se había quedado solo con la camisa de vestir que llevaba por dentro de los vaqueros.

—*Yo* tampoco quiero eso —advirtió, sonriéndole entonces a Violet.

Charles parecía extrañamente callado desde que el tema del hockey había empezado, aunque siempre hablaba de ello con mi hermano. Pero él realmente sabía más de hockey de lo que yo esperaría de un gobernador cuya familia entera no tenía ningún interés por los deportes.

—Elena es brillante; yo voy a ser el marido trofeo —bromeó Nate.

Mi padre se rió, levantando la copa de zumo como si brindara por eso, aprobando.

—¿Y qué estudias? —preguntó Peter, curioso.

—Ingeniería civil —informó Nathan, tranquilo—. Aún me queda algo menos de dos años para graduarme; Elena y yo vamos a terminar los cursos juntos.

Sonreí por eso, asintiendo. Yo también ya había hecho las cuentas.

—Charles, cuéntame, ¿por qué diablos no frenaste aquel proyecto de ley terrible sobre el alcantarillado de Boston? —preguntó mi padre de inmediato, cambiando de tema y haciendo que Charles soltara una carcajada.

—¿Otra vez esa mierda insoportable, Henry?

En cierto modo... Literalmente, mierda.

Hasta Nathan se rió, negando con la cabeza mientras la mesa estallaba en conversaciones paralelas y la comida iba sirviéndose. Tamara y algunos otros empleados terminaron de servirla antes de sentarse a la mesa. Solo Boz y Dennis no iban a poder, porque necesitaban quedarse detrás de las cámaras, pero una de las asistentes de Tamara les había llevado platos a la sala de seguridad, así como a otros guardaespaldas de Charles que estaban por allí.

Y Tamara me dejó a Nathan en bandeja, contando todo tipo de trapos sucios de su infancia que lograba recordar, porque estaba con nosotros desde el primer embarazo de mi madre. Nate se divertía una barbaridad con aquello. Y yo tan solo aproveché el momento.

Podía vivir con eso. Nathan encajaba en mi familia, y yo deseaba hacer lo mismo en la suya, aunque solo en la que él soñara.

La mano apretada contra la mía, entrelazando los dedos y el pulgar jugueteando con mi piel, me decía que algo parecido se le pasaba por la cabeza.

—Come más —refunfuñó antes de volver a charlar con Valerie, haciéndome poner los ojos en blanco, pero di otro bocado al pavo.

A mí, definitivamente, no me importaba tener eso por el resto de mi vida.



40

Descubre algo ✓

Elena

Me quité la pinza que sujetaba la parte delantera de mi pelo, quitándome también el chal mientras me bajaba de los tacones, sintiendo sus brazos en mi cintura y sus labios besando mi hombro desnudo justo después.

—Gracias por la invitación. Estaba asustado, pero fue increíble —refunfuñó contra mi piel.

Nathan realmente no bebía tanto como yo, pero estábamos lejos de estar borrachos, ni siquiera colocados. Pasaba de la una de la madrugada. Alex y su familia se habían despedido poco antes y todavía ni siquiera debían haberse subido a todos los coches por la comprobación de seguridad que el equipo del gobernador tenía que hacer.

—Podemos repetir el año que viene —bromeé, girándome y pasando las manos por su cuello. *Sería un sueño hecho realidad*, considerando nuestra situación. —Pero necesito ser sincera y decir que tanto mi padre como yo notamos que tú y Charles ya os conocíais y solo fingisteis que no. Como ya sabías quién era Alex, supongo que es por eso y porque *te interesa* la política —comenté, seria—. No sé por qué fingisteis que no os conocíais.

Él me miraba, asintiendo con la cabeza y acomodándome el pelo detrás de los hombros, pensativo.

Tenía algunas sospechas. Algunas las consideraba descabelladas. Otras, me preguntaba lo cerca que estaba de descubrir algo... o de entender la situación.

—Creo que eres lo bastante inteligente como para empezar a atar cabos y solo no lo hiciste por respeto a mí —afirmó, mirándome a los ojos—. No quise contártelo porque es una mentira que tendrías que contarle a tu amigo más cercano.

Asentí con la cabeza, llegando a la conclusión a la que él se refería, tras considerar conversaciones que había tenido con el propio Alex. Alexander tenía razón al sospechar de su padre.

Era fácil unir los puntos sabiendo todo lo que yo sabía de ambos lados y considerando la mirada de Nate sobre mí en ese momento. Él percibía que yo tenía algunas dudas y me estaba respondiendo sin siquiera decir una palabra.

—Soy el hijo bastardo de Charles —dijo, directo al grano, mientras yo tragaba en seco. *Ahí estaba* la opción más descabellada, pero que pasó por mi mente cuando vi las semejanzas, una al lado de la otra, al despedirse, pocos minutos antes. —Estaba nervioso por venir no solo porque conocería a tu padre, sino porque tendría que mentir delante de todo el mundo, fingiendo que nunca había conocido al gobernador. Lo conozco desde que nací.

Asentí, alejándome y sentándome en la cama, mirando a la nada absoluta.

Nathan Barlow. Nathan Bernard-Rothon. El nombre no parecía encajar tan bien. No parecía muy propio de Nathan, pero yo tampoco creía que Charles fuera ese tipo de hombre y...

—Alex sospechaba —admití, con la voz sonando distante. —No de ti —aclaré al ver su mirada aterrorizada, temerosa de lo que podría pasar, e inmediatamente tiré de su mano hacia la mía, entrelazando nuestros dedos. —Entiendo por qué evitaste contarlo; el secreto no es solo tuyo. Pero Nathan... Esto está *tan* mal. Violet no tiene ni idea.

Charles engañó a Violet. El padre de Alex no es el ejemplo en el que tanto se mira.

—Por eso Charles no quiere contarlo. Por eso y por el electorado —explicó.

Suspiré, no tan impactada como creí que estaría al unir los puntos que se formaban frente a mí, en especial después de empezar a encajar algunos detalles del rompecabezas.

Sin embargo, mi corazón no estaba tan estable como aparentaba. Varias personas me daban vueltas en la cabeza. ¿Mi padre tenía conocimiento de aquello? ¿Mi madre sospechaba? ¿Alex tenía alguna idea de que Nate era su hermano? ¿Cómo crió Charles a un niño en secreto sin que ni siquiera fuera una sospecha para Violet? ¿Cómo se conocieron Charles y Roanne? ¿Cómo nunca lo pilló la prensa y lo destrozó por tener un hijo fuera del matrimonio?

¿Cómo oculto esto a una familia de la que soy casi un miembro más, de lo cercana que es a la mía?

—No sé si puedo mentirle a Alex, Nate —admití—. Y sé perfectamente que fue por eso por lo que no me lo contaste.

Él asintió, sentándose a mi lado y tirándome hacia él, apretándome contra su pecho.

—No sé qué puedo pedirte con respecto a esto —susurró—. Pero en el momento en que la familia lo sepa, yo también voy a acabar bajo los focos y...

Cerré los ojos, sintiéndolos llenos de lágrimas. Él prefería seguir escondido. Él prefería huir de la fama en la que la situación lo colocaba.

Aparté el rostro, mirándolo con preocupación. Eso sumó una nueva preocupación.

—¿Por eso no quieres que yo te haga oficial y no te importa la situación con Eloise? —pregunté, sorprendida—. ¿Por qué no quieres ser el centro de atención?

Tragó saliva, frunciendo el ceño.

—No exactamente. Me gustaría que mi mujer hiciera oficial lo nuestro, pero Elena Braddock-Fitzroy, la heredera... No quiero que cada vez que yo dé un puñetazo, tú salgas perjudicada por ello. No me interesa que mis acciones te perjudiquen y tampoco deseo que tu nombre interfiera en mi carrera —dijo, honesto, y me di cuenta de que era verdad.

Él estaba en una situación difícil, pero había alcanzado su puesto en el equipo de Northride, su beca, la plaza en la NHL... Todo eso lo

había conseguido él. En el momento en que hiciera pública una relación conmigo, quizá la NHL lo aceptaría incluso si seguía cagándola, precisamente porque gente como yo suele hacer donaciones generosas a equipos interesados. A equipos que...

Se me quedó un regusto amargo. Yo nunca le haría eso, nunca *compraría* una plaza para Nate, y *sabía* que él era consciente de ello, pero al mismo tiempo... Yo lo entendía. Evitar ese problema era mucho mejor que tener especulaciones en los medios todo el tiempo, que tener su capacidad, mentalidad y esfuerzo cuestionados a cada momento.

—En la pista de hielo, bien —continuó—, pero Dennis tenía razón con respecto a aquella noche: ¿y si hubiera periodistas cerca? ¿Qué sería de tu imagen y de la Fitzroy?

Fruncí toda la cara, girándola hacia otro lado e intentando analizar la situación. Tenía tantas aristas en ese momento que era difícil saber cuál de ellas sería la primera con la que tendría que lidiar para poder pasar a la siguiente.

—Charles debería ser honesto con la familia. Engañar a la esposa ya es lo bastante malo. ¿Ocultar a un hijo durante veintiún años? Yo me divorciaría en el acto, Nate —dije, sincera, al mirarlo.

Él asintió, bajando la mirada hacia nuestros dedos entrelazados.

—Lo sé. Y sospecho que él también. No conozco a Violet lo bastante bien como para saber qué haría, pero creo que es un temor de Charles.

La semejanza de ojos cuando conocí a Nate, cuando imaginé que me resultaban familiares. El hecho de que Nathan y Alex tuvieran actitudes protectoras parecidas. Nate ya sabía todo sobre la familia Bernard-Rothon... Porque él también era uno.

Podía no tener el apellido, pero definitivamente tenía la sangre.

Todo había empezado a encajar lentamente, de forma inconsciente, y estaba en algún rincón de mi mente como una sospecha descabellada. Pero cuando vi a Charles mirándolo fijamente en la mesa, me pregunté si era realmente inverosímil. ¿Y si aquello que cruzó mi mente de manera superficial, solo como una pluma haciendo cosquillas, no podía ser real? Había semejanzas.

Charles claramente conocía a Nate. Alex había oído a su padre decir algo sobre una beca deportiva. Nate corría el riesgo de perder la suya —y la plaza.

No era difícil sumar; la cuestión es que era una coincidencia tremenda que aquel cálculo llevara a mi mejor amigo y a Nathan. Había ocho mil millones de personas en el mundo (seiscientas mil solo en Boston), ¿cómo iba a imaginar que la sospecha de Alex iba dirigida a Nathan, cuando ni siquiera Alex imaginaba eso?

—¿Qué te dice él? —pregunté por fin.

—Hizo todo lo que un padre "en secreto" podría hacer. Tuve muchos momentos guays con él —explicó, poniéndose a la defensiva.

Solo entonces me di cuenta de que estaba *enfadada* con Charles. Yo lo veía como a un tío mío; ¿cómo podía hacer eso con su propia familia? Y, al mismo tiempo, no quería herir a Nate, porque *no era culpa suya*. Entendía perfectamente por qué no me lo había contado y, aunque no me afectaba directamente, podía causar un problema enorme.

—No va a recibir ningún premio al padre del año, pero se asegura de que yo tenga todo lo que necesito y un poco más. Le gusta que estemos juntos. Le importo. Solo que no planea reconocerme nunca. Yo siempre voy a tener el nombre de mi padre en blanco en el certificado de nacimiento.

Apreté los dientes, irritada por eso, por Nate. Por aceptar tan poco.

Charles era millonario. Era el puto gobernador. Quién sabe si se presentaría a la presidencia dentro de unos años. El hijo de puta no quería perder nada de eso a consecuencia de un error que él mismo había cometido al engañar a Violet.

Nathan no era un error, no para mí, pero sería exactamente esa la noticia que llenaría los periódicos si la información se filtrara. Preferí no pensar en cómo surgiría cada noticia, evitando elaborar un problema que solucionar, cuando no tenía certeza de cómo resolvería aquello.

—Si él te reconoce, su candidatura puede sufrir una gran pérdida —expliqué—. En especial porque se está preparando para la

reelección. Eso significa que tendría que admitir que no fue fiel a su electorado, por no haber sido fiel a la imagen de familia perfecta que pintó. Como no hay ningún riesgo de que lo descubran ahora mismo, no tiene motivos para admitirlo ahora. Pero si, por algún motivo, el año que viene corre el riesgo de filtrarse, perdería la reelección. Definitivamente. No hace falta ser especialista para saberlo.

Nathan asentía con la cabeza, como si ya hubiera considerado eso, y sonrió de lado, tímidamente, como si tuviera miedo de mi reacción.

—Ya acepté que voy a ser un secreto por...

¡PERO QUÉ INFIERNO!

—¡YO NO! —rugí, asustándolo—. ¡*No mereces* ser un secreto! ¡La familia de Charles tampoco merece tener esa sombra sin siquiera saber que tiene una! ¡A la mierda la puta candidatura de Charles! Él te está, sí, haciendo daño con esto, ¡y tú ni siquiera lo notas! Y entiendo que no quieras los focos, Nate, ¡pero *es lo que hay*! ¡Eres hijo del tipo! ¡Hay otras formas de huir de los focos!

—No es tu elección, Elena.

—¡Es una elección que te está haciendo daño! —gruñí—. Aceptas ser su secretito, el mío, finges que no te importa, finges que todo está bien cuando, en realidad, ¡deberías poder llamar hermano a Alex! Cuando deberíamos poder ir por ahí de la mano, a la luz del día y sin escondernos de mi equipo de seguridad. Cuando podrías ir por ahí sin correr el riesgo de que te peguen un tiro, como en un atentado, porque tu padre no quiso admitir quién eres y ponerte un guardaespaldas. —Levanté la mano en cuanto abrió la boca—. Y no te *atrevas* a decirme que nadie lo sabe, porque la gente loca *siempre* lo sabe. ¡Así soy yo, preocupada por todos los escenarios! —añadí, con la voz saliéndome grave y pesada, pero solo entonces notando que tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Elena...

—¡Es en serio! —rugí—. Crees que tu vida está segura porque es un secreto, pero ¡solo corres más peligro por eso! Sin contar que este es un secreto demasiado grande como para que mi abuela no lo use contra ti en *el momento* en que descubra lo nuestro. Además —podía empezar una lista numerada, pero me la ahorré—, Charles es

un gilipollas por ponerte en esa posición, metiendo a su familia en esto. Necesita lidiar con la mierda que hizo y no te estoy llamando mierda; estoy llamando mierda a sus actitudes —escupí.

Nathan tenía una sonrisa en la cara.

—¡Quita esa jodida sonrisa de la cara! Estoy muy cabreada con él —gruñí.

—Creo que nunca te había visto tan enfadada en la vida.

Resoplé, irritada.

—¡Pues claro! Estoy *furiosa*. Si él todavía estuviera aquí, ya habría oído *muchas* cosas.

—Ni cuando me metí en aquella pelea —añadió, para aumentar mi odio—. Lo que significa que estás aún más preocupada.

—¡CLARO que estoy preocupada! —Mi voz subió algunos decibelios—. ¡Todo está mal! ¿Quién se cree ese gilipollas?

Él me abrazó inmediatamente, apretándome contra su sudadera y besándome la cabeza.

—Mi padre —advirtió—. Ese gilipollas es mi padre. Entiendo tu rabia. Ahora imagina cómo se van a sentir Alex y mis otros hermanos. ¿Cómo se va a sentir *Violet*? Si tú estás así, Braddock, imagínatelos.

Resoplé contra él, pero relajé los hombros.

—No sé cómo resolver esto —admití, frustrada—. Y no sé cómo voy a mentirle a Alex o siquiera mirarlo a la cara —añadí en un gemido, dolida.

Sentí sus labios en mi pelo de nuevo.

—Por eso no quería contártelo —susurró—. No quería ponerte en esa posición.

Apreté su sudadera entre los dedos, intentando agarrarme a él para siempre ahí.

—Somos un equipo —comenté—. No me ocultes estas cosas solo porque quieres protegerme.

Él asintió con un refunfuño.

—Lo sé. Estaba sufriendo por ello. Nunca más.

Asentí con la cabeza, de acuerdo.

—Te pido lo mismo —añadió—. Lo que sea.

Asentí contra su pecho, sin problema con eso, pero todavía sin poder procesar el tamaño de aquella cuestión. Nathan, el tipo al que amaba, era hermano de mi mejor amigo. Y yo necesitaría mentirle a esa misma persona para proteger el secreto que Nate acababa de confiarme —porque en ningún momento declaró interés en contarlo.

Y yo no podía pasar por encima de lo que él quería. Era la vida de Nate, al mismo tiempo que aquel secreto afectaba profundamente la vida de Alex.

Era la puta incógnita que haría daño a uno u otro.



41

No planees tanto el futuro X

Nathan

Volví a besar su cabello, cerrando los ojos.

—¿Puedo contratar un guardaespaldas para ti? —preguntó en voz baja, pareciendo no relajarse con eso desde que llegó a la conclusión sobre mi seguridad.

Solté una risa.

—No.

—Nate… —refunfuñó, intentando sonar dulce y no *cabreada de la hostia*—, Por favor…

—No —mantuve la firmeza, a pesar de sonreír.

—Joder, entiendo por qué eres tan terco ahora. Eso solo me hizo sonreír aún más. —Dios mío, qué infierno. Quiero darle un puñetazo a Charles.

—Imagínate a la familia si lo descubre.

—Tienen derecho a saberlo, Nate. Ella por fin levantó el rostro, mirándome medio por debajo, medio con soberbia, de una manera mona.

Si me presionara un poco más, creo que aceptaría hasta un rastreador en el móvil, pero ella no necesitaba saberlo.

—Lo sé. Pero… —fue mi respuesta, que murió.

Ella suspiró, apoyando la mejilla en mi pecho de nuevo, pareciendo centrarse en el sonido de mi corazón.

—Charles no ha cambiado de posición en veintiún años, Braddock. No va a ser ahora cuando vaya a cambiar.

—¿Por qué no lo cuentas? —preguntó con un puchero en la cara.

—Porque tengo una buena relación con él. Es mi única relación familiar buena.

—Pero…

—Elena… —solté con una bocanada de aire, oyendo su suspiro en respuesta.

—Yo solo…

—Entiendo la frustración, *bravita*. De verdad. Pero ya aprendí a lidiar con el mismo sentimiento. Y no necesito que lo hagan público para estar bien. Estoy bien con mi vida tal y como está.

Allá vamos.

—Pero no deb…

—No me digas cómo debo sentirme, Elena. Solo yo sé lo que pasa aquí dentro y estoy feliz por haber pasado Acción de Gracias con mi familia, de alguna manera, pero me siento mucho más feliz por tenerte. Es lo que importa.

—Ni siquiera me tienes por completo.

—Aún. Vamos a apañárnoslas con tu abuela.

—Hablas con tanta certeza que casi me convences —bufó—. Pero sabes que no es así del todo. No quiero ser otra persona que te convierta en un secreto.

—Pero es lo que tenemos ahora. Y, por ahora, me siento cómodo con eso.

Se removió, frustrada, contra mí, pero tenía los ojos cerrados en el capullo creado por mis brazos.

—¿Puedo pelearme con él? —murmuró después de buenos minutos, lo que me hizo contener una risa.

—Claro, pero me gustaría verlo —respondí, tranquilo, viendo la boca de ella curvarse hacia arriba.

—Te amo, pero eres demasiado terco —declaró.

Nos tumbamos en la cama en ese momento, tirando de ella aún más hacia mí y besándole los labios.

—Yo también te amo y podría decir exactamente lo mismo, Braddock —dije en voz baja, mirándola a los ojos—. Vamos a

resolverlo todo, pero no será de golpe, en la noche de Acción de Gracias. Sin contar que es de madrugada. Sería un escándalo pésimo.

Ella suspiró, asintiendo, y luego pasando las manos por mi pecho, abrazándome y enredando las piernas en las mías, apretándome contra ella.

Echaba de menos eso. Simplemente estar con ella, nada más.

—Nos las apañaremos —confirmó—. En todo.

—De acuerdo —repetí las palabras que a ella le gustaba usar, sintiendo su sonrisa contra mi barba, donde me acariciaba con la mejilla.

—Pero cuéntamelo todo, entonces. Quiero más información de tu infancia. De tu primer partido de hockey. De tu primera novia… —pinchó.

Yo sonreía cada vez más.

—Conoces a mi primera novia. Eres tú.

Negó con la cabeza, analizándome.

—No somos novios. Solo cuando pueda asumirte. Y no consigo aceptar que nunca hayas salido con nadie antes. *¡Lo sé, lo sé!* —añadió rápidamente. Yo nunca me había tomado en serio a nadie porque no tenía ni siquiera la posibilidad de tener algo estable antes y ella lo sabía.

Solté una carcajada, girándonos y subiéndome encima de ella, besándola de inmediato mientras jugueteaba con el bajo del vestido y lo subía un poco.

—Entonces, ¿qué somos? ¿Socios de negocios? —le chupé el cuello, sintiéndola removerse bajo mí—. Me voy a cabrear de la hostia si ese es el caso, porque tienes muchos de esos.

La risita de ella resonó por el cuarto, sus piernas enredándose en mi cintura, el vestido subiendo más y delatando que había estado sin bragas toda la noche. *Joder*.

—No sé qué somos, pero tengo la certeza de que eres el hombre adecuado —afirmó, tranquila, al alzar mi cara para mirar la suya.

Inicié un beso lento, paseando los dedos por su muslo y jugueteando con su piel, satisfecho con la respuesta.

Los labios. La textura de la piel. El olor delicioso solo de ella. La sensación de tenerla en mis brazos…

Soltó un gemido mientras yo le recorría la piel con los dedos, jugando a subir y bajar por la parte interna del muslo.

—Sé lo que somos. Futuros marido y mujer —declaré contra sus labios deliciosos.

Y me aparté de encima de ella, dejándome caer en la cama.

Ya que ella quería hablar…

—Pues bien, mi primer partido de hockey fue cuando tenía tres años... —Ella me fulminaba con la mirada, arrancándome una risa al montarse sobre mí, pero me dejó contarlo todo.

Y lo hice. Detalle por detalle. De mi infancia. De cómo fue crecer siendo el mayor. De cuando aprendí a pegar para que no lastimaran a mis hermanos. De la manera en que no había límites ni orden en nuestra casa. De la forma en que supe quién era mi padre y que yo tenía hermanos famosos por él. Del hecho de que tuvo que llevarme a muchos profesionales para evitar que yo me convirtiera en algo parecido a lo que veía que mis hermanos del lado materno se estaban convirtiendo. Alguien fuera de control, sin futuro, con problemas en todos los ámbitos de la vida.

La falta de una estructura familiar es lo peor que un niño podía tener y era eso lo que más me preocupaba con respecto a Audrey. No pude hacer nada por mis otros hermanos, pero tenía la oportunidad de cambiar las cosas para ella.

Elena también compartió bastante, hasta el punto de que pasamos horas conversando. Habló de las primeras veces que cocinó platos más complejos. En relación con la primera conferencia de su padre a la que fue a asistir, agarrándole la mano y quedándose con uno de los guardaespaldas en el patio de butacas, mientras otras personas le hacían fotos, creyendo que ella no se daba cuenta.

Referente a cómo ella siempre se quedó deslumbrada con lo inteligente que era su padre. En cuanto a cómo siempre supo que quería dirigir la empresa, a pesar de tener algunos otros *hobbies* —y fue ahí cuando descubrí que participaba en maratones de carrera en Boston, al menos una al año—. Sobre cómo su madre era una mujer inteligentísima y brillante, pero que se hizo pequeña durante años

para evitar un enfrentamiento con Eloise, y cómo eso hería a la propia Elena, porque no le parecía correcto.

Todo eso, solo para que Easton nos despertara: me sacaba de la cama para enseñarme su pista de hockey antes de que yo tuviera que irme, y tuve que explicar que ya iba con él, pero que necesitaba lavarme la cara antes.

Lo que no dije es que estaba desnudo con su hermana bajo las mantas, después de compartir mucho más que historias esa noche. Creo que el niño no estaba en edad para "la charla".

Aunque Elena se quejara, somnolienta y con él aún en la habitación, de que le dolía, y él soltara un "¿Eh? ¿De qué?" que me hizo darle una patada por debajo de las mantas.

Yo amaba a esa mujer y me enamoré aún más cuando se negó a entrar en la zona con hielo, una especie de pista más pequeña, en el sótano de la casa. "Solo me pongo los patines en Suiza", declaró, orgullosa y con el pecho hinchado.

Easton me lanzó una mirada como si me suplicara que cambiara eso, pero no sería ese día. *Sin embargo, lo íbamos a cambiar, sí.*

Aun así, fue delicioso simplemente tenerla allí, observándome con unos patines a los que no estaba acostumbrado, por no ser los míos, corriendo por el hielo detrás de su hermanito, y de vez en cuando parando para besarla desde el muro protector, donde ella solo grababa algún que otro vídeo para Easton.

Al parecer, así funcionaba tener una familia unida en Acción de Gracias, y fue divertidísimo conocer a la abuela materna de Elena. Ella había traído algunas sobras de la cena de la familia del otro lado de Boston y fue a saludar a los nietos también, conociéndome allí mismo y lanzándome una mirada de los pies a la cabeza.

—Aparentemente, es genético que te gusten los blanquitos.

Y con eso me lanzó un guiño y dijo que iba a hacer chocolate caliente.

Me caía bien. Había una honestidad divertida que me hacía entender cómo la madre de Elena conseguía lidiar con la suegra.

Mi mujer me sonreía, encogiéndose de hombros.

—Te acostumbras.

—Me cayó bien, no te preocupes —reí flojo al besarle la frente, fingiendo tirarla por encima del muro y recibiendo un grito alto de sorpresa en respuesta que casi me dejó sordo.

—Barlow… —gruñó en mi oído, aferrándose con fuerza a mis hombros—. Soy pésima patinando. Esquiando todavía, pero el patinaje sobre hielo no es lo mío. No intentes hacerte daño por mi culpa.

Solté una risa floja contra su piel, tranquilizándola al aflojar el agarre en sus hombros y acariciarle la nuca, mirándole los ojos.

Así que todo el talento en el hielo se había ido para Easton, entonces.

—Quiero construir una vida contigo, Elena —dije, serio y sincero —. Del principio al fin, del día que nos conocimos hasta mi último suspiro.

—Eso no es una petición de matrimonio —advirtió, desconfiada.

—No. El día que lo sea, lo sabrás. Pero ¿y tú qué quieres?

Sonrió de lado.

—Las metas pequeñas hacen posible alcanzar las grandes. Podemos ocuparnos de mi abuela y después hablaremos de cuántos hijos tendremos. —*Esa ya es una meta grande, Braddock.* —Con tal de que no quieras un equipo de hockey.

—Mejor que uno de fútbol —sugerí, malicioso, arrancándole una sonrisa preciosa—. ¿Y nuestra luna de miel, Braddock?

Me llevé un golpe de un stick en la pierna, girándome cabreado de la hostia hacia Easton.

—¡No hagas eso! —advertí, con él bufándome.

—¡Entonces deja de tirarle los tejos a mi hermana y juega conmigo! —se quejó, tan irritado como yo.

Volví la mirada hacia ella, que se encogió de hombros.

—Creo que vas a tener que esperar la respuesta —provocó, maliciosa, mientras yo patinaba alejándome, de espaldas, lanzándole una mirada seria antes de girarme.

Joder. Era perfecto.

Exactamente como el cielo antes de una nevada catastrófica.



42

Ayuda a tu padre a resolver algunos asuntos pendientes ✓

Elena

Se lo debía en gran medida a que era una mentirosa estupenda, pero estaba teniendo dificultades para escabullirme de Alex. No conseguía mirarlo, todavía no, y mentirle descaradamente sobre lo que sabía. Me decía a mí misma que solo era una omisión, que Charles debía decir la verdad, pero aquello me partía el corazón. Sabía cómo me sentiría si fuera la situación opuesta.

Y era crueldad.

Pero, al mismo tiempo, entendía a Nathan. Y eso me destrozaba. Estábamos bien. Mejor que eso, en realidad. Estábamos consiguiendo equilibrar mi rutina loca en la empresa con la suya, frenética, entre los partidos y la pista, sin contar las clases con los horarios extraños que ambos teníamos (yo, por culpa de la empresa; él, del hockey) y, al mismo tiempo, vernos y estudiar —aunque lo hiciéramos juntos, y él estaba buenísimo concentrado estudiando, debo decir—, pero había algo que no iba bien (más allá de la situación familiar de Nate). Mi padre.

Entre estudiar, intercambiar mensajes durante las clases (y entrenamientos, y reuniones), escabullirnos para conseguir algunas horas juntos y acompañar los entrenamientos de Easton, estábamos

en la segunda semana de diciembre. Y mi padre optó por visitar la empresa una última vez.

Y, por última vez, era, de hecho, eso. Había empeorado de forma *preocupante* en las últimas semanas, y su estado físico se deterioraba a un ritmo alarmante desde Acción de Gracias.

A todos los empleados se les informó de que iría —solo una hora antes, porque no sabíamos si estaría lo bastante estable—, y yo lo acompañaba, avanzando lentamente por el pasillo de la planta de Desarrollo de Productos.

Había una serie de ejecutivos con nosotros, incluido el vicepresidente, pero caminábamos del brazo, mi madre justo detrás. Yo fingía estar apoyándome en él, pero la realidad era que él se apoyaba en mí con todo su peso, porque tenía dificultades para sostenerse solo. En casa, usaba muletas, y días antes necesitó una silla de ruedas, pero solo aquella vez.

Se detuvo en medio del lugar, entre varias pantallas de ordenador, mesas amplias con diversos cálculos y equipos desmontados, observando a los empleados a nuestro alrededor. Las lámparas estaban todas encendidas, a pesar de ser de día, porque necesitaban la máxima iluminación para estudiar los prototipos.

El lugar estaba lleno, incluso con gente de otros departamentos, porque tuvimos que agilizar el tiempo de visita. Se suponía que iba a pasar por la mitad de las plantas, pero no iba a conseguirlo, y la décima planta sería la última. No aguantaría el esfuerzo físico de otras dos horas de visitas.

—Bueno, es un placer ver a tanta gente —declaró mi padre, risueño, mientras varios empleados sonreían—. ¿Y tú, Rodrick? ¿Cómo está tu bebé?

—¡Bien, señor! Está empezando a balbucear las primeras palabras —comentó el ingeniero Richardson, haciéndome sonreír. No era ningún secreto que mi padre conocía a todos los empleados por su nombre. Yo también intentaba seguir su ejemplo al pie de la letra.

—Qué bien, qué bien, ojalá la primera sea "mamá" —bromeó, arrancando risas—. Bueno, no me voy a extender, entre otras cosas porque no puedo.

Eloise observaba a su hijo de manera impasible, pero yo la conocía lo suficiente como para saber que incluso ella estaba afectada por su estado de salud. La frialdad tiene sus límites, al fin y al cabo.

Podía ahorrarse el dolor y morir antes que él. Sé que sonaba cruel, pero nadie era peor que ella.

Aparté esos pensamientos, porque aquel momento no iba de ella, sino de mi padre, y ella no me lo estropearía trayendo todas las preocupaciones que ya rondaban mi mente a diario.

—No es ningún secreto para nadie que estoy en estado terminal —empezó, y la garganta se le raspó peligrosamente—. Por desgracia, la vida es lo que es, y mi cuerpo ya no aguanta mucho más. Pero necesitaba ver vuestros rostros una última vez, admirar esta empresa a la que dediqué gran parte de mi vida y también los esfuerzos de cada uno de vosotros.

Varios empleados sonreían, pero vi que varios de ellos estaban afectados. Nadie allí quería perder a mi padre, aunque fuera en grados diferentes.

—Fue un honor ser el presidente durante casi tres décadas, y estoy muy agradecido por todo el apoyo, por el trabajo fenomenal y, principalmente, por tantas amistades construidas a lo largo de los años. Gesticuló como si tuviera el ojo puesto en Samantha, la jefa de equipo, que le sonrió, asintiendo con la cabeza, pero ella misma contenía el llanto. —Fue un placer lideraros durante tantos años, y espero que acojáis el liderazgo de mi hija como me abrazasteis.

Ah, Eloise iba a estallar. *Estaba allí por mi causa, lo noté*. Quería dejar clara su posición. Pretendía dejar claro que apoyaba que *yo fuera la heredera*, como siempre lo fui.

Dios mío, lo amaba tanto que dolía; no conseguía aceptar que iba a perderlo, no podía... No tenía capacidad para aceptar que mi padre se estaba muriendo.

No tenía que hacer aquello; yo encontraría la manera.

—Muchas gracias por el trabajo duro. Gracias por aportar vuestro conocimiento, trabajo y pasiones a la Fitzroy. Como mi legado, espero que mi hija siga valorando a cada uno de vosotros y estoy seguro de que lo hará.

Contuvo una tos con fuerza, soltando solo una pequeña bocanada de aire, y los labios se le curvaron hacia arriba, bajando la cabeza en un gesto de respeto.

—Y, por favor, no os preocupéis por mí de aquí en adelante —añadió a modo de petición—. Estoy bien cuidado por los médicos y por mi familia. Espero irme en paz; por lo demás, ya tengo todo lo que siempre soñé.

Mantuve la sonrisa mientras la gente lo saludaba, lo abrazaba y se despedía —metafórica y literalmente, ya que no planeaba volver a la sede ese año... O, en vida.

Si abría la boca, me echaría a llorar y no iba a hacerlo allí.

La última parada era su despacho, en la última planta, donde se sentó detrás de su mesa y simplemente observó el lugar, asintiendo con la cabeza a todo aquello.

Una mesa de madera oscura con tapa de cristal. Silla estilo presidente moldeada especialmente para su comodidad; solo existía esa en el mundo. Fotos y más fotos de nuestra familia en la pared a su izquierda. Plantas colgantes cayendo de una estantería repleta de libros de gestión e ingeniería. Un cuadro de Boston en la década de los veinte, cien años antes, pintado por uno de nuestros antepasados que tenía como *hobby* el arte.

—No cambies demasiado la estética —advirtió, lanzándome una mirada fulminante antes de toser, haciéndome reír—. ¡En serio, Fitzroy! ¡Mantén los muebles de madera!

Hasta mi abuela le sonrió, aun negándose a dejarme asumir aquella sala.

Y entonces suspiró, girándose en la silla giratoria y observando todo Boston delante de nosotros, como siempre había sido la vista de alguien conversando con él en su despacho. Como era la visión al entrar en su despacho después del colegio y correr hacia él, saltando sobre él y sobre la silla y abrazándolo, la silla ocultándome la vista de la ciudad de lo grande que era para una niña, mientras él me giraba y me apretaba.

—Es... ¿Quién iba a decir que sería así?

Mi madre contenía las lágrimas con tanta fuerza como yo, y vi a Eloise llevarse un pañuelo al rostro mientras mi padre se encogía de

hombros.

—Bueno, parece que voy a mi última reunión.

Y se giró y encaró a mi abuela. Con el rostro ahora del empresario que siempre fue, y no del amigo, compañero y padre que era.

—Me gustaría hablar a solas contigo, Eloise. Como presidente de *Fitzroy Inc*.

Y hizo un gesto para que mi madre y yo saliéramos de la sala, al igual que el propio Turmann, su vicepresidente, que se secó el rostro rápidamente.

—Tenemos mucho que resolver —añadió con una sonrisa contenida mientras yo pasaba por la puerta.



No supe de qué hablaron. No me lo contó y, si mi madre lo sabía, tampoco abrió la boca.

Sé que estaba hasta el cuello y, además de que mi abuela estaba siempre encima de mí, buscando problemas y errores para perjudicarme en la reunión semanal con el consejo de administración.

Sin contar a Hunter y el hecho de que no se me despegaba, estaban los exámenes finales antes de que terminara el semestre —y Navidad— y mi relación secreta. Consideré saltarme el gimnasio para elaborar un esquema de reunión un día, pero decidí que no crearía ese hábito.

Me latía la cabeza por la cantidad de problemas, pero sabía que la tendencia era que aumentaran, no lo contrario.

Nathan estaba preocupado por Trey y Aurora; parecía que algo serio había ocurrido entre ellos, y ella había desaparecido hacía unos días —a pesar de que yo quedé con ella para ayudarla en la tutoría, la chica simplemente no se presentó—. El rumor en Scadelton es

que Aaron la había molido a palos, y yo sentía que era verdad. Cada vez que veía al tipo, el lado más brutal de mi mente decía que debía estrangularlo.

Saqué la máxima nota en todos los exámenes, al menos.

Hice dos de ellos del tirón, sin dormir, porque mi padre había vuelto al hospital.

—Esta vez, señora Fitzroy, no volverá a casa —declaró el médico de mi padre a mi madre y a mí, tras el ingreso de urgencia de hace unas cuantas tardes—. *En unos días, necesitará ser intubado. Con suerte. Puede que su corazón se pare antes de que falle su tracto respiratorio.*

Era el último partido de la temporada. Mi hermano y yo estábamos en la habitación con nuestro padre, Easton, ansioso, saltando de un lado a otro con la camiseta de Northride que Nathan le había conseguido, y yo solo tumbada en la cama con mi padre, que comía lentamente la papilla recetada por los médicos. Su estómago ya no estaba aceptando muchas cosas.

Aaron no había llegado al partido. Y Trey se quedaba mirando todo el tiempo hacia las gradas. El propio Nathan hizo algún gesto. Andrew, el único de los Montclair que vi, parecía tenso, pero no lo suficiente como para preocuparme.

Después, no conseguía ver bien las caras, solo los pases, la velocidad y el disco (eventualmente, perdía de vista el puntito negro). Easton parecía un narrador profesional. Me encogía cada vez que veía a alguien propinarle un golpe al número 34 vestido de rojo y azul.

También estaba empezando a aprender qué tipos de hematomas aparecían después de cada movimiento brutal contra él. Contra mi voluntad, claramente, y mi preocupación no disminuía.

Pero Nate era bueno. Bueno de verdad. Por lo que yo entendía de hockey, aquel hombre era un monstruo en el hielo. Parecía un muro. Veía sus partidos, casi todos, y en cada uno de ellos nadie conseguía tirarlo. Parecía que chocaban contra una pared cada vez que lo intentaban.

El narrador dijo que era *el mejor defensor de la liga universitaria de hockey sobre hielo.* Nathan había conquistado el título aquella

noche, desbancando a Andrew Montclair, que lo había mantenido durante los tres años anteriores.

Ganaron. Nate no marcó ningún gol, pero dio asistencia en al menos dos. Fue un partido, de alguna manera, emocionante por ser el último de aquel año, pero había una tensión *fuera* de la pista, como si algo estuviera a punto de ocurrir, y yo sentía que tenía relación con el hecho de que Aurora Montclair había vuelto a Boston después de días desaparecida. Y ella mostró un rostro bastante magullado, aunque hubiera intentado ocultarlo con maquillaje.

Treyton no parecía el tipo de tío que se tragaba ese tipo de cosas.

Había una foto de ella en la arena, con la camiseta de Trey, circulando por los grupos de Scadelton. Quería poder llevar una camiseta semejante, no lo voy a negar, pero al mismo tiempo estaba preocupada por la situación, dado lo que sabía.

Aun así, tenía otras cosas más urgentes en aquel momento.

—Es bueno —comentó mi padre mientras los jugadores salían de la pista de Northride, con el equipo de Nathan feliz de la vida con la victoria merecida y una gozada de ver. Mi corazón aún estaba frenético en el pecho—. Tiene futuro. ¿Va a Vegas, verdad, con los *Golden Knights*? Compré un apartamento allí ayer.

Me giré con rapidez hacia él, sorprendida.

—Está en *Spring Valley*, en un complejo residencial nuevo que hicieron. Cerca del aeropuerto y a menos de diez minutos en coche de su arena. Tres dormitorios, dos de ellos tipo suite. Está en el ático de un edificio de cinco plantas, porque sé que no te gusta vivir en sitios altos y ese barrio tampoco permite construcciones tan altas.

Ya tenemos una casa allí, pero quedaba a una distancia considerable de la arena. Lo había comprobado.

—Papá...

Se encogió de hombros.

—Considéralo un regalo de boda adelantado. Si algún día no os casáis, vende e invierte en la bolsa. Simple.

Sonreí ante eso, divertiéndome, pero al mismo tiempo con los ojos humedecidos.

—Es un vuelo rápido con tu jet privado —añadió—. Podéis hacerlo funcionar. Solo evita ir por ahí comentando la cantidad de salarios

mínimos que vas a gastar en gasolina.

Solté una risa por eso, y él me devolvió la sonrisa.

—Todavía no lo han llamado oficialmente. Tiene unos problemillas.

—Lo va a resolver. El chico es inteligente —declaró—. Y tú también. Tu abuela sigue siendo un problema, pero sé que vas a encontrar formas de solucionar eso. La gente racista no merece ser feliz. Tu madre me enseñó eso, aunque me habría gustado saberlo antes que ella.

Asentí, satisfecha y con una sonrisa débil en el rostro, al apoyar mi cabeza en su hombro mientras veía a los comentaristas dar sus opiniones sobre el partido y sobre la temporada universitaria. Easton lo escuchaba todo atentamente en la televisión, ignorando nuestra charla.

—Te amo tanto, papá. No quería que...

—Lo sé, cariño —dijo, en el mismo tono que yo, bajo, pero a la vez lo bastante alto—. Yo también te amo mucho, y me gustaría ser eterno. Pero, por desgracia, mi tiempo se está acabando.

Ya tenía un respirador ayudándolo, pero aún no lo habían intubado. Aún.

Easton cogió impulso al segundo siguiente y se unió a nosotros en la cama, casi tirándome por ello, pero se acomodó y conseguimos hacer que los tres cupiéramos allí, con mi padre abrazándonos a los dos.

—Os amo a los dos más de lo que soy capaz de decir con palabras —dijo mi padre, y su voz estaba quebrada—. Daría mi corazón a cada uno de vosotros si eso garantizara la felicidad de ambos. No lo olvidéis nunca. Sed muy, muy felices. Por mí y por vuestra madre también.

Easton sorbió la nariz con fuerza, soltando un sollozo.

—Pero puede que mejores, papá —gimoteó.

Mi padre sonreía apoyado en mi pelo.

—Me gustaría mucho eso, hijo. Mucho.

Escondí el rostro en su pecho, simplemente aprovechando aquel momento.

Era uno de los últimos; mi padre y yo lo sabíamos. Easton quizá solo se diera cuenta demasiado tarde. La idea de no poder volver a abrazarlo, de que ya no estuviera allí con nosotros, era demasiado dolorosa. No debería ser así.

Pero era exactamente eso lo que iba a pasar.



43

Acepta los hechos X

Elena

Cuando me desperté, en la cama del acompañante, viendo a Easton aferrado a mi padre en la cama hospitalaria, ambos durmiendo y a mi madre sentada al borde, negué con la cabeza y alcancé mi móvil, que había puesto a cargar. Ella observaba a los dos y acariciaba el dorso de la mano de mi padre, que estaba lleno de cables conectados.

Tenía algunos mensajes nuevos de Nathan y mi corazón se detuvo de *inmediato* al leerlos:

> Estoy en la comisaría
> Todo bien por aquí, no te preocupes
> Trey le metió una paliza al suegro, fue una delicia

Vale, sin necesidad de llamar a un abogado, creo.
Pero... ¿¡Qué?!
Y esta mañana:

> Aaron la cagó. Perdió la libertad por eso.
> Busca a los Montclair en cualquier web de noticias y ya lo descubres.
> Pero creo que por fin se resolvió todo. Luego te lo cuento.
> ¿Cómo está Henry? Quería poder ir a verlo.

Sonreí ante eso.

Me las arreglaré para que vengas si de verdad quieres. <
¿Aurora está bien? <

Tenía varios mensajes de Rika en los que decía que quería visitar a mi padre también, incluso porque lo adoraba, y le indiqué los mejores horarios, incluyendo aquellos en los que yo estaría por allí en los próximos días.

Sentía que mi amiga quería hablar conmigo, porque *yo* quería hablar con ella, pero ¿por dónde empezaría? ¿Qué cuestión mencionaría primero? Y, de todas formas, era consciente de que no había mucho que ella pudiera hacer, aunque hablar fuera... importante. Yo lo sabía. Solo no sentía que *pudiera*. No de todo. Ya no.

Nathan y Charles, la salud de mi padre, la empresa y el enfrentamiento obvio, mi abuela... Todo eso implicaba problemas reales y dolorosos. Y no todo podía compartirse. Ella sabía lo de Nathan, pero también era consciente de que él corría serios riesgos por culpa de mi abuela. Aun así, ni ella ni Alex entendían la magnitud de este caos.

Tici estaba enloquecida con mi agenda, porque, además de que mis responsabilidades solo aumentaban, yo estaba a final de semestre y tenía que ayudar a la familia con mi padre hospitalizado. No iba a dejar a mi madre tirada, a pesar de saber que mis tíos y abuelos estaban listos para pasarse muchas horas allí. Teníamos un grupo en una red social y ellos ya organizaban un turno.

Mi secretaria también estaba preocupada porque varios ejecutivos querían visitar a mi padre, y era importante que yo estuviera presente en algunas de esas visitas, lo que solo enredaba aún más mi agenda, a la espera de sus horarios.

> Ella está bien, sí
> Claro que quiero ir. Solo dime cuándo y estaré allí
> Estoy en un descanso del entrenamiento ahora
> Mándame noticias, por favor

> Te amo

Sonreí ante eso, levantándome y viendo cómo se abría la puerta de la habitación: allí estaba mi abuela materna, con un bolso de hombro enorme, en el que debían caber unas tres cabezas humanas (y que *parecía* lleno de cabezas), tan tranquila.

Mi móvil vibró con un mensaje nuevo y vi a Alex tecleando lo siguiente:

> Quiero visitar a Henry.
> Pero no sé por qué estás tan distante desde Acción de Gracias.
> ¿Hice algo?
> ¿Fue algo que le dije a Nathan?
> Solo habla conmigo, Elena

Tragué en seco, apretando los labios y bloqueando la pantalla, mientras veía a mi abuela abrir su bolso sobre la mesa de centro de la zona de sofás, con un televisor aparte del que usaba mi padre, y sacar varios platos de comida.

El olor era delicioso.

—Mamá, Henry no puede comer...

—¡Dios mío, ¿has traído tu lasaña casera?! —la voz de mi padre se superpuso a la de mi madre, ya despierto, lo que hizo que ella resoplara de inmediato.

—Pero *claro* que he traído mi lasaña casera. ¿Crees que no sé que este es tu plato favorito, Fitzroy? —provocó mi abuela en un tono alto, haciendo que Easton se removiera en la cama y casi se cayera si mi madre no lo hubiera sujetado.

—Los médicos no creen que su estómago sea capaz de procesar tanta comida pesada, mamá —informó mi madre, ayudando a un Easton somnoliento a bajar de la cama.

—Lo sé. Hablé con uno de ellos antes de entrar y me dijo que comiera solo un poco en el almuerzo y probara las cosas. Puede que ayude en su recuperación. Con el estómago vacío, no se mantiene uno en pie —alegó ella, y mi madre suspiró, asintiendo.

Mi padre parecía tan mal como era de esperar, pero al menos estaba consciente y parecía... OK, dada la situación.

—Bueno, Easton... —mi madre tomó aire. —Vamos a casa, cariño, tienes que arreglarte para el colegio.

—Pero, mamá, ¡es solo una falta! —se quejó mi hermano. —¡La semana que viene ya estamos de vacaciones de fin de año! Quiero quedarme con papá.

Mi madre ya estaba preparada para el argumento.

—Lo sé, pero necesitas ducharte, comer... Cuando salgas de clase, volvemos para pasar un rato con tu padre —prometió mi madre, lanzándome una mirada para que yo también recogiera mis cosas, y así lo hice. Aún era temprano; yo también tenía mi última clase, pero necesitaba estar en la empresa lo antes posible.

Entendía por qué ella lo estaba sacando de allí. Era estresante para él. Mi padre necesitaba descansar. No le haría bien a ninguno de los dos estar tanto tiempo juntos, sin contar que Easton era un niño, solo había pasado la noche porque teníamos dinero. El lugar de un niño no es un hospital.

Ellos salieron delante; me despedí de mi padre y recibí un beso cariñoso de mi abuela, saliendo mientras tecleaba algunos mensajes a Nathan e ignoraba los de Alex.

—Bueno, Henry, cuéntame... —me detuve al otro lado de la puerta corredera en cuanto oí eso, sorprendida por el tono serio de mi abuela. No la había cerrado por completo, pero debieron de pensar que ya me había ido.

Las puertas de las salas VIP suelen tener solo un cristalito pequeño en medio de la madera cara, por eso era difícil ver si había alguien al otro lado. No son completamente transparentes.

—¿Ya has hecho lo que debes hacer para garantizar que a tus hijos no los tiren a la basura, como planea tu madre? —continuó mi abuela, usando el mismo tono. —No voy a permitir que contribuyas a que eso les pase a mis nietos.

Simplemente me quedé allí, paralizada, escuchándolo todo.

—No tienes que preocuparte, Clarissa. Te di mi palabra cuando me casé con tu hija y la mantendré incluso después de muerto.

—Perfecto. —su voz se volvió más suave y cariñosa. —Y, bueno, querido... ¿cómo estás?

Una tos, seguida de una risa, me partió el corazón.

—No voy a pasar esta Navidad con mis hijos, Clarissa. Ninguna otra tampoco. Solo tu hija se dio cuenta de eso. A Elena le cuesta aceptarlo, pero Easton... Por favor, está ahí para él.

Contuve el sollozo con tanta fuerza que casi me atraganté; sentía que se me desorbitaban los ojos del esfuerzo por no llorar.

Me di la vuelta y seguí mi camino, negando con la cabeza. Podía estar equivocado. *Tenía que estar equivocado*, debía de haber una forma de salvarlo, de hacer que sus órganos volvieran a funcionar como antes y que su salud volviera a ser como la de un caballo de carreras en su apogeo.

Pero mi padre nunca se había equivocado ni una sola vez en la vida. Ni en lo que respectaba a los negocios; mucho menos en su vida personal. Y él iba a morir en menos de cinco días. Porque eso era lo que faltaba para Navidad.

Me detuve en el pasillo de al lado, inhalando el aire con fuerza y soltándolo. Bebí agua de la fuente más cercana, cerrando los ojos mientras sentía temblar mis manos.

Yo sabía cuáles eran sus peticiones. Mi madre ya había hablado conmigo.

Un funeral reservado. Flores vivas, de colores. Él había hecho la lista de invitados —incluyendo a Nathan, por si yo quería arriesgarme a presentárselo a Eloise—. Hizo peticiones sobre el traje que le gustaría llevar, también acerca de ser enterrado en el panteón que había hecho para los Braddock-Fitzroy, y no en el tradicional Fitzroy, a pesar de estar uno al lado del otro en el espacio de la familia en *The Gardens* del Cementerio *Gethsemane*.

Le pedí a Giulia que esperara cuando entré en el asiento trasero del coche y simplemente me quedé en silencio allí, apreciando el momento y pensando para mí misma: "Mi padre está vivo". Solo eso. Así de simple: un hecho que aún era verdad. Algo que aún era un hecho.

Solo que no por mucho tiempo.

Creo que el día 23 el turno será de Boz y, justo después, el de Dennis. <

Creo que aguanta hasta ahí. <

Antes sería inviable porque el equipo tendría entrenamientos hasta la tarde del día 23, ya que después entrarían en el receso de las fiestas de fin de año, el mayor periodo en el que ellos estaban sin pisar la pista de hielo de la universidad, además de las vacaciones de verano, que muchos practicaban en sus ciudades natales u optaban por quedarse entrenando allí.

> Quería mucho estar contigo ahora mismo.
> Lo siento mucho, Elena.

Tragué en seco, asintiendo para mí misma. *Yo también te quería aquí.*

—Giulia, pasa por el bar, por favor.

Me lanzó una mirada preocupada, pero asintió.

Solo bebí unos sorbos; no iba a hundirme en la bebida. También fumé solo dos cigarrillos. Canté algunas canciones, sola. Y entonces vi un mensaje que aún no había notado:

> No olvides comer, *bravita*.
> Tu padre necesita que estés bien.

Y eso solo me hizo llorar aún más, sin compañía en aquel cuarto enorme que había costado miles de dólares, sin poder estar con el hombre al que amaba y a punto de perder al hombre que era el mayor ejemplo de integridad que tuve durante toda mi vida.

Si el dinero pudiera comprarlo todo, pagaría cualquier precio para tener a quien amaba —en este caso en particular, mi padre— conmigo por el resto de mi vida. Pero ni siquiera el dinero puede comprar algunas cosas.



44

Cruza los dedos para que tu padre se equivoque por primera vez en la vida ✓

Elena

—Tengo una buena noticia —comentó Nathan en un susurro mientras me alcanzaba en la habitación del hospital.

Era veintitrés de diciembre, las siete de la tarde, y mi padre estaba durmiendo, sedado debido a que sentía dolores cada vez más fuertes. Debía despertarse dentro de una hora, cuando Easton llegaría para ganar su beso de buenas noches. Al menos fue eso lo que el médico informó después de hacer algunos cálculos con la dosis del medicamento, a petición de mi padre.

Nate miró a mi padre y me alejé con él un poco más de donde estaba tumbado, ya que no tenía ningún sentido quedarnos cerca con él durmiendo.

—¿Qué pasó en la reunión? —pregunté, ya que sabía que era sobre eso. El consejo había solicitado una nueva reunión con Nathan antes de que el equipo se fuera de vacaciones de invierno. Él se había quedado horas allí antes de simplemente aparecer ahí, en la habitación del hospital.

Su sonrisa apareció rápidamente, de oreja a oreja.

Salió bien. Inmediatamente sonreí también.

—Estoy libre. Siguen vigilándome, pero, teniendo en cuenta mi rendimiento durante el último mes en la pista, la mejora de mis

notas y el hecho de que no me he metido en problemas desde aquella vez, los tipos están satisfechos. Aparte de que el entrenador del equipo infantil me valoró muy bien, también sondearon a todos los niños para saber si yo había hecho algo que no debía, pero todo estaba en orden*. Estoy fuera de peligro* —susurró, con los ojos brillantes—. Ellos solo... me dijeron que siguiera así. Estoy en evaluación hasta el *Frozen Four*, eso sí, pero fuera de riesgo de expulsión. Solo si vuelvo a hacer alguna mierda.

Lo abracé con fuerza, apretándolo contra mí mientras olfateaba su cuello, respirando el agradable olor de la loción de afeitar y del desodorante, nada más. Sus manos a mi alrededor me sujetaban.

—Todo el mundo me elogió, Braddock. Mis compañeros de equipo, los entrenadores, hasta el equipo de *marketing* del club, ¡y apenas me hablan! —susurró, pareciendo sorprendido por el hecho —. Mi único problema es que de verdad pierdo la cabeza rápido.

Sonreí, apartándome un poco para mirar su cara.

—Eso lo resolvemos. Desquítate en la cama.

Se rió bajito, acariciándome la cara y negando con la cabeza.

—Joder. Parece que me han quitado un peso de encima, de los hombros. No me acuerdo de cuál es el dicho.

Sonreí aún más ante eso, asintiendo.

—Me lo imagino. Pero sabía que todo se iba a arreglar. No se arriesgarían a perder a un jugador como tú.

—Si tú lo dices... —bromeó, sonriéndome y por fin besándome, subiendo las manos por mi pelo y presionándome contra él.

Tenía un poco de nieve en los hombros y en algún que otro mechón de pelo, porque acababa de quitarse la gorra, pero eso no me impidió apretarlo contra mí, satisfecha por fin sentir sus brazos a mi alrededor.

Era el único momento de los últimos días en el que sentía que podía relajarme y simplemente derrumbarme, porque sabía que él iba a protegerme. Y eso fue lo que hice. Simplemente me permití dejar que todos los sentimientos surgieran en el capullo formado por sus brazos. Del amor a la tristeza que inundaba mi corazón y mi mente.

Cuando nos separamos, miró a mi padre.

—¿Nada nuevo? —preguntó.

Negué con la cabeza, suspirando.

—Además del empeoramiento, no. Nada.

Nos quedamos charlando un poco después de eso, simplemente escuchándonos el uno al otro en el sofá, en voz baja, sobre los últimos días que habíamos pasado sin vernos, hasta que mi padre se despertó.

Los dos hablaron un poco. Yo también hablé con él. Hasta donde su cuerpo se lo permitía, al menos, sobre todo porque estaba reservando fuerzas para Easton, que ya estaba llegando.

Sin embargo, Alex llegó antes que Easton.

—¡Me he enterado de que el jefazo estaba despierto! —entró mi amigo, ya bromeando con mi padre, risueño y con los ojos brillantes, lanzándome una mirada rápida y otra a Nate antes de saludar a mi padre.

Había ignorado sus mensajes, claro. Por eso la mirada. Sabía que era algo de lo que tendríamos que hablar, pero Alex no era tan gilipollas como para pensar que sería en ese momento.

—¿Qué tal, Alexander? —mi padre sonrió de lado—. Tu padre vino ayer —comentó.

—Lo sé. Ni siquiera avisó, el gilipollas —rió, lo que hizo que las comisuras de los labios de mi padre se elevaran aún más—. Solo vine a saludar, a decir que mi madre mandó muchas flores, pero la seguridad del hospital no lo autorizó porque el olor puede perjudicar tu pulmón. Mandó esos tulipanes que tanto te gustan. Parece que fueron carísimos; algo sobre que venían de una plantación en Holanda.

Mi padre asintió, tranquilo, y una conversación ligera siguió a su alrededor, con él limitándose a escuchar. Yo tenía su mano contra la mía, pero incluso esa estaba muy fría.

Su cuerpo se estaba apagando, claro. No sería el pulmón el primero en rendirse, incluso con toda la medicación y el soporte.

Easton llegó justo después. Se llevó un abrazote. Un beso en la frente.

Alex se quedó esperando en la calle. Nate también acabó saliendo, con el tiempo.

Mi madre pidió hablar a solas con mi padre y vi al médico fuera, con los brazos cruzados, esperando algo, cuando salí. Me quedé apoyada en Nate, que inmediatamente me abrazó.

Minutos después, ella me llamó para dentro de la habitación.

Miré a Nathan antes de seguir sola, yendo hasta la cama de mi padre mientras oía la puerta corredera cerrarse y viendo que el médico también me había seguido.

—Él no quiere ser intubado, doctor —informó mi madre, apretando los labios—. Y respetaremos su decisión.

El médico asintió con la cabeza, y entonces lo entendí.

Inmediatamente, apreté su mano contra la mía, acariciando los dedos que parecían más grises que siquiera pálidos.

—Es un riesgo, sí, pero puede darte algo más de tiempo —alegó el médico, serio. Era uno de los socios de Philip, ya que el médico principal de mi padre pasaría la madrugada en el hospital.

Las madrugadas siempre eran las peores.

Mi padre negó con la cabeza.

—Eso no es vida. Voy a estar sedado —declaró.

El médico asintió, apretándole el hombro, sonrió y salió de la habitación.

Apreté los labios, aguantándome el llanto, con mi padre riéndose conmigo, a pesar de que le salió más ronco que lo normal de los últimos días.

—Tu madre y tu tío Linc van a pasar la noche. No te preocupes, querida. Ya verás, mañana por la mañana voy a estar aquí, bien. No va a pasar nada. No creo que tu tío dejara que lo traumatizara muriéndome delante de él.

Eso me hizo reír, asintiendo. *Por favor, que estés en lo cierto. Que no sea nuestra última conversación. Que... haya más.*

—Llama también a Easton, quiero darle un beso —pidió.

Acompañé a Easton de regreso, escuchando a mi hermano sollozar. Todas las noches era así desde el ingreso de nuestro padre; mi hermano también estaba cayendo en la cuenta. Siempre podía ser la última vez.

Y esa noche, lo sería.

Mi padre moriría como había previsto el médico, antes de Navidad. En la víspera, en ese caso. Sin poder preparar su plato anual que llevábamos a casa de mis tíos y de mi abuela al otro lado de Boston.

Alex saludó a mi padre con la mano. Nate recibió una broma provocadora: *"¡Llévala a casa sana y salva, chico! ¡Sin desvíos!"* Di otro abrazo. Me llevé un beso en la frente. Easton se llevó un toque en la barriga y un beso en el pelo revuelto por nuestro propio padre.

Hasta era extraño mirar de Alex a Nathan. Conociendo la verdad, las semejanzas eran obvias. Los rasgos en el rostro, como la mandíbula, el puente de la nariz, cómo fruncían el rostro. El tono verde amarronado que, cuando conocí a Nathan, me pareció familiar, pero no tenía ni idea de que era por Alex. Siempre había estado ahí; solo que yo no sabía qué tenía que mirar.

El tío Linc llegó cuando ya nos estábamos yendo, bromeando en voz alta hasta el punto de que resonó por el pasillo, diciendo: "*Vaya, vaya, ¿aquí es donde pidieron contrabando de puros?*", lo que habría sonado como un chiste pésimo de mal gusto, pero era el tío Linc; todo el mundo sabía que, en realidad, era su manera de provocar a mi padre.

Mi hermano fue en el coche conmigo y con Nathan, con los guardaespaldas de él en el otro coche.

Nathan, Easton y yo vimos una repetición de un partido de hockey del día anterior, pero acabé cabeceando antes siquiera de ver el primer gol. Cuando me desperté, Nathan acababa de arroparme en mi cama y se quitaba la camiseta para acostarse conmigo.

—He acostado a Easton en su cama —susurró, ronco y somnoliento—. No te preocupes, vamos a dormir.

Asentí, acurrucándome en él.

Miré mi móvil por costumbre, viendo un mensaje de mi madre a la 1:39, una hora antes, ya siendo víspera de Navidad:

> Tu padre está durmiendo, está bien. Deja de preocuparte y vete a dormir, Elena.

Sonreí ante eso, apoyando la cabeza en el pecho de Nathan y apagándome. Siempre me dormía rápido, pero con él era diferente. *Mejor*.

Me desperté con él besándome la cabeza.

—Elena —susurró, serio.

Fruncí el ceño, viendo a Tamara sosteniendo el teléfono de casa delante de nosotros, seria y completamente despierta, vestida sin pijama.

Estaba esperando la llamada durante la madrugada. Me di cuenta.

—Es tu tío Lincoln —informó, seria—. Son las tres y cincuenta y nueve de la mañana.

Me senté en la cama inmediatamente, llevando el teléfono al oído, ya que mi móvil se quedaba en silencio de madrugada. Si era importante, llamaban a casa.

Como en ese momento.

—Hola —dije, sintiendo que me temblaban los labios. La garganta se me cerró inmediatamente.

Ya sabía lo que iba a decir. Tamara y Nate también.

Mi tío se aclaró la garganta y le oí soltar el aire.

—Se acaba de ir, Elena. Tu padre falleció durmiendo.

No sé qué sonido hice, pero fue suficiente para que Nathan me agarrara y me apretara con fuerza. Tamara agachó la cabeza.

Víspera de Navidad. Acertó, como siempre.



45

Cumple los procedimientos ✓

Elena

Zzzzzzzzzzz era el sonido que resonaba a mi alrededor.

Un zumbido insistente y fino. No paraba. Como si estuviera intentando ponerme a prueba para que lo buscara. No iba a hacerlo. No quería mirar nada que no fuera el bíceps de Nate delante de mis ojos, apretándome contra su pecho, de lado en la cama.

—*... un poco.* Aún no, señora Johnson —escuché por encima del zumbido. Era la voz de Nathan.

Levanté la cara, confusa porque el zumbido no me dejaba prestar atención.

—Necesito avisar a Turmann —fue lo primero que dije. No parecía mi propia voz.

—... *ce-presidente.* La boca de Tamara se movió, diciéndole algo a Nathan.

—Los abogados... —recordé. Ellos también necesitaban arreglar la documentación. Había alguien preparado en la empresa para acompañar a mi madre en los procedimientos y...

—Espera un poco —vino en un susurro reconfortante de los labios de Nathan. Pasó los dedos por mi pelo. —Tienes tiempo para avisar.

Y me apretó contra él. Sentía que me iba a estallar la cabeza, como si la noticia hubiera causado una erupción interna.

Miré alrededor, confusa. Todo parecía igual.

Intenté levantarme, pero Nate me atrajo a sus brazos de nuevo, besándome la cabeza y acariciándome el pelo.

—Déjalo salir, Braddock —pidió—. No estás respirando.

Solté el aire, dándome cuenta de que no lo estaba haciendo.

Mi padre estaba muerto y las cosas solo tenían que hacerse por eso. *Porque estaba muerto.*

Y llegó el sollozo. En ese mismo instante. Fue cuando me di cuenta de que lo que delató lo que había pasado no fue el llanto, sino mi gañido. Un siseo de dolor que resonó por la habitación.

Era el mismo sonido que yo oía. El zumbido lo causaba yo misma.

Entonces llegó otro sollozo, superponiéndose al siseo. El siguiente llegó más fuerte. Empezaron a llegar oleadas de lágrimas y mi nariz empezó a gotear también.

Había ocurrido. La última vez había sido esa.

El significado de para siempre. De nunca. De *último, definitivo.*

De *se acabó.*

Lloré durante mucho tiempo. Creo. Podría haber sido una vida entera, pero aun así no sabría decirlo. Lloré hasta que ya no había más agua que saliera por mis ojos o por la nariz. Lloré hasta que me quedé sin aliento. Hasta que Tamara regresó con un vaso de agua. Casi lo tiré. Nathan lo sujetó primero.

Bebí despacio, sin llegar a sentir nada y sin entender por qué estaba bebiendo agua.

Nathan me atrajo hacia él, tumbándose conmigo y apretando mi cuerpo contra el suyo, como si quisiera darme calor. Pero él estaba hirviendo. Su piel parecía fuego.

Pasé los dedos por el brazo surcado de venas, confusa, viendo aparecer una sonrisa triste en sus labios.

—Estás helada, Elena —susurró—. Te ha bajado la tensión. Respira, amor, por favor.

Fruncí el ceño, aferrándome a él y escondiendo solo la cara en su pecho desnudo, quedándome allí y respirando muy hondo. *Amor*. Era nuevo.

—¿Y si no fue un error médico? Quizá solo esté durmiendo —susurré a mi vez.

Nathan se mantuvo en silencio en lugar de responder. ¿Y si...?

Cerré los ojos con fuerza, mi cabeza palpitando aún más que antes.

Nos quedamos allí, quietos y en relativo silencio, con él cubriéndome para, al parecer, mantener mi cuerpo caliente. No podía dormir. No era capaz de sentir mi propio cuerpo. Todo parecía inestable, como si estuviera girando. Ya no tenía lágrimas.

Inspiré muy hondo, solté el aire y abrí los ojos.

—¿Qué hora es? —pregunté más alto.

—Casi las cinco —informó, mirando el móvil.

Asentí con la cabeza, apartándome y viendo su mirada inquieta.

—No estoy bien, Nate —dije, sincera—. No hace falta que me preguntes ni te preocupes. No voy a mentir sobre eso. Pero alguien necesita mantenerlo todo en marcha. Necesito resolver las cosas.

Tragó saliva y asintió mientras yo cogía el móvil y llamaba a Turmann. Ya estaba en pie, como si estuviera esperando la llamada.

Después, hablé con Tici, Rika y luego Alex. Todos por mensaje.

Iba a avisar en el grupo de la familia de mi madre, pero el tío Linc ya había mandado algo.

Por último, llamé al jefe de RP de la empresa.

—¿Qué le gustaría comunicar a la prensa, señora Fitzroy? —Westbrook ya parecía despierto cuando contestó.

Me dio un pinchazo tan fuerte en la cabeza que sentí que el vómito me subía a la garganta.

—Que mi padre falleció en paz —logré decir—, junto a su esposa, esta madrugada. Puede dar la hora exacta. La familia pide discreción y respeto para este momento delicado. Se darán nuevos comunicados después, incluso sobre el funeral y el entierro. Mi padre pidió que no fuera público, así que espero cumplir su deseo.

—Sí, señora. Pero... —hizo una pausa, incierto—. Sé que es un momento difícil, quizá sea el más difícil de su vida. Sin embargo, su abuela pidió que informáramos de que su padre será velado en una ceremonia abierta para toda la empresa esta tarde. Dijo que cualquier otra orden debe consultarse con ella. Acaba de llegar a nuestro correo; por eso estoy sorprendido. Tenemos todos los datos, los lugares y la lista de invitados oficiales.

Silencio.

—El comunicado acaba de salir en los medios, señora —añadió después—. Puedo corregirlo, pero causaría...

Un problema aún mayor. La rabia subió con tanta fuerza que tuve que agarrarme a la cama. Rabia por culpa de esa desgraciada arrogante hija de puta, por culpa de esa maldita enfermedad que me había arrancado a mi padre.

—Déjelo así —declaré, mirando a la nada—. Para cualquier cosa, hable inmediatamente con Tici. Ella sabe cuáles son mis peticiones y órdenes. Evite daños colaterales. El resto ya me lo arreglo con Eloise.

—Sí, señora.

Nathan me miraba con preocupación. Aparté las mantas a un lado y fui al baño.

—Acaba de declarar la guerra —informé, todavía sin conseguir reconocer mi propia voz—. El cuerpo de su hijo ni siquiera se había enfriado.

Aun así, me siguió hasta la ducha.

Entendía su preocupación, sobre todo después de mirarme en el espejo. Parecía una versión cadavérica de Elena Fitzroy.

Diez minutos después de la primera llamada, mi móvil empezó a sonar sin parar. Solo lo dejé en silencio y bloqueado.

La hora siguiente fue tranquila. Esperé hasta las seis de la mañana para ir al cuarto de Easton, ya que dormía y no iba a despertarlo sin necesidad. La abuela Clarissa ya había llegado y se quedó fuera de la puerta, sujetándome la mano.

—Estoy aquí. Si veo que me necesitáis, entraré.

Asentí, viendo a Nathan detrás de ella, mirándome con todo el amor y la preocupación del mundo.

Y entré.

Me agaché al lado de Easton en la cama individual con estampado de *pucks* y palos de hockey, acariciándole el pelo lleno de rizos marcados por la almohada y el sueño profundo. Detrás de él, la camisa que Nathan le había dado estaba colgada, como si fuera su cosa más valiosa.

—Hola —susurré bajito, intentando despertarlo despacio.

Estaba en piloto automático, sabía que había caído en la cuenta y que inmediatamente había entrado en estado de negación. Había estudiado lo suficiente sobre psicología y el duelo en los últimos meses.

Easton se removió en la cama, inquieto, y le acaricié el pelo con más empeño.

—Eton, soy Lini —dije, más firme.

Abrió los ojos, frotándoselos acto seguido y mirándome, molesto porque era demasiado temprano.

—Hm... ¿Qué pasa? —preguntó, confuso por la somnolencia.

Esbocé una sonrisa débil, pero que debió de salir tan triste como me sentía, y llevé su mano a la mía, acariciando sus dedos infantiles.

—Papá se ha ido, Easton —susurré, viéndolo fruncir el ceño.

Entonces me miró con toda la concentración del mundo, como si intentara entender los hechos dentro de su cabeza.

—¡¿Cómo que?! Él estaba súper bien anoche. ¡Dijo que hoy íbamos a jugar al futbolín en la cama!

Negué con la cabeza, intentando no llorar al ver su cara retorciéndose mientras parecía sumar los acontecimientos y todo lo que se había dicho y *visto*.

—Murió, Eton.

Lo que siguió fue una mezcla de shock y, al mismo tiempo, entendimiento. Easton gritó, me empujó al suelo, empezó a llorar, todo al mismo tiempo. Mi abuela intervino, agarrándolo, mientras Nathan entraba en el cuarto también, intentando apartarme y calmar a mi hermano, que se debatía en los brazos de mi abuela, gritando, dando patadas, llorando con sonidos agudos que me partieron aún más el corazón.

Nathan escondió mi cara en su pecho. Perdí la compostura y volví a llorar como una niña, exactamente como mi hermano.

Cuando paré, vi que estaba en los brazos de Nathan, en el pasillo entre mi puerta y la del cuarto de Easton, y que me sujetaba como si mi vida dependiera de ello.

Sorbí contra la sudadera que parecía haberse puesto a última hora, respiré muy hondo y solté el aire.

—Voy a pasar por su funeral como la hija, no como la heredera —susurré—. Voy a llorar si quiero. Voy a pasar el duelo.

Asintió, acariciándome el hombro desnudo a través del pijama de tirantes que me puse después de la ducha, pareciendo cada vez más preocupado. Su sudadera era calientita.

—Pero Eloise va a sufrir por todo lo que está haciendo. No tenía derecho a pasar por encima de sus peticiones.

Asintió, besándome la frente.

—Y voy a estar contigo. Físicamente o no, siempre voy a estar contigo, Braddock —susurró—. Lo prometo.

Asentí, tragando saliva con dificultad.

—Acabas de perder a tu padre, *bravita* —susurró—. Llora lo que quieras. Solo un gilipollas te juzgaría por eso. Y me aseguro de machacar a cualquiera que sea ese gilipollas.

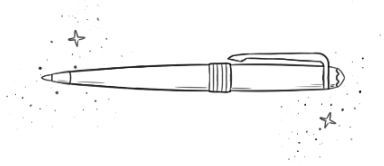
Sonreí contra su pecho, incluso con el dolor que parecía intentar reventarme por *dentro*.

—Él sabía que estabas conmigo —observé. Entendía que no había elegido el día en que moriría, pero quizá eso ayudó a dejarlo más tranquilo.

Nathan asintió contra mi cabeza.

—Él también comprendía que estoy siguiendo algo muy específico en este momento. *En la alegría y en la tristeza*. Estoy aquí y no me voy a ir. Lo prometo.

Me aferré a él aún más fuerte, asintiendo con la cabeza y dejando que las lágrimas gotearan de mi barbilla. Esa pérdida había abierto un agujero que estaba segura de que nunca se llenaría, y dolía demasiado como para siquiera pensar que algún día las cosas mejorarían. No lo harían. Mi padre había muerto.



Solo me di cuenta de que me había quedado dormida cuando me desperté en mi cama, con Nathan sentado contra el cabecero y mi

cabeza sobre sus piernas, sus dedos acariciándome el pelo.

—Has dormido solo una horita —informó antes de que yo preguntara—. Tu abuela quiere hablar contigo.

Asentí con la cabeza, moviéndola acto seguido. Alcanzó un vaso de agua y un medicamento, entregándome ambos.

—Tienes migraña —informó—. Toma esto. Hay un sándwich aquí también; Tamara te lo hizo. Podemos comer y, entonces sí, hablas con tu abuela.

Suspiré, negando con la cabeza.

—No tengo hambre, Nate.

—Solo un mordisquito —pidió, preocupado—. Para que el medicamento no te caiga en el estómago vacío.

Suspiré, aceptando y dando solo un mordisco.

Después de eso, entré en otra forma de modo automático, distinta de las que conocía. Sabía todo lo que estaba ejecutando conscientemente, pero al mismo tiempo no era yo. Yo solo lo estaba haciendo.

Si me pidieran que recitara un poema, lo haría, pero sería el poema más frío del mundo.

Tamara me ayudó a elegir un traje negro. No quería ir con vestido. Y hacía demasiado frío en la calle para que solo unas medias bastaran.

Mi abuela cuestionó algunas cosas sobre los procedimientos. Mi madre llamó para preguntar por mí y por Easton, pero no habló con nosotros. La abuela dijo que ella estaba bien, dentro de lo posible. El tío Thyori estaba con Easton en su cuarto, hablando.

Dennis apareció el último, cerca del mediodía.

—He cambiado de turno antes, voy a hacer doble turno y quedarme contigo hoy —informó, serio, los labios en una línea fina —. Lo siento mucho, Elena —añadió, de verdad, con la mano sobre el corazón.

Asentí, sonriendo débil, sin saber cómo responder a eso.

—Tienes que irte, Nathan —advirtió, recordándome ese problema —. La casa se va a llenar de gente poco fiable dentro de un rato. Le pedí un favor a un amigo y va a llevarte con seguridad hasta la fraternidad.

Nathan me miró, sin querer irse, pero negué con la cabeza.

—No puedo ganar una guerra si me atacan en varios frentes —alegué—. Te quiero aquí, pero no puedo protegerte hoy —susurré.

Negó con la cabeza, a regañadientes, pero me besó la frente, bajando la cara acto seguido para encontrarse con mi mirada.

—Solo tienes que llamarme. Voy en un abrir y cerrar de ojos, Braddock. Lo digo en serio: estoy aquí. Para lo que sea. Para cualquier cosa que necesites o aunque solo me quieras aquí. *Estoy aquí.*

Asentí, sintiendo la garganta trabada.

—*Estoy aquí* —susurró de nuevo, remarcándolo, acariciándome la mejilla—. Por favor, mándame noticias.

Asentí con la cabeza, intentando aguantar el llanto, porque si volvía a llorar no se iría.

Dennis lo acompañó hasta el garaje y me quedé sola por primera vez desde la noticia.

La rabia fue el primer sentimiento. Llegó de forma abrumadora, cruel, malvada. Mezquina.

De pie en medio de mi cuarto, volví a mi vestidor, cogí la caja llena de perfumes importados y la tiré al otro lado de la habitación.

—*Métete esa puta mierda de perfumes por el culo* —gruñí al líquido, que inmediatamente llenó el cuarto con las fragancias mezcladas.

Era un regalo de mi abuela que nunca usé, recibido dos años antes. Uno de los pocos.

Quería estrangularla por no respetar a mi padre. Quería ser enterrada con él, abrazada a él para siempre. Quería gritarle a todo el mundo que ningún día debía ser tan bonito, porque mi padre había muerto y no era un día feliz. ¡La nieve no debía reflejar los rayos solares! ¡Debería ser un día feo!

Quería quemar esa empresa entera. Quería que todo aquello fuera una pesadilla.

Pero nada de aquello ocurriría así.

Recuerdo poco del velatorio. Tuvo un rito católico, porque los Fitzroy seguían la religión, y ver a tanta gente llorando sobre mi padre allí, muerto, frío, inerte, me revolvió el estómago.

Nos habíamos despedido antes de que el velatorio estuviera, de hecho, abierto, pero aun así... No fue suficiente. *No tiene que ser así. Nada de esto.*

Tuve que ir a vomitar al baño. Rika fue la que me sostuvo el pelo. Alex mantuvo un brazo a mi alrededor todo el tiempo, sobre todo cuando el ataúd fue puesto en la tierra, en nuestro sepulcro —conseguí ganar esa batalla, ya que Eloise había intentado enterrarlo junto con los Fitzroy en el otro—, y yo estaba muy agradecida por eso, porque me fallaron las piernas y por poco me caigo, de no ser por él.

Había *paparazzi* en varios lugares. Todos sedientos de una foto de la familia de luto. El equipo de RP estaba enloquecido, trabajando. Siempre había alguien conmigo, evitando que los periodistas se me acercaran. Tici estaba cerca como una sombra todo el tiempo, con un auricular conectado al sistema de los guardias de seguridad.

Easton estaba agarrado a mi madre, que no tenía ni *rastro* de expresión en la cara. Estaba completamente paralizada, en estado de shock, y su propia madre la sujetaba del codo, manteniéndola en pie.

Todos sabían que eso iba a pasar y aun así se negaron a aceptarlo.

Y todo el mundo, *aun así*, tuvo que ver bajar el ataúd, porque mi padre ya no estaba respirando el mismo aire que ninguno de nosotros.

Henry Drake Guhlard-Fitzroy estaba muerto y, con él, la paz en los Fitzroy también.

Un cuchillo de doble filo, amargo: en un lado, daba la certeza de la muerte; en el otro, que era imposible escapar de la guerra.

Mi abuela me miraba desde el otro lado del ataúd mientras lo bajaban.

Y, por primera vez, no bajé la cabeza.

Tendríamos una guerra, entonces.

Pero yo era hija de mi padre y, como él siempre tenía razón en lo que decía, sentía que acababa de heredar el don.

Iba a ganar. Por las buenas, por las malas, cueste lo que cueste, esa mujer no iba a destruir a los Braddock-Fitzroy. Porque, con el

ataúd en el suelo entre nosotros, la grieta familiar era obvia. Mi padre era lo único que conectaba los apellidos. Para Eloise, yo era solo Braddock.

Ella iba a descubrir que el arrepentimiento era demasiado caro para pagarlo.



46

Preocúpate por las consecuencias de una muerte ✓

Nathan

Elena no dio señales de vida el día veinticinco. Además, el entierro había sido esa mañana.

Los medios estaban enloquecidos. Su equipo de seguridad aparecía en casi todas las fotos, interponiéndose antes de que pudiera captar el rostro entero. La familia optó por un frente unido y ningún Fitzroy concedió entrevistas, pero yo sabía que había problemas. Henry tenía peticiones específicas para su funeral que no se siguieron, y eso solo podía ser obra de la única Fitzroy viva que tampoco tenía Braddock en el apellido: Eloise.

FITZROY INC. Y EL FUTURO: ¿QUÉ PASA TRAS EL FALLECIMIENTO DEL PRESIDENTE?
¿ELENA FITZROY SERÁ LA SUCESORA?
SIGUE EN TIEMPO REAL EL FUTURO DE LA TECNOLOGÍA NORTEAMERICANA EN MANOS DE QUIÉN SUCEDERÁ A HENRY FITZROY.
ELOISE FITZROY *VERSUS* ELENA FITZROY: Fuentes internas de Fitzroy Inc. confirman que hay tensión entre la matriarca de los Fitzroy y la heredera aparente.

FITZROY INC. CONFIRMÓ QUE HABRÁ UNA REUNIÓN DEL CONSEJO DE ADMINISTRACIÓN EL DÍA 3 DE ENERO PARA DEFINIR UN SUCESOR TEMPORAL.

Hasta que se tramite la documentación del fallecimiento de Henry Fitzroy y los deseos dejados en testamento sean analizados por los abogados de todas las partes. El favorito es el actual vicepresidente de Fitzroy, Alph Turmann.

¿CUÁL ES EL PRÓXIMO PASO DEL CONGLOMERADO FITZROY?

¿Y por qué Elena Fitzroy no es una buena elección?

Hijos de puta.

Trey se ofreció a volver y quedarse conmigo en vez de pasar la Navidad con sus padres y Aurora, pero me negué. Se merecía su paz, aún más después de lo que él y Aurora pasaron.

Brian, sin embargo, se quedó conmigo. Su familia era de Canadá y cambió el vuelo a última hora, viajando solo el día veintiséis. Se gastó un dineral con eso, pero se negó a despegarse de mí.

Cenamos fuera, en un restaurante cualquiera, pero admito que no conseguí comer mucho. Solo lo suficiente para recordarme que era un atleta de alto rendimiento. Y que era Nochebuena y que, por eso, el restaurante estaba básicamente vacío y la camarera tampoco parecía muy feliz de estar allí.

Fue mi padre quien me informó de todo. El ambiente en el entierro era terrible. Elena y Eloise estaban claramente en guerra y no era ningún secreto. No se intercambiaron ni una palabra. Y, sabiendo que los planes de Henry eran otros, definitivamente no podía culpar a Elena por su rabia.

Pidió un funeral privado y particular, solo amigos y familia. Fueron más de seis mil personas. Pidió girasoles y tulipanes en colores vibrantes. La flor seleccionada fue la rosa blanca.

Pidió que su esposa fuera la última en tocar el ataúd. Eloise fue quien lo hizo.

ENTREVISTA EXCLUSIVA DEL GOBERNADOR CHARLES BERNARD-ROTHON SOBRE SU AMISTAD DE LARGA DATA

CON HENRY DRAKE GUHLARD-FITZROY

Al menos eso no era mentira. Los dos realmente fueron buenos amigos. Mi padre no mintió en la entrevista, a pesar de haber evitado ciertos temas por respeto a la familia.

Pasé un tiempo en el ring de boxeo por todo eso, con Brian, porque mi propio profesor estaba de vacaciones, pero me dio la llave; creo que era mejor que yo invadiera una mansión de lujo y le pegara a una viejecita.

Joder, creo que nunca sentí tanta rabia hacia una persona como hacia Eloise. La desgraciada ya estaba manipulando a los medios, mientras el lado Fitzroy que defendía a Elena seguía en silencio. El RR. PP. de la empresa parecía estar trabajando a fondo para evitar que ciertos titulares se convirtieran en escándalos, pero incluso gente extremadamente capacitada tendría problemas con ese tipo de monstruo*. El cuerpo de su hijo ni siquiera se había enfriado.*

El día veintiséis, Boz apareció en mi puerta.

Del dormitorio, digo. No sé cómo entró en la casa; estaba todo cerrado.

—Bueno, detesto ser el empleado que se mete en la vida de la jefatura —informó serio.

Pero su cara decía que no, que no lo detestaba. En realidad, Boz parecía un tío grandote con ganas de cotillear, y creo que me gustaba por eso.

—Pero la señorita Fitzroy necesita al novio. Así que voy a meterte de contrabando, ilegalmente, en la casa.

Sonreí de oreja a oreja por eso. No había sabido de ella desde que salí de la casa, y aquello me estaba carcomiendo.

—A Dennis le quedan veinte minutos fuera de cámara. No puedes salir al jardín; quienes van a relevarlo son Liam y, después, Giulia, hasta mañana por la noche. Son treinta y seis horas a oscuras. Sin salir.

Asentí de inmediato, dándome la vuelta en ese mismo instante y empezando a coger algunas prendas de ropa. Nevaba con fuerza en la calle a esas alturas; necesitaba por lo menos dos sudaderas, sin contar mi único abrigo pesado.

Mi padre insistía en que debía tener más ropa de invierno, pero aquella era lo bastante buena.

—Y, Nathan... —Miré al guarda, preocupado por el tono—. Ella necesita reaccionar. Eloise Fitzroy la va a destruir si sigue inerte. Sé que perdió a su padre, pero la chica va a perderlo todo si no consigue superar esto rápido, porque esa vieja desgraciada ya se tragó la muerte de su propio hijo y está haciendo mierdas. Odio a esa vieja —remarcó, como si el tono ya no fuera obvio—. Me da escalofríos, de esos que solo provoca la gente muy mala.

Somos dos. Excepto por el escalofrío. Yo no le tenía ningún miedo a la desgraciada.

Asentí, serio, soltando el aire y observando qué llevar, mirando alrededor.

—Elena sabe lo que está haciendo —afirmé.

Boz suspiró, devolviéndome el gesto y encogiéndose de hombros.

—Te espero en el coche. Dos minutos, Barlow.



Elena estaba tumbada mirando a la nada cuando entré en su habitación y no se molestó en cuestionar cómo llegué; solo me abrazó y se quedó en silencio.

No se movió durante horas, como si fuera solo una cáscara vacía. Hablé con ella, contándole cómo había sido mi último día, cómo entrené boxeo, cómo Brian aplazó su viaje con la familia para quedarse conmigo y que él estaba deseando invitarla a una cita doble, pero que para eso iba a necesitar una amiga suya —solo ahí conseguí una sonrisa débil—. Comenté lo frío que hacía en la calle y el hecho de que la nevada de anoche había hecho que el motor de mi coche se estropeara.

No sé cómo Erika consiguió mi número, pero la amiga de Elena no paraba de pedirme actualizaciones, preocupada. Rika había ido a casa de sus padres a pasar la Navidad con su gato y mandaba varias fotos del tal Wesley, todas con la orden: muéstraselas a Elena.

—¿Has tenido mascotas? —pregunté, curioso, porque nunca tuve.

Elena me miró, asintiendo con la cabeza en un solo gesto, sin dar más información. Sí, sin conversación.

—Nunca tuve. Si apenas teníamos dinero para comer, supongo que no tiene mucho sentido, ¿no? —bromeé, sintiéndola acomodarse contra mí, acariciándome las costillas con la sudadera entre sus dedos y mi piel, como si estuviera contabilizándolas una por una.

Saqué otros temas de conversación. Mencioné el mercado de valores. El hecho de que Fitzroy se mantenía estable en el mercado.

—Easton estaba comiendo cuando llegué, pero no lo vi —comenté, pero no obtuve respuesta.

Joder, yo sabía que el duelo era jodido. Nunca había perdido a alguien a quien amara —solo había estado muy cerca con mi madre —, así que solo podía imaginarlo. Pero... me estaba preocupando. ¿Era normal quedarse así? ¿Qué era lo *normal* después de perder a un padre increíble como lo era Henry?

Cuando anocheció, le informé de que íbamos a bañarnos. No se negó, solo se dejó llevar.

Le lavé el pelo, le froté la espalda. Hice que se cepillara los dientes. Le pregunté si quería depilarse algo y, honestamente, recé para que la respuesta fuera no, pero si ella quería, lo haría. Le puse ropa limpia. Le sequé el pelo.

Había pequeñas ondulaciones suaves asomando en la raíz, lo que imaginé que era un indicio de que, si quería seguir alisándose químicamente, debería empezar a preocuparse, pero... yo sabía por qué se alisaba. Y Eloise solo me causó aún más rabia. Las fotos de la infancia de Elena la mostraban con el pelo natural, y era precioso igual. Quizá incluso más.

Y nos tumbamos de nuevo, pero Tamara parecía haber cambiado la ropa de cama rápidamente, porque era de otro color y olía a suavizante.

—¿Has visto a Easton? —dijo Elena después de más de doce horas en silencio. *Joder*, *ni me escuchó...*

Negué con la cabeza, manteniéndola en mis brazos.

—No. Pero Boz informó de que estaba comiendo con dos de tus tíos.

Ella asintió, pareciendo robótica, y volvió a quedarse en silencio.

Acabé durmiéndome, pero todas las veces que despertaba, ella estaba en alerta total, sin conseguir pegar ojo.

Aquello estaba acabando conmigo.

Era casi las cinco de la mañana cuando nos saqué de la cama y nos llevé a la cocina. Hice chocolate caliente porque ella siempre parecía helada y no creía que el café fuera una buena opción para alguien que no conseguía dormir.

Vi a Lincoln, uno de sus tíos, aparecer en ese momento y sonreír ante la escena.

—¡Prepara más chocolate! —declaró, forzando entusiasmo y mirando a su sobrina. Le acarició la espalda y me miró. —Estoy preocupado por Easton.

Joder, aquello hizo que Elena despertara de inmediato, porque sus ojos se volvieron hacia nosotros con rapidez, a pesar de no haber dicho nada.

—Taelyn está mal; no está consiguiendo mantenerse ni por él ni por Elena, pero Easton necesita ayuda. Necesita salir un poco de este ambiente. Parece que la casa está asfixiando al chico porque su padre no está.

—No hables de mí como si yo no estuviera aquí —advirtió Elena.

—Ah, qué bien que te hayas unido a nosotros —dijo, medio cínico.

Nunca tuve un tío presente. De ninguno de los dos lados de la familia. Era... guay de ver.

—No me trates así. No es justo —pidió.

—Sé que no lo es. ¿Sabes qué más no es justo? Lo que va a pasar con tu vida si no reaccionas. Necesitas luchar antes de ponerte a sufrir por tu padre, Elena. Tienes que ayudar a tu familia a levantarse, luego atacar a tu abuela y entonces sí puedes llorar por Henry. Y siento mucho que sea así, pero ese es el trabajo que tu padre te encargó. Porque sabe que eres capaz. Siempre lo supo.

Ella le hizo una mueca, pero solo cogió la taza de chocolate fundido y casi hirviendo que le entregué, sin decir nada.

—¿Qué te parece si salimos a comer algo fuera? —ofrecí—. Cambiar de aires también te ayudaría.

Ella negó con la cabeza, seria.

—Quiero volver a la cama. Solo vine porque sabía que estabas preocupado.

Suspiré, pero asentí, tomándome mi chocolate caliente y recibiendo una mirada fría de su tío. Tenía sus motivos y yo entendía sus preocupaciones, pero Elena no estaba lista para reaccionar.

Por lo menos durmió. Se echó una cabezada hasta poco después del amanecer, y nos despertamos con una señora gruñona dándonos toquecitos.

Dana Clarissa Braddock. Con el pelo escondido bajo una bandana, aunque aun así los rizos estaban bien definidos, cayéndole por la espalda, medio recogidos.

—Buenos días. Elena, ¿cómo hago para que tu hermano coma? —dijo, pareciendo ignorar mi presencia allí, pero yo sabía que era su manera de ser—. Tu madre está dopada de medicamentos.

Elena parpadeó, como intentando recordar dónde estaba y todo lo que había pasado, y tragó saliva, dándose cuenta. La mirada de corazón roto *me* partía.

—Hablaré con él.

—Espero que sea suficiente —gruñó la abuela.

Elena salió de la cama, y yo me senté, esperando a que volviera, junto con Clarissa, que me lanzaba miradas afligidas de vez en cuando, no a mí, sino a la nieta.

—¿Cómo hago que reaccione, señora Braddock? —susurré, angustiado—. Estoy siguiendo las noticias; esa vieja desgraciada...

Ella suspiró, asintiendo.

—Henry ha atado algunos cabos; ella podrá estar fuera durante unos días, pero después... La cosa se va a poner fea, Nathan. Y es Clarissa, por favor; prefiero ese nombre a Dana. No soy la otra abuela.

Asentí, aun así preocupado y sin apartar la vista de la puerta entornada.

—Joder, ella nunca se va a perdonar si no reacciona. Pero no sé cómo hacer que se dé cuenta de eso. Perdió a su padre... —gruñí.

Clarissa sonrió, apretándome el hombro.

—Solo ella sabe cómo enfrentarlo todo y cómo levantar la cabeza. Lo que tú puedes hacer ya lo estás haciendo: darle el apoyo que necesita.

Tragué saliva, asintiendo con la cabeza.

Cuando Elena volvió, se había recogido el pelo en un moño mal hecho y me miró.

—¿Tienes pasaporte, Nathan? —¡¿*Perdón*?! —Fruncí el ceño.

—Sí... Eh... —Miré a Clarissa, que parecía igual de confusa.

Solo había ido al cuarto de al lado. ¿Qué diablos estaba pasando?

—Genial. Voy a llamar a Tici. Embarcamos hacia Suiza esta noche. Dennis y Boz estarán asignados. Easton dijo que solo va a comer si puede patinar en el lago. Y yo dije que, si no come, lo voy a tirar sin ropa en ese mismo lago y lo dejaré morir.

Parpadeé, aturdido por la frialdad, y ella suspiró.

—Sé que necesito reaccionar. No fui así de fría con él, pero él sabe que las cosas no son tan simples en nuestra familia. Es consciente de lo que significa ser un Fitzroy, y más aún, un Braddock-Fitzroy. Me pidió que pasáramos el Año Nuevo con los Braddock. Sin el lado paterno, porque está muy enfadado con Eloise por lo que ella hizo con el funeral de papá. Y después, dijo que volviera y resolviera las cosas con ella en la empresa.

Clarissa observó la escena en silencio, asintiendo para sí misma.

—Voy a pedir el jet privado de mi padre. Tiene capacidad para veintiocho personas —informó a la abuela—. Quiero a todos los Braddock. Easton necesita a su familia.

—Tú también, cariño —dijo Clarissa, seria.

Yo todavía estaba procesando el hecho de que iba a ir a Suiza. Quiero decir... Yo ni... ¡¿Qué?!

—Lo sé —suspiró Elena antes de mirarme—. ¿Te parece bien? Sé que es un poco...

Clarissa siguió su camino después de eso, pero vi la sonrisa astuta cuando salió del cuarto. Claro, debía haber montado aquello para

sacar del lugar oscuro en el que estaban a Elena, al hermano menor y a la madre. Me gustaba aún más por eso.

—Te sigo hasta el fin del mundo, Braddock —dejé claro, sincero—. Quizá con el estómago revuelto, pero no exactamente por culpa de ella. Solo que no recuerdo dónde metí mi pasaporte. ¿No hace falta visado?

Ya decía mi padre que era importante tener pasaporte, aunque yo no planeara usarlo.

—No. —Sonrió, a pesar de la tristeza en los ojos.

Tragué saliva, asintiendo. No es que me muriera de miedo a volar, pero haría aquello por ella. *Creo que iba a vomitar*. Joder, el chocolate caliente parecía querer volver.

—Volvemos el día dos de enero. Sé que tus entrenamientos vuelven el día tres.

Y tú tienes una reunión el día 3, pero no sé si lo sabes.

Le sonreí, asintiendo con la cabeza y levantándome, pasándole las manos por los hombros y apretándola contra mi pecho.

—Es su lugar favorito —recordé. Easton me había enseñado las fotos del año pasado, que estaban en la tableta que tenía permiso para usar una hora al día.

Ella negó con la cabeza.

—Creo que va a ayudar a Easton a olvidar un poco los problemas de aquí.

—También te va a ayudar —añadí.

—Lo sé —afirmó—. Pero duele, Nate —su voz mansa y débil me estaba destrozando.

Entendía que solo se abría así porque era yo; sabía que tenía una armadura estupenda, pero no quería ni siquiera que estuviera pasando por eso. No se lo merecía. Henry no debía haber... Joder, qué enfermedad hija de puta.

Aparté la cara, mirándola al bajar la mía a su altura.

—Siempre va a doler, Elena. Siempre. Es tu padre. Estaría mal que no doliera. Pero sé que a él no le gustaría verte sufriendo tanto, ni verte perdida y mucho menos observar cómo todo se desmorona porque él no consiguió vencer aquella enfermedad cruel. Hazlo también por él —pedí, suave.

Ella asintió, entrelazando nuestros dedos y acercándose.

—Sé que tienes miedo a los vuelos y...

—Está bien.

—Entiendo si no quieres...

Deja de pensar tanto en los demás, Braddock. Era lo que quería decir.

—Voy hasta el fin del mundo por ti. Pero quizá necesite algunos medicamentos para eso.

Por primera vez desde la noticia, vi la sonrisa que tanto amaba, dirigida hacia mí.

—Hay algunos medicamentos que alivian el estómago para volar —ofreció.

—Los aceptaré. Pero... ¿Cuántas horas de vuelo son, otra vez?

Ella hizo una mueca.

—¿De verdad quieres saberlo? ¿O prefieres simplemente apagar y despertar cuando lleguemos allí?

Hice un mohín.

—¿Puedo contestar eso al embarcar?

La sonrisa preciosa se mantuvo en su cara.

—Sí, puedes.



47

Viaje en familia ✓

Elena

Él realmente se puso mal en el vuelo. En cuanto se encendió el motor, Nathan ya estaba pálido. Todavía conseguimos despegar sin que sintiera ningún malestar, pero tuve que darle el medicamento antes de que vomitara sobre la mitad del tapizado del avión más caro de la familia.

El tío Linc se quedó provocándolo por eso, pero Easton salió en defensa de su jugador de hockey favorito —este ya apagado a mi lado.

Creo que no hay forma de que alguien vomite por todas partes si está noqueado por el medicamento.

Sin Nate, sin embargo, yo sabía que sería mucho peor. De lo contrario, habría evitado invitarlo. No era ningún secreto que todas las veces que me subí a un medio de transporte aéreo, ya fuera helicóptero o avión, él entró en pánico. Tenía pavor de volar y, aun así, hacer aquello por mí... No tenía palabras.

No sabía muy bien el porqué, pero algunos miedos son inexplicables, como quien tiene fobia a las arañas. Por lo que yo sabía, su madre nunca había viajado en avión o helicóptero, y su padre hacía ese tipo de viajes todo el tiempo, sin ningún contratiempo.

Nathan dormía con la cabeza echada hacia atrás, profundamente dormido en el asiento doble que compartíamos, con la boca abierta

de una forma nada favorecedora. Easton estaba dormido en brazos de mi madre, que por fin parecía más despierta. Yo la entendía. Comprendía muy bien cómo se sentía. Quizá de una forma diferente, pero aun así.

La abuela Clarissa no había viajado con nosotros, pero el abuelo Aston sí, y él acariciaba la mano de mi madre con cariño, preocupado, pero sin decir ni una sola palabra.

Me acomodé, haciendo de las piernas de Nate mi almohada, e intenté dormir.

Milagrosamente, lo conseguí.

No me desperté hasta Zúrich, igual que Nate. Todavía parecía medio colocado, pero sonrió como un niño al que le han dado un dulce, estirándose de la misma forma que un gato y volviendo a acariciarme el pelo, algo que parecía hacer desde hacía algún tiempo.

El avión aún se movía por la pista, estacionando, y saqué la *tablet* de dentro del bolso después de sentarme, revisando algunos asuntos que Tici había clasificado como urgentes en mi correo. El primero era de ella misma.

***ASUNTO**: Lee primero.*

Hola, Elena. No voy a preguntarte cómo estás; sé que la respuesta no será positiva, pero que sepas que lo siento. Voy a decirlo todo lo que sea necesario, aunque ya lo sepas.

No sé muy bien cuándo abrirás los correos y estoy aguantando el tirón, pero quería decirte que lo siento de nuevo antes de que pasemos a los negocios. Sé lo mucho que tu padre significaba para ti. Llevo contigo el tiempo suficiente como para saber que esta pérdida no iba a dejarte ilesa.

Dicho esto, quería pedirte que tuvieras cautela de aquí en adelante. Estoy teniendo cuidado con todo lo que pasa por mis manos, en especial con los documentos, y estoy acompañando a tus abogados en todas las reuniones necesarias, pero me pidieron que te transmitiera que tu abuela parece haber encontrado resquicios en la sucesión de la empresa. Están lidiando con ello y tomando las

medidas oportunas, pero las cosas serán más complicadas de lo que tu equipo de crisis previó. Patrícia está preocupada.

Patrícia era mi gestora de crisis, en este caso. Todo miembro del equipo en puestos de mando tenía uno. Mi padre tenía el suyo, mi abuela el suyo; Hunter también tenía uno, igual que algunos otros miembros de los equipos, como Samantha.

Yo prefería trabajar con mujeres y optaba por mujeres en situaciones socioeconómicas difíciles al contratar. Tici venía de la misma región de Boston en la que Nate creció, igual que mi madre y la mayoría de los miembros de mi familia.

Patrícia era latina y tenía un currículum de la hostia, pero nadie quería contratarla porque era madre de tres niños y el marido "se fue a por tabaco" después de que ella se quedara embarazada del tercero. Samantha también había sido recomendación mía, pero fue mi padre quien zanjó la cuestión, porque en aquella época yo ni siquiera formaba parte de la administración.

Tu padre dejó documentos específicos en su testamento que te garantizan muchas cosas. Pero hay otros problemas que Eloise ya previó y ha estado trabajando para asegurarse la victoria para sí misma:

1) Ella sabe que vas a tener más del cincuenta por ciento de las acciones indirectamente y está trabajando para manejar la junta directiva y modificar el porcentaje a su favor. La familia Fitzroy tiene más de la mitad, pero tú, como persona, no. Incluso en el caso de heredar todo de tu padre y no vas a hacerlo.

a.
Tu madre se queda con la mitad, tú y Easton con la otra mitad, lo que significa que tú tienes el 25 % de lo que tu padre tenía. Aunque consigas comprarlo todo a tu madre y a tu hermano, aun así tardaría meses hasta que pudieras asumir el control de nuevo.
b.

Ella va a usar eso a favor de su propia causa. El tiempo de compra y venta de acciones y el hecho de que tu padre no podía saltarse la legislación para garantizarte un control inmediato tras su muerte.

Había más ahí. Las acciones eran lo bastante complejas como para que ella lo consiguiera... Ella conseguía comprar más de lo que mi padre tenía. Ella podía darle la vuelta al juego aunque yo controlara todo lo que mi padre tenía. Bastaba con un 0,01 % por encima del 50 %.

El problema era mayor de lo que Tici podía prever o mis abogados. Por eso Patrícia estaba perdiendo los nervios.

La junta directiva iba a destruirme a ese ritmo.

2) Los ingenieros están molestos por decisiones internas tomadas por ella inmediatamente después del funeral de tu padre, día 25 (veinticinco). Te lo envié en un informe ("FI – ANÁLISIS INGENIERÍA DICIEMBRE /24"). Ella sabe que son medidas mal vistas, pero las tomó para aumentar el rendimiento de la empresa, llevando el horario de trabajo al extremo para garantizar el desarrollo del software FZRY5.678 (en pruebas correctivas en este momento) hasta febrero (PESTAÑA ADJUNTA [Doc. F1 mencionado arriba]).

a. Es un plazo inviable y tú lo sabes; no voy a explicarte algo que ya conoces, pero todos los análisis están adjuntos. Samantha me pidió que te lo hiciera llegar en secreto, porque es el informe original que la señora Fitzroy pidió alterar.

b. Nota: Patrícia está preocupada de que se filtren a la prensa información sobre esto, en especial si necesitas aprobarlo. Va a manchar tu imagen y tu defensa de que mereces heredar la silla de tu padre.

3) Hay un rumor de que tu padre desvió todos los activos a su nombre la noche anterior a su muerte. A tu nombre, con la firma de tu madre. Por favor, verifica eso cuanto antes; significa que tienes dinero suficiente como para comprar las acciones de diversos accionistas interesados.

4) Adjunta está la lista de directores interesados en transferir temporalmente, hasta 2026, sus acciones a ti. No quieren a Eloise en la presidencia ni siquiera cerca. Solo componen el 16,78 % de las acciones, pero es suficiente para marcar la diferencia.

a. Resalto que tu abuela ya cometió delitos empresariales en los últimos días. El soborno es lo más común.

Me detuve por un segundo, sacando una foto del punto 4 y la guardé en el móvil. También era un delito. Hacer ese tipo de negocio era jugar con la lealtad de los accionistas de la empresa, que esperaban estabilidad. Pero me garantizaría poder durante unos meses antes de que las cosas se estabilizaran y yo pudiera "vender" las acciones a sus actuales dueños, que solo compré de forma ficticia. *Era un delito, joder*, y Tici tenía conocimiento de eso, pero también descubrió que mi abuela estaba cometiendo sus propios delitos —y por eso lo mencionó en el punto a. Una especie de aviso diciendo: "no tengas pena de ella; ella no la tiene de ti".

Otros informes adjuntos también te darán más información. El equipo de desarrollo de productos pidió, encarecidamente, algunas reuniones.

La sede en California pidió una visita urgente en cuanto hables con la junta directiva, por cambios de prioridad en los proyectos del año que viene. Solicitaron una reunión contigo para el día 30, pero expliqué que estarás regresando solo el día 3. Vas a necesitar viajar el día 4; no podemos posponerlo.

El texto continuaba, pero bloqueé la pantalla, mirando al frente y soltando el aire.

—Bueno, tu abuela ha estado trabajando —rezongó un Nathan aún medio soñoliento, pareciendo haber leído todo el correo conmigo—. Tici parece estupenda.

—Lo es —confirmé, sintiendo la rabia burbujear.

Había tantas cosas dando vueltas en mi cabeza que inmediatamente volvió a latirme. Mi padre muerto. El funeral yendo en contra de sus peticiones. Su última sonrisa en mi dirección. Easton gritando y empujándome cuando recibió la noticia. Los medios encima de mí en el funeral. Mi abuela y su mirada malvada, aunque no obvia.

Alex y su apoyo, pero yo estaba escondiéndole algo. Nathan y su futuro en el equipo universitario —y, después, profesional. Hunter y el hecho de que sabía lo de Nate. La familia materna de Nate y el hecho de que las fiestas de fin de año facilitan el acceso al consumo de drogas, pero, aun sabiendo eso, Nathan optó por viajar conmigo en lugar de quedarse cerca para evitar que le pasara algo a su madre.

Todo eso y algo más daba vueltas en mi cabeza, todo al mismo tiempo, porque puede que no se hubiera dicho, pero yo no era ninguna niñita tonta que no supiera las cosas. Todo aquello podía resultar en diferentes formas de tener problemas. De las más simples a las más crueles. Y ofrecerme que cometiera un delito empresarial solo añadía un problema más a la lista. Por eso Tici escribió el correo de manera que no se notaba que estaba posibilitando que su jefa cometiera un delito, pero ella sabía muy bien lo que estaba haciendo.

Nathan besó mi sien, entonces entrelazando nuestros dedos y mirándome.

—Vamos a hacer tres cosas hasta Año Nuevo —declaró—. La primera es descansar. Dormir. Vivir como estudiantes universitarios.

Puse los ojos en blanco.

—No tengo ese lujo, Nate.

—Ahora lo tienes —sonrió, impasible al hablar y sin parecer dispuesto a discutir—. La segunda es que tú necesitas trabajar y yo,

entrenar. En mis horarios de entrenamiento, vas a resolver todo lo que necesites con tu secretaria. Entreno dos horas al día en las vacaciones de invierno; es suficiente para que trabajes *y no quiero* ni oír que no.

Entrecerré los ojos, escuchándolo atentamente. Sabía que él estaba haciendo aquello por mi propio bien, pero...

—¿Y la tercera? —pregunté en lugar de ir directo a la discusión obvia.

—Dijiste que solo patinas en Suiza, *bravita*. Voy a enseñarte a patinar aquí para que, cuando tengamos eventos familiares en mi equipo, no pases vergüenza. Te lo juro: si me provocan con eso, me voy a cabrear muchísimo.

Puse los ojos en blanco hacia él, pero la sonrisa que surgió en la comisura de mis labios fue obvia. La rabia y las ganas de discutir desaparecieron inmediatamente.

—Hay una cuarta —anunció la tía Riviera (sí, como Riviera Francesa)—. Vamos a pasar tiempo en familia. Nathan, ¿tienes alguna receta familiar casera que te gustaría enseñarnos?

Él hizo una mueca.

—¿Cuenta una bazofia con restos de la nevera? —ofreció, sin saber muy bien qué hacer. Ella se rió inmediatamente.

—No. Pero tendrás muchas para aprender, no te preocupes.

Nate frunció el ceño, pero asintió con una sonrisa cautelosa. Poco sabía él dónde acababa de meterse.



48

Piensa en los buenos recuerdos ✓

Elena

Aún nos quedaba más de una hora en coche hasta llegar a la propiedad, que ya había sido preparada por el equipo que siempre contratábamos.

Era la una y media de la tarde cuando aterrizamos y la mayoría comió en el propio jet. Llegamos a la propiedad pasadas las tres de la tarde del día veintiocho, y Nathan silbó mientras nuestra furgoneta pasaba por el hito que representaba el inicio del terreno, sorprendido al ver que no había vallas.

—Joder, pensé que era solo un chalet —refunfuñó.

La residencia, con cuatro casas auxiliares cerca, surgió frente a nosotros, con montañas al fondo, cubiertas de nieve desde la base hasta la cumbre. Árboles y más árboles se extendían alrededor, y los tonos terrosos de la arquitectura equilibraban el blanco helado.

La abuela Clarissa no había venido, pero no me sorprendía. Prefirió quedarse en la mansión, ocupándose de las cosas y pendiente de la actividad de la empresa y de Eloise. Y ella tenía más miedo a volar que Nate. Sabía que el abuelo se encargaría, sin contar que le encantaba quedarse a solas con Tamara, porque se pasaban probando recetas juntas.

Seguro que iban a pasar la Nochevieja borrachas comiéndose todo lo que prepararon. Tamara vivía en nuestra casa de Boston, pero siempre que salíamos para fin de año, si optaba por no venir

con nosotros —de vacaciones, con todo pagado—, también estaba de vacaciones allí.

Nos bajamos en la rotonda de la casa, pero solo esos segundos fuera me congelaron la nariz y me subí la bufanda hasta la boca, cogí mi bolso y corrí hacia dentro, ni siquiera esperando a Nate, que se reía mientras ayudaba a todo el mundo a descargar las maletas, acostumbrado al frío, está claro.

Me quité los guantes dentro de la casa, observando el ambiente y mirando alrededor, notando que mi madre también estaba allí dentro, mirándolo de la misma forma que yo.

Faltaba una persona. La persona que durante años había sido la vida completa de nuestra familia. Desde que yo tenía uso de razón, era mi padre quien hacía que todo el mundo se moviera, curiosamente.

Nate dejó su propio bolso a mi lado, mirando todo con curiosidad.

Uno de mis primos, Rody, pasó por nosotros y le dio un golpe en la nuca a Nathan.

—¿Qué te creías, papanatas, que eran milmillonarios solo en EE. UU.? El tío Henry compró la propiedad para que cupiera la familia entera —rió, dejándose caer en el sofá tapizado, con espacio suficiente para cinco personas.

Nate sonrió por eso, pero yo podía ver su expresión de sorpresa por el tamaño de la casa, y negué con la cabeza a Rody.

—Eres insoportable.

—Lo aprendí de mi prima mayor —bromeó.

Volví a negar con la cabeza mientras algunos primos míos pasaban conversando, el grupo más joven. Easton aún era el más joven de todos, pero pasó por detrás, escuchando la conversación.

Él parecía estar mejor. Las ojeras eran profundas, el rostro estaba marcado por el llanto, pero había dejado de moquear; era una buena señal.

Mi madre se quedó con la suite, como siempre se quedaba, pero la tía Riviera soltó un grito fuerte y declaró que iba a compartir la cama porque era demasiado buena para que la usara solo mi madre.

Mi madre no era tonta, sabía el motivo de aquello, pero aceptó sin quejarse. Nadie quería dejarla sola, ni tampoco a mí ni a Easton.

—Mira, Elena, ya que tus guardaespaldas tienen carné para conducir por aquí... —comentó Thalita, otra prima mía, mientras se quitaba los guantes y golpeaba las botas en la entrada de la casa, dejando caer también su maleta pesada. —¿Qué tal si vienes con nosotros a ver cómo está el centro? Lucerna parece haber crecido. Tengo muchas ganas de ver si este año están vendiendo aquel chocolate caliente. El año antepasado estaba *delicioso*.

—Puedes conducir por aquí —comenté, confundida—. Cumpliste dieciocho años.

—Pero no tengo el permiso internacional de conducir —bufó.

Puse los ojos en blanco.

—¿En serio, Thali?

Se encogió de hombros.

—¿Podemos ir mañana?

—Creo que es una idea estupenda ir hoy —comentó Nathan—. Así puedo comprarme otro abrigo, porque solo con este no va a funcionar —añadió, riéndose.

Sonreí ante eso, suspirando justo después.

—Sé lo que estáis haciendo. Está bien —Thalita esbozó una sonrisa pícara y yo miré a Boz y a Dennis.

Otros de los guardaespaldas estaban por allí; mi madre había traído tres, uno extra para Easton, además de los dos fijos de mi hermano. Todos de confianza, escogidos con cuidado para no levantar tantas sospechas —y también por culpa de mi abuela y sus *espías*.

Boz fingió bostezar, estirándose.

—Voy a dormir, me quedo con el turno de noche.

Dennis puso los ojos en blanco mientras veía al amigo subir las escaleras, murmurando con desdén que iba a destrozar el reloj biológico por el cambio de huso horario, pero Boz simplemente siguió hablando con el tío Linc y le preguntó dónde estaban las dos habitaciones de los guardaespaldas.

—Parece que somos nosotros —comentó Nate.

—¿Quién más quiere ir al centro? —preguntó Thalita en un tono más alto hacia el salón amplio, que se extendía un escalón por debajo del pasillo de entrada. Otros dos primos míos levantaron las manos y el tío Thyori lanzó una mirada a Nathan.

Seis tíos y tías, además de sus cónyuges/novios/cualquier cosa y sus hijos. Sin contar a la tía Quinn y a mis primos. Aunque el tío Rick había fallecido hace casi dos décadas, ella siempre sería parte de la familia.

—No dejes que mis hijos hagan ninguna tontería, Nathan —advirtió Thyori.

Sonreí ante la mirada tensa de Nate, porque eran dos chicos de trece y catorce años, la peor época de la tozudez adolescente —al menos eso era lo que yo pensaba.

—Yo también voy —declaró Easton, más animado.

—¡No olvides los guantes! —resonó la voz de mi madre desde el segundo piso de la residencia de quince habitaciones.

—¡Vale! —refunfuñó él, empezando de inmediato a buscar dónde había dejado los guantes que acababa de soltar.

Y allí estábamos.

—Voy a coger la furgoneta —declaró Dennis, intercambiando una mirada con los guardaespaldas de Easton, que decidían entre ellos el turno.

Nathan me ajustó el gorro, tirando de él para volver a cubrirme las orejas, y entonces sonrió al hablar en voz baja:

—¿Sabes si aquí la ropa es muy cara?

Solté una risita débil ante eso.

—Estamos en un país que a la gente rica le encanta, Nate —susurré de vuelta, juguetona—. ¿Qué crees?

Cogió el móvil y abrió de inmediato una conversación con un contacto con las iniciales CBRD: su padre, *Charles Bernard-Rothon*[24].

Puse la mano sobre la pantalla, negando con la cabeza.

—Yo pago. Luego tú me pagas —añadí de inmediato al ver su mirada contrariada—. No te preocupes. Tengo una cuenta en un banco suizo; es más fácil que andar transfiriendo dinero.

Él suspiró, pero sabía que yo tenía razón.

—¿Con qué frecuencia venís para que tengas la tarjeta?

Me encogí de hombros.

—Todos los años. A veces con todos los Braddock, a veces solo nosotros. El año pasado fue solo...

Tragué saliva, recordando de inmediato el motivo por el que estábamos todos allí, pero él faltaba.

La ausencia de mi padre era obvia. Fue el tío Linc quien encendió la chimenea principal, pero siempre era mi padre quien la encendía. Era él quien iba revisando los electrodomésticos, a diferencia de lo que Thalita hacía en ese momento.

Teníamos un equipo de empleados que venía a comprobar y limpiar todo cada vez que avisábamos de que veníamos, pero ellos solo limpiaban y encendían aparatos como la nevera; no lo dejaban todo encendido esperándonos porque no hacía falta, y a mi padre siempre le gustó llegar como si fuéramos una familia normal y no una de las más ricas del mundo.

Nathan me rodeó la cintura con las manos de inmediato, mirándome.

—Estamos en Suiza. En un lugar que a tu padre también le gustaba bastante. Yo nunca había salido de Estados Unidos —comentó, sin sorprenderme, aunque aun así se me alzaron las cejas —. A Henry le haría feliz ver cómo reaccionas y ver esa mirada más viva. Y se fue en paz, Braddock. Pudo descansar después de meses luchando contra una enfermedad que solo iba a quitarle lo mejor y dejar lo peor para que vosotros lo vierais.

Tragué saliva, pero era verdad.

—Al menos él está en paz, *bravita* —susurró, acariciándome la cintura—. Y tú tienes recuerdos increíbles con tu padre, que fue aún más *increíble*. Haz que valgan la pena aprovechando para recordarlos por aquí. ¿Cómo fue la última vez?

Sonreí, aunque tuviera los ojos húmedos.

—Salió a esquiar con Easton un día. Los dos volvieron llenos de raspones porque se perdieron en un sendero y él *pensó* que sabía dónde estaba —reí—. Era muy propio de él.

Mi madre regañó a los dos durante casi todo el día siguiente. Mi padre solo hizo bromitas. Él destrozó uno de sus abrigos de invierno favoritos.

Nate me sonrió.

—¿Ves? Buenos recuerdos. Vamos a crear más y a recordarlo con cariño. Es lo que tu padre merece. Nada menos que eso.



49

Pregúntate cómo vas a pagar las cuentas

X

Nathan

Cuando le dije a Charles que me iba a Suiza y él dijo que iba a empezar a mover el dinero, pensé que estaba exagerando.

Hasta que empecé a ver el precio de las cosas. Entonces me preocupó que fuera poco dinero. Joder, ya decían que era un viaje para ricos. ¡Y Elena ni pestañeaba al pasar la tarjeta! Ni *miraba* los importes.

No es que fuera terrible; era solo una realidad nueva. Joder, una que durante mucho tiempo pensé que ni siquiera iba a saber que existía. Y dentro de unos años, podría costearme un viaje de esos también. *Si seguía por ese camino*.

Vi poco de Zúrich, la ciudad más poblada de Suiza. Tardamos más de lo habitual en el trayecto en coche de Zúrich a Lucerna por la nieve en la calzada, sin contar que íbamos en varios coches, con los guardaespaldas repartidos entre ellos. Parecía que la noche anterior había habido una tormenta.

Lucerna, sin embargo, era preciosa. Parecía que estábamos más tierra adentro que en la ciudad propiamente dicha, pero el GPS no traducía algunas palabras, así que solo podía suponer que estábamos de verdad en Lucerna. La arquitectura era diferente de lo que yo esperaba y, aun así, estaba claro que estaba en Suiza.

Saqué fotos del paisaje. De Elena en la ventana de la furgoneta, a quien le hacía gracia que yo me estuviera quejando de la memoria del móvil.

Los edificios no eran tan altos. Los colores, en general, eran neutros. Las ventanas dejaban entrar mucha luz natural. Valoraban la naturaleza, como dejaba bien claro la mansión de los Braddock-Fitzroy, rodeada de paisaje natural y de alguna que otra residencia más pequeña alrededor, que yo sospechaba que también era de ellos.

Las calles eran más estrechas de lo que estaba acostumbrado, pero también había más coches de lujo de lo normal.

Los primos de Elena se perdieron entre la gente, paseando durante la tarde por la ciudad, aunque la nieve cayera implacablemente. Su hermano también desapareció con ellos, pero Dennis aseguró que los dos guardaespaldas estaban vigilando y cuidando de los niños, y que él se mantenía informado por el auricular que compartían.

Elena me hizo varias fotos. Nuestras, pese a que se quejaba de no estar arreglada. Ella *siempre* estaba deslumbrante, no necesitaba maquillaje ni ropa a juego para eso.

El lago Baldegg aparecía de fondo en algunas de las fotos, congelado. Entramos en varias tiendas, y la mayoría de los dependientes, para mi asombro, hablaba inglés. Me compré un nuevo abrigo y otros dos impermeables acolchados. Además de un gorro nuevo y dos pares de calcetines térmicos.

Pero admito que lo que me llamó la atención fue otra cosa.

—Entra —comentó ella, tranquila, mientras yo miraba el escaparate.

—Debe costar un ojo de la cara, Braddock. Y no necesito equipo nuevo —comenté, mirando los palos de hockey delante de mí.

Tenían el *Warrior* nuevo, el *QR6 Pro*. Joder, y según la etiqueta, en francos suizos, estaba por debajo del precio de mercado, si yo lo convertía y...

—¡Elena! —gruñí cuando vi a Elena entrar ya en la tienda sin ni siquiera mirarme, saludando a un vendedor de inmediato.

Tuve que entrar, al fin y al cabo.

Y, joder, parecía un patio de recreo. Probé varios de los palos. También probé algunos guantes. Brian me llamó en mitad de las compras, y fue entonces cuando vi que Elena lo grababa todo con mi móvil y lo enviaba a nuestro grupo de la fraternidad.

Thomas también me pidió que comprara algunas cosas (me mandó una lista, en realidad, y dijo que ayudaba a pagar el equipaje facturado que iba a necesitar), y Brian me hizo enseñarle todo por videollamada, probando equipamiento para él como el puto modelo.

Aurora me mandó un mensaje que empezaba con un enorme "¡No se lo cuentes a Trey!" y continuaba con "Compra ese de CCM. Lleva un tiempo detrás de él. El FT7 Pro."

El vendedor parecía encantado conmigo, porque pasé la tarjeta (de Elena) sin piedad.

Tuve que comprar una bolsa de viaje para eso, preparado para volver con cinco palos nuevos, un par de patines —a pesar de que metí los míos en la maleta cuando pasé por la fraternidad a hacer el equipaje, en lo que parecía otra vida—, y también compré unas espinilleras nuevas.

Elena solo se reía, ayudando a sujetarlo todo mientras yo probaba los diferentes palos con un disco que tenían allí —con el aviso "Evite el cristal" justo al lado—.

Ella también compró dos, pero con mi ayuda. Eran para Easton, y pidió que los envolvieran para regalo —el envoltorio era algo obvio y delataba cuál era el regalo, pero valió el intento—.

Y conseguí que se comprara un par de patines para ella. De patinaje artístico, porque ella pensaba que los de hockey eran demasiado pesados, pero lo conseguí. Eran beige claro, lo que me sorprendió, porque esperaba negro, un color más seguro.

Dennis parecía cabreado, porque yo llevaba la mitad de las cosas, pero la otra mitad la llevaba él, mientras Elena caminaba tranquila solo con el móvil en la mano enguantada, mirando las tiendas. Y yo sonreía de oreja a oreja solo mirándola.

Se paró ante otro escaparate, gesticulando hacia las joyas frente a nosotros.

—Para ti, que hablas tanto de matrimonio —me picó, arrancándome una sonrisa aún mayor mientras me paraba a su lado,

con kilos de equipo de hockey sobre los hombros sin ni siquiera notarlo.

Había todo tipo de anillos, y por los precios, el más barato empezaba en *mil francos suizos.*

No había forma de olvidar que ella era una mujer cara, pero dentro de dos años eso no sería un problema, después del contrato firmado, y decidí tantear:

—¿Qué tipo de anillo te gusta?

Me lanzó una mirada de reojo, pero señaló uno sencillo, dorado. Desde lejos no parecía tener nada de especial, solo dos aros unidos por una piedra, hasta que noté el hilo claro, como de plata, que lo circundaba, así como la piedra solitaria que *no* era plata, sino diamante, pero que, al mismo tiempo, no destacaba, en la parte superior.

El precio empezaba en seis mil francos suizos. Y en la etiqueta ponía: "oro y diamante".

Hice un puchero, oyendo su risa y sintiendo el beso en la mejilla.

—No te preocupes. No vas a tener que pedirme matrimonio este año.

—Porque, además, queda menos de una semana para que acabe el año —bromeé, besándole los labios suavemente.

Negó con la cabeza, pero volvió a mirar el escaparate. Había un collar en el que Elena se quedó mirando, pero claramente no estaba de humor para divertirse, sonreír o simplemente *ser feliz*. Estaba de luto. Era obvio que, en ese momento, pensar en hacer cosas bonitas y buenas para sí misma parecía surrealista.

Se giró, Dennis la siguió, pero saqué el móvil del bolsillo forrado del abrigo gastado y le saqué una foto al anillo, así como al collar que ella miraba de reojo. Y, justo después, fotografié el nombre de la tienda, siguiéndolos a la carrera y casi chocándome con un árbol en la acera por eso, poco acostumbrado a aquello.

Cuando volvimos a su residencia en la ciudad, con toda la familia participando en la preparación de una cena —y sí, era tan caótico como puedas imaginar—, y felices por volver con varios encargos, algunos de los niños, en concreto Easton —que ya había descubierto

el suyo en la furgoneta—, estaban encantados por tener regalos; yo me descubrí pensando en el anillo.

Esquivé un golpe de uno de los palos nuevos de Easton, que enseguida pidió disculpas por no haber visto que había alguien detrás de él, emocionado mientras balanceaba el objeto de un lado a otro.

Elena sonreía de vez en cuando, algo cohibida y, claramente, aún con la cabeza en la pérdida de su padre, cerca de la chimenea. Había ayudado a Easton a arrancar todos los envoltorios de los regalos, pero, fuera de eso, era obvio que ella estaba en un lugar oscuro.

Hice que comiera un poco; también aceptó el té hecho por uno de sus tíos. Su madre contó algunas historias de la casa, todas con Henry como protagonista. La familia solo escuchó en silencio, riendo y añadiendo detalles cuando era necesario.

Entrelacé mi mano con la suya después de que ella se pusiera su pijama mono de invierno y yo me secara el pelo, fijándome en sus dedos vacíos, sin ningún anillo, a diferencia de lo que solía llevar en Boston.

Su cuarto daba a la parte trasera de la casa, exactamente como en la foto que yo ya había visto.

Era como tener un *déjà vu*, pero yo nunca había vivido aquello.

El paisaje incluía una zona cubierta con barbacoa y otros elementos de jardín y exteriores, además de una piscina tapada, ya que nevaba, un *jacuzzi* climatizado envuelto en una cubierta rígida, que salía desde el lateral de la casa para evitar que la nieve cayera dentro, y muchos árboles autóctonos. Sin contar el lago congelado más a lo lejos, donde Easton ya me había dicho que patinaríamos en los próximos días y adonde yo planeaba llevarla también.

Y con esa vista solo miré a Elena, observándola.

—¿Cómo fue tu día? —pregunté, serio, mientras le acariciaba el dorso de la mano con un dedo—. Estás callada para lo que es habitual en ti, y solo quería oírte hablar un poco —admití.

Suspiró, acercándose y rodeándome con los brazos, asintiendo.

—Lo sé. Soy así de callada, pero no contigo.

En general, ella hablaba bastante conmigo. Parecía siempre seria y reservada, pero en realidad era una parlanchina. Y, hasta donde yo notaba y ella también, no con todo el mundo.

—¿Puedo decir que fue mejor de lo que esperaba? Solo duele mucho que él no esté aquí —admitió—. Debería estar aquí con nosotros.

Asentí, apretándola contra mí.

—Esta ausencia va a acompañarte el resto de tu vida, Elena —susurré con sinceridad, besándole el pelo—. Pero es una ausencia que, en algún momento, se va a convertir solo en el cariño absurdo que le *tienes*. El amor que *sientes* por él. Claro que duele, Braddock —añadí—. Y aunque esperemos que el dolor pase, no creo que sea el caso. No con tu padre. Y está bien.

Asintió, respirando muy hondo contra mi pecho.

—Siento que debería ser más activa. Reaccionar mejor ante todo lo que se quedó atrás en Boston, pero yo solo necesito...

—Ser la Elena —concluí, y ella negó con la cabeza contra mi pecho—. Para mí, tú eres solo la Elena, y eso es de la hostia. Tú eres mi mujer, la hija de Taelyn y de Henry, la hermana mayor de Easton, la mujer ceñuda que se pasa medio día al teléfono resolviendo problemas, la estudiante concentrada que apenas logra mirarme cuando está estudiando teorías de Administración y quejándose de un tal Weber, la corredora de maratones que seguro que tiene medallas en la pared, porque creo que vi algunas, la mujer que *siempre* huele a fresa y que es el mejor olor del mundo, la mujer que siempre lleva los trajes a juego *hechos a medida* y cuyos zapatos tienen todos la suela roja.

—¡No todos! —se defendió, con una sonrisa que me hizo sonreír a mí también.

—Eres todo eso y mucho más, *bravita*. Eres una mezcla de varias cosas, incluido el hecho de que acabas de perder a tu padre y tienes una guerra contra tu abuela racista y gilipollas en tu propio territorio esperándote para algún tipo de pelea empresarial en cuanto vuelvas. Desde aquí, desde donde estamos, ya estás resolviendo todo lo que puedes y un poco más, y sé que vas a estar así los próximos días.

No hay nada de malo en ser todo eso, en vivir, y al mismo tiempo sentir la ausencia arrolladora de tu padre, ¿vale?

Asintió, con la boca en una línea fina mientras parecía contener las lágrimas.

—Y yo voy a estar aquí todo el tiempo para recordarte que puedes abrazarme y llorar en mi hombro —continué—: que puedes llamarme para que vayamos a cenar fuera solo porque no quieres quedarte en casa, o que puedes quejarte de que no te fue tan bien en un examen y sacaste un A-. Puso los ojos en blanco por mi tono burlón.

—Quiero llevarme el premio a mejor alumna —alegó en un tono defensivo.

—Y lo vas a hacer: mejor alumna, mejor hija, mejor empresaria, mejor hermana, mejor compañera...

Sonrió cuando la levanté del suelo y nos tiré en la cama, riendo en cuanto le apreté la barriga.

—Vaya, ¿y eso qué fue? —bromeé, subiéndome encima de ella y viéndole los ojos como platos.

—Nathan, yo *no tengo* cosquillas. No tengo.

El ambiente era agradable. Estar allí con ella era increíble. Y, joder, yo también estaba triste por Henry, aun conociéndolo desde hacía menos de un mes. Apenas conseguía imaginar su dolor.

Pero al menos... Estábamos juntos. Y sonaba egoísta, lo sé, pero sería mucho peor para mí, y en especial para ella, si estuviéramos separados. La muerte de su padre era inevitable, y aunque ella no pareciera haberse dado cuenta de eso a tiempo, yo sí. Y estaba agradecido de estar allí para ella.

El ambiente acogedor parecía devolvernos el abrazo, con las luces amarillentas y la chimenea privada crepitando, haciendo que todo fuera aún mejor.

—Sí, claro... —Y apreté de nuevo, recibiendo un chillido agudo como respuesta—. ¿Y eso qué fue?

—Barlow... —advirtió, pero volvió a gritar, arrancándome una carcajada.

Paré las manos antes del siguiente apretón, solo mirándola allí, tumbada, con el pelo esparcido y la sonrisa suave en los labios.

—Te amo un huevo, Elena. Independientemente de lo que vayamos a encontrar en nuestro camino. Esto es... Para siempre.

Sonrió.

—Para siempre es un período de tiempo muy largo.

—Y aun así no sería suficiente. Te sigo hasta el fin del mundo, Braddock. Y punto.

Y entonces gritó, porque empecé una sesión de cosquillas que la hizo llorar —pero no de tristeza, y eso era todo lo que importaba.



50

Pasa tiempo con la mujer que amas ✓

Nathan

Era precioso. La puesta de sol por sí sola, pero me refería a Elena delante de mí, sujetándome las manos como si su vida dependiera de ello, mientras Boz, en la orilla del lago congelado, comía despacio sus aperitivos procesados, observando la escena con una sonrisa burlona en la cara.

—Si rompéis el hielo, ¡no os voy a sacar del agua! —bromeó.

Elena me miró totalmente desesperada, lo que me hizo reír.

—El hielo está grueso, Braddock. Y no va a romperse. Solo te está provocando.

Respiró muy hondo, asintiendo con la cabeza.

Incluso con los guantes, yo sentía su agarre firme porque tenía miedo de caerse. Sin prisa, empecé a moverme con ella por el hielo, despacito, mientras ella temblaba entera, sin ninguna firmeza.

Nos quedamos allí al menos una hora, conmigo repasándole cosas: formas de acelerar, frenar, correr, etc., antes de que aceptara que yo soltara una de sus manos, tirando de ella a mi lado para que empezáramos a movernos poco a poco por la superficie congelada.

—*Izquierda, derecha, izquierda, derecha*... —susurraba mientras intentaba equilibrarse, arrancándome una sonrisa cada vez mayor. Elena era mala en el hielo, mala de verdad, lo cual solo lo hacía aún mejor.

Y entonces se cayó, llevándome con ella e inmediatamente haciéndome reír a carcajadas, una risa que resonó por todo el valle cercano.

—¡NATHAN! —siseó, intentando sentarse y solo resbalando aún más mientras yo simplemente contemplaba el cielo despejado, sin nieve, de la última tarde del año.

Me dolía el culo, pero no era mi primera caída en el hielo.

Ella me empujó para que yo me moviera, pero solo me reí aún más, volviendo la mirada hacia ella y sonriendo.

—¿Dolió mucho?

Bufó, logrando por fin sentarse y apretándose los codos, donde debió de haberse golpeado primero.

—No lo sé —se quejó, considerando cómo se levantaría sola al mirar alrededor—. No sé si es normal que duela así o si esto estuvo "ok".

Sonreí por eso, sentándome y luego poniéndome de pie, clavando los patines y tirando de ella por las manos para arriba.

—Piensa por el lado positivo —declaré, pasándole los brazos por la cintura, manteniéndola quieta entre mis piernas, aunque sus patines no estuvieran de acuerdo—. ¿Rompiste el hielo? No. ¿Te rompiste una pierna? No. ¿Qué es lo peor que va a pasar aparte de caerte?

Me analizó con desconfianza, los ojos entornados, la cara completamente rígida por el frío, y yo sabía que mi propia cara estaba toda roja, aunque estuviéramos protegidos al máximo del frío.

Le ajusté el gorro, apartándome y dejándola sola, viendo cómo se le abrían los ojos.

—¡Está bien! ¡Sin pánico! —pedí, recordándole cómo fijar las cuchillas en el hielo. Después, le recordé cómo coger impulso, deslizándome a su alrededor mientras ella caminaba a pasos de bebé, aun así temblando.

Y entonces empezó a deslizarse de verdad. Despacito, se bloqueaba a veces, tuvo otras caídas, pero Elena por fin consiguió patinar de verdad.

Y me sonreía antes de soltar un grito y caer de cara al hielo, haciéndome aullar de risa primero, para luego patinar hasta ella, rápido.

Se giró en el suelo, quedándose boca arriba y mirándome como si yo fuera su mayor enemigo, lo que solo me hizo reír aún más cuando me agaché a su lado y le quité un poco de hielo y/o nieve de la cara, mientras ella bufaba.

—Te odio. En serio. Mucho.

Me reí por eso, tirando de ella otra vez hacia arriba, aunque ya le hubiera enseñado a Elena a levantarse sola, y tiré de ella conmigo, patinando hacia atrás y mirándola de frente.

Guié nuestras piernas por todo el lago, que yo ya había comprobado antes para ver si se había congelado por completo o solo una u otra parte, viendo su sonrisa mientras sentía el viento golpear de verdad en la cara.

Y ahí estaba, estaba patinando.

—¿Ves? —hablé alto por encima del sonido del viento, que aullaba y anunciaba lo que parecía una nueva tormenta de nieve en camino, y ella sonrió aún más, asintiendo mientras yo reducía la velocidad y me paraba en el centro del hielo, sintiendo sus manos rodearme de inmediato y su boca buscar la mía.

Los últimos días habían sido perfectos. Ella me había enseñado a esquiar. Yo la provoqué durante días antes de que Elena por fin reuniera valor para venir al lago, como yo venía casi todos los días con Easton. Conocimos más de la ciudad. Fuimos a algunos restaurantes. Ella estaba volviendo a sonreír más.

—Gracias, Nathan —declaró, los labios contra los míos, sin iniciar un beso—. La caída dolió, pero me levanté.

—Lo sé. Es la vida, si quieres llevar la metáfora a ese ámbito —bromeé.

Sonrió aún más, negando con la cabeza.

—Lo quería aquí —añadió, la sonrisa disminuyendo un poco más.

—Él está. Él siempre va a estar contigo, Braddock —susurré—. Nunca dudes de eso.

Asintió, rozando los labios con los míos e iniciando un beso lento, delicioso, que me decía que ese era su lugar favorito en el mundo.

No Suiza, debo decir.

Elena, con mis brazos alrededor de ella, era *mi* lugar favorito; esperaba que fuera algo en ese sentido para ella también.



Elena tiró las dos toallas en la tumbona justo al lado.

—Elena, por el amor de Dios, hace un frío de la *hostia* —refunfuñé mientras la noche nos tragaba, dejando las dos velas al lado del *jacuzzi*. Y para que *yo* me estuviera quejando del frío, debo decir que era porque estaba *gélido*.

Se rió, quitándose el abrigo de encima del vestido corto blanco que llevaba para la noche de Año Nuevo. Aún faltaban dos horas y media para el cambio de año; la familia estaba en el salón, en la cocina o en la sala de juegos, según sus propios intereses, y los guardaespaldas hacían una revisión de las cámaras y una comprobación del perímetro.

—Braddock, mira, lejos de mí estar en contra de lo que estás pensando, pero ¿estás segura? —pregunté mientras se quitaba los tacones, girándose y mirándome.

Sonrió de lado, asintiendo.

—Solo quiero ser la chica universitaria. Sonreír un poco. Divertirme. Olvidar lo que pasó y lo que me espera cuando regresemos a Boston.

Sonreí por eso, asintiendo, quitándome el abrigo también. Se dio la vuelta, pidiéndome ayuda con la cremallera que yo mismo le había subido una hora antes, y vi aparecer su piel oscura mientras el vestido se deslizaba por ella.

Me quité la camisa blanca y los vaqueros claros que llevaba, que era la ropa que me llevé pensando en la Nochevieja, así como las

zapatillas y los calcetines, y tragué saliva. Elena se quitó las bragas, la última prenda que quedaba, y entró.

—El condón y el agua no combinan —advertí, cuidadoso, y dejé los calzoncillos sobre los pantalones, entrando detrás de ella mientras todo mi cuerpo temblaba, pero me calenté de inmediato con el agua casi hirviendo.

Elena se rió, negando con la cabeza al girarse y montarse sobre mí al segundo siguiente, sentándose sobre mis piernas.

Me acomodé, con el agua hasta nuestros cuellos mientras la abrazaba por la cintura, respirando hondo el olor a fresa que emanaba de ella.

Por eso se había hecho un moño en el pelo. Ya sabía lo que quería hacer antes de Año Nuevo. Cada uno con su interés particular en aquella casa, claramente.

—¿Te importa si es sin condón? —preguntó, seria.

—Considerando que llevas un DIU, no. Pero si fuera para tener hijos... Es demasiado pronto —añadí, viendo aparecer su sonrisa.

—¿Matrimonio, no. Hijos, sí?

Asentí, riéndome de su expresión provocativa.

—Claro, *bravita*. ¿Te imaginas tener que lidiar con un niño, la carrera, tus reuniones, tus eventos, mis partidos, mis entrenamientos...? Nos volveríamos locos. Ricos o no. Te amo, pero podemos esperar unos años para un niño.

Sonrió, asintiendo mientras me rodeaba el cuello, besándome despacio, casi cuidadosa.

Profundicé el beso, apretando su piel contra la mía mientras sentía la suavidad bajo mis dedos, hundiéndolos en ella y acomodándola encima de mí. Le apreté el culo con ganas, sobre todo porque echaba de menos tenerla contra mí —solo que nunca diría eso en ese momento sin que ella tomara la iniciativa.

Sus piernas se cerraron a mi alrededor mientras soltaba un gemido contra mis labios, y moví una de mis manos, saliendo de su cintura y deslizándola por su pierna, encontrando entonces lo que quería entre sus muslos.

Le acaricié el coño, sintiéndola morderme los labios conforme su mano subía por mi nuca y se enredaba en mi pelo, manteniendo los

ojos en los míos. Alcancé el clítoris, cuya ubicación ya me sabía con los ojos cerrados desde la primera vez, acariciándolo despacio mientras su respiración se entrecortaba.

No era la primera vez que estábamos follando con más calma, pero era la primera vez que teníamos sexo después de que el infierno abriera las puertas y ella perdiera a su padre. No haría nada con lo que ella no se sintiera cómoda.

Le tomé los labios de vuelta al segundo siguiente, profundizando el beso una vez más, esta vez mucho más voraz, chupándole la lengua mientras ella movía la cintura contra mis dos dedos que jugaban con ella, recorriéndola por toda su extensión mientras ella intentaba montarlos despacio, pero ni siquiera estaban dentro de ella.

Yo sentía la excitación incluso con el agua, la textura era distinta, y ella se estremeció contra mí, agarrándome la nuca y el hombro mientras le hundía los dedos dentro, permitiendo que se moviera contra ellos, mi pulgar jugueteando con el clítoris al instante siguiente, apretándolo con fuerza a la vez que hacía movimientos circulares.

Joder, esa mujer era mía. Cada vez que me daba cuenta de eso, me preguntaba cómo era posible. Haría cualquier cosa para asegurarme de tenerla en mis brazos el resto de nuestras vidas.

Bajé los labios por su cuello, chupando toda la piel hasta llegar a los pechos, chupando el primero con ganas, encontrándome con el pezón hinchado tanto por el frío como por el placer.

Abrí los dedos dentro de ella, sintiéndola jadear y, al segundo siguiente, sus manos estaban en mi polla, acariciándola y tirando de ella hacia sí, jugando conmigo, pero le mordí el pezón suavemente, oyendo su siseo nervioso.

—Que estés encima no significa que estés al mando —susurré contra su piel, sintiéndola estremecerse cuando moví los dedos más rápido, entrando y saliendo de ella. Ella besó mi hombro, gimiendo con la boca sobre él mientras se movía sobre mí, contrayéndose alrededor de mis dedos.

Saqué los dos de ahí, llevándolos hasta su boca; ella jadeó al notar que hablaba en serio y dejó de acariciarme la polla, aunque

sus manos siguieran alrededor de mí.

Los chupó, con los ojos en los míos, y mi mano se posó en su nuca, tirando de ella para otro beso y girándonos dentro del agua, apoyándola contra la pared del *jacuzzi* y asegurándome de que tuviera donde apoyar el culo.

Ese culo lo agarré con una mano mientras la acomodaba debajo de mí, chupándole el cuello antes de bajar a los pechos de nuevo, sintiendo sus manos estimularme cada vez más rápido, como si quisiera poner a prueba mi paciencia. O dejar claro que quería que yo fuera más rápido.

Me reí bajito con los labios en su piel, chupándole entonces el pezón del pecho olvidado antes con fuerza suficiente como para que se retorciera debajo de mí, dejando una marca leve, una de sus piernas enroscándose en mi cintura y tirando de mí hacia ella al mismo tiempo que ella intentaba empujarme el pecho.

Volví a meterle los dos dedos, oyendo el gemido delicioso resonar por el jardín, y los moví despacio, sintiéndola moverse al ritmo que yo marcaba.

Doblé su otra pierna, sirviendo de apoyo mientras sacaba mis dedos de su coño, besándole el cuello, la mandíbula y, por último, los labios. El beso ahora no fue romántico ni lento, fue desesperado, por parte de los dos.

Parecía que no nos veíamos desde hacía años, y al mismo tiempo llevábamos días juntos, durmiendo en la misma cama, abrazados todas las noches.

Y me hundí en ella, ambos gimiendo contra los labios del otro, la sensación del agua alrededor de mi polla quedándose atrás mientras me hundía en su coño, haciéndome estremecer contra ella.

Apoyé la otra mano en la madera detrás del *jacuzzi*, el agua salpicando un poco sobre el soporte, intentando conseguir firmeza y moviéndome dentro de ella.

—¡Puta mierda! —siseó, con los ojos brillando entre la oscuridad y el reflejo de las velas que luchaban por seguir encendidas por el viento frío.

Me hundí en ella con más fuerza, y sus uñas se clavaron en mis hombros a modo de respuesta, mientras mis movimientos

aumentaban la velocidad. Elena soltó de inmediato otro gemido en mi oreja, con mi polla contrayéndose dentro de ella.

Embestí con más fuerza la siguiente vez, todo lo que podía, considerando que apenas estaba bien apoyado, su pierna doblada con mi mano derecha sujetándola y sus labios en mi cuello mientras yo le chupaba la oreja, mordisqueándola, sintiéndola retorcerse contra mí, apretándome tanto con las manos como con el coño.

Entorné los ojos mientras mantenía el ritmo de las embestidas, metiéndosela con cada vez más ganas, aunque los músculos de los brazos empezaran a quejarse. *Joder*. El sexo era bueno, es verdad, pero ¿con la mujer que amo? Era el puto paraíso.

Su pierna a mi alrededor me apretó aún más, queriendo mantenerme allí para siempre mientras yo gruñía contra su oreja, hasta sentir sus manos en mi nuca, tirando de mí hacia un beso, ahogando el gemido desesperado que soltó al apretarme la polla aún más, estremeciéndose y contrayéndose, como si quisiera que yo me corriera antes que ella.

—Córrete para mí, Braddock —gruñí contra sus labios—. De esa manera que solo tú haces...

Soltó un susurro desesperado, una especie de palabrota mezclada con mi nombre mientras por fin cedía, con el cuerpo en un espasmo y comprimiéndome de un modo familiar que fue el límite para mí, y sentí los huevos arder mientras me corría también, mi polla aliviándose de inmediato del dolor pulsante.

Pero ella no había terminado, porque la pierna doblada debajo de mi mano se movió, y ella trabó ambas piernas a mi alrededor, moviéndose contra mi polla mientras yo embestía una vez más, entendiendo lo que ella quería y alcanzando su clítoris mientras tanto, acariciándolo con el índice y sintiendo su jadeo contra mis labios, como si intentara arrancarme cualquier gota restante de semen con el coño.

Elena lo consiguió.

Respiraba con dificultad cuando el cuerpo se relajó por completo, el orgasmo intensificado dejándola, por fin, relajarse mientras yo soltaba una risita, saliendo de dentro de ella y acariciándole el coño aun así, sintiendo mi leche escurrir y mezclarse con el agua.

Coño. Era mil veces mejor sin condón. En parte, por el agua, pero yo sabía que simplemente lo era.

—¿Satisfecha, señorita Fitzroy? —la piqué, oyendo su risita mientras nos giraba, permitiendo que se sentara cómodamente sobre mí otra vez.

—No —susurró contra mis labios—. Pero tenemos toda la madrugada del primer día del año para seguir. Y vas a dejar de ir con cuidado. Yo necesitaba este momento, pero te prefiero sin escrúpulos en *la cama* —añadió, riéndose, como si yo ya no lo supiera.

Sonreí por eso, tirando de su labio y asintiendo. Su respiración contra mi cara, inestable, solo me dejaba más extasiado.

—Lo que tú quieras, Braddock.

—¡Hablas como si fuera un gran castigo! —rió, lo que me hizo soltar una carcajada, apretándola contra mí. Pasado el calor del momento, incluso con el agua a nuestro alrededor, aún hacía un poco de frío.

—Jamás. Solo estoy considerando si vas a preferir que te coma mirando este paisaje o a cuatro para mí, gimiendo mi nombre mientras levantas ese culo tan rico.

Las dos opciones son geniales... Joder, a ella le gustaba que la estrangularan. De verdad debería invertir en eso.

Se estremeció a mi alrededor, claramente imaginando ambas opciones.

—Las dos parecen ideas geniales —refunfuñó bajito, rozando los labios con los míos.

—Tengo otras que vinieron del mismo lugar que esas. Y tenemos toda la madrugada —gruñí, montándola sobre mí otra vez, sintiendo el cuerpo de Elena contraerse por la sorpresa, pero ella seguía húmeda por su propio orgasmo—. ¿Hay alguna forma de entrar y no ser vistos?

—Creo que sí —jadeó, moviéndose despacio sobre mi polla, como si estuviera confundida por la sensación, con el entrecejo fruncido.

Se mordió el labio. *Joder*, mi polla tuvo un espasmo ante esa visión.

—Genial. Vas a necesitar otro baño —la piqué.

Me giré en el agua otra vez, apoyando su cabeza contra el reposacabezas del *jacuzzi*, mojándosele el pelo de inmediato incluso en un moño, y tapándole la boca al segundo siguiente, hundiéndome en ella mientras soltaba un grito de sorpresa y placer mezclados, aferrándose a mí y jadeando justo después, gimiendo mi nombre.

Y entonces gimoteó contra mis labios conforme se movía contra mi polla al recibirme, lo que, honestamente, era la mejor noche de Año Nuevo que yo había tenido, y ni siquiera *habíamos*, de hecho, *celebrado* aún.



51

Empieza a lidiar con los problemas... Pero ignora uno de los mayores ✓

Elena

Fue una de las mejores Nocheviejas que he tenido, aunque hubiera sido sin una de las personas más importantes para mí —por eso no fue *la mejor*. Quería que mi padre estuviera allí; lo mucho que lo echaba de menos causaba un agujero enorme y doloroso en mi pecho, pero Nate hizo que todo fuera mil veces más perfecto de lo que, de hecho, habría sido, y mi familia era increíble.

Que Eloise se pudriera en el infierno.

Pero, por desgracia, las cosas no eran así, ni mucho menos siempre *tan buenas*. Volvimos del viaje y ese mismo día tuve que ir a algunas reuniones en vez de intentar adaptarme al *jet lag.*

Mientras tanto, Nathan tuvo que ir a la fraternidad, porque además de tener que prepararse para los entrenamientos que se retomaban al día siguiente, sus compañeros de fraternidad estaban ansiosos por las compras —hasta el propio Nate parecía *extasiado* al pensar en usar el equipo nuevo; era adorable de ver.

Entendí por primera vez cómo era viajar con un jugador de hockey: el equipo ocupó más de la mitad de su equipaje, y ayudar a cargar con aquello era absurdo. Menos mal que existían los carritos de equipaje.

Las clases volvían el día 6, y tuve ese fin de semana de viajes, reuniones y preocupaciones. Apenas vi a mi familia. Solo entraba y salía de reuniones, dormía en hoteles y llegué de madrugada el día 6 para el comienzo del semestre.

El ambiente en Fitzroy estaba terrible. Mis abogados pidieron reuniones incluso al final del día 6. Tici tenía un informe enorme para presentármelo en directo, junto con miembros del equipo que trabajaba directamente conmigo. Ingenieros de la propia sede central de Boston pedían reunirse conmigo.

Y los medios, claro, estaban enloquecidos.

Querían saber cuál era el siguiente paso, qué decisión se iba a tomar.

El principal titular del mayor periódico del país, aquella semana, trataba sobre nosotros.

EL LEGADO DE HENRY FITZROY
¿Cuál es el siguiente paso de Fitzroy Inc., el gigante tecnológico del país, y por qué aún no han anunciado a la sucesora? Elena Fitzroy, aparentemente, dejó el país por Año Nuevo en vez de asumir el cargo de su padre. ¿Qué significa esto para el futuro del conglomerado que ella liderará? ¿O no lo hará?
Eloise Fitzroy, la matriarca de la familia y abuela de Elena, fue vista en reuniones y almuerzos con diversos inversores, además del propio consejo de administración de Fitzroy Inc. —todas sin la heredera.

Turmann tuvo un hueco en mi agenda antes que nadie, y dejó claro que quería respetar los deseos de mi padre y apoyarme como presidenta, pero no podía opinar sobre la sucesión. Era una decisión familiar que pasaba también por el consejo de administración, y él solo representaba una parte ínfima de este.

Una elección de la familia que, si no lucho, ni siquiera voy a ser una opción. Yo ya no lo era para Eloise.

Al fin y al cabo, era una batalla que había que librar entre ella y yo, y nuestros aliados. Y, si analizaba muy atentamente la situación,

yo tenía más aliados, pero los suyos eran más poderosos, lo que significaba que ella tenía más posibilidades de ganar si yo no tenía cuidado.

Si el consejo de administración no apoyaba mi reivindicación, tuviera el 51 % de las acciones o no, *yo ya estaba perdida*. En definitiva, aunque el consejo no fuera responsable de la elección, sin ellos yo no mandaría una mierda.

No voy a negarlo, eso me quitaba el sueño.

También me reuní con mis abogados. Y ahí fue donde surgió la parte interesante.

—Su padre dejó especificado, de forma expresa, que el ahorro de diez mil millones es suyo. Dejó otros diez mil millones invertidos en diversas carteras para su hermano, pero el ahorro ya está liberado para que usted lo mueva; el señor Easton Fitzroy solo moverá el suyo cuando cumpla dieciocho años.

Otro de los abogados continuó:

—Eso significa que usted tiene recursos suficientes para comprar la parte de su madre, que ella ya declaró que venderá solo a usted, además de poder comprar otras acciones de partes interesadas y alcanzar el cincuenta y un por ciento de ellas. Según los cálculos elaborados por usted misma y sumados a los elaborados por su padre, es posible. No obstante, él especificó que las acciones de Easton deben mantenerse bajo custodia de su madre hasta que él cumpla dieciocho años y tenga capacidad de optar sobre lo que hará. Si va a seguir opinando en Fitzroy o si va a dejarla al 100 % bajo su mando dentro de la familia.

Asentí, ya lo sabía. Él había hablado de esa parte conmigo.

Y era exactamente eso lo que quitaba la posibilidad de que yo controlara el 51 % de la empresa tan fácilmente. Al mismo tiempo, evitaba que mi abuela mandara también, lo que... acababa siendo una brecha. Para mí y para ella.

Ella iba a comprar el veintiocho por ciento de otros accionistas que estaban en juego[25], exactamente como yo también estaba negociando con esas mismas personas en ese momento.

Quien lo consiguiera primero conseguía el poder de la accionista mayoritaria.

—Ocurre, Elena, que, además de todo lo que figura en esos documentos, de todos los bienes que usted está heredando, activos o no, muebles o inmuebles, hay algo en particular que su padre dejó bien atado. Nos llamó poco después de la última visita a Fitzroy, y hasta nos pareció extraño.

Fruncí el ceño mientras me pasaban la documentación por encima de la mesa.

—Está anexo a la lista de bienes que usted está heredando y a la que toda la familia tiene acceso, pero no a la descripción de lo que son —explicó Brady, uno de los dos abogados—. Porque son bienes de propiedad intelectual con información confidencial.

Abrí los documentos, soltando el aire de sorpresa, y de inmediato no pude contener la risa.

—Le tendió una trampa —susurré, sorprendida—. Le tendió una trampa para que no me tumbara.

Lo confirmaron, satisfechos.

—Esa es su baza final, Elena. Solo úsela si tiene la *absoluta* certeza de que puede derribar a su abuela. Fue lo que su padre nos pidió al entregarnos la documentación. Los ingenieros solo aceptaron esto porque conocen sus planes de seguir los pasos de su padre en Ingeniería y confían en sus palabras más que en las de ella —aclaró Brady.

Yo miraba el papeleo con una mezcla de impacto y alivio.

—Deje bien atado todo y asegúrese de que ella no tenga nada que usar contra usted —dijo Tom, el otro abogado—. Por lo demás, debería estar bien. Su padre lo garantizó. No sabemos de qué hablaron, pero, aparentemente, él sabía que su abuela no aceptaría a la heredera ni siquiera con sus palabras y sus peticiones.

—Lo que sabemos es que su conversación empezó bien, pero no terminó bien. No nos dijo nada más. Y, ah, la casa de Suiza está a nombre de su hermano; dijo que le avisáramos porque la puso a usted como cuidadora de los bienes físicos hasta que Easton cumpla dieciocho años y no a su madre. Dijo que sabía que usted iba a quedarse dolida.

Solté una carcajada por eso, admirada y pasmada en la misma proporción.

—Se estaba riendo —comenté, con los dos abogados sonriendo, aunque parecían confusos—. ¿A quién le dejó la casa de Melbourne?

Miraron la lista, y entonces Brady me hizo un gesto.

—Él sabe que es mi favorita —expliqué—. Sabía, en todo caso —me corregí—, algo cohibida, pero al mismo tiempo más tranquila con el asunto. Creo que estaba en negación, pero era mejor que llorar por los rincones en ese momento—. ¿Hay algo más que deba saber?

Los dos sonrieron.

—Mucho más, señorita Fitzroy. ¿Prefiere que empecemos por las inversiones? Hablando de eso, aprovechando el tema... Estaba invirtiendo a nombre de un tercero en un equipo de hockey, dijo que usted...

Se me cayó la mandíbula.

—Invirtió en los *Knights* —solté, sorprendida.

—¡Eso mismo! Se llama *Vegas Golden Knights*. ¿Sabe de qué se trata?

Bufé, incrédula.

—Claro que lo sé. —*Es el equipo en el que Nathan va a jugar dentro de dos años*. Por eso él andaba informándose sobre el hockey profesional: quería ver si el equipo merecía la pena para invertir o si sería algo más pasajero que solo impulsaría la carrera de Nate.

—¿Pretende mantenerlo como inversión de un tercero?

—Sí, lo pretendo —confirmé—, pero necesitaría hablar con Nathan sobre eso. Si él prefiriera que yo retirase la inversión, la retiraría. Era su carrera, yo no intervendría de ninguna manera.

Henry Fitzroy se las apañaba para hacerse presente incluso después de muerto, y yo lo amaba aún más por eso. Creo que no había nada que me hiciera amarlo *menos*.

¡Cómo te echo de menos, papá! Puta mierda.

La reunión se alargó unas horas, y alguien me esperaba fuera cuando salí. Hunter Bradford.

—Buenas noches —provocó, con malicia, caminando a mi lado—. ¿Unos minutitos?

Puse los ojos en blanco, negándome, pero él solo me tiró del brazo, apenas dándome tiempo a reaccionar mientras me llevaba de vuelta a la sala ya vacía, apretándome con fuerza mientras daba un portazo y bajaba todas las persianas, escondiéndonos allí dentro.

—¿Qué mierda es eso del análisis del organigrama[26] de la empresa? —me gruñó a la cara, manteniéndome atrapada entre sus manos, una en cada hombro.

Fruncí el ceño, mirándolo.

—¿Cómo *demonios* sabes que pedí un análisis externo de la estructura de la empresa?

Puso los ojos en blanco.

—Tu abuela lo sabe. Vino a mí. —*Infierno*, no era para que ella lo supiera—. Ahora, dime: ¿qué tipo de jueguecito estás planeando?

—No te preocupes —siseé—. Aún vas a tener tu asiento garantizado.

—No me has respondido.

—La estructura empresarial es demasiado grande —rugí, aunque fuera en voz baja—. Sueldos innecesariamente altos por favores que ella prometió, cuando no necesitamos a algunos encorbatados donde están, y menos aún por su incompetencia. Estoy trabajando para evitar la reducción salarial en las nuevas contrataciones. ¿Satisfecho?

Tenía los ojos entrecerrados, afilados como cuchillas; me analizó de pies a cabeza y entonces por fin me soltó, dejándome respirar.

Me dolieron los brazos.

Yo, definitivamente, no echaría de menos a ese tipo cuando consiguiera deshacerme de él, pero no era como si mi propia abuela no hubiera comentado ese mismo día que tenía curiosidad por mi matrimonio. *Estaba* ansiosa por verme firmar el contrato prenupcial que su equipo ya había enviado a mis abogados.

Incluso les indiqué que tardaran bastante tiempo en analizar ese tal contrato.

—¿Cómo está el maridito? Hablando de matrimonios... No he visto mucho de él por Boston... Ah, espera, es porque estabas follando en Suiza mientras el mundo se venía abajo aquí.

—No te atrevas...

Di un paso hacia él, pero él me empujó contra las persianas, golpeándome el cuerpo contra el cristal.

—¿"No te atrevas" a qué, Fitzroy? Solo tengo que ir al otro lado del pasillo y él está *muerto* —me susurró a la cara—. No lo olvides nunca.

La sonrisa prepotente me daba aún más rabia. Tenía un sabor terrible en la boca.

Apreté los dientes, viéndolo salir de la sala de reuniones con un gesto, guiñándome un ojo.

—No te olvides de mi nombre en el organigrama, Fitzroy.

Y así se fue.

Bufé hacia la sala vacía. Gilipollas.

Pero lo peor era que tenía razón.

¿Cómo iba a hacer oficial lo de Nathan? ¿Cómo resolvía esa cuestión en particular? En ese momento, aún conseguíamos mantenerlo todo en secreto; mi abuela parecía centrada en querer que me casara, pero en algún momento lo que yo le ocultaba saldría a la luz, y mi mentira a Hunter también.

¿Cómo evitaba que algo...? Yo no sabía cómo lidiar con aquello. Aunque los Braddock me apoyaran, al final del día solo yo podía tomar una decisión lo bastante buena como para proteger a Nathan, y hacer pública nuestra relación ante los medios, considerando cómo mi padre lo había hecho, podría destruirnos.

No porque Nathan no quisiera la exposición; él iba a estar expuesto en los medios como jugador de hockey. Pero ahí estaba el problema: *como jugador de hockey*. Si yo hacía públicos nuestros nombres el uno junto al otro, él, probablemente, tendría contratos asegurados el resto de su vida, pero no por su competencia.

No lo habíamos hablado a fondo, pero yo sabía que nos afectaría. Afectaría a *Nate*.

Entonces, ¿cómo lo protegería del mayor monstruo que conocía? ¿Cuál era la pieza que faltaba en ese rompecabezas? ¿O no existía, y yo estaba condenada a tener que aceptar que no podría tenerlo, que nuestra relación tenía fecha de caducidad?

Dolía solo de pensarlo. Y en cada análisis de circunstancias que hacía, más me daba cuenta de que era exactamente eso lo que iba a pasar. Mi carrera o él. Su carrera o yo.



52

Descubre lo que es una familia rota ✓

Elena

Yo estaba preocupada por Nathan. Bueno, por su familia.

Empezando por Alex, que, mientras yo estaba en Suiza, ya me había mandado mensajes dolidos y preocupados.

Primero, dijo que estaba ahí para mí cuando quisiera hablar. Rika también, pero Rika y yo habíamos hablado un momento en el rato que tuve antes de volver a la empresa, después de una clase. Él no. Yo estaba ignorando a Alexander a propósito y sabía que era lo bastante listo como para darse cuenta.

> Fui a tu casa estos días. Fue así como descubrí que estás viajando.

> ¿Desde cuándo no me cuentas nada?

> ¿Te hace daño, Lena? ¿Qué coño está pasando?

> Sé que tu padre murió, joder; ni siquiera quería tocar el tema así.

> Pero no es posible que no haya pasado nada entre nosotros.

> PERO NECESITO que me DIGAS qué fue, joder.

> No soy ningún adivino.

> Ayúdame a resolver esto.

> Por favor.

Y eso me llenó los ojos de lágrimas, porque él *tenía* razón, pero yo tampoco podía contar un secreto que no era mío. Y eso aún iba a acabar destruyendo nuestra relación.

Solo que no era el único problema que involucraba a la familia de Nate.

Su madre había tenido una recaída fea, pero esta vez había herido a dos de sus hermanos más pequeños, uno de ellos era Audrey. Ella mintió a la policía y Audrey había sido ingresada con una fractura; ellos creían que la mujer había sido atacada en un asalto, pero había sido *ella misma* quien se la había causado en un brote de abstinencia.

Nathan había ido a visitarlos a regañadientes para averiguar el hospital en el que estaba su hermana, y también ya había ido a visitarla en casa de su madre, pero le pedí que me presentara a Audrey, porque también estaba preocupada. Nate ya había comentado que quería encontrar una forma de sacarla de aquella situación, y yo quería conocerla antes de ofrecer lo que tenía en mente. Por eso habíamos acordado ir juntos a visitarla aquella noche.

Ir a visitar a la familia materna de él aquella noche. En su casa.

No sabía muy bien cómo me sentía respecto a conocer a su madre, no sabía cómo me sentía respecto a Roanne, pero tarde o temprano ocurriría.

Mandé un mensaje, pero él aún estaba en la pista entrenando, así que aproveché para quedarme estudiando en mi despacho. Ya tenía algunos contenidos con los que necesitaba ponerme al día, y cualquier momento de estudio era importante si quería seguir siendo la mejor alumna de la clase hasta el final del curso. Más aún por algunos artículos que los profesores estaban sugiriendo que escribiéramos, más allá del aula.

No sabía de dónde sacaría tiempo para eso, pero me las apañaría.

Yo terminaba de leer y hacer anotaciones en un artículo cuando él me llamó para decirme que había terminado el entrenamiento y había salido de la ducha, y entonces Dennis y yo seguimos nuestro camino hasta la zona residencial del otro lado de Boston. Quedaba a

unas pocas manzanas de donde vivían mis tíos y abuelos, en casas vecinas, pero allí... Hacia el fondo del barrio, era aún peor.

Más peligroso, denso. *Tenso*. Parecía que el aire era diferente, y Dennis casi se pegó a mí mientras seguíamos hasta Nate, parado en el camino de hormigón batido hasta una casa diminuta.

La casa donde él creció. No parecía tener ni siquiera dos estancias de lo pequeña que era.

—¿Estás segura? —preguntó, incómodo—. En plan, no necesitas...

Entrelacé nuestros dedos, tranquila.

—Quiero conocer a tu madre. En especial, a tu hermana —dije—. No te preocupes.

—Yo estoy preocupado —intervino Dennis, sin el tono de broma que solía usar cuando solo quería provocarnos—. Vamos a agilizar esta visita, ¿vale, Elena? Voy a pedirle a Boz que esté listo.

Tragué saliva, pero asentí, mirando alrededor. El barrio estaba olvidado por el ayuntamiento. Dejado de lado porque se había hundido en el tráfico de drogas y la prostitución. La criminalidad en la zona se disparó en las últimas décadas y a nadie le importó fijarse de cerca. Nathan podía ser blanco, pero la mayoría allí no lo era, y las políticas públicas, en general, se olvidan de las personas de mi mismo tono de piel.

Había dos señoras cotilleando, mirándome a mí y a Nathan con las manos en la boca. Dos tipos extraños, apoyados en el capó de un coche, no me quitaban los ojos de encima. Sin contar un tercero, dentro de otro coche, mandando un audio por el móvil, sin quitar los ojos del SUV blindado.

De acuerdo.

Nate llamó una vez a la puerta, más por mí que por él, según todo indicaba, porque inmediatamente la abrió y entramos, con Dennis cerrándola justo detrás de mí, siguiéndome casi pegado. No sabíamos *quién* estaría dentro de la casa.

Mi estómago se revolvió de inmediato.

El olor era fuerte. No exactamente a suciedad, sino a sudor impregnado en el aire, mezclado con comida a punto de estropearse —que descubrí en la pequeña encimera justo a mi lado, cerca de una papelera demasiado llena—. Había muchos platos sucios en el

fregadero. Un trozo de mármol roto servía de zona para las colillas de cigarrillo, pero estaba tan lleno que caían por la encimera y por el suelo.

Nathan apretó mi mano, llamando mi atención sobre el ambiente.

Él había crecido allí y no estaba precisamente sorprendido; conocía muy *bien aquel ambiente.*

Había dos niños jugando en el suelo del salón, uno mayor, otro un poco más pequeño. El niño tenía una raspadura fea en la cara, cicatrizando, formando una costra gruesa. Compartían la misma bolsa de la compra, que habían atado para que pareciera la cabeza de un muñeco, y contaban historias.

Creo que voy a vomitar. Sabía que la situación era mala, pero...

—Hola, preciosos —Nathan se agachó, provocando a los hermanos, que rieron y se lanzaron sobre él en el mismo instante, tirándolo al suelo. En el suelo sucio, porque no parecía haber visto una escoba *en años*.

Audrey no podía crecer allí. Aquellos niños necesitaban un baño. Dios mío, ¿dónde estaba Roanne...?

Y entonces me di cuenta. Dennis mantenía los ojos en una puerta cerrada, de donde venía un sonido bajo, casi cauteloso, pero que de cauteloso no tenía nada. El chirrido de una cama moviéndose mientras alguien follaba. Con ganas, sin miedo a que lo oyeran.

Había otro chico, mayor, en una esquina de la estancia, y acababa de apagar un cigarrillo que él mismo fumaba. No debía tener ni siquiera, no sé, dieciséis años. Y tenía otros dos cigarrillos delante de él. Además, una goma elástica usada, que yo sabía perfectamente para qué era. Consumo de heroína.

No parecía ser cosa suya, porque no estaba colocado ni nada, la mirada fija en el hermano mayor, irritado. Sin embargo, Roanne, definitivamente, había estado consumiendo en las últimas horas.

—¿Dónde está Dre, Emery? —preguntó Nate a la niña mayor, que se encogió de hombros.

—Un tipo la llevó a pasear antes. Pero la dejó con mamá hace un momento. Mamá dijo que estaba en el baño para no molestar.

La llevó. Para no molestar.

Miré a Dennis, que me lanzó la misma mirada. *Qué diablos... Quién...* Dios mío.

Nathan me lanzó una mirada obvia, como diciendo que entendía lo que se me pasaba por la mente, pero él estaba ocupado resolviendo un problema más urgente, que era encontrar a todos sus hermanos menores de edad.

—¿Qué pasa, Drake? —saludó Nate al hermano fumador, que se encogió de hombros con frialdad.

—El que está vivo siempre aparece, ¿no, macarra?

Nate bufó, pero solo abrió una de las tres puertas de aquel sitio, e hice las cuentas. Un cuarto para cinco niños, hasta que Nate se fue. Ahora, los cuatro lo compartían. James aún vivía con ellos, por lo que yo sabía.

Miré rápido y encontré una cuna vieja y rota en una de las esquinas, vacía. Dos literas, ambas sin parecer lo suficientemente firmes. Una mesilla de noche repleta de cosas: cuadernos, una caja de regalo que parecía usarse para guardar objetos, algunos vasos sucios y dos platos igualmente sucios. Ese era el cuarto en el que Nathan creció.

No encontró a nadie allí, pero en el baño encontró a quien yo imaginé que era Audrey, una niñita guapísima que ni siquiera tenía cuatro años.

Dennis echó un vistazo a las estancias, mientras Nate salía con Audrey, que daba pasitos pequeños, sostenida por su mano sana, aunque medio somnolienta. El bracito pequeño, el izquierdo, estaba completamente enyesado y colgado del cuello. Tenía marcas moradas en las piernas, cerca de las rodillas, como si hubiera caído con mucha fuerza al suelo.

Yo sentía los ojos de Drake y Emery en mí; el más pequeño no me hacía mucho caso. Ambos juzgaban.

Tragué saliva ante la escena.

La niñita parecía más limpia, pero no por culpa de la madre; era obvio. Tenía el pelo más claro que el de Nate, que tiraba al de Charles. Era probable que su padre fuera rubio platino, porque el suyo era de un tono rubio oscuro. Su madre tenía un tono de

castaño más oscuro, como el que yo observé en Emery —y que noté por fotos—.

—Hola, preciosa —le sonreí a la niña, que me devolvió el gesto—. Soy Elena.

Le mostré mi mano, y ella rió al coger dos dedos y agitarlos, como ya debía haber visto a alguien hacer.

—Mi novia, Dre —comentó él, tan tranquilo, lanzándome una mirada mientras la levantaba del suelo y la sostenía en brazos. Era mejor que explicar que no teníamos un título.

Joder, *qué vergüenza*. Deberíamos admitirlo de una vez.

Pareció notar lo que se me pasó por la mente, porque soltó una sonrisita maliciosa antes de mirar a su hermana.

—¿En serio? —balbuceó, animada; la palabra infantil salió enredada—. ¡Namolada!

Y voló hacia mis brazos; yo jadeé por la sorpresa, agarrándola en el último segundo, con la ayuda de Nathan.

Bueno, era bastante obvio que tenía cero problemas para confiar. Aún no había sido traumatizada lo suficiente en aquel ambiente como para considerar que alguien podía ser peligroso, y eso, por sí solo, era arriesgado, teniendo en cuenta con quién vivía.

Agarró mi cuello con la manita sana, besó mi mejilla y pasó el dedo por ella justo después, intentando entender el tono.

—Es maquillaje —expliqué, sonriendo débilmente para ella—. Ese brillo se llama "iluminador" —añadí, viendo cómo sus ojitos se abrían.

Nathan sonrió a su hermana, sacándole conversación mientras nos iba llevando lentamente hasta el cuarto vacío. Fue cambiándole despacito la ropita por un pijama limpio, comprobó si estaba sucia, si el pañal (¿los niños de su edad aún usaban pañal? Yo era demasiado joven para recordar cuándo Easton dejó de usarlo) se había salido. Si necesitaba cambiarlo. Revisó también el yeso.

Hizo todo eso hablando con ella, contando cosas sobre la temporada de hockey, sobre las clases; evitó decir que había viajado. Bromeó con ella, preguntó cómo estaba la guardería. La provocó con el yeso y lo firmó.

Hice una pequeña E, solo porque ella me lo pidió —yo era pésima con niños de esa edad—, y le conté que le gustaría conocer mi despacho de trabajo, al menos eso creía yo. Nathan pareció discrepar, pero no criticó mi forma de iniciar una conversación, porque la niña parecía interesada en un mundo nuevo de información que se abrió con el hecho de que yo era empresaria.

Sus ojos empezaron a pesarle. Nathan contó historias de hadas y princesas después de eso, haciendo que se quedara dormida casi instantáneamente, hasta que me giré y me encontré con un nuevo rostro de pie en la puerta del cuarto, brazos cruzados y expresión fría mientras tenía los ojos puestos en mí.

James me miró de pies a cabeza, con el juicio evidente en los ojos, mientras salíamos del cuarto. El chico no se apartó de la puerta, y Nate mantuvo el brazo a mi alrededor al pasar junto al hermano, pareciendo tratarlo como si pudiera hacerme daño.

Dennis no parecía feliz con una persona más en la casa, pero se mantenía en silencio cerca de la puerta de salida y, al mismo tiempo, lo bastante cerca de mí.

—Elena Braddock —dije, tendiéndole la mano, ya que no dejaba de mirarme, aún más que los otros hermanos.

Cerró la puerta del cuarto donde dormía Audrey, ignorando mi mano.

—¿Eres tú la ricachona que mi hermano se está follando?

Aquello se torció enseguida.

Nathan se giró en el mismo instante, hundiendo la mano en el cuello del jersey del hermano, *levantándolo del suelo* y mirándolo a los ojos, ya que era más alto.

—Repite —escupió.

—La ricachona mimada que te estás follando —repitió y añadió, para mi sorpresa. Y recibió un puñetazo en el estómago, golpeando contra la pared con un sonido que reverberó.

Pero James retrocedió después de soltar un gruñido dolorido, tosiendo enseguida, apoyándose en la pared porque el hermano mayor no se contuvo con el puño.

Nathan lo empujó contra el sofá a la izquierda, haciéndolo sentar y colocando la mano en el hombro del hermano, manteniendo los

ojos fijos en los suyos, desde arriba, dejando claro quién mandaba allí.

Solté el aire lentamente, recordando que tenía que respirar. Cualquier niño se convertiría en un pésimo adulto sin la mínima educación y apoyo familiar, y eso era lo que le faltaba a aquel ambiente; no hacía falta ser un genio para notarlo.

—No te dije ni *una sola palabra* sobre lo que hiciste, sobre que te estás convirtiendo en padre cuando no tienes donde caerte muerto. No hablé mal. No critiqué. Solo dije que si mi sobrino me necesitaba, yo ayudaría, incluso antes de que naciera —gruñó contra el rostro del más joven—. Pedí respeto. Pedí que me avisaras si algo pasaba con Audrey, pero *no fuiste tú quien me avisó* —añadió aún más frío —. ¿Necesitas que continúe la lista?

—Claro que no avisé, estabas ocupado follándote a tu... —Nathan volvió a hundir la mano en el cuello del hermano—. Estabas viajando con tu vagab...

Nathan rió, incrédulo, mientras apretaba el cuello del jersey alrededor del cuello del hermano con *demasiada* fuerza. Pareció cortarle la respiración por unos instantes, hasta que vi que el tejido se aflojó, no porque Nathan cediera, sino por ser un tejido barato.

Nada de aquello era saludable. Aquel no era un ambiente en el que *ningún* niño debería ser criado. Yo sabía que existía, no era ingenua, era lo que más había a nuestro alrededor, más cerca de lo que imaginamos, pero ver aquello... Ver a *Nathan* de aquella manera...

Acababa conmigo.

—Joder, James, ¿no lo entiendes, coño? ¿Has estado usando drogas lo suficiente como para perder todas las neuronas también?

Aquello era... absurdo. James no paraba de *golpear* verbalmente, y Nate, físicamente. Y eso no era más que una muestra de cómo los habían criado. Y eso que Nate estaba claramente conteniéndose, al contrario que James.

No parecía ni siquiera una familia, y me revolvió el estómago. Daba náuseas pensar que Nathan solo había seguido un camino diferente porque Charles sabía lo que pasaría, y por fin entendí por qué Nate se preocupaba tanto por el padre.

Charles realmente no era el padre del año, pero cerca de aquello... Cualquier migaja era amor.



53

Lidia bien con la situación X

Elena

—No iba a avisarte cuando claramente no te importa tu familia y lo único que quieres es saber de esa panda de ricachones. Tu padre y tu zorra son más importantes que nosotros. —El más joven escupió en el suelo, al lado del pie de Nate, en cuanto terminó de hablar.

Puse la mano en el hombro de Nathan antes de que hiciera algo de lo que fuera a arrepentirse, sobre todo porque Audrey estaba en la habitación de al lado.

No es que a su madre le importaran los gemidos ocasionales que estaba soltando.

—James. —Sonreí sin una pizca de sinceridad en los labios. —Soy Elena Braddock-Fitzroy. Heredera de Fitzroy Inc., etcétera, pero eso ya debes de saberlo, has estado investigando —dije con cinismo. Él no sabía una mierda, pero ya era hora de que entendiera algunas cosas y comprendiera que no tenía derecho alguno a actuar de aquella manera. —Antes de que sigamos con esta conversación, necesito advertirte de una cosa.

Hasta Nathan parecía curioso.

Toda aquella situación me frustraba. En otro momento, quizá me arrepintiera de lo que iba a hacer, pero no en aquel instante. Allí, quería enseñarle algo a aquel niñato engreído. Puede que incluso

supiera de mi existencia —quizá porque Nate lo hubiera comentado —, pero se equivocaba al creer que sabía con quién estaba tratando.

—Parezco bastante tranquila y calmada, y realmente lo soy, si me comparas con tu hermano. —Nate bufó, pero se dio la vuelta, retrocediendo unos pasos como si tratara de contenerse. —Pero no me pongas a prueba, tío —susurré, seria, sin quitarle los ojos de encima.

Me agaché, apoyando la mano en el sofá y mirándolo a los ojos mientras colocaba la otra justo al lado de su cabeza, sobre el respaldo.

—Puedo mandar a tu madre a una clínica de rehabilitación en Suiza, donde cada vez que quieras visitarla, tendrás que pedir dinero prestado al hermano al que tanto envidias. O, peor aún, ¡a mí! Y ni siquiera somos familia, ¿no? —dije con malicia.

Empezó a hablar, pero levanté la mano y la detuve delante de su cara.

—Cuando uno habla, el otro escucha. Tu madre no te enseñó modales, así que aquí va la primera lección. —Emery, al fondo, tenía los ojos como platos. —La zorra de *aquí* posee más de la mitad de las empresas de este estado. Lo que significa que, si quieres un buen empleo, yo puedo conseguírtelo, pero si quiero *joderte la vida* y ponerte en la puta calle, también puedo, porque somos dueños del sesenta y ocho coma treinta y nueve por ciento de las empresas de alquiler de inmuebles de Boston y sé muy bien que esta casa forma parte de la lista. Y *tenemos participación* en otro treinta por ciento de esas empresas.

Tenía los ojos finos como cuchillas clavados en mí, pero no movió ni un músculo ni intentó abrir la boca de nuevo.

—¿Quieres saber de qué es capaz la zorra de aquí —siseé— cuando dices ese tipo de cosas e intentas pasar por encima de tu propio hermano, que, por cierto, solo quiere tu bien? Voy a aplastarte. Sin ni siquiera *pestañear*. Ni siquiera se va a notar en mi cuenta bancaria, pero sé que en la tuya sí. Y sí va a marcar una diferencia *inconmensurable* en tu vida. No amenaces a Nathan, pero, *sobre todo*, no creas que puedes pasar por encima de quien yo amo y salir impune. Y no te equivoques: yo amo a tu hermano. Y,

después de aplastarte, ni siquiera voy a recordar que *existes* mientras bebo mi whisky favorito.

Se rio en mi cara.

—¿Y tú crees que eso da miedo?

Joder, qué bien que lo hayas preguntado.

—Depende. ¿Tu padre es el señor Quinn Meyers, residente en Brooklyn, en la calle East 34th, número 857, en una casita de ladrillos de colores, con la segunda planta de madera pintada de gris azulado, una valla negra y muchas plantas monas, además de un árbol bonito delante de la casa, junto a una farola, y a quien le debes veintidós mil cincuenta y tres dólares? Ah, claro, en su calle hay una señal de velocidad máxima, además de un badén unos metros más adelante de la casa. Hace unos días casi golpeó el badén con el BMW que consiguió tras un acuerdo con una empresa.

Parecía en estado de shock.

—Tu padre, en realidad, tiene otra familia feliz, que vive en las afueras y goza de muy buena posición, y tu madre se negó a ceder la custodia y te escondió de los servicios sociales las cinco veces que vinieron a buscarte durante tu infancia y adolescencia, ¿no? ¿Te dijo que te arrepentirías de irte a vivir con él porque su nueva esposa era muy borde y ya tenían otros hijos juntos, así que tú nunca serías el favorito? ¿También comentó que iba a mandarte a un internado en Long Island, aunque no te contó que él no tiene dinero suficiente para eso y que ella solo se quedó embarazada de él porque él viajaba con regularidad a Boston por trabajo, pero la estuvo mareando fingiendo que algún día tendrían algo serio?

James era la personificación de la sorpresa.

—Tú... No hay manera de que no te hayas inventado la mitad de eso. Nate te contó el resto.

Sonreí.

—No. En realidad, Nathan nunca me habló mucho de su padre. Solo un poco sobre los hermanos, nada del otro mundo sobre vosotros en particular. Yo misma hago mis investigaciones y sé todo sobre cada uno de los miembros de la familia de Nate por seguridad, por si algún día decidierais hacerle alguna mierda. —Hice un gesto hacia el entorno, dejando claro que me refería a aquel momento en

concreto—. Y hablo en serio, James. Nunca amenazaría tu vida con tu corazón latiendo, como sí harían otros miembros de mi familia —advertí, y vi cómo su nuez subía y bajaba por primera vez ante la amenaza evidente.

Joder, Eloise conseguiría que se meara en los pantalones. Aquello no era nada comparado con las amenazas que yo ya había recibido, y con mucha menos información y muchas menos palabras, por cierto.

—Pero no te equivoques ni por un segundo creyendo que no haría algo peor si hicieras daño a Nathan. Destruiría cualquier cosa a la que llamas vida. Así que evita ciertos comentarios, provocaciones y, sobre todo, amenazas, y estaremos bien. La familia es la que apoya, no la que destruye.

Sonreí, dando un paso atrás al apartarme y darle la espalda, y me encontré con la mirada de Nathan clavada en mí, con las cejas levantadas, aunque su rostro reflejaba una especie de agradecimiento.

Posó la mano en mi cintura, mirando a su hermano mientras me hablaba al oído:

—No hacía falta eso —susurró. —Estoy un poco en shock, pero creo que has puesto a James en su sitio en minutos, algo que yo no conseguí en años.

Me encogí de hombros, volviéndome para mirar el entorno.

—Solo vine a conoceros y, sobre todo, a Audrey —expliqué a los tres hermanos allí presentes. —Mi intención no era hacer ni decir eso, pero es lo que hay. Y la era de las faltas de respeto entre hermanos se ha acabado. Más aún si yo estoy presente.

Y ese fue mi primer encuentro con la familia de Nathan. *Dios mío, qué desastre.*

—Me parece una buena idea, señorita —declaró la mujer a la que solo entonces advertí en la puerta abierta, cruzando los brazos sobre un camisón transparente que dejaba poco a la imaginación.

Parecía colocada. E irritada. Era difícil saberlo cuando sus pupilas parecían ocupar casi todo el iris. Nathan tenía la misma nariz.

—Pero no en mi casa —añadió, escupiendo las palabras. —Las zorras no son bienvenidas bajo mi techo, mucho menos las que

quieren mandar sobre mis hijos. Tú y esa basura podéis iros.

Un tipo enorme apareció detrás de ella, todo tatuado, incluido el símbolo de alguna banda en el cuello, y yo bufé, incrédula.

—Solo hay sitio para una zorra por casa, ¿no, Roanne? —repliqué, sin poder contenerme. —Tu hija está con el brazo roto en la habitación de al lado por tu culpa, ¿y tú crees que tienes razón? Debería darte vergüenza y...

El hombre que estaba detrás de ella la sujetó antes de que se abalanzara sobre mí, y Nathan se puso delante de mí.

Bueno, al parecer, a mi suegra no le caigo bien. Y yo a ella tampoco, pero no parecía importarle esa parte.

—¿Te has buscado una puta arrogante, Nathan? —provocó a su vez, intentando soltarse del que parecía ser un cliente.

Ah, aquello era peor que un desastre. Joder.



54

Habla sobre tus planes ✓

Elena

—Mamá, por el amor de Dios, mira lo que...

—¡FUERA DE MI CASA! —gritó a pleno pulmón mientras Nathan me llevaba hacia atrás para rodear el sofá—. ¡NO ERES MÁS QUE OTRA PUTA INTERESADA ENTROMETIDA! ¡NATE PUEDE CONSEGUIR ALGO MUCHO MEJOR! ¡OJALÁ TU ARROGANCIA TE MATE!

¿No acababa de llamarlo basura?

Negué con la cabeza, incrédula, pero decidí respetar el grito y salir, más aún porque, si ella seguía gritando, Audrey se despertaría si no lo había hecho ya.

Seguía gritando cuando salimos de la casa, y solté el aire, conmocionada, mirando a Nate.

—¡PUTA LOCA ENTROMETIDA! —repetía, sin siquiera tomar aire, como ruido de fondo, hasta que pasó a otros insultos, y me obligué a dejar de prestarle atención.

—Yo solo... Lo siento —le dije, sorprendida, notando solo entonces que tenía los ojos llenos de lágrimas—. Me puse...

Negó con la cabeza, todavía caminando con un brazo a mi alrededor en dirección al coche; ella seguía gritando. A pleno pulmón, todo el vecindario la oía.

—Cualquiera perdería la paciencia. Solo eres buena amenazando a la gente, y surtió efecto —explicó con una sonrisita graciosilla en la

cara, pero miré hacia atrás, preocupada—. Ninguna madre quiere oír que amenacen a su hijo, y menos tan bien como tú lo amenazaste.

—Se lo merecía —me quejé, molesta, y él siguió tirando de mí.

Me mordí el interior de la boca, intentando mirar hacia la casa, pero no entendía qué creía que iba a ver. La puerta estaba cerrada. Estaba gritando sola a los cuatro vientos. No había nada nuevo que ver.

—Desde luego. Pero tienes que irte, quedamos en pasar solo un momentito por aquí, tienes que trabajar y salir viva de este barrio también —refunfuñó, mientras yo miraba alrededor, viendo a varios tipos extraños. Dennis ya estaba al lado de la puerta del coche, listo para abrírmela.

—Pero... Audrey...

—Lo sé. Sé exactamente lo que pensaste de todo esto. Necesita salir de ese ambiente, y estoy de acuerdo, solo que... Es mucho que procesar —susurró, con la voz ronca y tensa—. No sé qué pensar de asumir yo esa responsabilidad —dijo, sincero y tenso—. Cambiar la custodia... Mi madre nunca renunciaría a ella, soy consciente de eso, no de buena gana, y yo no soy estable económicamente, ni estoy casado —bromeó con una sonrisa ladeada al detenernos junto al coche, el suyo justo delante.

Abrí y cerré la boca, incómoda.

—Deja de intentar resolver un problema que no tiene solución, *bravita* —susurró, acariciándome la mejilla—. No por ahora, al menos. Y ella tiene un padre, solo que no sabemos quién es.

Bufé, incómoda con eso, pero él golpeó la chapa del coche.

—Hablamos antes de dormir, ¿qué te parece? Te quiero. Pero vete, Braddock. Eres una multimillonaria entre traficantes —me recordó.

Suspiré, dándole un beso ligero y haciéndole gestos para que entrara en su propio coche también.

Aun así, no pude evitar echar un vistazo a la casa, una última vez. Emery espiaba por una rendija de la ventana, pero cuando me pilló mirando, cerró con rapidez. Roanne *seguía gritando*. Joder, qué... ¿Qué clase de madre era aquella?

Sabía que en parte era culpa de las drogas, pero era absurdo. Ninguna persona en su sano juicio debería dejar a esos niños con ella, pero, a fin de cuentas, los servicios sociales también tenían demasiadas demandas, aunque estuvieran equivocados al hacer la vista gorda ante una situación así, que era claramente lo que pasaba.

Solo dejé que Dennis arrancara cuando Nate salió delante de nosotros, y por fin solté el aire, mirando la casa con la conmoción estampada en la cara mientras se quedaba atrás, hasta que no pude ver nada más, salvo un conglomerado de edificios antiguos, casas aún más antiguas y personas con miradas desconfiadas.

Aquella familia estaba completamente rota, y era obvio que no había salvación para la madre de Nathan. Con el tiempo, moriría por culpa de las drogas. Pero sí podíamos ayudar a Audrey. Tal vez no directamente aquel año ni el siguiente, pero era cuestión de tiempo hasta que Nathan estuviera lo bastante estable como para tener un caso sólido ante un juez y...

No entendía muy bien los asuntos legales en ese sentido, pero debía de haber una solución. En el coche, escribí un correo electrónico.

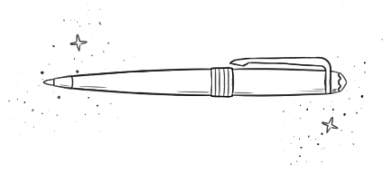
¿Hay alguna forma de que un hermano consiga la custodia de la hermana pequeña con la madre viva y el padre desconocido? ¿Hay alguna forma de que encontremos al padre también?

Y debajo, la información sobre el caso y también sobre Nathan. La respuesta llegó casi de inmediato, y fue Tom quien respondió:

Tendremos que verificar todos los detalles con atención, señorita Fitzroy, pero no es imposible. No para nuestro bufete. Podemos encontrar una vía. Le responderé en cuanto tenga algo.

Sonreí por eso, más satisfecha.

El futuro de Audrey no tenía por qué seguir el mismo camino que el de los hermanos que no tuvieron a Charles como padre. Podíamos arreglarlo. Tenía que haber una forma de sacar a esa chica de... de cambiar la vida de esa niña antes de que fuera demasiado tarde.



Aquella noche, ya en la cama y después de repasar algunas actas de reuniones e informes de la empresa, Nate atendió mi llamada.

—Sé exactamente en qué estás pensando, y yo también ya he considerado adoptarla —aclaró mientras mullía una almohada y se dejaba caer sobre ella, sin preocuparse por un "buenas noches" ni por medias palabras—. *Pero... ¿Qué te parece a ti? Tu vida también se vería afectada, teniendo en cuenta que planeo convertirte en mi esposa...*

Sonreí por eso.

—Lo sé. No creo que una niña deba pasar por eso, Nate. Es... Está fuera de toda discusión. Me dijiste que estaba desnutrida. Tenía restos de heroína en la sangre, ¿no fue eso lo que encontraron en una prueba? ¿Cómo explicó eso tu madre a la policía?

—No lo sé. Sé que salió limpia, como siempre.

—Parece una buena niña, Nate. Y no me importa tener a una enana corriendo por la casa. En realidad, la diablilla en cuestión parece adorable.

Se rio.

—No la viste sin estar empastillada —advirtió, risueño—*. Parece un demonio.*

—Es algo en lo que pensar en el futuro, pero sé cuántas noches te has ido a dormir preocupado por ella, Barlow. —Desvió la mirada, pillado por su propia verdad—. Realmente se hace difícil considerar una victoria judicial si tenemos en cuenta tu situación actual, sin siquiera tener un sueldo, siendo solo un universitario deportista con beca, pero no será por mucho tiempo. Y espero que un día también estemos casados, no voy a mentir, incluso con la preocupación por mi abuela. Todo suma puntos, en especial la estabilidad, más aún teniendo en cuenta que tu madre... —Mi voz murió, no sabía cómo se sentía él respecto al asunto, solo que era un tema sensible.

—Puede morirse en cualquier momento, y entonces, de todos modos, hablarían conmigo sobre la custodia —alegó, serio, y yo asentí. Exactamente.

Se quitó la camiseta que llevaba, acomodándose para dormir y arrancándome una sonrisa.

—Es un trago amargo, no voy a negarlo, no sé si quiero esa responsabilidad.

—Entonces no lo hacemos. —Me encogí de hombros—. Tienes años por delante para considerar todo eso antes de firmar un posible e hipotético papel. Sin contar con que podemos investigar más sobre quién es su padre. Tengo la sospecha de que tu madre sabe quién es. Creo que estuvo allí hoy.

Asintió, pensativo.

—Es una buena idea. Al menos podemos...

—Intentarlo —sugerí, sonriendo—. La solución no tiene por qué ser algo complejo como una adopción, pelear ante la justicia por la custodia o cambiar toda nuestra vida por ella. Podemos ir a algo más simple, como buscar al padre y comprobar si es lo bastante estable como para cuidar de ella de una manera *humana*. De una manera en la que una niña debe ser cuidada.

Sonrió, asintiendo con la cabeza.

—Hablando de descubrir cosas, ¿qué fue aquello con James? ¿De verdad investigaste a toda mi familia?

—Sí —admití, incómoda—. Sé que fue invasivo, pero, teniendo en cuenta todo lo que me has contado en los últimos meses, preferí tener algunas garantías bajo la manga. Aun así, sé que estuvo... mal. Así que te pido disculpas. No debería haberlo hecho sin hablar contigo.

La admisión fue un poco a regañadientes, y vi que sonreía más con cada palabra, antes de poner morritos y soltar una risa.

—Ojalá pudiera besarte ahora. Estás perdonada. James se lo merecía.

Sonreí por eso, más feliz y relajada. Sabía que me había equivocado al investigar a los Barlow de aquella manera, pero, al mismo tiempo...

—Ah, solo para avisarte, tuve que dejar el coche en un taller antes de llegar a casa. Los mecánicos dijeron que el freno provocó algún problema por culpa del frío, así que debo quedarme sin coche hasta la semana que viene. Van a echarle un vistazo.

Asentí, sonriendo de lado.

—Trey te presta la moto, ¿no?

—Sí, otros de los chicos también tienen sus propios coches, y conseguimos ajustar los horarios para que no tenga que joderme en el transporte público. Todo tranquilo.

Asentí con la cabeza, más relajada.

Observó algo en el reloj que llevaba en la muñeca; entonces me miró con una sonrisa ladeada.

—¿Sabes por qué me empeñé en hablar contigo esta noche, aun teniendo un entrenamiento tempranísimo de la hostia mañana?

Negué, un poco confundida, mirando el reloj como si así pudiera adivinar lo que quería decir. Era medianoche y seis minutos, ¿qué tenía eso de especial?

—¿Qué día es hoy, Braddock?

Bufé en cuanto me di cuenta.

—No, no te quedaste despierto solo para...

—Desearte feliz cumpleaños, sí. ¡Me quedé! —se rio, animado, y levantó una cajita que tenía en algún sitio a su lado.

Me incorporé en la cama de inmediato, parpadeando, aturdida al ver la marca en la caja de terciopelo negro. Era grande, así que no sería el anillo. Era el collar; aunque él no hubiera abierto la caja, se volvía obvio por el tamaño.

—¿Cómo demonios recordaste cuál era el collar? —pregunté, en shock.

Se rio.

—Presté atención. ¿Qué te parece si lo celebramos juntos el sábado?

Puse una mueca de inmediato.

—Mi abuela invitó a cenar allí. Iba a invitarte —añadí—. Pero estaba esperando el cuadro del torneo.

Sonrió, asintiendo.

—Entonces lo sabremos esta noche. ¿Vas a verlo? —provocó.

—Sí. Siempre lo veo. —Puse los ojos en blanco al hablar—. Abre la caja —pedí, emocionada.

Negó, serio.

—No, *solo en persona. El sábado.*

—¡Pero mi cumpleaños es hoy! —protesté.

—¡Quién iba a decir que eres una mimada! —provocó.

—¡Que te jodan! —siseé, queriendo ver más del regalo, pero sonriendo de inmediato al ver su sonrisa.

—Felices veintiún años, Braddock. ¿Vas a llevar ese whisky caro?

Me reí por eso, confirmándolo.

—Claro que sí. Lleva ese regalo —ordené, seria.

—Lo que tú quieras, bravita. De verdad necesito irme a dormir ahora, pero feliz cumpleaños, Elena Braddock-Fitzroy, la mujer más deslumbrante del mundo.

Sonreí aún más, haciendo un mohín, con él guiñándome un ojo.

—Buenas noches, Nate.

Él guiñó un ojo, colgando la llamada, con los ojos ya casi cerrándose, como siempre le pasaba cuando estaba muy cansado.

Solté el aire, apoyando la cabeza en la almohada y mirando al techo.

Veintiuno. Legalmente adulta: ahora ya podía beber en los eventos de la empresa.

Sin mi padre. El sabor amargo seguía ahí. Dolía tanto que me parecía imposible que algún día fuera diferente.

Mi suegra claramente me odió. Al menos a mi suegro yo le gustaba.

Un golpe en la puerta llamó mi atención, y mi madre entró, sonriéndome mientras se apoyaba en el marco.

—Te oí todavía despierta —dijo, entrando en la habitación y metiéndose en la cama conmigo antes de sacar algo que escondía detrás de la espalda—. Tu padre y yo lo compramos juntos —explicó.

Era una caja pequeña, y la observé con desconfianza. Entonces, la abrí.

Había dos llaves en un llavero pequeño. Y un *pendrive*.

—El *pendrive* tiene alguna información sobre tu abuela y cosas sospechosas —explicó—. Nada tan contundente, pero lo suficiente

para que puedas abrir una investigación, si así lo quieres, sumando las pruebas que sé que conseguiste contra esa... vieja racista. Él reunió todo lo que tenía durante años, después de enterarse de la enfermedad.

Asentí, volviendo la mirada hacia ella.

—Una de las llaves es la copia del apartamento que compró en Vegas para ti y para Nathan —explicó, acariciándome el pelo y acomodándome en sus brazos mientras yo dejaba el paquete sobre la mesilla de noche más cercana, acurrucándome con ella—. La otra es de una casa para ti, aquí en Boston. Es simbólico; dejó el dinero apartado para comprarla cuando tú eligieras entre las opciones que consideramos mejores. Dijo que tenía que ser una de esas opciones, porque las otras no eran dignas de su hija.

Solté una risa por eso, asintiendo y abrazándola con más fuerza.

—¿Algún día este dolor, esta añoranza... se va? —susurré, con la voz quebrada.

Oí a mi madre sorber por la nariz y la sentí moverse para limpiarse la cara.

—No, cariño, no se va. Ese es el problema del duelo. Hoy podemos sonreír y estar bien. Mañana, puede que lo echemos tanto de menos que solo queramos escondernos de la gente y abrazar la tristeza. Lo que creo es que, con el tiempo, aprendemos a lidiar mejor con su ausencia, a recordarlo con los buenos momentos.

Sonreí por eso, asintiendo.

—También grabó un vídeo. Simulando que estuviera aquí cuando eligieras la casa.

—No. —Me reí, incrédula, con la voz quebrada—. No hizo eso.

—*Claro* que sí. Se nota que no conoces a tu padre —soltó una risa a cambio, sorbiéndose los mocos—. Cuando estés lista para visitar las opciones y tengas tiempo, después de elegir, puedo enseñártelo.

Asentí, sintiendo sus labios contra mi cabeza, besándome ahí.

—Debería estar aquí —murmuré—. Todo sería mucho más fácil. Estaríamos juntos. Eloise no tendría que preocuparse de que yo lo heredara todo, porque tendría que haberse muerto antes que él.

Ella soltó una carcajada baja, sorprendida por algo.

—En eso no discrepamos en absolutamente nada. Pero las cosas no son así. Y *Eloise* tendrá que tragarte en la presidencia, le guste o no. Pero ten cuidado. Tu abuela no va a cometer el mismo error que cometió con tu padre y conmigo. Va a intentar usarlo todo a su favor para evitar que consigas lo que quieres.

—Lo sé —susurré.

—Estoy aquí para asegurarme de que no lo consiga. Sea lo que sea, hija mía, somos un equipo. Evité algunas peleas en los últimos años por respeto a tu padre y a nuestra familia, pero no voy a dejar que pase por encima de mi hija.

Asentí, cerrando los ojos y respirando hondo el olor a madre que solo ella tenía.

Caí dormida casi de inmediato, sintiendo sus manos a mi alrededor.

En una de mis últimas noches sin saber lo que era el miedo.



55

Engáñate pensando que algunas cosas son posibles ✓

Nathan

—¿Cómo van las cosas por ahí? —preguntó mi padre al otro lado de la llamada.

Me arreglé el pelo en el espejo, intentando que se quedara en su sitio, pero, de todas formas, me pondría la gorra. No iba a llevar gorro, no me pegaba; la gorra tendría que encargarse del frío.

— Y, dejando a un lado lo de Roanne se desquició con Elena, todo tranquilo. Elena quiso ver a Audrey y conocer a mi familia, pero las cosas no terminaron tan bien.

—Joder, Nathan. Lo siento mucho, hijo.

Decidí simplemente decirlo de una vez:

—Yo, en realidad, quería tu opinión sobre algo, papá.

—Claro, dispara.

—Quiero pedirle matrimonio.

Se quedó en silencio al otro lado, como si pensara, y entonces respondió:

—¿Habéis hablado de eso?

No me esperaba esa pregunta, pero tenía sentido cuando me paré a pensarlo.

Mientras tanto, organicé mis libros y cuadernos apilados en el escritorio y en el suelo, justo al lado, ya que había cogido algunos

nuevos en la biblioteca para ese semestre y solo los había dejado allí días antes.

Sería raro pedírselo cuando apenas llevábamos juntos dos meses (y, aun así, ni siquiera teníamos un *término* oficial para lo que éramos), si no hubiéramos tocado el tema.

Joder, ¿sería de verdad una locura? Porque no lo parecía, pero, al mismo tiempo, era el tipo de cosa que solo un embarazo inesperado provocaba.

A la vez, simplemente parecía lo correcto. Parecía que tenía que ser así. Tal vez fuera cosa de gente loca y yo fuera uno, y simplemente no lo supiera. ¿Sinceramente? A la mierda.

—Sí. No creo que ella se negara. Pero tenemos el problema con su abuela, y sé que eso le ha quitado el sueño a Elena. La entiendo. Y... Siento que hacerlo público ahora me haría conseguir un contrato, pero...

No quiero un contrato por mérito de nadie que no sea yo.

Tiré un libro a la cama, dándome cuenta de que podía devolverlo y de que lo había olvidado el semestre pasado.

—No tendrías manera de estar seguro de si conseguiste el contrato porque se valoró tu habilidad o por los focos que algo así traería.

—Exactamente. Ella y yo hablamos de eso —expliqué, poniéndome las zapatillas, porque me estaba preparando para esperar a Boz, que pasaría con ella a recogerme—. Por mí, no me importa mantenerlo entre nosotros, casarnos en secreto y tal. Pero... —Mi voz vaciló—. Creo que lo que le impide ser sincera con eso es su abuela.

Y joder, ¿cómo íbamos a tomar decisiones cuando aquella desgraciada estaba siempre de fondo? Me preguntaba hasta dónde llegaría por sus intereses, pero el miedo de Elena no era irreal. ¿Y si de verdad fuera capaz de algo tan terrible como matar a alguien? No me gustaría arriesgar mi vida, y sabía que Elena tampoco. Podíamos evitarlo, pero la cuestión que surgía era "¿por cuánto tiempo?".

Y eso era lo que me quitaba el sueño.

—¿Por qué no resolvéis eso antes?

—Porque la vieja va a querer meterme en un congelador si descubre mi existencia.

Mi padre se rió.

—Eloise puede estar un poco desequilibrada —era una forma de decirlo—, *pero no creo que hiciera algo así.*

—Tal vez tengas razón. Pero ¿y si no la tienes? ¿Te arriesgarías? ¿Arriesgarías mi vida?

Suspiró, como si lo considerara. Como siempre, el político tardó solo un segundo en responder:

—*No*.

—Exactamente la lógica de Elena. Y la mujer está incomodando. Elena me ha contado que está rara, que ha tenido unas actitudes sospechosas y también ha estado pendiente de los movimientos de Elena en la empresa. La semana que viene se firmará toda la documentación del fallecimiento y se definirán algunas cosas, y siento que está planeando algo para quitar a Elena del poder.

Era lo que todo indicaba. Mi mujer tenía medios para mantenerse en el poder, pero todas las reuniones con gente del consejo de administración habían sido extrañas, según lo que ella me había contado. Los peces gordos con corbata fueron evasivos con sus opiniones y, si de verdad fueran a apoyar a la heredera, habrían sido más directos y habrían usado la política a su favor, lo que solo podía significar una cosa.

Ella estaba perdiendo aquella batalla invisible. Y yo ni entendía cómo era posible, pero simplemente estaba... pasando. Ella era la jodida heredera, pero su abuela estaba haciendo de todo para que no heredara lo que era suyo por derecho, aunque fuera indirectamente.

Sí, Elena iba a asumir la presidencia, con toda seguridad —¿no podía ser otra persona, verdad?—. Era obvio que debía ser así. Pero ¿*mandaría* sobre algo? Ahí estaba la trampa. La abuela lo ataría todo para que ella fuese solo una marioneta. Eso fue lo que saqué de sus complejas explicaciones.

Y es que, para mí, nada de aquello tenía sentido. ¿No era ilegal? Tenía que haber algo ilegal en aquello.

—Estaría yendo en contra de lo que pidió su hijo —comentó mi padre*—, pero no me sorprende, dados algunos hechos que conozco.*

Ni a *mí* me sorprendía. Nunca la había visto en persona, gracias a Dios, pero sentía que me pondría a prueba mucho más que cualquier Barlow con el que lidié toda mi vida.

—¿Qué harías tú, papá?

—No puedo decírtelo. Somos hombres diferentes. Sé que yo no renunciaría a la mujer que amo ni a mi carrera. La cuestión es que a mí nunca me importó tener los focos para tener éxito, y a ti sí. Por eso no puedo aconsejarte.

Suspiré, asintiendo.

—Y tú tienes más escrúpulos que yo —admitió*—. Al final, solo tú y ella podéis decidir lo que vais a hacer. Yo, sinceramente, esperaría a ver en qué va a desembocar la guerra entre las Fitzroy. Elena es una jugadora fenomenal, no subestimes a tu chica solo porque su abuela es una mégera. He oído algunos rumores sobre decisiones empresariales que hicieron temblar a gente importante en los últimos días.*

Sonreí ante eso. *Esa es mi mujer.*

Como el aviso de que retiraría la inversión de capital de una empresa del área de Ingeniería Civil —una grande, de la que yo, de hecho, ya había estudiado varios proyectos—, en Washington, después de que el CEO publicara un informe en el que bajaría el salario de los nuevos contratados —lo que afectaba directamente a nuevas recomendaciones en el área de Gestión, en especial a las mujeres—. No entendí muy bien el informe que Elena me enseñó, pero fue eso lo que la hizo declarar que retiraría el apoyo financiero que Fitzroy le daba a la empresa.

Dieron marcha atrás en la decisión después de eso, y Elena sonrió durante horas después de la noticia. "*Que encuentren otra forma de recortar gastos. Quién sabe, recortar el subsidio del jet privado es un buen comienzo*", declaró con el tono más malicioso que le había oído a esa mujer. Joder, la amaba.

—Lo sé —era imposible ignorar el tono orgulloso de mi voz—. ¿Y cómo van las cosas por ahí?

—Tranquilas. Preparando la precandidatura con todas las fuerzas. De hecho, tengo que irme por eso. ¿Algo muy urgente?

—No, no, todo bien, papá.

Ya habíamos hablado de mi beca y de mi situación en la universidad; también le había pedido ayuda para pagar la reparación del coche, que debía quedar listo para el martes y los tíos dijeron que fue un fallo de la cinta del freno, sí. También elogió mis compras en Suiza y preguntó qué me había parecido el país y viajar.

¿El país? Genial. ¿Subirme a un avión? *Ja*, nunca más. Prefería pasar horas dentro de un coche cuando me mudara a Vegas antes que pisar un avión tan pronto.

—Perfecto. Solo tienes que llamarme, Nathan. Lo que sea. Especialmente si necesitas ayuda con algo respecto a Eloise. Tengo una buena relación con ella, pero conozco algunos puntos débiles que te ayudarían.

Sonreí ante eso, asintiendo y despidiéndome de él.

Justo a tiempo, porque Boz llegó justo después. Bloqueé la pantalla del móvil después del mensaje de Elena avisándome, cogí mi mochila, el equipo, porque iría directo de su casa al entrenamiento del domingo por la mañana, y el regalo de mi mujer, bajando las escaleras con pasos pesados.

Pero mis planes eran diferentes a los de mis amigos.

Brian no me dejó pasar, sujetándome mientras Thomas abría la puerta de la casa y saludaba al coche negro blindado parado en el bordillo.

—Solo podéis estar... —Mi voz se perdió entre los gritos emocionados.

—¡ELENAAAAAA, FELIZ CUMPLEAÑOS! —gritó Thomas.

—¡Ni siquiera es hoy! —repliqué.

—¡CUMPLEAÑERA DEL MES! —Edward, uno de los chicos, saludó desde el hueco de la puerta que le permitieron.

—Ah, joder, ¡qué vergüenza! —protesté, y Trey apareció desde la cocina con dos sándwiches, uno en cada mano, riéndose al saludarnos con ellos por la puerta, agitándolos por encima de la cabeza.

La ventanilla bajó y vi a Elena riéndose mientras los saludaba.

Entonces se bajó del coche, y Boz negó con la cabeza al seguirla, pero sonreía ante la escena. Se iba a arrepentir de entrar, pero no había nada que yo pudiera hacer al respecto, porque Brian me sujetaba como si estuviera preso, hijo de puta arrogante.

En cuanto ella entró en la casa, señaló hacia ella, soltándome.

—Listo, tenerlo como rehén funcionó para conocerte por fin.

Ella sonrió, divertida, mirándome antes de mirar a mis compañeros de equipo.

Josh apareció en lo alto de la escalera.

—¡JODER, NI DE COÑA, FITZROY EN CASA! ¡AURORA! —soltó un grito, sabiendo que la novia de Trey debía de estar en su cuarto, donde se quedaba cuando quería estar con Aussie, pero también estudiar, al menos los fines de semana.

A Toby le encantaba todo, porque movía la cola como si fuera un ventilador de lo rápido que iba, mirándolo todo con la boca abierta de emoción.

—Dios mío, vais a hacer que lleguemos tarde... —intenté quitarle hierro, pero Elena solo hizo un gesto desdeñoso, suspirando.

—Me obligaron a asumir algo que ya iba siendo hora de asumir —rió, incómoda—. Es un placer, chicos.

Ya me habían avisado de que, si siquiera olían su presencia, montarían aquello. Era sábado por la tarde y todos estaban en casa; era obvio que iban a hacer esa mierda.

Lily apareció la primera en la escalera.

—¡La familia está creciendo! —dijo, animada, bajando las escaleras casi tropezando con sus propios pies, antes de abrazar a Elena—. ¿Es verdad que os vais a casar?

Puse los ojos en blanco.

—Sí, nos vamos a casar, Lily, pero solo después de ti y de Thomas.

Ella bufó, cínica, lanzándole una mirada fea al novio, que soltó una risita.

—Patrick se va a quedar de tío soltero de todos modos —rió Edward al comentar.

—Vete a tomar por culo —dijo Patrick, estirado en el sofá grande, levantando una mano para saludar a Elena—. Pero siempre es un

placer conocer a una mujer guapa, Fitzroy, aunque sea de la sangre rival. Cuando le des una patada al defensa ese... Estamos por aquí.

—Ella tiene mejor gusto que eso —repliqué, frío, frunciendo el gesto de inmediato.

Elena sonrió al acercarse a mí, apoyando el cuerpo en mi brazo y pecho.

—Y no me gustan los jugadores de hockey. —Se encogió de hombros, tranquila.

Los tíos silbaron, y Trey señaló el equipo en mi espalda.

—Sabes que... En plan... Él juega al hockey, ¿verdad? —bromeó, risueño.

Ella rio, divirtiéndose con la broma.

—Claro, solo me gusta él. Pero de verdad es un placer conoceros, Nate habló bien de todos. Con excepción de Patrick —comentó, tranquila, sin mirar al tío, que bufó, pero no vio que ella sonreía con la pulla—. Mi hermano juega, estoy acostumbrada a algunas cosas.

Había bajado toda la casa, incluido Luke, que se apoyaba en la barandilla de la escalera, y yo ni siquiera sabía que estaba allí.

—Nos enteramos de que así fue como os conocisteis. —Aurora apareció, pasando junto a Luke en la escalera y abrazando a Trey por detrás—. Pero dime, ¿cómo caíste en sus redes? Con todo respeto, Elena, tú... En plan, nunca te vi en una fraternidad.

—Ya me has visto varias veces en una fraternidad —advirtió, dejando a la mitad de los tíos confundidos, pero yo ya sabía que una se había cruzado con la otra algunas veces en la cocina o en el pasillo, sin querer—. Y Nate... Es Nate. Yo qué sé. Solo sé que ahora estoy aprendiendo lo que significa una *power play*. Creo que ya debería saber lo que es, pero el hockey tiene muchos términos, así que tened paciencia.

Los tíos celebraron, emocionados como una manada de animales, y yo bufé, apartándola de mí.

—Vale, nos vamos, panda de locos. Siempre es un placer dejaros solos.

—¡Trae tarta! —pidió Thomas, ajustándose las gafas en la cara—. Por favor —añadió, pícaro.

—Me lo pensaré —Elena se reía mientras yo me la llevaba fuera—. ¿Alguien es alérgico a algo? —añadió.

Todos negaron con la cabeza mientras por fin conseguíamos pasar por la puerta. Brian le guiñó un ojo tan *guarro* que casi volví para darle un puñetazo en esa nariz marcada.

Aurora sonreía a la exveterana, saludándola mientras casi desaparecía dentro de la sudadera del nuevo curso[27]. Solo entonces vi a Aussie salir de dentro del bolsillo canguro, durmiendo allí todo ese tiempo y con solo el hocico oliendo el mundo exterior.

Y así, fuimos hacia el coche, con Boz elogiando a mis amigos.

—Lo sé, son tíos majos —admití—. No cambio mi equipo por nada, ni siquiera por Patrick. Le abrí la puerta y sonrió cuando entré justo después. Boz cerró el maletero después de guardar allí el equipo.

Y le entregué la cajita de inmediato, acomodándome en el asiento y viendo la sonrisa capaz de iluminar el mundo.

—¡Por fin!

—Mimada —bromeé con una risa mientras ella desabrochaba el cierre y observaba el collar, ignorando las palabras porque, obviamente, no le importaban.

Sinceramente, no me importaba que fuera mimada, pero no creía que lo fuera. Había gente mucho peor —y alienada— en el mundo.

—¿Cómo demonios supiste cuál era el collar *exacto*? —preguntó, animada, girándose y pidiéndome que se lo pusiera en el cuello deliberadamente vacío.

Lo ajusté a la altura correcta, considerando lo fino de su cuello, satisfecho mientras le acariciaba la piel.

—Tengo mis métodos —ronroneé, besando justo encima del cierre —. Vi que te gustó.

Ella se giró, analizando el fino hilo de oro junto al colgante de diamante con una diminuta forma de gota (que, aun así, no dejó de costar una buena pasta).

Había pedido ese dinero como un préstamo a mi padre; planeaba devolvérselo en cuanto firmara mi primer contrato. Había comprado

otra cosa también, pero en ese caso solo Trey —y Aurora, de rebote — sabían lo que era.

Ella acarició la pieza, luego alzó la mirada y me miró con una sonrisa en la cara, se apoderó de mis labios.

Menos mal que habíamos ganado el último partido. Me iba a poner muy cabreado si no pudiera celebrar su cumpleaños porque *perdimos* y jodimos nuestro calendario de partidos.

—Feliz cumpleaños en persona, ahora —gruñí al apretarla contra mí.



56

Sigue ilusionándote... Por última vez ✓

Nathan

Me desperté abrazado a Elena, con mi despertador pitando al lado de mi cabeza mientras gemía de agotamiento. Habíamos celebrado hasta demasiado tarde, incluso después de llegar a su casa.

Fue increíble. Los Braddock eran increíbles. Easton parecía más animado; le regaló un disco de hockey por su cumpleaños, para picarla. Su madre declaró que ya había dado sus regalos —y así fue como descubrí cuáles eran, en un susurro entusiasmado de Elena, diciendo que quería que fuera con ella a dar mi opinión sobre las casas.

Recibió varios regalos: cosas sencillas, nada absurdamente caro, pero bonitas. Recibió un jersey decorativo con tema navideño, como broma de su tío Lincoln por algo de lo que ella se había quejado —al parecer, no le gustaba recibir regalos con tema navideño por cumplir años cerca de Navidad, y por eso mismo recibió algunos así.

Yo ya iba tomando nota. Planeaba el próximo regalo con dos ideas: uno con tema navideño, solo para ver cómo se le fruncía la cara de disgusto, y el otro como el regalo de verdad.

Le regalaron un colgante para añadir a una pulsera que ya tenía. Una agenda física en la que podía hacer anotaciones, "aunque prefiera usar el *iPad* caro que tiene", como la picó una de sus primas. Su abuela le dio un jersey rosa bebé hecho a mano, de

punto, que era precioso, y Elena se lo puso de inmediato encima de la ropa que llevaba.

En general, a nadie le importó el valor ni que fuera caro; se preocuparon por que encajara con lo que le gustaba y con la personalidad de Elena. Sinceramente, era perfecto para ella, y lo sabía.

Y encima me hicieron cocinar, y creo que eso fue el mejor regalo para ella. Su abuela me enseñó a preparar quesadillas, ¡y ellos ni siquiera eran mexicanos! Aun así, tuve que aprender.

Y sí, le pedí a Boz que les llevara algunas sobras a los tíos después de dejarnos en la mansión de los Braddock-Fitzroy, porque no paraban de preguntarme si les iba a tocar. Toda la familia de Elena se rió al oír eso y dijo que deberíamos haberlos invitado —*joder*, *no*, habría sido demasiado caótico.

Su madre parecía más viva, gracias a Dios. Me había preocupado porque Taelyn no parecía estar reaccionando desde Año Nuevo, pero había mejorado. Tanto que los entrenamientos infantiles habían vuelto aquella semana, y ella estaba acompañando a su hijo para que Elena pudiera asumir más responsabilidades en la empresa.

Claro que echaba de menos a Elena en los entrenamientos de los chicos, pero entendía la situación. Y los tíos ahora me acompañaban en el hielo con los críos solo para provocarme o para divertirse ayudando en lo que hiciera falta. Al final, no debería haberles ocultado aquello, y Trey tenía razón.

Elena soltó un bostezo contra mi cuello, y yo volví a desperezarme, entrecerrando los ojos.

—Dios mío, odio a los atletas de alto rendimiento —refunfuñó, haciéndome reír al apretarla contra mí—. ¿Qué hora es? —siseó.

—Las cinco y cuarenta —susurré, ronco.

—Joder.

Intentó darse la vuelta, escondiendo la cabeza bajo las mantas, pero la abracé por detrás, besándole el cuello.

—¿Qué historia es esa de la casa en Vegas? —murmuré, sintiéndola de inmediato más despierta.

Vaya, vaya... O sea que *alguien* se pone tensa antes de plantearse mentir.

—Mi padre me regaló un apartamento allí —respondió bajito, cumpliendo su palabra de no mentirnos el uno al otro, y entonces se giró y pasó una de las manos por mi cuello, acariciándome el pelo en la base de la nuca—. Para cuando firmes. Es lo bastante grande como para que tú también tengas ya un sitio donde vivir, si quieres.

Exhalé, sorprendido. *¡Joder, ¿Henry había hecho* eso?!

—Dijo que era el regalo de boda. Ya que no va a estar por aquí cuando eso pase —su voz sonó más cabizbaja, recordándome de inmediato lo mucho que dolían la añoranza y la pérdida—. Y, si no nos casamos, en ese caso dijo que lo vendiera e invirtiera el dinero —bromeó, sonriendo de lado.

Sonreí ante eso.

—Nos vamos a casar —advertí.

—Solo después del gol.

—Definitivamente —acepté la provocación, uniendo nuestras bocas y besándola lentamente—. Pero es... Sería complicado, y lo sabes. Tenemos unas dos semanas de vacaciones durante todo el año jugando en la NHL. No es solo durante la temporada. Está al otro lado del país.

—Lo sé.

—Y tú tienes que quedarte en Boston por la empresa.

—Yo también lo sé —sonrió, rozando los labios contra los míos—. Tengo mi propio jet privado. Es bastante más pequeño que el de mi padre, el que usamos para viajar en Año Nuevo. Es un viaje rápido; puedo trabajar en el avión y Tici tiene un anexo al contrato para poder acompañarme, si hace falta; puedo mover mi despacho a donde quiera en caso de necesidad, ir y volver varias veces al mes y hacer lo que haga falta, etc.

—Pero son vuelos, Elena, y si... —Mi voz se apagó, incapaz de completar el pánico evidente que les tenía a los aviones.

Me acarició el rostro, tranquila.

—No va a pasar nada, Barlow. Mi equipo está bien preparado. Y, si pasa, saben cómo actuar.

Solté el aire, tenso.

—Son más de seis horas de vuelo. Hacer eso varias veces al mes es agotador.

Se encogió de hombros, besándome suavemente.

—No para mí, y no cuando lo hago por ti.

—Elena...

—En serio. No veo el problema.

Solté una risa nerviosa, y ella enroscó las piernas en mi cintura, abrazándome con los brazos y con ellas.

—¿Tienes algún bien a tu nombre? —preguntó, como si intentara sonar despreocupada, apoyando la cabeza en mi cuello, pero se me encendieron todas las alarmas.

—Solo el coche —declaré, con los ojos afilados como cuchillas—. *¿Por qué?*

—Esa información es necesaria para un contrato prenupcial —explicó, casual.

Me giré en la cama, quedándome encima de ella y viendo su sonrisa.

—¿Entonces estamos hablando de eso? —ronroneé, malicioso.

—Por supuesto —rió—. Creo que podemos mantenerlo en secreto hasta nuestra graduación y hasta que firmes el contrato. Mi abuela no parece sospechar nada, y tengo medios para vencerla en la lucha por la presidencia de la empresa. No va a ser fácil, pero puedo.

Entrecerré los ojos.

—Sería demasiado perfecto, Elena —comenté—. ¿Estás segura?

Asintió.

—*Mi secretito* hasta que decidas que ya no lo necesitas. Ahora está en tus manos. Tú vas a tomar la decisión final cuando quieras que sea oficial, ya sea al día siguiente de que yo me ocupe de ella o años después. Sé cómo lidiar con Eloise, solo necesito preparar el terreno.

—¿Y cómo piensas hacerlo?

Esbozó una sonrisa ladina.

—¿De verdad quieres saberlo? Mi equipo y yo ya estamos trabajando en ello desde hace unos días. Es un plan largo.

—Soy todo oídos. ¿Tu equipo incluye a tus abogados?

Sonrió, asintiendo.

—Sí.

—Diles que empiecen a redactar el contrato prenupcial también, en ese caso —confirmé, besándole la mandíbula, el cuello, el hueco entre los pechos, con el colgante que yo mismo le había dado, y luego subiendo hasta sus labios, acariciándolos con los míos, tirando del inferior contra mis dientes—. Y empieza a contarme ese plan, Braddock.

Ella se rió, animada, mientras yo profundizaba el beso.

Entonces me separé y me senté sobre ella, haciéndole un gesto y esperando, lo que la hizo reír todavía más.

—Te odio y te amo en la misma proporción cuando quieres hablar en vez de divertirte de otras formas —protestó, risueña, dándome la vuelta con facilidad y quedándose encima.

Me encogí de hombros, satisfecho, y coloqué los brazos detrás de la cabeza, apreciando la imagen sobre mí. Los ojos brillando, el pelo cayendo por todos lados, con más encrespamiento de lo habitual, los labios hinchados por mi culpa. Un pijama fino de tirantes que quería quitarle con los dientes.

—Tenemos tiempo.

Mi móvil volvió a sonar, arrancándonos risas a los dos.

No, no lo teníamos.

Y de varias formas.



57

Protégete de tu mayor enemiga X

Elena

Tuve que faltar a clase aquel lunes para resolver algunos problemas en la empresa. No me gustaba cuando eso pasaba, pero precisamente por eso siempre evitaba faltar por cualquier otra cuestión. Nuestros exámenes aún quedaban lejos; solo algún que otro seminario empezaba a prepararse, así que todo estaba bien.

Aun así, un dolor de cabeza es un dolor de cabeza y algunos problemas tenían que resolverse. Solo me acordé de comer porque *Nathan* se encargó de recordármelo.

Mi madre y Easton fueron llamados para que firmáramos la documentación del testamento justo después de comer —había que informarle, aunque no firmara nada—, y me quedé hasta el final de la tarde en otras reuniones.

Mi único pasatiempo entre una reunión y otra era ver las fotos que Nathan me enviaba de su día, sobre todo en el hielo, entrenando. Lo hacía a propósito, obviamente. Él sabía que se ponía buenísimo, todo sudado, solo con la camiseta interior del equipo en los *selfis* que yo recibía.

Creo que Brian hacía de fotógrafo. O Treyton, no sé, pero yo recibía unas fotos buenísimas en el hielo.

—Mi despacho —dijo Eloise en la puerta del mío, sin llamar ni avisar; simplemente se dio la vuelta y siguió hacia el otro lado del

pasillo. Sus tacones bajos resonaron por el lugar por la puerta que dejó abierta.

Bloqueé la pantalla del móvil, respirando hondo, e hice lo mismo con la del ordenador antes de levantarme, rechinando los dientes.

Se celebraría una reunión el miércoles para definir quién dirigiría de verdad Fitzroy Inc.; Eloise Fitzroy ya tenía toda su presentación prevista, me informó Tici según sus fuentes. Defendería que Hunter debía asumir el cargo, siendo su mano derecha de confianza y mi futuro marido.

Usaría como base el hecho de que yo no tenía suficiente experiencia —contradiciendo la lógica de cuando mi padre asumió—, además de que aún estaba en la universidad —el mismo problema— y de que no tenía la *pericia* necesaria.

No atacaría con sus motivos obvios, pero estaban ahí, escondiéndose detrás de argumentos irreales, aunque tuvieran su mérito.

Mientras tanto, yo tenía algo mucho más obvio planeado: yo era la heredera; la empresa nunca tuvo a alguien que no fuera un Fitzroy sentado en la silla de la presidencia.

Por lo tanto, solo había dos personas que podían dirigir la empresa, yo o Easton, porque Eloise podía decir lo que quisiera, pero *no tenía sangre Fitzroy*. Era solo la esposa de mi abuelo, ya *fallecido*.

Hunter parecía ansioso ante cualquier cosa que pasara, teniendo en cuenta que podía ganar algo en ambos casos, pero parecía curioso por ver cómo me libraría de las alegaciones sobre el matrimonio, que hasta entonces yo no había rebatido diciendo que eran inviables, ya que yo "estaba casada".

Yo tenía mi baza final, pero solo la jugaría después de la reunión. No iba a arriesgarme a que Eloise supiera lo que tenía en la manga hasta que fuera imposible evitarlo. Era el tipo de cosa que, definitivamente, rompería el conglomerado —y todo lo que quedaba de aquella familia— si la usaba a mi favor.

Tici me miró desde su mesa, tensa, mientras yo seguía por el pasillo y entraba en un despacho bastante parecido al mío en la decoración, en tonos negros y grises. El mío era negro y beige,

siguiendo el mismo patrón, por elección personal. Su despacho era algo más grande, lo suficiente como para que cupiera una zona con sofá y mesa de centro, pero nada más.

Cerré la puerta, viéndola gesticular hacia la silla frente a su mesa.

Al igual que yo, Eloise iba de negro. Pero, a diferencia de mí, llevaba un vestido por encima de las rodillas, lo suficientemente ajustado como para dejar claro que era único, porque yo sabía quién era su diseñador.

Mientras tanto, yo llevaba uno de mis trajecitos favoritos y mis zapatos de salón favoritos, de Christian Louboutin. No eran mis zapatos más caros, pero eran mis favoritos y, bueno, lo admitiré: tenía tres pares iguales.

—No voy a quitarte tiempo —empezó, sin más, mientras yo cruzaba las piernas—. Será rápido, porque no hay mucho que discutir. Yo dirijo la empresa. Tu porcentaje mayoritario ya no existe; adquirí el último 0,36 por ciento hace veinte minutos, lo que me convierte en la titular del 51,02 por ciento de las acciones de Fitzroy Inc. —dijo, directa al grano—. En vez de quedarte llorando por tu padre, deberías haberte preocupado por lo que estaba pasando. Y sé que estabas intentando evitarlo, pero llegaste demasiado tarde.

Eso significaba que acababa de darle la vuelta a la situación. Meses atrás, ni siquiera existía la posibilidad de que lograra convertirse en la accionista mayoritaria, pero Eloise Fitzroy me había volcado la mesa encima. Metafóricamente, claro. Lo había conseguido.

Volteó la carpeta negra de cuero frente a ella, indicándomela con la cabeza, pero no me molesté en abrirla y mantuve los ojos fijos en ella.

No le gustó mucho que yo me mantuviera impasible, pero no era problema mío.

—Sabes que puedo ganarte en esto —advertí, viendo aparecer una sonrisa curiosa en sus labios. Era nueva; nunca se la había visto —. Así que, a menos que tengas algo más que decir, terminamos aquí mismo.

Darle la vuelta a la situación no significa ganar la guerra. Ella debía saberlo.

Eloise siempre tenía algo más que decir, y yo necesitaba que pusiera todas las cartas sobre la mesa. Aquel era el momento para el que nos habíamos estado preparando desde que ambas recibimos la noticia de que mi padre iba a morir, hacía menos de un año.

Yo estaba armada, pero ella también.

—¿Cómo va la reparación del coche de tu novio?

Fruncí el ceño.

—Hunter no es mi novio, lo sabes. ¿Le pasó algo a su coche?

Aun así, sentí que el estómago se me caía a los pies. Mi expresión se mantuvo impasible, pero sentí todo mi cuerpo encogerse por dentro.

La cinta del freno del coche dio problemas. El coche se averió por el frío.

Ella sabía lo de Nathan.

Hay rumores de que mi abuela saboteó algunos coches de gente importante... Por beneficio propio o por orden de mi abuelo, en palabras de nadie más y nadie menos que mi difunto padre.

Eloise puso los ojos en blanco.

—No te hagas la tonta. Voy a ahorrarme cualquier pregunta sobre el asunto y a cortar tus sueños ahora mismo. Ya envié el contrato prenupcial a tu correo, en vez de al de tus abogados, que llevas usando para evitar lidiar con esta situación. Nathan Barlow está fuera de tu vida o las cosas se pondrán complicadas para él.

Solté una risa.

—¿Quién es Nathan Barlow?

—Ah, por el amor de Dios, Elena —desdeñó, riéndose—. Ahórrate la mentira, por favor. Las dos sabemos que te jodiste por culpa de ese chico. A no ser que no te importe, en cuyo caso, realmente perdí esa batalla al interpretar mal vuestra relación.

Mi carrera o él. Allí mismo, delante de mí. Si decía que no me importaba, tendría la Fitzroy en mis manos.

Y nunca más podría mirarlo a los ojos.

Entrelazó las manos frente a la cara, apoyando los codos en la mesa de vidrio y madera, analizándome por encima de los dedos.

—Pero no es el caso, ¿verdad? —completó, fría—. Conoció a mi hijo, a tu hermano, a tu madre, conoció a todos los Braddock... Has

estado pasando bastante tiempo en ese antro que llaman fraternidad... He oído que ha tenido problemas en la carrera. Por lo visto, es demasiado irascible, pierde la cabeza enseguida. Claro, culpa de la madre, ya que esa mujer es una drogadicta de primera. Lo entiendo. Parece un chico estupendo. El tipo de hombre que tus padres aprobarían y *aprobaron*.

Mantuve la mirada en cada movimiento suyo, calculando todas las salidas para aquello. ¿Desde cuándo lo sabía? ¿Cuándo lo descubrió? *¿Qué sabía?*

—Hunter fue un idiota —añadió—. Se creyó tu mentirita sobre el matrimonio para manipularlo, pero debiste haber imaginado que yo lo sabía desde el principio, Elena. Dejé que te enamoraras porque quise. Dejé que te divirtieras con ese chico en Suiza, en la fraternidad, en ese bar ridículo de tu madre... Es un excelente profesor de hockey, no puedo negarlo, pero no debería haber gastado su tiempo con tu hermano. Y sobre todo *contigo*. Debía saber que estaba cavando su propia tumba, pero, al parecer, mujeres *como tú* tienen su hechizo sobre hombres *de su calibre.*

Aquello también tenía que ver con mis padres. Sobre el hecho de que su hijo se había enamorado de una mujer negra del extrarradio, de la parte pobre de Boston. Donde ella nunca había puesto un pie, y con un color de piel que le daba asco.

Sonreí de lado, manteniendo la compostura, pero estaba sinceramente preocupada. Mi as en la manga no iba a servirme de nada si amenazaba la vida de Nathan, y era justo lo que haría en unos segundos, con todo el discurso preparándose para dar el zarpazo.

Parecía que me estuvieran triturando el corazón con una destructora de papel. Pedacito a pedacito, pasando por las cuchillas afiladas de los planes de Eloise Fitzroy.

—Así que es bastante simple —dijo, seria—. Debería ser incluso más rápido, pero / te daré un poco de tiempo, ya que sé que estás en shock. Nunca fuiste muy buena reaccionando a las cosas cuando te apartan de tus planes. Vas a firmar el contrato prenupcial. Sin jueguecitos, por favor; ya no tengo paciencia para esto, ya has hecho demasiados. Después, vas a hablar con los ingenieros, como

ya has estado haciendo bastante, pero esta vez para dejar claro que Hunter asumirá tu puesto *con tu apoyo.*

—Estás loca —susurré, sorprendida por comprenderlo—. Te has vuelto loca de verdad porque una persona negra entró en tu familia, ¿no? Estás dispuesta a destruir *más de un siglo* de duro trabajo de cada persona con sangre Fitzroy, dispuesta a destruir el linaje que dirigió la Fitzroy, solo porque yo soy *negra*. Dispuesta a ir contra todo lo que defendiste *durante años* porque...

Mi voz murió, la comprensión de aquello haciéndome daño de verdad. Prefería destruir una tradición antes que aceptar el color de mi piel. Dolía de verdad.

Joder, era mi abuela. Debería *quererme*. Y odiaba lo que yo era... por racismo. Porque era una vieja arrogante, tenía un tipo de odio para el que no cabía explicación.

Yo ya sabía todo eso, pero los años evitando comprender *de verdad* ese sentimiento me golpearon de lleno en el pecho.

No iba a cambiar. No iba a aceptar a Easton, a mi madre o a mí. Para ella, al final, ni siquiera éramos familia.

—Ningún negro va a asumir la presidencia de esta empresa. No voy a manchar nuestra imagen así —dijo, directa—. Los pormenores se discutirán entre Hunter y yo, ya no te necesitamos.

Tenía la garganta cerrada, y no por tristeza. Sentía el odio corroyendo cada una de mis células. *¡¿Quién se creía esa racista hija de puta?!*

—Conozco a los tuyos lo suficiente como para saber que intentarás comprarme tiempo, así que seré clara: firma todos los papeles antes del miércoles, a las ocho y cuarenta de la mañana, o todo el país sabrá no solo que tu amante sufrió un accidente de coche amañado que causó su muerte, sino que era el hijo bastardo del gobernador Charles Bernard-Rothon, que por omisión, al no asumir la paternidad, causó la muerte del hijo. Los jóvenes de hoy son tan imprudentes con sus coches, ¿no te parece? Y más aún la gente importante...

Ocho y cuarenta porque la reunión era a las nueve.

Abrí la boca, incapaz de procesar todos los hechos que ella conocía, al verla recostarse en la silla de cuero negra, cruzándose de

brazos.

Ella sabe lo de Charles y Nathan. Ella sabe que... Dios mío.

—¿Algo que decir? Yo tendría cuidado. Siempre lo supe, Elena. Permití que te enamoraras de ese chico por un único motivo.

Para tener un arma que usar contra mí.

Cerré la boca, inspirando y espirando lentamente, manteniendo los ojos en la serpiente que tenía delante.

Apoyó la uña perfectamente arreglada sobre la mesa, mirándome mientras golpeaba una vez contra el vidrio.

—Tu padre intentó "hacerme entrar en razón" antes de morir —dijo—. ¿Sabes lo que me dijo? Y fue lo que me hizo entender de una vez por todas que no sirves como heredera, en este caso.

—¿Qué dijo? —Por fin encontré mi voz, intentando calcular cuál era la salida de aquello, pero todas me llevaban al peor escenario posible. Aunque no tuviera valor para matarlo, tenía poder suficiente para destruir la vida de Nathan.

Un accidente de coche que le destrozaría un músculo de la pierna, lo que haría que no pudiera volver a jugar al hockey.

Una llamada a la liga profesional, ofreciendo algunas alianzas y haciendo algunos comentarios, y Nathan nunca vería ese contrato.

Un traficante con un buen contacto y la madre de Nathan tendría una sobredosis, sin contar que sus hermanos podrían *desaparecer* con la misma lógica, secuestrados, robados o... Yo no quería pensar en eso. No *podía* en ese momento.

Ella vio la oportunidad cuando Nathan y yo nos conocimos y, en vez de impedirlo y asegurarse de que yo quedara atrapada con Hunter, aprovechó la ocasión de destruirme de la misma manera que mis padres habían destruido sus planes.

La hija de puta siempre lo supo.

—Dijo que prefería que la Fitzroy fuera destruida antes que tener a cualquier persona que no fuera su propia hija en la silla de la presidencia. Creo que tendré que decepcionarlo.

—No sería la primera vez —repliqué, sonriendo, amarga, al levantarme y coger la carpeta negra de cuero—. No te preocupes, señora Fitzroy —gruñí, sintiendo la rabia burbujear mientras veía la sonrisa maliciosa—. Ganaste.

—No tardes mucho en terminar con él, querida. No voy a ser maliciosa y decirte que termines con una llamada; el chico no se lo merece. Giulia estará contigo —apreté los dientes con fuerza, lo suficiente como para sentir que me dolía la mandíbula—. Ten cuidado con lo que harás hasta el miércoles; pueden pasar muchas cosas. Los accidentes ocurren todo el tiempo.

Fruncí el ceño, de pie delante de la mesa, manteniendo los ojos en ella aun así, sintiendo el fondo de mis ojos arder por las ganas de llorar de *rabia*.

—Un día, un día bastante próximo —susurré, honesta, sintiendo la voz trabada por la rabia—. Estarás sola, agonizando mientras mueres lentamente, tardando *años* en ello, suplicando que alguien te ayude, *implorando* una sola gota de apoyo, venga de donde venga, en el agujero en el que estarás. Y nadie vendrá —advertí—. Morirás sola, sin el apoyo de nadie, en el agujero sucio del que nunca deberías haber salido.

Se encogió de hombros, analizándome desde una superioridad insultante, incluso sentada.

—Estoy deseando descubrir si eso va a pasar —desdeñó—. Yo correría, Elena, porque tienes menos de cuarenta y ocho horas para buscar una salida a una guerra que acabas de perder. Ah, y no te asustes. —Levantó la mano, sin más, detuvo mi gesto cuando iba hacia la puerta—. Si tardas demasiado, la primera noticia que verás no será sobre su muerte. ¡No te preocupes! La primera será un aviso sobre quién es. Estampada en todos los periódicos de este país, convirtiéndolo en un blanco *para cada enemigo* de Charles.

Dejó que la información alargara el silencio por la sala. Se tomó unos segundos preciosos antes de continuar:

—Yo empezaría a preparar el papeleo o su funeral; no tendrás que *preocuparte* por ambos. Tal vez podamos hablar después de la noticia; he oído que muchos jugadores no consiguen llegar a la liga profesional por culpa de accidentes domésticos.

Cerré la puerta de un portazo tan fuerte que oí estallar el vidrio, pero no miré atrás mientras veía a Tici con las manos delante de la boca después de apartar la vista del ordenador, mirándome con los ojos desorbitados.

Varias cabezas asomaron desde sus despachos con el ruido, pero no miré atrás; solo entré en el ascensor y me quedé mirando al espejo hasta que las puertas se cerraron a mi espalda.

No me dio a elegir entre la presidencia y Nathan.

Me dio a escoger mantenerlo vivo y *sano*, y renunciar a la Fitzroy. Cualquier cosa distinta de renunciar al conglomerado lo destruiría, aunque él saliera vivo.

Grité contra el reflejo que me devolvía una imagen nueva de mí.

El miedo estaba en el fondo de mis ojos; no pude ocultárselo. Así fue como supo que había ganado.

Eloise Fitzroy ganó la guerra.



58

No le rompas el corazón X

Elena

Saqué fotos de todos los documentos en el coche. Se las envié una a una a mi madre. Cada una de ellas.

Cuando terminé, viendo que ella ya había abierto todo y parecía estar leyendo los documentos, mandé algunos mensajes:

Ella usó lo que siento por Nathan para hacerme renunciar a todo. <

Tengo que entregárselo todo a Bradford. <

Acepto soluciones, mamá. <

Si exijo la silla de la presidencia, se desquitará con él. <

No quiero decir la palabra. <

Herir. Destruir. Matar.

Tantas posibilidades de acabar con su futuro. Su vida. Diversas maneras de asegurar que yo me arrepintiera de mi elección para el resto de mi vida.

Y yo no iba a elegir la presidencia por encima de Nathan. *Jamás*.

Minutos después, ya estaba frente a la fraternidad. Mi madre no respondió, probablemente aún leyendo todo.

—Por favor, Elena, no hagas nada que yo tenga que contarle a ella —pidió Giulia mientras caminaba a mi lado por el jardín, con la hierba quemada por culpa del frío—. Yo tampoco quiero eso.

Me paré, girando todo mi cuerpo hacia ella y mirándola de pies a cabeza.

¡No quieres eso?!

Mi respiración se condensó entre nosotras, una bocanada de aire caliente contrastando con el frío glacial del invierno de Boston.

—¿Cómo descubrió lo de Nathan? —gruñí.

Giulia tragó saliva.

—No fui yo ni Liam. No lo sabíamos. Ella soltó la información antes. Contrató a un equipo externo para seguirte. Llevaban años siguiéndote, no ha sido ahora. Nunca lo supimos.

Volví a caminar, sin molestarme en responder.

Llamé a la puerta, luego giré el pomo y me encontré con Edward y Josh hablando, tirados en dos sofás, discutiendo algo mientras un partido de hockey estaba en pausa en la televisión. Los dos se quedaron petrificados al verme allí, pero solo saludé con la mano, yendo hacia las escaleras y subiendo peldaño a peldaño, sin querer llegar nunca al último en mi vida.

Los golpes de mis tacones resonaban en mi cabeza palpitante.

El silencio resonó en el salón que dejé atrás.

Me tragué el dolor y seguí por el pasillo. La puerta del cuarto de Trey estaba abierta, pero él no estaba; solo Toby y Aussie, que jugaban entre sí con la puerta entre ellos, empujándose y dando lametones (por parte de Toby) y mordiscos (por parte de Aussie).

No conseguí ni sonreír ante la escena.

Llamé a la puerta del cuarto de Nate, luego entré, me giré y la cerré de golpe en la cara de Giulia, que parecía pálida al ver mi movimiento.

Él se quedó estático, sentado en su escritorio, dejando de teclear en el portátil, pero ahora detenido a mitad del gesto.

—¿*Elena*? —susurró, mirando la puerta cerrada como si hubiera visto un fantasma.

Tragué saliva, fui hasta él y le entregué la carpeta.

—Lo sabe todo desde el primer encuentro —informé, viéndolo abrir la tapa, la nuez de Adán subiendo y bajando lentamente.

Había fotos nuestras de todos nuestros encuentros en lugares abiertos. Aparcamiento. Arena de los Bruins. Scadelton. Suiza. Hasta

en *la puta Suiza*. Había fotos de Nathan jugando con Easton mientras iba a llevarlo hasta mí a la salida de la arena, tomadas por alguien *muy* cercano que nunca habíamos visto.

Incluía fotos de nuestra cena de Acción de Gracias, tomadas con un objetivo de largo alcance desde fuera de la propiedad.

El encuadre de las fotos era sospechoso, como si se hubieran hecho con *zoom*, así que obviamente no era ningún guarda de seguridad que hubiera estado conmigo todo ese tiempo, lo que dejaba a Giulia a salvo de esa acusación.

Fue pasando todos los documentos, desde las fotos hasta los confidenciales sobre inversiones, acciones y gestión de la empresa; luego alzó el rostro para mirarme, levantándose también de la silla, dejando la documentación detrás de sí en la mesa, y me puso las manos en la cara.

Negué con la cabeza, conteniendo las lágrimas *de rabia.*

Eso estaba ocurriendo. Y era real.

—No podemos seguir, Nate —susurré, sin que me saliera la voz para hablar alto—. Lo descubrió todo y, sí, te amenazó. Te amenazó de una forma con la que tú y yo no podemos lidiar —admití.

Él no va a perder su carrera por mí. Él no va *a tener su futuro destruido por culpa de esa desgraciada*. Solo uno de los dos tenía que perder, no tenían por qué ser los dos.

—¿Y vas a renunciar a mí así, por esto? —la voz salió pesada, ronca, pero no era resentimiento. Era *dolor*. Había mucho.

Negué, mirándolo a los ojos, acariciando la barba de varios días que me encantaba.

—No estoy renunciando a ti tan fácilmente —dije—. Estoy asegurándome de no convertirme en todo lo que tú tengas algún día, como mi madre solo tenía a mi padre. No voy a permitir que Eloise te quite tu carrera de hockey, Nate.

Vi cómo sintió *aquel* impacto.

—Ella no puede... —pero él mismo se interrumpió, porque sí podía lograr que él nunca entrara en la liga.

Algo parecido había pasado con Trey, y el padre de Aurora ni siquiera era tan importante como Eloise. Una mujer como ella, con su *influencia*, definitivamente conseguiría lo que quisiera. Ni siquiera

tendría que mover un céntimo de su cuenta bancaria y era consciente de ello.

Yo lo sabía. Era suficiente para aterrorizarme.

—Lo dijo con todas las letras, Barlow —bromeé con su apellido, apreciando esos últimos momentos—. Tu coche con problemas fue un aviso, Nate. *No te* mató porque descubrió mi debilidad. Tampoco te hizo daño por eso.

Vi cómo se le retorcía la cara en una expresión clara de dolor.

—Yo. Yo soy tu debilidad.

Asentí con la cabeza.

—Te amo y, por eso, estoy renunciando a ti —declaré, temblándome los labios*. No llores. No llores*—. Y lo siento mucho, Nate. No hace falta que me lo digas también, no con... No así. Solo quiero que seas feliz, *sobre todo* cumpliendo tus sueños.

Él se rio, pero le salió ahogado.

—Joder, ¿crees que solo porque esto está pasando dejaría de amarte? ¿Chasquearía los dedos y olvidaría todo lo que siento por ti? ¿Te dejé enredarme durante meses, sin siquiera ponerle nombre a lo nuestro, porque no sentía nada *de verdad*? Me enamoré de ti la noche del karaoke de pijos del que eres dueña, y sigo cada vez más enamorado, Braddock.

Si abría la boca, me echaría a llorar como una niña desesperada.

—Pero el amor... —frunció el ceño al continuar—. Nunca te dije esto, pero creo que te amo incluso desde antes de eso, lo que no tiene el más mínimo sentido, pero las cosas entre nosotros nunca tuvieron tanto sentido. Por favor, *bravita*, tiene que haber una salida. *Tiene que haber una salida*. —Había desesperación en su voz.

Yo entendía el sentimiento.

Tragué saliva, intentando encontrar mi voz. De alguna manera, salió:

—La única forma de que ella, legítimamente, consiga seguir dirigiendo la empresa es controlarme con Hunter. Encontró la manera de hacerlo, de restringirme, amenazando tu carrera, tu vida. Mi madre ya lo sabe, pero no sé si va a conseguir encontrar una solución. Yo no veo ninguna, Nate. —Mi voz se quebró, y me obligué a coger aire y seguir en lugar de llorar.

Miré hacia la ventana de su cuarto, la vista de la residencia del otro lado de la calle, una casita familiar con decoraciones navideñas que aún no habían retirado. Volví la mirada hacia el amor de mi vida.

Yo prefería perderlo todo a... Eso no iba a pasarle a él. No a Nate.

—Y aunque yo estuviera dispuesta a hacer que perdieras tu plaza en la NHL, tu futuro, no estoy dispuesta a arriesgar hasta dónde llegará ella por poder, y eso puede, sí, costarte la vida —remarqué—. Se aseguró de que yo entendiera el mensaje. No voy a arriesgarte. Prefiero verte vivo, feliz en tu carrera, antes que...

Se me escapó un sollozo, incapaz de contenerlo.

Soltó un gruñido junto con una palabrota, negando con la cabeza.

—Esto es injusto, Elena. Y está jodidamente mal, Braddock. ¿De qué sirve que tengas el control parcial de la empresa? Eso *suponiendo* que consigas manipular a ese maldito hijo de puta agresor. No vas a tener casi nada. Mientras tanto, voy a vivir una vida de mierda sin ti, incluso con mi plaza en la liga.

Unos golpes en la puerta llamaron mi atención, y cerré los ojos.

—Elena, el tiempo se acabó. Tenemos que irnos, no lo hagas más difícil. —La voz de Giulia resonó por el pasillo.

—CIERRA LA PUTA BOCA —rugió Nathan por encima de la voz de ella, que apenas había terminado de hablar—. ¡Ella se va cuando quiera! —bramó.

Ni siquiera parpadeé; Giulia no iba a arriesgarse a la rabia de Nathan, no con su fama. No creo que le pegara, pero desde luego causaría problemas.

—Esto es mejor... —dije en voz baja, casi en un susurro— que algo *peor*. No voy a permitir que te pase nada, Nate. Luchaste de cojones para estar donde estás. Te queda un año por delante para demostrar que eres un gran jugador y que te estás controlando. No voy a permitir que lo tires todo.

Tragó saliva, pero podía ver la razón en sus ojos. Sabía que yo tenía razón.

—Y ella lo sabe —añadí en un susurro—. Sabe quién es tu padre, Nate.

Vi cómo su mundo se abría en un agujero sin fin en ese instante, con el "no" gritando en sus ojos. Algo en ellos me suplicaba que

fuera mentira.

Lo sé. Ojalá todo aquello fuera una gran y terrible pesadilla.

Pero conocía a Eloise Fitzroy lo suficiente como para saber que *ella* creaba las peores pesadillas de la gente.

—Y ella va a usar eso contra mí el resto de mi vida —confirmé, tragando saliva, sintiendo que me dolía la garganta—. Confía en mí...

Mi voz murió, porque yo sabía que él lo hacía, igual que yo confiaba en él.

Y ese era nuestro final.

—A veces, el mayor gesto de amor que podemos hacer por el otro es dejarlo ir —susurró, como si recitara algo al mismo tiempo que negaba con la cabeza—. Joder, ¿qué clase de persona sádica le hace esto a su propia nieta?

Me encogí de hombros.

—Quisiera tener una explicación, pero no la tengo. Ella es mala porque es mala. Es mala porque quiere ser mala, por el hecho de que es racista, por no haber superado nunca que su hijo tuvo objetivos distintos de los que ella orquestó para él. Y consiguió ventaja sobre mí. Estábamos condenados al final, Nate, aunque duela admitirlo. Por eso nunca te hice oficial como novio, porque, en el fondo, era consciente de ello. Y sabía que, para eso, para que fuera *de verdad*, tendría que revelarte ante ella y...

—Es *de verdad*, Elena —corrigió, serio, y yo noté que mi voz estaba frenética, mi cuerpo temblaba y solo quería lanzarme a sus brazos y oír que todo iba a estar bien.

Me castañeteaban los dientes; sentía que me estaba congelando.

—Entendiste lo que quise decir —alegué.

Pero no va a pasar. Nada de lo que yo quería estaba ocurriendo.

Nate asintió, entonces pasó las manos por mi cara, sujetándome la nuca. Las dos manos abiertas entre mi pelo y los pulgares acariciándome las mejillas, limpiando las lágrimas que caían por allí, sin importarles nada. Ni siquiera las noté.

Y me dio un beso largo en la frente.

—Tú nunca te rindes, no hagas esto porque ella te amenazó.

Me salió una risa llorosa.

—Si me hubiera amenazado a mí —gruñí, aunque mi odio no fuera hacia él—, claro que no me rendiría.

Negó con la cabeza, abrazándome y acariciándome la frente con sus propios labios, jugueteando contra mi piel.

—Solo confía en mí.

—No, Nate. —Me aparté un poco para mirarlo—. Confío en ti, pero lo nuestro tiene que terminar. Hoy. Ahora. Ella está muy al tanto de todo y, si algo se sale de sus planes, quizá ni siquiera puedas mantenerte en el equipo de Northride.

Soltó una risa que chocó contra mi piel, una sonrisa maliciosa asomando en la comisura mientras toda su postura cambiaba. Parecía defensiva.

—Eso es lo que vamos a ver —declaró, serio, con los ojos en los míos—. Solo confía en mí, ¿vale? Estamos acabados. *Hasta el miércoles.*

Entrecerré los ojos al mirarlo, apartándome.

Fuera lo que fuera que estuviera pensando, me preocupó.

—Pero, después, más te vale hacer oficial lo nuestro, Braddock. Rival o no, jugador de hockey de mecha corta o no, con un contrato de la NHL o no.

—Nathan... —advertí.

Me miraba con prepotencia.

—Soy un defensa en la pista, Elena, pero no solo ahí. Y lo sabes. Ya me viste defendiendo a quien amo, ya me viste defendiéndote. Hiciste lo que podías por mí; ahora, por favor, déjame defenderte a ti. Permíteme defender a mi mujer.

¿*Cómo* no iba a amar a ese hombre?

Abrí y cerré la boca, frunciendo el ceño. No estaba segura de qué decir. No sabía qué esperar. Mi mundo acababa de dar la vuelta, y Nathan parecía dispuesto a sacudirlo un poco más.

—Por lo que vi en la documentación, ya va a anunciar el compromiso mañana —informé—. La empresa va a definir la sucesión el miércoles, a las nueve de la mañana; tengo que firmar toda la documentación antes de las ocho y cuarenta. No hay manera de que resolvamos todo en poco más de treinta y seis horas, Nate.

Se encogió de hombros, como si desdeñara el hecho.

—Deja que haga lo que quiera, *bravita*. *Confía. En. Mí.* Como cuando patinaste sola en el lago, te caíste y te levantaste. Estabas preciosa patinando después de ver que la caída no iba a hacerte daño de verdad.

Lo miré con total desconfianza, viendo cómo la sonrisa se le extendía por la cara mientras señalaba la puerta para que yo saliera.

—No firmes nada hasta esa reunión, Elena. Los dos sabemos que hacemos un gran equipo, pero necesito que mantengas las cosas en marcha. Deja que haga lo que quiera. Dale largas a la desgraciada. Mantente activa.

Respiré hondo, incómoda con aquello.

—¿Qué estás pensando? —pregunté, desconfiada.

—Haz lo que tienes que hacer —declaró, serio—. Necesito que confíes en que voy a arreglarlo todo, pero no tenemos tiempo para que yo te lo explique y no confío en esa mujer al otro lado de la puerta. Después de ver esos documentos, solo voy a confiar en la gente a nuestro alrededor cuando esa desgraciada se joda.

Solté el aire en una bocanada, incierta.

—Y no se te ocurra mentir mal —añadió—. Mientes de puta madre, no cambies eso ahora.

Eso me hizo reír, negando con la cabeza hacia él, todavía dudando.

—Estás loco. Y no digas que estás loco *por mí,* porque es demasiado cliché.

—Soy el jugador de hockey *bravito* y cliché —sugirió, esbozando una sonrisa canalla—. Pero, esta vez —añadió—, voy a tener que calmarme antes de que pasen algunas cosas. Solo... confía en mí. Y no firmes ningún contrato prenupcial. *Todavía*. Solo puedes firmar el nuestro —bromeó.

Suspiré, mirándolo una última vez mientras iba hacia la puerta.

—Voy a intentar aguantar el tipo todo lo que pueda —prometí, viendo su sonrisa débil—. Pero se acaba aquí, Nathan. Y no hagas ninguna locura, por favor. Estoy haciendo esto *por ti,* no para *que hagas una mierda*. Hay cosas que ni la mayor locura arregla.

Se encogió de hombros, fingiendo indiferencia, y joder, cómo quería poder quedarme allí unos minutitos, abrazada a él,

disfrutando del momento.

—¿Qué dije?

—Dijiste muchas cosas —alegué, sonriendo débilmente.

—Permíteme protegerte, Elena Braddock. Y no solo ahora.

Dejé que todo el aire saliera de mis pulmones, mirándolo una última vez. Luego respiré hondo, sin responderle, y me giré, saliendo de su cuarto sin mirar atrás.

Sin despedida, como siempre. Ningún beso final. Un último "te amo". Un "todo va a estar bien".

Solo la promesa implícita de que él iba a resolver aquello, pero, sinceramente... todo tenía límites. Era un callejón sin salida, eso estaba claro.

Yo confiaba en él, pero Nathan nunca había estado cara a cara con Eloise Fitzroy. Y, si yo podía evitarlo, ella nunca tendría que recordar su existencia.



59

Prevé todos los escenarios ✓

Elena

> Vas a pensar en algo. No dejes de hablar con él.

> Eloise no va a ganar esto. Confío en ti, pero no hay nada más que pueda hacer. Tu abuela pensó bien cómo acorralarte. Usa el *pendrive*. Voy a agilizar la adquisición de mis acciones.

> Tu felicidad no es un precio que deba pagarse.

> Y si nada sale bien, hija.

> Destruye la Fitzroy como recomendó tu padre.

> Tú nunca necesitaste la empresa. La empresa es la que te necesita a ti. Nunca lo olvides.

Guardé el móvil en el bolsillo del abrigo de nuevo, bloqueando la pantalla en la conversación con mi madre.

Giulia me miraba con pena cuando me siguió por el pasillo y bajamos las escaleras, como si no tuviera su parte de culpa, y todo por dinero.

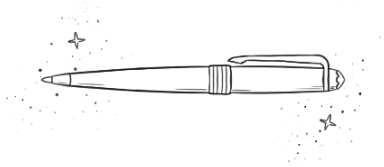
No podía culpar a nadie por necesitar recursos para vivir, pero sí por usar la felicidad de la gente para conseguirlos.

La mitad del equipo de Nathan estaba en el salón cuando bajé y me miraba en absoluto silencio cuando pasé, esbozando una sonrisa cordial antes de agacharme y acariciar el hocico de Toby. El perro parecía echarme de menos, y les lancé una última sonrisa.

—Fue genial mientras duró —declaré, notando en ese momento que Aurora salía de la cocina con el móvil en una mano y Aussie en la otra—. Ojalá ganéis el *Frozen Four.* Scadelton está mal. Y... cuidad de él por mí.

Y así, sin saber bien qué añadir, salí de la fraternidad. Por última vez o no, aquello era el fin hasta el miércoles, definitivamente.

—Ni de coña Nathan va a dejar que esto le salga barato. —Oí la voz de Brian resonar a través de la puerta, fuerte y clara. Debían de haberse imaginado lo que estaba pasando—. Él, precisamente.



LUNES, 20 de enero, 21:39

Menos de 36 horas para la reunión de sucesión.

Buenas noches, Tici.

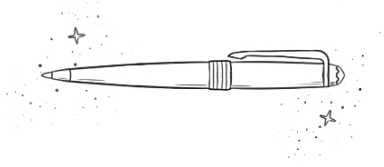
Me gustaría programar una reunión con todos los equipos de ingenieros de Fitzroy para mañana.

Entre esos encuentros, me gustaría solicitar otros con la lista de personas adjunta, empezando por Turmann. En particular.

Asegúrate de que mi agenda parezca ocupada en esos momentos, pero que nadie sepa con qué ejecutivos estoy reunida.

Necesito también que vuelvas a la empresa ahora mismo. Necesito hablar contigo. La sucesión ocurrirá con normalidad.

La cuestión es quién va a suceder a mi padre.



—He programado las reuniones. Westbrook sabe que tiene que tener cuidado con su agenda. Turmann ya sabe que tu abuela está usando algo contra ti. Toda la lista actuará con discreción en lo que respecta a la cuestión.

—Vale. Una cosa más.

—¿Sí?

—Hay cuatro escenarios que pueden suceder a partir del miércoles. Trabajaremos con los cuatro.

—Vale. ¿Por cuál empezamos?

—Por el peor. Si necesito usar el as en la manga que dejó mi padre, la Fitzroy va a quebrar. Irreversiblemente.

—Vale. Empezaremos por ese.

Martes, 21 de enero, 03:49

—Buenos días, Elena. Al parecer, no dormiremos durante las próximas veinticuatro horas, ¿entonces? —comentó el vicepresidente al entrar en mi despacho.

—No, Alph. No dormiremos.

—Vale. Dime, ¿para qué me necesitas?

— He oído que tenías contactos en el FBI.

Martes, 21 de enero, 07:49

—Es un placer estar reunida con ustedes hoy. Les informo con mucha felicidad de que, en unas horas, la prensa dará a conocer un nuevo hecho sobre mi vida que impactará directamente en la gestión de las empresas Fitzroy. En concreto, en la presidencia de Fitzroy Inc.

Silencio entre los ingenieros. Uno de ellos, Richard, me miraba con desconfianza, dado el correo que había recibido de Tici.

—Hunter Bradford y yo estamos comprometidos y, a partir de mañana, él asumirá la presidencia de Fitzroy Inc., con mi total y absoluto apoyo. —Sonreí de oreja a oreja al declararlo.

Hunter sonrió al recibir el aplauso, agradeciendo con la mano en el corazón.

—Espero poder seguir los pasos de mi difunto suegro.

Sí, una mierda vas a seguirlos.

Martes, 21 de enero, 08:34

Veinticuatro horas para el plazo de la firma.

—Él prometió que sacarías la baza de la patente si fuera necesario, Elena —gruñó Richard desde dentro del cubículo del baño —. Por eso firmé el documento. Bradford no puede asumir el mando, es un papanatas incompetente.

—Es lo que usaré si todo sale mal —informé, asomándome con cuidado por la rendija de la puerta, asegurándome de que nadie estuviera a punto de entrar en el baño de mujeres del tercer piso del edificio.

—¿Qué tiene ella contra ti?

Volví la mirada hacia Richard, soltando el aire.

—Algo más importante que la empresa. Sé que no es lo que querías oír, pero es la verdad.

Veinticuatro horas exactas, Nathan. Más vale que sepas lo que estás haciendo.

Martes, 21 de enero, 12:00

—Con mucho orgullo anuncio el compromiso de mi querida nieta con Hunter Bradford, mi mano derecha —declaró mi abuela en un almuerzo con los directivos de la empresa, que alzaron sus copas para brindar—. ¡Una nueva era de oro llega a la Fitzroy mañana!

URGENTE: HUNTER BRADFORD NOMBRADO HEREDERO DE LA FITZROY

En un movimiento innovador para el conglomerado Fitzroy, que nunca tuvo a nadie más que a un familiar en el poder, el futuro marido de la heredera aparente, Elena Fitzroy, fue anunciado como sucesor. La decisión se llevará al consejo de administración mañana (22). Aún podrá ser vetada, si así lo elige la mayoría.

La viuda de Henry Fitzroy y madre de la novia, Taelyn Braddock-Fitzroy, no fue vista en el evento de celebración del compromiso.

Martes, 21 de enero, 20:40

Doce horas.

Abrí la botella de whisky, apoyándome en mi silla mientras le servía otro vaso a Tici.

—*Vale. Retroceder. Atacar. Destruir* —recitó los comandos, y entonces me miró—. No sé cuál de estos cuatro correos me da más miedo, Elena.

Y se lo bebió de un trago.

Levanté el mío en un brindis, respirando hondo.

—No sé lo que él está tramando, pero necesito estar lista para todas las posibilidades.

Asintió, presionándose las sienes y cerrando los ojos.

—¿Me das un aumento si llegas a la presidencia? Creo que me va a explotar la cabeza.

Solté una risa.

—Por supuesto.

Patrícia estaba hasta el cuello, mi equipo de gestión de crisis enloquecido en la sala del piso de abajo, listos para cualquiera de los escenarios. El peor de ellos, sin embargo, dejaría a todos sin trabajo.

Tici sonrió al mirar la hora en una de las paredes de mi despacho, en un reloj antiguo, pasado de generación en generación entre los primogénitos de los Fitzroy.

—Exactamente doce horas. ¿Te avisó de algo?

—No.

—¿Y estás segura de que va a hacer algo? —preguntó, tensa—. Elena, has estado tomando riesgos *peligrosos* en las últimas horas. Si algo sale mal, puedes acabar en la *cárcel*.

Asentí, seria, viendo la aguja pasar a 41.

—Ella lo amenazó. Ya cometió varios delitos.

—Tienes razón, pero aun así...

—Ten un poco de fe en el tío, Tici —bromeé, viéndola sonreír—. Confío en él.

Asintió, soltando el aire.

—Entonces yo también confío. Pero, por favor, dime que a él le queda bien el traje y que no voy a tener que estar editando las fotos cuando anunciéis el compromiso.

Solté una risa ante eso, asintiendo.

—Le queda genial el traje.

Se me borró la sonrisa mientras veía a mi abuela salir de su despacho con el nuevo cristal ya colocado, mirándome con una sonrisa prepotente. Ni siquiera se molestó en acercarse a mi despacho, siguiendo su camino hacia los ascensores.

—Dulces sueños, Elena —deseó—. ¿Tu equipo de abogados ya terminó de revisar tu contrato prenupcial? —canturreó mientras esperaba a que se abrieran las puertas metálicas, a la vista de mi despacho.

—Están terminando. —Sonreí, tranquila—. Estoy celebrando mis últimas horas libres de tus garras, si me das permiso.

La propia Tici bajó las persianas, cortando la visión de mi abuela hacia mi despacho, y dio un portazo. Eloise no parecía muy contenta, pero ¿qué podía hacer? ¿Matar a Nathan? Ahí sí que yo no firmaría la documentación.

Contrato prenupcial. Abdicación de la línea sucesoria conforme a lo declarado en el estatuto de la empresa. Venta de más de la mitad de mis acciones.

Tici entonces levantó su propio vaso vacío y lo chocó contra el mío, igualmente vacío.

—Todo o nada.

—En realidad, ella no dijo nada sobre matarlo si yo destruía la Fitzroy —comenté, encogiéndome de hombros—. Entonces no puede decir que avisó.

Sabía que era arriesgado, pero eso era lo que preveía el correo de Destruir. Westbrook, de RP, aún estaba trabajando en ello.

La idea fue toda de mi padre cuando le dijo a mi abuela que prefería que la empresa fuera destruida antes que cualquier persona que no fuera yo asumiera la presidencia.

Y tenía razón.

Si Eloise creía que mi padre estaba loco por casarse con mi madre, no perdía nada por esperar a ver lo que haría su hija.

Todo. O. Nada.

NATHAN

—Sé que todo esto parece absurdo, pero estoy tranquilo —comenté a los chicos. Trey creía que el plan era insensato. Mi padre me había rodeado de guardias de seguridad desde que había hablado de la situación con él.

Pero lo que me hizo seguir adelante fue la aprobación de Taelyn Braddock. Mi suegra (aunque técnicamente no lo fuera en ese momento) aprobó cada segundo de mi plan, y eso era suficiente para mí.

—Es demasiado loco, Nate —comentó Aurora, pese al tono tranquilo—. Y estoy súper dispuesta a ayudar en lo que necesites.

Sonreí ante eso, agradeciendo mientras masticaba mi sándwich nocturno. Yo también la había ayudado en su locura por Trey.

Me pareció justo faltar a clase aquella noche. No iba a poder prestar atención a nada de Cálculo Avanzado II, y creo que todos mis compañeros de equipo llegaron a la misma conclusión con sus propias asignaturas.

—No voy a necesitarlo. Está todo bien atado. Esa vieja desgraciada creyó que había dado *jaque mate* en el tablero, pero no consideró que yo estoy más loco que ella.

Eso hizo que Brian se riera, pero asintió.

—Definitivamente más loco. Estoy deseando ver qué dirá la prensa después de que estalle todo.

Sonreí de lado, bebiendo un sorbo del zumo natural que Thomas y yo habíamos preparado.

—Yo también.

—¿Hablaste con los *Knights*? ¿Directamente? —preguntó Trey, preocupado por el tema.

Asentí, serio.

—Sí. Dijeron que, a menos que yo perjudique mi rendimiento en el hielo, ya no hay ningún riesgo de que pierda mi contrato. Me quieren en el equipo.

Lily sonrió ante eso, somnolienta en el hombro de Thomas.

—Elena debería ser la primera en saberlo —alegó—. Yo me pondría hecha una furia si fuera la última en enterarme.

Thomas se rió al besar el pelo rubio de la novia, negando con la cabeza al mirarla.

—Es un caso aparte, amor.

—A la mierda —desdeñó, lo que hizo que todos se rieran—. Si yo no soy siempre la primera, lo nuestro se ha terminado, Thomas. ¿Entendido?

Él se reía al asentir.

—¿Te crees que no lo sé?

Sonreí a los dos, negando con la cabeza mientras le acariciaba el hocico a Toby, que tenía la cabeza sobre mis piernas.

—Ahora, hablando en serio, si ella se pone la camiseta de Scadelton en el *Frozen Four*, no tiene permiso para entrar en esta casa —advirtió Josh, frío.

—Ni siquiera sabemos si vamos al *Frozen Four* todavía, tío —se quejó Edward.

—Sí vais a ir —declaró Aurora, que siempre decía que íbamos y que sería contra Scadelton.

Decía que el *Frozen Four* de ese año sería como el clásico más esperado del año, como el año anterior, pero, a diferencia de nuestra última temporada, ganaríamos aquel.

—Nunca voy a entender cómo dices eso con tanta certeza —alegó Trey, apretándola contra su pecho.

Me aparté un poco de la escena, solo mirándola y disfrutándola. Quería a Elena allí. Quería que formara parte de eso. Que pudiera disfrutar esos momentos también. Y sería la última noche en la que ella no estaría allí porque *no podía*. A partir del día siguiente, podríamos hacer lo que quisiéramos.

Si no, que me llamen Nathan. Yo nunca renunciaba a algo sin montar una buena pelea, pero esa en particular estaba ganada en el momento en que le *jodieron* la vida a mi mujer.

Por eso estaba tranquilo. Eloise Fitzroy pasó por alto quién era yo cuando atacó a Elena. Y yo era el hijo de puta que iba a destruirla.



60

~~No estaba en la lista~~

Elena

Aquello definitivamente no debía estar pasando. No, no, no. No aquello. Yo sabía que podía pasar, ya me lo esperaba, pero *todavía teníamos tiempo. Aún no se había cumplido el plazo.*

EXCLUSIVA: LA ESTRELLA DEL HOCKEY UNIVERSITARIO DE LA *UNIVERSITY OF NORTHRIDE*, NATHAN BARLOW, ES FRUTO DE UNA RELACIÓN EXTRAMATRIMONIAL DEL GOBERNADOR DE MASSACHUSETTS, CHARLES BERNARD-ROTHON, CON UNA MUJER DESCONOCIDA*.
Fuentes cercanas a la familia informan de que tanto la relación como la existencia del jugador eran desconocidas para todos los miembros de la familia. Violet Bernard-Rothon, la primera dama, fue ingresada de urgencia en una clínica tras sufrir una crisis nerviosa.
Publicado hoy, a las 07:59, por Cams LaFont.
Actualizado a las 08:13.

Según la información confirmada por la *Massachusetts Statehouse*[28], Nathan Barlow es hijo de una mujer llamada Roanne Barlow*; sin embargo, el nombre de su padre era desconocido hasta anoche, cuando la primera información llegó a nuestro equipo, con una foto de un certificado de nacimiento actualizado que contenía

ese nombre. Dada la veracidad de los datos, la *Massachusetts Statehouse* confirmó el hecho, pero no dio más detalles.

Alexander Bernard-Rothon, el hijo mayor de Violet y Charles, el gobernador, fue visto saliendo de una comisaría de policía a las 21:39 de ayer (21), acompañado por el abogado de su padre.

No tenemos más información, pero esta noticia se irá actualizando en directo. *Lea aquí* todo sobre el jugador de hockey, estrella universitaria, en un reportaje realizado al comienzo de la temporada deportiva.

—Son las ocho y veinte, Elena. No olvides corregir el bonito discurso que sé que ya has preparado —declaró Eloise desde la puerta de mi despacho, sonriéndome con *gentileza*.

Te avisé: era lo que parecía parpadear, como bajo un enorme foco, en sus ojos.

—Hasta dentro de un rato —añadió.

Se giró y salió.

En ese momento llegó un mensaje de Dennis:

> Boz está conmigo en recepción.
> Si necesitas una ruta de escape, estamos aquí.
> También tenemos la ubicación de Nathan.

Parecía la idea perfecta. Simplemente desaparecer del mapa, irme a otro país, donde nadie nos encontraría.

Pero Nathan tendría que renunciar a su propio sueño, y por eso solo parecía la idea perfecta.

Hunter apareció pocos minutos después, mientras yo analizaba algunos documentos, intentando no pensar demasiado en cuánto tiempo faltaba para que se agotara mi tiempo.

Él va a estar bien. Si Rothon ya sabe que se filtró, no sería tan tonto como para dejar a Nate sin seguridad.

—Estoy pasando por alto que me mentiste —advirtió Bradford al sentarse frente a mí, apoyando el rostro en la mano, casi deslizándose por el sillón delante de mi mesa, en un gesto

claramente perezoso—. Dicho esto... —añadió, inclinándose para mirarme—, ¿cómo te sientes?

—Bien —dije con sinceridad, tranquila.

Él se rió, incrédulo.

—Elena, estás a veinte minutos de tener que responder a una amenaza todavía peor de tu abuela. Firma el puto documento si quieres a Nathan vivo.

Suspiré, agotada de verle la cara, negando con la cabeza.

—Y si lo quisiera muerto, ¿qué harías? Bien decían que la única manera de derribar a un loco era estar más loca que él.

Fue entonces cuando el hombre se quedó paralizado, confundido por el rumbo de las cosas, mientras yo me levantaba, cerraba la pantalla de mi portátil e iba hacia la puerta.

—Tici, ¿podrías encargarte de Hunter? Necesito ir al baño. Hoy no tengo ganas de mirarlo.

Ella contuvo una risa cuando salí de la sala. Pero, cuando volví, él ya se había ido.

Tenía algunos mensajes de Rika y por fin los abrí mientras iba hacia mi mesa:

> Mira, sé que tu vida va a mil.

> No hemos hecho nada juntas últimamente y respeto que necesites espacio.

> Pero hay dos guardaespaldas en mi puerta. Dijeron que tú los habías mandado.

> Y entonces recibí una llamada de *tu* secretaria diciéndome que era verdad.

> PERO TÚ no me lo dijiste.

> ¿Qué diablos está pasando?

> ¿Por qué me dijeron que hiciera una maleta "solo por seguridad"?

> ¿Y por qué los medios saben que tu novio es fruto de la infidelidad de un político?

> No es como si el 90 % de los políticos del mundo no fueran unos capullos traidores.

> ¿xq todo el mundo está tan impactado?

> Pero ¿xq HA LLEGADO a los medios?
> Amiga, ¿qué mierda está pasando en Fitzroy?
> Los medios no hablan de otra cosa que de la sucesión y de que estás prometida.
> Pero sé que odias a Hunter y que nunca te casarías con él.
> Y dudo que tu madre vaya a permitir algo así!!!!!!!
> Por favor, dime algo a tu ÚNICA AMIGA.

También tengo a Alex como amigo. <
Creo. <

Teniendo en cuenta que la verdad se había filtrado, él ya debía de haber atado cabos. Y era obvio que yo lo sabía todo.

> VETE A LA MIERDA
> ¿Qué está pasando?

No tengo tiempo para explicártelo ahora, pero te prometo que, en cuanto pueda, te lo cuento todo. <
Por desgracia, los medios están bien informados, pero ten cuidado. <
Los guardaespaldas son una precaución por algo que posiblemente vaya a hacer. <

> Odio cuando te pones tan misteriosa por culpa de la empresa.
> Voy a esperar.
> Te quiero, no hagas ninguna locura.
> Más de lo normal entre multimillonarios, etc.

Me senté en mi silla, soltando todo el aire de mis pulmones.

—Parecía un cadáver de lo pálido que estaba —comentó Tici mientras me seguía, encogiéndose de hombros—. Pero esta noticia, Elena...

—Lo sé —respondí en el mismo tono bajo y tenso—. No estaba en los planes. Ni en los de Nathan, por cierto. Eso de ahí... —gesticulé hacia la pantalla plana que tenía conectada en el rincón de la sala, en las noticias en directo que solo hablaban de eso—. Fue ella.

[EN DIRECTO DESDE LA CASA DEL GOBERNADOR] CASO BERNARD-ROTHON Y EL FRUTO DE LA INFIDELIDAD DEL GOBERNADOR

El rótulo era bastante obvio y redundante.

Tici asintió, tensa, antes de girarse y volver a su ordenador.

Abrí por primera vez el contrato prenupcial entre Hunter y yo. Estaba muy blindado; los bienes quedaban protegidos para la familia —Eloise podía estar loca, pero no en lo relativo a la fortuna de los Fitzroy—. No tenía el menor sentido; de verdad estaba considerando la salud mental de esa mujer. Daría la presidencia, pero no la fortuna. Era... ridículo.

La presidencia valía más que cualquier bien de los Fitzroy, y Eloise lo sabía.

Todo estaba muy delimitado, incluida la cantidad de hijos que debíamos tener (y la edad de estos) antes de que él considerara renunciar a la gestión de la empresa. Al menos diecinueve años de casados, teniendo en cuenta que el primer hijo necesitaba tener dieciocho años para asumir de inmediato en cuanto él renunciara a la gerencia. Eloise no me quería, por nada del mundo, en el puesto de mi padre.

Sin necesidad de explicaciones obvias. Un hijo mío con un hombre blanco debía "blanquear" al niño. Solo había que sumar, teniendo en cuenta su lógica racista. El niño seguía siendo negro, lo que me daban ganas de reír, porque ella no tenía manera de explicar eso.

Y, de todas maneras, el niño hipotético no tendría empresa que dirigir. No si dependía de mí.

Imprimí el contrato, dejándolo a mi lado sobre la mesa y observando las letras, que, juntas, formaban el fin de Fitzroy Inc.

Después, imprimí algunos otros documentos, colocando las cosas en orden mientras veía aparecer a varios hombres de traje, preparándose para la reunión que tendría lugar en la última planta, justo al lado del antiguo despacho de mi padre.

Hunter nunca se sentaría en aquella silla. No era lo bastante competente para gestionar nada de aquello, con mi apoyo o sin él. Con mi abuela tratándolo como una marioneta o no.

—Elena... —llamó Tici en voz alta desde su mesa, a la que miré a través del cristal—. Nathan está en el edificio —articuló en silencio, y yo leí sus labios—. *Con su padre.*

Eran las ocho y treinta y nueve de la mañana.

Abrí las cámaras de seguridad y observé a los dos entrar en el ascensor, con Alex justo al fondo y los tres de traje.

Alex estaba con ellos, aunque parecía irritado.

Había una marca amoratada en el rostro de Charles, pero evité preguntarme demasiado por eso.

Los tres, uno al lado del otro, habían atravesado el vestíbulo de entrada de la empresa, con los *flashes* cegando a cualquiera, ya que los periodistas estaban allí esperando el comunicado de prensa que saldría después de la reunión de sucesión.

No por el gobernador y sus hijos.

Dios mío, eran absurdamente parecidos. Todos ellos. Viéndolos allí, con los trajes alineados, la postura firme, era obvio que Nathan era hijo de Charles.

Había periodistas y otras personas grabándolos, pero, acto seguido, las puertas del ascensor se cerraron y perdí la imagen.

Abrí mi bandeja de entrada.

Hice clic en enviar el primer correo electrónico, con copia no solo para Turmann, sino también para Westbrook y mis abogados. *Vale: retroceder, atacar, destruir*. La elección estaba hecha.

Después, observé el segundo correo electrónico:

ENC: A TODOS LOS COLABORADORES DE FITZROY

Me complace enviar este correo electrónico. Como heredera de Henry Fitzroy, me gustaría anunciar que asumiré la presidencia de Fitzroy Inc. y de todas sus empresas vinculadas. A pesar de las discrepancias internas, este siempre fue el plan de mi padre, y el mío también.

Sé que muchas personas pueden sentirse descontentas conmigo al mando y, por eso, para quienes no lo aprueben, aceptaremos sus cartas de dimisión, manteniendo los derechos que perderían al dimitir. No perjudicaremos a nadie.

A quienes creyeron en mí, mi más cálido agradecimiento.

Eloise Fitzroy será apartada de la empresa de forma permanente, como medida preventiva ante el perjuicio causado a diversos activos, en especial los proyectos de desarrollo de prototipos, y por los delitos de cuello blanco[29] cometidos por ella. Ya ha sido informada de que se ha abierto una investigación contra ella y será trasladada en las próximas horas para las diligencias posteriores.

Les pido su comprensión en este momento tan difícil, pero será necesario para que podamos tener décadas de prosperidad, como mi padre siempre deseó.

(Hunter Bradford ya no forma parte de nuestro cuerpo administrativo. Por favor, equipo de seguridad, escolten a Hunter Bradford fuera).

O ignoren este correo electrónico por completo, porque Eloise Fitzroy ganó la guerra interna que todos ustedes saben que se ha estado librando desde hace meses. Y, por eso, siéntanse libres de elegir la neutralidad. Todos sus derechos quedarán resguardados en cualquier situación, tienen mi palabra.

Elena Braddock-Fitzroy, presidenta y CEO de Fitzroy Incorporated

Por hoy o por mucho más tiempo, eso es lo que estamos a punto de descubrir.

No lo envié; solo me levanté y fui hacia el ascensor en el que Eloise Fitzroy había entrado minutos antes, sin saber que iba a encontrarse de frente con el mayor problema que creó para sí misma. Directo hacia las puertas del infierno que ella misma abrió.

Tici me siguió, pero le dediqué una débil sonrisa mientras el ascensor subía.

—Lo que ocurra ahora... Puede que nada ocurra según lo planeado. Entenderé si no quieres seguirme y prefieres conservar tu empleo, Tici.

Ella se encogió de hombros.

—Me prometiste un aumento —bromeó.

Mis labios se curvaron en una sonrisa por eso. Saqué el móvil del bolsillo del traje y abrí el correo electrónico en borrador que estaba allí, saliendo del ascensor, entrando en la última planta del edificio y avanzando con pasos tranquilos hasta el despacho de mi padre.

Enviar.

—...no pueden entrar así en la empresa y pensar que todo está bien. No funciona así solo porque usted sea el gobernador, señor Bernard-Rothon. La voz de Hunter resonó en la sala.

Y entré en la sala, con Tici cerrando las puertas de cristal detrás de nosotras.

Ver al gobernador y a una de las mujeres más influyentes del estado frente a frente era como observar a dos titanes a punto de iniciar una batalla, pero no eran los únicos titanes de la sala.

Ya no.



61

Pasa por el despacho de la presidenta ✓

Elena

Nathan, Alex y Charles estaban de espaldas a mí. Apenas conseguía distinguirlos entre sí, a pesar de reconocer a Nate en cualquier sitio.

Este fue quien le calló la boca a Hunter con un solo movimiento.

—Siempre quise hacer esto, joder. Esto fue por *tocar* a mi mujer. —Y noqueó a Bradford de un solo puñetazo.

El sonido de Hunter golpeando el suelo fue lo único que se oyó en ese momento. Si cayera una aguja, la oiríamos. Nadie respiraba, excepto Nate, que soltó el aire en una bocanada irritada.

Rodeé a los tres, encontrándome con mi abuela y su secretario, todos confundidos con lo que veían delante. Mi abuela no parecía nada afectada por su títere tirado en el suelo, inconsciente y con sangre escurriéndole por la nariz y la boca, a pesar de estar sangrando demasiado.

Mmm... Quizá deberían llamar a una ambulancia.

—No esperaba una reunión familiar antes de *otra* reunión familiar —comentó, tranquila, como si no hubiera una vena hinchada en el cuello del gobernador del estado.

Alex ni siquiera *parpadeó* por el puñetazo que Nathan le dio. Ya lo habían planeado todo. Era... diferente verlos lado a lado, ahora que ambos sabían que eran hermanos. Parecía haber cierto entendimiento, aunque claramente había rencor también.

—Vas a tener que retrasar la segunda —declaró Charles—. Tenemos mucho de lo que hablar, Eloise.

—No lo creo.

Sonrió, arrastrando la butaca frente a la mesa de mi padre, en la que se apoyaba, y sentándose allí, cruzando una pierna sobre la otra, mirándola como si fuera el rey del mundo.

—¿De verdad creíste que no reconocería a mi hijo por miedo*? ¿Cuando amenazaste a mi familia?* —gruñó.

Me sujeté la mandíbula antes de que se me cayera.

Fue el propio Charles quien filtró la información. Lo subestimé.

La vida de Nathan importaba más que su carrera. *Como para mí.*

Nate me guiñó un ojo, pero fue la mirada de Alex la que me llamó la atención. Me miraba con *dolor*. Porque sabía que yo se lo había ocultado.

Tragué saliva, volviendo a prestar atención a los dos titanes de los negocios en la sala.

—¿Recuerdas una ley que me aseguré de que se aprobara y saliera adelante el año pasado? —comentó, observándose las propias manos—. Sobre legislación fiscal en lo que respecta a las patentes de desarrollo de productos electrónicos.

Apreté los labios, volviendo la mirada hacia ella*. Sí, me acuerdo.*

—Lo recuerdo perfectamente. Fue un favor enorme.

—Propuse una enmienda antes. Es necesario que las empresas no tengan a nadie con delitos de cuello blanco en su consejo de administración para que se beneficien del incentivo fiscal.

Esto va a ser aún mejor...

—Es una modificación óptima para tu imagen —confirmó, con el ceño fruncido.

—Sí, y tu nieta acaba de denunciarte por la vía legal —*cómo* sabía él eso era una gran pregunta, pero una que se quedaría para otro momento—, dejándote bajo investigación por varios delitos de cuello blanco. El más común es la corrupción, como siempre. ¿Por qué, al fin y al cabo, siempre pillan a empresarios y políticos por delitos de corrupción? —provocó, y vi cómo los ojos de Eloise se apartaban de él para posarse en mí, y yo sonreí, tranquila.

—Pues sí. Mi padre tenía una carpeta de documentos con todos los delitos que cometiste en los últimos años, pero me centré en este último, mientras él estaba incapacitado para tomar todas las medidas necesarias para evitarlo. La amplié un poco, no te preocupes, yo también tenía otras pruebas.

—¿Cómo *te* atreves? —gruñó—. ¡Fui yo quien garantizó que la Fitzroy no se viniera abajo todos estos años!

Que se ahorrara ese discurso patético de villana pillada por sorpresa.

—En realidad, fue Henry, que era un gran amigo mío —advirtió Charles—. Eras la madre sin moral alguna intentando mantenerte en los focos, olvidando que la era de oro terminó con la muerte de tu marido. Él te respetaba y, por eso, no te impuso límites que debería haber impuesto. Como mi mejor amigo no está aquí, aquí estoy yo, y estoy aquí por su hija y por el yerno, que resulta que es mi hijo. Al que *amenazaste* —gruñó, frío—. Empezamos por la parte en la que querías destruir su futuro... ¿O meterlo en el ataúd es más leve? No sé cómo funciona tu cabeza, ya no, Fitzroy.

Se mantuvo en silencio, como si estuviera analizando toda la situación, con Charles volviendo la mirada hacia mí.

—Es un placer conocerla como mi nuera, Elena. Me equivoqué de hijo, pero me alegra que formes parte de la familia.

Sonreí ante eso, asintiendo antes de sentir la mano de Nathan entrelazar sus dedos con los míos, sus labios contra mi frente al instante siguiente, besándola.

—Te dije que iba a arreglarlo —susurró en mi oído.

—Solo para que conste, perder el respaldo de esa ley le quitaría más o menos un millón en beneficios a la empresa —le susurró el secretario de Eloise, aunque toda la sala podía oírlo, mientras mi abuela se reía, irónica.

—No es posible que de verdad penséis que voy a renunciar a dirigir esta empresa solo por una ley ridícula. Un millón no es nada para la caja de la Fitzroy.

El poder de verdad revela la verdadera cara de las personas.

—Hablé con algunos médicos ayer —por fin dije algo, recibiendo de ella una mirada fulminante a cambio—. ¿De verdad creíste que

me pasé el día entero siendo tu lacaya? La esclavitud se abolió hace casi dos siglos, Eloise. Excepto en Misisipi, pero no necesitamos entrar en esa discusión, estamos en Massachusetts.

Puso los ojos en blanco ante la cantidad de detalles, mientras yo veía la sonrisa de Nathan por el rabillo del ojo.

—Y, mira bien —continué antes de que pudiera decir nada—, los médicos me informaron de que, realmente, tu salud mental ya parece estar muy degradada por la edad, y es clara tu incapacidad para tomar decisiones; por lo tanto, con una evaluación psicológica correcta, para tus bienes, acciones y cualquier otra cosa que poseas, se nombraría un curador, que sería un heredero mayor de edad en plenas facultades mentales. Y solo tienes a una persona en la línea sucesoria con esas características.

Yo. Al final, yo seguía heredándolo todo.

Eloise me analizó de lado, como si estuviera considerando todas las piezas en el tablero.

—No si he sacado a ti y al mocoso de tu hermano de mi testamento.

—Los testamentos solo son válidos si se elaboran en plena capacidad mental. Pero no te preocupes, solo presentaremos una solicitud así ante la justicia si sigues *haciéndote la tonta.* Y no creo que sea necesario.

Sin contar que yo no quería que ella dejara de pagar por lo que habías hecho al declararte incapaz mentalmente. *Tenías que pagar.*

Seguía mirándome con soberbia, y decidí arrancársela de la cara en ese momento.

—Y quizá deberías haberte preocupado por otra cosa cuando pensaste en las participaciones accionariales de la empresa. —Todos en la sala parecían confundidos, con la excepción de Tici, que no conseguía evitar la sonrisa maliciosa—. Puedes tener la mayoría de las acciones, Eloise, pero o me las vendes *todas* ahora mismo, a valor de mercado, o toda la tecnología patentada de Fitzroy Inc. saldrá de la empresa mañana por la mañana.

La sonrisa que abrió Charles parecía la de un gato a punto de lanzarse sobre el ratón, mirando a Eloise como si supiera

exactamente qué documento tenía yo, y apostaba a que sí. A Nate se le cayó la mandíbula, mientras oí a Alex jadear.

Yo estaba amenazando con quebrar la Fitzroy.

—¿Cómo que? Las patentes son de la empresa, niñata estúpida —rugió.

Negué, sonriendo de lado.

—El testamento completo de mi padre me dejó algunas cositas. ¿Olvidaste que recibimos versiones iguales, pero con detalles propios para cada una? Como tú no heredaste nada, no debiste notarlo. —No pude evitar el veneno en la voz—. Las patentes están vinculadas a las investigaciones de mi padre con otros ingenieros; son *de ellos*, no de la Fitzroy. Lo que significa que, pese a que un porcentaje ínfimo de ellas sea, de hecho, de la empresa, es él quien figura con el nombre principal como patentador. *Y sus herederos.*

Su expresión se quebró ahí, pero seguí hablando, disfrutando el momento en el que se daba cuenta de que quien había ganado aquella guerra era Elena Braddock-Fitzroy, la nieta negra a la que tanto desdeñaba y odiaba.

—Todas las presentaciones las hizo él, representando a la empresa, pero siendo suyas, como investigador e ingeniero. Lo que significa que las patentes se heredan por sus hijos, Elena Braddock-Fitzroy y Easton Braddock-Fitzroy, representado en este caso por nuestra madre, que también heredó esas patentes, pero me las vendió la semana pasada. Tu nuera, por si no lo recuerdas. La que siempre despreciaste.

Nathan iba a tener que recoger la mandíbula del suelo.

—Solo me tenías en tu mano por Nathan, Eloise. Nunca fue por las acciones. Nunca fue por lo del consejo de administración. —Volví la mirada hacia Charles—. Y tú *por fin* dijiste la verdad a tu familia.

Miré a Alex de reojo, que tragó saliva y apartó la mirada hacia cualquier rincón de la sala, claramente dolido.

Volví la mirada hacia mi abuela mientras caminaba hasta ella, dejando a Nate atrás y parándome cara a cara con la mujer que, durante dos décadas, fue mi mayor miedo.

Nunca más.

—Podemos hacer esto de manera amistosa o mucho más difícil.

—Yo nunca voy a darle lo que es mío a una... una *inferior* —ladró.

Mi mano fue a parar a su cara por primera vez en la vida, y oí a *mucha* gente jadear.

Los empleados debían de haber venido a ver qué estaba pasando... o a llevarse a una de las dos.

—Quizá deba informarte de que pasé parte de mis días tras la muerte de mi padre trabajando en reunir información en vez de vivir mi duelo por él. Trabajé para obtener pruebas y testimonios sobre los años de abuso y, sobre todo, de racismo; aunque mi deseo fuera solo llorar, lo hice por mí *y por él.*

No se lo había contado a nadie, salvo a mis abogados. Quería que ella fuera la primera en saberlo.

—Sé que estás acostumbrada a salir impune, Eloise Fitzroy, pero esa era se acabó ya. Así que, vamos: lo harás por las buenas o por las malas.

Se rio, incrédula.

—No es racismo, es simplemente la naturaleza de las cosas, es libertad de expresión —dijo la racista.

—Entonces deberías llamar a tus abogados. Y prepararte para pasar el resto de tu vida sola en una residencia de ancianos, recibiendo visitas recurrentes de cualquier abogado para supervisar tu estancia por orden mía mientras te marchitas por completo sola en el agujero oscuro del que nunca deberías haber salido.

—La empresa sigue siendo mía —declaró, inflando el pecho.

Asentí, seria.

—Sí, hasta mañana. Mientras tanto, las patentes son mías. Deberías haberles pedido a tus abogados que te informaran mejor de lo que estaba previsto en la herencia de mi padre. Seguro que esa información estaba en alguna parte.

Levantó la cara con una sonrisa macabra, asintiendo.

—Debería, sí, fue una jugada magistral. Pero aún puedo hacer llamadas y destrozarle la vida a tu *noviecito*.

Su padre soltó una carcajada.

—¿No escuchaste nada de lo que dije, Eloise? —Siguió sentado todo el tiempo, completamente despreocupado por el futuro de su hijo, porque claramente ya había previsto todos los posibles finales

de aquella batalla—. Dejarás esta mesa hoy, igual que todo lo que esta empresa representa y *tu* reputación. De lo contrario, me encargaré de que Fitzroy Inc. quiebre antes de que acabe el primer trimestre.

Respiró hondo, alzando la barbilla.

—No puedes amenazar a un ciudadano con fines personales, Charles.

—Entonces, ¿cómo estoy consiguiendo hacer eso ahora mismo? —preguntó, cínico e implacable.

Nathan sonreía ante eso, mirando a mi abuela con prepotencia. Hasta Alex parecía contener una sonrisa.

—¿Qué tal tener que tragarte que tu nieta negra te la ha jugado, vieja? —dijo Nathan, con todas las letras.

—¡Vieja?! —bramó, y eso me hizo abrir una sonrisa más grande que la suya.

Y me eché a reír de verdad, incrédula con lo que se había convertido aquella situación.

Volví la mirada hacia Nathan, viendo que él mismo contenía una carcajada.

—Bien que dijiste que podía confiar en ti —declaré, con las risas aún saliéndome de la boca.

Se encogió de hombros.

—Ya me darás las gracias después. Soy perfecto defendiendo dentro y fuera de la pista, *bravita*.

—Por el amor de Dios... —refunfuñó Eloise—. Esto no es una película en la que todos van a vivir felices para siempre.

—*Usted*, desde luego, no, señora Fitzroy —declaró Tici desde la puerta, y giré la mirada en esa dirección por primera vez, viendo a dos guardias de seguridad—. Por favor, escolten a la señora, a su secretario, así como a su equipo, fuera de la planta. El FBI también debe de estar de camino para investigar todos los delitos corporativos cometidos por la señora Fitzroy; por lo tanto, manténganla en recepción, así como a todo el resto.

Observé mientras mi abuela bramaba, siendo acompañada (o empujada) hacia las puertas del ascensor. Bramaba y gritaba insultos mientras mi propio equipo grababa toda la escena con sus móviles,

igual que asistentes de otros trajeados que ya estaban allí para nuestra reunión, que, desde luego, no ocurriría.

Volví la mirada hacia Nathan en cuanto las puertas del ascensor se cerraron con ella dentro, viendo su sonrisa antes de lanzarme a sus brazos, siendo apretada de inmediato contra el calor agradable y el olor familiar. *Casa. Confort. Amor*. Era eso y mucho más.

—**Defensa perfecta** —provocó en mi oído, como si estuviera celebrando (¿o narrando?) algo en la pista—. Te dije que iba a arreglarlo. Lo hicimos juntos, al final.

—No lo dijiste *exactamente* con esas palabras —alegué, alzando la mirada para encontrarme con la suya—. Pero funciona —confirmé, y su boca atrapó la mía.



62

Deja las cosas claras ✓

Elena

Cuando el lunes todo se torció, creí que era el fin. Fueron las peores (aproximadamente) cuarenta y ocho horas de mi vida.

Perder la Fitzroy. Perder a Nathan.

Todo por lo que me dejé la piel para heredar. Era... doloroso. Perder a quien amaba era aún peor.

Sabía que la baza de la patente era peligrosa; aun así, Eloise podía atacar a Nathan por eso, y por ese motivo yo no podía simplemente hacer la jugada. No sin la intervención de Nate —con su *padre*—. Aquello era... Dios mío.

Charles podía haber perdido la carrera para garantizar la felicidad de su hijo y, en el fondo, aunque nunca me lo hubiera dicho, yo sabía que eso era importante para Nate.

Hunter al despertar me sacó de los brazos de Nathan, con él gimiendo y tosiendo en el suelo.

—Joder, qué diablos... —Escupió sangre, que se le escurrió por la boca, abierta por la sorpresa—. Te voy a demandar, hijo de puta —le graznó a Nathan, negando con la cabeza, confuso.

Me agaché delante de él, mirándolo desde arriba aun así.

—¿A qué proceso quieres responder primero, Bradford? ¿Agresión o algún delito de cuello blanco?

Me miró, miró alrededor, notando que estaba solo en la sala, y enseguida tragó saliva.

—¿Agresión por qué? —susurró, y yo me reí.

—¿De verdad crees que fui lo bastante tonta como para no sacar fotos de cada moratón en mi piel? ¿O que no grabé cada encuentro nuestro?

Palideció.

—Yo cooperaría con el FBI —susurré, maliciosa, cara a cara con él —. Y llamaría a Bianca. Creo que no va a estar muy contenta con todo lo que ha estado saliendo en los medios. O con el correo que le voy a mandar ahora mismo. Bianca Rothfield, ¿verdad? Parece una mujer con un futuro brillante sin un gilipollas pegado a ella.

Se quedó sin habla.

Los guardaespaldas aparecieron para llevárselo enseguida, llamando también a una ambulancia, ya que estaba claro que había sido... agredido.

Y, con eso, estábamos en el despacho de mi padre, donde todavía lo recordaba mirando todo Boston allá abajo, sonriendo por lo que había hecho y pensativo por lo que no haría.

¿Tenía alguna idea de lo que ocurriría? ¿De cómo todo aquello se convertiría en un drama familiar, empresarial, lleno de investigaciones, reportajes en la prensa y mucho más de lo que yo podía imaginar que se estaba desarrollando?

—Sé que tenemos mucho de lo que hablar —comenté a Nathan, entrelazando nuestros dedos—, pero ¿podrías darme unos minutitos a solas con Alexander?

Miró a su hermano antes de volver la vista hacia mí, asintiendo al besarme la frente y seguir a su padre hacia el pasillo, igual que Tici.

Fue entonces cuando vi a mi madre fuera del despacho. Sonreía abiertamente y me guiñó un ojo antes de saludar a Charles con una palmada en el hombro y ponerse a charlar con él y con Nathan, bufando por algo mientras Nate se reía para sí.

—No tardes mucho. Tenemos el caos en la Tierra que resolver —advirtió mi secretaria, apoyando la mano en la puerta.

Aparté la mirada de mi madre, mi *novio* y mi... suegro.

—Déjalo en mis manos. Y, por favor, informa a la prensa de que daré una rueda de prensa hoy a las 18:00, no hace falta dejarlos esperando. —Sonreí antes de que ella cerrara las puertas correderas

de cristal y me giré hacia Alex, que enseguida cruzó los brazos, a la defensiva.

Solté un suspiro profundo, apretando los labios y buscando sus ojos.

—No hay excusa para que yo te mintiera sobre lo que sabía. No sé cómo se lo contó Charles a tu familia, pero espero que tu madre esté bien, vi la noticia.

Asintió, tragando saliva.

—Por eso no pude hablar contigo —añadí, cuidadosa—. Me lo contó después de Acción de Gracias, cuando vosotros os fuisteis. Y explicó que no me lo había contado antes justamente porque no quería meterme en la situación en la que me metió, pero al mismo tiempo me estaba ocultando cosas importantes.

Alex suspiró, mirando la ciudad debajo de nosotros, con el ceño fruncido.

—Mi madre se puso mal. Fue feo. Creo que... yo nunca había *visto* cómo se rompía un corazón, ¿sabes? Mi padre... lo ocultó muy bien. Yo sospechaba, tú lo sabes, pero sospechar y verlo admitirlo, verlo contar cómo conoció a esa mujer, cómo se involucró con ella, cómo escondió a Nathan de nosotros... Y, en plan, tiene fotos de Nathan en el móvil, ¿sabes? Tiene una foto suya en la cartera, como la de nosotros tres. Bastaba con... pillarlo. Pero mi madre confiaba tanto en él que ni siquiera se planteó investigar nada.

Tragué saliva, acercándome con cuidado, apretando los labios antes de tomar su mano entre las mías, dejándolo hablar.

—Dolió de cojones, Lena. Saber que nos engañaron durante más de veintiún años. Saber que tenía esa... no digo familia, porque además explicó cómo la situación familiar de Nathan es complicada, pero *escondió a un hijo durante veintiún años*, Lena. Es... yo también estallé con él.

Sonreí a eso, abrazándolo de inmediato, sabiendo que lo necesitaba.

Sus brazos me apretaron con más fuerza, casi como si se aferrara a mí, una especie de ancla, y soltó el aire, que le salió entrecortado.

—Y lo peor es que me cae bien —se rió, saliéndole lloroso—. No consigo odiar a Nathan. Es un gran... una gran persona.

Sonreí, devolviéndole el abrazo.

—Perdóname —susurré—. De verdad, Alex.

—Lo entiendo, Lena. —Sus brazos se apretaron aún más alrededor de mí—. Es un poco raro, no lo voy a negar. Tiene sentido. Me cabreé, claro. ¿El moratón en la cara de mi padre? Culpa mía cuando estallé. Como prometí que haría si mi sospecha era verdad. Pero... entiendo por qué me lo ocultaste. No creo que yo hiciera lo mismo, pero no tengo a nadie de quien esté enamorado. No sé lo que es amar a alguien hasta el punto de ocultarle cosas por alguien. Así que no puedo juzgarte por algo de lo que no estoy seguro de cómo actuaría yo.

Sonreí contra su hombro, asintiendo al apoyar la cabeza allí.

—Solo no lo hagas otra vez —advirtió—. Si tienes algo que decir, dímelo ahora.

Solté una risa ante eso.

—Creo que él es más guapo que tú. ¿Cuenta?

Bufó, incrédulo, al sujetarme por los hombros y analizarme de arriba abajo.

—¿Y quién te *crees que eres* para juzgar mi belleza absurda frente a la belleza *mediana* de mi hermano?

Sonreí, viendo cómo se le curvaban los labios.

—Aún lo estoy procesando, no lo voy a negar. Pero admito que mola de cojones pensar que eres mi cuñada, que eres parte de los Bernard-Rothon *de verdad*, no solo como mi amiga que viajaba con nosotros de niños.

Asentí con una sonrisa de lado. Aun así, seguía preocupada por él. Por todos los hermanos, y en particular por Violet. Debía de ser un golpe tremendo.

—Lo siento de verdad, Alex. Y prometo volver a estar más presente en tu vida. Y tú en la mía. Aparté a todo el mundo en los últimos meses después de la noticia de mi padre, y esa distancia empeoró aún más porque usé la existencia de Nathan y el hecho de que fuera un secreto para eso, como una escapatoria de lo que teníamos en nuestra amistad. Huí de nuestra relación para evitar hablar de cuánto dolían las cosas.

Esperaba que tuviera sentido, porque fue lo que pasó dentro de mi cabeza y mi corazón.

Negó con la cabeza, sonriéndome.

—Me alegra que te hayas dado cuenta. Rika también se dio cuenta de que hiciste eso. Echamos de menos las noches de karaoke. Solo que no echo de menos quedarme ronco después de cantar *Pussycat Dolls*. Lo odio.

Solté una risa, asintiendo mientras me tiraba hacia otro abrazo.

—Nunca te juzgaría por haberte alejado de muchas cosas cuando te enteraste de la situación de tu padre. No sé cómo reaccionaría si perdiera a uno de los míos, y más aún con... una fecha —declaró con cautela—. Pero estoy aquí. Rika también. Y Nathan también, al parecer —se quejó de mala gana.

Solté una risa ante eso.

—¿Qué te parece si vamos al karaoke? Tú, Rika y yo. —ofrecí—. Hoy no, por el amor de Dios, esta semana va a ser infernal.

Se rió, asintiendo.

—El domingo, a las 18:00. Yo, tú, Rika, Nathan y su equipo. Estoy seguro de que alguno de esos jugadores de hockey tendrá alguna hermana buenorra para presentármela.

—¡ALEX! —protesté, irritada—. *No vas* a acostarte con las...

—No mintió. —La voz de Nathan me llamó la atención, interrumpiéndome con suavidad, antes de hacer un gesto hacia fuera—. No tenía intención de escuchar, pero te necesitan en recepción, Elena. Tienes que dar tu declaración hoy, Tici te pidió tu opinión sobre si el FBI puede subir o si prefieres dejarlos abajo.

Me encogí de hombros, tranquila.

—Puedes dejarlos subir. No tengo nada que esconder. Ya no. —Le sonreí, guiñándole un ojo y viendo cómo se le marcaba la cara de felicidad.

—Dijiste que yo podía elegir cuándo quería salir a la luz —provocó, encogiéndose de hombros al entrar en la sala.

Me mordí el labio, negando con la cabeza.

—Fue una manera muy... interesante.

Se rió, señalando con la cabeza hacia fuera de mi nuevo despacho. Al parecer, mi madre y Charles habían salido de allí; quizá

se fueron a charlar y a opinar sobre el futuro de las familias, conociéndolos a *ambos*.

—Está lleno de trajeados ahí fuera queriendo entrar para hablar contigo. ¿Por quién quieres empezar? Creo que no están dispuestos a volver mañana.

Inhalé todo el aire que mis pulmones pudieron retener y lo solté.

—El vicepresidente Turmann. Tenemos muchas cosas que resolver sobre cómo vamos a convertirnos en la mayor empresa de tecnología del mundo bajo mi gestión.

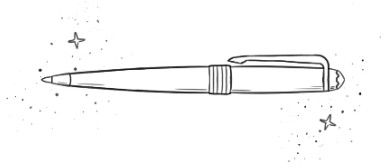
—De que eso va a pasar, no me cabe ninguna duda, cuñada —provocó Alex con una sonrisa canalla en la cara—. Nathan, háblame más de las hermanas, por favor.

Bufé, pero los dos salieron de mi despacho juntos, charlando de manera casual como nunca pensé que vería en la vida.

Y admito que eso me hizo sonreír tanto como mirar aquel despacho y darme cuenta de que *era mío*.

Yo era la jodida presidenta de Fitzroy Inc.

—¿Vamos a los negocios? —declaró Turmann, parado en la puerta de cristal, golpeando la carpeta que llevaba consigo con una sonrisa orgullosa en los labios—. De verdad eres hija de él y, perdona la palabrota, pero *puta mierda*, Elena. Vaya escándalo, ¿eh?



—Buenas noches. —Sonreí, apoyándome en el atril preparado ya la noche anterior, pero no para aquel evento en particular del día—. Soy Elena Braddock-Fitzroy y, ahorrando mucho tiempo de preguntas, la presidenta de *Fitzroy Incorporated*, ya no la heredera. Soy la sexta presidenta de Fitzroy Inc., la primera mujer en asumir ese puesto y, por supuesto, la sucesora de Henry Drake Guhlard-Fitzroy, mi padre y el hombre que más tiempo estuvo en el poder en toda nuestra historia.

Y nadie tenía por qué saber que casi me desmayé de ansiedad en aquella rueda de prensa.

Los *flashes* casi me cegaron después de eso, pero seguí diciendo lo que figuraba por puntos, por orden de presentación, en la hoja ya colocada en el soporte, incluso antes de que los periodistas empezaran a llegar de nuevo.

—Como deben de haber imaginado, mi compromiso con Hunter Bradford fue, por desgracia, una manipulación empresarial hecha por mi abuela, Eloise Fitzroy, junto con él. Ambos están siendo investigados por el asunto y por cómo intentaron manipularme, incluso arrebatándome mi poder dentro de la empresa, usando medios ilegales para ello. Uno de ellos fue, de hecho, amenazar la vida de una persona importante para mí.

Más *flashes*, los periodistas levantaron las manos, pero Westbrook les negó la palabra. Podrían preguntar cuando yo terminara.

—Durante los próximos meses, tal y como ya se ha informado a todos los accionistas, tanto *Fitzroy Incorporated* como sus subsidiarias serán investigadas por el FBI. Fue una investigación que yo misma me aseguré de abrir al denunciar a varios de nuestros directores y gerentes, en particular a la señora Eloise Fitzroy. Ya recibieron la información necesaria sobre el caso, pero, como es mi deber informar de cualquier cosa que pueda haber pasado desapercibida, llegamos antes a un acuerdo con sus abogados sobre las acciones y, actualmente, soy titular de más del setenta y ocho por ciento de Fitzroy. Estamos en transición, pero debería finalizar en los próximos días sin incidencias.

Una voz surgió gritando: "¡¿Cómo es posible?!", y sonreí, porque ya estaba previsto explicarlo. Las acciones de Fitzroy debían de estar en caída libre en ese momento, pero no importaba.

Yo era la titular de la mayoría. Y no iba a venderle a nadie.

Solo había que levantarse y sacudirse el polvo de los hombros. La Fitzroy no iba a quebrar. No bajo mi mando.

—Muchos de los accionistas optaron por vender sus acciones, ya que no se sienten cómodos bajo mi liderazgo. Otros admitieron estar involucrados en asuntos ilegales junto a la señora Eloise Fitzroy y, por acuerdo conmigo y con el FBI supervisando todas las

negociaciones, optaron por vender sus participaciones y evitaron perjudicar a Fitzroy. —No en vano me dolía la cabeza después de tantas reuniones en el día—. Serán investigados durante los próximos meses, pero sin vínculos directos con nosotros.

Dios bendiga tus diez mil millones, papá. Nunca habría conseguido comprarlo todo con lo que tenía en caja yo sola, incluso teniendo una buena cantidad. Mover tanto dinero tan rápido casi enloqueció a todo mi equipo. ¿Y mi gestor del banco? Estuvo a punto de tener el infarto que llevaba años evitando.

—Antes de que surjan las preguntas, las cuestiones relativas a la justicia y a Eloise Fitzroy deben ser respondidas por su propio equipo. Fitzroy Inc., así como la familia Fitzroy, optó por cortar lazos con ella antes. Pronto las acusaciones saldrán a la luz, pero esto se debió sobre todo a años de abuso psicológico que ella cometió no solo contra mí, sino también contra mi madre y mi hermano, Taelyn y Easton Braddock-Fitzroy.

Ambos estaban justo detrás de mí; Easton, deslumbrante en su traje *azul marino* con una puta corbata burdeos, porque insistía en imitar el traje que Nathan había llevado el año pasado al ir a un partido.

¿Dirigir una empresa? Sí. ¿Exigirle un traje neutro a mi hermano pequeño? Imposible.

—Les pido que respeten el momento delicado, pero no dejen de transmitir toda la información necesaria, porque sí, es importante que la gente sepa lo que ocurre en la mayor empresa de tecnología de Norteamérica —remarqué—. Nuestro compromiso siempre será con la verdad, la honestidad y, sobre todo, con el mejor desarrollo tecnológico posible, sin olvidar nunca que somos humanos, como mi padre siempre recalcó.

"Y, por eso, la parte humana es siempre la más importante de cualquier empresa, Elena. No lo olvides nunca". Lo echaba tantísimo de menos. En aquel momento en particular, fue muy difícil no dejar que el sentimiento me dominara.

Y, con eso, se abrió el turno de preguntas.

Nadie tenía por qué saber que el sudor frío me corría por la espalda. Que Nathan tuvo que, literalmente, meterme *hielo* dentro

de la camisa antes de que yo subiera al estrado, de lo mucho que sudaba. Estaba al fondo, asintiendo a cada cosa que yo decía y siendo contenido por Alex cada vez que intentaba aplaudir antes de tiempo.

Charles parecía maravillado con eso, pero intentaba evitar mirar demasiado a sus hijos. Incluso porque un ojo parecía algo *magullado*.

—¿Es verdad que mantienes una relación con el hijo bastardo del gobernador?

A Westbrook no le gustó que aceptara responder a esa pregunta, pero no me contuve. Nathan no iba a ser conocido por la prensa así.

—El gobernador no tiene ningún hijo bastardo, ya no estamos en el siglo XIX. Si te refieres al hijo que asumió anoche ante su propia familia, sí: Nathan Barlow, defensa del equipo de hockey sobre hielo de Northride, y yo tenemos una relación.

Los *flashes* aparecieron, pero dirigidos a mi jugador de hockey favorito, que no pareció muy contento con la atención.

—¿Es verdad que Hunter Bradford te agredía?

¡¿Cómo lo sabes?!

—No se responderá. En este caso, esperen futuras investigaciones —informó Westbrook—. Siguiente.

—¿Han considerado la posibilidad de que surjan problemas por la ausencia de la señora Fitzroy en el consejo de administración?

—No. Mi abuela nunca fue una buena gestora.

Hoy lo veía. Después de acceder a algunos informes, entendí perfectamente por qué solo parecía que era buena. Sabía interpretar el papel muy bien.

Algunos periodistas abrieron los ojos como platos, tecleando como locos en sus aparatos.

—¿Cuáles son sus próximos planes para el conglomerado, señorita Fitzroy?

—En este momento, resolver las cuestiones judiciales que yo misma inicié —dejé claro—. Estabilizar el conglomerado es un gran objetivo, pero no apartaré el foco de nuestros proyectos. Nuestros ingenieros son los mejores del mercado y, a su debido tiempo, daremos a conocer los prototipos en los que hemos estado

trabajando. Los proyectos son brillantes y me enorgullece mucho ver su desarrollo. No voy a presionarlos de la manera en la que venían siendo presionados; por lo tanto, los plazos comunicados en diciembre quedan aplazados hasta futuras actualizaciones.

Era tan extraño estar allí, y al mismo tiempo tan correcto. Recuerdo ver la primera rueda de prensa de mi padre, agarrada de la mano de mi madre, cuando yo tenía más o menos la edad de Easton. Parecía el tío más poderoso del mundo hablando de las adquisiciones de la empresa y de la expansión del mercado.

Sonreí al recuerdo.

—Queremos ampliar el mercado y llegar también a países de Asia y de Oriente Medio; es un proyecto personal en el que mi equipo y yo llevamos trabajando algunos meses, y esperamos ponerlo en marcha dentro de los próximos cinco años.

Algunos periodistas parecían sorprendidos con el tema, pero seguían tecleando sin parar, incluso mientras se cruzaban miradas de asombro.

—Usted es joven, aún no ha terminado su grado en Administración con especialización en Gestión de Empresas; parece extremo que la junta de accionistas la acepte como presidenta en un momento tan delicado. ¿Está segura de que tiene capacidad suficiente para dirigir una empresa multimillonaria como la Fitzroy, señorita Fitzroy?

—Absolutamente. No estaría de pie delante de todos ustedes si no la tuviera.



63

Resuelve algunas cosas ✓

Elena

—Estás loco. Pero fue increíble —admití, caminando de la mano, en público, con Nathan Barlow. Era la primera vez que nos veíamos desde la noche anterior, cuando yo tuve que volver a reuniones y él tuvo que ir a entrenar—. ¿No tienes que entrenar dentro de un rato?

Entrenar, entrenar, entrenar. Sabía que a eso se reducía la vida de un jugador de hockey, además de los partidos, así que no me sorprendía. Pero confieso que lo echaba de menos a cada minuto.

Él también tenía su parte en eso de echarme de menos. No era como si yo fuera una universitaria preocupada solo por las notas al final del semestre. La agenda se estaba volviendo cada vez más complicada mientras ellos avanzaban en las eliminatorias hacia el *Frozen Four* y yo... Bueno, era la presidenta de un conglomerado. Eso lo resumía bastante.

No es que no nos apañáramos, las fotos eran cada vez más frecuentes. Sabía que el periodo en que él estuviera en Las Vegas y yo en Boston también sería doloroso, pero valía la pena. Cada segundo estando cerca compensaba las horas lejos.

Como ese. Dios mío, parecía el paraíso simplemente caminar de la mano con él después del infierno que creí que viviría el resto de mi vida.

Dennis y Boz me seguían como sombras por el campus de Scadelton, con todo mi equipo teniendo que cambiar, incluso

duplicarse de tamaño, aunque la mitad estuviera mermada —Liam y Giulia fueron despedidos—. Hablé con Dennis y Boz y les expliqué que iba a cambiar la empresa que se encargaba de la seguridad de la familia por haber sido elegida por Eloise hacía algunos años.

Cambiar era un eufemismo. Estaba estudiando abrir yo misma una empresa de seguridad, bajo uno de los brazos de ciberseguridad de la Fitzroy, que tenía una subsidiaria con ese enfoque.

Dennis y Boz optaron por quedarse conmigo, no con la empresa, y se estaban llevando a cabo otras contrataciones.

Nathan, que no parecía nada satisfecho con su propio guardaespaldas siguiéndolo, un hombre retirado del Servicio Secreto llamado John, acabaría acostumbrándose. El lado negativo de adoptar el otro apellido.

Nathan Barlow Bernard-Rothon. Hasta resultaba extraño pensarlo, pero así era como su nombre figuraba ahora en el certificado de nacimiento modificado dos días antes.

Estaba hasta los cojones de tener que empezar a rectificar otros documentos, no voy a mentir. Se quejó de ello en nuestra llamada antes de dormir, la noche anterior.

—Tengo, pero tenía unos minutitos y sabía que tú también —sonrió, juguetón, apretándome contra él mientras casi tropezábamos el uno con el otro, sin dejar de caminar.

Tenía una clase al otro lado del campus en unos minutos, porque era de Filosofía, y necesitaba llegar allí ya.

—Claro, señor Bernard-Rothon —lo provoqué, oyéndolo resoplar fuerte.

—Qué pesada, para ya con eso —protestó, molesto, y yo me reí por su expresión.

—¡Pero es tu apellido! —me reí, animada, y él sonrió de vuelta, negando con la cabeza.

Una chica creyó que no vi que sacaba una foto, pero era obvio que sí la vi. Nathan también, pero mi equipo de RR. PP. había dejado claro que pedirles que pararan sería peor. Con el tiempo, íbamos a dejar de ser la "pareja del momento".

Ojalá que ese "con el tiempo" fuera dentro de dos minutos, pero sabía que no sería el caso.

—Yo también te odio a veces —desdeñó, malicioso, deteniéndose uniendo nuestros labios, casi tirándome con la voracidad con la que me besó.

Le devolví el beso, pasando las manos por su cuello y disfrutando de aquel momento. Me apretó contra él, casi levantándome del suelo, incluso con el bolso en mi hombro resbalándose entre nosotros.

En público. Con todo el mundo sabiendo quién era él. Lo que significaba para mí. Quién era yo.

Con los árboles sin una sola hoja por culpa del invierno. La nieve esparcida por los caminos, con el espacio justo para que los alumnos fueran de un lado a otro. Los parterres de flores sufrían con el frío, pero lo superarían.

Y yo estaba en los brazos de Nathan, algo que durante treinta y seis horas creí que nunca volvería a pasar.

Nos separamos casi sin poder respirar, tomando aire y sonriéndonos, y cerré los ojos, disfrutando aquel momento por completo. Aquel día se le notaba mucho el olor a champú, por encima de la loción de afeitar.

—El entrenador me preguntó qué apellido iba a usar el próximo semestre —comentó—. Ya están trabajando en nuestro uniforme para la próxima temporada y tal, y entonces tiene que comprobarlo, porque cambiarlo todo a última hora sería un dolor de cabeza aún mayor.

Sonreí ante eso, asintiendo.

—¿Y cuál elegiste?

—Barlow.

Lo miré con curiosidad, intentando entender su lógica, porque ambos apellidos tenían su propio peso, y se encogió de hombros.

—Bernard-Rothon es difícil de pronunciar cuando yo marque goles —se burló con una sonrisa burlona, arrancándome otra sonrisa—. ¿Barlow? Barlow es jodidamente memorable y único. Alex no va a poder presumir de que su apellido esté en una pista.

Me reí alto ante eso.

—Claro que sí.

Se encogió de hombros, orgulloso.

—Hablando en serio, prefiero Barlow. Sé que tengo los dos, o tres, yo qué sé, ni entiendo esta mierda de familias importantes y herederos. Me gusta la pronunciación. Me gusta pensar en mi camiseta de Boston con ese nombre. Creo que por costumbre, en parte porque es algo más... mío. No es "el hijo del gobernador".

Sonreí, asintiendo.

—Por mí, bien. La elección siempre es tuya, y con cualquiera quedaría bien. Y ni siquiera consigo leer tu apellido en la pista, tengo que buscarte por el número.

Era demasiado rápido. Solo conseguía encontrarlo por el apellido cuando estaban calentando. ¿En el partido de verdad? Todo era un borrón.

Él sonrió de vuelta.

—Y yo no estoy loco —corrigió—. Soy un puto loco cuando intentan destruir algo o a alguien que me importa. En el momento en que me lo contaste todo, supe exactamente con quién tenía que hablar. Y era la persona de quien heredé ese rasgo. Mi padre puede ser de todo, pero sospeché que aquello sería la gota que colmaría el vaso para él.

Nathan me pasó el brazo por los hombros, besándome el pelo, y volvimos a caminar.

—Aun así fue difícil; consideró varias posibilidades y planes de acción, pero decidió que no tendría a Eloise chantajeándolo el resto de su vida —informó—. Sabía que ella también haría eso, y decidió jugar sus cartas antes que ella. No sé cómo sabía muchas de las cosas que tú harías, pero tu padre debió de haberle informado de los ases en la manga que te dejaría para que los usaras.

Asentí, pensativa.

—Solo salió bien porque atacamos juntos.

—Y porque defendimos juntos —añadió—. Si hubiéramos hecho algo mal, estaríamos jodidos, pero, al final, todo se resolvió. No es que yo estuviera en paz con lo que estaba pasando, pero no tuve dudas de que era la apuesta perfecta. Ni de coña iba a aceptar perder a mi mujer sin una buena pelea.

—Defensa perfecta, apuesta perfecta... ¿Qué más es perfecto? —lo provoqué, haciéndole morritos.

Se rió en voz alta.

—¿Quieres un cumplido hoy, señora presidenta del conglomerado Fitzroy? Porque, sinceramente... puedo encontrar uno distinto cada día durante el resto de nuestras vidas. Estás siempre perfecta, deslumbrante, absurdamente buenorra... —ronroneó.

—Te amo por eso y por mucho más, Barlow —dije, seria, mientras llegábamos a la entrada del edificio de Humanidades—. Y aún más por el hecho de que tú y tus amigos siempre llegáis tarde a los entrenamientos cuando estáis liados con alguna mujer.

—Mierda —siseó al mirar el reloj, haciéndome reír en voz alta—. Yo también te amo. —Me besó los labios rápido—. Mierda, tengo que irme.

Y se giró y salió corriendo, arrancándole a Boz una risita maliciosa mientras el guardaespaldas de Nate corría detrás de él.

La nieve seguía allí. Seguía haciendo frío.

Aún no habían ganado el *Frozen Four.* La madre de Nathan seguía con problemas con las drogas. Seguíamos buscando al padre de Audrey. Nathan, hasta ese momento, no había firmado el contrato con el equipo. Aún tenía que mantenerse controlado.

Mi padre seguía muerto. No iba a resucitar para felicitarme por tener éxito. Por haber conseguido jugársela a Eloise, como siempre dijo que yo era capaz.

Pero, al final, cuando Nathan se llevaba una hostia en el hielo, le devolvía otra al desgraciado y volvía al partido. Era una gran metáfora de la vida. La lección que Eloise me enseñó fue precisamente esa.

Si me pegan, voy a devolver el golpe aún más fuerte. Nadie, nunca más, iba a pasar por encima de mí y creer que había ganado.

Ah, ¿mencioné que Violet pidió una cena? Invitó a mi madre y a Easton, igual que a Nathan. Eso iba a ser jodidamente raro. A la vez, estaba ansiosa.

Al parecer, optó por no divorciarse, y eso me dejaba aún más curiosa con la situación, y nerviosa también. Quizá la comodidad del matrimonio hubiera hecho que evitara seguir alimentando el odio o simplemente hubiera perdonado a Charles, aunque fuera algo que yo no perdonaría si me hubiera pasado a mí.

De todos modos, el tío Linc mandó un mensaje anoche que resumía bastante las cosas:

> Tardaste en hacer que esa vieja gagá se atragantara con su propio veneno, ¿eh?

> Por fin.

> Pero ¿cuándo es la fiesta solo para la familia? Oí que hay una que vosotros, ricachones, hacéis cuando heredáis cosas caras.

> Haremos otra cuando esa cobra sea condenada. Abre la cartera, Fitzroy.



64

Cae en una trampa ✓

Elena

Aquello se fue de las manos.

—Ya os advertí que era una pésima idea invitar al equipo —advirtió Trey mientras Nathan se rascaba la nuca, observando el ambiente—. Deberíamos haber puesto la regla de que fuera literalmente solo el equipo, y quizá habríamos cabido en el karaoke.

Solté una risa algo nerviosa, porque, desde luego, no me esperaba aquello.

—Josh, son literalmente las seis de la tarde *de un domingo* —advertí.

Lily levantó la mano hacia él.

—Joshua, por favor, ¡pásame la pelotita!

—¡Mi nombre no es Joshua, Lilian! —replicó.

—Cuando dejes de llamarme Lilian, dejaré de llamarte *Joshua*. Mi nombre es *Liliana*.

Él le lanzó la pelotita con fuerza, pero Thomas le echó una mirada fría al compañero de equipo, que resopló, todavía más irritado.

—Dos contra uno es una cabronada, joder.

—Búscate a alguien y podréis competir —provocó Patrick, dándole una palmada en la nuca a Brian—. Y todo esto es culpa del grandullón de aquí.

—No empieces, joder. ¡Tú ayudaste! —se defendió Brian.

—Yo solo comenté que, ya que íbamos a hacer esta fiestecita social aquí, podíamos invitar a alguien para no estar de sujetavelas. Te dio calabazas la de Alderwood, y entonces llamaste a otra amiga, que decidió llamar a una amiga, que llamó a otra amiga y...

—No, ni empieces. *Tú* llamaste a *dos* amigas distintas y empezaste la mierda —replicó Brian.

—¿Qué tal si admitimos que simplemente somos buenísimos organizando fiestas, incluso cuando ni siquiera entraba en los planes? —comentó Thomas.

Trey se rió con disgusto.

—Sí, porque no sois vosotros los que os vais a joder teniendo que buscar un hotel para mascotas a última hora, que cuesta un ojo de la cara, ¿verdad, hijos de puta?

Toby gimoteó, molesto por la palabra. Por lo visto, prefería dormir en la cama con Trey y Aurora antes que ir a un hotel para mascotas.

—Easton está haciendo una fiesta de pijamas con los amigos —comenté—. Toby se llevaría muy bien con los niños. Puede que a Tamara no le guste la idea, pero le gustan los gatos.

—¿Quién es Tamara? —preguntó Treyton.

—La ama de llaves de mi casa —expliqué—. Mi madre sabe llevar muy bien a los niños, así que Toby solo se divertiría; ella lo apartaría si los niños se volvieran locos.

—Eso suena mejor que tener a mi mujer echándome la bronca —admitió Hartley.

—¿Por qué tu mujer se volvería loca por...? —La voz de Aurora se apagó en cuanto entró en la casa, dejando caer el bolso del hombro mientras endurecía la expresión al mirar al culpable de todo—. Patrick, en serio, tienes que parar con las fiestas.

—¡Ni siquiera vives aquí! —replicó él, malhumorado—. ¡Y la culpa no fue solo mía!

Brian hizo una mueca, volviendo a empujar un sofá con ayuda de Nathan, que había empezado a moverse antes de meterse en alguna discusión.

—Bueno, está resuelto —esbocé una sonrisa forzada, decidida a no avivar más la discusión entre los partidarios de "fiesta" y los de "social"—. Y, de todas formas, ¿cuánta gente se espera?

Nathan me lanzó una mirada culpable, lo que me hizo entrecerrar los ojos.

—Eh... ¿Unas trescientas? —supuso Edward.

—¿Y cabe toda esa gente en esta fraternidad? —pregunté, incrédula.

—Te sorprenderías, Fitzroy —provocó Patrick, guiñándome un ojo.

—Aparta la mirada —refunfuñó Nathan.

¿Cómo era posible que aquellos tíos aún no se hubieran matado viviendo bajo el mismo techo?

La idea era juntar los dos mundos de Nathan en el karaoke, sobre todo por culpa de Alexander, que pensó que era una gran idea invitar al equipo de Nate a la reunión que teníamos planeada —mía, suya y de Rika—, y yo, sinceramente, no estaba en contra, pero, al echar cuentas de cuánta gente sería, no iba a funcionar.

Entonces Nate propuso que hiciéramos algo en su casa, ya que él y Alex parecían centrados en intentar conocerse mejor, y así fue como, claramente, las cosas se salieron de control. Debería haberme dado cuenta.

Los otros hermanos de Nate y Alex aún no parecían dispuestos a aceptar algunas cosas, así que no se unirían a nosotros tan pronto.

Solté el aire, sorprendida por todo lo que se desarrollaba ante mí, y entonces vi a Alex llegar, animado, llevando consigo una botella de su champán favorito, acompañado de otros dos guardaespaldas, lo que elevaba aún más la cifra ya demasiado alta para aquel salón.

Dios mío... ¿Cómo iba a caber *tanta gente* en aquella casa?

—¿Me he perdido algo? —preguntó.

—Solo el hecho de que ahora estamos organizando una fiesta —informó Nathan a su hermano—. A última hora.

Alexander se encogió de hombros.

—Menos mal que he traído bastante bebida. El coche está lleno.

Sonreí al oír eso, negando con la cabeza y quitándome el abrigo, remangándome las mangas.

—Vale, ¿en qué puedo ayudar?

—Poniéndote un vestido cort...

Patrick gimió con el puñetazo que recibió en el estómago, y entonces se rió para sí.

—Joder, nunca falla provocar a Nathan contigo, con todo el respeto, Fitzroy.

—Solo si eres masoquista —comenté, al oír la risa de Aurora.

Y así fue como ayudé a una fraternidad a organizar una fiesta a última hora.

En un momento, pedíamos solo veinte tartitas —algo de que a Aurora le gustaban mucho—. Después de eso, el pedido aumentó a doscientas. Y a veinte pizzas. Y a mucha más bebida barata, refrescos y bebidas energéticas.

Después colgábamos banderas de Northride y del equipo de hockey por las paredes y por la escalera. A continuación, cambiaron las luces para que la casa tuviera más ambiente de discoteca y menos de casa.

Mientras tanto, uno de los guardaespaldas de mi madre pasó a recoger a Toby y a Aussie, mientras Aurora intercambiaba números para poder mantenerse informada; veinte minutos después, empezó a recibir fotos y más fotos de Toby metido entre un grupo enorme de niñitos, con cara de plena felicidad. Y de Aussie en la cama de mi madre, viendo *Outlander* con ella.

Mi padre le había hecho prometer que terminaría la serie por él. Ya estaba casi al final de los episodios estrenados.

Rika llegó cuando la casa empezó a llenarse, riéndose para sí.

—Me estaba preguntando si nuestro karaoke improvisado se había convertido en la misma fiesta de la que acabo de recibir un mensaje promocional.

Y me abrazó, sonriéndome.

—Nunca pensé que te vería en una fraternidad, y me encanta verte aquí. Además, qué rueda de prensa de la hostia, joder. Ya sabía que eras brillante, pero estuvo de puta madre. Varias revistas de negocios están publicando que eres el futuro de Fitzroy y la elección acertada. ¡Y no hace ni una semana que asumiste la presidencia! Por cierto, si están buscando becarios que quieran cobrar bien...

Me reí al oír eso, negando con la cabeza.

—¿Cómo te fue en aquel examen? —pregunté, acordándome de los mensajes preocupados que había recibido.

Rika torció el gesto.

—No vamos a hablar de eso.

Eso me hizo reír otra vez, sacudiendo la cabeza.

—Sabes que Andrew Montclair no viene, ¿verdad? —comenté, medio preocupada—. Deberías superarlo, Rika.

Ella suspiró, sin mirarme a los ojos.

—Ya está con otra, lo sé. Creo que nunca estuvo por mí. Lo estoy superando.

Un jugador de hockey se detuvo a nuestro lado. Soltero, además. Josh le dedicó una sonrisa leve.

—Josh, portero de Northride. Romántico incorregible —se presentó, galante—. He oído que estás soltera, Scadelton.

Ella se rió, sorprendida.

—Sí, Josh. Lo estoy.

—No por mucho tiempo —dijo con una sonrisa, besándole la mejilla con tranquilidad antes de ir hacia la cocina, animado por algo.

Rika arqueó las cejas ante aquello, totalmente incrédula.

—¿No tienen algo sobre no relacionarse con las Scadelton?

—Lo tienen —me reí—. No funcionó con Trey ni con Nate —advertí.

Ella sonrió, asintiendo mientras miraba a su alrededor. La música ya había empezado a sonar, aunque aún no estaba tan alta.

—¿Puedes estar aquí? —susurró a mi oído—. Quiero decir, ¿y si se filtra una imagen tuya borracha?

Dennis resopló detrás de mí, mirando alrededor y ajustándose el pinganillo.

—No se va a filtrar ninguna imagen suya.

—Y tengo una tolerancia altísima al alcohol, Rika. ¿Lo has olvidado? —advertí.

Ella sonrió, ladina.

—No al alcohol barato, amiga. El alcohol barato humilla.

Y, para empezar la noche, Brian levantó una botella de vodka barato en mi dirección, como si estuviera de acuerdo con las palabras de Rika.

—¡ELENA BRADDOCK-FIZTROY! —rugió Brian, secundado por los diez primeros invitados y por el DJ improvisado que acababa de llegar—. Nuestra cuota de Scadelton se está complicando, chicos. Pero, por ti, abrimos una excepción más.

Y golpeó la botella contra el vaso que tenía al lado, lo llenó y me lo entregó mientras me hacía señas con el dedo.

—Bébetelo todo, presidenta.

Me reí al oír eso, pero vacié el vaso de un trago.

La gente fue llegando. Nadie me miró mal. Nathan y yo bailamos en la pista de baile improvisada en el espacio abierto por los sofás. Trey y Aurora compitieron contra Nathan y contra mí al *beer pong* —y ganaron; yo era terrible, aunque Nate fuera buenísimo—.

Rika desapareció en algún momento, regresando al mismo tiempo que Josh.

—¡Pa dentro, Fitzroy! —Thomas me entregó otro vaso.

Bebí unos cuantos vasos más de un vodka que era malísimo de cojones. Al menos el champán de Alex estaba bueno, pero a él no parecía importarle mucho el tipo de alcohol que estuviera ingiriendo, no mientras tuviera a dos animadoras colgadas de los brazos, una a cada lado.

Él estaba cumpliendo un sueño, solo para que conste. En realidad, el sueño era más específico, pero necesitaba sus contactos para conseguir la orgía que siempre quiso. Y no, no voy a entrar en el fondo de la cuestión porque ya intenté hablar con él sobre eso y sobre el hecho de que haría que su padre se volviera loco con tantos acuerdos de confidencialidad.

—Esta es mejor, Elena —advirtió Trey al cambiar mi vaso vacío por uno lleno.

Nathan lo observaba todo como un águila, pero no impidió que nadie me llenara el vaso.

Bebí una botella más de cerveza. Mezclé algo con una bebida energética —una combinación que Aurora me enseñó a hacer, orgullosa de sí misma porque la había aprendido de la amiga que no pudo ir a la fiesta, una tal Chloe—.

—El champán de tu amigo es mejor —ofreció Brian, entregándome la botella tras servirse media botella en el vaso.

Y sí, así fue como me pillé mi primera borrachera. Toda una experiencia universitaria increíble que pensé que nunca tendría.

Bailé muchísimo, incluso más de lo que esperaba que fuera posible, mientras cantaba cada letra de las canciones que recordaba, con Nate delante de mí, detrás de mí, haciéndome girar por la pista, besándome, abrazándome.

Ninguna imagen filtrada, tal como prometió mi guardaespaldas —y para la infinita alegría de todo el equipo de relaciones públicas de Fitzroy—.

Hostia puta. Gemí mientras respiraba con dificultad después de otra oleada de vómitos.

Nathan se rió por lo bajo mientras me sujetaba el pelo y yo maldecía a todos los miembros de su equipo.

—¿Cómo es posible que aún quede algo aquí dentro? —refunfuñé, girando el rostro y mirándolo, viendo cómo todo daba vueltas—. ¿Cuánto bebí, Nate?

Él se rió al verme, limpiándome el rabillo del ojo. Parecía que tenía cuatro ojos y diez dedos en una sola mano.

—Perdí la cuenta, Braddock —dijo, sonriente—. Pero admito que esta es una imagen que nunca voy a olvidar, *bravita*.

Fruncí el ceño, sacudiendo la cabeza hacia él.

—Vas a pagar por esto. —Sentía que se me había trabado la lengua, pero para mí lo había dicho todo perfectamente—. ¿Y qué historia del *cooler* era esa de la que Aurora estaba hablando con Trey?

Él sonrió, travieso.

—Como mi novia, tienes *un único* evento oficial fuera de la pista de hielo.

—Mmm... —Parpadeé, sintiendo que las náuseas volvían a subir, pero no salió nada—. ¿Y qué es?

Dios mío, el baño del segundo piso de la fraternidad giraba demasiado rápido. Nathan había dicho en algún momento antes que era bueno que estuviera echándolo todo fuera, pero en aquel momento no parecía bueno, no.

—Una semana en un campamento. Ya lo estamos mirando para reservar la zona, porque dentro de unas semanas estará todo

reservado para el verano; por eso salió el tema. Algunas de las chicas decoran los *coolers* y hacen un montón de cosas, pero tú no necesitas hacer eso.

Fruncí todavía más el ceño.

—¿Por qué no lo haría?

—¿Lo harías? Es una semana de viaje lejos de Fitzroy.

Me encogí de hombros.

—Ahora estoy borracha, pero mi respuesta sería la misma estando sobria. Me las arreglaré. Es un evento oficial, ¿no? No puedo faltar a eventos oficiales.

Creo que algo no tenía sentido en aquella lógica, pero, sinceramente, en ese momento ni siquiera sabía si era capaz de pronunciar mi nombre completo.

Él se rió, negando con la cabeza.

—Joder, Braddock, te quiero de la hostia.

—Y sí voy a decorar el *cooler*. Nadie va a tener un *cooler* más bonito que el mío. —Levanté la mano que no estaba usando para apoyarme en el váter, pero enseguida volvió a caer sobre mi pierna, inerte—. Sé cuál es la tradición; los jugadores de Scadelton también la hacen.

Él tomó aire.

—Entonces, ¿eres competitiva?

Bufé, mirándolo con desdén. *Pero claro que sí.*

El siguiente recuerdo que tenía, sin embargo, era el de despertarme en la cama de Nathan, agarrada a él y llevando puesta su camiseta de Northride.

Gemí de inmediato por el dolor de cabeza, que llegó martilleándome junto con una laguna en algunos recuerdos de después de aquello, y entonces oí la risa que vino después, la de él.

—¿Recuerdas algo, Braddock?

Me reí con desdén, sintiendo la humillación golpearme al mismo tiempo.

—Por desgracia. Preferiría haberlo olvidado todo. ¿Cómo he acabado en tu cama?

Otra risa suya.

—Parecía que te habías quedado KO, pero los vómitos también cesaron. Te di un baño, te sequé el pelo y te metí en la cama.

Escondí la cara en la almohada, sintiendo su risa contra mi hombro cuando me besó allí.

—Nunca habías tenido esta experiencia, ¿verdad? —comentó, y yo asentí.

—No, nunca —admití, girándome e intentando abrir los ojos. Incluso la luz tenue que venía de la calle me hizo palpitar la cabeza, pero me obligué a mirar a Nathan.

Sonreía de oreja a oreja, acariciándome la cara.

—Entonces está bien saber que ahora es la hora a la que te tomas la medicina y te levantas para trabajar, porque tienes una empresa que dirigir después de pillarte una borrachera orquestada por mi equipo. ¿O pensabas que bebiste tanto porque fuera normal? Fue a propósito.

Escondí la cabeza en su cuello, sintiendo cómo su pecho vibraba con otra carcajada.

—Hostia puta —me salió amortiguado por su piel. Otra carcajada, esta vez más alta, resonó.

—Bienvenida al equipo, Braddock.



65

Haz realidad el deseo de cumpleaños ✓

Elena

Nathan estaba peleándose. Un puñetazo impactó contra su casco.

—Creo que voy a ponerme mala —dije, con una mano en la boca y la otra en la nuca, intentando seguir respirando.

—No te va a pasar nada. Él va a estar bien —comentó Aurora mientras masticaba otra palomita, como si Trey no estuviera en la caja de penalización por haberse metido en una pelea fuerte minutos antes. Tenía sangre escurriéndole por un lado de la frente, pero un paramédico ya lo había revisado y no había sido nada grave.

Ni siquiera *parpadeaba* cuando Trey peleaba. Yo nunca iba a entender eso; hubiera crecido entre jugadores o no, mi corazón se me había parado mientras veía salir volando el casco del otro jugador y cómo los separaban.

La final del *Frozen Four.* El clásico Scadelton *versus* Northride no existió, porque era contra la Universidad de Michigan, y yo, definitivamente, no llevaba la camiseta de mi universidad.

Llevaba la camiseta de Nathan Barlow. El número 34 enorme en mi espalda.

—Sabe arreglárselas —comentó Alex, tranquilo, mientras observaba a las animadoras sentadas en fila, más a la izquierda.

Tres meses asistiendo a todos sus partidos en la arena no me habían preparado de ninguna manera para aquel partido. Era diferente. Era más... denso.

Aficiones organizadas. Tambores e himnos. Cámaras de televisión por todas partes. Periodistas entrevistando a todos y cada uno de los jugadores. Animadoras con coreografías capaces de matar a alguien. Los colores de las universidades proclamaban que aquello era una guerra mientras los alumnos se pintaban la cara. Mascotas animando a las aficiones para que se movieran mientras no paraban ni un minuto. Mi pecho retumbaba de ansiedad.

Las finales del *Frozen Four* parecían una temporada aparte. Los jugadores sabían que eran los mejores jugadores universitarios de la temporada. Eran conscientes de que era todo o nada. Llevarse la copa o arrepentirse amargamente por no haber ido con todo.

Y, *joder*, Northride quería ganar de verdad. No había ni *un jugador* sobre el hielo que no estuviera con los ojos encendidos.

Era el tercer periodo, quedaban menos de dos minutos para terminar, y la Universidad de Northride iba ganando por tres a uno. Bastaba con mantener la confianza sobre el hielo y vencerían. Ni por un milagro la *UMitch* conseguiría remontar aquel resultado.

No con Josh en la portería, mirándolos como si fuera el propio villano de una historia de cómic infantil. *Hoy no vais a llevaros esa copa, hijos de puta*, era lo que decían sus ojos muy abiertos y su sonrisa maliciosa mientras se mantenía en posición, 100 % concentrado sin apartar la vista del *puck*.

Easton casi saltaba por encima de mi madre, intentando meterse en el partido él mismo, gritándole a Nathan que pegara más fuerte. Claro que sí.

—¡TÍRALO AL SUELO, NATE! ¡ACABA CON ÉL! —era lo que mi hermanito gritaba, ya casi sin voz. Mi madre, en cambio, parecía una mezcla de aterrorizada y conmocionada. Era el primer partido universitario que veía en la arena.

Otro puño, empujones.

Nathan y el otro jugador fueron separados del todo en aquel momento, con los árbitros señalándolos con el dedo en la cara, y siguieron en la línea, sin ir a la caja de penalización por la razón que fuera. Mientras tanto, Trey por fin pudo patinar de vuelta al hielo.

El disco tocó el hielo otra vez. Y sé que ahí, en aquel momento, dejé de respirar.

No creí que fuera a ver lo que ocurrió a continuación. Ni siquiera sé cómo conseguí quedarme sentada en la grada.

Sé que Thomas le pasó el disco a Trey, con Nathan en la retaguardia mientras atacaban a la *UMitch* sin compasión alguna. Y entonces, en aquel segundo, lo vi ocurrir.

Trey siguió avanzando, pero no el disco. El disco se quedó atrás. Toda la afición a su alrededor estaba en silencio, ya fuera la de la Universidad de Michigan o la de Northride.

Todo parecía a cámara lenta.

Nate tocó el disco. El stick casi se dobló con la fuerza que usó.

Y lo hundió en la red detrás del portero de la universidad rival, yendo directo contra el cristal antes de seguir patinando.

Y entonces Nathan Barlow se arrodilló mientras se deslizaba por el hielo, colocándose un anillo invisible en su propio dedo.

Las gradas ya se habían vuelto locas antes; él ya había marcado otros goles, pero ninguno como aquel.

Ninguno arrodillándose y haciendo una propuesta de matrimonio implícita.

Cuando se levantó, siguió patinando hasta donde sabía que yo estaba y señaló certeramente en mi dirección, sonriendo tras el casco.

Habían ganado el *Frozen Four* —solo faltaban cuarenta y ocho segundos para que acabara el partido—, y Nathan...

Yo estaba paralizada ante aquello, porque conocía la broma y la promesa. Estaba segura de que se lo había tomado en serio, pero él nunca me lo había pedido.

Nathan nunca se había arrodillado para hacer la petición, aunque había marcado varios goles desde que asumimos todo en enero, tres meses antes.

Cuando el partido terminó, en el momento en que resonó la señal, cuando gritaron, echándose unos encima de otros, y todo el equipo invadió el hielo, incluido el entrenador y el asistente, conforme levantaban la copa... Era felicidad pura. Las gradas vibraban.

Creo que nunca había sentido esto antes. Nunca había sido tan feliz, tan profundamente realizada, por algo que ni siquiera tenía

nada que ver conmigo. El título era enteramente de Nate, por mérito propio, sudor y *sangre* suyos. Él lo había conquistado.

Trey *lloraba* mientras sus amigos lo ovacionaban, levantando la copa por encima de la cabeza como capitán.

Y entonces oí el sollozo y el grito de Aurora, que resonó demasiado alto en mis oídos.

—¡YO TE LO DIJE!

Y, siendo justa, sí que me lo dijo. Varias veces, repetidas veces.

¿Se equivocó al decir que sería el clásico? Sí, ¿pero a quién le importaba?

Me limpié las lágrimas que yo misma derramaba, sorprendida por la felicidad en el pecho. Entonces, eso era animar a un equipo. A alguien.

Tenían que salir del hielo rápidamente para prepararse para algunas fotos, y en cuanto vi el movimiento, me moví yo también, esquivando a la gente, incluidos mi madre y mi hermano, y salté la valla divisoria en ese mismo instante, y enseguida unos brazos me rodearon en el mismo segundo.

Nathan estaba sudado, claramente exhausto, parecía que su piel estaba ardiendo y... Dios mío, *a la mierda*.

Empezó a agacharse otra vez, pero lo sujeté, negando con la cabeza y sonriendo de oreja a oreja.

—Sí, Nathan. Joder. Sí, sí, sí —dije, repitiéndolo, conmocionada—. Por eso dijiste que iba a ser un partido completamente diferente; esto... es absurdo. —Solo entonces noté que mi voz estaba ronca de tanto gritar yo también.

—Cásate conmigo, Braddock. En cuanto entremos en vacaciones de verano. Este año. Ahora —dijo, con la voz temblorosa, el rostro chorreando sudor.

Me reí por eso, arrancándole el casco de una vez y juntando nuestros labios.

—Solo si ya tienes el anillo —afirmé en cuanto aparté mis labios de los suyos.

Se rio.

—Dame cinco minutos y vuelvo con él. Está en el vestuario.

Y me limpió la cara, por la que todavía se deslizaban algunas lágrimas.

Nathan recibió una fuerte palmada en el hombro de Trey, que nos sonreía.

—¿Qué tal si dejamos la propuesta de matrimonio para después? —preguntó el capitán de Northride—. Todo el mundo sabe que aquello fue una propuesta y vas a tener que lidiar con la prensa por eso, pero ahora ganaste el *Frozen Four* y conseguiste a tu chica. Tenemos que hacer una foto del equipo sobre el hielo.

Un guardia de seguridad sujetaba la copa, con un representante de Northride justo al lado, y noté que aquello iba muy en serio. No era como yo había pensado que sería: solo un premio universitario. Era jodidamente serio. Había guardias de seguridad vigilando la copa.

Sonreí ante la escena, pero Nathan no se movió, mirándome fijamente.

—¿Por qué no quisiste saber lo que pedí por mi cumpleaños? —Parecía molesto, pero al mismo tiempo ansioso.

—Porque solo se puede contar después de realizarlo.

—Exactamente. —Sonrió de oreja a oreja, y entonces lo noté—. Pedí conseguir mi plaza en la NHL con la mujer de mi vida justo a mi lado. Acabo de cumplir esa mierda —se rio, incrédulo, al levantarme del suelo, con las manos todavía a mi alrededor. Eso me hizo reír a mí también.

—Entonces ve y hazte la foto, Barlow. Voy a estar aquí de todas formas después.

—¿Cuántos goles tengo que marcar para el primer hijo? —preguntó antes de seguir su camino, arrancándome una sonrisa.

—Hablamos de eso después de que ganes tu primera *Stanley Cup* —bromeé.

Sonrió, pícaro.

—Sabes que los *Knights* ganaron la temporada antepasada, ¿no? —provocó.

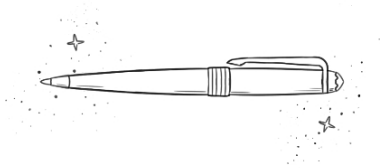
—Ve ya —me reí, empujándolo—. Voy a estar justo aquí, bueno, no literalmente *aquí*. Justo allí. —Señalé hacia atrás mientras lo sentía reír, y solo entonces vi a un periodista mirándonos.

—¿Una foto, por favor? —pidió, con los ojos casi brillando.

Suspiré, pero Nathan me atrajo hacia él, colocándome delante de su cuerpo y abrazándome por detrás, sonriendo de oreja a oreja.

—Puedes contárselo al mundo entero, tío. La mujer de mi vida ha dicho "sí".

Flash.



[EXCLUSIVA] ELENA BRADDOCK-FITZROY DIJO "SÍ" A NATHAN BARLOW-BERNARD-ROTHON

La presidenta del Conglomerado Fitzroy dijo "sí" anoche a la propuesta de matrimonio de su novio, jugador de hockey y futuro fichaje de la NHL, después de que él marcara el último gol de la temporada universitaria de hockey sobre hielo y ganara el *Frozen Four*.

*Publicado hoy, a las 10:42, por **Cams LaFont***

La pareja protagonizó uno de los mayores escándalos empresariales de la década después de que Elena Braddock-Fitzroy provocara la apertura de una investigación contra la propia empresa al asumir la presidencia y la gestión del conglomerado Fitzroy. Esa misma investigación se saldó con la condena de su abuela, Eloise Fitzroy (lea más sobre los crímenes por los que fue condenada aquí), a pagar 305 millones de dólares en multas y culminó en el despido de varios ejecutivos en innumerables empresas de América del Norte.

Eloise Fitzroy también fue investigada por crímenes contra su propia familia y condenada a cinco años de prisión, dos de ellos podrían cumplirse en régimen abierto, por delitos de odio contra sus nietos, Elena (21) y Easton (8) Braddock-Fitzroy, además de la viuda Taelyn Braddock-Fitzroy. La presidenta de Fitzroy, Elena, fue quien garantizó esas condenas tras declarar en todas las vistas contra su

propia abuela. También declararon otros testigos importantes, como el actual gobernador de Massachusetts, Charles Bernard-Rothon.

Un ejecutivo de renombre cuya carrera fue destruida por los crímenes cometidos fue Hunter Bradford. Nos pusimos en contacto con su equipo para obtener más información el mes pasado, tras el veredicto (lea aquí); sin embargo, nos informaron de que Hunter ya no tiene representación legal ni de relaciones públicas. La multa de 25 millones de dólares no ha sido pagada hasta el momento.

Las investigaciones avanzaron rápidamente con el FBI por la participación activa de Fitzroy Inc., que garantizó todo el apoyo y la documentación necesaria a los agentes. Elena Fitzroy fue elogiada por abrir sus registros fiscales y su documentación sensible. Ya nos concedió una entrevista sobre su actuación en la investigación; léala aquí.

Sin embargo, la noticia bomba del año es otra. No es ningún secreto que muchos ejecutivos de Fitzroy estaban preocupados por que una mujer tan joven asumiera la presidencia, pero Elena Braddock-Fitzroy demostró ser una gran gestora, capaz de equilibrar la vida personal y la profesional, más aún en medio de una crisis político-jurídica iniciada por ella misma, pero causada por su abuela. Fue vista en eventos deportivos (lea más sobre el equipo de hockey sobre hielo de la *University of Northride* aquí) de su ahora prometido, además de haber viajado con su equipo a un evento privado desconocido, dejando el mando de la empresa en manos de Alph Turmann durante una semana, quien declaró que no hay mejor liderazgo que el de la heredera de su gran amigo Henry Fitzroy, anterior presidente.

Ya había fuertes rumores de que Nathan Barlow-Bernard-Rothon (puede leer más sobre el hijo secreto del gobernador Charles Bernard-Rothon aquí) y la presidenta de Fitzroy Inc. llevaban tiempo planeando una boda, pero la confirmación llegó anoche, cuando Nathan se arrodilló sobre el hielo y se colocó un anillo imaginario en el dedo, señalando justo después a la novia en las gradas.

El gobernador Charles también siguió el partido desde su residencia, tras declarar que no asistiría para no desviar la atención

de su hijo, y publicó una foto en las redes sociales celebrando el compromiso justo después del gol.

Cuando le preguntaron, tras el final del partido, sobre la boda y sobre cómo lidiarían con las cuestiones profesionales —porque Barlow tiene un contrato listo para firmar con un equipo de la liga nacional (NHL) en Las Vegas (lea más aquí), y Elena Fitzroy necesita estar con regularidad en la sede de la empresa, en Boston—, Elena Fitzroy solo sonrió, pero aceptó responder a la pregunta.

"Si tuviéramos miedo de que eso fuera un problema, él no me habría pedido matrimonio y yo no habría respondido que sí. Creo que puedo decir con certeza que somos un gran equipo, entendáis o no el chiste interno. Nos entendemos, hablamos mucho, tomamos decisiones juntos, él sabe cuáles son mis preocupaciones y me apoya, yo sé cuáles son las suyas y lo apoyo. Si esto no fuera lo bastante fuerte, no seríamos la pareja que somos".

Creo que, como ella, podemos decir con certeza que estamos ansiosos por echar un vistazo a la boda del año. Pero, sobre eso, Elena Braddock-Fitzroy optó por guardar silencio, limitándose a esbozar una sonrisa de quien sabe más de lo que dice antes de ser abrazada por su propia madre.

Y con esto, damos por terminado nuestro reportaje. Esperamos que nuestra próxima noticia sobre la pareja sea para anunciar la fecha de la boda.

—Se olvidaron de poner a Easton gritando a pleno pulmón que es quien va a llevarme al altar —le señalé a Nathan mientras apagaba la pantalla del móvil; él se echó a reír en respuesta.

—Tampoco mencionaron cuánto te amo —ronroneó.

—No hace falta. —Me giré, montándome sobre él en el sofá y pasando las manos por su nuca—. Quien necesita saberlo, ya lo sabe.

Y su boca estaba contra la mía.

—¿Creéis que si le hago una foto a esto y la vendo, saco un buen dinero? —Brian interrumpió nuestro beso con la provocación, malicioso, lo que me hizo reír contra los labios de Nathan, que también se rio al mirar al compañero de equipo.

Apoyé la cabeza en el pecho de Nathan, negando para mis adentros mientras respiraba hondo, simplemente apreciando aquel momento.

Entonces fruncí el ceño, confundida.

—¿No se supone que tenías que estar haciendo un examen ahora?

—Ya lo hice —se rio Brian—. Pensaste que ibais a tener la casa para vosotros solos, ¿eh? No te preocupes, subo.

No voy a negar que era gracioso ver a un atleta de alto rendimiento tener que hacer un examen después de ganar el campeonato universitario más importante para él, lo que solo me hizo sonreír aún más.

Nathan me besó la mejilla, llamando mi atención hacia él, mientras mi sonrisa seguía en el rostro.

—Dentro de poco tengo que irme, tengo una reunión —informé.

Gruñó, asintiendo mientras me apretaba más entre sus brazos.

—Mi contrato y mi mujer —dijo, serio, arreglándome el pelo—. ¿Vas a hacer la transición? —preguntó en cuanto notó que no me había alisado la raíz.

Asentí, soltando el aire.

—Voy a intentarlo. ¿Sabes hacer trenzas? —pregunté yo.

Nate frunció el ceño ante la pregunta.

—Creo que sí. Le hice una o dos a Emery cuando yo era más pequeño.

Sonreí de lado.

—Genial. Aún no sé cómo me siento con dejarme el pelo natural, pero la abuela dijo que solo lo sabré cuando lo intente.

—Hay unos productos muy buenos para moldear los rizos. He estado investigando —admitió.

Yo solo podía sonreír.

—¿Cómo es que nunca te conocí antes, Nate? ¿Cómo es que nunca nos cruzamos y...?

Se encogió de hombros, ladino.

—Ya te dije que había sido en el momento adecuado. Exactamente como tenía que ser.





Primer epílogo:
Firma el contrato ✓

Elena

Un año después

—No debería haber venido en avión, te lo dije —se quejó, con cara verdosa mientras caminábamos por la zona interior del estadio de los *Knights* cogidos de la mano.

Mi alianza de boda rozando su mano derecha. Su alianza de boda reluciendo mientras caminaba, confiado a pesar de estar a punto de echar todo el almuerzo que habíamos tomado en el jet.

Miré a mi alrededor, analizándolo todo. El estadio era enorme, increíble. Muy parecido al de los *Bruins*, pero al mismo tiempo muy diferente. Los nombres de los jugadores colgaban allá arriba, y pronto el de Nathan también estaría.

El hielo no cubría su centro en aquel momento, la pista desmontada porque no estaban en temporada de partidos, pero pronto volverían a montarla y dejarían atrás la configuración de baloncesto.

—Eso es ansiedad, Nathan. Es normal.

—Fue el avión —desvió el tema, negando con la cabeza.

Un ejecutivo nos esperaba y nos sonreía.

En cuestión de minutos, estábamos en la sala de reuniones. Era solo un acto, la oficialización de un contrato previsto desde hacía

cuatro años y que ya había sido revisado por el equipo jurídico de Nathan —y también por el mío—. Todo estaba en orden.

Dos años, bien asentado en el equipo, antes de que consideraran una ampliación, un nuevo contrato o que se fuera a otro equipo, en caso de que alguno estuviera interesado.

Yo esperaba que se pelearan por Nathan. Esperaba que su salario aumentara aún más. Él ya parecía impresionado con los millones previstos, pero sabía que podía aumentar. Y, por último, esperaba que acabara en Boston. No era mi prioridad, prefería que lo fichara un equipo que tuviera capacidad de ganar una *Stanley Cup*, pero sabía que, cuando llegara la hora, volvería a casa. A nuestra casa.

Teníamos un plan claro respecto a eso: cuando él estuviera consolidado en un equipo cercano, en concreto en los *Bruins* (si era posible, claro), empezaríamos a vivir en la misma casa de forma regular, como habíamos hecho el último semestre, y no solo los fines de semana o en eventos a los que yo viajaría para estar cerca o a los que él iría para verme. Entonces, aprovecharíamos el tiempo de casados y, después de al menos tres años, planearíamos tener hijos.

Era el plan. Ya estábamos casados, pero los próximos años serían complicados, con idas y venidas y un matrimonio a distancia. No sería fácil, pero tampoco imposible, y nos las arreglaríamos, como yo me había apañado para estar con él en Las Vegas en aquel momento, firmando el contrato.

No es que Tici no estuviera irritada por tener que alterar mi agenda, una vez más entre incontables ocasiones, pero ella sabía que era una regla mía. Haría todo lo que estuviera a mi alcance para estar presente en la vida de aquellos a quienes amaba, como mi padre había hecho conmigo, Easton y mi madre.

Grabé todo, haciendo una videollamada con Charles, mi madre junto a Easton y Audrey, que estaba con su padre en aquel momento, con el móvil de Nathan.

Habíamos conseguido salvarla de su propia madre, y eso le había quitado un gran peso de encima a Nate en cuanto a mudarse tan lejos. La custodia ya se había resuelto hacía algunos meses, y el tipo era estupendo. Mejor que Roanne —que se había fugado de otra clínica de rehabilitación días antes—, sin duda.

Multiplicándome para registrarlo todo con fotos y vídeos porque también contenía las lágrimas de orgullo. Podía ver cómo le temblaba un poco la mano antes de cerrar y firmar todos los documentos, y luego se le volvía más firme al soltar el aire y estrechar algunas manos de tipos importantes en el mundo del deporte, y en pocos minutos se hizo la foto con la gorra del equipo, al mismo tiempo que los ejecutivos ya empezaron a preguntarle por su número, de si le gustaría mantener el que usaba para jugar en la liga universitaria o cuál quería.

Parecía que solo querían sonsacarle la información, pero, al mismo tiempo, eso me hizo sonreír todavía más.

Preguntaron si mantendría el treinta y cuatro y, aunque él me había dicho que había pensado en cambiarlo por el día en que nos casamos —veintiuno de junio, solsticio de verano, y sí, hacía un *calor de la hostia*—, dije que me gustaba el treinta y cuatro. Era solo suyo.

Así que sería el treinta y cuatro.

—No sé si podemos pedir esto, señora Fitzroy, pero ¿acepta una foto también? —preguntó uno de los ejecutivos, algo incómodo—. Sé que su equipo de RR. PP. es complicado.

Solté una carcajada al oír eso, bajando el móvil de Nathan y dejando de hacerle fotos.

—Me han dado permiso por hoy —bromeé, viendo a algunos de los hombres reír antes de unirme a ellos en la tarima de la sala de reuniones y conferencias y ponerme una gorra también—. Mi hermanito va a matarme por traicionar a los Bruins —añadí, risueña.

Las risas llenaron la sala, incluidas las de Nathan.

Y allí estaba, aquella sonrisa.

Era por esa sonrisa por la que habría renunciado a Fitzroy un año antes sin ni siquiera pestañear.

Me besó la sien, arrancándole una nueva foto animada al fotógrafo, pero yo sabía que no era por la foto. Era porque conocía los motivos de que mis ojos estuvieran llenos de lágrimas.

Otro sueño cumplido juntos.



Segundo epílogo:
Vive el sueño ✓

Nathan

Siete años después

Me reí de la imagen frente a mí, grabando a Elena intentando patinar sin ningún apoyo.

—Braddock, por el amor de Dios —me reí, incrédulo, mientras ella se sujetaba a la barandilla—. *Bravita*, ya has pasado por esto *siete veces*. En algún momento tendrás que dejar de caerte.

Me miraba como si planeara matarme durante la noche, y no dudaba de que el plan se estuviera elaborando *realmente* en su cabeza.

Aurora pasó junto a nosotros riéndose, deslizándose a toda velocidad sobre el hielo, haciendo que Elena se irritara todavía más.

—¿*Cómo* hace para que parezca tan... —Trey se cruzó por delante de nosotros, intentando alcanzar a su esposa— fácil? —bufó.

Me reí por eso, fui hasta ella y la ayudé a estabilizarse de nuevo, besando sus labios con suavidad.

—Despacio, ¿te acuerdas?

Estábamos en una pista de hielo exterior, en un evento abierto para que los aficionados de los Bruins asistieran, mientras los jugadores estaban con sus familias. Algunas esposas y novias tenían tanta dificultad como Elena, pero Aurora era la estrella del evento. Ni

siquiera prestaba atención a las cámaras, simplemente se divertía patinando.

—Sí, sí, ya lo sé —se quejó, consiguiendo mantener el equilibrio.

Empecé a patinar a su lado, cogiendo por fin el ritmo con ella. La sonrisa apareció después de eso, y pasamos a dar algunas vueltas por la pista exterior. Le coloqué bien el abrigo a la altura del cuello, cubriéndole la clavícula mientras patinaba de espaldas a ella, sabiendo que los fotógrafos del equipo estaban en masa y que alguno que otro de la Fitzroy también trabajaba duro para conseguir buenas imágenes.

Estábamos en un evento de relaciones públicas, al fin y al cabo.

Era difícil conseguir acuerdos entre los equipos con los que trabajaba y la Fitzroy, por el uso de la imagen de Elena con los equipos y el uso de mi imagen con la Fitzroy, pero, con el tiempo, conseguíamos llegar a un acuerdo lo bastante bueno.

Sonreí al detenerme en medio de la pista, girándome y dejándola de espaldas a la enorme valla publicitaria del parque. Las trenzas de raíz, estilo boxeadora, asomando por debajo del gorro hasta un poco por debajo de los hombros, la sonrisa ladeada de quien sabía lo que yo estaba haciendo.

FORBES WOMAN OF THE YEAR
Elena Braddock-Fitzroy
Presidenta y CEO del Conglomerado Fitzroy

Sonrió aún más cuando saqué el móvil, haciéndole una foto con la valla publicitaria al fondo, negando con la cabeza en cuanto bajé el aparato.

—Sueños cumplidos, Fitzroy. Has conseguido tu título...

—Estabilicé la empresa —completó, patinando con cuidado hasta alcanzarme—. Me casé con el hombre de mi vida.

—Y yo, con la mujer de mi vida —pasé las manos por su cintura, acariciando sus labios con los míos, de la forma en que siempre lo hacíamos—. Estoy en el equipo en el que siempre quise estar, pasando tiempo con mi esposa.

Ella sonrió.

—Cuando no estás entrenando —se rio.

—Y cuando ella no está trabajando. —Sonreí, provocándola a mi vez.

Había un grupo de periodistas esperando para entrevistar a los miembros del equipo; uno de los tipos acababa de salir de allí y una periodista vacilaba entre Trey y yo, los dos únicos que aún no habíamos soltado a nuestras compañeras para que nos entrevistaran.

La ignoré. Que Trey se las apañara.

—Tengo miedo de caerme por el bebé —admitió Elena en voz baja, susurrando.

Sonreí, besándole la nariz.

—Lo sé. No te vas a caer, *bravita*. No esta vez.

—Dentro de siete meses, otro sueño —añadió, acariciando mi barba. Me la había dejado más tupida, pero seguía siendo la misma lata tener que cuidarla. Y Elena no se quejaba cuando yo tardaba en arreglarla, así que todo eran ventajas.

—Joder, me muero de ansiedad por saber el sexo de ese sueño —admití, arrancándole una risa.

—Tranquilo, 34. Aún tenemos tiempo.

—Todo el tiempo del mundo. ¿Te imaginas que sean gemelos?

Ella se rio, pero abrió mucho los ojos, nerviosa.

—Dios mío, ¿y si de verdad son gemelos? La barriga está demasiado grande para ocho semanas, Nate.

Eso me hizo soltar una carcajada que resonó por toda la pista.

Aurora volvió a pasar volando junto a nosotros, solo llegué a ver los dientes blancos por la sonrisa amplia y el pelo negro en un borrón detrás, pero Trey sujetaba su mano. A la mierda la entrevista, supongo.

Elena me dedicó una sonrisa ladeada, mirándome a los ojos.

—Tenías razón cuando dijiste que fue en el momento adecuado.

—Claro que la tenía. ¿Nueve años juntos todavía no te lo han demostrado?

—Ocho años y medio. No exageres —advirtió.

—Y tú sigues siendo tan literal.

Mi mujer se encogió de hombros.

—Te encanta.

—No, Braddock. Te amo. Cada segundo de ti. Cada detalle. Cada momento. Dije hace años que el "para siempre" no era suficiente, y sigo teniendo la misma certeza.

Se acercó con cuidado, bloqueando las puntas de los patines de la forma en que yo le había enseñado, quedándose sobre ellas y alcanzando mi boca, adueñándose de ella.

—Amo cómo sigues siendo el hombre del que me enamoré, pero mucho mejor.

Sonreí aún más por eso.

—Y tú sigues siendo la mujer de mis sueños, Elena. Mi mujer. Siempre fuiste tú.

FIN

(de una historia que me hizo creer en mí misma, *de nuevo*)

No olvides valorar, por favor.
¡Marca una súper diferencia y significa muchísimo para mí!

Y, si quieres echar un vistazo a lo que viene, ¡estate atenta a mi *Instagram* **@cleliakm**! Siempre lo publico todo allí antes (incluidos los protagonistas del próximo libro...) <3

AGRADECIMIENTOS

Empecé este libro sin saber muy bien qué esperar, solo hacia dónde quería ir; el "cómo" siempre es un descubrimiento en esta trilogía, al parecer, JAJAJA. Lo curioso del caso es que lo terminé de la misma forma, pero al menos con la sensación del deber cumplido.

Fue un libro muy fácil de escribir y, al mismo tiempo, muy difícil. No exactamente por los temas, sino porque de verdad quería transmitir el mensaje *correcto*. Aun así, sé que la gente interpreta las cosas de formas diferentes, así que sigo sin saber qué esperar, JAJAJA; solo espero haber hecho un buen trabajo.

Pero, para dejarlo claro: la gente racista tiene que joderse, sí o sí. Soy de uno de los estados más complicados de Brasil en ese sentido, e ignorar ese hecho también sería ignorar que muchas veces oí cosas muy parecidas a las que escribí, y dichas por personas que tampoco quieren aprender. Si me duele a mí, no consigo imaginarlo en personas que, de hecho, se ven afectadas por eso en su vida cotidiana, desde las cosas más simples hasta las más complejas.

Siempre hay formas de mejorar como seres humanos —yo no nací sabiéndolo todo, aún no lo sé todo, ni tú ni ninguna otra persona—, y es importante tener conocimiento para abrir la mente y no ser como Eloise u otros personajes que fueron mencionados. Y debo recordar que, aunque las leyes sean más blandas en Estados Unidos, el racismo es un delito en Brasil.

El punto del libro, sin embargo, no fue exactamente plantear el racismo como un elemento predominante, sobre todo porque de verdad no era el objetivo. Fue mostrar que, incluso con algunas dificultades —y algunas muy graves, al ser *delitos* cometidos contra la protagonista—, sí es posible crecer en un entorno hecho para triturarnos. No siempre, pero a veces sí. Como mujeres, en concreto, los puestos de poder ya son complejos. Todo eso lo tuve en mente cuando escribí el libro, y por eso tampoco tuvimos un *plot* tan dramático o doloroso.

Quería, de alguna forma, reconfortar mi corazón y el de otras personas diciendo que sí es posible tener éxito, ser feliz en una relación y ser respetada. Espero haber conseguido un buen

resultado al reflejar eso en la historia de Elena y Nathan —que fue otra cuestión en la que pensé mucho—. Merecemos que nos hagan públicos, respetados, conquistar nuestros sueños de acuerdo con nuestras habilidades y nuestro esfuerzo... Y todo eso se unió en la historia de ellos. Rara vez comento tanto sobre el *plot* final de un libro al terminarlo, sobre lo que quería transmitir y esas cosas, pero Elena y Nathan fueron algo diferente para mí.

La forma en que escribí el libro fue diferente, aunque no sé si eso fue perceptible para vosotras. La forma en que abordé algunos temas, conmigo misma, también lo fue. Resolví algunas cuestiones aquí dentro, pero me planteé otras preguntas, y uno de mis objetivos fue dejar claro que todos mis libros tienen algo que me gustaría transmitir; algunos son más complejos, otros más simples, pero todos tienen alguna cuestión que me gustaría compartir o alguna forma de tocaros el corazón. No creo que vaya a explicar mucho sobre todos los libros al final de cada uno, pero... Quería que lo supierais. Siempre hay algo que me gustaría que sirviera como enseñanza, como consuelo, como un momento de paz... Sea lo que sea.

La historia acabó siendo la que yo sentía que debía ser; fue como ellos quisieron contármela y admito que también me sorprendió. Fue uno de los libros en los que más cambié escenas del borrador frente a la versión final, precisamente porque vi que no tenía sentido de la forma en que lo pensé y los personajes lo preferían de otra manera.

No había otra forma de contar la historia de ellos. Y, a fin de cuentas, la familia es la que elegimos, como Nathan optó por no repetir los mismos errores que su madre, con una familia rota; como Elena eligió desterrar a Eloise de la vida de los Braddock-Fitzroy, aunque ni siquiera se diera cuenta de que Eloise ya no formaba parte de sus vidas incluso antes de la muerte de Henry... Al final, es eso.

Cada libro es un desafío, y madre mía... Este fue uno de los grandes. La forma en que construí *Defensa Perfecta* fue diferente de la de los otros, y se debió principalmente al clímax con Fitzroy y Eloise. No tengo claro qué pensar de eso, pero sé que fue una buena prueba.

Dicho esto, quien leyó las notas iniciales quizá recuerde que dije que empecé el libro con mucha rabia, mucho odio, y es interesante pensar que, *joder*, conseguí sacarme mucho de eso de dentro solo escribiendo, aunque nada de mi vida personal esté, de hecho, aquí.

Es una locura, no sé bien cómo explicarlo, pero estoy muy agradecida por poder escribir, por seguir aquí, por compartir estas historias con vosotras, y eso solo es posible porque vosotras, lectoras, me apoyáis. Porque leéis lo que escribo, porque me apoyáis aquí, en las redes sociales, pedís capítulos extra, relatos, artes, *plots* específicos, comentáis conmigo las cosas; en resumen: demostráis apoyo de las formas más variadas, y todas importan. Todas lo significan todo.

Muchísimas gracias por creer en mí, en mis personajes, en estas historias que cuento, en mi arte. Gracias a las que lleváis más de una década por aquí, a las que vinisteis de las *fanfics*, a las que llegasteis ayer, a las que me conocisteis con este libro, a las que me conocisteis por el harén inverso loco que conquistó a muchas de vosotras... Solo... Muchísimas gracias. Estoy un poco emocionada porque, sinceramente, el año pasado yo solo podía *soñar* con vivir de la escritura, y hoy estoy aquí, catorce meses después, publicando mi cuarto libro independiente para vosotras. Creo que quizá por eso quise comentar tanto en estos agradecimientos, JAJAJA.

De verdad, **muchísimas** gracias.

De verdad. Gracias desde el fondo de mi corazón.

Tuve un año de muchos altibajos, perdí a mi padre, a mi abuelo, publiqué tres libros (siendo este el tercero), publiqué un libro físico totalmente independiente, fui a mi primera Bienal, me tumbaron la cuenta aquí (y volvió, jajaja)... Y pude hablar con tantas lectoras increíbles, ya fuera en persona o solo en línea. Muchas gracias por formar parte de esto.

Ahora, empezando por mi equipo, un enorme agradecimiento a las betas increíbles que participaron en esto. Algunas no consiguieron seguir mi ritmo frenético, otras corrieron contra el reloj (e incluso lo lograron, a costa de sueño perdido y trabajos universitarios atrasados), y les estoy agradecida a todas. Sin vosotras, no habría llegado tan lejos. Gracias por los comentarios

graciosillos, los consejos y las opiniones. Son ellas: Isa, Júlia (@itsjutomasia), Kate, Maris, Sthe, Yas.

Gracias también a Aurora D'amico (@aurorad.amico), una de mis asesoras y que también fue beta del libro. Sin contar el enorme agradecimiento que tengo que hacerles a mis dos asesoras, Aurora y Lari (@booksda_ruiva), por aceptar la locura que es trabajar conmigo, desde los mensajes locos de organización hasta cuando me planteo cuáles serán mis próximos lanzamientos. Sin ellas, este lanzamiento, definitivamente, no habría ocurrido.

Un enorme agradecimiento a Bea (@bealeituras), que fue mi asesora hasta hace pocos meses, además de beta. Amiga, gracias de verdad por creer en mí y por todo el apoyo. Sin ti, estas historias no serían lo mismo. Gracias por creer en mí cuando solo tenía un *plot* y un sueño, JAJAJA. Y no podía olvidarlo: ¡gracias por los consejos y la ayuda con el plan de estudios de Ingeniería Civil!

Para todas las *book influencers* que me abrazaron cuando no era nadie, para todas las que aceptan locuras incluso hoy, para aquellas que dan su sangre por una colaboración/publicidad bien hecha... Todas vosotras hacéis que estos libros lleguen a más lectoras con mucho amor, y no podría escoger a mejores personas para llevarlos al mundo. Gracias, de verdad, chicas. Sabéis quiénes sois (me da miedo hacer una lista y olvidarme de alguien, jaja, perdón, gente).

Gabi (@aleitoradoonibusdas12h), mi correctora y esta persona increíble que acepta cualquier locura, gracias por ser esta amiga increíble y una correctora fenomenal. Haces milagros (en poco tiempo, JAJAJA).

También quería agradecer enormemente a Nina (@cordeiro_niina), que siempre trabaja de manera increíble para dar vida a la maquetación del libro, desde la identidad visual de las dos universidades hasta la cabecera de los capítulos en la maquetación. ¡Eres la mejor! ¡En serio!

Para todas las artistas con las que trabajé, trabajo o incluso trabajaré, gracias por dar vida a estos personajes con tanto cariño. Las ilustraciones en el interior del libro fueron atribuidas en la última página del libro, pero todas las ilustraciones del libro siempre están

atribuidas en mi *feed* de *Instagram*, por si tenéis curiosidad por saber qué artistas increíbles dieron vida a las escenas y a los personajes que tanto amamos.

Para mis amigas, además de las betas, por el apoyo, por el respaldo, por las pullas diciendo que sí, que necesito salir, incluso corriendo para terminar un libro. Por pedir también tramas concretas, JAJAJA. ¡Muchas gracias!

Un enorme agradecimiento para algunas autoras en particular, que mantienen mi cabeza en su sitio y me tranquilizaron en varios momentos (aunque no se hayan dado cuenta): Miles, Bel, Mari... Gracias por ser esas amigas increíbles y personas fenomenales.

Y por último, pero nunca menos importante: gracias al de Arriba. Él sabe lo que hizo por mí. Él sabe de nuestras conversaciones. Gracias por permitirme hacer lo que amo. Gracias por dejarme cumplir este sueño.

Siempre es difícil decir adiós a los personajes, y admito que me está resultando particularmente difícil despedirme de estos dos. Elena y yo tenemos muchas cosas en común que no pensé que tendríamos. Me gustaría poder abrazarla y charlar tomando café en la sala de la presidencia. Esa sala es divina en mi imaginación, así que, si imaginasteis algo menos que divino, ¡replanteáoslo! JAJAJA.

Ah, ¡tranquilas! Easton seguirá su carrera en la NHL, sí <3 Imagino que algunas de vosotras os habréis quedado con curiosidad por eso, ¡y él seguirá los pasos de Nathan, teniéndolo a él como mentor de verdad! Mentor, ídolo y cuñado.

Creo que ahora necesito despedirme.

Nos vemos en el tercer libro. Estoy deseando compartir más de este mundo desde el punto de vista de otros protagonistas con vosotras, así que nos vemos allí.

Espero de verdad que os haya gustado la historia de ellos. Y espero que Elena y Nathan —o Lini y Nate— os hayan tocado de alguna forma, como me llegaron a mí.

Por cierto, ¿soy la única que se dio cuenta de que Nathan llama a Elena *bravita*, pero es él quien pierde la paciencia enseguida?

Con amor,

Clélia

SOBRE LA AUTORA

Clélia Kruschinski Müller (o Clélia K. M., o CKM) empezó en las fanfics allá por 2010, con apenas doce años, y usó diversos seudónimos desde entonces, antes de quedarse con su nombre real; Cams LaFont fue el seudónimo más conocido.

En 2014, a los dieciséis años, se dio cuenta de que algunas de sus historias eran lo bastante buenas como para convertirse en libros cuando tuviera más experiencia, y eso fue lo que ocurrió.

Al cumplir dieciocho años, decidió lanzar su primer libro —*Entre o Poder e a Máfia*—, que nació de una fanfic de Justin Bieber y que hoy da nombre a la serie "Runaway Love"; sin embargo, el libro no llegó a publicarse hasta 2019, cuando ella tenía veintiún años. *Entre o Poder e a Máfia* se está planificando su relanzamiento en una segunda edición, al igual que el segundo libro publicado por la autora, Mais Parecidos, que también fue, originalmente, una fanfic de Justin Bieber.

Manézinha da ilha —nacida en Florianópolis, SC—, Clélia es una apasionada de los animales en general, aunque siente un amor especial por los gatos. Siempre quiso tener un caballo (pero nunca lo tuvo y ni siquiera sabe montar bien), es adicta al café y a los K-dramas y, además, es graduada en Administración Pública. Su mayor sueño es poder vivir de la escritura y convertirse en una autora superventas.

Contra a Maré fue su novela de regreso, con el firme propósito de mantenerse activa solo con comebacks, sin ausencias recurrentes. Foxwood es la prueba de ello. Jugada de Maestro es la garantía. ¿Defensa Perfecta? Fue para demostrarme a mí misma que puedo.

PARA SEGUIR MÁS DE CERCA MI TRABAJO Y ESTAR PENDIENTE DE LOS PRÓXIMOS LANZAMIENTOS, en *Instagram*:
@cleliakm

AGRADECIMIENTOS ESPECIALES

Sin estas personas y su participación activa en la producción del libro o en alguna de sus partes, este definitivamente no estaría aquí.

LECTURA BETA

Aurora D'amico

Isadora Rabellais

Júlia Tomasia e Silva

Katherine Neri

Mariana Lima

Sthefany A. Bezerra

Yasmim Silveira

REVISIÓN (portugués)

Gabrielle Andrade

ILUSTRACIONES

Blue (@_bluebble)

Bea (@beazpc)

IMÁGENES DEL INTERIOR

Nina Cordeiro (@cordeiro_niina)

Copyright © 2024 Clélia Kruschinski Müller

NOTAS Y LEYENDAS

[1] NHL significa "*National Hockey League*", liga nacional de hockey, compuesta por equipos de Estados Unidos y Canadá.

[2] En la NHL, es normal que los jugadores sean seleccionados en el *draft* antes de entrar en la universidad o en su primer año, y entonces los equipos de la liga aprovechen el tiempo en la universidad para que los jugadores se desarrollen y, finalmente, al graduarse, firmen el contrato. El equipo que seleccionó al jugador en el draft no necesariamente va a firmar con él; es una promesa, pero el equipo tiene prioridad para ficharlo en caso de que otros equipos también acaben interesándose.
(*Draft* es como se llama al periodo posterior a la educación secundaria en el que los jugadores de hockey de entre 18 y 21 años pasan por una especie de selección por parte de la NHL y pueden ser seleccionados por los equipos, quedarse en la NHL o en equipos de otras ligas (AHL, por ejemplo), y seguir entrenándose para, quién sabe, conseguir una plaza en la NHL en la temporada siguiente).

[3] *Dewar's Double Double (37 Years Old).* Uno de los mejores whiskies del mundo; la botella cuesta, de media, 1850,00 dólares, aproximadamente 10.000,00 reales brasileños, dependiendo de la cotización del dólar.

[4] *Rösti* es una tortita de patata suiza. Surgió como una especie de plato de desayuno para granjeros en Alemania.

[5] Yo sé que las cosas están mejorando // Pero pronto nos derribarán // Antes de que alguien sepa nuestros nombres

[6] "*Bull*" es toro en inglés.

[7] Finales del hockey universitario, que no forma parte de la NHL. El hockey universitario está gestionado por otra organización, la NCAA (National Collegiate Athletic Association), y el *Frozen Four* es el campeonato de la liga universitaria, y ganarlo es el objetivo de todo jugador universitario de hockey.

[8] La Copa Stanley es el trofeo que se le da al equipo vencedor de los *playoffs* de la NHL. En el libro, será llamada "*Stanley Cup*", sin traducir.

[9] Disco de hockey, como se dice en inglés.

[10] El currículo base utilizado para la ficticia Northride fue el de la Universidad de Berkeley, en California.

[11] Se dice que un equipo está en "*power play*" cuando el equipo adversario tiene un jugador menos sobre el hielo por estar cumpliendo una penalización de tiempo

de acuerdo con la falta que cometió.
[12] *Chief Operating Officer,* Director de Operaciones.
[13] *Chief Financial Officer,* Director Financiero.
[14] Nomenclatura de las camisetas de los equipos. *Jersey* de hockey sobre hielo (p. ej., de la NHL), *jersey* de fútbol americano (p. ej., de la NFL), etc.
[15] Los equipos de hockey tienen seis jugadores sobre el hielo; uno de ellos es el portero.
[16] "*Hockey East*" (Hockey Este) es el nombre de la conferencia en la que Scadelton y Northride fueron incluidas de forma ficticia para competir en la NCAA hasta llegar al *Frozen Four*, en el que la competición involucra a todas las conferencias del país, conforme a una clasificación propia y a la puntuación de cada equipo en las conferencias.
[17] El currículo base utilizado para Administración/Negocios en Scadelton fue el de la *Harvard Business School,* de la Universidad de Harvard.
[18] American Hockey League es una liga profesional de hockey con treinta equipos de Estados Unidos y Canadá, y tiene como una de sus funciones desarrollar a los jugadores para la NHL.
[19] Relaciones públicas; en inglés, "PR" *(public relations).*
[20] La Primera Enmienda de la Constitución de los Estados Unidos de América defiende la libertad de expresión, y son comunes los casos de racismo que entran en el ámbito de la libertad de expresión y no en el del delito de odio, conforme a lo definido por las leyes del país. El análisis jurídico es ampliamente criticado por defensores de los derechos humanos y de las minorías, precisamente por favorecer regularmente a los criminales.
[21] Cuando un jugador no está bajo ningún contrato en la liga, es un "agente libre", en traducción libre. Eso significa que o bien fue liberado de un contrato, o el contrato expiró, o no fue seleccionado en el *draft* (siendo este el caso de Treyton Hartley), puede firmar con cualquier equipo de cualquier liga, en cualquier lugar. La falta de una promesa de fichaje al graduarse de la universidad es preocupante para un jugador, en este caso.
[22] En el hockey sobre hielo, tocar al portero es básicamente una declaración de guerra contra el equipo. Inmediatamente van a defender al portero y empieza una pelea generalizada en *todos* los casos.
[23] *Wives and Girlfriends*, esposas y novias. Término genérico para referirse a las esposas (y parejas) de atletas, no solo en el hockey.
[24] La "D" en la sigla viene de la palabra *dad*, "padre" en inglés.

[25] Las negociaciones en el mercado de acciones son *mucho* más complejas que eso, pero la autora se tomó la libertad creativa de simplificar la cuestión.
[26] El organigrama de una empresa es una especie de gráfico que representa su estructura interna. En el caso en cuestión, Elena pidió el análisis del organigrama de la empresa matriz del conglomerado, pero también podría haber pedido el organigrama de relaciones entre las empresas del propio conglomerado, ya que todas responden a la empresa matriz.
[27] Referencia a la trama final de "*Jugada de Maestro*", primer libro de la trilogía. *Spoiler* a continuación: Aurora cambió de universidad y ahora es una alumna de primer año en Northride.
[28] En traducción literal, lo correcto sería "Cámara Estatal de Massachusetts"; sin embargo, para evitar la confusión con la forma de gobierno de Brasil y con la idea de cámara legislativa, al ser una de las posibles traducciones "Asamblea Legislativa", optamos por mantener el nombre en inglés.
[29] Son delitos no violentos, cometidos por individuos o empresas en el ámbito empresarial. Se caracterizan por el engaño, la quiebra de confianza o el ocultamiento, y pueden incluir fraude bancario, infracción de la legislación antimonopolio, uso de información privilegiada para negociar acciones, corrupción pública, malversación, evasión fiscal, blanqueo de dinero, soborno, entre otros. En Estados Unidos, son investigados por el FBI.